



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

BIBLIOTECA GRATIS

DE LA

PROBABILIDAD.

Escanio 1º tomo

BIBLIOTECA GRATIS

DE LA

PROBABILIDAD.

Ecanio 1º. tomo

Las aventuras del último abencerraje.- Juana de napoles.

Original de la mano de

SM52

ASCANIO,

NOVELA

POR ALEJANDRO DUMAS,

TRADUCIDA DEL FRANCES.

TOMO I.



Imprenta de Luis García, calle de Lope de Vega, número 30; cuarto principal.

1001062MKZ

ASCEANIA

A. REYER

POLEMIQUE SUR LA

QUESTION DE LA LIBERTÉ

J. 03.01



Digitized by Google

LA CALLE Y EL TALLER.

Eran las cuatro de la tarde del dia 10 de julio del año de 1540 en Paris, cuando en la iglesia de San Agustín se veía no lejos de la puerta de entrada, y al lado de la pila del agua bendita, á un gallardo jóven de tez morena, larga cabellera y grandes ojos negros, vestido sencillamente pero con elegancia, y armado tan solamente de un puñalito maravillosamente cincelado; permanecia de pie, y por piadosa humildad, sin duda, no se había apartado de este sitio en todo el tiempo que duraron las vísperas; estaba con la cabeza inclinada al pecho, en la actitud de la mas devota contemplacion, y murmuraba no sé qué palabras, sus oraciones seguramente, porque las pronunciaba en tono tan imperceptible, que solo Dios y él podian entender lo que decia; sin embargo, al terminarse los oficios levantó la cabeza, y los que estaban mas inmediatos á él pudieron oír estas palabras pronunciadas á media voz:

—Qué malditamente salmodian estos frailes franceses! no podrían cantar mejor delante de *Ella*, que debe estar acostumbrada á oír cantar á los ángeles? Vamos, no es del todo malo que se hayan acabado las vísperas. Dios mío! Dios mío! baced que hoy sea más dichoso que el último domingo, y que se digne dirigirme una mirada!

Esta ultima súplica no era enteramente efecto de mal avisado, porque si la persona á quien se dirigía levantara su mirada sobre el que la impetraba, hubiera visto la mas hermosa cabeza de adolescente que le representara su imaginacion al leer las fábulas mitológicas tan en moda en esta época, gracias á las lindas poesías de Marot, y en las cuales refiere los amores de Psyquis y la muerte de Narciso: En efecto, y segun hemos dicho, con su vestido sencillo y su color oscuro, el jóven que acabamos de presentar en escena, era de una belleza nada comun, y de una figura muy elegante; además su sonrisa expresaba una dulzura de carácter y una gracia incomparable; y su mirada, si bien revelaba indecision y timidez, no dejaba de ser por esto tan apasionada como puede serlo la de dos grandes ojos de diez y ocho años.

Terminados que fueron los oficios, nuestro enamorado (porque ya habrá conocido el lector en las poesías palabras que ha pronunciado, que merece bien este título) se apartó un poco hacia un lado para dejar el tránsito libre á la multitud que se retiraba silenciosa, y que en su mayor parte se componía de amas de gobierno, doncellas jubiladas, viejas arrepentidas y señoritas respetables acompañando á niñas de corta edad; pero no era por ninguna de estas por quien nuestro jóven estaba allí, porque ni su mirada se animó, ni se adelantó solicitamente hasta que no vió acercarse á una jóven vestida de blanco á quien acompañaba una dueña; pero dueña de buena casa, y que parecía tener mucho mundo, una dueña bastante jóven, bastante alegre, y de aspecto poco áspero. Al acercarse estas dos señoritas á la pila del agua bendita, nuestro jóven tomó el agua y se la ofreció con galantería.

La dueña le dió las gracias con una de sus mas dulces sonrisas y cumplida cortesía, tocó con sus dedos á los del jóven, y con gran desconsuelo de este ofreció ella misma á su compañera aquella agua de segunda mano; pero sin que la ultima de las dos levantase del suelo su mirada, á pesar de la serviente súplica de que había sido objeto pocos minutos antes, con lo qué sobradamente demostraba no ignorar la presencia del jóven; este, así que las vió alejarse, esclamó golpeando con el pie el pavimento: «Tampoco me ha mirado esta vez.. Lo que tambien prueba que el gallardo jóven, segun creemos haberlo dicho, no tenia mas de diez y ocho años.

Pasado el primer momento de despecho, se apresuró nuestro desconocido á bajar las gradas de la iglesia, y observando que la linda jóven por quien suspiraba había tomado el brazo de su acompañante, y que cubierta con su velo se dirigía hacia la derecha, siguió él la

misma dirección, reparando sin embargo, que era precisamente el camino de su casa. La joven se dirigió hacia el puente de San Miguel, y después de haberlo atravesado (este era también el camino del desconocido) cruzó la calle de la Barillerie y el Pont-au-Change, y como también era ésta la dirección que debía llevar nuestro desconocido, la seguía siempre como si fuera su sombra.

La sombra de una muchacha bonita es un enamorado.

Mas ¡ay! el luciente astro de quien era satélite nuestro desconocido, se eclipsó rápidamente al llegar al Grand Châtelet: el postigo de la real prisión se abrió como por sí mismo tan pronto como hubo llamado la dueña, y volvió a cerrarse con la misma prontitud.

El joven permaneció un instante perplejo, pero como tomaba rápidamente sus decisiones cuando no tenía delante alguna muchacha linda que le robara su resolución, adoptó muy pronto un partido.

Paseándose gravemente por delante de la puerta del Châtelet un soldado con su pica al hombro. Nuestro joven resolvió imitar á este centinela, y separándose á alguna distancia para no ser observado, pero no tan lejos que perdiese de vista la puerta del edificio que fijaba por aquel momento su atención, comenzó heróicamente su amoresa facción.

Si el lector que esto considera ha tenido alguna vez en su vida la fortuna ó desgracia de hacer algún servicio militar, habrá observado que uno de los medios que se emplean con mejor éxito para sobrellevarlo sin aburrirse, es hablar consigo mismo. Nuestro joven sin duda debía estar acostumbrado al servicio, porque apenas comenzó el suyo cuando entabló el monólogo siguiente:

—Apuesto cualquier cosa á que no vive aquí. Que tonto soy! pues no me he atrevido esta mañana después de misa, ni los domingos anteriores, á seguirla sino con la vista! —Pero nunca tomaba el muelle de la derecha, sino el de la izquierda, hacia la puerta de Nesle y del Prés aux Clercs. Qué diablos vendrá á hacer en el Châtelet? Veamos. —Vendrá á visitar á algún preso, quizás su hermano. —Pobre niña! Mucho debe sufrir entonces, porque sin duda es tan buena como bonita. Por mi vida que me entran ganas de acercarme á ella, preguntarle francamente quién es, y ofrecerle mis servicios. — Si fuera su hermano confiaría su asunto á mi maestro y le pediría consejo. Cuando un hombre se escapa del castillo de Sant Angelo, como él, sabe de qué modo se burlan los prisioneros. Esto es hecho; salvaré á su hermano. Despues de un servicio de esta clase, su hermano será por fuerza mi me-

lor asingo.—Me preguntará algún dia qué puede hacer en mi obsequio ya que tanto he hecho en el suyo.—Le confieso entonces que amo á su hermana; me presentaré á ella, caeré rodillado á sus pies, y entonces veremos si se determina á levantar sus ojos.

Una vez lanzado en semejante camino, se comprende muy bien cuan-
to avanza la imaginación de un enamorado; así que nuestro joven se
admiró estremadamente al oír las cuatro de la tarde, y al ver relevar
al centinela.

El nuevo soldado comenzó su facción, y nuestro joven continuó la
suya; pero como había pasado tan dulcemente el tiempo recorriendo
los espacios de su fantasía, volvió de nuevo á su tarea partiendo de un
testo no menos secundo que el primero.

—Pero qué hermosa es! qué gracia y nobleza tienen sus ademanes! qué pudorosa timidez en sus movimientos! qué pureza en sus con-
tornos! Solo el pincel de Leonardo de Vinci, ó el del divino Rafael, es-
trian dignos de reproducir la imagen de esta casta criatura, y aun estos
tendrían que emplear lo mas sublime de su genio. Oh! que fo fuera yo
pintor en lugar de cincelador, esculptor, esmaltador, platero! Si yo
pintara, de seguro que no necesitaría tener delante el original para tra-
trar sus azulados ojos, sus cabelllos de oro, la blancura de sus linternas
y la esbeltez de su talle! Entonces la retrataría en todos mis cuadros
como ha hecho Sanzio con la Fornarina, y Andrés del Sarto con su Lu-
cracia. Y qué diferencia entre mi desconocida y estas magníficas don-
dadoras podría sostener el contraste de su hermosura, ni son dignas siquie-
ra de desatarle el nudo de un lazo de sus zapatos. En primer lugar la
Forzatina...

El joven no había concluido de hacer sus comparaciones favorables
todas, como se presume, á su querida, cuando iban otra vez el reloj
y relevaron al segundo centinela.

—Las seis! es maravillosa la rapidez con que pasa el tiempo!
murmuró el joven, y si de este modo se pasa esperándola, ¿cómo no se
pasará estando á su lado? Oh! estando á su lado no hay tiempo, por-
que es el paraíso. Si yo estuviera cerca de ella pasaría las horas ente-
ras, los días, los meses y la vida toda contemplándola! Que vida tan
feliz sería esta, Dios mio! Y el joven perdióse en suspiros, porque
aunque ausente su desconocida, se la representaba su fantasía de acá-
ta con todos los atractivos de la realidad.

Relevaron al tercer centinela.
Dieron las seis en los relojes de todas las parroquias, y comenza-

Ya ya a estender la noche su telo, porque todo nos atormenta a pensar que trescientos años hace comenzaría á oscurecer en el mes de julio; y la misma hora cabalmente que en nuestros días; pero lo que si es digno de observarse y de causar admiracion, es la casi fabulosa perseverancia de los amantes del siglo XIV. En esta época dominaba espontáneamente una poderosa fuerza de voluntad, y las ultimas jóvenes y vigorosas no se detenian nunca en la tuitad del temblido de sus amores, como en las artes y en la guerra.

Por lo demas, la paciencia del joven artista; pues ya contolemos su profesion, fue al fin recompensada viendo abrirse la puerta del Chatelot por la vijesima vez, pero esta ya fue por fin para que pasara lo que esperaba. La misma duchfa la acompañada, y esta vez ademas la seguian tambien á diez pasos de distancia y escoltandola dos hombres con las armas del prebostazgo.

Volvio a tomar el batimbo por donde habia pasado cuatro horas antes, á saber: el Pountau-Change, la calle de Barillerie, y puente de San Miguel y la iglesia de San Agustin, y a trescientos pasos de esta ultima se delivo en una rinconada ante una puerta enorme al lado de la que habia otra mas pequenia que era la que ordinariamente se abria. Llamo la cuenta; no se hizo esperar mucho tiempo el portero que la abrio. Los dos hombres que les acompañaban, despues de saludar, haciendo una profunda cortesia, se retiraron en direpcion al Chatelot; y nuestro artista se encontró por segundas vez inmóvil y contemplando una puerta cerrada.

Probablemente le habria sorprendido el sol del siguiente dia en la misma actitud, pues que comenzaba la cuarta serie de sus visitaciones; si la castañuelas no hiciera que un transeunte algo embriagado tropezara con él.

—Eh! amigo, dijo el recien llegado; aunque sea curiosidad, sois hombre ó poste? si sois un poste, yo os respeto porque estais en vuestra derecha; pero si sois hombre, dejadme libre el paso.

Dispensad; replicó distraido el joven, soy extranjero en Paris.

—Oh! entonces ya es otra cosa; el frances es hospitalario; yo soy quien os pide perdón; sois extranjero, muy bien. Puesto que me habéis dicho quién sois, es justo que yo os corresponda con la misma confianza. Soy estudiante, y me llamo...

—Pardonaz; interrumpió el joven Artista; pero antes de saber quién sois, querría saber mejor dónde me hallo.

—En la puerta de Nesle, amigo mio; y este es el palacio de Nesle, di-

je el estudiante señalando á aquella puerta que no había cesado de considerar el extranjero.

— Bien; pero para ir á la calle de San Martín donde yo habito, dijo nuestro enamorado por decir algo y esperando deshacerse de su improvisado compañero, por dónde debo dirigirme?

— A la calle de San Martín decis? Venid conmigo, yo os acompañaré; es justamente mi camino, y en el puente de San Miguel os indicaré por dónde debeis seguir. Como empecé á deciros antes, yo soy estudiante, y me llamo.....

— Sabéis á quién pertenece el palacio de Nesle? preguntó el joven desconocido.

— Toma! cómo quieres que no se sepa en la universidad? El palacio de Nesle pertenece al rey nuestro señor, pero lo ocupa el preboste de París, Roberto de Estourville.

— Cómo! es aquí donde vive el preboste de París? preguntó el extranjero.

— Yo no he dicho que vive ahí el preboste de París, amigo mío, contestó el estudiante; el preboste de París vive en el Gran-Châtelet.

— Ah! en el Gran-Châtelet! Entonces ya comprendo... Pero cómo es que vive en el Châtelet dejándole el rey el palacio de Nesle?

— Si queréis saberlo escuchadme. Había hecho donación el rey en otra época del palacio de Nesle á nuestro baile, hombre prudente, venerable y que conservaba los privilegios y juzgaba los procesos de la universidad de la manera mas paternal: soberbio funcionario! Por desgracia este excelente baile era tan recto en sus juicios... para nosotros que se abolió hace dos años su cargo bajo pretesto de que no hacia mas que dormir, como si baile, no se derivara de báttler (1). Suprimida su plaza encomendaron al preboste de París el cuidado de proteger la universidad. Magoífico protector á sé mia! si no nos protegiésemos nosotros mismos. Así que, mi referido preboste, me entiendes, amigo mío? mi referido preboste, que es muy avaro, ha dicho: pues que yo sucedo al baile y desempeño sus funciones, debo sucederle también en el derecho de sus prerrogativas y posesiones, y la ha tomado en efecto del grande y pequeño Nesle, valiéndose de la protección de madama de Étampes.

— Y con todo eso no lo habita.

— Ni lo deja habitar á nadie, porque solo lo tiene ocupado por una sobrina ó hija suya que llaman Colomba ó Colombina, y que mas bien

(1) Bátler.

que disfrutando de las comodidades de tan ostentosa vivienda , la tiene como encerrada en un rincón del pequeño Nesle.

— Ah! ciertamente ? dijo el artista que respiraba apenas y que por primera vez escuchaba el nombre de la dama por quien suspiraba; ciertamente que me parece un abuso y una usurpación. Consentir que este magnífico palacio se emplee solo en la habitación de una niña con una dueña

— Y de dónde vienes ahora, extranjero, para ignorar que esto es un abuso muy natural? pues qué , no se ve á cada paso que seis ó ocho estudiantes habitan un estrecho camaranchón mientras un gran señor abandona una inmensa posesión como esta con sus jardines, sus patios y su juego de pelota á merced de las arañas y las ortigas.

— Ah! tiene juego de pelota.

— Y magnífico, amigo mío , magnífico!

— Pero en último resultado la propiedad del palacio de Nesle, no es del rey Francisco I?

— Ciertamente; pero qué quieras que haga el rey de esta posesión?

— Dársela á otros ya que el preboste no la ocupa.

— Pues bien ! pidela para ti entonces.

— Y por qué no? Sois aficionado á jugar á la pelota ?

— Con estremo.

— Pues os convide á que me hagais la partida el domingo próximo.

— Dónde?

— En el palacie de Nesle.

— Acepto ; pero bueno será que sepas al menos mi nombre; yo me llamo...

Mas como el extranjero sabia ya lo que deseaba y no le importaba lo demás un ardite , no prestó atención á la historia de su amigo que le contaba minuciosamente que se llamaba Jacobo Aubry , que era escribiente en la universidad, y que en este momento venia de esperar á la mujer de su sostre con quien tenía una cita , pero que retenida sin duda esta por su indigno esposo no había acudido; y cómo se había consolado de la ausencia de su perfida bebiendo vino , y cómo en fin trataba de abandonarla porque le distraía demasiado y le excitaba á embriagarse , lo que hacia contra toda su costumbre.

Cuando los dos jóvenes llegaron á la calle de la Harpe indicó Jacobo Aubry á nuestro desconocido su camino que sabia mejor que él; despues convinieron nuevamente en su cita para el domingo siguiente en la puerta de Nesle y se separaron , uno cantando y el otro sumergido en sus profundas meditaciones.

— No le faltaba de esta materia ni motivo para sonar y perdérse en conjeturas, porque en aquél dia había adquirido mas noticias que en todo el curso de las tres semanas anteriores. Sabia ya que la que amaba vivía en el pequeño Nesle; que era hija del preboste de París, Mestre Roberto de Estourville, y que se llamaba Colombia. Así es que no daba por perdido el dia.

Absorto en sus reflexiones, y meditando sobre lo que su imaginación le sujetaría de mas fantástico, avanzaba por la calle de San Martín y se detuvo delante de una casa de buena apariencia, sobre cuya puerta brillaban las armas del cardenal de Ferrara. El desconocido dio tres golpes.

— Quién? preguntó desde adentro despues de algunos segundos de intervalo una voz joven y sonora.

— Yo, señora Catalina, respondió el extranjero.

— Quién? repitió la misma voz.

— Ascanio.

— Gracias á Dios!

Giró la puerta sobre sus goznes y penetró Ascanio.

Una linda muchacha de diez y ocho ó veinte años, algo morena, ojos vivos, no muy alta, pero de admirables proporciones, recibió al vagabundo con las mayores muestras de alegría. Aquí está ya el desertor! aquí está, exclamaba corriendo delante de él para anunciarlo, apagando la lámpara que llevaba y dejando abierta la puerta de la calle, que Ascanio, mucho menos atolondrado que ella, cerró cuidadosamente.

Este, á pesar de la profunda oscuridad en quo le dejó la precipitación de Catalina, cruzó con seguro paso un gran patio lleno de crecida yerba, y formado por sombrías paredes que representaban muy bien la mansión austera y húmeda de un cardenal, no obstante que hacía mucho tiempo que su señor no la habitaba. Ascanio subió rápidamente las gradas del vestíbulo que estaban cubiertas de verde musgo, y entró en una sala inmensa, la única que estaba iluminada una sala especie de refectorio monacal, triste y desierto ordinariamente, pero dentro del cual hacia dos meses brillaba la animación, la alegría y la vida.

Dos meses hacia en efecto que en esta fría y colossal mansión se ajitaba y sonreia un mundo de actividad, de alegría y de buen humor; todos los utensilios de un obrador, los bancos de yunque, y en el fondo de la sala una fragua pequeña, habían reducido la grande extensión de

despiestos; dibujos, moldes, mesa, mesas de alicates, de martillos, de llaves, de todas clases de herramientas, yacían esparcidas entre esas piedras, cascabeles de cierto primorosamente cincelados, cascos á medio hacer, corrales, escudos y toda clase de trofeos; sobre los que se veían representadas en delicados relieves los amores de los dioses, como si quisieran hacer olvidar con los asuntos allí retratados el objeto para que se destinaban; todo esto daba animación á aquellas tétricas y perradas paredes; podía el sol ya penetrar libremente por las ventanas abiertas y hasta el aire que se respiraba parecía sufrirlo con los alicates de los operarios. Todo esto daba á conocer al primer golpe de vista que se había trocado en taller de escultura y cincelado el austero retablo de un cardenal.

Mas el dia que se sacrificaba lo que queda referido, es decir, el 40 de julio de 1510, como era domingo, había momentáneamente restablecido la quietud de esta fiesta á aquella mansión su tranquilidad, que por espacio de un siglo había disfrutado sin alteración de ningún género. También ahora se veía en aquella estancia una mesa puesta, en la que descubrían los restos de una excelente cena, iluminados por la luz que despedía una lámpara que se hubiera criado estrajida de las ruinas de Roma palla, tan elegante y pura era su forma, y que demostraba que si los moradores de la casa del cardenal eran amantes del ceppo, no eran seguramente partidarios del ayuno.

Cuando entró Ascanio en el obrador se hallaban solo cuatro personas. Una criada anciana que levantaba los manteles. Catalina que volvía á encender la lámpara, un jóven que dibujaba en un rincón de la sala y que esperaba para proseguir su tarea la luz que Catalina se había llevado, y el maestro que se mantenía de pie recostado en la silla y con los brazos cruzados. Este último era á quien desde luego hubiera visto cualquiera que hubiese entrado en el obrador.

En efecto, no sé que vida y que poder emanaban de este personaje entrado y atrajo la atención hasta de aquellos que hubieran querido negársela. Era un hombre amoñado, alto, vigoroso, de cuarenta años poco más ó menos; pero hubiera sido necesario el cincel de Miguel Angel ó el pincel de Riverya para retratar ese perfil, fino y elegante, ó para pintar esa tez morena y animada, para reproducir en todo su aire atrevido y casi reyio. Su elevada frente, sus espesas y acqueadas cejas, su mirada viva y penetrante, é iluminada, muchas veces por el júbilo de la inspiración, y su sonrisa llena de bondad y de Clemencia, pero algo burlona á veces, encantaba e intimidaba al mis-

mo tictoco: su mano, haciendo un ademán que lo era familiar, acariciaba su barba y sus bigotes negros; esta mano no era precisamente pequeña sino serviosa, líjera, larga y denotando fuerza; era sin embargo elegante; y en fin, hasta en su modo de hablar, en el acento de su voz, en sus movimientos de cabeza, en sus ademanes expresivos sin exageración y hasta en la descuidada actitud que tenía cuando entró Ascanio, daba á conocer la superioridad de su genio y el dominio de su alma. El león aunque dormido siempre es león.

Por lo que hace á Catalina y al discípulo que dibujaba constituían el contraste mas singular. Este, sombrío, taciturno, su frente errugada ya, entornados sus ojos y enteramente plegados sus labios, mientras aquella se mostraba alegre como un pajarillo, esbelta como una fier, dejando entrever por entre sus largas pestanas la coquetería de sus maliciosas miradas y mostrando cuando sonreía su linda dentadura más blanca que el márfil. El discípulo sepultado en su rincón, perezoso y lúnguido, parecía economizar sus movimientos. Catalina por el contrario, iba, venia y volvía de todas partes tropetando continuamente con el discípulo, dirigiéndose, preciso es confesarlo, de tiempo en tiempo donde estaba el maestro para prodigarle una caricia ó sellar con los labios su mejilla, pero no estaba un segundo en un mismo sitio, de tal suerte la vida se desbordaba del seno de aquella criatura, y tanta era la necesidad de movimiento á falta de emociones que sentía aquella organización viva y rebosando juventud:

Así era ella el duendecillo de la casa, una verdadera alondra por su vivacidad y sus chillidos vivos y claros, gozando al fin con bastante abandono e imprevision de aquella vida en la que apenas entraba, para justificar perfectamente el sobrenombre de Scozzone que el maestro le había dado y con el que quería expresar su ligereza y natural atolondramiento. Por lo demás Scozzone con su gracia, gentileza y hasta con su petulancia de niña, y de niña bonita, era el alma del taller; cuando ella entraba enmudecían los demás; cuando reía hacia reír á todos, y cuando daba algunas órdenes obedecían todos sin replicar una palabra, porque nunca sus caprichos eran demasiado exigentes: después ella se creía tan feliz que siempre brillaba en su frente la estrella de la alegría, y su buen humor hacia se regocijasen todos de verla á ella contenta.

Por lo que hace á su historia quizá aparezca mas adelante, pero ahora basta indicar que era huérfana, de humilde nacimiento y abnegada en su dedicación á la vestimenta; á los talleres en el condado de

madre el desarrollo de su belleza, concibió el pensamiento de hacerla objeto de especulación condeutándola al último grado de la esencia de la deshonra, pero un ángel sin duda debía velar por ella, pues que destinada á la abyección, encontró un hombre para quien ella llegó á su una felicidad.

Delineados toscamente estos nuevos personajes, justo será ya avanzar al curso de la relación donde la habíamos dejado.

— De dónde vienes á esta hora? preguntó el maestro á Ascanio.

— De dónde vengo? vengo de correr toda la ciudad por vos.

— Desde por la mañana?

— Todo el día.

— ¡Di más bien que te habrás empleado en seguir el hilo de alguna aventura.

Qué aventure queríais que siguiera? murmuró Ascanio.

— Qué sé yo!

— Y bien, aun cuando eso sea, mirad que gran desgracia. Además él es un muchacho bastante lindo, y sino corre detrás de las aventuras, las aventuras correrán tras él.

Scozzone, interrumpió el maestro frunciendo las cejas:

— Vamos, tendréis envidia de eso? pobrecillo! dijo levantando con la mano la cabeza de Ascanio, no faltaba mas; pero ¡Jesus! qué pálido estais, será que no hayais comido hoy, señor paseante?

— Es verdad, exclamó Ascanio, se me había olvidado.

— Oh! entonces soy de la misma opinión que vuestro maestro; seguramente estais enamorado, cuando se les ha olvidado comer.

Ruperta! Ruperta! date prisa, sirve de comer al Sr. Ascanio.

La criada volvió con muy buenas viandas, sobre las que se precipitó nuestro joven, al cual despues de los paseos y continendas que había hecho, podía concedérsele el derecho de tener hambre.

Scozzone y su maestro le consideraban sonriendo, la una con afecto fraternal, y el otro con la ternura de un padre. Por lo que hace al que estaba en un rincón dibujando, había levantado momentáneamente la cabeza cuando entró Ascanio, pero despues que Scozzone le resplandeció su luz, que había tomado para abrir la puerta, inclinó de nuevo la frente sobre su tarea.

— Os aseguro que por vos solo he estado corriendo todo el dia, respondió Ascanio, apercibiéndose de la maliciosa atención que le prestaba su maestro y Scozzone, y descanso hacer recaer la conversación sobre otro objeto que no fueran sus andares.

— Si, oímos y por qué has andado por mi todo el día? — preguntó.
— Si no digiereis ayer que aquí era oír el día y que recogí un
alcolobrador de mis luces? — respondió, diciendo que esto era porque
— Efecto, lo dije, — respondió, — pero ayer no estuve en mi taller.

— Pues bien, ya he encontrado uno.

— ¿Qué? — dijo el maestro, dirigiéndose al dibujante.

— Puede ser, — dijo este levantando segunda vez la cabeza.

— Vamos, dejá esas y ven a escucharle. Dice que ha encontrado un
taller, ¿verás?

— Si, oigo bien desde aquí lo que habla mi amigo Ascanio. Permítid
que continúe esto que quisiera dejar acabado, porque me parece que
me quedo malicando uno ha cumplido el domingo con los deberes re-
ligiosos, el emplear las horas de ocio en algún ejercicio provechoso;
trabajar es resar.

— Amigo Pagolo, — dijo el maestro meneando la cabeza, y con un tono
ansioso que enfadado; — creo que harías mejor en trabajar apida-
mente durante la semana, y descansar el domingo, que no en holgar
zanear en los días ordinarios, y distinguierte de los demás, apareciendo
tanta laboriosidad en los días festivos; pero sin duda de hacer lo
que os parezca, y tú, Ascanio, continúa con un acento que despotaba
dulcemente por él, presiguiendo que no te oyes: — el oculto

— Digo que ha encontrado un taller magnífico.

— Cuál? — exclamó el maestro, — que taller es ése?

— Conocéis el palacio de Nele?

— Muchos, por haber pasado por delante, pues jamás he entrado
en él.

— Pero su apariencia no os desagrada.

— Que me ha de desagradar, pero...

— Pero qué!

— No lo ocupa nadie?

— Si, el señor preboste de París, Roberto de Etonville, que se ha
poseicionado de él sin derecho alguno para ello; pero para poner a su
discreto nuestra conciencia, me parece que podríamos dejarle el peque-
ño Nele que habilita, según creo, algún individuo de la familia, y
contentarnos nosotros con el grande, con sus patios, sus jardines, y si jue-
go de pelota.

— Tiene juego de pelota?

— Y mejor que el de Santa Croce en Florencia.

— Per Bacco, ese es mi juego favorito, bien lo sabes, Ascanio.

— Y despues está tan bien situado ; mucho desahogo y ventilacion ; el aire libre, el aire del campo penetra allí sin obstáculo , no es como aquí en este horrible rincon en que nos consumimos y en el que hasta nos olvida el sol ; allí el Pré-aux-Cleres de un lado , y el Sena por el otro . Y el rey , vuestro gran rey , á dos pasos en el Louvre .

— Pero á quién pertenece ese maldito palacio ?

— A quién ? Pardiez ! al rey .

— Al rey !... Dilo otra vez , Ascanio : el palacio de Nesle es del rey ?

— Todo entero ; ahora lo que resta saber es si consentirá en daros una habitacion tan magnifica .

— Quién , el rey ? cómo se llama Ascanio ?

— No lo sabeis ? Francisco I .

— Pues eso quiere decir que dentro de ocho dias será mio el palacio de Nesle .

— Pero se opondrá tal vez el preboste de Paris .

— Qué importa !

— Y si no lo quiere abandonar ?

— Si no quiere ! Cómo me llamo yo ?

— Benvenuto Cellini .

— Lo que quiere , decir que si el digno preboste no hace las cosas de buena voluntad , las hará á la fuerza . Ahora retíremosnos á acostar que mañana tralaremos de todo esto , y el sol nos iluminará entonces para ver claro .

— A invitacion del maestro se fueron retirando todos , excepto Pangolo que continuó algún tiempo trabajando en su rincon , mas cuando creyó que todos estaban recogidos , se levantó , miró á su derredor , se acercó á la mesa , llenó un vaso de vino , se lo bebió de un solo trago y se fue á acostar tambien .

II.

UN PLATERO EN EL SIGLO XVI.

PUESTO que ya hemos hecho el retrato y pronunciado el nombre de Benvenuto Cellini, permitanos el lector, á fin de que pueda entrar mas adelante en el asunto completamente artístico que tratamos, una corta digresión sobre este hombre extraordinario, que hacia dos meses habitaba la Francia, y que está destinado como puede inferirse desde luego, á ser uno de los principales personajes de esta historia.

Pero antes no estaré de mas referir lo que era un platero en el siglo XVI.

Existe en Florencia un puente que se llama el puente Viejo, y en el dia se halla todavía poblado de casas: estas casas eran todas tiendas de platería. Pero no de platería como la entendemos hoy, pues en la actualidad la platería es un oficio, y antiguamente era un arte.

Así es que nada era tan maravilloso como estas tiendas, ó mas bien como los objetos de que estaban llenas: en una parte se distinguían copas de ónix redondas, alrededor de las que se enroscaban en mil formas caprichosas, colas de enulcias, mientras que los cuerpos y las cabezas de estos animales fabulosos, elevándose en frente el uno del otro; estendían sus alas azuladas sembradas de estrellas de oro, y ~~blandas~~ blandidosis con sus descojonadas hocas y sus centelleantes ojos de

rubios; de otro lado, magníficos jarrones de ágata nacido de su base caprichosos ramos de enredadera que se elevaban ocultando entre sus hojas de esperalda algún precioso pájaro de los trópicos, esmaltado con tal exactitud que parecía vivo y dispuesto a cantar; mas allá se veían jarrones de lapis-lazuli, inclinándose en su borde como para beber, dos lagartos tan admirablemente cincelados que se distinguían los diferentes reflejos de sus anillos dorados, y que se pensaba al considerarlos buirian a refugiarse en la primera grieta que hallaran en la muralla al menor ruido que sintieran. Por todas partes adonde se encaminara la vista, encontraba las obras del genio y del arte llevadas a la más alta perfección; por todos lados no se veía otra cosa que cálices, vitiles, medallas de bronce, plata y oro, esmaltado todo con piedras preciosas, como si en aquella época los rubies, los topacios, los carbunclos y los diamantes, se hallasen cerniendo la arena de las riberas o entre el polvo de los caminos. Allí en fin, se veían ninas, nayádes y todos los dioses y diosas, todo un Olimpo resplandeciente mezclando con crucifijos, cruces, calvarios, Matres dolorosas, Venas, Cristos y Apolos; Júpiter lanzando el rayo al lado de Jehová creando el universo; y todo esto no solo hábilmente ejecutado, sino poéticamente concebido, no solo admirable como joya para adorar el tocador de las damas, sino espléndido como muestras capaces de immortalizar el reinado de un monarca y el génio de una nación.

Es verdad que los plateros de esta época se llamaban Donatello, Ghiberti, Guirlandajo y Benvenuto Cellini.

Benvenuto Cellini que ha referido él mismo, en memorias más curiosas, que la más curiosa novela, esa vida aventurera de los artistas en el siglo xv y xvi, cuando Ticiano pintaba con la corona sobre la espalda, y Miguel Angel esculpía con la espada al lado, cuando Masaccio y Dominiquino morían envenenados y Cosme I se encerraba, tratando de prestar al acero un temple tal que pudiese cortar el pómido.

Aquí no tratamos ahora más que de trasladar uno de los episodios de la vida de este hombre singular para darle a conocer con más exactitud; este episodio es solamente para referir lo que le hizo buscar un asilo en Francia.

Estaba Benvenuto en Roma, donde el papa Clemente VII le había llamado para encargarle la obra de un magnífico cáliz en el que trabajaba con ardor; pero como lo construía con el más delicado artificio, no adelantaba con rapidez. Bien se dejó conocer que no soltaría

Á Benvenuto envidiosos y oscuros rivales que procurasen desacreditarle, tanto por la multitud de obras que le encargaban todos los grandes señores y potentados, cuanto por el gasto y talento con que desempeñaba lo que le encargaban. De todo esto resultó que uno de sus compañeros, llamado Pompeyo, y que no teniendo nada que hacer mas que calumniarle, se aprovecha de su tardanza para enemistarle en lo posible con el Papa, y esto sin tregua, sin descanso, lo mismo murmurando á la oreja que en voz alta, afirmando que no lo concluiría nunca porque como se veia abrumado de tarea se empleaba en otros trabajos, con perjuicio de los que le encargaba Su Santidad.

Tanto era lo que decia y trabajaba este digno Popeyano por calumniarle, que Benvenuto Cellini viéndole entrar un dia por la puerta de su tienda, no dudó por su aire risueño que seria portador de alguna mala nueva.

—Querido cosrade, vengo encargado de aliviaros de una obligación muy pesada: Su Santidad ha conocido que si tardais tanto en acabar su cáliz, no es por falta de celo, sino por falta de tiempo, y en su consecuencia ha dispuesto retiraros el encargo de grabador de la casa de la moneda. Es decir que tendreis nneve ducados de oro menos cada mes, pero tambien genais de tiempo una hora mas cada dia.

Benvenuto experimentó un sordo y furioso deseo de arrojar por la ventana al mensajero de la noticia, pero se contuvo, y Popeyano viendo que no se contraía ninguno de los músculos de su rostro, pensó no haberle causado impresión de ninguna especie.

—Ademas, continuó, no obstante mis esfuerzos por escusaros, y no obstante haber hecho presente en vuestro favor á Su Santidad todo lo que me sujetaría la amistad que os profeso, ha expedido sus órdenes para que le entregueis el cáliz al momento, cualquiera que sea el estado en que se encuentre, y temo mi querido Benvenuto y os prevengo reservadamente, que quizá tenga intencion de darle á otro para que le concluya.

—Oh ! eso no ! exclamó el platero, volviéndose esta vez con la presencia de un hombre picado por una vibora. El cáliz es mio, como el empleo de grabador de la casa de la moneda es del Papa. Su Santidad no puede de mi exigir otra cosa sino que devuelva los quinientos escudos que me dió adelantados, y yo haré de mi trabajo lo que me pareciere.

—Sin embargo, mirad lo que haceis, andaos con tiento, dijo Pompeyo, no sea que esa respuesta os acatre una prisión.

—Señor Pompeyo, vota mi son, respondió Benvenuto Cellini.

—Pompeyo salió furioso.

A la siguiente mañana dos camerieri del Santo Padre vinieron á casa de Benvenuto.

—Nos manda el Papa, dijo uno de ellos, con objeto de que nos entregues el cáliz que te ha mandado hacer, al paso que traemos orden tambien para conducirte á un encierro, en el caso de que rebuses hacerlo asi.

—Un hombre como yo, monseñores, respondió Benvenuto, no merecía menos honor que el que viniesen á buscar arqueros tan dignos como parecéis. Conducidme á la prision cuando gusteis, pero advertid que no adelantaré nada en el cáliz de Su Santidad.

En efecto, lo condujeron á casa del gobernador, quien sin duda tendría instrucciones reservadas, pues que lo convidió á comer con él. Durante la comida procuró el gobernador con todas las razones posibles convencer á Benvenuto satisfaciendo los deseos del Papa concluyendo su obra, asegurándole que de esa suerte calmaría á Clemente VII á pesar de lo terco y violento de su carácter; pero Benvenuto contestó que ya había enseñado á Su Santidad por seis veces comenzada la obra del cáliz, que no le dejaba de la mano y que era todo lo que podía desear la exigencia pontifical; añadió tambien que no desconocía lo arrebatado de sus determinaciones y que temía se aprovechará de tenerle á su disposicion para arrebatarle su cáliz y darle á que lo concluyera á algun imbécil que lo echara á perder; pero que estaba pronto á devolverle los quinientos escudos que le había adelantado.

Despues de decir esto se desentendió de las instancias del gobernador y solo hablaba para elogiar á su cocinero y ensalzar sus vinos.

Terminada la comida vinieron unos despues de otros, sus compatriotas y sus mas fieles amigos, y los oficiales y aprendices del obrador conducidos por Ascanio, y todos venian á suplicarle no corriese á su ruina resistiendo las órdenes de Clemente VII; pero Benvenuto contestó que hacia mucho tiempo deseaba enseñar al mundo la gran verdad de que un platero puede ser mas tenaz que un Papa, y que como en aquel momento se le presentaba la ocasion mas á propósito que acertaría á desear, que no la despreciaba por temor de que no se le presentara otra.

Sus compatriotas se retiraron encojiéndose de hombros; sus amigos declarando estaba loco, y Ascanio llorando.

Asfortunadamente Pompeyo no se olvidaba de Cellini y sin cesar decia al Papa.

— Autoriceme vuestra Santidad para dirigir este negocio; yo iré a decirle que pues tanto es su imperio, me entregue inmediatamente los quinientos escudos; yo estoy seguro que no podrá disponer de esta suma, porque es un gastador, todo lo derrocha, y como no podrá dar esta cantidad, no tendrá otro recurso que entregarme el cáliz.

— Clemente VII halló excelente el medio que le proponía, y confessó a Pompeyo que iba á ponerlo por obra. En efecto, aquella misma tarde, y cuando iban á conducir á Benvenuto á la prisión que le habían destinado, se presentó un oficial de parte de Su Santidad para decir al artista que aceptaba el Santo Padre su ultimatum, y que deseaba le entregase al momento los quinientos escudos del cáliz.

— Benvenuto protestó que no tenían mas que dejarle ir á su casa y que los entregaría sin demora alguna.

— Dispusieron en vista de lo qué decía, que cuatro suizos, seguidos del arquero, le acompañasen hasta su casa, y así que llegaron penetró en el aposento en que dormía, sacó Benvenuto una llavecita que llevaba colgada al pecho, abrió un armario de hierro que había empotrado en la pared, y metiendo la mano en uno de varios tallegos de dinero que allí tenía, sacó los quinientos escudos, y entregándoselos al arquero lo despidió, así como á los suizos, acompañándolos hasta la puerta misma de la calle.

— Estos recibieron, es preciso decirlo en alabanza de Benvenuto, cuatro escudos por el trabajo que habían tomado, y se retiraron besando le las manos, lo que queremos decir en elogio de los suizos.

El arquero fue en seguida á ver al Santo Padre y á entregarle los quinientos escudos, lo que le causó la mayor desesperación encolerizándose mucho con Pompeyo.

— Ve corriendo, ahora mismo, animal, á la tienda de mi gran cinchillador, le dijó, lisonjéale con todo aquello que te sujetara tu cabeza vacía de sentido común, y dile que si consiente en hacer el cáliz le daré lo que me pida.

— Pero no le parece á vuestra Santidad que sería mas acertado esperar hasta mañana por la mañana?

— Ya es demasiado tarde esta noche, imbécil, y no quiero que Benvenuto se duerma meditando rencorosamente; haz al momento lo que te ordeno, y que mañana cuando me levante tenga ya una respuesta satisfactoria.

— Pompeyo salió del Vaticano con las orejas bajas, y se dirigió inmediatamente á la tienda de Benvenuto que estaba ya cerrada. Mito atem-

tamente por el agujero de la cerradura , por entre las rendijas de la puerta, pasó revista á todas las ventanas de la casa por ver si distinguía claridad por algun resquicio ; pero convenciéndose de que todo estaba oscuro, se aventuró á llamar una vez á la puerta, y como nadie le contestase, llamó segunda vez mas fuerte que la primera y aun una tercera , con mas violencia que las anteriores.

Entonces abrieron una ventana del piso principal en la que apareció Benvenuto en camisa y con un arcabuz en la mano.

—Quién vá? preguntó Benvenuto.

—Yo , respondió el mensajero.

—Y quién eres tú? replicó el artista que había reconocido perfectamente á Pompeyo.

—Yo , Pompeyo.

Mientes , dijo Benvenuto , yo conozco muy bien á Pompeyo , y es demasiado cobarde para atreverse á cruzar á esta hora por las calles de Roma.

—Pero , mi querido Cellini , os juro que....

—Tu eres un ladrón , que tomas el nombre de ese pobre diablo para que te abra mi casa y robarme despues.

—Pero , mi Benvenuto , matadme antes....

—Aun te atreves , villano ! espera , esclamó el artista apuntando con el arcabuz á su interlocutor , espera y cumpliré tu deseo.

Pompeyo huyó con toda la celeridad que le prestaban sus piernas , gritando : que me asesinan , y desapareció por la esquina de la calle mas próxima.

Cuando Benvenuto dejó de distinguirle , cerró la ventana , dejó el arcabuz en su puesto y se volvió á acostar , riéndose del miedo que había hecho pasar al pobre Pompeyo.

A la mañana siguiente y en el momento que bajaba Benvenuto á su tienda , abierta por los aprendices una hora antes , vió en frente á Pompeyo de centinela que estaba desde el amanecer aguardando que bajase .

Cuando Pompeyo vió á Cellini le saludó con la mano de la manera mas afectuosa.

—Ah! dijo Cellini , sois vos , mi querido Pompeyo ! Por mi vida que me ha faltado poco esta noche para castigar debidamente á un insolente burlace que ha tenido el atrevimiento de usurparos el nombre.

—Sí? dijo Pompeyo esforzándose por sonreír y acercándose á la tienda , cómo ha sido eso?

—Benvenuto resirió entonces al mensajero de Su Santidad lo que había pasado ; pero como durante el nocturno diálogo le había tratado de cobarde, no se atrevió á confesar que había sido él mismo en persona el que llamaba á su puerja. Despues de acabada la relación, preguntó Cellini á Pompeyo que á qué dichosa circunstancia podía atribuir la honra de tan amable visita á hora tan temprana de la mañana.

Entonces Pompeyo le habló de la comision que le había encargado Clemente VII aunque en otros términos muy diferentes de los en que se la había expresado el Santo Padre.

A medida que hablaba se iban dilatando las facciones del artista. Clemente VII cedia. El platero tenía mas firmeza de carácter que el Papa , y cuando su enviado acabó de hablar le dijo Benvenuto:

—Contestad á Su Santidad que siento una verdadera satisfaccion obedeciendo sus órdenes y que procurare complacerle para reconquistar su gracia perdida , no por falta mia , sino por la maldad de los que me envidian. Por lo que á vos toca , señor Pompeyo , como no es posible que al Papa le falten otros criados , os prevengo , por el interés que me inspirais , que haganis envie otro mensajero; por el dulce apego que toda criatura tiene á la existencia , y del que no os faltá razonable cantidad á vos , os encargo no mezclaros nunca en nada que á mi concierna ; no os salgais nunca á mi encuentro , y pedid á Dios , Pompeyo , que no sea yo vuestro César.

Este se retiró sin pedir satisfaccion de lo que le decia , y sin decir otra cosa que manifestarse enterado , se apresuró á llevar á Clemente VII la respuesta de Cellini , suprimiendo la segunda parte que á él concernia.

Algun tiempo despues para reconciliarse enteramente el Papa con el artista, le mandó fundir una medalla. Benvenuto la vació en bronce, oro y plata, y Clemente se manifestó tan admirado, que exclamó entusiasmado, que jamás los antiguos habian hecho una medalla tan hermosa.

Pues vea vuestra Santidad , exclamó Benvenuto , á esta hora ya hubiéramos reunido completamente si yo no me hubiera sostenido un poco firme : porque nunca os hubiera perdonado , y tendríais un servidor menos. Ya veis , Santo Padre , como es necesario muchas veces adoptar la opinion de ciertos hombres de talento , que dicen : es menester sangrar siete veces una vena antes de cortarla , y no hará mal Su Santidad tampoco en no dejarse sorprender por los murmuradores , los envidiosos y calumniadores ; esto solo lo digo para vuestro gobierno , y no hablemos mas sobre el particular.

Así fue como Benvenuto perdonó á Clemente VII, lo que no hubiera hecho ciertamente, si le hubiera amado menos; pues en su condición de compatriota le mostraba mucha adhesión.

Así es que su desconsuelo fue inmenso cuando algunos meses después de la aventura que acabamos de referir, murió el Papa casi repentinamente: este hombre de hierro se deshizo en lágrimas cuando recibió esta noticia, y durante ocho días lloró como un niño.

Por lo demás su muerte fué doblemente funesta al pobre Benvenuto, porque el dia mismo en que enterraban al Papa, se encontró á Pompeyo, á quien no había visto desde el momento en que lo previno evitase su presencia cuanto le fuese posible.

Es necesario advertir que desde las amenazas de Benvenuto, el desventurado Pompeyo no se atrevía nunca á salir sino acompañado de doce hombres bien armados á quienes daba el mismo sueldo que el Papa daba á su guardia suiza, así que cada paseo por la ciudad le costaba dos ó tres escudos, y aun rodeado de esbirros temblaba encontrarse con Cellini, conociendo que si sucedía á Benvenuto algo por efecto de este encuentro, no debía pasarlo él muy bien, pues que el Papa apreciaba en el fondo de su alma á su artista: mas ahora Clemente VII había muerto y esta circunstancia le infundía audacia.

Fue Benvenuto á la iglesia de San Pedro á besar los pies del Papa difunto, y cuando regresaba á su casa acompañado solo de Ascanio y Pagolo, se encontró en la calle de Bianchi cara á cara con Pompeyo y sus doce guardias. Pompeyo al descubrir repentinamente á su enemigo, palideció; pero considerándose rodeado de sus soldados mientras que con Benvenuto no veían mas que dos muchachos, recobró ánimo, y parándose para mirar al artista le hizo un saludo irónico con la cabeza, mientras que con su mano derecha acariciaba el dorado puño de su cuchillo.

Al mirar Ascanio á aquella turba que amenazaba á su maestro, echó mano á su espada, mientras que Pagolo se hacia el distraído mirando á otra parte; pero Benvenuto no queriendo esponer á su discípulo á una lucha tan desigual, echó mano á la suya; pero envainando la espada que había medio sacado, continuó su camino como si nada hubiera visto, ó como si lo que viera no le causara resentimiento alguno. Ascanio no reconoció en esta ocasión á su maestro, pero como se retiraba, se retiró él también.

Envuelto Pompeyo con su triunfo, hizo una profunda cortesía á

Benvenuto y continuó andando, siempre rodeado de los esbirros que, simularon sus ameñazadores ademánes.

Mordiase en tanto Benvenuto los labios hasta hacer que saltara de ellos sangre, á pesar que se esforzaba por mostrarse risueño; pero no era necesario discurrir mucho para comprender lo que sufría el carácter irascible del ilustre artista.

Apenas habían andado cien pasos cuando se entró derechamente en otra platería, pretestando deseaba examinar un vaso muy antiguo recientemente hallado entre los sepulcros etruscos de Corneto, mandando á sus dos discípulos que fueran al taller donde en breve se les reuniría.

Como se insiere fácilmente, no era mas que un pretesto de que se valía para alejar á Ascanio, porque apenas conoció que el joven y su compañero que no le causaba tanta inquietud, porque estaba persuadido que no le comprometería su valor, apenas conoció, como decimos, que había desaparecido de su vista, cuando dejando repentinamente el vaso sobre el mostrador, se lanzó bruscamente fuera de la casa.

En tres saltos Benvenuto se plantó en la calle donde había encontrado poco hacia á Pompeyo.

Feliz, ó más bien desgraciadamente, como llamaba tanto la atención un hombre rodeado de doce esbirros, aconteció que á la primera persona que Benvenuto se dirigió para preguntar qué camino había tomado, le informó exactamente, y como un sabueso de caza, así se lanzó por el camino que le mostraron.

Pompeyo se detuvo á la puerta de una botica y se puso á referir lleno de orgullo al farmacéutico sus proezas con el encuentro de Célini, cuando por una esquina de la calle le vió aparecer de repente, con los ojos encendidos de cólera y cubierta la frente de sudor.

Benvenuto arrojó un grito de alegría cuando distinguió á su enemigo, y este se quedó cortado en medio de su frase.

Indudablemente todo hacia concebir que iba á representarse en aquel momento alguna sangrienta escena, porque los que componían la escolta de Pompeyo le rodearon y desnudaron sus espadas.

Arrojo insensato era que un hombre solo se atreviera á acometer á trece; pero Benvenuto era, como ya hemos dicho, una de esas naturalezas leoninas que nunca se paran á contar el número de sus enemigos. Así que, desenvainando su cuchillo se lanzó sobre aquella turba, rechazó con uno de sus brazos dos ó tres espadas de las que le

amenazaban, y con el puñal en la mano derribó dos hombres, consiguiendo llegar hasta Pompeyo á quien aseguró agarrándole por el cuello. En este momento de pelea y de confusión, solo se oían los ayes de los heridos, y solo se distinguía por encima de las cabezas las puntas de las espadas. De pronto cayeron, derribados por el suelo la mayor parte de los combatientes, pero de entre ellos, un instante después, se alzó uno lanzando un grito de victoria, y se desprendió de entre la turba haciendo un esfuerzo tan violento como el que empleó para acometer. Este era Benvenuto, que cubierto de heridas y ensangrentados los vestidos, blandía su puñal ~~victorioso~~ apagante.

Otro hombre también fue el único que no pudo incorporarse, y yacía tendido en el suelo con las convulsiones de la agonía. Este hombre, que al cabo de algunos minutos dejó de existir, era Pompeyo que había recibido en la lucha dos puñaladas, una por debajo de la oreja y otra detrás de la clavícula, debajo del cuello, en el intervalo que media entre el esternón y el hombro.

Otro, que no fuera Benvenuto, viéndose fuera del alcance de los golpes de los suizos, se hubiera salvado apelando á la fuga; pero en vez de emplear este medio; pasó Cellini á su mano izquierda el puñal, y desnudapdo su espada esperó resueltamente á los doce esbirros.

Pero estos nada tenían que hacer ya con Benvenuto. El que los pagaba había muerto, y por consecuencia no podía pagarles más, y así abandonaron el campo como un tropel de liebres asustadas, dejando en él al cadáver de Pompeyo.

En este momento, Ascanio que presumió fundadamente que el deseo de examinar el vaso, no era más que un pretexto para alejarle á él y á Pagolo, apareció y se echó en los brazos de su maestro; su discípulo retrocedió en busca de Benvenuto en vez de ir al taller, pero cuando le halló, á pesar de su diligencia, era demasiado tarde para ayudarle.

III.

BEDALO.

Los dos se retiraron juntos; Benvenuto lleno de inquietud, no por sus heridas que eran demasiado ligeras para que se cuidara de ellas, sino por las consecuencias del lance que acababa de sostener. Seis meses antes había matado á Guascouti, asesino de su hermano, y había salido bien de este mal asunto, gracias á la protección que le dispensaba Clemente VII, ademas que la muerte d'este hombre era una especie de represalias; pero ahora su protector no existía, y el caso era muy distinto y también más espinoso.

No era el remordimiento lo que le inquietaba, ni nuestros lectores formen por esto una idea desventajosa de nuestro artista, porque despues de matar á un hombre, ó dos, ó tres, temiera el castigo de los hombres y no se ocupara del de Dios.

En aquella época, en el año de gracia de 1540, un hombre de esta especie era un hombre comun, un hombre de todos los días como dicen los alemanes. Cuidábanse tan poco de morir en aquellos tiempos, que en recompensa tampoco les importaba un bledo el matar: nosotros hoy dia somos valientes, pero los de entonces eran temerarios; los que vivimos en este siglo somos hombres de razon, los del siglo xv eran solo jóvenes en que hervia la sangre con el furor de todas

las pasiones. En los seres de aquella generación la vida era un objeto de lujo que se daba, se vendía y se compraba con la mas profunda indiferencia.

La calumnia ha confundido por mucho tiempo á un ilustre escritor, cuyo nombre han hecho sinónimo de traición, perfidia, crueldad, en fin, de todas aquellas palabras con que se quiere expresar la infamia, y ha sido necesario que trascurre todo el tiempo que ha mediado hasta el siglo xix, siglo el mas imparcial de los que han recorrido la escala de las edades de la humanidad, para rehabilitar á este escritor, gran patriota y hombre de génio. Y sin embargo, todo el delito de este hombre, todo el crimen de Nicolás Maquiavelo es el haber pertenecido á una época en que la fuerza garantizaba el éxito de todas las cosas, en que se estimaban los hechos y no las palabras, en la que marchaban directamente á su objeto, sin cuidarse de los medios, el soberano Cesar Borgia, el filósofo Maquiavelo y el artista Benvenuto Cellini.

Un dia encontraron descuartizado en la plaza de Cesena el cadáver de Ramiro de Orco, y como era este cuerpo el de un personaje de los mas distinguidos de Italia, quiso informarse la república florentina de las causas que podían haber producido su muerte, y determinó en su consecuencia el Senado escribir á Maquiavelo su embajador, á fin de que recogiese todos los datos y pormenores posibles; pero Maquiavelo se contentó con responder lo siguiente:

«Magníficos señores:

«Nada tengo que manifestar acerca de la muerte de Ramiro de Orco, como no sea el que Cesar Borgia es el príncipe que mejor sabe hacer y deshacer á los hombres segun sus méritos.

«MAQUIAVELO. II

Benvenuto, pues, era la práctica de la teoría emitida por el ilustre secretario de la república florentina. Benvenuto como génio y Cesar Borgia como príncipe, se consideraban superiores á las leyes por su derecho de fuerza. La distinción de lo justo, y lo injusto, lo reducían en provecho propio á términos mas sencillos, lo que pueda y lo que me es imposible, sin tener en cuenta la mas mínima noción del deber y del derecho.

Incumbía un hombre, suprimir á este hombre: la civilización hoy se vale de otros medios; emplea el oro en vez del acero y compra las voluntades en vez de enterrarlas.

Pero entonces hervía tanta sangre en las venas de las naciones jó-

venes, que la derramaban por su propia salud. Combatíase por instinto, por espíritu de combatir más que por el interés de la patria o por el amor de las mugeres, nación contra nación, hombre contra hombre. Benvenuto hacia á Pompeyo la guerra como Francisco I á Carlos V. En duelo peleaban la Francia y la España, tan pronto en Marighan como en Pavia, pero todo muy sencillamente, sin preámbulos, frases ni declamaciones.

Tambien el génio en esta época se consideraba como una facultad nativa, como un poder absoluto; como un soberano por derecho divino; en el siglo XVI el arte era lo que existía de más natural; y sus homicidios y arrebatos solo pueden explicarse y tener justificación en nuestro país y nuestro tiempo considerando que era:

El espíritu de la época.

Benvenuto, pues, obedecía á este poderoso impulsor: Pompeyo estorbaba á Benvenuto Cellini, y Benvenuto Cellini nació á Pompeyo para que no le estorbara mas.

Poco se oñibaba la policía de averiguar estos sucesos; se hubiera guardado bien de proteger á un hombre durante su vida; pero dé diez veces una velata por vengarle cuando estaba muerto. Esta susceptibilidad manifiestó respecto de Benvenuto Cellini, porque no bien había entrado en su casa y guardado algunos escudos en su pecho, y arrojado algunos papeles al fuego, cuando septes ensentaron los esbirros del Pontífice á prenderle y conducirle al castillo de Santangel, lo que le dió algún consuelo pensando que este castillo es el que sirve de prisión á los caballeros de la nobleza italiana.

Otra de las consideraciones que no menos eficazmente consolaban á Benvenuto cuando penetró en el castillo, fue la de que un hombre como él, dotado de una imaginación tan inventiva y sagaz, no podía tardar mucho en salir de él de una manera ó de otra.

Así que, al entrar dijo al gobernador que estaba sentado delante de una mesa cubierta con un tapete verde y que arreglaba una porción de legajos de papeles:

— Señor gobernador, triplicad los cerrojos; las teatrullas y las celdas tienen; encadradme en la prisión más alta ó en el calabozo más profundo; vigilad vos mismo por el dia y no durmáis en toda la noche; os advierto que á pesar de todo esto me escaparé.

A los ojos el gobernador para mirar al preso que le hablaba con tanto desprecio y tan maravilloso aplomo y reconocible á Benvenuto Cellini.

ní, el mismo á quien tres meses antes había obsequiado un dia conviéndandole á su mesa.

No obstante este conocimiento, quizá por efecto de él, causó la mayor admiración al gobernador la arenga de su prisionero: era aquel un florentino llamado Gorje, caballero de los Ugolinis, y hombre de muy buen corazón y excelentes sentimientos, pero algo débil. Sin embargo, volvió pronto de su primer asombro, y mandó conducir á Benvenuto á la prisión mas alta del castillo. Tenía por techo la placa formia, sobre la que siempre estaba paseándose un centinela, mientras que otro velaba al pie de la muralla.

Le hizo observar el gobernador todos estos pormenores, y cuando pensó que podía haberlos ya apreciado en su justo valor, le dijo:

—Mi querido Benvenuto, podeis forzar las cerraduras, abrir las puertas, agujerear el suelo de un calabozo subterráneo, horadar una pared, ganar á los centinelas, sobornar á los carceleros, pero solo teniendo alas podreis bajar desde esta altura al campo.

—Pues sin embargo de todo eso bajare, dijo Benvenuto Cellini.

El gobernador le miró atentamente y comenzó á creer que el preso estaba loco.

—Os ireís volando como un pájaro?

—Y por qué no? siempre he estado persuadido de que el hombre puede volar, y á mí solo me ha faltado tiempo para hacer la experiencia; pero ahora que lo tendré de sobra aquí, voy á satisfacer mi deseo. La aventura de Dédalo es una historia y no una fábula.

—Cuidado con el sol, mi querido Benvenuto, repuso riendo burlonamente el gobernador, cuidado no os quemem sus rayos.

—Es que volaré de noche, dijo Benvenuto.

El gobernador no esperaba una respuesta semejante; y así no encontrando nada qué decirle se retiró dejándole solo.

En efecto, le precisaba procurar su fuga á toda costa. En otro tiempo, á Dios gracias, no hubiera cansado á Benvenuto inquietud alguna el haber matado á un hombre, ni hubiera sido esto motivo para que dejase siquiera de presentarse en la procesión de Nuestra Señora de Agosto vestido con su jubón y manto azul; mas ahora el nuevo Papa Pablo III era vengativo como un diablo, y habrá sostenido con él ya una cuestión cuando no era mas que monseñor Farnesio á consecuencia de haberle querido arrebatar por la fuerza un jarro de plata que no entregó, porque no le traían el dinero y por lo que maltrató también a algunos de los trabajos de su empeño. ¡inde les el Santo Padre tanto!

celos de la confianza y protección que concedía al artista el rey Francisco I por mediación de monseñor Montluc, su embajador cerca de la Santa Sede. Cuando monseñor de Montluc supo la prisión de Benvenuto, se interesó por él con el Papa creyendo alcanzar buen éxito; pero se engañó mucho respecto del carácter del nuevo Papa, porque era más terco que su antecesor Clemente VII, y porque había jurado vengarse del orgulloso cincelador; así que, conocía que sino debía temer por su vida, porque se hubiera mirado mucho en esta época un Papa antes de mandar ahorcar á un artista como ese, se veía expuesto á lo menos á eternizarse en su prisión. Era, pues, muy importante en situación como ésta, que Benvenuto no se olvidase de sí mismo, y así decidió fugarse sin esperar á los interrogatorios y juicios que quizás no hubieran llegado nunca, porque irritado Su Santidad con la intervención del rey Francisco I, no quería ni aun escuchar el nombre de Benvenuto Cellini. Sabía el prisionero todo esto por Ascanio que sostenía la casa de su maestro, y qué á fuerza de ruegos obtuvo permiso para visitarlo, si bien guardaban en estas entrevistas las mayores precauciones porque solo conseguía hablarle por entre rejas espesas y en presencia de testigos que vigilaban no le suministrase alguna lama, cuchillo ni otro género de instrumento.

Cuando salió el gobernador de la prisión, dejando solo en ella á Benvenuto, empezó este á examinar cuidadosamente el aposento. Todo lo que contenían las cuatro paredes de su nuevo palacio, era una cama, una chimenea para encender fuego, una mesa y dos sillas. Dos días después de su prisión obtuvo la gracia de que le permitieran tener barro y un instrumento pequeño para modelar. Al principio negó el gobernador el permiso de que suministraran al preso estos objetos de distracción; pero reflexionando después mejor, lo concedió, porque pensaba que ocupando la imaginación del artista, lo separaría tal vez de esa tenaz idea de evasión de que estaba poseido. Así que, con estos elementos ya bosquejó aquel mismo día una estatua de Venus de colosalas dimensiones.

• Todo esto no era todavía una gran cosa; pero era mucho añadiendo la imaginación, la paciencia y la energía.

Un día del mes de diciembre que hacia mucho frío y que habían encendido fuego en la chimenea, entraron á mudar las sábanas de la cama del prisionero y dejaron por olvido las sábanas sobre la silla de su cabecera. Tan pronto como cerraron la puerta y quedó solo Benvenuto, dió un salto desde su silla á la cama, y con la mayor rapidez saqué

del jergon y echó al fuego, dos grandes puñados de hojas de maiz que era de lo que estaba lleno; puso en su lugar las sábanas olvidadas y volvió á su trabajo. En aquel momento volvió el criado por ellas, buscó por todas partes, preguntó á Benvenuto si las había visto; pero este contestó descuidadamente y como absorto en su tarea de modelar que habría entrado por ellas algun otro de sus cainaradas ó que él mismo se las habría llevado impensadamente y sin fijar la atención. No sospechó nada el criado, porque había transcurrido muy poco tiempo desde su primera salida, y sobre todo, porque Benvenuto supo desempeñar muy bien su papel; y como no halló las sábanas, tampoco dijo nada porque no le obligasen á pagarlas, ó por temor de que le despidieran.

Los acontecimientos mas importantes y mas críticos de la vida de un hombre contienen terribles peripecias y penosas angustias; entonces los accidentes mas comunes y triviales se convierten en circunstancias que despiertan nuestra alegría ó desesperación. Así que, cuando el criado se retiró esta vez, se hincó de rodillas Benvenuto para dar gracias á Dios con toda la efusión de su alma por los socorros que le enviaba. Y como después de hecha la cama no volvían á tocarla hasta la mañana siguiente, conservó las sábanas en el jergon hasta hora muy avanzada de la noche. Entonces las sacó, y examinándolas vió con satisfacción que por fortuna estaban nuevas y eran de lienzo bastante fuerte; en seguida comenzó á cortarlas en tiras de tres ó cuatro pulgadas de ancho y las trenzó lo mas fuertemente que pudo, y por último abrió el vientre de la estatua, le vació todo, y encerró en él su tesoro cubriendo después la herida con la misma tierra, que estendió con tanta destreza, que ni el mas hábil artista hubiera conocido acababa de sufrir la pobre Venus la operación cesárea.

Al día siguiente entró el gobernador de improviso en el cuarto del prisionero, segun acostumbraba, pero le encontró como siempre, trabajando con la mayor calma y tranquilidad. Todas las mañanas cuando se levantaba de dormir, y mucho mas en aquellas en que había sido especialmente amenazado, temblaba hallar vacía la prisión, siendo de notar, en obsequio de su franqueza, que no ocultaba su alegría cada mañana que la veía ocupada.

—Confieso, Benvenuto, que me causais muchas inquietudes, dijo el pobre gobernador al prisionero; pero ya desde ahora comenzaré á tranquilizarme porque voy creyendo que vuestras amenazas se las lleva el aire.

—No os amenazo, señor gobernador, respondió Benvenuto, solamente os aviso.

—Luego tenéis esperanzas aun de volar!

—Felizmente no es ya solo esperanza, sino certidumbre.

—Pero diablo! cómo os vais a ingeniar para eso? exclamó el pobre gobernador a quien trastornaba la confianza real o aparente que mostraba Benvenuto sobre los medios de su evasión.

—Ese es mi secreto; pero os prevengo que mis alas principian a nacerme.

Maquinadamente el gobernador fijó los ojos en la espalda del prisionero.

—Eso es como todo, señor gobernador, repuso Benvenuto modelando su estatua de tal suerte, que se hubiera creído que quería formar la rival de la Venus Collipyge. Entre los dos hay pendiente un desafío; estamos sosteniendo cada uno con sus armas una lucha de que yo me glorio, porque he de salir vencedor. Vos tenéis en vuestro favor y disponeis a vuestro antojo de torres muy seguras; tenéis pueras fortificadas, cerrojos dobles, soldados y carceleros obedientes a vuestros mandatos; y yo no tengo mas que la cabeza y las manos que aquí veis, y sin embargo os prevengo que habéis de ser vencido. Solo que como sois un hombre hábil y tomáis tan bien todas las medidas y precauciones posibles, os quedará el consuelo de pensar no ha sido por culpa de vuestro celo; no tendrá la conciencia nada de que acusaros, ni os podrán hacer cargo de haber escusado ninguna de las precauciones que puedan estorvar mi evasión. Ahora decidme, ¿os parece duro este contorno? añadió señalando lo que acababa de modelar; porque sé cuán apasionado sois a las artes.

Tanto aplomo exasperaba al gobernador, para quien la evasión de su prisionero era ya una idea fija ante la cual se borrraban todas las demás; estaba triste, sobresaltado, comía poco, y sin cesar le acometía el deseo de asegurarse si estaba aun el pájaro en su jaula. Una noche despertó Benvenuto al ruido que hacían una porción de jentes corriendo por la plataforma. Este ruido iba avanzando por el corredor hasta llegar a su puerta; un momento después abrieron esta y se lanzó hasta el lecho del prisionero el gobernador, vestido con una bata y un gorro a dormir, y seguido de cuatro carceleros y ocho soldados. Benvenuto se sentó en la cama soltando una carcajada, pero el gobernador, sin cuidarse de esta risa, respiró con tanta fuerza y deshizo como un buzo en el momento de salir fuera del agua.

—Ah! exclamó, gracias á Dios; aun está aquí! Bien dicen que soñar es mentir.

—Pues qué ha sucedido? preguntó Cellini; á qué feliz circunstancia debo el placer de veros á semejante hora?

—No ha sido nada: habiése apoderado de mí otra vez el miedo, pues supé que os habían nacido esas malditas alas, pero alas inmensas, con las que os cerníais sobre el castillo de Santangel, diciéndome:—Adios, mi buen gobernador, adios! no he querido marcharme sin despedirme de vos; me voy con el placer de no volver jamás.

—Cómo, os decía yo eso, señor Gorje?

—Esas eran vuestras mismas palabras.—Ah! Benvenuto, sois para mí la sombra del mal.

—Oh! no, espero que variareis el mal concepto que formais de mí. Felizmente eso no es mas que un sueño, sino nunca os lo perdonaría.

—Si, felizmente no es nada. Aun estais en mi poder, y espero, amigo mio, que aunque vuestra sociedad no me sea de las mas agradables, todavía os tendré largo tiempo.

—Yo no lo espero, respondió Benvenuto con aquel acento de confianza que tanto inquietaba al gobernador.

Este salió enviando á Benvenuto á los diablos, y á la mañana siguiente dió orden para que de dos en dos horas de dia y de noche se visitase la prision. Esta inspección duró un mes, pero al cabo de este tiempo, como no existia motivo visible para creer que Benvenuto se ocupase del proyecto de su evasión, comenzó á entiviarce tan esquisita vigilancia.

Este mes no estuvo ocioso Cellini, pues que le empleó en un trabajo penosísimo. Había examinado, como hemos dicho ya, minuciosamente su prision en el instante mismo de poseicionarse de ella, y desde entonces también se había fijado sobre los medios que había de emplear para su fuga. La ventana tenía una reja muy fuerte, y los barrotes demasiado gruesos y espesos para intentar arrancarlos con la mano ó con el instrumento que le servía para modelar, único que poseía de hierro, y en cuanto á la chimenea, era tan estrecho el cañón, que hubiera necesitado para pasar por él, el privilegio de trocarse en serpiente como la bruja Melusina. Quedaba la puerta.

La puerta era de madera, de espesor de dos dedos, y asegurada con dos cerraduras y cuatro cerrojos, y forrada por la parte interior con planchas de hierro sostenidas con clavos.

Le era preciso salir por la puerta, y Benvenuto había observado

que á algunos pasos de ella, y en el corredor á que conducia, habia una escalera por la que subian á relevar al centinela de la plataforma. De dos en dos horas oia Benvenuto el ruido de los pasos de los que subian, y despues el de los que bajaban; luego trascurrian otras dos horas sin sentir á nadie. Tratabase, pues, nada menos que de conseguir abrirse paso por esta puerta de madera, de dos dedos de espesor, asegurada con dos cerraduras y cuatro cerrojos, y ademas cerrada por dentro, como ya hemos dicho, con planchas de hierro sostenidas con clavos.

Hé aqui el trabajo á que Benvenuto se habia entregado durante el mes que acababa de trascurrir.

Con su instrumento de modelar, que era de hierro, habia ido quitando todas las cabezas de los clavos, dejando solo, para que sostuyerian las planchas de que estaba forrada la puerta, los cuatro de la hilera superior, y los cuatro de la inferior que reservaba para el ultimo dia; pero para que no notáran su falta, los habia reemplazado con otras cabezas modeladas con barro exactamente como las que habia quitado, y cubiertas con las limaduras del hierro, de manera que era casi imposible reconocer la diferencia entre las verdaderas cabezas y las sustituidas; el trabajo que costaria al prisionero la ejecucion de maniobra semejante, puede calcularse considerando que habia tenido que decapitar mas de setenta clavos, y que cada uno le habia dado trabajo para mas de una hora.

Despues por la noche, cuando todo el mundo estaba acostado, y que no se sentia ya mas que el ruido que hacia el centinela que se pasaba sobre la plataforma, encendia fuego en su chimenea y aplicaba una gran porcion de las brasas á las planchas de la puerta, de manera que enrójeciéndose el hierro y hecho escua, iba poco á poco carbonizando la madera, sin que por el lado opuesto se notase esta carbonizacion.

Durante un mes entero se dedicó Benvenuto, como hemos dicho, á este improbo trabajo; pero como al cabo de este tiempo lo tenia completamente terminado, solo esperaba ya una ocasion favorable para dar cima á su empresa. En este estado tuvo necesidad de aguardar aun algunos dias, porque precisamente en la época en que habia cumplido su trabajo habia luna llena.

El artista nada tenia que hacer ya con los clavos, y continuó en su operacion de caldear la puerta y de atormentar al goberador. Precisamente en uno de estos dias vino á visitarle mas tétrico y meditabundo que nunca.

— Mi querido prisionero, le dije el pobre hombre á quien atormentaba sin cesar la idea de la fuga del artista, decidme la verdad, respondedme con franqueza, insistis aun en la idea de volar?

— Mas que nunca, amigo mio, le contestó Benvenuto.

— Escuchad, repuso el gobernador, á mi me direis lo que querais, pero creo la cosa imposible.

— Imposible, mi gobernador, imposible, contestó el artista; pues no sabéis que para mi no existe esa palabra, y que estoy acostumbrado á vencer con éxisto otras muchas cosas tenidas por imposibles! pues yo me he divertido yo alguna vez en dar celos á la naturaleza creando con el oro, esmeraldas y diamantes, alguna flor mas bella que la mas hermosa que nace en los jardines? Y creis vos que el que hace flores no pueda hacer alas?

— Dios me asista, dijo el gobernador; pero con vuestra descarada confianza haréis que pierda la cabeza. Ademas que, qué forma dareis á vuestras alas para que puedan sostener el peso del cuerpo en el aire? cosa que á la verdad os confieso me parece imposible.

— Eso mismo, como podeis figuraros, me ha hecho reflexionar mucho, pues que la seguridad de mi persona depende de su forma.

— Bien, y qué?

— Pues bien, examinando yo la forma de las de todos los animales que vuelan, y para construir artisticamente las que Dios y la naturaleza les ha concedido, he pensado que solo podrán imitarse con buen éxito las del murciélagos.

— Pero aunque suceda todo como decis, y aun cuando tuviérais ocasión de construir un par de alas, no os saltaria valor y serenidad en el momento de ensayarlas?

— Si quereis verlo es muy sencillo: proporcionadme los medios indispensables para su construcción, y yo os contestaré volando.

— Y qué es lo que necesitais?

Oh! toma, casi nada: una fragua de campaña, un yunque, martillos, limas, tenazas y pinzas para fabricar los resortes, y hasta una veintena de varas de tela encerada para reemplazar las membranas.

— Ah! bueno, bueno, dijo el gobernador; de esa manera me habéis tranquilizado enteramente, porque nunca, cualquiera que sea vuestra habilidad, os proporcionareis todo esto.

— Eso es cierto, repuso Benvenuto.

Meciése el gobernador satisfecho en su silla, porque en aquel momento reflexionaba que era materialmente imposible; pero sin em-

bargo , tan imposible como le habia parecido , no dejaba por esto á su cabeza tranquila un momento la fantasma de las alas . Cada pájaro que cruzaba por delante de la ventana , se le figuraba que era Benvenuto ; tal es la innuensa influencia que ejerce una imaginacion ardiente sobre otra de cortos alcances .

En aquel mismo dia envió á buscar el gobernador al mas hábil mecánico de Roma , y mandó le tomase medida para construirle unas alas como las de los murciélagos .

El artífice le miró con la mayor admiracion sin responderle palabra , pensando con fundamento que estaba loco quien tal obra pedia ; pero como insistiese en ella y era rico , y como por otra parte si hacia locuras , tenia medios para pagarlas , se encogió de hombros , y ocho dias despues le entregó unas magnificas alas que se ceñian al cuerpo por medio de un corsé de hierro , y que se movian con el auxilio de resortes ingeniosos , y con una regularidad asombrosa .

Pagó el gobernador al mecanico el precio convenido , midió el espacio que ocupaba aquel aparato , y fue seguidamente á la prision de Cellini , y sin hablar palabra lo registró todo , incluso la chimenea , movió la paja del jergon , y no dejó ni el mas pequeño rincón que no inspeccionase . En seguida salió como había entrado , es decir , sin proferir palabra , y convencido de que á menos que Benvenuto no fuera brujo , era imposible que en su cuarto ocultara un par de alas parecidas á las suyas .

Era , pues , evidente que el mal aventurado gobernador iba perdiendo cada vez mas la cabeza .

Cuando bajó á su cuarto encontró al mecanico que vino para advertirle que al extremo de cada ala tenia un aro de hierro destinado á mantener las piernas del hombre volando en posicion horizontal ; apenas se marchó el mecanico , cerró la puerta el gobernador , se ciñó el corsé , desplegó sus alas , y tendido en el suelo boca abajo , y con las piernas enganchadas en los aros intentó volar , sin que consiguiera , á pesar de sus esfuerzos , elevarse ni una linea de la tierra .

Despues de dos ó tres ensayos de la misma especie , envió de nuevo á buscar al mecanico , y le dijo :

— Yo no puedo volar con las alas que me habeis traído .

— Pero habeis hecho ya el ensayo ?

— Sí .

— Y cómo ?

El gobernador le refirió todos los pormenores de su triple espe-

riencia, que escuchó el constructor con gravedad, y le contestó:

—Nada tiene de particular, porque tendido en tierra no podeis tener una cantidad de aire suficiente: para hacer bien la prueba debíais situarlos en la plataforma del castillo, y desde ella lanzaros atrevidamente en el espacio.

—Y creéis que entonces volaría?

—Quien lo duda.

—Pues si tanta es vuestra seguridad, continuó el gobernador, no os sería igual hacer vos la experiencia?

—No, porque las alas son proporcionadas al peso de vuestro cuerpo y no al mio, replicó el mecánico, y para hacer yo una expedición aérea necesitaría otras que tuviesen medio pie mas de longitud, añadió sonriendo y despidiéndose de él.

—Tambien es diabólica, exclamó el gobernador.

Desde entonces agitaban su espíritu diferentes aberraciones que indicaban que su razon como la de Rolando, viajaba cada vez con mas violencia por los espacios imaginarios, y esto era tanto mas evidente, cuanto que por la noche, y en el momento de acostarse, convocó a todos los criados, criaderos y soldados, y les dijo:

—Si alguno de vosotros advierte que Benvenuto Cellini quiere escaparse volando, dejadlo marchar y avisadme al momento, porque aunque sea de noche podré yo alcanzarle sin mucha trabajo, pues que soy un verdadero murciélagos, mientras que él, por mas que diga, no puede ser mas que un falso murciélagos.

Evidentemente conocieron que el pobre gobernador estaba loco: pero creyendo que quizás durante la noche se calmaría, decidieron aguardar al siguiente dia para prevenir al Papa. Además tambien estaba fatal la noche, oscura y lluviosa, y nadie quería salir en semejante noche, excepto Benvenuto, que por espíritu de contradicción sin duda, escogió esta para su evasión.

Decidido ya á comenzar su empresa, y despues de dar las diez y de escuchar atentamente los pasos de los que habían relevado al centinela, se hincó de rodillas, rezó algunas oraciones imprimiendo la divina protección, y puso manos á la obra.

Primeramente arrancó las cabezas de los clavos que restaban, sosteniendo las planchas, en cuya operación oyó dar en el reloj las doce. En este estado sintió Benvenuto los pasos de la ronda que subía al terrado; permaneció pegado á la puerta sin respirar siquiera hasta que poco despues sintió que bajaron; fuéreronse ale-

jando los pasos, y todo volvió á quedar en el mas profundo silencio.

A cada momento redoblaba mas la lluvia su fuerza, y oia Benvenuto, saltándole el corazon de alegría, estrellarse el agua en la repisa y barrotes de su ventana.

En seguida fue quitando una á una las hojas de hierro que guardaban la puerta, y colocándolas en un rincón de su cuarto contra la pared, y despues echándose en el suelo comenzó á picar la parte inferior de la puerta con su instrumento de modelar, el que había aguzado á manera de hoja de puñal y fijado en un pedazo de madera. Pronto cedió la parte baja de la puerta, la madera estaba enteramente carbonizada, y al cabo de un instante había practicado un agujero bastante grande para poder salir por él arrastrándose como un reptil.

Entonces abrió el vientre de la estatua, estiró el cordón que había tegido con el lienzo de las sábanas, se las rodeó al cuerpo, y armado de su útil de modelar, que como hemos dicho transformó en puñal, imploró nuevamente de rodillas el auxilio y favor de Dios. En seguida pasó por el agujero y se halló en el corredor y fuera de los estrechos límites de su prisión. Púsose de pie, pero de tal manera le temblaban las piernas, que tuvo necesidad de apoyarse en la pared para no caer en el suelo; latía su corazon violentamente, y la cabeza le parecía un volcán; de cada uno de sus cabellos le caía una gota de sudor, y apretaba en su mano el mango de su puñal con tanta fuerza, como si lo defendiera de alguno que intentara arrancárselo.

Mas como todo permanecía en la mas completa tranquilidad y sin percibirse el menor rumor, se recogió Benvenuto pronto, y tentando con la mano siguió por el corredor adelante en la dirección que le indicaba la pared hasta que conoció faltaba esta y tocó con el pie el primer peldaño de la escalera ó mas bien de la escala que conducía á la plataforma. Subió con el mayor tiento uno á uno todos los escalones, estremeciéndose al ruido que hacia la madera oprimida bajo sus pies, hasta que empezó á sentir en el rostro la impresión del agua y del aire, porque su cabeza pasaba ya del nivel del piso de la plataforma; un momento despues se hallaba en ella, y á pesar de la oscuridad de la noche, como había permanecido durante un cuarto de hora en las mas profundas tinieblas, pudo juzgar al primer golpe de vista lo que debía temer ó esperar. La balanza inclinaba su peso al lado de la esperanza.

El centinela para ponérse á cubierto de la lluvia se había refugiado

en la gorita ; pero como los centinelas del castillo de Santangel estaban destinados no para inspeccionar la plataforma, sino para vigilar el foso y esplorar la campiña , estaba situada de suerte que la parte cubierta de ella daba á la escalera por donde Benvenuto había subido ; poco á poco se fue arrastrando silenciosamente bácia el punto ~~más~~ opuesto de aquél en que se hallaba el centinela ; ató un caño de su faja al pico de un canto que sobresalía de la muralla como unas esas pugadas , y poniéndose de rodillas por tercera vez murmuró con atento ~~conmovido~~ :

—Protejedme, Dios mío !

Después de esta corta plegaria, se asió con las manos de la faja y empezó á deslizarse sin hacer caso de las desolladuras de sus rodillas y de su frente que de vez en cuando rasaban la muralla.

Quando tocaron la tierra sus pies, inundó su pecho un sentimiento indeſinible de orgullo y de alegría. Consideró la inmensa altura de que acababa de lanzarse, y no pudo menos de esclamar á media voz : ya estoy libre ! Este momento de alegría fue muy corto. Al volver los ojos del otro lado vacilaron sus rodillas , delante de si veia elevarse una pared recientemente construida , una muralla que no conocia : estaba , pues , perdido.

Sus ilusiones y sus esperanzas se habian disipado todas, y abrumado por el dolor y desesperacion que esto le causaba , se dejó caer al suelo y tropezó con un cuerpo duro : este era un madero ó viga de mucha longitud , y tan pronto como tardó en reconocerle lanzó una ligera exclamacion de sorpresa y de alegría : me he salvado ! dijo.

Nadie sabe todas las alternativas de alegría y de esperanza que puede contener un minuto de la vida humana.

Benvenuto se agarro al madero con el mismo anhelo que un náufrago se agarra al mastil que debe sostenerle sobre el agua. En otra cualquiera circunstancia apenas hubiera bastado la fuerza de dos hombres para levantarlo , pero en su posicion él solo tuvo bastantes para colocarlo inclinado y apoyado en el muro. En seguida trepando por él consiguió llegar hasta lo mas elevado de la pared, pero cuando estaba allí no pudo conseguir pasar la viga del otro lado.

Un instante de aturdimiento y de fiebre se opoderó de su cabeza, cerró los ojos y le parecía estar nadando en un mar de fuego , pero de pronto pensó en sus tiras de lienzo trenzadas que le habian servido para su descenso de la plataforma y se deslizó nuevamente por el

madero; fue donde las había dejado pendientes, mas estaban tan bien atadas que no pudo arrancarlas.

Benvenuto se suspendió entonces desesperado del extremo de esta faja tirando con todas sus fuerzas esperando romperla: afortunadamente se aflojó uno de los cuatro nudos que ataban estos cuatro pedazos de sábana. Benvenuto cayó de espaldas llevando consigo uno de ellos que tenía doce pies de largo.

Esto era todo lo que había menester: se levantó saltando y lleno de fuerzas nuevas, se encaramó otra vez por el madero, llegó á lo alto del muro y ató el trozo de faja á la extremidad de la viga, se suspendió de ella, pero cuando llegó al cabo, sus pies no tocaban la tierra; pero viendo que no distaba más que unos cinco ó seis pies abandonó la cuerda dejándose caer al suelo.

Quedó un momento tendido, sin fuerzas y despojadas de sus epidermis las piernas y las manos:—Durante algunos minutos consideró estúpidamente sus carnes ensangrentadas, pero en este momento oyó dar las cinco en el reloj del castillo y observó que comenzaban las estrellas á perder su brillo.

Se levantó del suelo, mas al verificarlo un centinela á quien él no había visto y que sin duda alguna había estado observando su maniobra se adelantó como para llegar hasta él. Conoció Benvenuto que estaba perdido y que era menester morir ó matarlo, y así empuñando su tosco cuchillo marchó con ademán tan resuelto hacia el soldado que debió este comprender igualmente que tenía que sostener un combate sangriento con un hombre vigoroso y desesperado. En efecto, Benvenuto estaba resuelto á no retroceder; pero el centinela de repente le volvió la espalda como si no lo hubiese visto. El prisionero comprendió lo que esto significaba.

Velozmente se dirigió al último murallón que daba cerca del foso y estaba elevado doce ó quince pies del suelo. Semejante salto no debía detener á un hombre como Cellini; mucho más habiendo llegado ya al estado en que se encontraba; así que, no debiendo ya perder tiempo, sesuspidió de las manos de un anillo y encomendándose mentalmente á Dios, se dejó caer.

Esta vez quedó sin sentido del golpe y pasó una hora sin que volviera en sí, hasta que la frescura del aire que anunciaría la aproximación de la aurora le reanimó. Permaneció aun un instante más como aturdido, después pasó la mano sobre su frente, y poco á poco recobró la memoria.

Sentía en su cabeza un fuerte dolor al mismo tiempo que veía desprendese algunas gotas de sangre, que después de deslizarse por su rostro, como si fueran gotas de sudor, caían en el suelo y enrojecían las piedras. Comprendió que estaba herida su frente y llevó á ella segunda vez la mano, pero ahora no fue para recordar sus ideas sino para sondear la profundidad de sus heridas: felízmente eran ligeras, afectaban solo la piel, no interesaban el cráneo. Benvenuto sonrió entonces e intentó levantarse, pero fue para volver á caer con más violencia: se había quebrado su pierna derecha tres pulgadas mas abajo de la choquezuela de la rodilla, y la tenía inchada de tal manera que no había sentido al principio dolor alguno.

Entonces se quitó la camisa, la hizo giras y colocando los huesos de la pierna como mejor pudo, construyó un vendaje ciñéndolo con todas sus fuerzas y pasándolo por debajo de la planta del pie á fin de mantener los dos huesos unos contra otros.

En seguida se dirigió arrastrándose hacia las puertas de Roma que distaban solo unos quinientos pasos.

Cuando después de mas de media hora de marcha, experimentando los dolores mas agudos, llegó á esta puerta, halló que estaba cerrada, pero observando que había debajo una gran piedra, logró desviarla, porque cedió con facilidad, y aunque con trabajo pasó por la abertura que dejaba.

Pero apenas adelantó mas treinta pasos por lo interior ya de la ciudad, cuando al olor de la sangre de sus heridas, le acometió una multitud de perros errantes y hambrientos que se arrojaron sobre él, y viendo que no era posible evitar el combate, empuñó su instrumento de modelar, y de un solo golpe mató al mas grande y mas tenaz. Los demás se arrojaron sobre este y lo devoraron. Libre Benvenuto de estos nuevos enemigos, fue arrastrándose hasta la iglesia de la Transpontina donde encontró á un aguador que acababa de cargar su borriquillo con los cántaros y le dijo:

—Oye, me encontraba yo en casa de mi querida, y una circunstancia fatal ha hecho que habiendo entrado por la puerta haya tenido que salir por la ventana; salté del piso principal á la calle, pero me he quebrado esta pierna y te llamo porque te daré un escudo de oro siquieres conducirme hasta las gradas de la iglesia de San Pedro.

El aguador tomó al herido sobre sus espaldas sin proferir una palabra, y le llevó hasta el sitio indicado: en seguida, habiendo recibido la suma prometida, continuó andando sin mirar atrás.

Entonces Benvenuto, siempre arrastrando, consiguió llegar hasta la casa de Monseñor de Montluc, embajador de Francia, que vivía á algunos pasos de allí, y le protegió este diplomático con tanto celo, que al cabo de un mes Benvenuto se hallaba curado, al cabo de dos meses obtuvo su perdón, y al cabo de cuatro partió para Francia con Ascanio y Pagolo.

El gobernador que se había vuelto loco, vivió loco y murió loco, creyendo siempre haberse convertido en murciélagos, y haciendo incessantemente los mayores esfuerzos por volar.

IV.

SCHEZZONE.

CUANDO Benvenuto Cellini llegó á Francia, estaba Francisco I con toda su corte en el castillo de Fontainebleau: el artista, pues, encontró al que iba á buscar y se detuvo en la ciudad participando su llegada al cardenal de Ferrara. Este que sabía le esperaba el rey con impaciencia trasmitió al punto la noticia á S. M. Aquel mismo dia Benvenuto fue recibido por el rey, quien dirigiéndose á él en aquella dulce y vigorosa lengua que el artista escribia tan bien, le dijo: Benvenuto, pasead alegramente algunos días para reponeros de vuestros pesares y fatigas, recobrad vuestra perdida tranquilidad, y durante este tiempo, pensaremos en la obra que he de confiar á vuestras manos.—En seguida mandó se hospedase al artista en su palacio y espidió las órdenes convenientes para que nada le faltase.

Benvenuto se encontró impensadamente en el centro de la civilización francesa, atrasada en esta época respecto de la Italia, pero con la cual competía ya, debiendo adelantarse muy pronto. A veces se le figuraba que no había abandonado la capital de la Toscana, porque se veía en medio de las artes y los artistas que había conocido en Florencia.

Se trataba, pues, para Cellini, nada menos que de presentar á los ojos de la corte mas galante de Europa, el arte de la escultura elevado á la esfera á que habían llegado Leonardo de Vinci y el maestro Rosso en el sublime arte de la pintura. Así que, el artista, deseando anticiparse á los deseos del rey, no esperó que este le encendiese,

obra alguna, sino que pensó en ejecutarla desde luego, *motu proprio*. Observó cuanto agradaba á Francisco I la mansión en que le había encontrado, y trató de estimular su preferencia hacia esta real posesión ejecutando una estatua que resolvió llamar la ninfa de Fontainebleau.

Una excelente obra debía ser el producto de este pensamiento que le ofrecía la ejecución de una estatua coronada á la vez de yedra, espinas y vides; porque Fontainebleau, rodeada de un bosque, se halla en el centro de una estensa llanura cubierta de frondosos viñedos. La ninfa que proyectaba Cellini había de participar á la vez de Ceres, de Diana y de Erigone, tres maravillosos tipos que debía refundir en uno solo, adornando su pedestal con los triples atributos de las tres diosas, pudiendo juzgar del éxito de su empresa, y de cómo sabía ejecutar el maestro florentino estos minuciosos detalles, los que hayan tenido ocasión de considerar los elegantes modelos de la estatua de Perseo.

Pero una de las dificultades con que tenía que luchar el artista era que á pesar de poseer su imaginación el tipo ideal de lo que iba á hacer, le faltaba sin embargo para la parte material un modelo humano para su obra. ¿Y á dónde ir á buscar este modelo que á la vez debía reunir el conjunto de la belleza de las tres diosas?

Seguramente que si como en los días de la antigüedad, como en los tiempos de Fidias y de Apeles, las bellezas del día, esas reinas de la forma se brindaran generosamente para modelarlas, no hubiera tardado mucho Benvenuto en encontrar en el seno mismo de la corte lo que buscaba, porque tenía allí al Olimpo en la flor de la edad: estaba Margarita de Médicis que solo tenía veinte y un años, Margarita de Valois, reina de Navarra, á quien apellidaban la cuarta Gracia y la décima Musa; y estaba allí también, en fin, la duquesa de Elampes, que veremos aparecer en el discursó de esta historia, y de quien se decía era la mas bella de las cortesanas instruidas, y la mas instruida de las bellas. Allí se hallaba reunido mas de lo que necesitaba el artista; pero como hemos dicho, había pasado ya la época de los Apeles y los Fidias.

Benvenuto, pues, debía y pensaba dirigir su mirada á otra parte, cuando con gran contento supo que la corte se trasladaba á París. Desgraciadamente, como Benvenuto mismo decía, viajaba la corte en esta época con mas lentitud que un entierro ó una procesion; y ciertamente era así, porque marchaba precedida de doce ó quince mil caballos, y hacia alto en cualquier sitio, donde comunmente si acaso habían eran algunas muy pocas casas, y perdían de tiempo cuatro ho-

ras de la tarde en desplegar las tiendas de campaña, y otras cuatro por la mañana en levantarlas, de manera que aunque la residencia de Fontainebleau distase solo de la capital diez y seis leguas, tardaban cinco días en andarlas.

Veinte veces durante el camino había tenido Beavenuto intención de tomar la delantera, pero en todas ellas le había detenido el cardenal de Ferrara, diciéndole que si el rey pasaba un dia sin verte preguntaría qué era de él, y al saber que había marchado, miraría esta partida sin permiso como una falta de respeto y consideración á su persona. Benvenuto tascaba, pues, su freno, y durante esas largas paradas procuraba matar el tiempo dibujando bocetos de su ninfa de Fontainebleau.

Al fin llegó á París. Su primera visita fue al Primático encargado de continuar en Fontainebleau la obra de Leonardo de Vinci y del maestro Rosso. El Primático, que hacía mucho tiempo habitaba París, debía instruirle desde luego de cuanto descababa, y decirle dónde hallaría modelos.

Digámos de paso una palabra acerca del Primático.

El signor Francisco Primático, á quien por el lugar de su nacimiento nombraban entonces Bologua, y á quien nosotros llamamos el Primático, discípulo de Julio Romano, bajo cuya dirección había estudiado seis años, vivía hacia ocho en Francia, á donde Francisco I lo había llamado siguiendo el parecer del marques de Mantua, gran protector de los artistas. El Primático era un hombre, como puede verse por sus obras en Fontainebleau, de una prodigiosa fecundidad, de estilo grandioso, y de intachable pureza de líneas. Largo tiempo fue desconocido el Primático, esa cabeza enciclopédica, cuya vasta inteligencia e ilimitado talento abrazó todos los géneros de la alta cultura, y á quien nuestra época ha vengado de tres siglos de injusticia. En efecto, bajo la inspiración religiosa, pintó los cuadros de la capilla de Beau-regard; en los asuntos de moral, personificó en el palacio Montmorenci las principales virtudes cristianas; y en fin, las iamensassallas de Fontainebleau se llenaron de sus obras: en la Puerta Dorada, y en la sala de baile copió los asuntos mas graciosos de la mitología y de la alegoría; en la galería de Ulises y en la cámara de San Luis, fue poeta épico con Homero y tradujo en pintura la Odisea y toda una parte de la Iliada. Despues pasó de las edades fabulosas á los tiempos históricos, y la historia cayó bajo su dominio. Los rasgos principales de la vida de Alejandro y Rómulo, fueron reproducidos en algunos de sus cuadros que decoraron la gran galería y la cámara contigua al salón

del baile. Por ultimo, si quisieramos medir este extraordinario talento, contar sus variedades, adicionar su obra, hallariamos que en noventa y ocho grandes cuadros, y en ciento treinta mas pequeños, ha manejado sucesivamente los diferentes géneros del paisage, la marina, la historia, los asuntos bíblicos, el retrato, la alegoria y la epopeya.

Como se vé, era este un hombre digno de comprender á Benvenuto. Así es que apenas llegó á Paris corrió con los brazos abiertos en busca del Primático, y este le recibió del mismo modo.

Despues de esta primera entrevista de dos amigos que se hallaban en tierra extranjera, Benvenuto presentó sus cartones al Primático, le explicó todas sus ideas, le enseñó todos sus bocetos y le preguntó si entre los modelos de que se servía había alguno que pudiese llegar las condiciones que necesitaba.

El Primático meneó la cabeza sonriendo con aire triste.

En efecto, no se hallaban ya en Italia, esa hija de la Grecia, rival de su madre. la Francia era en aquella época como hoy, la tierra de la gracia, de la gentileza y de la coquetería; pero en vano se buscaba en el suelo de los Valois esa poderosa hermosura que inspiraba en las márgenes del Tíber y del Arno, á Miguel Angel y á Rafael, á Juan de Bologne, y á Andres del Sarto. Indudablemente, si como ya lo hemos dicho el pintor ó el escultor hubiera podido ir á escoger su modelo entre la aristocracia, hubiera encontrado pronto los tipos que buscaba; pero como las sombras detenidas del otro lado de la laguna Estigia, debía contentarse con ver pasar en los campos Eliseos, ouya entrada le estaba prohibida, esas bellas y nobles formas, objetos constantes de su artística educación.

De este modo aconteció lo que el Primático había previsto: Benvenuto pasó revista al ejército de sus modelos sin que uno solo le pareciese reunir las cualidades necesarias para la obra que meditaba.

Entonces reunió en el palacio del cardenal de Ferrara, donde se había instalado, todas las Venus, pero ninguna de ellas llenó sus deseos.

Benvenuto estaba desesperado, cuando una noche al volver de cenar con tres compatriotas que había encontrado en Paris, y eran Pedro Strozzi, el conde de la Anguillara, su cuñado y Galeotto Pico, sobrino del famoso Juan Pico de la Mirandola, y como siguiera solo por la calle de Petits-Champs, descubrió á una linda y graciosa jóven que iba delante. Benvenuto tembló de alegría: esta mujer era lo mejor que hasta entonces había encontrado para dar un cuerpo á su sueño. No vaciló, pues, un momento en seguir á esta mujer.

Si el arte no lo purificase todo , alguna dificultad tendríamos en contar lo que va á leerse , y sin embargo , lo que va á leerse es una cosa muy sencilla y que sucede todos los días.

Benvenuto , pues , siguió á esta muger , la cual subió el cerrillo de las Ortigas , pasó por delante de la iglesia de San Honorato , y entró en la calle del Pelicano , donde volvió la cabeza atrás para ver si todavía la seguían , y viendo á Benvenuto á corta distancia , empujó vivamente una puerta y desapareció . Benvenuto llegó á la puerta , la empujó también , y cediendo esta , penetró dentro y aun tuvo tiempo para ver en el ángulo de una escalera alumbrada por una lámpara humosa el estremo del vestido de la que seguía .

Llegó al primer piso donde halló una puerta entornada que daba entrada á un cuarto , y asomándose por ella vió á la joven que había seguido .

Sin esplicarle el motivo de su visita artística ; sin decirle siquiera una palabra , queriendo Benvenuto asegurarse de que las formas del cuerpo correspondian á las facciones del rostro , dió dos ó tres vueltas á la pobre joven asombrada , que obedecía máquinalmente , como lo hubiera hecho con una estatua antigua , levantándole los brazos por encima de la cabeza , actitud que pensaba dar á su ninfa de Fontainebleau .

Habia en el modelo que Benvenuto tenía delante de sus ojos un poco de Ceres , algo menos de Diana , pero mucho de Erigone . El maestro tomó entonces su partido , y viendo la imposibilidad de reunir estos tres tipos , resolvió contentarse con la Bacante , pues para esta había hallado verdaderamente lo que buscaba : ojos ardientes , labios de coral , dientes de perlas , cuello torneado , hombres redondos , tallo fino y anchas caderas : en fin , los pies y las manos tenían una finura aristocrática que decidió completamente al artista .

— Cómo os llamanis , señorita ? preguntó en fin Benvenuto con su acento extranjero , á la pobre niña , cada vez mas admirada .

— Catalina , para serviros , señor , respondió .

— Está bien , señorita Catalina , continuó Benvenuto ; tomad este escudo de oro por vuestro trabajo ; venid mañana á mi casa , calle de San Martín , palacio del cardenal de Ferrara , y os daré otro tanto por el mismo trabajo .

La joven vaciló un instante , porque creyó que se burlaba el extranjero ; pero el escudo de oro atestiguaba que hablaba formalmente ; así es que despues de un corto instante de reflexion , preguntó :

—A qué hora?

—A las diez de la mañana, si os parece.

—Perfectamente.

—Puedo contar con vos?

—Iré.

Benvenuto la saludó como hubiera saludado á una duquesa, y volvió á su casa con el corazon lleno de alegría. Apenas entró, quemó todos sus bocetos ideales, y se puso á trazar uno lleno de realidad. Trazado que fue este boceto, tomó un pedazo de cera, lo colocó sobre un pedestal, y en un momento tomó bajo su mano poderosa la forma de la ninfa que había concebido, de modo que cuando al siguiente dia se presentó Catalina en la puerta del obrador ya estaba hecho parte del trabajo.

Segun hemos dicho, Catalina no había comprendido absolutamente las intenciones de Benvenuto, y creyó que había ido á su casa como obedeciendo á un capricho, del mismo modo que ella iba muchas veces á las casas de algunos ricos señores. Así que quedó sumamente admirada cuando despues de haber cerrado la puerta Benvenuto, y mostrándole la estatua comenzada, le explicó los motivos y el objeto de sus entrevistas.

Joven y naturalmente alegre Catalina no pudo menos de reirse de su equivocacion, y en seguida orgullosa por servir de modelo para una diosa destinada á un rey, despojóse de sus vestidos y se puso ella misma en la actitud indicada por la estatua, y esto con tanta gracia y exactitud, que al volver la cabeza el maestro, y viéndola colocada tan bien, y tan naturalmente, lanzó un grito de placer.

Benvenuto puso manos á la obra. Tenia este hombre, como ya hemos dicho, una de esas nobles y poderosas naturalezas de artista que se inspiran con la obra y se iluminan trabajando. En mangas de camisa, con el cuello descubierto y los brazos desnudos, pasaba del modelo á la copia, de la naturaleza al arte, asemejándose á Júpiter dispuesto á abrazar todo lo que tocase. Acostumbrada Catalina á las organizaciones comunes ó marchitas de las gentes del pueblo ó de jóvenes señores, para quienes ella había sido un juguete, miraba llena de asombro á este hombre de vista inspirada, de respiracion ardiente y pecho levantado. Ella misma parecia elevarse á la altura del maestro; su mirada era ardiente, la inspiracion pasaba del artista al modelo.

Dos horas duró la sesion; al cabo de este tiempo Benvenuto dió á

Catalina un escudo de oro, y saludiéndola en los mismos términos que la vispera, la citó para el dia siguiente á igual hora.

Catalina entró en su casa y no salió en todo el dia. En la mañana siguiente se presentó en el taller diez minutos antes de la hora indicada.

Renovóse la misma escena: en este dia como en el anterior fue sublime la inspiración de Benvenuto: bajo su mano, como bajo la de Prometeo, respiraba la tierra. La cabeza de la Bacante estaba ya modelada y parecía una cabeza viva saliendo de una masa informe. Catalina se sonreía delante de esta hermana celestial, creada á su imagen; jamás había sido tan feliz, y cosa extraña, no podía darse cuenta del sentimiento que la inspiraba esta felicidad.

Al siguiente dia el maestro y el modelo se hallaron juntos á la misma hora; pero por una sensación que no había experimentado los días precedentes, en el momento de desnudarse Catalina, sintió que el rubor le subía al rostro. La pobre niña principiaba á amar, y el amor le inspiraba pudor. En la mañana siguiente fue peor todavía, y Benvenuto se vió precisado á advertirla muchas veces que no era la Venus de Médicis la que modelaba, sino una Erigone, ebria de voluptuosidad y de vino. Ademas no le quedaba ya otro recurso, sino tener paciencia: solo faltaban dos días para que el modelo estuviese concluido. En la tarde de este segundo dia, después de haber dado Benvenuto la última mano á su estatua, manifestó á Catalina su gratitud, y le dió cuatro escudos de oro; pero Catalina dejó caer en el suelo el dinero. Todo había concluido para la pobre niña; desde este momento volvía á su condición primera, condición que se le había hecho odiosa e insopportable desde el dia en que entró en el taller del maestro. Benvenuto que no sospechaba siquiera lo que pasaba en el corazón de la joven, recogió los cuatro escudos, se los presentó de nuevo, le estrechó la mano al dárselos y le dijo, que si alguna vez lo necesitaba para algo esperaba que á nadie se dirigiría sino á él; en seguida pasó al taller de los operarios en busca de Ascanio á quien quería enseñar su estatua acabada.

Cuando Catalina se vió sola besó como sagradas reliquias todos los útiles de que el maestro se había servido, y en seguida salió llorando.

Al dia siguiente, hallándose solo Benvenuto en su taller, entró Catalina, y como aquel se admirara de verla y se dispusiera á preguntarle

qué causa la llevaba á su casa, la jóven se dirigió á él, se postró á sus pies y le preguntó si necesitaba de una criada.

Benvenuto tenía un corazón de artista, es decir, sensible; adivinó lo que pasaba en el de la pobre niña; la levantó y la dió un beso en la frente.

Desde aquel momento Catalina formó parte del taller, que como hemos dicho, animaba con su alegría infantil y eterno movimiento. Así es que llegó á ser casi indispensable á todos, y mas particularmente á Benvenuto. Ella era la que lo hacia todo; la que todo lo disponía, riñendo y acariciando á Ruperta, que había principiado á verla con espanto, y concluyó amándola como todo el mundo.

La Erigone nada perdía con esto, porque teniendo Benvenuto siempre á la vista su modelo, pudo retocar y concluir su estatua con un cuidado que tal vez no había empleado en ninguna. Concluida que fue la llevó al rey Francisco I, que se maravilló al verla y encargó á Benvenuto que le ejecutara una igual de plata: su complacencia fue tan grande, que tuvo una larga conferencia con el platero preguntándole cómo se encontraba en su taller, dónde se hallaba situado este, y si contenía muchas preciosidades; después de lo cual lo despidió formando la resolución de ir á sorprenderlo en su casa una mañana, pero sin decirle nada de esta intención.

Llegamos ya al momento en que se abrió esta historia, cuando presentamos á Benvenuto trabajando, á Catalina cantando, á Ascanio meditando y Pagolo orando. Al siguiente día del en que Ascanio había entrado tan tarde en el taller, gracias á su escusión al rededor del palacio de Nesle, se oyó llamar estrepitosamente en la puerta de la calle: la señora Ruperta se levantó al punto para ir á abrir, pero Scozzone (ya recordará el lector [que este era el nombre que Benvenuto había dado á Catalina]), en dos brincos se puso fuera de la habitación.

—Un instante después oyóse su voz que gritaba semi alegre y semi asustada:

Dios mío! maestro! es el rey, el rey en persona que viene á visitar nuestro taller!...

Y la pobre Scozzone se presentó pálida y temblorosa en el umbral de la pieza en que Benvenuto trabajaba en medio de sus discípulos y sus aprendices.

V.

El artista y el rey.

En efecto, detrás de Scozzone entró el rey Francisco I con toda su comitiva. Daba la mano á la duquesa de Etampes, seguía el rey de Navarra con la delfina Catalina de Médicis, y después el delfin, que fue mas tarde, Enrique II, con su tia Margarita de Valois, reina de Navarra. Casi toda la nobleza los acompañaba. Benvenuto recibió sin embarazo y sin turbación á los reyes, á los príncipes, á los grandes señores y á las bellas damas, como un amigo recibe á sus amigos. Contábanse sin embargo en aquella comitiva los mas ilustres nombres de la Francia, y las hermosuras mas notables del mundo. Margarita encantaba, madama de Etampes enagenaba, Catalina de Médicis admiraba, y Diana de Poitiers deslumbraba. Pero qué importa! Benvenuto estaba familiarizado con los tipos mas puros de la antigüedad y del siglo XVI italiano, del mismo modo que el discípulo amado de Miguel Angel estaba habituado á los reyes.

—Necesario será, señora, que nos permitáis admirar otras bellezas delante de vos, dijo Francisco I á la duquesa de Etampes, que se sonrió.

Aña de Pisseleu, duquesa de Etampes, que desde la vuelta del rey de su cautiverio en España había sucedido en su favor á la condesa de Chateaubriant, estaba entonces en todo el brillo de una hermosura

verdaderamente régla. Erguida como una palma, llevaba su encantadora cabeza con una dignidad y una gracia traidora con que se asemejaba á la vez á la gata y á la pantera de quienes tambien tenia los instintos y los apetitos sanguinarios. Ademas de eso, la régla cortesana sabia tomar cierto aire candoroso, que hubiera engañado á los mas suspicaces. Nada era mas variable y mas pésido que la fisonomía de esta mujer de lábios pálidos, tan pronto Hermione como Galatea, de sonrisa á veces halagüeña y á veces terrible, de miradas, ora tiernas y apacibles, ora furiosas y crueles. Tenia una monera tan lenta de levantar sus párpados, que jamás se sabia si los levantaba la languidez ó la amenaza. Altanera e imperiosa, subyugaba á Francisco I fascinándolo; orgullosa y celosa, habia exigido de él que recogiese de la condesa de Chateaubriant las alhajas que la habia dado, contra cuya profanacion protestó la bella y melancólica condesa, remitiéndolas fundidas y en barras. En fin, flexible y disimulada, mas de una vez babia cerrado os ojos cuando por un capricho el rey distinguia á alguna encantadora joven de la corte, que abandonaba despues para volver á su bella e irresistible hechicera.

—Muchos deseos tenia de veros, Benvenuto; pues creo que hará dos meses que habeis llegado á nuestro reino, y las tristes atenciones de los negocios me han impedido casualmente en todo este tiempo pensar en los nobles cuidados del arte. Dad las gracias á mi hermano y primo el emperador, que no me dà un momento de descanso.

—Yo le escribiré, señor, y le suplicaré que os permita ser el grande amigo de las artes, ya que le habeis probado que sois gran capitán.

—Pues qué, conoceis á Carlos V? preguntó el rey de Navarra.

—Hace cuatro años que tuve el honor, señor, de presentar en Roma un devolucionario, hecho por mi, á su sacra real magestad, y dirigirle un discurso de que se manifestó muy complacido.

—Y qué os dijo su sacra real magestad?

—Que ya me conocía por haber visto tres años antes en la capa pluvial del papa unas borlas cinceladas que no desdecían de mis demás obras.

—Olal! veo que os han mimado demasiado con sus parabienes los reyes y los príncipes, dijo Francisco I.

—Verdad es, señor, que he tenido la felicidad de satisfacer á multitud de cardenales, de grandes duques, de príncipes y de reyes.

—Moslradme, pues, vuestras hermosas obras, veremos si soy un juez menos contentadizo que los demás.

—Señor, he tenido poco tiempo, mirad sin embargo un jarrón y un aguamanil de plata que he principiado, y que tal vez no sean dignos de llamar la atención de V. M.

El rey, durante cinco minutos, examinó sin decir una palabra. Pareció que la obra le había hecho olvidar al obrero; después, en su, al aproximarse curiosamente las damas: «mirad, señoras, exclamó Francisco I qué maravilla! qué forma de jarrón tan nueva y tan atrevida! cuánta delicadeza en estos bajos relieves! sobre todo me admira la hermosura de estas líneas, y reparad cuánta variedad y cuánta verdad hay en la actitud de las figuras! observad á esta que levanta el brazo por encima de su cabeza: ese gesto fugitivo es tan natural y está tan perfectamente invitado, que se admira uno de que no continúe el movimiento. En verdad, creo que jamás los antiguos hicieron cosa más hermosa. Me acuerdo de las maravillosas obras de la antigüedad y de los más hábiles artistas de la Italia, pero ninguna me ha hecho tanta impresión como esta. Oh! mirad, señora de Navarra, á este lindo niño perdido entre las flores, y su piececito que se agita en el aire; qué vivo, qué gracioso y qué lindo es todo esto!»

—Mi gran rey, exclamó Benvenuto, los demás me cumplimentaban, pero vos me comprendéis.

—Otra cosa, dijo el rey con una especie de avidez.

—Mirad una medalla que representa á Leda y su cisne, hecha para el cardenal Gabriel Cesarini; mirad un sello en que he grabado en buce un relicario esmaltado que representa á San Juan y á San Ambrosio.

—Cómo! acudáis también medallas, dijo madama de Etampes.

—Como Cabanotte de Milan, señora.

—Esmaltais el oro? dijo Margarita.

—Como Amérigo de Florencia.

—Grabais sellos? dijo Catalina.

—Como Santizco de Perusa. Señora, que mi ciencia se limita á las finas joyas de oro, y á las grandes piezas de plata? Yo se ha querido un poco de todo, gracias á Dios. Soy un mediano ingeniero militar, y he impedido dos veces que tomasen á Roma. No mido muy mal un soneto, y V. M. no tiene mas que mandarme hacer un poema con tal que sea en su alabanza, y me comprometo á ejecutarlo ni mas ni menos que si me llamase Clemente Marot. En cuanto á la música que mi padre me enseñó á bastonazos, me ha aprovechado el método, y toco la flauta y el clarinete con bastante maestría para que Clemen-

te VII me haya contratado á los veinte y cuatro años en el número de sus músicos. He hallado además un secreto para hacer excelente pólvora, y puedo fabricar escopetas admirables e instrumentos de cirugía. Si V. M. declara la guerra y quiere emplearme como hombre de armas, verá que no soy torpe, y que sé manejar tan bien un arcabuz como apuntar una culebrina. Como cazador he matado hasta veinte y cinco pavos reales en un dia, y como artillero he libertado al emperador del principe de Oranje, y á V. M. del condestable de Borbon; porque segun parece los traidores no tienen que prometérselas muy felices conmigo.

—Y de qué estás mas orgulloso, interrumpió el joven delfín, de haber matado al condestable ó á los veinte y cinco pavos reales?

—Yo no estoy orgulloso ni de lo uno ni de lo otro, señor. La destreza, como todos los demás dones, viene de Dios, y yo solo he usado de mi destreza.

—En verdad, ignoraba que me hubieseis hecho un servicio semejante, dijo el rey, servicio que por otra parte se tomará el trabajo mi hermana Margarita de perdonaros. Ahí sois vos quien habeis matado al condestable de Borbon, y como ha sucedido eso?

—Toma! de un modo muy sencillo. El ejército del condestable llegó de improviso delante de Roma, y dió el asalto á las murallas. Fui con algunos amigos para ver. Al salir de mi casa coji maquinalmente mi arcabuz y me lo heché al hombro. Al llegar á la muralla vi que no había nada que hacer. Siu embargo, me dije á mi mismo: para tan poca cosa no he venido, es preciso hacer algo. Entonces dirigiendo mi arcabuz hacia el sitio en que veía un grupo de combatientes mas numerosos y apretados, apunté precisamente á aquel cuya cabeza rebasaba las demás, cayó, y de repente se levantó un gran tumulto, causado por el tiro que yo había disparado. Había matado en efecto á Borbon, que como se supo despues, era el mismo que sobresalía entre los demás.

Mientras Benvenuto hacia esta relación con una perfecta indiferencia, el círculo de damas y de señoras se había ensanchado poco á poco alrededor de él, y todos contemplaban con respeto y casi con espanto al héroe sin saberlo. Solo Francisco I quedó al lado de Cellini.

—Veo, queridísimo, le dijo, que antes de consagrarme vuestro genio, me habeis prestado vuestro valor.

—Señor, replicó alegremente Benvenuto, creo, como hay Dios, que he nacido para serviros. Una aventura de mi primera infancia me

ha hecho pensar en esto muchas veces. Vos tenéis en vuestro escudo una salamandra, no es cierto?

—Sí, con esta divisa: *Natrisco et extinguo.*

—Eso es, tenía entonces cinco años, hallábase con mi padre en una salita donde se había hecho la colada, y donde continuaba ardien-do una buena lumbre de encina. Hacía mucho frío. Mirando casual-mente hacia el fuego, distinguí en medio de las llamas un animalaje semejante á un lagarto que se divertía en el sitio mas caliente. Se lo enseñé á mi padre (perdonadme este pormenor familiar de un uso algo brutal de mi país) aplicándome una violenta bofetada, me dijo con dulzura: No te castigo porque has hecho mal, hijo mío, sino para que te acuerdes de qué esa lagartija que has visto en el fuego, es una salamandra; ningún viviente ha visto ese animal antes que tu. No era esto, señor, un aviso del destino? Creo que hay predestinaciones, pues á los veinte años iba á partir para Inglaterra, cuando el cincela-dor Pedro Torreggiano, que quería llevarme consigo, me rescribió que siendo niño había dado una bofetada á nuestro Miguel Angel en una disputa que tuvo con él en el taller. Oh! con esto bastaba; por un tí-tulo de príncipe no hubiera ido con un hombre que había puesto las manos en el gran escultor. Me quedé en Italia, y de Italia, en lugar de ir á Inglaterra, vine á Francia.

—La Francia, orgullosa de haber sido escogida por vos, Benvenuto, hará que no echeis de menos á vuestra patria.

—Mi patria es el arte, señor, por ella solo cinceló la más rica copa.

—Y tenéis actualmente proyectada alguna bella composición Cellini?

—Oh! sí señor, un Cristo; no un Cristo en la cruz, sino en su luz y en su gloria, e imitaré cuanto pueda esa hermosura infinita en que se me ha presentado.

—Como! dijo la escéptica Margarita riendo, ademas de todos los reyes de la tierra, habeis visto tambien al rey de los cielos?

—Tambien señora, respondió Benvenuto con el candor de un niño.

—Oh! contadnos eso, dijo la reina de Navarra.

—Con mucho gusto, señora, respondió Benvenuto Cellini con la confianza de un hombre que no piensa que puedan poner en duda ninguna parte de su relación.

Algun tiempo antes, continuó diciendo Benvenuto, había visto á Satanás y á todas sus legiones, que un sacerdote nigromántico de mis amigos evocó delante de mí en el coliseo y de las cuales no poco nos costó desembarazarnos; pero el terrible recuerdo de estas infernales

visiones quedó completamente borrado de mi espíritu, cuando á mi ardiente súplica se me apareció para confortarme en los trabajos de mi prisión el divino Salvador de los hombres en medio del sol y coronado de sus rayos.

—Y estais realmente seguro preguntó la reina de Navarra, seguro sin género alguno de duda de que se os ha aparecido el Cristo?

—Seguro como tres y dos son cinco.

—Ea, Benvenuto, hacéndos, pues, un Cristo para nuestra capilla, dijo Francisco I, con su buen humor habitual.

—Señor, si vuestra Magestad tiene la bondad de encargarme otra cosa aplazaré esta obra para mas adelante.

—Y por qué?

—Porque he prometido á Dios no hacerla para ningun soberano sino para él.

—Enhorabuena; como gusteis. Necasito doce candelabros para mi mesa.

—Eso ya es otra cosa, y en este punto seréia obedecido.

—Quiero que estos candelabros sean doce estatuas de plata.

—Señor, estarán magnificas.

—Estas estatuas representarán seis dioses y seis diosas, y serán exactamente de mi estatura.

—Eso es, asi deben ser, señor.

Pero es todo un poema lo que mandais hacer, dijo la duquesa de Etampes, una maravilla sorprendente! No es verdad señor Benvenuto?

—A mí nada me sorprende, señora.

—Pues yo si me sorpreendo, replicó la duquesa picada, que haya escultores que se atrevan á hacer lo que solo han podido los escultores de la antigüedad.

—Sin embargo, espero acabar esa obra tan bien como los antiguos hubieran podido hacerlo, respondió Benvenuto con serenidad.

—Parece que os alabais un poco! maestro Benvenuto.

—Yo no me alabo jamás señora.

Hablando así Cellini miraba á madama de Etampes, y la orgullosa duquesa bajó á pesar suyo los ojos ante aquella mirada firme, confiada, en que no había ni sombra de enojo. Ans concibió un sordo resentimiento contra Cellini por esta superioridad que á pesar suyo y sin poder definirla ejercía sobre ella. Hasta entonces había creido que la hermosura era el primer poder de este mundo; se había olvidado del génio.

—Qué tesoros, dijo con ironía, bastarían á recompensar una habilidad como la vuestra?

—No serán seguramente los míos, contestó Francisco I., y á propósito Benvenuto, recuerdo que todavía no habeis percibido mas que quinientos escudos de oro desde que habeis llegado. Quedareis satisfecho con un sueldo igual al que daba á mi pintor Leonardo de Vinci, es decir, seiscientos escudos de oro anuales? Os pagaré ademas todas las obras que hagáis para mí.

—Señor, estos ofrecimientos son dignos de un rey como Francisco I., y me atrevo á decirlo, de un artista como Cellini. Sin embargo, tendré la osadía de dirigir á V. M. una petición.

—Concedida desde luego, Benvenuto.

—Señor, me hallo muy mal en este local tan reducido para trabajar. Uno de mis discípulos ha encontrado un edificio mejor dispuesto que este para las grandes obras que mi soberano tenga á bien encargarme, ese edificio pertenece á V. M.: es el gran Nesle. Está á la disposición del preboste de París, pero no lo habita: ocupa solamente el pequeño Nesle que se lo cedo gustoso.

—Concedido, Benvenuto, dijo Francisco I., instalaos en el gran Nesle, y entonces solo tendré que atravesar el Sena para ir á conversar con vos, y admirar vuestras obras maestras.

—Como, señor! interrumpió madama de Etampes, vais á privar sin motivo á un hidalgo á quien yo protejo de un bien que le pertenece? Benvenuto la miró, y por segunda vez bajó Ana los ojos ante aquella singular mirada, fija y penetrante. Cellini continuó con la misma candorosa buena fe que al hablar de sus apariciones:

—Pero tambien yo soy noble, señora: mi familia desciende de un hombre ilustre, del primer capitán de Julio Cesar, llamado Fiorino, que era de Cellino, cerca de Montefiascone, y que ha dado su nombre á Florencia, mientras que vuestro preboste y sus antepasados no han dado todavía, que yo sepa, su nombre á nada. Sin embargo, continuó Benvenuto, volviéndose hacia Francisco I. y mudando á la vez de mirada y de acento, quizá me he mostrado muy atrevido, quizá escalaré contra mi odios poderosos que no pueda contrarrestar á pesar de la protección de V. M. El preboste de París tiene, según dicen, una especie de ejército á sus órdenes.

—Me han contado, interrumpió el rey, que un dia en Roma un tal Cellini, platero, había retenido en su poder, por falta de pago, un

jarro de plata que le había encargado monseñor Farnesio, entonces cardenal y hoy papa.

—Es cierto, señor.

—Añadian que todos los criados del cardenal, fueron espada en mano á sitiár la tienda del platero para llevárselo á viva fuerza.

—Tambien es cierto.

—Pero que ese Cellini oculto detras de la puerta y armado de una escopeta se había defendido valerosamente, logrando al fin poner en precipitada fuga á todos los criados del cardenal, y que al dia siguiente había sido pagado.

—Todo eso, señor, es la pura verdad.

—Pues bien, no sois vos ese Cellini?

—Si señor; consérvenme V. M. solamente su gracia y nada me arredará.

—Andad, pues, con la cabeza erguida, dijo el rey soprriendo, nada temais puesto que sois hidalgo.

La duquesa de Etampes calló, pero juró desde aquel momento á Cellini un odio mortal, un odio de mujer ofendida.

—Señor, tengo que pediros otro favor, dijo Cellini. No puedo presentaros todos mis operarios; son diez, entre franceses y alemanes, todos honrados y hábiles compañeros; pero mirad á mis dos discípulos que he traído de Italia conmigo, á Pagolo y Ascanio. Acercaos, Pagolo, y levantad un poco la cabeza y la mirada, no imprudentemente, sino como hombre honrado que no tiene que avergonzarse de ninguna acción mala.

Este carece tal vez de invención, señor, y tambien de un poco de ardor, pero es un exacto y concienzudo artista, que trabaja lentamente, pero bien; que concibe perfectamente mis ideas, y las ejecuta con fidelidad. Este otro es Ascanio, mi noble y galan discípulo y ahijado muy querido. Este no tiene el vigor de creacion que hará chocarse y destrozarse en un bajo relieve los batallones de dos ejércitos, ó encaramarse poderosamente en los bordes de un jarro, las uñas de un leon ó los dientes de un tigre. Tampoco tiene la fantasía original que inventa las monstruosas quimeras y los dragones imposibles; pero en cambio, su alma tiene el instinto de un ideal, por decirlo así, divino. Encargadle que os haga un ángel ó un grupo de ninfás, y nadie alcanzará á su posección esquisita y á su gracia particular. Con Pagolo tengo cuatro brazos, con Ascanio tengo dos almas, y sobre todo, señor, él me aña-

mucho, y yo estoy muy contento de tener á mi lado un corazon puro y generoso como el suyo.

Mientras que su maestro hablaba de este modo, Ascanio permanecia de pie á su lado, modestamente, pero sin embarazo, en una actitud llena de elegancia, y madama de Etampes no podia separar sus miradas del jóven y encantador italiano de ojos y cabellos negros, y que parecia una copia viva del Apollino.

—Si Ascanio, dijo, tiene tanto idealismo artistico y quiere pasar á mi palacio de Etampes una mañana, le daré piedras y oro con lo cual haga brotar una flor maravillosa.

Ascanio se inclinó con dulce mirada de agradecimiento.

—Y yo, dijo el rey, le señalo lo mismo que á Pagolo, cien escudos de oro al año.

—Yo me encargo de hacerles ganar bien ese dinero, señor, dijo Benvenuto.

—Pero quien es esa hermosa jóven que se oculta en ese rincón? replicó Francisco I, viendo á Scozzone por la primera vez.

—Oh! no prestéis atencion, señor, respondió Benvenuto frunciendo el entrecejo; es la única de las bellas cosas de este taller que no me gusta que noten.

—Ola! sois celoso? compadre Benvenuto.

—No me gusta, señor, que nadie toque á mi bien; porque esto seria lo mismo, y lo digo sin comparacion, que si alguno se atreviese á pensar en madama de Etampes: me parece que os pondrian furioso, señor, pues bien, Seozzone es mi duquesa.

La duquesa, que contemplaba á Ascanio, interrumpida asi bruscamente, se mordió los labios. Muchos cortesanos no pudieron menos de sonreirse, y todas las damas cuchichearon. En cuanto al rey, rióse sin disimulo.

—Vamos, vamos, como soy hidalgo que vuestros celos están en su lugar, y los artistas y los reyes se comprenden. Adios, amigo mio, os recomiendo mis estatuas. Como está en el orden, principiareis por Júpiter, y cuando hayais hecho el modelo me lo enseñareis. Adios, salud y fortuna. En el palacio de Nesle!

—Que vaya á mostráros el modelo! lo habeis dicho muy pronto, señor, cómo he de entrar en el Louvre?

—Se dará en las puertas vuestro nombre con la orden de introducirnos hasta mi.

Céllini hizo una cortesia, y seguido de Ascanio y Pagolo, siguié al

rey y á la corte hasta la puerta de la calle. Allí se arrodilló y besó la mano á Francisco I.

—Señor, dijo con tono enternecido, me habeis salvado por la mediación del señor de Montluc del cautiverio, y quizás de la muerte; ~~mas~~ habeis colmado de riquezas, habeis honrado mi pobre taller con vuestra presencia, pero lo que sobrepuja á todo esto, señor, lo que hace que no sepa como agradecer tantas mercedes, es que os anticipais tan magníficamente á todos mis sueños. Comunmente solo trabajamos para una raza privilegiada diseminada al través de los siglos, pero yo tengo la felicidad de tener un juez siempre presente que pueda constantemente estimularme. Hasta ahora solo había sido el artista del porvenir; permitidme que en lo sucesivo me llame el platero de V. M.

—Mi platero, mi artista, y mi amigo Benvenuto, os concedo este título si os parece digno de figurar al lado de los demás. Adios, ó mas bien hasta la vista.

Inútil es decir que todos los príncipes y señores, á excepción de madama de Etampes, imitaron al rey y colmaron á Cellini de elogios y muestras de diferencias. Cuando todos se retiraron y Benvenuto se quedó solo en el patio con sus dos discípulos, estos le dieron las gracias, Ascanio con elusion y Pagolo casi con empacho.

—No me deis las gracias, amigos míos; esto no merece la pena; pero escuchad, si verdaderamente creéis deberme algo, quiero, ya que este asunto de conversacion se ha presentado hoy, pediros un solo favor; un favor que toca muy de cerca al corazon de mi corazon.

Ya habeis oido lo que he dicho al rey respecto de Catalina; lo que he dicho corresponde á lo mas íntimo de mi ser. Esa niña es necesaria á mi vida, amigos míos, á mi vida de artista, porque como sabeis se presta tan alegremente á servirme de modelo; á mi vida de hombre porque creo que ella me ama, pues bien, os suplico, que aunque ella es hermosa y vosotros sois jóvenes como ella, no dirijais jamás vuestros pensamientos ni vuestras miradas á Catalina; hay en el mundo otras muchas jóvenes hermosas. No desgarreis mi corazon, no ofendais mi amistad dirigiendo á mi Scozzone una mirada demasiado atrevida, antes bien, vigiladla en mi ausencia y aconsejadla como hermanas. Os lo suplico así porque me conozco demasiado, y juro á Dios que si llegase á observar alguna cosa que no me gustase, mataría á ella y á su complice.

—Os respeto, dijo Ascanio como á mi maestro, y os amo como á mi padre, podeis estar tranquilo.

—Jesus Dios mio ! exclamó Pagolo juntando las manos ; Dios me
guarda de pensar en semejante infamia ! No sé que os debo todo , y no
seria un crimen abominable abusar de la santa confianza que me ma-
nifestais correspondiendo á vuestros beneficios con tan cobarde per-
fidia ?

—Gracias, amigos mios, dijo Benvenuto , os doy mil gracias, estoy
contento y confio en vosotros. Ahora, Pagolo, pone á trabajar, ya sa-
bes que he prometido para mañana al señor de Villerois , el sello que
estás haciendo, mientras que Ascanio y yo vamos á visitar el palacio
que nuestro liberal rey acaba de darnos, y del cual tomaremos pose-
sion de grado ó por fuerza, el domingo próximo para desconsar,

En seguida dirigiéndose á Ascanio le dijo :

—Vamos , Ascanio, vamos á ver si ese famoso palacio de Nesle,
que tan hermoso te ha parecido por fuera , es digno en el interior de
su reputacion.

Y antes que Ascanio tuviese tiempo de hacer la menor observacion,
Benvenuto dirigió una mirada á su taller para ver si cada operario es-
taba en su puesto, dió un boletoncillo en la mejilla redonda y sonro-
seada de Scozzone, y asiéndose del brazo de su discípulo, lo condujo
hacia la puerta y salió con él.

VI.

De que sirven las dueñas.

APENAS habian dado diez pasos en la calle, cuando encontraron á un hombre de cincuenta años poco mas ó menos, bastante delgado, pero de una fisonomia animada y fina.

—Iba á vuestra casa, Benvenuto, dijo el desconocido, á quien Ascanio saludó con un respeto mezclado de veneracion, y al cual Benvenuto abrigó cordialmente la mano.

—Era para algun negocio importante, mi querido Francisco? pregunto el platero, en ese caso me vuelvo con vos, ó era simplemente para verme? En ese caso venid contigo.

—Es para daros un consejo, Benvenuto.

—Ya os escucho. Un consejo siempre es bueno, principalmente cuando nos lo da un amigo.

—Pero el que tengo que daros, no puedo decirlo sino á vos solo.

—Este jóven es otro yo, Francisco, podéis hablar.

—Ya lo hubiera hecho si hubiese creido deber hacerlo, respondió el amigo de Benvenuto.

—Con vuestro permiso, maestro, dijo alejándose el discreto Ascanio.

—Está bien, ve solo á donde pensaba ir contigo, mi querido amigo, dijo Benvenuto; y haz cuenta que lo que veas es como si yo lo vieras; examinalo todo; mira si el taller tendrá buena luz, si el patio será có-

modo para fundir, y si nuestro laboratorio podrá estar separado del de los demás aprendices. No olvides el juego de pelota.

Y Benvenuto se apoyó en el brazo del desconocido, hizo una señal en la mano á Ascanio, y volvió á tomar el camino del taller, dejando al joven parado e inmóvil en medio de la calle de San Martín.

En efecto, había en la comision que acababa de consolarle su maestro, mas de lo necesario para turbar al pobre Ascanio. Y si esta turbacion no fue ligera cuando Benvenuto le propuso que harian los dos juntos la visita del palacio de Nesle, cuanto subiria de punto al considerar que tenia que hacerla ya solo?

De este modo, el que durante dos domingos habia visto á Colombia sin atreverse á seguirla, y que al tercero la había seguido sin atreverse á hablarla, iba á presentarse á ella, y para qué? para visitar el palacio de Nesle, que Benvenuto esperaba arrebatar de grado ó por fuerza en el próximo domingo al padre de Colombia.

La posicion era falsa para todo el mundo, pero terrible para un enamorado.

Afortunadamente el palacio de Nesle distaba mucho de la calle de San Martin. Si no hubiera habido mas que dos pasos, Ascanio no los hubiera dado; pero como habia media legua, se puso en camino.

Nada familiariza mas con el peligro, como el tiempo, ó la distancia que de él nos separa. Para todas las almas fuertes, ó para todas las organizaciones felices, la reflexion es un poderoso auxiliar. A esta última clase pertenecía Ascanio. En esta época no se había introducido todavía la costumbre de hastiarse la vida antes de haber entrado en ella. Todas las sensaciones eran francas y se emitian francamente, la alegría con la risa, el dolor con las lágrimas. El amaneceramiento era poco menos que desconocido en la vida como en el arte, y un joven y lindo mozo de veinte años no se hubiera avergonzado portada de este mundo en la época á que nos referimos, de confesar que era venturoso.

Así que en toda esa turbacion de Ascanio habia cierta felicidad, pues no pensando ver á Colombia hasta el domingo siguiente, iba á traer aquél mismo dia: ganaba seis días, y ya se sabe que seis días de expectativa son seis siglos para los enamorados.

A medida, pues, que se acercaba, pareciale mas sencilla la empresa: cierto que él era quien habia aconsejado á Benvenuto que pidiese al rey el palacio de Nesle para establecer en él su taller, pero Colombia llevaria á mal que el hubiese buscado los medios de acercarse á

ella? Verdad es tambien que esta instalacion del platero florentino en el antiguo palacio de Arnaury no podia verificarse sin perjuicio del padre de Colombia, que lo consideraba como suyo; pero este perjuicio era real, cuando Roberto de Estourville no lo habitaba? Ademas Benvenuto tenia mil medios de pagar su alquiler. Una copa para el preboste y un collar para su hija (y Ascanio se encargaba de hacer el collar) podian y debian, en aquella epoca del arte, vencer muchas dificultades. Ascanio habia visto grandes duques, reyes y papas á punto de vender sus coronas, sus cetros y sus tiaras para comprar una de esas maravillosas joyas que salian de las manos de su maestro. Todo bien considerado, aun arreglándose así las cosas, seria el noble Roberto el que tuviera que dar las gracias á maese Benvenuto, porque maese Benvenuto era tan generoso que si el noble Roberto se portaba con galanteria, tenia Ascanio seguridad de que maese Benvenuto se portaria como un rey.

Cuando llego al fin de la calle de San Martin, Ascanio se considero como un mensajero de paz, elegido por el Señor para mantener la armonia entre los dos poderes.

Sin embargo, á pesar de esta conviccion, Ascanio, á quien no le habia dado cuidado—los enamorados son seres muy raros—elsgar su camino doce minutos mas, en vez de atravesar el Sena en un bote, subio á lo largo del muelle y paso el rio por el puente de los Molinos. Quizás tambien habia tomado este camino porque era el mismo por donde habia ido la víspera siguiendo á Colombara.

Por lo demas, cualquiera que sea la causa que le hiciese obligado á dar este rodeo, el resultado es que al cabo de veinte minutos se halló en frente del palacio de Nesle.

Pero al ver la puertecita ojiva por donde tenia que atravesar, sin distinguir el hermoso palacio gótico que ostentaba sus atrevidos torreones, al pensar que detrás de aquellas celosias medio cerradas á causa del calor estaba su bella Colombara; toda esa andamiaje de deliciosos sueños constreñida durante el camino se desvaneció, como esos edificios que se ven en las nubes y que el viento deshace con un soplo; hallóse frente á frente con la realidad, y la realidad no le pareció de las mas satisfactorias.

Sin embargo, despues de una pausa de algunos minutos, pensando mas estrafila, cuanto que, á causa del mucho calor que hacia, no encontró absolutamente nadie en el muelle, conoció Ascanio que era preciso tomar un partido cualquiera.

Pero como no tuviese otro partido que tomar sino entrar en el palacio, se adelantó hasta el umbral, y levantó el aldabón. Dios sabe cuando lo hubiera dejado caer, si en aquel mismo momento, y por casualidad no se hubiese abierto la puerta, encontrándose frente a frente con el jardinero del señor de Estourville.

Ascanio y el jardinero retrocedieron cada uno por su parte.

—Qué quereis? dijo el jardinero; á quién buscáis?

Ascanio obligado á seguir adelante en su empresa, reunió todo su valor y respondió resueltamente:

—Vengo á visitar el palacio.

—Cómo! visitar el palacio! exclamó el jardinero estupefacto, y en nombre de quien?

—En nombre del rey! respondió Ascanio.

—En nombre del rey! exclamó el jardinero, Dios mío querrá el rey quitárnoslo.

—Tal vez! respondió Ascanio.

—Pero que significa eso?

—Ya conoceis, amigo mío, dijo Ascanio con un aplomo de que él mismo estaba satisfecho, qué no necesito daros cuenta.

—Es verdad, pero á quién quereis hablar?

—No está el señor preboste? preguntó Ascanio que sabía perfectamente que el preboste no estaba.

—No señor, está en el Chatelef.

—Y quién le reemplaza en su ausencia?

—Su hija, la señorita Colombia.

Ascanio sintió que el rubor encendia su rostro.

—Y además, continuó el jardinero, también está aquí la señora Petra. Quereis hablar á la señora Petra ó á la señorita Colombia?

Esta pregunta era muy sencilla y sin embargo produjo un terrible combate en el alivio de Ascanio. Abrió la boca para decir que quería ver á la señorita Colombia, y sin embargo, como si palabras tan atrevidas se negasen á salir de sus labios, dijo que venía á ver á la señora Petra.

El jardinero, qué no sospechaba que su pregunta, qué miraba como muy sencilla, hubiese causado tan grande alteración, inclinó la cabeza en señal de obediencia, y se adelantó atravesando el patio del lado de la puerta interior del pequeño Nesle. Ascanio le siguió.

Tuvo que atravesar un segundo patio, después una segunda puerta, después un jardinito, después las escaleras que conducían á una larga

galería, y por último el jardinero abrió una puerta y dijo: señora Petra, un jóven viene á ver el palacio en nombre del rey.

Y separándose entonces á un lado dejó espacio á Ascanio que le sucedió en el umbral de la puerta.

Ascanio se apoyó en la pared; una nube acababa de pasar por delante de sus ojos; había sucedido una cosa muy sencilla, y que sin embargo no había previsto. La señora Petra estaba con Colomba, y él se halló en frente de ambas. La dueña estaba hilando á torno, y Colomba sentada á su bastidor bordando.

Ambas levantaron la cabeza á un mismo tiempo y miraron hacia la puerta.

Colomba reconoció desde luego á Ascanio. Esperábale aunque su razon le había dicho que no debia volver. En cuanto á él, cuando vió que la jóven le miraba con una dulzura indefinida, creyó morirse.

A pesar de haber previsto mil dificultades y obstáculos, antes de poder llegar á su amada; obstáculos que debian exaltarle, y dificultades que debian alentarlo, hé aquí que muy por el contrario todo había sucedido natural y buenamente como si Dios hubiese estimulado y bendecido de su propia voluntad la pureza de su amor; al hallarse en frente de ella, cuando pensaba dirigirle todo ese hermoso discurso que había preparado, y cuya ardiente elocuencia debía admirarla y enternecerla, no pudo pronunciar una frase, ni una palabra, ni una silabá.

Colomba por su parte permanecía inmóvil y muda. Estas dos jóvenes y puras existencias, que como casadas de antemano en el cielo, conocían ya que se pertenecían y que una vez aproximadas la una á la otra, debian confundirse, y como la de Salmacis y Hermafrodita, no formar mas que una sola, asustadas con esta primera entrevista temblaron, vacilaron y permanecieron mudas la una en frente de la otra.

La señora Petra fue quien medio levantándose de su silla quitó su rueca de su corpiño, y apoyándose en el brazo de su torno, rompió el silencio.

—Qué dice ese buitre de Renbaldo? exclamó la digna dueña. Habeis oido, Colomba? Y como esta no contestase, continuó dando algunos pasos hacia Ascanio. Qué buscrais aqui, caballero? Pero Dios me perdone! exclamó de repente reconociendo á que tenía delante, es ese el jóven galan que en estos tres últimos domingos me ha ofrecido el agua bendita en la puerta de la iglesia. En qué podemos serviros, amigo mío?

:

—Deseo hablaros, balbuceó Ascanio.

—A mí sola ? preguntó haciendo la dengosa la señora Petra.

—A vos... sola.

Y al responder así Ascanio, se decía á sí mismo que era estremadamente tonto.

—Entonces venid por aquí, jóven, venid, dijo la señora Petra abriendo una puerta lateral y haciendo señal á Ascanio que la siguiese.

Ascanio la siguió, pero al seguirla dirigió á Colombia una de esas largas miradas por medio de las cuales los enamorados saben decir tantas cosas, y que por muy prolijas e ininteligibles que sean para los indiferentes, son al fin comprendidas por la persona á quien se dirijen. Indudablemente Colombia no perdió ni una sola palabra de su significación, porque al encontrarse sus ojos, sin saber cómo con los del jóven, se llenó de rubor y bajó la cabeza sobre su bordado estrepeando una pobre flor, que daba compasión. Ascanio vió este rubor y deteniéndose de pronto dió un paso hacia Colombia, pero en aquel momento la señora Petra se volvió y llamó al jóven que se vió en la precision de seguirla. Apenas pasó el umbral de la puerta, cuando Colombia abandonó la aguja, dejó caer los brazos á los dos lados de su silla, reclinando su cabeza hacia atrás, lanzó un profundo suspiro en el cual se combinaba por uno de esos inesplícables misterios del corazón el pesar de ver á Ascanio alejarse, con cierto bienestar de no verlo en aquel sitio.

Por lo que hace al jóven, estaba de muy mal humor; en primer lugar, contra Benvenuto, que le había dado tan singular comision; en segundo lugar, contra si mismo por no haber sabido aprovecharse mejor de aquella coyuntura; y por último, contra la señora Petra que le había hecho salir precisamente en el momento en que parecía que los ojos de Colombia le decían que se quedase.

Así es, que cuando al hallarse la dueña frente á frente con él se informó del objeto de su visita, Ascanio le contestó de una manera muy deliberada, decidido, como estaba, á vengarse en ella de su propia torpeza.

El objeto de mi visita, señora mía, es suplicaros que me enseñéis el palacio de Nesle de un extremo á otro.

—Enseñaros el palacio de Nesle! exclamó la señora Petra, y para qué quereis examinarlo?

—Para ver si nos conviene, si estaremos bien en él, y si vale la pena de que nos tomemos la molestia de venir á habitarlo.

- Como! venir á habitarlo! Os lo ha arrendado el señor preboste?
- No, pero nos lo da su magestad.
- Os lo da su magestad! exclamó la dueña cada vez mas asombrada.
- Cediéndonos nada menos que toda su propiedad, respondió Ascanio.
- A vos?
- No, mi buena señora, pero si á mí maestro.
- Y aunque sea indiscrecion, quién es vuestro maestro? Sin duda algún gran señor, eh?
- Mas que eso, señora Petra. Un gran artista venido expresamente de Florencia para servir á su magestad cristianísima.
- Ah! ah! dijo la buena dueña, que no comprendia muy bien; y qué hace vuestro maestro?
- Qué hace? hace de todo: sortijas para los dedos de las jóvenes; jarrones para las mesas de los reyes; estatuas para los templos de los dioses; ademas en sus ratos perdidos, pone sitio ó deslende á las ciudades, segun le place hacer temblar á un emperador ó tranquilizar á un papa.
- Jesus me valga! exclamó la señora Petra; y cómo se llama vuestro maestro?
- Se llama Benvenuto Cellini.
- Es raro, no conozco semejante nombre, murmuró la buena mujer. Y cuál es su profesion?
- Platero.
- La señora Petra miró á Ascanio con tamaños ojos abiertos.
- Platero! murmuró, platero, y creeis que el señor preboste ceda su palacio á... un... platero?
- Si no lo cede, lo tomaremos.
- A la fuerza?
- Si señora, á la fuerza.
- Pero creo que vuestro maestro no se atreverá á tenerse las ticas con el señor preboste.
- Se las ha tenido ticas con tres duques y dos papas.
- Ave Maria Purísima! con dos papas. Luego es un hereigo?
- Es católico como vos y yo, señora Petra; tranquilízaos que no tenemos por aliado á Santanás; pero á falta del diablo tenemos al rey.
- En hora buena, pero el señor preboste cuenta con otra protección mejor que esa,
- Cuál?

—La de madama de Etampes.

—En ese caso estamos iguales, dijo Ascanio.

—Y si se niega el señor de Estourville?

—Maese Benvenuto le hará que ceda.

—Y si el señor Roberto se encierra como en una ciudadela?

—Le sitiara maese Cellini.

—El preboste tiene veinte y cuatro sargentos de armas á su disposición; no olvideis esta circunstancia.

—Maese Benvenuto Collini tiene diez aprendices, partida igual también, como vereis, señora Petra.

—Pero el señor de Estourville es un vigoroso justador; en el torneo verificado con motivo del casamiento de Francisco I, fue uno de los mantenedores, y todos los que se atrevieron á medir sus fuerzas con él, mordieron la tierra.

—Qué importa! precisamente ese es el hombre que buscaba Benvenuto, quien todavía no ha encontrado á su maestro en punto á armas, y el cual como el señor de Estourville, ha derribado en tierra á todos sus adversarios, aunque con la diferencia de que quince días después los que pelearon con vuestro preboste se hallaban buenos y sanos, mientras que los que han tenido que habérselas con mi maestro, no se han levantado jamás, y tres días después se hallaban enterrados.

—Todo eso concluirá mal; todo eso concluirá mal murmuró la dueña. Dicen que ocurren cosas terribles en las ciudades tomadas por asalto.

—Tranquilizados, señora Petra, respondió Ascanio riéndose, vos tendréis que habérosla con vencedores elementos.

—Digo esto, hijo mío, contestó la dueña á quien no disgustaba tal vez el saber que podía gozar con un apoyo entre los sitiadores, porque temo la fusión de sangre... pues respeto á lo demás, ya debéis conocer que tendremos mucho gusto en teneros por vecino, aunque no sea más que porque carecemos de sociedad en este maldito desierto, donde el señor de Estourville nos ha encerrado á su hija y á mí como á dos pobres religiosas, á pesar de que ni ella ni yo hemos hecho mal a Dios gracias. Además, no conviene que el hombre esté solo, dice la Sagrada Escritura, y cuando dice hombre, se sobreentiende la mujer; no más de este mismo parecer?

—Quiero lo dada!

—Y nosotros nos hallaremos muy solas y muy tristes en este infierno de palacio.

— Pero no recibis ninguna visita? preguntó Ascanio.

— Jesus, Dios mio! si estamos peor que las religiosas; estas al menos tienen parientes ó amigos que van á verles en la reja; tienen el refectorio, donde se reúnen, hablan y charlan. Esto no es muy divertido, lo sé, pero siempre es algo. Nosotras solo tenemos al señor preboste que viene de vez en cuando para refir á su hija, sin duda porque es demasiado bella, pues este es su único crimen, y para gronfarme á mí porque no la vijilo mas severamente, siendo así que no ve alma viviente, y que á excepcion de las palabras que me dirige, no abre la boca sino para rogar á Dios. Así que, os suplico, jóvon, que no dijáis á nadie que os hemos recibido aquí, que habeis visitado el gran Nesle conmigo, y que despues de haber visitado el gran Nesle habeis venido á hablar un instante con nosotras en el pequeño.

— Cómo! exclamó Ascanio, despues de haber visitado el gran Nesle voy á volver con vos al pequeño? Voy... Ascanio se deluso temiendo que le delatase su alegría.

— Creo que no es muy político, jóven, que os marcheis sin despediros de Colomba, que al fin y al cabo, en ausencias de su padre, es la señora de la casa. Despues que la saludéis, sois dueño de marcharos directamente por el gran Nesle que tiene su salida...

— No, no! exclamó Ascanio. Cómo se entiende! señora Petra, yo merecio de estar tan bien educado como el que mas, y de saber conducirme cortesmente con las damas. Pero visitemos el palacio sin perder un solo instante, porque tengo mucha prisa.

Y en efecto, ahora que Ascanio sabia que debia volver por el pequeño Nesle, tenia prisa de concluir su exámen en el grande. Además, como por su parte la señora Petra temia ser sorprendida por el preboste cuando menos lo pensase, no quiso detener mas á Ascanio, y descolgando un manojo de llaves que había detrás de una puerta, marchó delante de él.

Dirijamos, pues, con Ascanio una mirada al palacio de Nesle donde van á pasar en lo sucesivo las principales escenas de la historia que contamos.

El palacio de Nesle ocupaba antiguamente en la orilla izquierda del Sena el sitio donde se erigió despues el palacio de Nevers, y donde se construyó mas tarde la casa de moneda y el instituto. Terminaba á Paris por el nordeste, pues mas allá de sus murallas no se veia mas que el fosco de la ciudad y las verdes alfombras del Pre-aux-clers. Anuary, señor de Nesle en Picardia, fue quien lo mandó construir á

fines del siglo VIII. Felipe el Hermoso lo compró en 1300, y lo eligió desde entonces para su palacio real. En 1520, la torre de Nesle, de sangrienta y burliosa memoria, fué separada de él para formar el muelle, el puente sobre el foso y la puerta de Nesle, de modo que la sombría torre quedó á la orilla del río aislada y triste como una peca-dora que hace penitencia.

Pero altonedadamente, el palacio de Nesle era demasiado vasto pa-ra que se notase esta supresión. Grande como una aldea, tenía una alta muralla abierta con un ancho pórtico ojivo, y una puertecita le-dependia del lado del muelle. Se entraba primero en un ancho patio ro-deado de muros; esta segunda murallo cuadrangular tenía una puerta á la izquierda y otra en el fondo. Entrando por la puerta de la izquier-da, como Ascanio acababa de verificarlo, se encontraba un pequeño y encantador edificio de estilo góticodel siglo XIV; era éste el pequeño Nesle que tenía al Mediodía su jardín separado. Pasando, por el con-trario por la puerta del fondo, se veía á mano derecha el gran Nesle, todo de piedra, y flanqueado por dos torreones con sus techos agudos guarneidos de balaustradas, su fachada angular, sus altas ventanas, sus vidrios de colores y sus veinte veletas girando al viento; podían alojarse allí cómodamente tres banqueros de hoy.

Después, marchando siempre hacia adelante, se perdía uno en jardines de todas clases, y se hallaba en uno de ellos un juego de pe-lota, otro de sortija, una fundición, un arsenal, después de lo cual estaban los corrales, los apriscos, los establos y las caballerizas; podían alojarse cómodamente tres hacendados de nuestros días.

El todo, espreciso decirlo, estaba muy descuidado y en malísimo estado; apenas bastaban Raianbaut y sus dos auxiliares para conservar el jardín del pequeño Nesle, donde Colombia cultivaba los flores y la señora Petra planlabá hortalizas. Pero el todo era espacioso, muy alto, sólidamente construido, y con un poco de cuidado y de gusto hubiera podido hacerse de él el taller mas magnífico del mundo, pero aunque hubiese sido infinitamente menos bueno aquél edificio, Asca-nio no se habría alegrado menos, pues lo principal para él era estar cerca de Colombia.

Por lo demás, la visita fue corta: en un momento el ágil jóven lo vió todo, lo recorrió todo, y lo apreció todo: lo cual viendo la señora Petra, que en vano había tratado de seguirle, le dió el manojo de llaves, que le fueron fielmente devueltas al fin de aquella investigación.

— Ahora, señora Petra, dijo Ascanio, estoy á vuestras órdenes.

— Pues bien ; entramos ya en el pequeño Nesié , preste que preseje como yo , que debeis despediros de la señorita Colombia .

— Decid bien , señora Petra , y obrar de otro modo seria el acto mas impolitico que pudiera cometer .

— Pero no digais una palabra á Colombia del objeto de vuestra visita .

— Oh Dios mio ! entonces de qué voy á hablarla ? exclamó Ascanio .

— Vaya una gran dificultad ! No me habeis dicho que érais platero ?

— Si á fe mia .

— Pues entonces habladla de joyas , que esta es una conversacion que alegra siempre el corazon de la mas recatada . Es hija de Eva , no lo es ? pues si es hija de Eva , gustara de todo lo que brilla . Ademas la pobre niña tiene tan poca distraccion en su retiro que es un acto de caridad distraerla un poco . Verdad es que el retero que contiene á su edad seria un buen casamiento . Así es , que no viene una sola vez á vernos maese Roberto , que no le diga al oido ; casad á esta pobre muchacha , casadla pronto .

Y sin apercibirse de las conjeturas que la confesion de esta familiaridad podia hacer caer sobre su posicion en casa del preboste , la señora Petra volvió á tomar el camino del pequeno Nesié y entró con guida de Ascanio en el salon donde habia dejado á Colombia .

Colombia permanecia aun pensativa y en la misma actitud en que la habiamos dejado , sin mas diferencia que haber levantado velata mas que lo menos la cabeza , y fijado sus miradas en la puerta por donde habia salido Ascanio , de modo que cualquiera que hubiere seguido estas miradas repetidas , hubiera podido creer que le esperaba ; sin embargo á pesar vió girar la puerta sobre sus goznes , púsose Colombia á trabejar con tanta prisa , que ni la señora Petra ni Ascanio pudieron sospechar que su trabajo habia sido interrumpido .

— Cómo habla adivinado que el jóven seguia á la dueña ? esto es lo que el magnetismo habria pedido solo explicar , si se hubiese inventado en aquella época el magnetismo .

— Os presento á nuestro jóven galan , aquél que tantas veces nos ha dado agua bendita , mi querida Colombia , porque es él en persona , ya lo habia reconocido yo muy bien . Iba á conducirlo por la puerta del gran Nesié , cuando me advirtió que no se habia despedido de vos . Y de verdad que tiene razón , pues si una triste palabra os habeis dicho , á pesar de que ninguna de los dos es mude , á Dios gracias .

— Señora Petra , interrumpió Colombia turbada .

—Y que importa! no debéis avergonzarnos por eso. Ascanio es un jóven honrado como vos sois una señorita recalada. Además, según parece es un buen artista de joyas, piedras preciosas y otros díjes, que tanto gustan generalmente á las jóvenes. Si queréis, traerá algunas para que las veáis.

—No tengo necesidad de nada, murmuró Colombia.

—En la actualidad es posible; pero es de creer que no morireis, resignada en este maldito retiro. Teneis diez y scis años, Colombia, y llegará dia en que os caseis, y entonces os darán toda clase de joyas y adornos. Pues bien, cuánto mejor es dar la preferencia á las de este jóven que á las de otro cualquiera que no lo merezca?

Colombia estaba en un suplicio. Ascanio, á quien solo alegraron maravillantemente las previsiones de la dueña, lo notó y aquéllo al socorro de la pobre niña, para quien una conversación directa era mil veces más embarazosa que aquel monólogo por intérprete.

—Oh! señorita, dijo, no me negueis la gracia de traeros algunas de mis obras, ahora me parece que las he hecho para vos, y que al hacerlas pensaba en vos.—Oh! si, podeis creerlo porque nosotros los artistas de joyas mezclamos á veces con el oro, la plata y las piedras preciosas, nuestros propios pensamientos. En esas diademas que circulan vuestras cabezas, en esos brazaletes que adornan vuestros brazos, en esas flores, en esos pájaros, en esos ángeles, en esas quimeras que hacemos bañarse en vuestras orejas, empleamos muchas veces respetuosas adoraciones.

Como historiadores debemos decir que á estas dulces palabras el corazón de Colombia se dilataba; porque Ascanio, tanto tiempo mudado, hablaba al fin y hablaba como ella pensaba que debía hablar; porque, sin levantar los ojos, la jóven sentía el rayo ardiente de sus ojos fijos en ella, y hasta el acento extranjero de aquella voz prestaba singular encanto á esas palabras suaves y desconocidas para Colombia, pronunciadas empero en el idioma fácil y armonioso del amor que las jóvenes comprenden antes de hablarle.

—Bien sé, continuó Ascanio, bijo siempre la vista en Colombia, bien sé que nadie añadirímos á vuestra belleza; no hacen á Dios mas rico porque adornen su altar; pero al menos rodeamos vuestra gracia de todo lo que es suave y hermoso como ella, y cuando pobres y humildes obreros de encapitos y de brillo, os llevamos desde el centro de nuestra obscuridad pasar á vuestra luz, nos consolamos de ser tan insignificantes á vosotras pensando que nuestro quejico se eleva más,

—Oh señor, respondió Colomba temblando, vuestras bellas cosas me serán probablemente siempre desconocidas ó al menos inútiles, vivo en el aislamiento y en la obscuridad, y lejos de fastidiarme este aislamiento y esta obscuridad, confieso que me agradan y que quisiera vivir siempre así; y sin embargo, confieso que desearía ver vuestros adornos; no por mi, sino por ellos; no para ponérmelos, sino para admirarlos.

Y temiendo haber dicho demasiado y quizás decir mucho más, Colomba al concluir estas palabras saludó y salió con tal rapidez que á los ojos de un hombre más sabio en semejante materia esta salida hubiera podido pasar muy bien por una fuga.

—Bien! bien! dijo la dueña, miradla ya algo reconciliada con la coquetería. Verdad es, jóven que habláis como un libro. Preciso es creer que en vuestro país hay secretos para encantar á las gentes; la prueba es que me habeis enterado en un momento de vuestros asuntos, y á fe mía deseo que el señor preboste no os haga una mala partida. Esa, hasta la vista, jóven, y decid á vuestro maestro que viva con cuidado. Prevenidle que el señor de Estourville es duro como el diablo y muy poderoso en la corte. Así que, si vuestro maestro quisiera crearme, debía renunciar á habitar el gran Nesle, y sobre todo á tomarlo á la fuerza. En cuanto á vos, volveremos á veros, no es verdad? Pero sobre todo no creais á Colomba, solo de los bienes de su difunta madre es más rica de lo que necesita para pasarse sin los caprichos veinté veces más costosos que los que le ofrecéis. Pero escuchad lo que os digo, traedla también algunos objetos más sencillos, tal vez piense hacermé algún regalito. Gracias á Dios, no estamos todavía en edad de negarnos á toda coquetería. Lo entendeis, no es verdad?

Y juzgando que era necesario para ser mejor comprendida, añadir el gesto á las palabras, la señora Petra apoyó su mano en el brazo del jóven. Ascanio tembló como un hombre que despierta sobresaltado. Parecía en efecto que todo esto era un sueño. No comprendía que estuviese en casa de Colomba, y dudaba de que aquella blanca aparición, cuya voz melodiosa resonaba todavía en su oído, cuya forma ligera acababa de deslizarse delante de sus ojos, fuese efectivamente la misma, por una mirada de la cual hubiera dado su vida la víspera y aquella misma mañana.

Así que lleno de su felicidad presente y de su esperanza en el porvenir prometió á la dueña todo lo que quiso, sin escuchar siquiera lo que le pedía. Que le importaba! No estaba dispuesto á dar todo lo que poseía para volver á ver á Colomba.

En seguida pensando él mismo que no sería conveniente alegar su visita, se despidió de la dueña prometiéndola volver al dia siguiente.

Al salir del pequeño Nesle, Ascanio se halló manos á boca con dos hombres que iban á entrar. Por la manera con que uno de estos dos hombres le miró, mas que por su vestido, conoció que debía ser el preboste.

Pronto sus sospechas se cambiaron en certidumbre cuando vió á estos dos hombres llamar en la misma puerta por la que acababa de salir: entonces se arrepintió de no haberse marchado mas pronto, porque quién le aseguraba que su imprudencia no había de recaer sobre Colomba?

Para quitar todo carácter de importancia á su vista, suponiendo que el preboste hubiese reparado en ella, Ascanio se alejó sin volver la cabeza hacia este pequeño rincón del mundo, único del cual hubiera querido ser rey en aquel momento.

Al entrar en el taller encontró á Benvenuto muy pensativo. El hombre que los había detenido en la calle era el Primático, que como buen compañero, corria á Prevenir á Cellini que durante la visita que le había hecho por la mañana Francisco I, se había granjeado con su imprudencia el odio y la enemistad de la duquesa de Etampes.

VII.

Un novio y un amigo.

Uno de los dos hombres que entraron en el palacio de Nesle cuando Ascanio salía era precisamente Roberto de Estourville, preboste de París. En cuanto al otro pronto sabremos quién era.

Cincuenta minutos después de haberse retirado Ascanio, entró precipitadamente la señora Petra en el cuarto donde se hallaba Colomba, anunciándole que su padre la estaba esperando en la pieza inmediata.

—Vi padre! exclamó Colomba asustada. Después añadió en voz baja, Dios mío! Dios mío, lo habrá encontrado?

—Sí, vuestro padre, hija mía, replicó la dueña, contestando á la única parte de la frase que había oido, y con el otro señor viejo que no conozco.

—Otro señor viejo! dijo Colomba temblando. Dios mío! qué significa esto? En dos ó tres años esta es la primera vez que mi padre no viene solo.

Sin embargo, como á pesar del temor de la joven tenía que obedecer, pues conocía el carácter impaciente de su padre, recurrió á todo su valor y entró en la sala que acababa de dejar, con la sonrisa en los labios, porque á pesar de este temor que experimentaba por la primera vez y de que no se daba cuenta, amaba á Estourville con un amor verdaderamente filial. Y á pesar de la poca expansión que le permitía el preboste, los días en que este visitaba el palacio de Nesle eran los días tristes y monótonos de Colomba señalados como días de fiesta.

Colomba avanzaba estendiendo los brazos y entreabriendo la boca, pero el preboste no le dió tiempo ni para abrazarle ni para hablar,

pues tomándola de la mano y conduciéndola delante del desconocido, que estaba apoyado contra la gran chimenea llena de flores, le dijo:

—Querido amigo, te presento á mi hija. Despues dirigiendo la palabra á su hija, añadió:—Colombá hé aquí al conde de Orbec, tesorero del rey y vuestro futuro esposo: Colombá lanzó un débil grito que pronto sofocó atendiendo á su decoro; pero sinriendo deslizarse sus rodillas se apoyó en el respaldo de una silla.

En efecto, para comprender principalmente en la disposición de espíritu en que se hallaba Colombá, todo lo que tenía de horrible aquella presentación inesperada, será preciso saber quién era el conde de Orbec.

Seguramente Roberto de Estotiville, padre de Colombá, no era hermoso, había entre sus espesas cejas, que francia ante el menor chispazo físico ó moral que encontraba, cierto aire de dureza, y en toda su persona rebchoncha, algo de pessado y torpe que prevenía medianamente en su favor; pero comparado con el conde de Orbec parecía San Miguel Arcángel al lado del Dragón. Por lo menos la cabeza cuadrada, las facciones fuertemente pronunciadas del preboste anuncianan la resolución y la fuerza, mientras que sus ojos de lince pardo y vivos indicaban la inteligencia; pero el conde de Orbec, seco y amarillento, con sus largos brazos de araña, su vocecita de nudístico y su lentitud de caracol, era no solamente feo, sino asqueroso: una fealdad á la vez bestial y ruin. Su cabeza encorvada e inclinada sobre el hombro temía una sonrisa falsa y una mirada iracudora.

Así es que al ver Colombá esta horrorosa criatura que le presentaba para esposo, cubierto su corazón, su pensamiento y sus ojos estaban todavía llenos del hermoso jóven que acababa de salir de aquella misma sala, no pudo, como ya hemos dicho, reprimir su primer grito, pero su fuerza se había detenido allí, quedando pálida y helada, y mirando solamente á su padre con espanto.

—Te pido perdón, querido amigo, continuó el preboste, por la turbación de Colombá, no lo estrañas; hace dos años que no ha salido de aquí, el aire de la época no es muy bueno como sabes, para las jóvenes hermosas; despues, á decir verdad, hé hecho mal en no prevenirla acerca de nuestros proyectos, lo que por otra parte era inútil, porque las cosas que yo he resuelto no necesitan la aprobacion de nadie para ser puestas en ejecucion; en fin ella no sabe quién eres tu, ignora que con tu nombre, tus grandes riquezas y el favor de la duquesa de Estampes estas en posicion de lograrlo todo; pero cuando lo reflexionas apre-

ciará el honor que nos haces, en unir tu antigua alcurnia á nuestra juventud nobleza; ella sabrá que amigos hace cuarenta años...

—Basta amigo, basta, interrumpió el conde y dirigiéndose á Colomba con esa seguridad familiar é insolente que tanto contrastaba con la timidez del pobre Ascanio:—Vamos, vamos, reponeos, hija mía, le dije, y recobren vuestras meigillas esos vivos colores que tan bien le sientan. Oh Dios mío! ya sé lo que es una doncellita, y tambien lo que es una casada, porque habeis de saber, querida, que lo he estado ya dos veces; vaya, es menester que no os turbeis por esto; espero que os cansará miedo, ebi añadió fatuamente el conde estirándose y pasando sus manos sobre sus raquíticos bigotes y mezquina perilla: conozco que vuestro padre ha hecho mal en darme tan repentijamente ese título de marido, que commueve siempre un poco el corazon de una joven, cuando lo oye por la primera vez; pero ya, os acostumbrareis á él, y vos misma lo pronunciareis con esa linda boca. Muy bien! muy bien! os poneis pálida... Dios me perdone! creo que ya á desmayarse...

Y Orbec estendió los brazos para sostener á Colomba, pero esto se, incorporó dando un paso hacia atras temiendo su contacto con el de una serpiente, y recuperando las fuerzas para proponer algunas palabras, dijo balbuceando:

—Perdon, señor, perdon, padre mío, esto no es nada; yo creia, esperaba...

—Y qué habeis creido? qué habeis esperado? vamos, decidlo pronto, respondió el preboste fijando en su hija sus ojitos vivos é irritados;

—Esperaba que mia permitieseis permanecer siempre á vuestro lado, padre mío, replicó Colomba. Desde la muerte de mi pobre madre no tenia mas que mi afecto, mis cuidados, y habia pensado...

—Callate, Colomba, respondió imperiosamente el preboste, no soy, todavía tan viejo, que pueda necesitar de esos cuidados, y vos tenéis ya edad para estableceros.

—Ea! Ea! dijo Orbec, mezclándose de nuevo en la conversacion, aceptadme sin tantas ceremonias, niñita mía. Conmigo seréis tan feliz como nadie, y mas de una os envidiará. Soy rico y quiero que me deis honor; ireis á la corte, y os presentareis con joyas que envidiará, no solo la reina, sino hasta la misma duquesa de Etampes.

No sé qué pensamientos se despertaron con estas últimas palabras en el corazon de Colomba, pero el rubor volvió á aparecer en sus meigillas; y halló medio de contestar al conde á pesar de la mirada severa con que la amenazaba el preboste:

—Pediré por lo menos á mi padre , señor , el tiempo necesario para reflexionar en vuestra proposición ,

—Qué es eso exclamó Estourville con violencia. Ni una hora , ni un minuto . Desde este momento sois la desposada del conde , lo entendeis y serials desde esta tarde su muger , si no tuviese precision de partir dentro de una hora para su condado de Normandía , y ya sabeis que mis voluntades son órdenes. ¡Reflexionad! ;voto á Cristo! Orbec , dejemos á esta monuela. Desde este momento es tuya , amigo mio , y la reclamarás cuando quieras. Ahora vamos á visitar vuestra futura morada. Orbec quiso quedarse para añadir todavía alguna palabra á las que ya había dicho , pero el preboste le cojio del brazo y lo condujo , atusándose el pelo ; contentóse , pues , con saludar á Colomba con su perversa sonrisa y salió con Estourville.

Detrás de ellos y por la puerta del fondo entró la señora Petra , había oido al preboste levantar la voz , y acudia , adivinando que habria dirigido á su hija algunas de sus reprensiones habituales. Llegó á tiempo para recibir á Colomba en sus brazos. ¡Oh Dios mio! Dios mio! exclamó la pobre niña llevando su mano á los ojos como para no ver mas á ese odioso Orbec , á pesar de hallarse ya ausente. ¡Oh Dios mio! ;debia concluir esto así! ;Oh mis sueños dorados! ;Oh mis esperanzas melancólicas! ;Todo lo he perdido , todo se ha desvanecido como el humo! ;Solo me resta morir!

Ocioso sería preguntar si esta exclamacion , unida á la debilidad y á la palidez de Colomba , asustó á la dueña , y si al asustarla despertó su curiosidad. Y como por su parte Colomba tenia necesidad de desahogar el corazon , contó á su digna aya , derramando las lágrimas mas amargas que jamás había vertido , lo que acababa de pasar entre su padre , el conde de Orbec y ella. La señora Petra convino en que el novio no era ni jóven ni hermoso ; pero como en su opinion la mayor desgracia que puede suceder á una muger es la de quedar soltera , sostuvo á Colomba que valia mas tener un marido viejo y feo , pero rico y poderoso , que no tener ninguno.

Pero como ésta teoria repugnase á los sentimientos delicados y nobles de Colomba , retiróse á su cuarto dejando á la dueña , cuya imaginacion era muy viva , construir mil planes de porvenir para el dia en que se elevaria del cargo de aya de la señorita Colomba al grado de dama de compagnie de la condesa de Orbec.

Durante este tiempo el preboste y el conde principiaron á su vez la visita del gran Nesle ; que acababan de hacer una hora antes la señora Petra y Ascanio.

No dejaría de ser una cosa muy curiosa , si las paredes que , segun se dice , tienen oídos , tuvieran tambien ojos y lengua , y

confiesen á los que entran lo que han visto y oido de los que salen.

Pero como las paredes callaban y miraban al preboste y al tesorero; siendo tal vez á la manera de las paredes, el susodicho tesorero era quien hablaba.

— Verdaderamente, decia al atravesar el patio que conduce del pequeño al gran Nesle, verdaderamente la muchacha es una muger como á mi conviene, mi querido Estourville; honrada, ignorante y bien educada. Pasada la primera tempestad, vendrá la calma y el tiempo bueno. Todas las muchachas sueñan con un marido jóven, buen mozo, de talento y rico. Yo por lo menos, reuno la mitad de las cualidades quo pueden existir. Pocos hombres pueden decir otro tanto, y esto es ya basto tanto. En seguida, pasando de su muger futura á su finca prometida, y hablando con el mismo acento codicioso de una y otra: lo mismo que ese antiguo Nesle, continuó, que es un magnifico palacio, por lo cual te doy las gracias. Allí estaremos perfectamente mi muger, yo y toda mi tesorería; y con algunos gastos quo logremos hacer pagar á S. M. podemos sacar un excelente partido de este edificio. A propósito; Estourville, ¿estás seguro de conservar esta finca? Debiás hacer que formalizasen tu título; pues, segun tengo entendido, el rey no te lo ha dado todavía.

— Es verdad que no me lo ha dado, replicó riendo el preboste, pero me lo ha dejado tomar, que es lo mismo.

— Si, pero si algún otro te juega la mala pieza de hacerlo esta petition en regla?

— Sería mal recibido, estoy seguro. Y ademas contando como cuento yo con el apoyo de la duquesa de Etampes y con el tuyo, le haría arrepentirse pronto de sus pretensiones. Pero no, no hay motivo para que esté con cuidado; el palacio de Nesle me pertenece tan positivamente, querido amigo, como mi hija Colomba es tuya. Marcha, pues, tranquilo y vuelve pronto.

Luego que el preboste dijo estas palabras, de cuya veracidad ni él ni su interlocutor tenian ningun motivo para dudar, un tercer personaje conducido por el jardinero Raimbaut, se presentó en el umbral de la puerta que conducía del patio cuadrangular á los jardines del gran Nesle. Era este el vizconde de Marinague, pretendiente tambien de Colomba, pero pretendiente desgraciado. Era un guapo mozo, de colores sonrosados, insolente, hablador, muy enamorado, lleno de orgullo por su cargo de secretario del rey, cuya posicion le permitia aproximarse á S. M. de la manera con que se aproximaban sus lebreles, sus papagayos y sus monos. Así es que el preboste no se había engañado respecto á ese favor aparente, y á esa familiaridad superficial de que gozaba cerca de S. M.; favor y familiaridad que solo debia, segun aseguraba, á la ca-

tension poco moral que daba á su cargo. Ademas, el vizconde de Marmagne hacia mucho tiempo que se habia comido todo su patrimonio, y no tenia mas fortuna que las liberalidades de Francisco I. Pero estas liberalidades podian acabarse de un dia á otro, y el preboste no era tan loco que se fiasse en cosas de esta importancia de los caprichos de un rey demasiado sugeto á los caprichos. Asi es que habia rechazado la peticion del vizconde de Marmagne, confesandole confidencial y reservada, mente que hacia tiempo habia ofrecido á otro la mano de su hija. Gracias á esta confidencia que motivaba la negativa del preboste, el vizconde de Marmagne y Sir Roberto de Estourville quedaron en la apariencia los mejores amigos del mundo, aunque desde este tiempo el vizconde detestó al preboste, y por su parte el preboste desconfiò del vizconde, el cual bajo su aire afable y risueño, no habia podido ocultar su odio á un hombre, tan habituado como lo estaba Estourville, á leer en la oscuridad de los corazones. Cada vez que veia el preboste aparecer al vizconde, esperaba recibir bajo su aire afable y cumplido al portador de malas nuevas, las cuales tenia la costumbre de divulgar con las lágrimas en los ojos y con ese dolor fingido y calculado, que derrama gota á gota el veneno sobre una herida.

En cuanto al conde de Orbec, el vizconde de Marmagne habia roto poco á poco con él. Orbec despreciaba á Marmagne porque Marmagne carecia de fortuna y no podia tener un rango. Marmagne despreciaba á Orbec porque Orbec era viejo, y habia por consecuencia perdido el privilegio de agradar á las mujeres: en fin, se aborrecian los dos, porque todas las veces que se habian encontrado en el mismo camino, el uno habia quitado alguna cosa al otro.

Asi que, desde que se vieron los dos cortesanos, se saludaron con esa sonrisa sardónica y fria que solo se ve en las antecámaras de los palacios, y que equivale á decir: «Ah! si no fuéramos los dos cobardes, hace ya mucho tiempo que uno de los dos no viviría»

Sin embargo, como es deber de un historiador decir el bien y el mal, es justo confesar que se contentaron con este saludo y esta sonrisa, y que sin haber dirigido el conde de Orbec una sola palabra al vizconde de Marmagne, salió inmediatamente conducido por el preboste por la misma puerta que acababa de dar entrada á su enemigo.

Apresutémonos á añadir que á pesar del odio que los separaba, cuando llegaba la ocasion estaban dispuestos estos dos hombres á reunirse momentáneamente para perjudicar un tercero.

El conde de Orbec salió. El preboste se halló solo con su amigo el vizconde de Marmagne, y se adelantó hacia él con un semblante alegre, mientras este lo esperaba con aire triste.

—Muy bien, muy bien, mi querido preboste, le dijo Marmagne rompiendo primero el silencio, parece que estais muy alegre.

—Y vos, mi querido Marmagne, respondió el preboste, parece que estais muy triste.

—Ya sabeis, mi querido Estourville, que las desgracias de mis amigos me afligen tanto como las mias.

—Si, si, conozco vuestro corazon, dijo el preboste.

—Y cuando os he visto tan alegre con vuestro futuro yerno, el conde de Orbec, pues no es ya un secreto el casamiento de vuestra hija con él, y por lo cual os felicito, mi querido Estourville....

—Ya sabeis que os he dicho hace mucho tiempo, que la mano de Colombia estaba prometida, mi querido Marmagne.

—Si, no sé verdaderamente cómo consentis en separaros de vuestra hija.

—No me separo de ella, replicó el preboste. Mi yerno, el conde de Orbec, hará pasar el Sena á toda su tesoreria y vendrá á habitar el gran Nesle, mientras que yo en mis momentos perdidos habitare el pequeño.

—Pobre amigo! dijo Marmagne meneciendo la cabeza con aire profundamente triste, apoyando una de sus manos en el brazo del preboste y llevando la otra á sus ojos para enjugar una lágrima que no existia.

—¿Qué es eso, amigo mio? dijo Estourville, qué tenéis que anunciarme?

—Pues qué soy yo el primero en anunciaros esta fatal nueva?

—Cuál? veamos, hablad.

—Ya sabeis, mi querido preboste, que es menester ser filósofo en este mundo, y hay un antiguo proverbio que nuestra pobre raza humana debería tener sin cesar en la boca, porque él solo encierra toda la sabiduría de las naciones.

—Y cuál es ese proverbio? acabad.

—El hombre propone, mi querido amigo, y Dios dispone.

—Y qué cosa he dispuesto yo de que Dios dispondrá? vamos, acabad ya de una vez.

—Habeis destinado el palacio del antiguo Nesle á vuestro yerno y á vuestra hija?

—Efectivamente, y espero que se instalarán en él antes de tres meses.

—No os hagais ilusiones, mi querido preboste, no os hagais ilusiones. A estas horas el palacio de Nesle no es vuestro. Perdonadme que os cause este pesar; pero he creido que valia mas que supiésceis esta noticia de la boca de un amigo, quien conociendo vuestro carácter vivir

empleará en deciroslo todos los miramientos debidos, que de la boca de otro cualquiera mal intencionado que contento con vuestra desgracia, os la hubiera arrojado brutalmente á la cara. Ay ! amigo mío ! el gran Nesle no es vuestro ya....

—Y quién me lo ha quitado ?

—S. M.

—S. M. ?

—S. M. en persona : ya veis que la desgracia es irreparable.

—Y cuándo ha sucedido eso ?

—Esta mañana. Si mi obligacion no me hubiese detenido en el Louvre , hubiera venido antes á daros la noticia.

—Os habrán engañado , Marmagne , será algun falso rumor que mis enemigos se complacen en esparrir y del cual sois vos un eco prematuro.

—Ojalá fuese así ! pero desgraciadamente no me lo han dicho sino que yo lo he oido.

—Y qué habeis oido ?

—He oido al mismo rey dar el gran Nesle á otro.

—Y quién es ese otro ?

—Un aventurero italiano , un platero que tal vez conocereis de nombre , un intrigan te que se llama Benvenuto Cellini , que hace dos meses ha llegado de Florencia , con quien el rey se ha encaprichado yo no sé por qué , en términos que hoy mismo ha ido á visitarlo con toda su corte al palacio del cardenal de Ferrara , donde este artista ha establecido su tienda.

—Y decis , vizconde , que estabais allí cuando el rey hizo donacion del gran Nesle á ese miserable ?

—Allí estaba , respondió Marmagne , pronunciando estas dos palabras letra á letra y acentuándolas con lentitud y voluptuosidad.

—No importa , dijo el preboste , espero á ese aventurero que venga á tomar cuando quiera el presente real.

—Cómo , tendréis intencion de hacer resistencia ?

—Sin duda.

—A una órden del rey ?

—A una órden de Dios , á una órden del diablo , á todas las órdenes en fin que tengan la pretension de hacerme salir de aqui.

—Cuidado ! cuidado , preboste , respondió el vizconde de Marmagne : además de la cólera del rey á la cual os espondriais , ese Venvenuto Cellini es por sí mismo mas temible de lo que pensais.

—Sabeis quién soy yo , vizconde ?

—En primer lugar , él goza de todo el favor de S. M. : verdad es que provisionalmente , pero el resultado es que él goza de este favor.

— Sabéis que yo , preboste de París , represento á S. M. en el Chatelot , que me siento bajo un dosel con vestido corto , con capa de cuello , espada al lado , sombrero adornado de plumas en la cabeza , y teniendo en la mano un bastón de mando ?

— Además debo deciros que ese maldito italiano admite gustoso la lucha de poder á poder con toda clase de príncipes , de cardenales y de papas .

— Sabéis que tengo un sello particular que da autenticidad á las actas ?

— Añaden que este maldito espadachín hiere y mata sin escrúpulo á todos aquellos que le incomodan .

— Ignorais que tengo á mis órdenes de dia y de noche una guardia de veinte y cuatro hombres de armas ?

— Dicen que él ha acometido á un platero á quien quería mal , en medio de un batallón de sesenta hombres .

— Olvidáis que el palacio de Nesle está fortificado , que tiene almenas en las murallas , y buhardillas encima de las puertas , sin contar el fuerte de la ciudad que de un lado lo hace inespugnable .

— Se asegura que entiende de sitios como Bayardo ó Antonio de Loíza .

— Eso es lo que veremos .

— Yo tengo miedo .

— Y yo espero .

— Quereis que os dé un consejo , mi querido amigo ?

— Dadlo siempre que sea corto .

— No trateis de luchar con quien sea más fuerte que vos .

— Mas fuerte que yo un mal artista de Italia ! vizconde , vos me exasperáis .

— Es que podríais arrepentiros y os hablo con toda formalidad .

— Vizconde , me sacais de mis casillas .

— Reflexinad que ese hombre tiene al rey en su favor .

— Y yo tengo á la duquesa de Etampes .

— S. M. podrá llevar á mal que se opongan á su voluntad .

— Ya lo he hecho , señor , y con buen resultado .

— Si , lo sé . En el asunto del peaje del puente de Mantes... pero .

— Pero qué ?

— Pero nada se arriesga ó por lo menos se arriesga poca cosa en resistir á un rey que es débil y bueno , mientras que se arriesga todo entrando en lucha con un hombre fuerte y terrible , como lo es Benvenuto Cellini .

— Volo al chapiro , vizconde ! quereis volverme loco ?

— Todo al contrario , quiero haceros prudente .

—Basta vizconde, basta! Os juro que el villano me pagará caro el mal rato que vuestra amistad acaba de hacerme pasar.

—Dios lo quiera! preboste, Dios lo quiera!

—Está bien! está bien! no tenéis otra cosa que decirme?

—No, no, creo que no, dijo el vizconde como si tratase de buscar alguna noticia que pudiese hacer contrapeso á la primera.

—En ese caso adios, exclamó el preboste.

—Adios, mi pobre amigo!

—Adios.

—Nada tendré que reprenderme y esto me consuela,

—Adios, adios.

—Buena suerte, pero dobo deciros que al expresaros este deseo dudo verlo cumplido.

—Adios! adios! adios!

—Adios.

—Al menos he advertido.

—Adios.

Y el vizconde de Marmagne con el corazón lleno de suspiros, y el rostro alterado por el dolor, despues de haber apretado la mano del preboste, como si se despidiese para siempre de él, se alejó levantando los brazos al cielo.

El preboste le siguió y cerró tras sí la puerta de la calle.

Ya se comprende que esta conversacion amistosa había irritado singularmente la sangre y removido la bilis de Estourville. Así es que buscaba sobre quién podría descargar su mal humor, cuando de repente se acordó de aquel joven que había visto salir del gran Nesle en el momento en que él iba á entrar con el conde de Orbec. Como Raimbaut estaba allí, no tuvo que buscar lejos al que debía darle noticias sobre aquel desconocido, y haciendo venir á su presencia al jardinero, con uno de esos jestos imperativos que no admiten réplica, le preguntó lo que sabia de aquel joven.

El jardinero contestó que habiéndose presentado aquel joven en nombre del rey pára visitar el gran Nesle, creyó que debía acceder á su petición sin mas indagaciones, por lo cual lo presentó á la señora Petra, y esta lo había enseñado con suma complacencia todo el palacio.

El preboste se lanzó en el pequeño Nesle á fin de pedirle explicacion á la dueña, pero desgraciadamente acababa de salir para hacer la provision de la semana.

Habíase quedado sola Colomba; pero como el preboste no podía siquiera suponer que hubiese visto al joven desconocido, despues de las prohibiciones reiteradas y terminantes que había hecho á la señora Petra respecto de los buenos mozos, no la habló siquiera de esto,

En seguida , como sus funciones le llamaseñ al gran Chatelet , partió mandando á Raimbaut so pena de despedirlo al instante de su servicio , que no dejase entrar á nadie , cualquiera que fuese , en el grande ni en el pequeño Nesle , y sobre todo al miserable aventurero que se había introducido en él la víspera.

Así es que cuando Ascanio se presentó al siguiente dia con sus joyas segun le había suplicado la señora Petra , Raimbaut se contentó con abrir un postigüillo y decirle por entre los hierros que el palacio de Nesle estaba cerrado para todo el mundo y particularmente para él.

Ascanio , como se deja conocer , se retiró desesperado ; pero , el preciso decirlo , no acusó un instante á Colomba por aquella extraña acojida : la jóven solo había dirigido una mirada , solo había pronunciado una frase ; pero había en esa mirada tanto amor modesto , y en aquella frase tanta amorosa melodía , que desde la víspera Ascanio oía como una voz de ángel que le cantaba en el corazon .

Con razon pensó que como había sido visto por sir Roberto de Es-tourville , este solo había sido quien había dado aquella terrible consigna de que él era víctima .

VIII.

PREPARATIVOS DE ATAQUE Y DEFENSA.

Apenas entró Ascanio en el taller y dió cuenta á Benvenuto del resultado de su escusión relativa á la topografía del palacio de Nesle , cuando viendo este que le convenía bajo todos conceptos el edificio , se apresuró á ir á casa del primer secretario de hacienda del rey , el señor Neuville , para pedirle acta de la donacion real : el señor de Neuville pidió veinte y cuatro horas de término para asegurarse de la verdad de las pretensiones de maese Benvenuto ; y aunque este consideró bastante impertinente el que no se le creyese bajo su palabra , había comprendido la legalidad de esta petición : volvióse á su casa , pero decidido á no conceder al siguiente dia al señor de Neuville ni media hora .

Así es que al siguiente dia se presentó á la hora convenida , y fué introducido al momento , lo que le pareció de buen agüero .

— Ahora , bien , monseñor , dijo Benvenuto , el italiano es un embuster ro ó dice la verdad ?

— La verdad toda entera , mi querido amigo .

— Me alegra mucho .

— Y el rey me ha mandado que os entregue el acta de donacion en de bida forma .

— La cual será bien recibida .

— Sin embargo ; continuó vacilando el secretario del rey .

--¡Y bien! ¿qué nuevo inconveniente hay? veamos.

--Sin embargo, si me permitís daros un buen consejo.

--¡Un buen consejo! diablo, es cosa rara, señor secretario: ¡diablo ¡diablo!

--Pues bien, redúcese este, á que busqueis para vuestro taller otro local que no sea el gran Nesle.

--¡Ola! respondió Benvenuto con aire chocarrero; ¿creéis que ese no es bueno?

--Si tal, y la verdad me obliga á deciros que con dificultad encontrareis otro mejor.

--Pues bien, entonces qué defecto le poneis?

--Que pertenece á un personage demasiado elevado para que os roceis impunemente con él.

--Yo pertenezco al noble rey de Francia, respondió Cellini, y no retrocederé jamás miéntras obre en su nombre.

--Sí, pero en nuestro país, maese Benvenuto, todo señor es rey en su casa, y si os empeñais en echar al preboste de la casa que habita, esponeis vuestra vida.

--Tarde ó temprano, es menester morir, respondió setenciosamente Cellini.

--Luego estais decidido...

--A matar al diablo, antes que el diablo me mate á mí. Que el señor preboste ande con cuidado, así como todos los que traten de oponerse á la voluntad del rey, principalmente cuando es maese Benvenuto Cellini el encargado de hacer ejecutar su voluntad.

Después de esto, Sir Nicolás de Neuville dió treguas á sus observaciones filantrópicas, y en seguida protestó mil formalidades que había que llenar antes de estender el *acta*, pero Benvenuto se sentó tranquilamente declarando que no dejaría aquel sitio hasta que se le estendiese el *acta*, y que si era preciso dormir allí, estaba decidido y dormiría, pues previendo este caso había prevenido en su casa que tal vez no volvería. Viendo esto Sir Nicolás de Neuville, tomó su partido con riesgo de lo que podía suceder, y estendió á Benvenuto Cellini el *acta* de donación, poniendo sin embargo en noticia de Sir Roberto de Estourville lo que acababa de hacer, obligado por la voluntad del rey y por la tenacidad del platero.

En cuanto á Benvenuto Cellini, entró en su casa sin decir á nadie lo que acababa de hacer, guardó su donación en el armario donde encerraba sus piedras más preciosas, y se puso tranquilamente á trabajar.

Esta noticia trasmittida al preboste por el secretario de hacienda del rey, probaba á Sir Roberto que Benvenuto, como le había dicho el vizconde de Marmagne, tenía formado el proyecto de apoderarse de gra-

do ó por fuerza del palacio de Nesle. El preboste se puso, pues, en guardia, llamó á sus veinte y cuatro hombres de armas, colocó centinelas en las murallas, y no fué ya al Chatelat sino cuando era absolutamente forzado por los deberes de su cargo.

Los días pasaban sin embargo, y Cellini, tranquilamente ocupado en sus trabajos principiados, no arriesgaba el menor ataque. Pero el preboste estaba convencido de que aquella tranquilidad aparente no era más que una estratagema, y que su enemigo quería cansar su vigilancia para cogerlo de sorpresa; así es que Sir Roberto, con la vista siempre en acecho, el oído siempre alerta, pensando siempre en sus ideas belicosas, adquiría en este estado que no era ni la paz ni la guerra, cierta especie de fiebre de expectativa, cierto vértigo de ansiedad que amenazaba, si la situación se prolongaba, volverle loco como al gobernador del castillo de Santanjelo; no comía ni dormía, y enlaquecía visiblemente.

De vez en cuando desenvainaba de repente su espada y se ponía á dar cuchilladas á una pared gritando: ¡que viene ya! ¡qué viene ese malvado, que viene! ya le espero.

Bonvenuto no venía.

Sin embargo Sir Roberto de Estourville tenía momentos de calma, durante los cuales se persuadía á sí mismo que el platero había tenido la lengua más larga que la espada, y que jamás se atrovería á ejecutar sus criminales proyectos.

En uno de estos momentos fué cuando Colomba, saliendo por casualidad de su habitación, vió todos estos preparativos de guerra y preguntó á su padre de qué se trataba.

--Se trata solamente de castigar á un picaro, contestó el preboste.

Y como era costumbre en el preboste castigar, Colomba no preguntó siquiera quién era el picaro cuyo castigo se preparaba, hallándose demasiado absorta para que no se contentase con esta simple explicación.

En efecto, con una sola palabra Sir Roberto había hecho un terrible cambio en la vida de su hija: esta vida tan dulce, tan sencilla, tan oscura y tan retirada hasta entonces, esta vida de días tan serenos y de noches tan tranquilas se asomaba á un pobre lago agitado por la tempestad. Algunas veces hasta entonces había vagamente presentido que su alma estaba dormida y su corazón vacío, pero pensaba que esta tristeza provenía de su aislamiento, pero atribuía este vacío á que había perdido siendo niña á su madre, y hé aquí que de repente, lo mismo en su existencia que en su pensamiento, lo mismo en su corazón que en su alma, se hallaba todo lleno, pero por el dolor.

Oh! cuánto odiaba de menos ella entonces ese tiempo de ignorancia y de tranquilidad, durante el cual la vulgar pero vigilante ambición,

de la señora Petra bastaba casi á su felicidad ; ese tiempo de esperanza y de fe en el que contaba con el porvenir como se cuenta con un amigo, ese tiempo en fin de confianza filial , en que creía en el cariño de su padre. Ay ! en la actualidad ese porvenir era el odioso amor del conde de Orbec ; la ternura de su padre era la ambición disfrazada de ternura paternal. Por qué en lugar de ser la única heredera de un hombre ilustre y de una gran fortuna , no había nacido la hija de algún oscuro plebeyo que la hubiera cuidado y querido mucho ? Entonces hubiera podido amar á ese joven artista que habitaba con tanta emoción y tanto encanto, ese hermoso Ascanio , que parecía tener tanta felicidad y tanto amor que dar.

Pero cuando los latidos de su corazón , cuando el rubor de sus mejillas advertían á Colombia que la imagen del desconocido ocupaba hacia largo tiempo su pensamiento , tenía que desechar este dulce sueño , y lo lograba , poniendo delante de los ojos la triste realidad : por lo demás, desde que su padre le franqueó sus proyectos de casamiento, había prohibido expresamente á la señora Petra que recibiese á Ascanio bajo ningún pretesto , amenazándola con decirlo todo á su padre , si la desobedecía , y como la dueña hubiese juzgado á propósito , temiendo ser acusada de complicidad con ella , callar los proyectos hostiles del maestro de Ascanio ; la pobre Colombia se consideró por este lado bien defendida.

Pero no se crea sin embargo que se resignó á obedecer como víctima las órdenes de su padre. No : todo su ser se rebeló á la idea de su alianza con ese hombre , á quien hubiera tenido odio si hubiera sabido lo que era este sentimiento ; así es que revolvía en su imaginación pensamientos que jamás había tenido , pensamientos de rebelión que miraba como sus crímenes por los cuales pedía arrodillada perdón á Dios. Entonces pensó en ir á arrojarse á los pies de Francisco I pero había oido contar que en una circunstancia no menos terrible , le había ocurrido la misma idea á Diana de Poitiers y que la había costado el honor. La duquesa de Etampes podía también protegerla , salvarla si quería , pero querría ? no recibiría con una sonrisa las quejas de una niña ? Esta sonrisa de desprecio y de burla la había ya visto Colombia en los labios de su padre cuando le suplicó que la conservaría á su lado , y esta sonrisa le había causado un mal terrible.

Colombia , pues , no tenía mas recurso que Dios , así es que se arrodillaba ante su reclinatorio cien veces al día , pidiendo al Señor de todas las cosas , que amparase su debilidad antes que concluyeran los tres meses que la separaban todavía de su terrible desposado , ó que si era imposible todo socorro humano , le permitiese al menos ir á unirse con su madre.

En cuanto á Ascanio su existencia no estaba menos alterada que la existencia de la que amaba. Veinte veces desde el momento en que Rafnibaut le había manifestado la órden que le prohibía entrar en el palacio de Nesle , por las mañanas ; antes que nadie se hubiese levantado, y por la noche , cuando todo el mundo dormia, había ido á rondar a rededor de aquellas altas murallas que le separaban de su vida. Pero ni una sola vez , ostensible ni furtivamente había intentado entrar en aquel vedado jardin. Tenia entonces ese respeto virginal de los primeros años que desiente á la mujer que se ama , del mismo amor que ha de temer mas tarde. Pero esto no impedía á Ascanio , mientras cincelaba su oro y engastaba sus perlas y sus diamantes , formar mil proyectos insensatos sin contar los que hacia en sus paseos de la mañana y de la noche, ó en sus sueños ajitados. Estos suenos se referian principalmente al dia tan temido en un principio y tan deseado ahora por él , en que Benvenuto debia hacerse dueño del palacio de Nesle , porque Ascanio conocia á su maestro , y toda esa aparente tranquilidad era la del volcan que oculta una erupcion. Esta erupcion , segun habia anunciado Cellini , debia verificarse el domingo ; Ascanio no dudaba de que el domingo , segun Cellini , veria cumplido su proyecto.

Pero este proyecto , segun se habia podido juzgar por sus escursiones al rededor del palacio de Nesle , no se verificaría sin obstáculos , gracias á la guardia continua que habia en sus murallas. Ascanio habia observado en el palacio de Nesle todas las señales de una plaza de armas. Si habia ataque habria defensa , y como la fortaleza no parecia dispuesta á capitular , era evidente que habria que tomarla por asalto.

En este instante supremo era cuando la galanteria de Ascanio debia hallar una ocasion de manifestarse : habria brecha , y tal vez incendio. Una cosa parecida á esa era la que necesitaba , sobre todo un incendio , un incendio que pusiera los dias de Colombia en peligro. Entonces se lanzaria al travé s de las escaleras ruinosas , al travé s de los maderos ardiendo , al travé s de las paredes encendidas , oiria su voz pidiendo socorro lle garia hasta ella , la cojeria moribunda y desmayada en sus brazos , la llevaria por entre los abismos de llamas , estrechándola contra su pecho , sintiendo latir su corazon contra el suyo , y respirando su aliento. Despues de arrostrar mil peligros la depositaria á los pies de su padre desolado , que recompensaria su valor dándole la hija que le habia salvado , ó bien huyendo bajo algun puente movible arrojado por encima del fuego , se le deslizaria el pie y ambos carian juntos y moririan abrasados , confundiendo sus corazones en su último suspiro , en un primero y ultimo beso. Lo cual no era de despreciar para un hombre como Ascanio que ya no tenia esperanzas ; porque despues de la felicidad de vivir el uno para el otro , la mayor es morir juntos.

Todos nuestros héroes pasaban , pues , como ya se ha visto , los días y las noches muy agitados , á excepcion de Benvenuto Cellini que parecía haber olvidado completamente sus proyectos hostiles sobre el palacio de Nesle , y de Scozzone que los ignoraba:

Sin embargo , habiéndose pasado toda la semana en las diferentes emociones que hemos dicho , y habiendo Benvenuto Cellini trabajado concienzudamente durante los siete días que la componen , y casi acabado el modelo de barro de su Júpiter , se puso el sábado á las cinco de la tarde su cota de malla , se abotonó su jubón por encima , y diciendo á Ascanio que le acompañase se encaminó hacia el palacio de Nesle . Cuando llegó al pie de las murallas Cellini dió la vuelta á la plaza examinando los lados débiles y meditando un plan de sitio.

El ataque debía ofrecer más de una dificultad , segun lo había dicho el preboste á su amigo Marmagne , segun lo había asegurado Ascanio á su maestro , segun en fin podía verlo el mismo Benvenuto por sus propios ojos . El castillo de Nesle tenía almenas y buhardillas , y además , los fosos y las murallas de la ciudad del lado del Pre-aux-Clers : era una de esas sólidas e imponentes casas feudales que podían perfectamente defenderse con su sola fábrica siempre que las puertas estuviesen sólidamente cerradas , y rechazar sin socorros de fuera á los ladrones y rateros , como se llamaban en aquella época , y además en caso de necesidad á las jentes del rey . Por lo demás era admitido en aquella divertida época el servir uno á si mismo de policía y de ronda .

Concluido su reconocimiento , segun todas las reglas de la estratejia antigua y moderna , pensando que era preciso intimar á la plaza su rendición antes de ponerla sitio , fué á llamar en la puertecita del palacio por la cual había entrado ya una vez Ascanio . Para él como para Ascanio se habrió el postigüillo ; pero esta vez , en lugar del pacífico jardinero se presentó un belicoso portero . Qué queréis ? preguntó este al desconocido que acababa de llamar á la puerta del palacio de Nesle .

—Tomar posesión del palacio , cuya propiedad me está concedida á mí , Benvenuto Cellini , respondió el platero .

—Está bien , esperad , respondió el portero y apresuróse , segun la orden que había recibido , á ir á advertir al señor de Estourville .

Al cabo de un momento volvió acompañado del preboste , que sin manifestarse y conteniendo su aliento , se mantuvo escondido en un rincón para escuchar , rodeado de una parte de su guarnición , á fin de juzgar mejor de la gravedad del caso .

—No sabemos lo que queréis decir , respondió el portero .

—Entonces , dijo Benvenuto Cellini , entregad este pergamino el señor preboste : es la copia certificada del acta do donacion .

Y pasó el pergamino por el ventanillo .

El portero desapareció segunda vez, pero como ahora no tenía que hacer mas que alargar la mano para entregar la copia al proboste, el ventanillo volvió á abrirse inmediatamente.

—Aquí tenéis la respuesta, dijo el portero, metiendo por la rejilla el pergamino hecho pedazos.

—Está bien, replicó Cellini con la mayor calma. Hasta la vista.

Y complacido por la atención con que Ascanio había seguido su examen de la plaza y por las juiciosas observaciones que había emitido sobre el futuro golpe de mano que iba á darse, entró en el taller, afirmando á su discípulo que hubiera sido un gran capitán, si no estuviese destinado á ser un artista mas grande, lo que valía infinitamente mas á los ojos de Cellini.

Al día siguiente el sol se levantó magnífico sobre el horizonte; Benvenuto había suplicado desde la víspera á los operarios que acudiesen al taller, aunque era domingo, y ninguno de ellos faltó al llamamiento.

—Hijos míos, les dijo el maestro, yo os he ajustado para trabajar en platería y no para combatir, pero hace dos meses que estamos juntos, nosotros nos conocemos ya lo bastante los unos á los otros, para que en una grave necesidad haya podido contar con vosotros, como vosotros podéis todos y siempre contar conmigo. Ya sabéis de qué se trata: nosotros estamos mal aquí, sin aire y sin espacio, y no tenemos libertad y holgura para emprender grandes obras, ni siquiera para forjar con un poco de fuerza. Vosotros todos habéis sido testigos de que el rey ha querido darme un alojamiento mas vasto y mas cómodo; pero como le falta el tiempo para ocuparse de minuciosidades, me ha dejado el cuidado de establecerme yo mismo en él. Y supuesto que no quieren cederme voluntariamente ese alojamiento tan generosamente concedido por el rey, será menester tomarlo á la fuerza. El preboste de París, que lo tiene contra la orden de S. M. (parece que se acostumbra á hacer esto en este país) no sabe con quién tiene que habérselas: en el momento en que me niegan alguna cosa la evijo; en el momento en que me la resisten la arrebato. ¿Teneis vosotros intención de ayudarme? No os oculto que habrá peligros que arrostrar porque tenemos que dar una batalla, y emprender la escalada y otros placeres algo inocentes. Nada debemos temer de la policía ni la ronda; pues tenemos la autorización de S. M.; pero pueden morir algunos hombres; así que, los que quieran venir conmigo, háganlo sin ceremonia; los que quieran quedarse en la casa, no se incomoden, yo no reclamo sino corazones resueltos. Si me dejais solo con Pagolo y Ascanio, no os inquietéis por eso. Yo no sé como lo haré, pero lo que sé es que lo haré. ¡Oh! si vosotros me prestáis vuestros corazones y vuestros brazos como espero, mal sien para q

preboste y para el prebostazgo. Ahora que estais enterados á fondo del negocio , hablad. ¿Quereis seguirme?

No hubo mas que un grito.

--A todas partes , maestro : á todas partes donde nos conduzcais.

--Bravo! hijos mios : ¡en ese caso quereis todos seguirme?

--Todos.

--En ese caso vamos á divertirnos, dijo Benvenuto que se hallaba al fin en su elemento; hace mucho tiempo que me enmobezcó. ;Fuera el valor y las espadas! ; A Dios gracias , vamos á dar y á recibir algunas estocadas! ;Vamos , hijos mios , vamos , mis valientes amigos ; es menester armarse , es menester convenir en un plan ; es menester reparar nuestros golpes y disponernos á esgrimir bien , y viva la alegría! Voy á daros todas las armas ofensivas y defensivas que poseo, además de las que están colgadas en la pared donde cada uno puede escoger lo que guste: ¡ah! qué bien nos vendría una buena culebrina , pero váyase lo uno por lo otro , pues tenemos arcabuces , picas , espadas y puñales , y además cotas de malla , cascos y corazas. ;Vamos! pronto , pronto vistámonos para el baile; el preboste es el que paga la música! ;Hurra , hurra! gritaron todos los compañeros.

Hubo en el taller un movimiento general , un tumulto y safarrancho digno de verse: la elocuencia y el entusiasmo del maestro animaban todos los corazones y todos los semblantes. Unos se probaban corazas , otros blandían sus espadas , y otros sacaban puñales , y todos reian, cantaban , como si se tratase de una mascarada ó de una fiesta. Benvenuto iba , venia , corría , enseñando una estocada al uno , abrochando el cinturón al otro , y sintiendo correr su sangre libre y caliente en sus venas , como si hubiese vuelto á encontrar su verdadera vida.

En cuanto á los operarios , no cesaban de dirijirse mil chanzonetas burlándose los unos de los otros , de sus aspectos guerreros.

--Mirad, gritaba el uno , mirad á Simon el Zurdo que pone su espada en el mismo lado que nosotros. ;A la derecha! ;á la derecha!

--Y Juan , respondió Simon , que tiene su alabarda como tendrá su báculo cuando sea obispo.

--Y Pagolo que se pone dos cotas de malla.

--¿Por qué no? respondió Pagolo, Hermann el Aleman se viste también como un caballero del tiempo del emperador Barbarroja.

Y en efecto , el que acababan de designar con el nombre de Hermann el Aleman , epíteto que formaba un pleonasio , puesto que el nombre solo por su consonancia germánica indicaba que el que lo llevaba pertenecía á alguno de los círculos del Santo Imperio ; Hermann , decímos , estaba cubierto de hierro de pies á cabeza , y parecía una de esas gigantescas estatuas como las que los estatuarios de aquella hermosa época

del arle acostaban sobre los sepulcros. Así es que Benvenuto á pesar de la fuerza , que era proverbial en el taller de este valiente compañero del otro lado del Rhin, le advirtió que tal vez experimentaría, encerrado como estaba en semejante concha , alguna dificultad de moverse , y que su fuerza en lugar de ganar perdería seguramente. Pero por toda respuesta Hermann saltó sobre un yunque tan ligero como si hubiese estado vestido de terciopelo , y descolgando un enorme martillo lo hizo girar por cima de su cabeza , y dió sobre el yunque tres golpes tan terribles que en cada uno de ellos hundió el yunque una pulgada en la tierra. Nada había que contestar á semejante respuesta, así es que Benvenuto hizo con la cabeza y la mano un saludo respetuoso en señal de que estaba satisfecho.

Solo Ascanio se había armado en silencio y aparte ; no dejaba de tener alguna inquietud sobre las consecuencias de la calaverada que iba á cometer ; porque al fin Colombia podría no perdonarle el haber atacado á su padre, sobre todo si la lucha producía alguna grave catástrofe; y mas cerca de sus ojos, quizás iba á hallarse mas lejos de su corazón.

En cuanto á Scozzone , semi-alegre , semi-inquieta , lloraba por un lado y reia por otro ; gustábanle el cambio y la batalla ; pero no los golpes y las heridas ; los aprestos del combate hacían saltar al diablillo ; las consecuencias del combate hacían temblar á la muger.

Benvenuto la vió al fin de este modo riendo y llorando á la vez, y se dirigió á ella.

—Tú, Scozzone , le dijo, vas á quedarte en casa con Ruperta , y á preparar hilas para los heridos , y una buena comida para los que vuelvan sanos.

—No , no , exclamó Scozzone , yo quiero seguirlos. Con vos tengo valor para desafiar al preboste y á todo el prebostazgo , pero aquí sola con Ruperta , moriré de inquietud y de miedo.

—Oh! jamás consentiré en eso , respondió Benvenuto , me inquieta demasiado pensar que puede sucederte alguna desgracia. Rogarás á Dios por nosotros , hija mía , esperándonos.

—Escuchad, Benvenuto, replicó la jóven como iluminada por un pensamiento repentino , ya conoceis que no puedo soportar la idea de permanecer tranquila aquí, mientras que vos estareis allá abajo, herido, moribundo tal vez. Pero hay un medio de conciliarlo todo ; en lugar de rogar á Dios en el taller , iré á rogarle en la iglesia mas próxima al lugar del combate. De este modo no podrá alcanzarme el peligro , y yo sabré inmediatamente lo que ocurra, tanto la victoria como los reveses.

—Ea, sea así , respondió Benvenuto ; por lo demás debe entenderse que no iremos á matar ó á dejarnos matar , sin ir antes á oír devotas

mento una misa. Entraremos en la iglesia de Padres Agustinos, que es la más próxima al palacio de Neale, y te dejaremos en ella.

Hechos estos preparativos bebieron un poco de vino de Borgoña; agregaron á las armas ofensivas y defensivas martillos, palancas, escalas y cuerdas, y se pusieron en marcha, no en cuerpo de ejército, sino de dos en dos y á muy largas distancias para no llamar la atención. No era seguramente un golpe de mano cosa más rara en aquellos tiempos que lo es en nuestro días un motín ó un cambio de ministerio; pero, á decir verdad, no se escogía comunmente el santo dia del domingo ni la hora del mediodia para entregarse á estas clases de recreos, y necesitábese toda la audacia de Benvenuto Cellini, sostenida ademas por el convencimiento de su buen derecho, para arriesgar una tentativa semejante.

Nuestros héroes llegaron los unos detrás de los otros á la iglesia de Padres Agustinos, y despues de haber depositado sus armas y sus filales en poder del sacristán, asistieron piadosamente al santo sacrificio de la misa, para pedir á Dios la gracia de exterminar el mayor número posible de sus enemigos.

Sin embargo; debemos decir que á pesar de la gravedad de la situación, á pesar de su devoción insigne, y á pesar de la importancia de las plegarias que iba á dirigir al Señor, apenas entró Benvenuto en la iglesia, dió muestras de una singular distracción: causaba esta á una joven hermosísima que leía en un devocionario iluminado, arrodillada detrás de él, pero del lado de la nave opuesta. Era en efecto tan hermosa que hubiera distraído la atención de un santo cuanto más la de un escultor. El artista en esta circunstancia estorbaba extraordinariamente al cristiano, así es que el buen Cellini no pudo menos de hacer particípar su admiración, y como Catalina que estaba á su izquierda, se hubiera mostrado sin duda demasiado severa para las distracciones de Benvenuto, se volvió hacia Ascanio que estaba á su derecha con intención de hacerle volver los ojos hacia aquella admirable cabeza de virgen. Pero los ojos de Ascanio no tenían nada que hacer sobre este punto: desde el momento en que el joven entró en la iglesia, sus miradas se fijaron en la joven y no se habían separado de ella.

Benvenuto que lo veía absorto en la misma contemplación que él, se contentó con empujarle con el codo.

—Sí, dijo Ascanio, sí, es Colomba, no es verdad, maestro, que es muy hermosa?

Era Colomba en efecto, á quien su padre no temiendo un bataque en la mitad del dia, había permitido, aunque no sin alguna dificultad, que fuera á rogar á Dios á la iglesia de los Agustinos. Verdad es que Colomba había insistido mucho, porque esto era el único consuelo que la queataba. La señora Potts estaba á su lado.

—Quién es esa Colomba? preguntó naturalmente Benvenuto.

—Oh! es verdad, no la conoceis. Colomba es la hija del preboste, del mismo Sir Roberto de Estourville, no es verdad que es hermosa ? dijo segunda vez.

—No, replicó Benvenuto, no, esa no es Colomba. Es Hebe, la diosa de la juventud; la Hebe que mi gran rey Francisco I me ha encargado, la Hebe que he concebido, que pedí á Dios y que ha bajado á mi suplica.

Y sin apercibirse de la mezcla extraña que ofrecía la idea de Hebe leyendo su devocionario y elevando su corazón á Jesus, Benvenuto continuó su himno á la beatitud al mismo tiempo que su plegaria á Dios y sus planes militares: el platero, el católico y el estrategista dominaban alternativamente su espíritu.

—Padre nuestro que estás en los cielos.—Pero mira, Ascanio, que corte de cara tan fino y suave!—santificado sea tu nombre, venganos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.—qué contorno tan seductor presenta esa línea ondulosa del cuerpo.—el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.—y dicos que tan encantadora criatura es la hija de ese miserable preboste que pienso exterminar con mi propia mano?—perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas libranos del mal.—Aunque tuviese que abrasar el palacio para conseguirlo.—Amen Jesus.

Y Benvenuto hizo la señal de la cruz no dudando que acababa de rezar una excelente oración dominical. La misa terminó en medio de estos diversos pensamientos, que podían parecer un poco profanos en un hombre de otro carácter y de otro tiempo, pero que eran muy naturales en una organización como la de Cellini, y en una época en que Clemente Marot ponía en versos galantes los siete salmos de la penitencia. Pronunciado el *ite missa est*, Benvenuto y Catalina se apretaron la mano; en seguida mientras la joven enjugando una lágrima quedaba en el sitio donde debía esperar el resultado del combate, Cellini y Ascanio, con las miradas fijas en Colomba que no había levantado los ojos de su libro, fué seguido de sus compañeros á tomar agua bendita, después de lo cual se separaron para reunirse en un callejón sin salida, situado á medio camino poco más ó menos desde la iglesia al palacio de Nesle.

En cuanto á Catalina, según lo convenido, se quedó á oír la misa mayor, y esto mismo hicieron Colomba y la señora Petra que habían llegado antes de la hora, y solo habían oido la misa rezada como una preparación para la misa solemne; estas dos últimas no sospechaban además que Benvenuto y sus aprendices tratasen de cerrarles toda comunicación con la casa que tan imprudentemente habían abandonado,

que se daban en la plaza de armas, y que se realizaban en el teatro de la guerra. Los soldados se sentían orgullosos de su valentía, y se sentían orgullosos de su fuerza. Los soldados se sentían orgullosos de su valor, y se sentían orgullosos de su fuerza. Los soldados se sentían orgullosos de su valor, y se sentían orgullosos de su fuerza. Los soldados se sentían orgullosos de su valor, y se sentían orgullosos de su fuerza. Los soldados se sentían orgullosos de su valor, y se sentían orgullosos de su fuerza.

IX.

Los soldados se sentían orgullosos de su valor, y se sentían orgullosos de su fuerza. Los soldados se sentían orgullosos de su valor, y se sentían orgullosos de su fuerza.

Los soldados se sentían orgullosos de su valor, y se sentían orgullosos de su fuerza. Los soldados se sentían orgullosos de su valor, y se sentían orgullosos de su fuerza. Los soldados se sentían orgullosos de su valor, y se sentían orgullosos de su fuerza. Los soldados se sentían orgullosos de su valor, y se sentían orgullosos de su fuerza. Los soldados se sentían orgullosos de su valor, y se sentían orgullosos de su fuerza.

ESTOCADAS.

Los soldados se sentían orgullosos de su valor, y se sentían orgullosos de su fuerza. Los soldados se sentían orgullosos de su valor, y se sentían orgullosos de su fuerza.

Los soldados se sentían orgullosos de su valor, y se sentían orgullosos de su fuerza. Los soldados se sentían orgullosos de su valor, y se sentían orgullosos de su fuerza.

Los soldados se sentían orgullosos de su valor, y se sentían orgullosos de su fuerza. Los soldados se sentían orgullosos de su valor, y se sentían orgullosos de su fuerza.

Había llegado el momento decisivo. Benvenuto dividió sus diez hombres en dos pelotones; el uno debía intentar forzar por todos los medios posibles la puerta del palacio; el otro estaba destinado a proteger las operaciones de los trabajadores y a separar de las murallas éstos y rechazar a estocadas a aquellos de los sitiados que se presentasen ante las almenas o intentasen una salida. Benvenuto tomó en persona el mando de este último pelotón, y escogió por lugar teniente a nuestro amigo Asturio; después puso á la cabeza del otro nuestro nuevo conocido Hernán, ese bueno y valiente aleman que aplastaba una barra de fierro de la martillazo y á un hombre de un pañuelo; el cual tomó por su segundo al joven Jehan, otro perillito de quince años, ligero como una araña maligno como un mosquito, y astucioso como un pavo; y á quien Goliat habría cobrado mucho afecto, sin duda porque el travieso muchachorro éste sabía de atormentar al buen German. El pequeño Jehan se puso có orgu-



Nóramente al lado de su capitán, con gran disgusto de Pagolo, que con su doble coraza y por su inamovilidad se asemejaba á la estatua del Comendador.

Dispuestas así las cosas, y hecha la última revista de armas y de combatientes, Benvenuto dirigió algunas palabras á sus operarios, que de tan bien grado iban á arrostrar por el peligros y tal vez la muerte: despues de lo cual, apretó la mano á todos, hizo piadosamente la señal de la cruz y gritó: «adelante!»

—Inmediatamente los dos pelotones se pusieron en marcha dirigiéndose por el lado de la iglesia de los Agustinos, sitio desierto en aquella hora, y al cabo de un instante llegaron delante del palacio de Neale.

Entonces Benvenuto no queriendo atacar á su enemigo sin haber llenado todas las formalidades de cortesía usadas en semejante caso, avanzó solo con un pañuelo blanco en la punta de la espada hacia la puerta del palacio donde la víspera había llamado. Como la víspera le preguntaron por la regilla del ventanillo, qué se le ofrecía. Benvenuto repitió el mismo protocolo, diciendo que venía á tomar posesión del castillo que le había dado el rey. ~~LA JODER~~ La víspera, no obtuvo esta vez el honor de una respuesta.

Entonces con voz alta y firme, y permaneciendo vuelto hacia la puerta:

—A tí, dijo, á tí, Roberto de Estourville, Sr. de Villebon, preboste de Paris, yo; Benvenuto Cellini, platero, estatuario, pintor, mecánico e ingeniero, hago saber; que S. M. el rey Francisco I, me ha dado libremente, y como era de su derecho, en toda propiedad el gran Nesle. En su consecuencia, y puesto que lo retienes insolentemente y que contra el deseo de S. M. te niegas á entregármelo, te declaro, pues, Roberto de Estourville, Sr. de Villebon, preboste de Paris, que tengo á tu servicio lo que la fuerza. Así que, déjate sacar, y si resistes algún mal de tu orgullo, una escandalo; que debes responder de él en la corte y en el cielo; delante de los hombres y delante de Dios.

Así habló Bonifacio y quedó aguardando el respuesta; pero Álvaro permaneció mudo, detrás de las murallas. Esteban cambió su rostro entristecido, y mandó á un tropa preparar las armas, y después, continuó de donde lo dejó, en conversación diciéndole mismo: «Hermano, ¿que opinas tú?» Esteban respondió con tristeza: «Parece que el capitán del escuadrón que te ha hecho venir, no hay medio de arrestande. ¡También nos debemos saber de qué manzana cae el desembarco!» Tú, otro, mejor, no sé si te diré: «No desesperes, porque digo yo Hermano, que queremos que organicemos los que todo lo que debemos hacer cumplir al fin de la noble causa obrando sin cesar, y que, si esto es lo que preguntas Bonifacio Esteban y yo te diremos en otra

Hermann miró á su alrededor y vió en el suelo una viga, que cuatro hombres regulares apenas hubieran podido levantar.

— Con este madero dijo.

Y levantó tranquilamente el madero, lo puso debajo de su brazo, lo sujetó como un arriente en su máquina y volvió á donde estaba el general.

Entretanto principiaba á reunirse la multitud, y Benvenuto, excitado por ella, iba á dar la orden de principiar el ataque cuando el capitán de los arqueros del rey, advertido sin duda por algún vecino conservador, se presentó en la esquina de la calle acompañado de cinco ó seis de los suyos á caballo. Este capitán era amigo del preboste, y aunque sabía perfectamente de qué se trataba, se aproximó á Benvenuto Cellini, esperando intimidarle sin duda; mientras que sus gentes cerraban la calle á Hermann;

— Qué queréis, dijo, y por qué turbais la tranquilidad de la ciudad?

— Quien turba verdaderamente la tranquilidad, respondió Cellini, es el que se niega á obedecer las órdenes del rey, y no quien las ejecuta.

— Qué queréis decir? preguntó el capitán.

— Quiero decir, que veáis esta orden de S. M. en buena y debida forma estendida por Mr. de Nouville, secretario de S. M., en la qual se manda el palacio del gran Nesle. Pero las personas que están encerradas en él, se niegan á reconocer esta orden, y de consiguiente me niegan mi licencia. Así que se me ha metido en la cabeza que puesto que la Escritura dice que es menester dar al César lo que es del César, Benvenuto Cellini, tiene el derecho de tomar lo que pertenece á Benvenuto Cellini.

— Y en vez de impedirnos conquistar nuestro palacio, deberíais prestarnos el auxilio de vuestra fuerza, gritó Pagolo.

— Calla tú, perillón, dijo Benvenuto dando una patada, no necesito del auxilio de nadie, lo entiendes?

— Teneis razón en derecho, respondió el capitán, pero obráis mal en el hecho.

— ¿Cómo es eso, preguntó Benvenuto, que sentía subirsele la sangre al rostro.

— Teneis razón en querer entrar en posesión de vuestro bien, pero hacéis mal en querer tomarlo de esa manera, porque os vaticino que no ganareis mucho en dar estocadas contra las paredes. Si he de daros mi buen consejo, un consejo de amigo, creedme; lo que debeis hacer es dirigiros á la justicia y presentar vuestra demanda ante el preboste de París por ejemplo.

Y el capitán de arqueros del rey se retiró mosándose y riéndose,

carcajadas, lo que hizo que la multitud que veía reír á la autoridad, se hechase á reír tambien.

—Reiré bien el que se ria el último, dijo Benvenuto Cellini. Adelante, Hermann, adelante.

Herman volvió á tomar su madero, y mientras que Cellini, Ascanio, y dos ó tres de los mas hábiles tiradores de la tropa, con el arcabuz en la mano, estaban dispuestos á hacer fuego contra la muralla, dirigiése como una catapulta viva, hacia la puertocita que habian juzgado mas fácil de derribar que la grande.

Pero cuando se aproximó á la muralla comenzó á caer una granizada de piedras, y esto sin que se viese á nadie, porque el preboste había hecho amontonar estas piedras sobre lo alto de las murallas como una segunda sobreuesta á la primera; no se necesitaba hacer mas que empujar las piedras con la mano para que en su caida aplastasen á los sitiadores.

Así es que al ver estos la granizada que los acogia, dieron un paso atrás. Sin embargo, no hubo, á pesar de haber sido tan inesperada esta terrible despensa, ningun herido, á excepcion de Pagole que abrumado por su doble coraza, no pudo retirarse tan pronto como los demás, y fué herido en el talon.

En cuanto á Hermann, tanto cuidado le dió esta nube de morrillos, como á una encina el granizo, y continuó su camino hacia la puerta, donde habiéndose puesto en bateria, principió á dar tales golpes, que era evidente que por fuerte que fuese, no podria resistir mucho tiempo á semejantes sacudidas.

Por su parte Benvenuto y los suyos permanecían con el arcabuz en su mano y dispuestos á hacer fuego contra cualquiera que apareciese sobre la muralla; pero nadie se presentó; el gran Nesle parecía defendido por una guarnicion invisible. Benvenuto se daba á los diablos por no poder ir á ayudar á su bravo aleman. De repente descubrió la vieja torre de Nesle, que como hemos dicho, estaba del otro lado del muellé y bañaba solitariamente sus pies en el Sena.

—Aguarda, valiente Hermann, esclamó Cellini, el palacio de Nesle ya es nuestro, tan cierto como yo me llamo Benvenuto Cellini y soy platero.

En seguida haciendo señas á Ascanio y á dos de sus compañeros para que le siguiesen, corrió hacia la torre, mientras Hermann, obedeciendo á las órdenes de su maestro, daba cuatro pasos atrás, y levantando su madero como un suizo su labarda, esperaba fuera del alcance de las piedras el efecto de la promesa del general.

En efecto, como lo había previsto Benvenuto, el preboste había desatendido guardar la vieja torre; así que se apoderó de ella sin resistencia, y subiendo los escalones de cuatro en cuatro llegó en un instante

al terrado : este terrado dominaba las murallas del gran Nesle como un campanario domina una ciudad ; de suerte que los sitiados que poco antes se hallaban resguardados detrás de su muralla , viéronse de pronto al descubierto .

Un arcabuzazo que resonó , una bala que silvó , un soldado que cayó dando alaridos , anunciaron al preboste que el aspecto de las cosas iba a cambiar para él segun todas las probabilidades .

Al mismo tiempo Hermann , creyendo que iba a tener el campo libre , volvió a coger su madero y principió de nuevo a empujar la puerta que los sitiados acababan de asegurar durante este espacio de tregua .

En cuanto a la multitud , como había comprendido , con ese admirable instinto de conservación que posee , que iba a principiar el fuego de fusilería y que los espectadores de la tragedia que había de representarse , podian muy bien atrapar alguna sangrienta salpicadura , al oír el arcabuzazo de Benvenuto y el grito lanzado por el soldado herido , se dispersó como una bandada de palomas . Un solo individuo quedó .

Este individuo era nuestro amigo Jacobo Aubry , individuo de la Besoche , que con la esperanza de tener su partido de pelota , acudía a la cita que le había dado Ascanio el domingo anterior .

No necesitó mas que dirigir una ojeada al campo de batalla y vió en el mismo instante de qué se trataba .

Conocido el carácter de Jacobo Aubry , no era dudosa la determinación que debía tomar . Jugar a la pelota ó al arcabuz , todo era jugar , adivinando que sus amigos eran del número de los sitiadores , colocándose entre ellos .

— Esto significa , amigos míos , dijo avanzando hacia el grupo , que esperaba ver caer la puerta para precipitarse en la plaza , esto significa que ponemos un pequeño sitio . No es así ? Pero diablos ! no atacais a una bicoca , y emprendéis una obra casi imposible con tan poca gente como la que se halla delante de una plaza tan fuerte .

— No estamos solos , dijo Pagolo , que vendaba su talon , señalando con la mano a Benvenuto y a sus tres ó cuatro compañeros que continuaban haciendo sobre la muralla un fuego tan nutrido que las piedras empezaban a llover infinitamente menos abundantes que al principio .

— Comprendo , comprendo , señor Aquiles , dijo Jacobo Aubry , puesto que tenéis entre otras muchas semejanzas de que no dudo , la de estar herido en el mismo sitio . Comprendo ; sí , allí están en lo alto de la torre mi camarada Ascanio y el maestro .

— Justamente , dijo Pagolo .

— Y ese otro que aporreá tan fuertemente la puerta , es tambien de los vuestros ; no es cierto ?

— Es Hermann , dijo orgulloosamente Johan .

—Cáspera! que bien estás, dijo el escolar; voy á saludarla.

Y se acercó, con las manos en los bolsillos sin cuidarse de las bártulas que siltaban por encima de su cabeza, al valiente alemán que continuaba su tarea con la misma regularidad que una máquina puesta en movimiento por esceletas ruedas.

—Necesitais alguna cosa, mi querido Gólia? dijo Jacobo Aubry, vengo á ponerme á vuestras órdenes.

—Tengo sed, dijo Hermann sin interrumpir sus ataques.

—Cáspera! si lo creo, haceis un ejercicio capaz de hacer rabiar, y quisiera tener un tónel de cerbeza que poder ofreceros.

—Agua, dijo Hermann, agua.

—Os contentáis con esta bebida? Sea. Tenemos allí el río; dentro de un momento vais á ser servido, y Jacobo Aubry echó á correr hacia el Sena, llenó su sombrero de agua y lo llevó al alemán. Este enderezó su madero, bebió de un solo trago todo el líquido que contenía, y devolviendo al estudiante su sombrero vacío:

—Gracias, dijo, y volviendo á tomar su madero se entregó á su tarea.

Después, al cabo de un instante:

—Id á anunciar al maestro que esto avanza, dijo, y que osé dijisteo.

Jacobo Aubry tomó el camino de la torre, y un instante después estaba entre Ascanio y Benvenuto Cellini, que con sus arcabuces en la mano hacían un fuego tan nublado que ya habían puesto fuera de combate á dos ó tres hombres. Los soldados del preboste principiaban á hacerse los rebacios para subir á la muralla.

Sin embargo, como, segun había mandado decir Hermann á Benvenuto, amenazase ceder la puerta, el preboste resolvió hacer un último esfuerzo, y entusiasmó tanto á su gente que principió á caer una granizada de piedras. Pero dos arcabuzazos disparados casi á un mismo tiempo, calmaron de nuevo el ardor de los sitiados, quienes cualquiera que fuese la promesa que les hiciese Sir Roberto, se mantuvieron quietos y ocultos: lo cual viendo el preboste se adelantó él mismo, y cogiendo entre sus manos una enorme piedra se dispuso á dejarla rodar sobre Hermann.

Pero Benvenuto no era hombre que se dejara sorprender; apenas vió al imprudente que se aprestaba á subir donde nadie ya se presentaba, apoyó su arcabuz en su hombro, apuntó á sir Roberto, pero en el momento mismo en que Cellini disparó, Ascanio lanzó un grito, levantó el cañón con su mano y el tiro partió al aire. Ascanio había reconocido al padre de Colombia.

En el momento en que furioso Benvenuto iba á pedir á Ascanio la explicación de lo que acababa de hacer, la picuña lanzada rigurosamente

to por el preboste oyó perpendicularmente sobre el casco de Hermann. En su consecuencia, cualquiera que fuese la fuerza del moderno Titán no había medio de resistir á este otro Pelion; soltó el madero, abrió los brazos como para buscar un apoyo, pero no encontrándolo cayó desmayado con un ruido terrible.

Sitiados y sitiadores lanzaron al mismo tiempo un gran grito: el joven Jehan y los tres ó cuatro compañeros que estaban cerca de Hermann se precipitaron sobre él para llevarlo lejos de la muralla y prestarle socorro, pero al mismo tiempo la grande y la pequeña puerta de Nesle se abrieron, y el preboste á la cabeza de unos quince hombres se lanzó sobre el herido, esponiendo su vida y dando mandobles, así como soldados, á diestro y siniestro, en términos de conseguir que Jehan y los tres operarios, á pesar de las voces que les daba Benvenuto para que se mantuvieran firmes mientras él llegaba á su socorro, se retirasen precipitados á retroceder. El preboste aprovechó este momento de retíredad: ocho hombres cogieron á Hermann que continuaba desmayado, los unos por los brazos y los otros por las piernas; siest se colocaron delante para proteger el movimiento retrágado que iba á verificarse, de fuerza que durante el tiempo en que Cellini, Ascanio, Jacobo Aubry y los tres ó cuatro operarios que estaban en el terrado de la torre, bajaban, los cuatro ó cinco pisos que separaban este terrado de la calle, Hermann y sus conductores entraron en el gran Neste, y cuando Cellini, acababa en mano, se presentaba en la puerta de la torre, la del palacio se cerraba detrás del último hombre de armas del preboste.

No podía ocurrirse que era este un descalabro, y un descalabro grave. Cellini, Ascanio y sus compañeros habían dejado fuera de combate á tres ó cuatro de los sitiados, pero la pérdida de estos tres ó cuatro hombres estaba muy distante de equivaler para el preboste lo que para Cellini equivalía la de Hermann.

Hubo un momento de estupor entre los sitiadores.

De repente Cellini y Ascanio se miraron.

—Tengo un proyecto, dijo Cellini mirando hacia la izquierda; es decir, del lado de la ciudad.

—Y yo también, dijo Ascanio, mirando á la derecha del lado del campo.

—He hallado un medio de hacer salir á la guarnición.

—Y yo, si haces saldr á la guarnición, he hallado un medio de abrir la puerta.

—¿Cuántos hombres necesitas?

—Uno sola me bastará.

—Esto es.

—A Jacobo Aubry, dijo Ascanio, queréis venir conmigo? que lo agu-

— Al cabo del mundo, querido amigo, al cabo del mundo; empero no me disgustaría tener una arma cualquiera, alguna cosa como un pedazo de espada ó de puñal, cuatro ó cinco pulgadas de hierro que introducir en alguna parte si la ocasión se presenta.

— Bien, dijo Ascanio, tomad la espada de Pagolo, que no puede ya servirse de ella puesto que se sujetó el talón con la mano derecha y hace la señal de la eruz con la mano izquierda.

— Y he aquí, para completar vuestro armamento mi propio puñal, dijo Cellini. Dad con él, jóven; pero no le dejéis olvidado en la herida, haráis un hermoso regalo al herido, puesto que está cincelado por mí, y el puño vale cien escudos de oro como un liar.

— Y la hoja? dijo Jacobo Aubry. El puño tiene su precio indudablemente; pero en semejante circunstancia la hoja es la que yo estimo.

— La hoja no tiene precio, respondió Benvenuto, es la misma con la cual he matado al asesino de mi hermano.

— Viva! gritó el escolar. Vamos, Ascanio, en marcha.

— Aquí estoy, dijo Ascanio, enrollándose cinco ó seis brazas de cuerda alrededor de su cuello, y echándose al hombro una de las escabas.

Y los dos jóvenes aventureros bajaron el muelle durante cien pasos poco más ó menos, volvieron á la izquierda y desaparecieron en el ángulo de la muralla del gran Nesle, detrás de los fosos de la ciudad.

Déjemos á Ascanio intentar su proyecto, y sigamos á Cellini en la ejecución del suyo.

Lo que este miraba á la izquierda, es decir del lado de la ciudad, mientras que Ascanio, como ya lo hemos dicho, miraba á la derecha, es decir, del lado del campo, eran, en medio de un grupo del pueblo que se mantenía á distancia, dos mujeres en quienes creía reconocer á la hija del preboste y su aya.

En efecto, eran Colomba y la señora Petra que volvían de misa para entrar en el pequeño Nesle, y que asustadas de lo que les decían sobre el sitio del palacio, y de lo que veían con sus propios ojos, se habían parado medrosas y temblando en medio de la multitud.

Pero apenas se apereció Colomba que existía entre los combatientes una especie de tregua momentánea que le dejaba el paso libre, cuando á pesar de los ruegos de su aya, que la suplicaba que no se aventurase en esta zarzina, se adelantó resueltamente hacia el palacio, dejando á la señora Petra en entera libertad para seguirla ó quedarse donde estaba; pero como la señora Petra amaba tiernamente á Colomba, resolvíose, á pesar de sus temores, á acompañarla.

Ambas se separaban del grupo, cuando Ascanio y Jacobo Aubry volvían el ángulo de la muralla.

Ahora se comprende el proyecto de Benvenuto Cellini.

Apenas vió á las dos mugeres adelantarse hacia el palacio del preboste, se dirigió á ellas, y ofreció galantemente el brazo á Colomba:

—Señora, nada temais, dijo, y si quereis aceptar mi brazo, os llevare al lado de vuestro padre.

Colomba vaciló, pero la dueña asiendose del brazo que estaba á su lado y que Benvenuto se había olvidado ofrecerle:

—Tomadlo, hija mia, tomadlo, dijo, y aceptemos la proteccion de este noble caballero. Pero mirad, mirad al señor preboste que se asoma por encima de la muralla, inquieto sin duda porque no sabe qué es de nosotras.

Colomba cogió el brazo de Benvenuto y los tres avanzaron hasta dos pasos de la puerta.

Allí se paró Cellini, y asegurando con cada uno de sus brazos el de Colomba y el de la señora Petra:

—Señor preboste, dijo en alta voz, mirad á vuestra hija que quiere entrar, espero que le abrireteis la puerta, á no ser que consintais dejar en manos de vuestros enemigos tan precioso rehen.

Veinte veces en el espacio de dos horas el preboste resguardado dentro de sus atrincheramientos, había pensado en su hija á quien tan imprudentemente había permitido salir y que no sabia como hacer entrar. Esperaba que avisada á tiempo pensaría en ir á aguardarla en el gran Chatelet, cuando viendo á Cellini separarse del grupo de sus compañeros y dirigirse hacia las dos mugeres, reconoció en ellas á Colomba y á la señora Petra.

—La tortuula! gruñó en voz baja el preboste; no puedo sin embargo dejarla en medio de esos impíos.

En seguida levantando la voz:

—Bien, veamos, dijo abriendo el ventanillo y arrimando su rostro á la rejilla; qué quereis?

—He aquí mis ofertas, dijo Benvenuto, dejaré entrar á la señora Colomba y á su aya; pero habeis de salir vos con todos vuestros hombres, y pelearemos fuera y al descubierto. Aquellos por quienes quedé el campo de batalla, tomarán posesion del palacio, y entonces tanto peor para los vencidos, vos victis! como decia vuestro compatriota Brendus.

—Acepto, dijo el preboste, pero con una condicion.

—Cuál?

—Que habeis de desviaros vos y vuestra tropa á fin de dar á mi hija tiempo para entrar y á mis soldados para salir.

—Sea, dijo Cellini; pero salid primero, vuestra hija entrará despues, y luego que haya entrado, y para impediros toda retirada, arrojareis la llave por encima de las murallas.

—Convenido, dijo el preboste.

—Vuestra palabra?

—La de caballero.

—La vuestra?

—La de Benvenuto Cellini.

Hicieron esta reciproca promesa, abriose la puerta, los soldados del preboste salieron y se colocaron en dos filas delante de la puerta, llevando á su cabeza al señor de Estourville. Eran todavía diez y nueve entre todos. Por su parte, Benvenuto Cellini, privado de Ascanio, de Hermann y de Jacobe Aubry, no tenia ya mas que ocho combatientes, pues hasta Simon el Zurdo estaba herido, felizmente era en la mano, destechó; pero Benvenuto que habia sabido acometer á Pompeyo en medio de los esbirros, no era hombre que se ponía á calcular el número de sus enemigos; hizo su promesa con alegría porque nada deseaba tanto como una acción general y decisiva.

—Ahora podéis entrar, señora, dijo á su linda prisionera.

Colombia atravesó el espacio que la separaba de los dos campos, rápida como un pájaro, y corrió azorada á ocultarse en los brazos del preboste.

—Padre mio, padre mio! en nombre del cielo no os espengais, exclamó Norando.

—Vámonos, entrad! dijo bruscamente cogiéndola por el brazo, y conduciéndola hacia la puerta, vuestras tonterías son las que nos reducen á este extremo.

Colombia entró seguida de la señora Petra, á quien el miedo había dolido, si no más, como á su linda compañera, al menos pierde, que creía haber perdido hacia diez años.

El preboste cerró la puerta detrás de ella.

—La Nave, la Nave! gritó Cellini.

El preboste á su vez, fiel ejecutor de su palabra, sacó la Nave de la custodia y la tiró por encima de la muralla, de manera que cayese en el patio.

—¡Ahora!, gritó Benvenuto Cellini abalanzándose al preboste y á su tropa, cada uno por sí! Dios por todos!

Hizo entonces una confusión terrible, porque antes que los soldados del preboste hubiesen tenido tiempo de levantar sus fusiles y hacer fuego, Benvenuto con sus siete operarios se había lanzado en medio de ellos, dando fajos á derecha y izquierda, con esa terrible espada que manejaba tan hábilmente y que soplaba por él mismo, peores珊瑚, había que pedían resistirlo. Los soldados, pues, arrojaron sus arcabuces que ya les estaban inútiles, sacaron sus espadas y se pusieron á dar estocadas á su vez. Pero á pesar del número, á pesar de su fuerza,

Mundo de su instante se vieron herrotados y dispersos, y los 6 tres de los mas valientes, heridos hasta el punto de no poder ya contantar el combate, tuvieron que retirarse.

El preboste vió el peligro, y como era un hombre valiente, y que en su tiempo, segun hemos dicho, había obtenido algunos triunfos de armas, se lanzó hacia el terrible Benvenuto Cellini ante quien todo cedía, y se halló frente á frente con él.

— A mí! gritó, a mí! infame ladrónzuelo, y decítase todo entre nosotros. Vamos!

— Pardiez! no deseo otra cosa, Sr. Roberto, respondió Benvenuto, y si quereis decir á vuestros soldados que no nos estorben, soy vuestro.

— Mantendos quietos! dijo el preboste.

— Nadie se mueva, gritó Cellini.

Y los combatientes permanecieron en sus puestos, silenciosos e inmóviles como esos guerreros de Homero que interrumpían su propio combate para no perder nada del combate de los geles afamados.

Entonces, como el preboste y Cellini tenían cada uno su espada desnuda en la mano, se precipitaron el uno sobre el otro.

El preboste era hábil en las artas, pero Cellini tenía unas fuerzas extraordinarias. Hacía diez ó doce años que el preboste no había tenido una sola vez la ocasión de sacar la espada. Por el contrario hacía diez ó doce años que quizás no se había pasado un solo día sin que Benvenuto hubiese desenvainado su tizona. A las primeras estocadas, el preboste que había contado demasiado consigo mismo, conoció la superioridad de su enemigo.

Verdad es que también Benvenuto Cellini, encontrando una resistencia que no esperaba de un hombre de ropa talar, desplegó toda la energía, toda la rapidez y toda la astucia de su ingenio. Maravilloso era ver como su espada, que parecía el triple dardo de una serpiente, amenazaba á la vez á la cabeza y al corazón, voltejando de un sitio á otro, y no dando á su adversario sino tiempo para parar los golpes sin dejarle él de dar uno solo. Así es que el preboste comprendiendo que tenía que habérselas con un hombre mas fuerte que él, principió á desviarse defendiéndose, es verdad, pero al fin perdiendo terreno. Desgraciadamente Sir Roberto, había vuelto naturalmente la espalda á la muralla, de suerte que al cabo de algunos pasos se halló arrinconado en la puerta, que por instinto había buscado, aunque sabia muy bien que había arrojado la llave por encima de la muralla.

Cuando el preboste llegó á la puerta conoció que estaba perdido: así es, que como un javali acosado por los perros, reunió toda su fuerza, y sucedieron tres ó cuatro estocadas con tanta rapidez que tuvo Ben-

venuto que pararias á su vez; y á pesar de su agilidad no pudo parar una de ellas á tiempo; de manera que la espada de su adversario, á pesar de la escelente cota de malla que llevaba le tocó al pecho; pero como el leon herido, que quiere una pronta venganza, apenas Benvenuto sintió la punta del acero, reunió todas sus fuerzas y hubiera con una estocada terrible atravesado de parte á parte al preboste, si precisamente en el mismo momento no hubiera cedido la puerta detrás de él, de modo que el Sr. de Estourville cayó de espaldas, y el acero fué á herir á el que acababa de salvarle, abriendo tan inopinadamente la puerta.

Pero al contrario de lo que debia esperarse, el herido fué quien guardó silencio y Benvenuto quien lanzó un grito terrible.

Habia reconocido en él que acababa de herir á Ascanio.

Desde entonces no vió ya, ni á Herman ni á Jacobo Aubry, que estaban detrás del herido. Arrojóse como un loco al cuello del jóven buscando su herida con los ojos, con la mano, con la boca, y gritando: muerto, muerto, muerto por mí! Ascanio, hijo mio, soy yo quien te ha matado! y rugía y lloraba como los leones deben rugir y llorar.

Durante este tiempo, Hermann sacó al preboste sano y salvo de entre las piernas de Ascanio y de Cellini y cogiéndolo debajo de su brazo como hubiera podido hacer con un niño, lo depositó en una pequeña cochera, donde Raimbaut guardaba sus instrumentos, y cerrando la puerta tras de sí, desenvainó su espada, y se puso en aptitud de defender á su prisionero contra cualquiera que intentase quitárselo.

En cuanto á Jacobo Aubry, no hacia otra cosa, que correr del parque del patio á lo alto de la muralla blandiendo su daga en señal de triunfo y gritando: victoria, victoria, el gran Nesle es nuestro!

En el siguiente capitulo verá el lector cómo todas estas cosas sorprendentes habian acontecido.

de la parte de la fortaleza que quedaba al este, y en la otra parte, de la que quedaba al oeste, se apoyó el pie de la muralla, y se dirigió hacia el lado norte, donde se hallaba la puerta principal. Algunos de los soldados que lo acompañaban le dijeron que el punto que él había escogido era inseguro, porque el foso que rodeaba la ciudad era profundo y no se podía saltar sin riesgo de morir ahogado; pero Ascanio respondió que no temía morir ahogado, y que prefería morir en el agua que vivir en la muerte.

X.

En la noche del 27 de junio, Ascanio se dirigió a la puerta principal de la ciudad, y allí se detuvo un momento para contemplar la fortaleza, que se extendía ante él, y que estaba bien iluminada por las luces de las casas y los edificios que la rodeaban.

Ventajas de las ciudades fortificadas.

Ascanio se acordó de lo que su amigo Jacobo Aubry le había dicho en una ocasión, cuando le preguntó si quería que le diera consejos sobre la mejor forma de conquistar una ciudad fortificada, y le respondió que sí, y que le daría todos los consejos que pudiera.

El palacio de Nesle, en la parte que se estiende hacia el Pre-aux-Cleres, estaba doblemente defendido por los muros y por los fosos de la ciudad, aunque de este lado pasaba por inexpugnable. Así es que Ascanio había pensado juiciosamente que pocas veces se procura guardar lo que no puede ser tomado, y resolvió intentar un ataque por el punto donde no pensaban en la resistencia.

Con esta idea, pues, se alejó con su amigo Jacobo Aubry, sin sospechar que en el momento en que desaparecía por un lado, su amada Colomba iba a parecer por el otro y dar a Benvenuto un medio de obligar al preboste a una salida que tan profunda repugnancia le inspiraba.

El proyecto de Ascanio era escabroso en la ejecución y peligroso en sus consecuencias. Trataba de saltar un foso profundo, de escalar una muralla de veinte y cinco pies de altura, y después de todo esto, caer tal vez en medio de la tropa enemiga.

Así es que cuando llegó a la orilla del foso, y por consecuencia de su temor, comprendió Ascanio toda la dificultad que iba a tener en salvar el uno y ejecutar la otra; aunque había tomado decididamente su resolución vaciló un momento delante del peligro.

En cuanto a Jacobo Aubry, hablase parado diez pasos detrás de su

amigo , mirando alternativamente á la muralla y al foso , y despues de haber medido una y otra con la vista :

— Cáspita! mi buen amigo , le dijó , hazme el favor de decirme para qué diablo me traes aqui , como no sea para pescar ranas. Ah ! si..... mira tu escala..... muy bien , comprendo : pero tu escala tiene doce piés ; la muralla veinte y cinco de altura , y el foso diez de ancho , que son veinte y tres piés de diferencia , si sé contar.

Ascanio permaneció un instante aturdido con la verdad de esta aritmética : en seguida , dándose de pronto una palmada en la frente :

— Oh ! qué idea ! exclamó , mirad !

— Dónde ?

— Allí , dijo Ascanio , allí !

— No es una idea lo que me enseñas sino una encina.

En efecto , una enorme encina salía poderosamente de la tierra casi sobre el borde exterior del foso y subía á mirar curiosamente por encima de las murallas del palacio de Nesle.

— Cómo , no comprendéis ? exclamó Ascapio .

— Si tal , si tal , comienzo á entrever. Si , eso es. La encina principia con la pared un arco de puente cuyo complemento puede formar esta escala ; pero el abismo está debajo , camarada , y un abismo lleno de cieno. Esta es cosa que merece llamar la atención.

— Ayudadme á subir la escala , dijo Ascanio , esto es todo lo que os pido.

— Eso es , dijo el escolar , y yo permaneceré aquí abajo , gracias .

Y agarrándose ambos al mismo tiempo de una de las ramas del tronco se hallaron en un instante en la encina. Entonces reuniendo sus esfuerzos , tiraron hacia si la escala y subieron con ella á la cima del árbol. Cuando llegaron allí la bajaron como un puente levadizo , y vieron con alegría que mientras uno de sus extremos se apoyaba sólidamente en una gruesa rama , el otro descansaba de lleno sobre la muralla pasándola en dos ó tres piés.

— Y cuando estemos sobre la muralla ? dijo Arhry .

— Cuando estemos sobre la muralla , tiraremos de la escala hacia nosotros y bajaremos con ella.

— Verdad es , pero no hay mas que una dificultad en todo esto , y es que la muralla tiene veinte y cinco piés de altura y la escala no tiene mas que doce.

— Está previsto , dijo Ascanio devanando la cuerda que había arrojado alrededor de su cuello : la ató en seguida por un extremo al tronco del árbol y arrojó el otro cabo por encima de la muralla.

— Hombre grande , te comprendo , y me envanezco y me considero feliz en romperme el alma contigo .

— ¿Qué haces?

— Voy á pasar, dijo Aubry disponiéndose á salvar el espacio que le separaba de la pared.

— No, no! contestó Ascanio, yo soy quien voy á pasar primero.

— Al dodo mojado, dijo Aubry presentando su mano á su compañero con dos dedos abiertos y tres cerrados.

— Sí, dijo Ascanio, y tocó uno de los dos dedos del estudiante.

— Has ganado, dijo Aubry; pasa, pero con sangre fría, con calma, lo ves?

— Pídele cuidado, contestó Ascanio.

Y principió á avanzar sobre el puente volante, que Jacobo Aubry sostenia en equilibrio pesando sobre una de sus extremidades: la escala era débil, pero el atrevido jóven era ligero. El escolar respirando apenas creyó ver á Ascanio vacilar un instante: pero éste dió corriendo los cuatro pasos que la separaban de la muralla y llegó sano y salvo. Allí todavía corría un peligro enorme, si lo descubría alguno de los sitiados; pero no se había engañado en sus previsiones, y dirigiendo una rápida mirada á los jardines del palacio;

— No hay nadie, gritó á su compañero, nadie!

— Entonces, dijo Jacobo Aubry, adelante el baile de la cuerda! y se adelantó á su vez sobre el camino estrecho y móvil, mientras que Ascanio sujetando la escala, le hacia el mismo servicio que había recibido de él. Y como no era ni menos diestro ni menos ligero que su compañero, en un instante estuvo á su lado. Ambos saltaron entonces á horcajadas sobre la muralla y tiraron de la escala; después atándola con la extremidad de la cuerda cuyo otro cabo estaba sólidamente fijo en la encina, la bajaron á lo largo de la muralla, dándole el pie necesario para que les prestase un seguro apoyo. En fin, Ascanio que había ganado el privilegio de hacer las experiencias, cogió la cuerda con ambas manos y se dejó deslizar hasta el primer travesaño de la escala; un segundo después estaba en tierra.

Jacobo Aubry le siguió con la misma fortuna, y los dos amigos se vieron pronto en el jardín.

Cuando llegaron á él conocieron que lo mejor que podían hacer era obrar con prontitud. Todas estas maniobras habían empleado algún tiempo, y Ascanio temía que su ausencia y la del escolar fuesen perjudiciales á su maestro; así que sacando ambos sus espadas, corrieron hacia la puerta que daba al primer patio donde debía hallarse la guarnición, suponiendo que no hubiese perdido de sitio. Al llegar á la puerta aplicó Ascanio su ojo á la cerradura, y vió que el patio estaba vacío.

— Beyerno ha vencido, exclamó. La guarnición ha salido. Es hora-

tro el palacio. Y quiso abrir , pero la puerta estaba cerrada con llave. Ambos se pusieron á derribarla con todas sus fuerzas.

—Por aquí , por aquí , dijo una voz que vibró hasta el fondo del corazón de Ascanio , por aquí , señor.

Ascanio se volvió y vió á Colomba en una ventana del piso bajo. En dos saltos se halló á su lado.

—Ola! Ola! dijo Jacobo Aubry signiéndole , parece que tenemos intenciones en la plaza. Ah! no me babbais dicho eso , señor reservado.

—Oh ! salvad á mi padre , señor Ascanio , gritó Colomba sin admirarse de ver allí á aquel jóven , y como si su presencia hubiese sido cosa muy natural ; se están batiendo allá afuera , y es por mi causa ! Oh Dios mio ! impedid que le maten.

—Estad tranquila , dijo Ascanio lanzándose en la habitación , que tenía una salida al patio pequeño. Estad tranquila , yo respondo de todo.

—Estad tranquila , dijo Jacobo Aubry tomando el mismo camino , estad tranquila , nosotros respondemos de todo.

Al llegar al umbral de la puerta , Ascanio oyó que le llamaban otra vez , aunque con una voz menos dulce que la primera.

—Quién me llama ? dijo Ascanio,

—Yo , mi querido amigo , yo , repitió la misma voz con un acento通俗的 de los mas pronunciados.

—Pardiez! exclamó Jacobo Aubry , es nuestro Goliat ! qué diablos hacéis en ese gallinero , mi valiente gigante ?

En efecto , había reconocido á Hermann por entre la rejilla de la pequeña cochera.

—Aquí estoy , sin saber cómo he venido. Corred el cerrojo , para que pueda ir á batirme. Pronto , pronto , pronto.

—Voy allá , dijo el escolar creyendo deber prestar á Hermann el servicio que le pedía.

Durante ese tiempo Ascanio se dirigía hacia la puerta de la muralla donde se oía un terrible crujido de espadas. Cuando no estuvo separado de los combatientes sino por el espesor de la madera de la puerta , temió que si se mostraba inopinadamente , caería en manos de sus enemigos , y miró por el ventanillo enrejado. Entonces vió al preboste armado contra la puerta y enfrente de él á Cellini , ardiente , furioso , encarnizado , y comprendió que Sir Roberto estaba perdido. Recogió la llave que estaba en el suelo , abrió vivamente la puerta , y no pensando sino en la promesa que había hecho á Colomba , recibió , como ya hemos dieho , en el hombro la estocada , que á no ser por él hubiera traspasado inevitablemente al preboste.

Ya hemos visto cuál fué el resultado de este suceso: Benvenuta desesperada se arrojó en los brazos de Ascanio; Hermann encerró al pre-

boste en la prisión de donde acababa de salir , y Jacebo Aubry encaramado encima de la muralla , cantaba victoria.

La victoria en efecto era completa ; viendo los soldados del preboste á su jefe prisionero , no trataron siquiera de disputarla y depusieron las armas.

En su consecuencia los operarios entraron todos en el patio del gran Neale , que ya era suyo , y cerraron la puerta , dejando fuera á los hombres de armas del preboste.

En tanto á Benvenuto , no tomó parte en nada de lo que había pasado , teniendo siempre á Ascanio en sus brazos , le había quitado su cota de malla , le había rasgado su jubón y descubriendo al fin la herida , sujetó la sangre con su pañuelo.

—Mi Ascanio , hijo mio , repetía sin cesar , herido ; herido por mí ! qué dirá tu madre desde allá arriba ? Perdon , Estefana , perdón ! Dónde sufres ? responda . Te hace daño mi mano ? No quiere contenerse esta sangre ? Un cirujano , pronto !.... No hay alguno que vaya á buscar un cirujano ?

Jacobo Aubry salió corriendo.

—Esto no es nada , mi querido maestro , esto no es nada , respondió Ascanio , solamente tengo herido el brazo . No os aslijais así , os repito que esto no es nada .

En efecto , el cirujaro traído cinco minutos despues por Jacobo Aubry , declaró que la herida , aunque profunda , no era peligrosa , y comenzó á hacer la primera cura .

—Oh ! de qué peso descargais mi corazón , dijo al cirujano Benvenuto Cellini.—Amigo mio , ya no seré tu asesino . Pero qué tienes tú , mi Ascanio , tu pulso late y la sangre se te sube al rostro . Oh ! es menester trasladarlo fuera de aquí , dijo dirigiéndose al cirujano , la fiebre le acomete .

—No , no , maestro . dijo Ascanio , al contrario , me siento mejor . Oh ! dejadme aquí , dejadme aquí ,

—Y mi padre ? dijo de repente detrás de Benvenuto una voz que le hizo temblar ; qué habeis hecho de mi padre ?

Volvióse á Benvenuto y vió á Colomba pálida e inmóvil buscando al preboste con la vista al mismo tiempo que lo reclamaba con la voz .

—Oh ! sano y salvo , señorita , sano y salvo , gracias al cielo , exclamó Ascanio .

—Gracias á este pobre jóven , que ha recibido la estocada que le estaba destinada , dijo Benvenuto , pues bien podeis decir que os ha salvado la vida , señor preboste . Pero tate ! dónde estáis , señor de Estaurville ? dijo en seguida Cellini buscando con la vista al preboste , cuya desaparición no comprendía .

— Aquí está, dijo Hermann.

— Dónde es aquí?

— Aquí, en la pequeña prisión.

— Oh Sr. Benvenuto! exclamó Colomba lanzándose hacia la cochera y haciendo á la vez un gesto de súplica y de reconvencion.

— Abrid, Hermann, dijo Cellini.

Hermann abrió, y el preboste apareció en el umbral algo humillado de su mala ventura. Colomba se arrojó en sus brazos:

— Oh padre mío! padre mío! esclamó, no está herido? no tenéis daño? Y diciendo esto miraba á Ascanio.

— No, dijo el preboste con su voz aspera, no; gracias al cielo nada me ha sucedido.

— Y.... y.... preguntó vacilando Colomba; es verdad, padre mío, qué este joven ha sido?....

— No puedo negar que llegó á tiempo.

— Sí, sí, dijo Cellini, para recibir una estocada que os destinaba, señor preboste. Si, señorita Colomba, añadió Benvenuto, á este valiente joven debeis la vida de vuestro padre. Y si el señor preboste no lo proclama así altamente, no solo es un embusteró, sino lo que es peor, un ingrato.

— No la pagaré demasiado cara, al menos así lo espero, respondió Colomba ruforizándose de lo que se atrevía á decir.

Oh! señorita, exclamó Ascanio, la hubiera pagado con toda mi sangre.

— Pero mi Ascanio puede debilitarse; ya le han hecho la primera cura, y me parece que sería bueno que descansase ahora un poco.

Lo que Benvenuto había dicho al preboste del servicio que le había hecho el herido era la pura verdad; y como toda verdad lleva su fuerza en sí misma, el preboste no podía disimularse en el fondo del corazón que debía la vida á Ascanio, así que aproximándose á él le dijo:—Joven, pongo á vuestra disposición un departamento en mi palacio.

— En tuerto palacio, señor de Estourville, dijo riendo Benvenuto Cellini, cuyo buen humor le volvía á medida que cesaba de temer por Ascanio: en tuerto palacio! Luego quereis que vuelva á principiar la zarzacina.

— Cómo! exclamó el preboste, pretendereis echarnos á mi hija y á mí?

— Nada menos que eso, señor preboste. Vos ocupais el pequeño Nesle, enhorabuena! guardar el pequeño Nesle y vivirnos como buenos vecinos. Por lo demás ya conoceréis que es indispensable que Ascanio se instale inmediatamente en el gran Nesle á donde vendremos los demás esta tarde, si ya no es que preferís la guerra....

— Oh! padre mío ! exclamó Colomba.

— No ! Ni yo ! dijo el preboste.

— No hay paz sin condiciones, señor preboste, dijo Benvenuto. Hacédme el honor de seguirme al gran Nesle, ó dignaos recibírse en el pequeño y redactemos nuestro tratado.

— Iré con vos, señor, dijo el preboste.

— Aceptado, respondió Cellini.

— Señorita, dijo el señor de Estourville dirigiéndose á su hija, hacédme el favor de retiraros á casa y esperar mi vuelta.

— Colomba á pesar del tono imperativo de esta orden, presentó su mano á su padre para que la besara, y se retiró saludando con una inclinación que dirigíó á todos, á fin de que Ascanio tuviese el derecho de tener su parte.

Ascanio la siguió con los ojos hasta que hubo desaparecido; en seguida, como nada le detenía en el patio, pidió él mismo retirarse. Hermanna lo cogió entonces en sus brazos, como hubiera hecho con un niño, y lo trasladó al gran Nesle.

— A tí misa, señor Roberto, dijo poniéndose á su vez en movimiento Benvenuto, que también había seguido con los ojos á la jóven hasta el momento de desaparecer, á tí misa que habéis tenido mucha razon en alejar á mi exprisonera, y os doy de veras las gracias por esta precaución; la presencia de la señorita Colomba hubiera podido, os lo digo con franqueza, perjudicar á mis intereses haciéndome demasiado débil, y obligándome á olvidar que soy vecindor para acordarme solamente de qué soy artista; es decir, amante de toda forma perfecta, y de toda bondad divina.

El señor de Estourville respondió al cumplimiento con un gesto medianamente gracioso; sin embargo siguió al platero, sin manifestar obviamente su mal humor, pero murmurando entre dientes alguna cordial amonestación; así es que Cellini para acabar de castigarlo, le suplicó que le acompañase en la visita que quería hacer de su nueva morada. La invitación fué hecha con tanta políaca que no hubo medio de negarse. El preboste de grado ó por fuerza siguió á su vecino, que no le permitió ni un rincón del jardín, ni una sola pieza del palacio.

— Oh! todo esto es magnífico! dijo Benvenuto cuando concluyeron el paseo que cada uno de ellos había hecho con un sentimiento muy opuesto. Ahora, señor preboste, concibo y escuso vuestra repugnancia á dejar este palacio; pero no necesito deciros que seréis siempre bien recibido, cuando querais, como hoy, hacerme el honor de visitar mi pequeña morada.

— Os agradecido, señor, que no vengo hoy sólo para recibir vuestras condiciones y ofreceros las mías.

—Como gusteis, señor Roberto. Si queréis permitirme que os comunique desde luego mis deseos, podeis en seguida expresar vuestra voluntad.

—Hablad.

—Ante todo, la cláusula esencial.

—Cuál?

—Héla aquí.

«Sir Roberto de Estourville, preboste de París, reconoce los daños hechos de Benvenuto Cellini á la propiedad del gran Nesle, se la cederá libremente y la renuncia para siempre, tanto para si como para sus herederos.»

—Acepto, respondió el preboste. Empero debe entenderse, que si place al Rey quitaros lo que me ha quitado á mí, y dar á alguno otro lo que os ha dado, no debo salir responsable.

—Hola! dijo Cellini, aquí hay gato encerrado, señor preboste; pero no importa, yo sabré guardar lo que he conquistado. Presigámonos.

—Ahora me toca á mí; dijo el preboste.

—Es muy justo, respondió Cellini.

ARTICULO 2.^o

«Benvenuto Cellini se obliga á no hacer ninguna tentativa contra el pequeño Nesle, que es y será la propiedad de Roberto de Estourville; además, no intentará siquiera penetrar en él como vecino y bajo apariencia amistosa.»

—Sea, dijo Benvenuto. Aunque la cláusula es algo obligatoria, pero os advierto que si me abren la puerta no seré tan impolítico que no entre.

—Yo daré órdenes para que no suceda, respondió el preboste.

—Adelante.

—Continúo.

ARTICULO 3.^o

«El primer patio situado entre el grande y el pequeño Nesle, será común á las dos propiedades.»

—Nada mas justo, dijo Benvenuto, y espero me hareis la justicia de creer que si la señorita Colomba quiere salir, no la pendré prisionera.

—Oh! no tengais cuidado, mi hija entrará y saldrá por ese pacto

que voy á ~~mandar~~ hacer, quiero solamente asegurarme una salida para los coches y carros.

—Nada mas que eso? preguntó Benvenuto.

—Nada mas, respondió Estourville. — A propósito, añadió, espero que me dejareis llevar mis muebles.

—Es muy justo. Vuestros muebles son vuestros como el gran Nesle es mio.... ahora, señor preboste, falta la última adición al tratado, una adición muy benéfica.

—Hablad.

ARTICULO 4.^o Y ÚLTIMO.

«Sir Roberto de Estourville, y Benvenuto Cellini deponen todo recor y convienen en establecer entre si una paz leal y sincera.»

—Accedo, dijo el preboste; pero con la condicion de que esto no me obligue á prestaros secorro y ayuda contra los que os ataqueen. Consiento en no perjudicaros, pero no me obligo á defenderos.

—En cuanto á eso, señor preboste, sabéis perfectamente que me defenderé muy bien solo, no es verdad? por tanto, si no hay mas que esta objecion, añadió Cellini dándole la pluma, firmad, señor preboste, firmad.

—Firmo, dijo el preboste Janzando un suspiro.

El preboste firmó, y cada uno de los contratantes guardó una copia del tratado.

Despues de lo cual, el señor de Estourville entró en el pequeño Nesle porque le urgía reñir á la pobre Colomba sobre su salida imprudente. Colomba bajó la cabeza y le dejó decir todo lo que quiso, sin oír una sola palabra de sus reconvenciones, porque mientras duraron, la joven estuvo ocupada de un solo deseo, el de pedir á su padre noticias de Ascanio. Pero por mas que hizo, no pudo salir de sus labios el nombre del hermoso herido.

Mientras estas cosas pasaban de un lado de la muralla, del otro Catalina, á quien habian ido á buscar, hacia su entrada en el gran Nesle, y con su locura encantadora se arrojaba en los brazos de Cellini, apretaba la mano de Ascanio, felicitaba á Hermann; se burlaba de Pagolo, reia, lloraba, cantaba, preguntaba todo junto; lo cual no es de extrañar; porque ella habia tenido tambien terribles angustias, y muchas veces habia interrumpido sus plegarias al oír los arcabuzazos, pero al fin, se habia salido bien de la empresa, y todos, á excepcion de cuatro muertos y tres heridos, habian quedado casi sanos y salvos de la batalla.

Cuando se calmó un poco el murmullo que la llegada de Catalina

había escuchado ; Ascanio se acordó del motivo que había traído al escolar , tan á tiempo para ayudarles , y volviéndose á Benvenuto :

— Maestro , dijo , hé aquí á mi camarada Jacobo Aubry , con quien debía hoy tener una partida de pelota. Pero como todavía no me hallo en estado de cumplirle mi promesa , y teniendo en cuenta además , que nos ha ayudado valerosamente , me atrevo á suplicaros que me reemplazais.

— Con mucho gusto , dijo Benvenuto , pero os advierto , señor Aubry , que en la cena el vencedor tendrá que beber dos botellas mas que el vencido.

— Lo que quiere decir que me sacarán de vuestra casa borracho como una cuba , maese Benvenuto. Bueno , no importa , viva la alegría. Y Si-mona que me espere ? Bah ! también la esperé yo el domingo ultimo , que se aguante. Y cogiendo palas y pelotas se dirigieron al jardín.

XI.

Buhos, curracas y ruiseñores.

Como este dia era el santo dia del Domingo, Benvenuto no hizo mas que jugar á la pelota , refrescarse despues de haber jugado y visitar su nueva propiedad : pero desde el siguiente dia principió la tristeza , y gracias á la ayuda de sus nuevo aprendices , dos dias despues se había ejecutado ésta: al tercero Benvenuto había vuelto á su trabajo tan tristemente como si nada hubiera pasado.

Cuando el preboste se vió definitivamente vencido , cuando supo quo el taller de Benvenuto , operarios y útiles , estaban decididamente instalados en el gran Nesle , volvió á apoderarse de él la cólera y se puso á meditar una venganza. Hallábase en lo mas fuerte de sus disposiciones rencorosas cuando el vizconde de Marmagne le sorprendió en la mañana del tercero dia , es decir , el miércoles. Marmagne no quiso privarse del triunfo de vanidad que los cobardes y los tontos gustan obtener sobre los dolores y las vicisitudes de sus amigos.

—Ahora bien , dij^o acercándose á Estourville , no os lo habla dicho , mi querido preboste ?

—Ah ! sois vos , vizconde? buenos dias , respondió Estourville.

—Decid , no tenia razon ?

—Ah ! si , tenias mucha razon.

—Al menos nada tengo que reprenderme en este maldito negocio ; bien os lo previne.

Ha vuelto el Rey al Louvre?

—No decisís, amigo mío; cómo un artesano, un hombre salido de la nada se atreverá conmigo? ya lo veremos! Pues bien ya lo había visto, mi pebre amigo.

—Os pregunto si S. M. ha vuelto de Fontainbleau?

—Sí, y ha sentido mucho no haber estado en París el domingo, para presenciar desde una de sus torres de Louvre la victoria de su platero sobre su preboste!

—Qué dicen en la corte?

—Dicen que habeis sido completamente derrotado.

—Hum! hum! murmuró el preboste á quien este diálogo interrumpido principiaba á impacientar mucho.

—Cómo ha sido el dejaros vencer tan ignominiosamente? continuó Marmagne.

—Pero....

—Creo que es han matado dos hombres.

—Me parece que sí.

—Si quereis reemplazarlos, tengo á vuestro servicio dos valientes, dos italianos, dos espadachines consumados; se harán pagar algo caro, eso sí, pero son hombres seguros. Si los hubiéseis, tenidó otro gallo os cantaría ahora.

—Veremos! no digo que no. Si no sirven para mí servirán al menos para mi yerno, el conde de Orbec.

—Sin embargo, digan lo que quieran, jamás he podido creer que ese Benvenuto, os haya apaleado personalmente.

—Quién ha dicho eso?

—Todo el mundo. Los unos se indignan como yo hago, los otros se ríen como hace el rey.

—Basta!

—Tambien habeis hecho muy mal de comprometeros con ese villano; y por qué? por el vil interés.

—Ahora combatiré por el honor.

—Si se hubiese tratado de una querida pase, hubierais podido sacar a espada contra semejante canalla; pero por un alojamiento.....

—El palacio de Nesle es un alojamiento de príncipe.

—Concedido; pero por un alojamiento de príncipe espoueros á un castigo mas ignominioso que el que pudieran dar al último ranchero de un regimiento.

—Oh! se me ocurre una idea, Marmagne, dijo el preboste. Os estoy tan obligado, que quiero á mi vez prestarnos un servicio de amigo, y me alegra de tener esta ocasión. Como noble y como secretario del rey estais muy mal situado en la calle de la Huchette, querido vizconde,

Pues bien, últimamente había pedido para un amigo á la duquesa de Etampes, que como sabeis nada sabe negarme, un alojamiento en uno de los palacios del rey á elección de este amigo. No sin trabajo había obtenido esta gracia; pero ocurre que mi protegido ha sido llamado con urgencia á España para ciertos asuntos. Tengo, pues, á mi disposición las credenciales del rey, que dan este derecho de alojamiento. Yo no puedo servirme de ellos, las quereis vos? Me alegraré mucho poder agradecer de este modo vuestros buenos servicios y vuestra francesa amistad.

—Querido Estourville, qué servicio tan grande me haceis! Verdad es que estoy muy mal alojado, y que me he quejado veinte veces al rey.

—Os pongo una condición.

—Cuál?

—Que puesto os pertenece la elección entre los palacios reales elijáis....

—Acabad.

—El palacio de Nesle.

—Ha! ha! este es un lazo.

—Nada menos que eso, y en prueba mirad la licencia debidamente firmada por S. M. con los blancos necesarios para los nombres del peticionario y la designación del local. Así que escribiré, Palacio del gran Nesle, y os dejo en libertad para que escribais los nombres que queráis.

—Pero ese maldito Benvenuto?

—Ni remotamente se apercibirá de la desgracia que le amenaza, tranquilo como está por un tratado firmado por nosotros dos. El que quiera entrar hallará las puertas abiertas, y si él entra un domingo habrá las salas vacías. Además no se trata de echar á Benvenuto, sino de partir con él el gran Nesle, que es bastante grande para contener tres ó cuatro familias. Benvenuto se avendrá á la razon.—Pero qué haceis?

—Escribo mis nombres y títulos al pie de la licencia. Veis?

—No os descuideis sin embargo, porque Benvenuto es quizás más temible de lo que creéis.

—Bueno! voy á ponerme de acuerdo con mis dos espadachines.

—Cómo! comprometeros con un villano por el vil interés?

—Un vencedor tiene siempre razon, y además vengo á un amigo.

—Entonces buena suerte; os he advertido, Marmagne.

—Os doy gracias dos veces: una por el regalo, y otra por el aviso.

Y Marmagne, lleno de gozo guardó su licencia en el bolsillo, y partió presuroso en busca de los dos espadachines.

—Bueno! bueno! dijo frotándose las manos y siguiéndolo con los ojos el señor de Estourville. Ved, vizconde, y una de dos, ó me vengas de la

victoria de Benvenuto, ó Benvenuto me venga de tus sacasmos, en ambos casos el triunfo es para mi. Hago enemigos á mis enemigos, que se batan, que se maten, aplaudiré todas las estocadas, porque todas las estocadas me causarán placer.

Mientras el odio del preboste amenaza á los habitantes del gran Nesle, atravesemos el Sena y veamos un poco en qué disposiciones esperan estos los efectos. Benvenuto con la confianza y la tranquilidad que le daba su fuerza, había vuelto como ya hemos dicho, pacíficamente á su trabajo, sin sospechar ni cuidarse del odio de Estourville. Hé aquí cuál era el empleo de sus días; se levantaba con el dia, pasaba á un cuarto solitario que había descubierto en el jardín, encima de la fundición, y cuya ventana daba oblicuamente sobre el huerto del pequeño Nesle. En este cuarto modelaba una pequeña estatua de Hebe. Despues de comer, es decir, á la una del dia, volvia al taller donde ejecutaba su Júpiter; por la tarde, para descansar, jugaba á la pelota ó daba un paseo. Hé aqui ahora cuál era el empleo de los días de Catalina; daba vueltas, hablaba, vivia, cantaba, hallábase mas gustosa en el gran Nesle que en el palacio del cardenal de Ferrara. En cuanto á Ascanio, á quien su herida no permitia aun trabajar, á pesar de la actividad de su espíritu, no se aburría en la ociosidad, meditaba.

Ahora, aprovechándonos del privilegio usurpado por los ludrones de saltar las tapias, entremos en el pequeño Nesle, y veremos en primer lugar á Colomba en un cuarto, pensativa como Ascanio; séanos permitido detenernos allí un momento. Todo lo que podemos decir es que los pensamientos de Ascanio son color de rosa, y los de la pobre Colomba sombríos como la noche. Y despues hé aquí á la señora Petra que sale para ir á la compra, y bueno será que la sigamos un instante. Parecemos que hace mucho tiempo que habíamos perdido de vista á la buena señora; es menester decir tambien que no siendo el valor su virtud dominante, había permanecido en medio de los peligrosos encuentros que hemos narrado metida en un rincón; pero cuando la paz principió á florecer, las rosas de sus mejillas florecieron al mismo tiempo; y así como Benvenuto había vuelto á su trabajo de artista, ella había vuelto tambien pacíficamente á su alegre humor, á su charlatanismo y á su curiosidad de ducía; en una palabra, al ejercicio de todas las cualidades domésticas.

Para ir á la plaza la señora Petra, tenia que atravesar el patio comun á las dos propiedades, porque aun no habían abierto la puerta nueva del pequeño Nesle. Así es que ocurrió que Ruperta, la vieja doméstica de Benvenuto, salía precisamente en el mismo minuto para ir á comprar la comida de su amo. Estas dos estimables personas eran demasiado dignas la una de la otra para entrar en las enemistades de sus

señores. Marcharon, pues, juntas con la mejor armazón, y como el camino se hace menos largo cuando se habla, hablaron.

Rupertá principió por informarse de la señora Petra del precio de los géneros y del nombre de los mercaderes del barrio, después pasaron á asuntos de conversación más íntimos y mas interesantes.

—Parece que vuestro amo es un hombre muy terrible? preguntó la señora Petra.

—El cyando no la ofendais, es como una malva; sin embargo, cuando no se hace lo que quiero, entonces convengo en que no es amable gustar mucho de que se haga lo que manda. Esta es su manía, y cuando se le pone una cosa en la cabeza, los quinientos mil diablos del infierno no se la quitarian: por lo demás se le maneja como á un niño, cuando es obedecido, y entonces hasta es sumamente dulce en sus palabras. Es menester aírle decir: señora Ruberta (me llamo Ruberta con mi pronunciacion estrangera, aunque mi verdadero nombre es Rupertá, para serviros) señora Ruberta, excelente asado! vuestras habas están asadas divinamente, señora Ruberta, os miro como á la reina de las hadas, y todo esto con tanta amenidad que encanta.

—Enhorabuena! Pero mata á las gentes, segun dicen.

—Oh! si, cuando se le contraria, mata muy bien. Este es un uso de su país; pero esto no sucede sino cuando lo atacan, y únicamente para defenderse. Por lo demás, es muy alegre y muy tratable.

—Jamás lo he visto. Creo que tiene el cabello rojo, no es verdad?

—Nada de eso, lo tiene negro como vos y yo, es decir, como yo lo tenía. Ah! no le habeis visto nunca? Pues vedid á pedirme cualquier cosa sin reparar en nada, y yo os lo enseñaré. Es un guapo mozo que haria un buen arquero.

—A propósito de buen mozo, y ese gentil caballero, cómo está hoy? Ya sabeis de quién hablo, de nuestro herido, de ese jóven aprendiz, de lindo rostro, que ha recibido tan terrible estocada por salvar la vida del señor preboste.

—Ascanio? Pues qué, le conocéis?

—Que si le conozco! Figuraos si le conoceré cuando ha prometido á mi ama y á mí enseñarnos sus joyas. Recordadáselo, si queréis, mi buena amiga. Pero no me dais noticia de su salud? Mirad que Colombe se alegrará de saber que el salvador de su padre está fuera de peligro.

Oh! podeis decirla que sigue muy bien. Ahora mismo acaba de levantarse; pero el cirujano le ha prohibido salir de su cuarto, y sin embargo le haria mucho provecho tomar un poco el aire; pero con esto estabrasadur es imposible. Vuestro jardín del gran Nostle es un verdadero desierto: ni un poço de garrucha, ortigas y espinas por toda legumbre, y cuatro ó cinco árboles sin hojas por toda verdura. En capricho, pero

ofriose pocas proporciones para el paseo. Nuestro amo se cansueta con el juego de pelota; pero mi pobre Ascanio no se halla todavía en estado de tomar parte en esta diversion y debe aburrirse mucho. ¡Negó es tan vivo! Hablo así porque es mi favorito, en atención á que es muy politico con las personas de edad. No es como ese oso de Pagofo ó esa lejigüita de Catalina.

— Y decís que ese pobre joven?....

— Debe morirse de tedio encerrado los días enteros en su cuarto sobre un sillón.

— Pero, Dios mio! contestó la caritativa señora Petra, decidle, pues, á ese pobre muchacho, que venga al pequeño Nesle, donde hay tan hermosas sombras. Yo le abriré con mucho gusto la puerta, aunque el señor preboste lo ha prohibido expresamente. Pero, bah, para hacer bien á su salvador es virtud desobedecerse; y habláis de tedio! nosotras sí que nos consumimos. El gentil aprendiz nos distraerá, nos contará historias de su país, de Italia; nos enseñará collares y brazaletes y charlará con Colombia. Los jóvenes gustan de verse y de hablar juntos, y parecen en la soledad. Así que, queda convenido en que le direis á vuestro Benjamin, que es dueño de venir á pasearse cuando quiera, siempre que venga solo, ó con vos, por supuesto; señora Ruperta, que le dareis el brazo. Dareis cuatro golpes, los tres primeros suavemente, y el último mas fuerte; yo sabré lo que esto significa, y vendré á abrirlos.

— Gracias por Ascanio y por mí; no dejaré de participarle vuestra generosa oferta, ni él dejará de aprovecharse de ella.

— ¡Cuánto me alegra de esto! señora Ruperta.

— Hasta la vista, señora Petra; me alegra haber hecho conocimiento con una persona tan amable como vos.

— Os digo lo mismo, señora Ruperta.

Las dos comedres se hicieron una profunda reverencia y se separaron prendadas la una de la otra.

Los jardines del palacio de Nesle eran en efecto, como ella había dicho, áridos y abrasados como un arbusto por un lado, y frescos y suntuosos como un bosque por el otro. La avaricia del preboste había dejado inculto el jardín del gran Nesle, porque le hubiera costado mucho su conservacion, y porque no estaba bastante seguro de sus títulos de propietario para renovar, tal vez en provecho de su sucesor, los árboles que se había aprosorado á cortar cuando entró en su posesion. La presencia de su hija en el pequeño Nesle le había obligado á dejar en el los bidaquecillos, único recreo que quedó á la pobre niña. Rambaut y sus dos similares bastaban para conservar y hasta para embellecer el jardín de Colombia.

Estaba muy bien plantado y dividido. En el centro la huerta , reino de la señora Petra : despues , á lo largo de las murallas del gran Nesle , el jardín en que Colomba cultivaba flores , y que la dueña llamaba la alameda de la mañana , porque los rayos del sol naciente daban en él , y porque comunmente á estas horas era cuando Colomba regaba sus margaritas y sus rosas. Notemos de paso que desde el cuarto situado encima de la fundición , en el gran Nesle , se podia sin ser visto no perder un solo movimiento de la linda jardinera. Habia tambien , segun las divisiones geográficas de la señora Petra , la alameda del mediodia , terminada por un bosque donde Colomba gustaba ir á leer ó bordar durante el calor del dia. En el otro extremo del jardín , la alameda de la tarde plantada de un triple hilera de tilos que conservaban una frescura deliciosa , y elegida por Colomba para sus paseos después de merendar.

Esta era la alameda que la buena señora Petra habia juzgado muy á propósito para favorecer el restablecimiento y apresurar la convalecencia de Ascanio herido. Sin embargo se guardó muy bien de instruir á Colomba en sus intenciones caritativas. Esta , demasiado dócil á las órdenes de su padre , se hubiera negado á ser cómplice en la desobediencia de su aya. Y qué pensaria entonces la señora Ruperta de la autoridad y del crédito de su vecina ? No , puesto que habia dado el primer paso , quizás algo ligeramente , era preciso llegar al fin. Y verdaderamente la buena señora era digna de disculpa considerando que no tenia desde la mañana hasta la noche á quien poder dirigir la palabra ; y muchas veces Colomba , absorta en sus reflexiones , no la contestaba.

No es necesario describir la alegría de Ascanio cuando supo que le estaba abierto su paraíso , ni las bendiciones con que colmó á Ruperta. Quiso inmediatamente aprovecharse de su felicidad , y Ruperta pasó los mayores apuros para persuadirle que debia por lo menos aguardar hasta la tarde. Ademas todo le hacia creer que Colomba habia autorizado la oferta de la señora Petra , y este pensamiento le volvia loco de alegría. Con qué impaciencia , mezclada de cierto temor , contaba las horas demasiado lentas ! Al fin dieron las cinco. Los operarios se marcharon. Benvenuto estaba desde el mediodia fuera del taller ; creian que habia ido al Louvre. Entonces Ruperta dijo solemnemente al aprendiz que la miraba , como hacia mucho tiempo nadie la miraba :

—Ha dado la hora ; seguidme jóven : y atravesando el patio con Ascanio , dió cuatro golpes en la puerta del pequeño Nesle.

—No digais nada de esto al maestro , mi buena Ruperta , dijo Ascanio que suponia á Cellini demasiado burlon y muy poco crédulo en materias de amor , y que no creia ver profanar con pullas su casta pasion.

Ruperta iba á informarse del motivo de una discrecion que tanto

trabajo le costaba guardar siempre, cuando la puerta se abrió y se presentó la señora Petra.

— Entrad, gallardo joven, cómo os hallais? Qué bien te sienta la pálida! Venid tambien señora Ruperta; tomad la alameda de la izquierda, joven, Colombia va á bajar al jardín, esta es la hora de su paseo, y procurad que no me regañe mucho por haberos introducido aquí.

— Cómo! exclamó Ascanio, la señorita Colombia no sabe...

— Cómo quereis que lo sepa! Hubiera consentido en desobedecer á su padre? Yo la he educado en estos principios; y yo soy la que he desobedecido por ella y por mí. No se puede vivir siempre como reclusa. Raimbaut nada verá, y si lo ve tengo los medios de hacerle callar; y el último resultado me las tendré tiesas con el señor preboste como he hecho mas de una vez.

Siempre que se trataba de su amo, la señora Petra era verbosa; pero solo Ruperta la siguió en sus confidencias. Ascanio estaba parado y no escuchaba mas que los latidos de su corazón.

Sin embargo oyó estas palabras que la señora Petra le dijo al retirarse: — Hé aquí la alameda donde Colombia se pasea todas las tardes y adonde indudablemente va á venir. Ya veis, mi hermoso enfermo, que el sol no os molestará mucho.

Ascanio hizo una señal de gratitud; se adelantó algunos pasos para volver á caer en sus meditaciones y en los muelles pensamientos de una expectativa llena de ansiedad y de impaciencia.

Sin embargo oyó todavía estas palabras que la señora Petra decía al pasar á la señora Ruperta.

— Mirad el banco favorito de Colombia.

Y dejando á las dos comadres continuar su paseo y su conversación, se sentó dulcemente sin decir nada en aquel banco sagrado.

Qué quería? Cuál era su objeto? El mismo lo ignoraba. Buscaba á Colombia porque era joven y bella, y él joven tambien y hermoso, sin que abrigase ningun pensamiento ambicioso.

Acercase á ella era la única idea que le ocupaba sin curarse del porvenir, á mas bien no previéndolo desde tan lejos, porque en el amor no hay mañana.

Colombia por su parte había pensado mas de una vez, á posar suyo, en el joven extranjero que se le había presentado en su soledad como Gabriel á María. Volver á verle había sido desde el primer dia el secreto deseo de esta niña, que hasta entonces no los había tenido. Pero entregada por un padre imprevisor á la tutela de su propio recato para no ejercer sobre sí misma aquella severidad de que las almas nobles no se creen dispensadas sino cuando encadenan su libre albedrio. Separaba, pues, apremiosamente su pensamiento de Ascanio; pero este pensamiento

obstinado salvaba la triple muralla elevada por Colombia alrededor de su corazon con mas facilidad que el mismo Ascanio había salvado las murallas del gran Neso. Asi que Colombia había pensado en estrafias alternativas los tres ó cuatro dias que acababan de transcurrir; por un lado el temor de no volver á ver á Ascanio, por otro el de encontrarse enfrente de él.

Su único consuelo era pensar durante su trabajo ó sus paseos. Por el dia se encerraba, con gran desesperacion de la señora Petra, reducida desde entonces á un monólogo eterno en el abismo de su pensamiento. Y despues, cuando había pasado el gran calor del dia, venia á esta fresca y sombría alameda, bautizada por la señora Petra con el nombre poético de Alameda de la Tarde, y allí sentada en el banco donde estaba sentado Ascanio, dejaba llegar la noche, aparecer las estrellas, escuchando y respondiendo á sus propios pensamientos, hasta que la señora Petra venia á advertirle que ya era tiempo de retirarse.

Así es, que á la hora acostumbrada vió el jóven aparecer de repente detrás de la alemana en la que estaba sentado, á Colombia con un libro en la mano. Leia la vida de los santos, peligrosa de fe y de amor, que prepara tal vez á los crueles padecimientos de la vida, pero no seguramente á las frias realidades del mundo. Colombia no vió al principio á Ascanio; pero al descubrir á una mujer desconocida al lado de la señora Petra hizo un movimiento de sorpresa. En este momento decisivo la señora Petra, como un general determinado, lanzóse atrevidamente al corazon de la cuestión.

—Querida Colombia, dijo, sé que sois tan buena que no he creido tener necesidad de vuestra autorización para permitir que venga á tomar el aire bajo estas sombras á un pobre herido que lo ha sido por vuestro padre. Bien sabéis que no hay parage sombrío en el gran Neso, y el cirujano no responde de la vida de este jóven sino puede pasearse una hora todos los dias.

Mientras que ella decía esta compasiva pero gorda mentira, Colombia había mirado desde lejos á Ascanio, y un vivo rubor había teñido subitamente sus mejillas. En cuanto al aprendiz, al ver á Colombia que se acercaba, no halló fuerzas siquiera para levantarse.

—No es mi autorización, señora Petra, la que era necesaria, dijo al fin la jóven, sino la de mi padre.

Al decir esto con tristeza, pero con confianza, Colombia llegó hasta el banco de piedra donde estaba sentado Ascanio. Este la oyó, y juntando las manos:

—Perdonadme, señora, dijo; creía.... esperaba.... que hubieseis ratificado la generosa oferia de la señora Petra; pero ya que no es así,

continuó con una dulzura mezclada de orgullo , os suplico que disimuleis mi atrevimiento involuntario , y me retire.

—Quedaos por hoy al menos, contestó vivamente Colombia conmovida , aun cuando la prohibicion de mi padre se estienda á quien le ha salvado ; quedaos , señor , aun cuando no sea mas que para mostrarme mi gratitud.

—Oh ! señora , murmuró Ascanio , yo soy quien os doy las gracias con todo mi corazon , pero al quedarme temo turbar vuestro paseo , y haber elegido mal el sitio donde me hallo:

—De ningun modo , contestó Colombia sentándose maquinalmente sin hacer alto , tanta era su turbacion , en el otro extremo del banco de piedra.

En este momento la señora Petra que estaba allí parada , y no se había movido desde la mortificante repression de Colombia , embarazada al fin por su actitud inmóvil y por el silencio de su joven ama , tomó el brazo de la señora Ruperta y se alejó poco á poco.

Ascanio y Colombia quedaron solos.

Esta , que tenía los ojos fijos en su libro , no advirtió al principio la retirada de su aya , y sin embargo no leía , porque tenía una nube delante de los ojos. Estaba todavía exaltada , aturdida. Todo lo que podía hacer como por instinto , era disimular su agitacion y comprimir los latidos precipitados de su corazon. También Ascanio estaba sobrecogido y había experimentado un dolor tan vivo al ver que Colombia quería que se retirase , y después una alegría tan loca cuando creyó apercibirse de la turbación de su amada . que todas estas súbitas emociones en el estado de debilidad en que se hallaba , le habían arrebatado á la vez y anudado. Estaba como desmayada , y sin embargo sus pensamientos corrían y se sucedían con un poder y una rapidez singulares.

—Ella me desprecia ! ella me ama ! se decía alternativamente. Miraba á Colombia mudó é inmóvil y lloraba sin sentir correr las lágrimas por sus mejillas. Entre tanto , por encima de sus cabezas cantaba un pájaro en las ramas , el viento agitaba apenas las hojas ; en la iglesia de Agustinos , el Angelus de la tarde resonaba dulcemente en el aire apacible. Jamás tarde de julio fué más tranquila y silenciosa. Era uno de esos momentos solemnes en que el alma entra en una nueva esfera , que encierran veinte años en un minuto , y de los cuales se acuerda uno toda la vida. Estos dos hermosos jóvenes tan bien formados el uno para el otro , y que de antemano se pertenecian , no tenían que hacer otra cosa , que estender sus manos para recibirlas , y sin embargo , parecía que había entre ellos un abismo.

Al cabo de algunos instantes Colombia levantó la cara.

—Llorais , exclamó con una efusión mas fuerte que su voluntad.

—No lloro, respondió Ascanio dejándose caer sobre el banco; pero al llevar las manos á su rostro las retiró mojadas de lágrimas.

—Es verdad, dijo, lloro.

—Por qué? qué teneis? Voy á llamar á alguno. Padeceis?

—Sufro por un pensamiento.

—Y cuál?

—Digome á mí mismo que mas me hubiera valido morir el otro dia.

—Morir! pues qué edad teneis para hablar de morir?

—Diez y nueve años, pero la edad de la desgracia debería ser la edad de la muerte!

—Y vuestros padres que llorarian vuestra muerte! continuó Colomba, ávida sin saborlo, de penetrar en el pasado de aquella vida cuyo porvenir sentia confusamente que le perteneceria.

—No tengo padre ni madre, y nadie me lloraria, & no ser mi maestro Benvenuto.

—Pobre huérfano!

—Sí, huérfano! mi padre jamás me ha amado, y he perdido á mi madre á los diez años, cuando iba á comprender su amor y pagárselo. Mi padre.... pero de qué voy á hablaros, y qué os importan á vos mis padres ni mi madre?

—Oh! sí, continuad, Ascanio.

—Santos del cielo! os acordais de mi nombre?

—Continuad, continuad, murmuró Colomba ocultando á su vez el rubor de su frente entre sus dos manos.

—Mi padre era platero, y mi buena madre era tambien hija de un platero de Florencia, llamado Rafael del Moro, de una noble familia italiana, porque en Italia, en nuestras repúblicas, el trabajo no deshonra, y vereis mas de un antiguo e ilustre nombre sobre la muestra de una tienda. Así que mi maestro Cellini, por ejemplo, es noble como el rey de Francia, si no es mucho mas: Rafael del Moro, que era pobre, casó á su hija Estéfano contra su voluntad con un compañero casi de la misma edad que él, pero que era rico.

—Ay! mi madre y Benvenuto Cellini se amaron, pero eran pobres. Benvenuto corria el mundo para conquistarse un nombre y ganar dinero. Se hallaba lejos y no pudo oponerse á esta union. Gismondo Gad-di, este era el nombre de mi padre, aunque jamás supo que ella amaba á otro, llegó á odiar á su muger; porque su muger no le amaba. Mi padre era hombre violento y celoso. Perdóname si le acuso, pero la justicia de los hijos tiene una memoria incomparable. Muchas veces mi madre buscó contra las brutalidades, al lado de mi cuna, un asilo, que mi padre no respetó siempre. Algunas veces la pegó. Perdonadle, Dios mío! Cuando me tenía en sus brazos, para sentir menos los golpes, &

cada uno de ellos me daba mi madre un beso. Oh! acuérdense á la vez por un doble estremecimiento de mi corazon , de los golpes que recibí mi madre y los besos que me daba.

Dios , que es justo , castigó á mi padre con lo que mas quería en el mundo , con su riqueza ; muchas bancarotas le arruinaron enteramente , y murió de dolor porque no tenía ya dinero ; y mi madre , algunos días despues , murió porque creía no ser ya amada.

Quedé solo en el mundo. Los acreedores de mi padre acudieron á apoderarse de todo lo que dejaba , y huyendo por todas partes para ver si olvidaban algo , no vieron á un niño que lloraba. Una antigua criada que me amaba , me alimentó dos días por caridad , pero la buena muger vivía tambien de caridad , y no tenía demasiado pan para ella.

La pobre no sabia qué hacer de mí , cuando un hombre cubierto de polvo entró en la alcoba , me cogió en sus brazos , me abrazó llorando , y despues de haber dado algun dinero á la buena vieja , me llevó contigo. Este hombre era Benvenuto Cellini , que había venido desde Roma á Florencia expresamente para buscarme. Me amó , me instruyó en su arte , me tuvo siempre á su lado , y os lo digo , él solo lloraría mi muerte.

Colombia escuchó con la cabeza baja y el corazon oprimido la historia de este huérfano , que por el aislamiento era su historia y la vida de esa pobre madre , que algún dia tal vez sería su vida ; porque ella también iba á casarse contra su voluntad con un hombre que la aborrécía , porque ella no le amaría.

—Sois injusto con Dios , dijo á Ascanio , pues tenéis al menos quien os ame , vuestra buen maestro , y habeis conocido á vuestra madre ; yo no puede acordarme de las caricias de la mia , porque murió dándome á las. Fui criada por una hermana de mi padre , áspera e intratable , que lloré sin embargo cuando la perdí , hace dos años , porque á falta de otro cariño , mi ternura se había fijado en esta muger como una yedra en la roca. Dos años hace que habito este palacio con la señora Petra , y aunque mi padre viene á verme pocas veces á pesar de mi ternura , estos dos años han sido y serán los mas felices de mi vida.

—Ciento que habeis sufrido mucho , dijo Ascanio , pero si lo pasado ha sido doloroso , por qué dudais del porvenir ? El vuestro ; ay ! es deslumbrador. Sois noble , rica , hermosa , y la sombra de vuestros tiernos años hará resaltar mas el brillo del resto de vuestra vida.

Colombia meneó tristemente la cabeza.

—Oh ! madre mia , madre mia ! murmuró.

Cuando elevándose el pensamiento sobre el tiempo , perdemos de vista esas mesquinas necesidades del momento ; en medio de esas luces que iluminan y resumen toda una vida , porvenir y pasado , el alma

Tiempo á veces peligrosos vértigos y temibles delirios, y cuando nos asordamos de mil dolores, cuando mil angustias nos oprimen, el corazón enternecido tiene frecuentemente emociones terribles y mortales dolorosa. Es preciso ser muy fuerte para no caer cuando el peso del destino nos abruma el corazón. Estos dos jóvenes que tanto habían ya padecido, que habían quedado siempre solos, no tenían tal vez más que pronunciar una palabra para un mismo porvenir de este doble pasado, pero para pronunciar esta palabra, la una era demasiado santa y el otro demasiado respetuoso.

Sin embargo, Ascanio miraba á Colombia con ternura infinita, y Colombia se dejaba mirar con una confianza divina; así que con las manos juntas y con el acento con que debía rogar á Dios, dijo el aprendiz á su joven apasionada:

—Escuchad, Colombia, si deseais alguna cosa, si pesa sobre vos alguna desgracia, y puedo satisfacer ese deseo dando toda mi sangre, y evitar esa desgracia dando toda mi vida, decidme una palabra, Colombia; como la diríais á un hermano, y será muy feliz.

—Gracias, gracias, dijo Colombia; ya sé que á una sola palabra mía os habeis espuestó generosamente; pero Dios solo puede salvarme otra vez.

Colombia no tuvo tiempo para decir mas, las dos dueñas Ruperta y Petra se pararon en este momento delante de ellos.

Las dos comadres habían aprovechado el tiempo lo mismo que los dos enamorados, y ya estaban unidas con una amistad íntima, fundada en una simpatía reciproca. La señora Petra había enseñado á la señora Ruperta un remedio para los sabañones, y la señora Ruperta por su parte, para no ser menos, había indicado á la señora Petra un secreto para conservar las ciruelas. Fácilmente se concibe que se prometerían una eterna amistad, y que volverían á verse á pesar de todo el mundo.

—Y bien, Colombia, dijo la señora Petra, aproximándose al banco, ¿estás enfadada cozmigo? No hubiera sido una vergüenza negar la entrada de la casa á aquel sin cuyo auxilio la casa no tendría ya dueño? Pues qué, no se trata por ventura de curar á este joven de una herida que ha recibido por nosotros? Y decid, señora Ruperta, si no es verdad que tengo ya mejor semblante y está menos pálido que cuapdo vino aquí.

—Es verdad, afirmó la señora Ruperta, aun estando en plena salud jamás he tenido más vivos colores.

—Reflexionad, Colombia, continuó Petra, que sería un asesinato impedir una convalecencia tan bien principiada. Ea, el fin salva los medios. Me permitireis, no es verdad, que le diga que venga mañana al anochecer? Esto será para vos misma una distracción, hija mía, distrac-

ción muy inocente, á Dios gracias, puesto que aquí estamos la señora Ruperta y yo. A la verdad os declaro, Colombia, que necesitais mucha distraccion. Y quién ha de ir á decir al señor preboste que hemos dulcificado un poco el rigor de sus órdenes? Además; antes de su prohibicion, habiais autorizado á Ascanio para que viniese á enseñaros joyas; y ya que las ha olvidado hoy, es menester que las traiga mañana.

Colombia miró á Ascanio que se había quedado pálido y esperaba su respuesta con angustia.

Para una pobre muchacha, tiranizada y cautiva, esta humildad contenía una inmensa lisonja. Había en el mundo un ser que dependía de ella, y cuya felicidad y desventura podia formar con una sola palabra! Todos aman su poder. Las maneras imprudentes y el aire de arrogancia del conde de Orbec habian recientemente humillado á Colombia. La pobre prisionera, perdonadla, no resistió al deseo de ver brillar un rayo de alegría en los ojos de Ascanio, y dijo ruborizándose y sonriendo:

—Señora Petra; qué cosas me obligáis á hacer?

Ascanio quiso hablar, pero no pudo mas que juntar las manos con confusión.

—Gracias, generosa señora, dijo Ruperta con profunda reverencia. Vamos, Ascanio, estais débil todavía, ya es tiempo de retirarse. Badmo el brazo y partamos.

—El aprendiz tuvo apenas fuerzas para decir adios y dar las gracias; pero suplió las palabras con una mirada en que puso toda su alma, y siguió dócilmente á la criada con el corazón inundado de gozo.

Colombia volvió á caer pensativa en el banco, y penetrada de una embriagadora alegría que se reprendía á si misma, y á la cual no estaba habituada.

—Hasta mañana! dijo con aire de triunfo al separarse de sus huéspedes la señora Petra que los había llevado al jardín; y vos, jóven, si queréis podeis venir todos los días durante tres meses.

—Y por qué solamente durante tres meses? preguntó Ascanio que había pensado volver siempre.

—Toma! respondió Petra, porque dentro de tres meses se casa Colombia con el conde de Orbeo.

Ascanio necesitó toda la energía de su voluntad para no caer.

—Colombia se casa con el conde de Orbec! murmuró Ascanio. Oh, Dios mio! Dios mio! No me había engañado! Colombia no me ama!

Pero como en este momento la señora Petra cerraba la puerta detrás de él, y la señora Ruperta marchaba delante, ni una ni otra le oyeron.

XII.

La reina del rey.

Hemos dicho que Benvenuto había salido á las once de la mañana de su taller, sin decir á donde había ido. Benvenuto había ido al Louvre á devolver á Francisco I la visita que S. M. le había hecho en el palacio del cardenal de Ferrara.

El rey había cumplido su palabra; pues se había dado en todas partes el nombre de Benvenuto Cellini, y todas las puertas se abrieron delante de él; sin embargo, una sola quedó cerrada, la del Consejo. Francisco I estaba discutiendo los asuntos de estado con los primeros dignatarios del reino, y á pesar de ser muy terminantes las órdenes del rey, no se atrevieron á introducir á Cellini en medio de la grave sesión que se celebraba, sin ir de nuevo á tomar la autorización de S. M.

Y en efecto, la situación en que se hallaba la Francia era grave: hasta ahora hemos hablado poco de negocios de estado, convencidos de que nuestros lectores, y sobre todo nuestras lectoras, preferían las cosas del corazón á las de la política; pero, en fin, hemos llegado al momento en que no podemos ya retroceder, y en que nos vemos obligados á dirigir una ojeada, que procuraremos que sea lo más rápida posible, sobre la Francia y España, ó bien sobre Francisco I y Carlos V; porque en el siglo XVI los reyes eran las naciones.

En la época á que nos referimos, por uno de esos azares de la polí-

tica , cuyos efectos esperimentaron ambos con harta frecuencia , habia llegado á ser mejor la situacion de Francisco I , y habia empeorado la de Carlos V. En efecto , mucho habian variado las cosas desde el famoso tratado de Cambrai , negociado por dos mugeres , Margarita de Austria , tia de Carlos V , y la duquesa de Angulema , madre de Francisco I. Este tratado , que era el complemento de el de Madrid , establecia que el rey de España cederia la Borgoña al rey de Francia , y que este renunciaria por su parte al homenaje de Flandes y de Artois. Ademas , los dos jóvenes príncipes que servian de rehenes á su padre , debian ser rescatados por una suma de dos millones de escudos de oro. En fin , la buena reina Eleonara , hermana de Carlos V , prometida primero al condestable en recompensa de su traicion , despues casada con Francisco I , como prenda de paz , debia volver á la corte de Francia con los dos níños á quienes tan tiernamente habia servido de madre : todo esto se llevó á cabo con igual lealtad de una y otra parte.

Pero , como se dejá conocer , la renuncia de Francisco I , al ducado de Milan , exigida de él durante su cautiverio , no era mas que una renuncia momentánea. Apenas libre , apenas reintegrado en su poder , apenas recobrada su fuerza , volvió de nuevo los ojos hacia Italia. Y para que sus pretensiones alcanzaseu apoyo en la corte de Roma , casó á su hijo Enrique , Delfín por la muerte del primogénito Francisco , con Catalina de Médicis , sobrina del Papa Clemente VII.

Desgraciadamente , en el momento de terminarse todos los preparativos de la invasion meditada por el rey , habia muerto el Papa Clemente VII , siendo su sucesor Alejandro Farnesio , que habia subido al trono de San Pedro con el nombre de Paulo III.

El nuevo Papa habia resuelto en su política no dejarse arrastrar ni por el partido del emperador ni por el del rey de Francia , y mantener igual la balanza entre Carlos V y Francisco I.

Tranquilizado al emperador por este lado , cesó de inquietarse por los preparativos de la Francia , y dispuso á su vez una expedicion á Tunas , de que se habia apoderado el famoso corsario Chér-Edjün , tan célebre bajo el nombre de Barbarroja , quien despues de haber echado á Maley-Asan , habiéndose apoderado de este pais , asolando desde él la Síecilla.

La expedicion se llevó á cabo felizmente , y Carlos V , despues de haber destruido tres ó cuatro buques al comandante Soliman , entró triunfante en el puerto de Nápoles.

Allí supo una noticia que acabó de darle completa seguridad , é nazar : que Carlos III , duque de Saboya , aunque hi nieto de Francisco I , instigado por los consejos de su nueva mujer Beatriz , hija de don Manoel , Rey de Portugal , se había separado del partido del Rey de

Francia, en términos que cuando Francisco I, en virtud de dos antiguos tratados con Carlos III, intimó á este que recibiese sus tropas, el duque de Saboya contestó con una negativa, de modo que Francisco I se vió en la necesidad de forzar el terrible paso de los Alpes; cuyas puertas había creído hasta entonces hallar abiertas, gracias á su aliado y partiente.

Pero Carlos V salió de su seguridad cuando menos lo esperaba. El rey había hecho marchar con tanta prontitud un ejército contra Saboya, que su duque vió su provincia invadida antes de sospechar que lo estaba. Brion, encargado del mando del ejército, se apoderó de Chambéry, se presentó en las alturas de los Alpes y amenazó al Piamonte al mismo tiempo que Francisco Sforza, aterrado sin duda con la noticia de semejantes sucesos, murió repentinamente, dejando el ducado de Milán sin heredero, y de consiguiente dando no solo facilidad, sino un derecho mas á Francisco I.

Brion bajó á Italia y se apoderó de Turin, donde se detuvo; estableció su campamento en las orillas del Sesia, y esperó.

Carlos V por su parte había dejado á Nápoles por Roma. La victoria que acababa de alcanzar sobre los antiguos enemigos de Cristo le valió una entrada triunfal en la capital del mundo cristiano. Esta entrada embriagó de tal modo al emperador, que contra su costumbre, rompió toda medida y comedimiento, acusó en pleno Consistorio á Francisco I, de herejía, apoyando esta acusación en la protección que dispensaba á los protestantes y en la alianza que había hecho con los turcos. Despues, recapitulando todas sus antiguas querellas, en las cuales, según él, Francisco I había cometido siempre los primeros agravios, juró una guerra de exterminio á su cuñado.

Sus pasadas desgracias habían hecho á Francisco I, tan prudente como aventurado fuera en un principio. Así es que desde que se vió amenazado á la vez por las fuerzas de España y del imperio, dejó á Annecy por guardar á Turin y llamó á Brion con orden de resguardar paras y simplemente las fronteras.

Todos los que conocían el carácter caballeresco y emprendedor de Francisco I, nada comprendieron de esta retirada, y pensaron que cuando daba un paso atrás era porque se consideraba de antemano vencido. Esta creencia excitó mucho mas el orgullo de Carlos V, písase personalmente á la cabaza de su ejército, y resolvió invadir la Francia penetrando por el Mediodia.

Conocidos son los resultados de esta tentativa; Marsella, que había resistido al condestable Borbon y á Pescara, los mejores guerreros de la época, no tuvo trabajo en resistir á Carlos V, gran político, pero mediocre general. En nada desacordó á Carlos V este contratiempo, dejó

á Marsella detrás de sí y quiso marchar detrás de Avignon; pero Montmorency había establecido entre los ríos Durance y Ródano un campamento inexpugnable contra el cual Carlos V se encarnizó inútilmente. De suerte que después de seis semanas de tentativas inútiles, rechazado en la cabeza, hostigado por los flancos, y amenazado ser cortado en su retaguardia, mandó á su vez una retirada que se asemejaba mucho á una derrota, y después de haber estado á punto de caer en manos de sus enemigos, llegó con gran trabajo á Barcelona sin hombres y sin dinero.

Entonces todos los que habían esperado el resultado de la empresa para declararse, lo hicieron contra Carlos V. Enrique VIII repudió á su mujer, Catalina de Aragón, para casarse con su manzana Ana-Bolena. Soliman atacó el reino de Nápoles y la Hungría. Los príncipes protestantes de Alemania hicieron una liga secreta contra el emperador. En fin, los habitantes de Gante cansados de los impuestos con que sin cesar los abrumaban para atender á los gastos de la guerra contra la Francia, reveláronse de repente y enviaron á Francisco I embajadores para proponerle que se pusiera á su cabeza.

Pero en medio de este trastorno universal que amenazaba la fortuna de Carlos V, habíanse renovado las negociaciones entre él y Francisco I. Ambos soberanos se habían avistado en Aguas Muertas; y Francisco I resuelto á una paz de que conocía tenía gran necesidad la Francia, decidióse á esperarlo todo en lo sucesivo, no de una lucha á mano armada, sino de negociaciones amistosas.

Participó, pues, á Carlos V las pretensiones de los gantenses, prometiéndole al mismo tiempo el paso por la Francia para dirigirse á Flandes.

Esto era el asunto que ocupaba al consejo en el momento en que Benvenuto había ido á llamar á la puerta, y fiel á su promesa Francisco I avisado de la presencia de su famoso platero, mandó que entrase. Benvenuto pudo oír el fin de la discusión.

—Sí, señores, decía Francisco I, sí, soy del parecer de Montmorency, y mi sueño es concluir una alianza duradera con el emperador electo, colocar nuestros dos trones sobre todos los de la cristiandad, y hacer desaparecer todas esas corporaciones, todas esas comunidades, todas esas asambleas populares que pretenden imponer límites á nuestro poder real negándonos tan pronto los brazos, como el dinero de nuestros súbditos.

Mi sueño es hacer entrar en el seno de la religión y en la unidad pontifical á todas las herejías que desolán nuestra santa madre iglesia; mi sueño en fin es reunir todas mis fuerzas contra los enemigos de Cristo, echar de Constantinopla al sultán de los turcos, aunque no sea mas

que para probar que no es , como se dice , mi aliado , y establecer en Constantinopla un segundo imperio , rival del primero , en fuerza , en esplendor y en estension. Hé aquí mi sueño , señores , y le he dado este nombre , á fin de no dejarme arrebatar demasiado por la esperanza del triunfo , á fin de no humillarme demasiado cuando tal vez el porvenir venga á demostrarme la imposibilidad. Pero si se realizase , si se realizase , condestable , si tuviese á la Francia y la Turquia , París y Constantinopla , el Occidente y el Oriente , convenid , señores , que esto sería hermoso , grande y sublime.

—Según eso , dijo el duque de Guisa , está definitivamente resuelto que rehusareis la soberanía que os ofrecen los ganteses y que renunciareis á los antiguos feudos de la casa de Borgoña .

—Está resuelto , el emperador verá que soy aliado tan leal como leal enemigo . Pero antes , y sobre todas las cosas , tenedlo entendido , quiero y exijo que se me restituya el ducado de Milan ; me pertenece por mi derecho hereditario y por la investidura de los emperadores ; y lo tendrá á fé de caballero hidalgo ; y según espero , sin romper la amistad con mi hermano Carlos .

Y propondreis á Carlos V que pase por la Francia para ir á castigar á los ganteses rebelados ? añadió Poyet .

—Sí , señor canciller , respondió el rey , haced partir desde hoy á Mr. de Frejus para que le invite en mi nombre . Mostrémole que estamos dispuestos á todo por la paz , pero si quiere la guerra

Un gesto terrible y magestuoso acompañó á esta frase interrumpida un instante , porque Francisco I había visto á su artista que se mantenía modestamente cerca de la puerta .

—Pero si se quiere la guerra , repitió , por mi Júpiter de quien Benvenuto viene á traermee noticias , juro que la tendrá sangrienta , terrible , encarnizada . Y bien , Benvenuto , dónde está mi Júpiter ?

—Señor , respondió Cellini , os traigo el modelo de vuestro Júpiter ; pero sabeis en qué pensaba al veros y escucharos ? Pensaba en una fuente pasa vuestro Fontainebleau ; en una fuente , en la que colocaría una estatua colosal de sesenta piés , empuñando una lanza rota con su mano derecha y apoyando la izquierda sobre el puño de su espada . Esta estatua , señor , representaría á Marte , es decir , á V. M. ; porque en vos todo es valor , y empleais el valor con justicia y en la santa defensa de vuestra gloria . Pero no es esto todo , señor : en los cuatro ángulos de la basa , habrá cuatro figuras sentadas : la poesía , la pintura , la escultura y la liberalidad . Hé aquí en lo que pensaba al veros y escucharos , señor .

—Y bareis vivir ese pensamiento en mármol ó en Bronce , Benvenuto ; lo quiero , dijo el rey con tono imperativo , pero sonriéndose amistosamente .

Todo el consejo aplaudió, porque juzgaba al rey digno de la estatua y á la estatua digna del rey.

—Entretanto, añadió el rey, veamos nuestro Júpiter.

Benvenuto encó el modelo de debajo de su capa y lo colocó sobre la mesa, alrededor de la cual acababan de discutirse los destinos del mundo.

Francisco I lo miró un instante con admiración.

—En fin, esclamó, he hallado un hombre segun mi corazon; en seguida dando una palmada en el hombro de Benvenuto: amigo mio, continúa, no sé quién experimente mas felicidad, si el principe que halla un artista que se anticipa á todas sus ideas; un artista, en fin, como vos, ó el artista que encuentra un principe capaz de comprenderle. Creo que mi placer es el mayor.

—Oh! no señor, esclamó Cellini, permitidme que os diga que el mio es el mayor.

—No porfieis, Benvenuto, es el mio.

—No me atrevo á contradecir á V. M., sin embargo...

—Ea, digamos, pues, que nuestras alegrías son iguales, amigo mio.

—Señor, vos me llamarás vuestro amigo, dijo Benvenuto, y esa es una palabra que me paga en el centuplo de su valor lo que he hecho y pienso hacer por V. M.

—Pues bien, quiero probarte que no es una vana palabra que se me ha escapado, Benvenuto: y que si te llamo mi amigo es porque lo eres realmente. Tráeme mi Júpiter, acábalo lo mas pronto posible, y te ofrezco por la fe de caballero que obtendrás cuanto me pidas al traérmelo si la mano de un monarca puede alcanzarlo. Lo oís, señores, y si olvido mi promesa recordadme.

—Señor, esclamó Benvenuto, sois un rey grande y noble, y me avergüenzo de poder tan poco para vos que tanto hacéis por mi.

En seguida besando Cellini la mano que el rey la alargó, volvió á guardar su Júpiter debajo de la capa y salió de la sala del consejo lleno de orgullo y de alegría.

Ai salir del Louvre encontró al Primático que iba á entrar en él.

—A dónde vais tan alegre, mi querido Benvenuto? dijo el Primático á Cellini que pasaba sin verle.

Ai sois vos, Francisco, esclamó Cellini. Si, tenéis razon, estoy alegre porque acabo de ver á nuestro grande, á nuestro sublime, á nuestro divino Francisco I.

—Y habeis visto á la señora de Etampes? preguntó el Primático.

—Qué me ha dicho cosas, Francisco, que no me atrevo á repetir, aunque dicen que la modestia no es muy fuerte.

—Pero qué os ha dicho la duquesa de Etampes?

— Me ha llamado *su amigo*, me ha tuteado como *tutes* á sus mariscas. En fin, me ha dicho que cuando acabe mi Júpiter podré pedirle lo que quiera, pues de antemano me lo concede.

— Pero qué os ha prometido la de Etampes?

— Qué hombre tan raro sois, Francisco!

— Por qué?

— Vos no me hablais sino de la duquesa de Etampes cuando yo no os hablo sino del rey.

— Porque conozco la corte mejor que vos, Benvenuto; porque sois mi compatriota y mi amigo; porque me habeis traído un poco de aire de nuestra bella Italia, y en muestra de agradecimiento quiero salvaros de un gran peligro. Escuchad, Benvenuto, la duquesa de Etampes es vuestra enemiga, vuestra enemiga mortal; os lo dije cuando me lo temía; pero hoy que estoy seguro os lo repito. Habeis ofendido á esa mujer, y si no la calmáis os perderá. La duquesa de Etampes, Benvenuto, escuchad bien lo que voy á deciros, la duquesa de Etampes es la ruina del rey.

— Qué me decís, Dios mío! exclamó Cellini riéndose. Yo, yo he ofendido á la duquesa de Etampes! y cómo ha sido eso?

— Oh! os conozco bien, Benvenuto, y estoy seguro que no sabeis mas que yo, ni mas que ella, el motivo de su aversion. Pero qué remedio! Las mujeres son así; aborrecen como aman sin saber por qué. Pues bien, la duquesa de Etampes es aborrecida.

— Qué queréis que haga?

— Qué quiero? Quiero que el cortesano salve al escultor.

— Yo, el cortesano de una cortesana! exclamó Cellini.

— Habíais hecho mal, Benvenuto, dijo sonriendo el Primático, habíais hecho mal; la duquesa es muy hermosa, y todo artista debe convadir en ello.

— También convengo yo, dijo Benvenuto.

— Pues bien! decidlo á ella misma, y no á mí. Nada más es pido para que os hagáis los mejores amigos del mundo. La habeis ofendido por un capricho de artista; á vos os toca dar los primeros pasos para una reconciliación.

— Si la he ofendido, dijo Cellini, ha sido sin intención, ó mas bien sin malicia. Ella me dirigió algunas palabras mordaces que no merecía, y yo la he pagado con otras que merecía.

— No importa, no importa, olvidad lo que ha dicho, Benvenuto, y baced que ella olvide lo que le habeis contestado. Os lo repito, es impenitencia, vengativa, tiene en su mano el corazón del rey, que ama á las artes, pero que ama mas al amor. Ella os hará arrepentir de vuestra audacia, Benvenuto; no suscitará enemigos; ella ha sido quien ha dado

ya al preboste valor para resistiros. Y ademas sabed que yo parto para Italia, que voy á Roma por órden spya, y que este viaje es dirigido contra vos, Benvenuto, y yo mismo, yo, vuestro amigo, me veo obligado á servir de instrumento á su rencor.

—Y qué vais á hacer en Roma?

—Qué voy á hacer? ¡Habeis prometido al rey rivalizar con los antiguos, y sé que sois hombre capaz de cumplir vuestra promesa; pero la duquesa cree que os habeis vanagloriado sin razon, y para dejaros mas, por medio de la comparacion sin duda, me envia á mí que soy pintor, á vaciar en Roma las mas bellas estatuas antiguas, el Leoconte, la Venus, qué sé yo?

—En efecto, ese es el refinamiento del odio, dijo Benvenuto, que á pesar de la buena opinion que tenia de sí mismo, no dejaba de inquietarse acerca de una comparacion de su obra con la de los mas grandes maestros; pero ceder á una muger, añadio apretando los puños; jamás, jamás!

—Quién os habla de ceder! nada de eso, yo solo os propongo un medio. Ascanio le ha agradoado; ella quiere bacerle trabajar, y me ha encargado que le diga que pase á verla. Pues bien, nada mas sencillo para vos que acompañar á vuestro discípulo al palacio de Etampes para presentarle vos mismo á la bella duquesa. Aprovechaos de esta circunstancia; llevad alguna de esas joyas maravillosas que vos solo sabeis hacer, Benvenuto; primero se la enseñareis, despues cuando vean sus ojos brillar mirándola, se la ofrecereis como un tributo apenas digno de ella. Entonces la aceptará, os dará las gracias, y en cambio os hará algun presente digno de vos, dispensándoos ademas todo su favor. Si por el contrario teneis á esta muger por enemiga, renunciad desde ahora á las grandes cosas que meditais. Ay! tambien yo me he visto obligado á humillarme un instant para levantarme despues con toda mi estatura. Hasta entonces me vi postergado á ese embadurnador de Roso, que en todo y por todo era preferido, hasta nombrarle intendente de la Corona.

—Sois injusto con él, Francisco, dijo Cellini, incapaz de oír tu pensamiento; es un gran pintor.

—Así os parece?

—Estoy seguro de que lo es.

—Eh! tambien yo lo estoy, dijo el Primático, y por lo mismo le aborreco. En fin, se sirvieron de él para chafarme, supe lisonjear la miserable vanidad de mis enemigos, y ahora soy el gran Primático, y ahora se sirven de mí para chafaros á vuestra vez. Haced lo que yo he hecho, Benvenuto, no os arrepentireis de haber seguido mi consejo. Os suplico por vos y por mi, os suplico en nombre de vuestra gloria y de vuestra porvenir que comprometeis si persistis en vuestra obcecacion.

—Eso es duro, dijo Cellini, que principiaba sin embargo, visiblemente á ceder.

—Si por vos no lo hacéis, Benvenuto, añadió el Primático, hacedlo por nuestro gran rey. Quereis desgarrarle el corazon poniéndole en la necesidad de optar entre una muger que ama y un artista que admira!

—Pues bien! sea; lo haré por el rey, exclamó Cellini satisfecho de haber encontrado para su amor propio una escusa suficiente.

—En buen hora! dijo el Primático. Y ahora ya comprendeis, Cellini: qué si llega á saber la duquesa una sola palabra de esta conversacion, soy perdido.

—No tengais cuidado, dijo Benvenuto.

—Benvenuto dá su palabra, y nada hay que decir, contestó el Primaticio.

—Os la doy.

—Pues bien, adios, compañero.

—Buen viaje por esos países!

—Buena suerte en este!

Y los dos amigos, despues de haberse apretado por ultima vez la mano, se separaron haciendo cada uno un gesto que reasumia toda su conversacion.

XIII.

LA MUGER VARÍA Á MENUDO.

El palacio de Etampes no estaba muy distante del palacio de Nesle. Nuestros lectores , pues , no estrañarán que pasemos del uno al otro.

Estaba situado cerca de la iglesia de los Agustinos y se extendía á lo largo de la calle Gillen-le-Gueux¹. Su principal entrada estaba por la calle de la Hirondelle. Francisco I lo había regalado á su querida para que consintiese en casarse con Jacobo Desbrosses , conde de Pentiebre , así como había dado el ducado de Etampes y el Gobierno de Bretaña á Jacobo Desbrosses , conde de Pentiebre , para que consintiese en casarse con su querida.

El rey además había querido hacer su presente digno de la hermosa Ana de Heilly , disponiendo que lo arreglaran conforme al último gusto. Sobre la fachada sombría y severa se había esparcido por encantamiento , como otros tantos pensamientos de amor , las delicadas flores del renacimiento. En fin , por el interés que el rey había tomado en adornar esta morada , era fácil conocer que debía habitarla él mismo casi tanto como la duquesa de Etampes. Habíanse además amueblado las piezas con un lujo régio , y la servidumbre estaba montada como la de una verdadera reina , y aun mucho mejor sin duda que la de la excelente y casta Eleonora , hermana de Carlos V , y muger legítima de Francisco I.

Si ahora penetramos indiscretamente á hora muy temprana de la mañana en la cámara de la duquesa , la hallaremos recostada en un canapé , apoyando su encantadora cabeza en una de sus bellas manos y pasando negligente mente la otra por los bucles de sus cabellos castaños de reflejos dorados. Los

piés desnudos de Ana parecían más pequeños y más blancos en sus anchos chapines de terciopelo negro, y sus vestidos flotantes y descuidados prestaban á la coqueta un encanto irresistible.

El rey está aquí en efecto, de pie apoyado en una ventana, pero no mira á su duquesa. Toca á compás con los dedos en los cristales y parece meditar profundamente. Sin duda piensa en esa grave cuestión de Carlos V atravesando la Francia.

—Qué haceis ahí, señor, con la espalda vuelta? le dijo al fin la duquesa impaciente.

—Versos para vos, amada mía, pero ya los he concluido, respondió Francisco I.

—Oh! recitádmelos al punto, mi hermoso poeta coronado.

—Con mucho gusto, contestó el rey con el desembarazo de un rimador que empina cetro. Oíd,

De un lado miro á la aurora
que á Febo el camino enseña,
y á cuya luz sonrosada
desaparecen las estrellas;

De otro á mi amada jugando
con sus doradas guedejas,
que el mismo Apolo envidiara
y la diva Cíterea.

Y si amorosa me mira
y me sonríe halagüeña,
dudo entonces que el Olimpo
tenga belleza más perfecta.

—Oh! qué hermosos versos! exclamó la duquesa aplaudiendo. Mirad á la aurora cuando queráis, ya no tendré celos de ella, puesto que me proporciona tan findos versos. Os suplico que me los repitáis.

Francisco I repitió complacido para ella y para si su galante oportunidad; pero ahora fué Ana quien guardó silencio.

—Qué tenéis, querida mía? dijo Francisco I, que esperaba otro cumplido.

—Tengo, señor, que os repetiré con más autoridad esta mañana lo que ayer tarde os decía: un poeta tiene menos escusa que un rey caballero para dejar ultrajar insolentemente á su dama, porque ella es al mismo tiempo su amada y su musa.

—Qué cruel sois, contestó el rey con un ligero movimiento de impaciencia. Vuestro odio es tan implacable, mi niña soberana, que vuestros agravios os hacen olvidar mis versos.

—Yo odio como amo.

— Y sin embargo me atrevo á suplicaros que no aborrezcan á ese loco de Benvenuto, que no sabe lo que dice, que habla como se late, sin reflexion, y que os aseguro no ha tenido intencion de ofenderos. Además, bien sabéis que la clemencia es el atributo de las divinidades, mi querida diosa, perdonad á ese loco por el amor que me profesais.

— Loco, repitió Ana inumbrumurando.

— Oh! loco sublime, es verdad, dijo Francisco I, ayer le he visto, y me ha prometido prodigios. Es un hombre que creo no tiene competidor en su arte y que honrará mi porvenir tanto como Andrés del Sarto, Ticiano y Leonardo de Vinci. Bien sabéis cuánto amo á mis artistas, mi querida duquesa; os suplico, pues, que seais benigna e indulgente con este. Bah! bah! aguacero de abril, capricho de muger y artefacto de artista ofrecen mas encanto que tédio. Oh! vos, á quien yo amo, perdonareis á quien me agrada?

— Soy vuestra sierva y os obedeceré, señor.

— Gracias. En cambio de este favor que me otorga la bondad de la muger, podéis pedir el don que os plazca al poder del príncipe. Mas ay! se hace tarde y es menester separarnos. Tambien hoy se celebra consejo. Qué fastidio! Ah! mi hermano Carlos V me hace bien pesado el cargo de rey! En vez de la galantería emplea la astucia, y la pluma en vez de la espada; es una vergüenza. Creo, á té de quien soy, que será preciso inventar nuevas palabras para nombrar toda esa ciencia y toda esa habilidad de gobierno. Adios, amada mia, voy á tratar de ser astuto y diestro. Feliz vos, que os basta ser hermosa! Adios, no os levanteis, mi page me espera en la antecámara. Hasta la vista, y pensad en mí.

— Siempre, señor.

Y dirigiéndose con la mano un último saludo, Francisco, alzó el tapiz y salió dejando sola á la bella duquesa, que fiel á su promesa se puso inmediatamente, es preciso decirlo, á pensar en cualquiera otra cosa que no era él. Porque la duquesa de Etampes era activa, ardiente, ambiciosa. Despues de haber buscado vivamente y conquistado el amor del rey, pronto no bastó este amor á la inquietud de su espíritu y principió á fastidiarse de él. El almirante Brion y el conde de Lougneval, á quienes amó algún tiempo Diana de Poitiers, á quien siempre detestó, no la ocupaban ya muy poderosamente, pero hacia ocho dias que se había llenado un poco el vacio que sentia en su espíritu, y ya principiaba á vivir, gracias á un nuevo odio y á un nuevo amor.

Odiaba á Cellini y amaba á Ascanio, y en uno y otro pensaba mientras sus camareras acababan de vestirla.

Como solo faltaba peinarla, anunciaron la llegada del preboste de Paris y del vizeconde de Marignane.

Eran del número de los mas decididos partidarios de la duquesa, en los dos campos que se habian formado en la corte entre la querida del Delfin,

Diana de Poitiers y ella. Comunmente acogemos bien á los amigos cuando pensamos en nuestro enemigo. Así es que con gracia infinita dió la duquesa de Etampes su mano á besar al preboste ceñudo y al risueño vizconde.

—Señor preboste, le dijo con una cólera que nada tenía de fulgida, y una compasión que nada tenía de injuriosa, hemos sabido la odiosa maniera con que ese zafio italiano os ha tratado, á vos, que sois nuestro mejor amigo, y todavía estoy indignada.

—Señora, respondió Estourville, haciendo una lisonja hasta de su derrota, me hubiera avergonzado de que mi edad y mi carácter hubiesen sido perdonados por el infame á quien no contuvieron vuestra hermosura y vuestra gracia.

—Oh! dijo Ana, yo no pienso más que en vos: en cuanto á mi injuria personal, el rey, que es en verdad demasiado indulgente con esos insolentes extranjeros, me ha suplicado que la olvide, y yo la olvido.

—Si es así, señora, la suplica que teníamos que haceros, será sin duda una acogida, y os pedimos permiso para retirarnos sin decirosla.

—Cómo! señor de Estourville, no soy vuestra en todo tiempo y en toda circunstancia. Hablad! hablad! ó me cubrid con tan desconfiado amigo.

—Pues bien, señora, hé aquí nuestra pretensión. Habiendo yo creido poder disponer en favor del conde de Marmagne del derecho de alojamiento en uno de los palacios reales que debía á vuestra eminencia, naturalmente nos hemos inclinado al palacio de Nesle, que en tan malas manos ha caído.

—Ah! ah! dijo la duquesa, os escucho con atención.

—El vizconde, señora, aceptó desde luego con el mayor apresuramiento, pero después que ha reflexionado, vacila, pensando con espanto en ese terrible Benvenuto.

—Perdonad, mi digno amigo, interrumpió el vizconde de Marmagne, perdonad, vos explicáis muy mal la cosa; no temo á Benvenuto, temo la cólera del rey. No temo que me mate ese zafio italiano, llamándole como le llama la señora duquesa. Lo que temo es, por decirlo así, matarle y que me sobrevenga algún mal por haber privado á nuestro soberano de un servidor á quien parece aprecia mucho.

—Y yo me había atrevido, señora, hacerle esperar que en ese caso de necesidad, no le faltaría vuestra protección.

—Jamás ha faltado á mis amigos, dijo la duquesa, y además no tenéis en vuestro apoyo una amiga mejor que yo, la justicia? No obráis en virtud de los deseos del rey?

—S. M., respondió Marmagne, no ha designado el palacio de Nesle para que lo ocupe otro que no sea Benvenuto, y nuestra elección, es preciso confesarlo, tendrá todo el aire de una venganza. Y además, si mato á ese Cellini, como puedo afirmar, puesto que llevaré dos hombres seguros?

—Oh Dios mío! dijo la duquesa mostrando sus dientes blancos al mismo

tiempo que su sonrisa, el rey proteje á los vivos, pero creo que se entiendrá poco de vengar á los muertos; y no teniendo ya que ejercer su admiracion por el arte, espero que solo se acordaría de amarme. Ese hombre me ha insultado tan pública y horriblemente! Marmagne, lo olvidais?

—Pero señora, dijo el prudente vizconde, reparad bien en lo que tenéis que defender.

—Os entiendo bien, vizconde.

—No señora, si me lo permitis, no quiero que ignoreis nada. Puede suceder que se frustre la fuerza con ese diablo de hombre: entonces os confesaré que debemos recurrir á la astucia; si se escapa de las manos de los amigos á la mitad del dia en su palacio, lo hallarián casualmente alguna noche en una callejuela, y..... no tienen solamente espadas, señora, tambien tienen puñales.

—Qué decís! señora.

—Digo, vizconde, que sois hombre prevenido, y que no conviene ser de vuestros enemigos.

—Pero qué os parece el asunto en cuestion, señora?

—La cosa es grave en efecto, y merecería tal vez la pena de que reflexionase mucho; pero qué queréis que os diga? Todos saben, y el mismo rey no ignora, que ese hombre ha herido gravemente mi orgullo. Le aborrezo... tanto como á mi marido ó á Diana, y á sé mia creo poder daros palabra... pero qué ocurre, Isabel, por qué nos interrumpes?

* Estas últimas palabras de la duquesa se dirigian á una de las camareras que entró azorada.

—Señora, os pido perdón, dijo Isabel; pero ese artista florentino, ese Benvenuto Cellini está allá fuera con la mas linda jarra dorada que puede imaginarse. Ha dicho muy politicamente que venia á ofrecerla á vuestra señoria, y que pedia instantáneamente el favor de hablaros un minuto.

—Eso ha dicho, eh! contestó la duquesa con la satisfaccion de un orgullo templado, y qué le has contestado, Isabel?

—Que no estabais vestida, y que venia á avisaros.

—Muy bien; parece, añadió la duquesa, volviéndose hacia el preboste consternado, que nuestro enemigo se enmienda y principia á reconocer lo que valemos y lo que podemos. No importa, no seré perdonado tan fácilmente como se cree, ni voy á recibir inmediatamente sus excusas. Es menester que sienta un poco mas su ofensa y nuestro enojo. Isabel, dile qué me has avisado y que le mando que me espere.

Isabel salió.

—Os decía, pues, vizconde de Marmagne, continuó la duquesa modifcando un poco su cólera, que el asunto de que me habláis es grave y que no puedo prometeros tomar parte, en lo que despues de todo es un atentado premeditado y una asechanza.

—La injuria ha sido atroz , se aventuró á decir el preboste.

—Espero que la reparacion no lo será menos , mi querido preboste. Ese terrible orgullo que resisté á los soberanos , estú esperando ahí , en mi antecámara , mis caprichos de muger , y dos horas de este purgatorio espiarán bien á decir verdad , una palabra impertinente. Es menester no ser tan crueles , preboste. Perdonadle como yo le perdonaré dentro de dos horas; tendré yo sobre vos menos poder que el rey ha tenido sobre mí ?

—Permitidnos , señora , que nos retiremos , dijo el preboste haciendo una reverencia , porque no quisiera haceros una promesa que tal vez no cumpliría.

—Retiraros , nada de eso , dijo la duquesa que á toda costa quería tener testigos de su triunfo ; espero , señor preboste , que asistireis á la humillación de vuestro enemigo y que ambos quedemos vengados á un mismo tiempo. Os doy á vos y al vizconde estas dos horas : no me lo agradeceais.— Dicen que casais á vuestra hija con el conde de Orbec.— Hermoso partido seguramente. Pero qué digo , hermoso ; bueno debería decir ; pero sentaos. Sabéis que para que este casamiento se realice es menester mi consentimiento? Y vos no me lo habeis pedido todavía , pero os lo daré. Orbec me es tan afecto como vos. Espero que al fin iremos á ver á vuestra hermosa hija , y que su marido no será tan indiscreto que no la conduzca á la corte. Cómo se llama?

—Colomba , señora.

—Bonito y dulce nombre. Dicen que los nombres ejercen grande influencia sobre el destino ; si es así , la niña debe tener el corazón tierno y padeecerá. Otra vez Isabel ! qué hay?

—Nada , señora , ha dicho que esperará.

—Ah ! sí , estú bien , ya lo había olvidado. Sí , sí , lo repito , tened cuidado con Colomba , señor de Estourville ; el conde es un marido de la misma pasta que el mio , tan ambicioso como avaro es el duque de Elampes , y muy capaz tambien de cambiar su muger por algun ducado. Entonces , cuidado conmigo tambien , sobre todo si es tan linda como se dice. Me la presentareis , no es verdad , señor preboste ? Es justo que pueda ponerme en estado de defensa.

La duquesa radiante de alegría , esperando su victoria , habló largo tiempo con este desenfado , mientras que su júbilo impaciente se traslucia en sus movimientos.

—Ea ! dijo al fin , todavía falta media hora y habrá pasado las dos del suplicio del pobre Benvenuto. Pongímonos en su lugar , debe sufrir horriblemente , no estú habituado á semejantes fucciones : para él el Louvre está siempre abierto , y el rey siempre visible. A la verdad , aunque lo ha merecido , lo tengo lastima : debe morderse los puños , no es verdad ? y luego no poder manifestar su rabia ! Ja ! ja ! ja ! voy á reírme mucho tiempo! Pero Dios mio , qué oigo ? esas voces..... ese ruido.

—Será el condenado que se aburre del purgatorio,, dijo el preboste recordando la esperanza.

—Quisiera ver eso todavía , dijo la duquesa toda pálida; venid pues , conmigo , señores , venid.

Benvenuto resignado por los motivos que hemos visto, á hacer la paz con la omnipotencia favorita , cogió desde el dia siguiente de su conversacion con el Primático , la jarra de plata dorada , rescate de su tranquilidad , y sosteniendo con su brazo á Ascanio débil y pálido , se encaminó hacia el palacio de Etampes. Desde luego halló lacayos que se negaron á anunciarle tan temprano á su señora ; y perdió media hora en transacciones. Esto principió ya á irritarle mucho. Al fin pasó Isabel y consintió en avisar á la señora de Etampes. Volvió á decir á Benvenuto que la duquesa se vestía y que tenía que esperar un poco. Revistióse , pues , de paciencia y sentóse en un escabel al lado de Ascanio , que fatigado por lo que había andado , por la fiebre y por sus pensamientos , sentía alguna debilidad. Una hora pasó de este modo. Benvenuto se puso á contar los minutos ; pero despues de todo se decía á si mismo , el tocado de una duquesa es el negocio importante de su dia , y por un cuarto de hora mas ó menos , no he de perder el beneficio de mi diligencia. Sin embargo , á pesar de esta reflexion filosófica principió á contar los segundos.

—Entretanto Ascanio palidecía : había querido ocultar sus padecimientos á su maestro ; y le había seguido heróicamente sin decir palabra ; nada había tomado por la mañana , y aunque lo negaba , sentía que le abandonaban sus fuerzas. Benvenuto no pudo permanecer sentado y principió á pasearse aceleradamente de arriba abajo.

Trascurrió otro cuarto de hora.

—Tú sufres , hijo mio ! dijo Cellini á Ascanio.

—No , mi querido maestro ; mas bien sois vos quien padecéis. Suplico que tengais paciencia , ya no pueden tardar.

En este momento pasó otra vez Isabel.

—Vuestro ama tarda mucho , dijo Benvenuto.

La maliciosa doncella se asomó á la ventana y miró el reloj del patio.

—Todavia no hace mas que hora y media que esperais , de qué os quejais ?

Y como Cellini fruncióse el entrecejo , se alejó soltando una carcajada. Benvenuto haciendo un esfuerzo violento pudo contenerse todaya : volvió á sentarse , y con los brazos cruzados permaneció mudo y grave. Parecía tranquilo ; pero su cólera fermentaba en silencio. Dos criados inmóviles delante de la puerta , le miraban con una seriedad que él atribuía á burla.

Sonó el cuarto ; Benvenuto dirigió sus ojos á Ascanio y lo vió mas pálido que nunca y dispuesto á desmayarse.

—Cáscaras ! exclamó perdiendo la paciencia: lo hace expresamente! He

querido creer lo que me deciau y esperar por complacencia ; pero si es un insulto el que quieren hacerme , tan poco acostumbrado estoy á ellos , que ni siquiera se me ha ocurrido semejante idea ; si es un insulto , no soy hombre que me dejo insultar de nadie , ni aun de una muger . Yo me marcho , Ascanio , vámous .

Al decir esto Benvenuto levantó con su mano vigorosa el escabel hospitalario , donde el odio de la duquesa le había humillado , sin saberlo , durante cerca de dos horas , y dejándolo caer con toda su fuerza lo hizo pedazos . Los lacayos hicieron un movimiento , pero Cellini sacó hasta la mitad su puñal y se detuvieron . Ascanio , asustado por su maestro , quiso levantarse : pero su emoción había agotado el resto de sus fuerzas y cayó sin conocimiento . Benvenuto no lo observó en su principio .

En este momento se presentó la duquesa pálida y encolorizada en el umbral de la puerta .

—Sí , me marcho , repitió con su voz de trueno Benvenuto , que la vió muy bien , y decid á esa muger que me llevó mi regalo para darlo , no sé á quién , al primer labriegue que encuentre , pero que será mas digno que ella de él . Decidla que si me ha tomado por uno de sus criados , como á vosotros , se ha engañado , y que nosotros los artistas no vendemos nuestra obediencia y nuestro respeto , como ella vende su amor , y ahora dejadme paso . Sigueme , Ascanio .

En este momento se volvió hacia su amado discípulo y lo vió con los ojos cerrados , la cabeza caída y pálido contra la pared .

—Ascanio , exclamó Benvenuto , Ascanio , hijo mío , qué tienes ! estás desmayado ! moribundo tal vez ! Oh ! mi querido Ascanio , todavía esa muger Benvenuto se dirigió con un gesto amenazador á la duquesa de Etampes , haciendo al mismo tiempo un movimiento para llevarse á Ascanio en sus brazos .

En cuanto á ella , llena de enojo y espanto , no había podido hasta entonces dar un paso ni pronunciar una palabra . Pero al ver á Ascanio blanco como un mármol , con la cabeza inclinada , sus largos cabellos espaciados y tan hermoso en su palidez , tan gracioso en su desmayo , impelida de un movimiento irresistible se precipitó sobre él y se halló casi arrodillada y frente á Benvenuto , teniendo como él una mano de Ascanio entre las suyas .

—Pero ese jóven se muere ! Si os lo llevais , lo matareis . Quizás necesita socorros muy pronto . Gerónimo , corre en casa de maese Andrés . No quiero que salga de aquí en este estado , no oís ! Marchaos , ó quedaos , pero dejadle .

Benvenuto miró á la duquesa con penetración y á Ascanio con ansiedad . Conoció que no había ningún peligro en dejar á su discípulo querido entregado á las atenciones de la señora de Etampes . Como siempre , no tardó

en tomar su partido, porque la decision rápida é immutable era una de las virtudes ó uno de los defectos de Cellini.

—Respondeis de él, señora ! dijo.

—Oh ! con mi vida ! exclamó la duquesa.

Benvenuto besó dulcemente al aprendiz en la frente, y embozándose en su capa, la mano puesta en su puñal, salió orgullosamente, no sin haber dirigido á la duquesa una mirada de odio y de desprecio. En cuanto á los dos hombres, ni siquiera se dignó mirarlos.

Ana por su parte siguió á su enemigo, mientras pudo verlo, con los ojos llenos de furor; despues, mudando de expresion, bajó la cabeza con la cabeza con una tristeza inquieta sobre el gallardo enfermo: el amor sucedió á la cólera: la pantera se convirtió en corza.

—Maese Andrés, dijo á su médico que acudía, salvadie, está herido y moribundo.

—No es nada, dijo el doctor, un desmayo pasagero; y derramó sobre los labios de Ascanio algunas gotas de un cordial que llevaba siempre consigo.

—Ya se reanima, exclamó la duquesa, ya se mueve. Ahora, doctor, necesita reposo, no es verdad? Trasladadlo á esta estancia y acostadlo en un sofá, dijo á los dos pages. En seguida, bajando la voz para no ser oída sino de ellos: Pero silencio, añadió, si se os escapa una palabra de lo que aca-
baís de ver y de oír, vuestra cuello responde de vuestra lengua. Despachaos.

*Los lacayos temblando se inclinaron, y levantando suavemente á Ascanio lo llevaron.

Luego que quedó sola con el preboste y el vizconde de Marmagne, espectadores tan prudentes de su ultraje, la duquesa los miró de pies á cabeza, principalmente al último, con una ojeada de desprecio, pero pronto reprimió este movimiento.

—Decía, pues, vizconde, continuó con afectada calma, que el asunto de que me habláis es grave; no importa, no hay necesidad de reflexionarlo. Creo tener bastante poder para sentar la mano á un traidor, como lo tendría, en caso de necesidad, para sentársela á los indiscretos. Espero que el rey se dignará esta vez castigar, pero yo quiero vengarme. El castigo matará al insulto: la venganza lo amortajará. Habeis tenido, señores, la suficiente sangre fría para aplazar esta venganza á fin de no comprometerla, os doy las gracias por vuestra prudencia; os aconsejo que tengáis tambien la debida destreza para no dejarla escapar, y procurad que no me vea yo en la necesidad de recurrir á otros. Vizconde de Marmagne, necesitais palabras claras y terminantes; pues bien, os garantizo la misma impunidad que al verdugo; solamente, si queréis que os dé un consejo, os invito, á vos y á vuestros esbirros, á que renunciéis la espada y os atengáis al puñal.

Pero silencio sobre todo, obrad y prontamente: esta es la mejor respuesta. Adios, señores.

Pronunciadas con voz breve é imperiosa estas palabras, la duquesa estendió el brazo como para mostrar la puerta á sus dos conjurados. Estos se inclinaron torpemente sin hallar, en su confusión, una excusa, y salieron malvados y avergonzados.

—Qué fatalidad es ser muger y necesitar á semejantes cobardes! dijo Ana viéndolos alejarse, mientras sus labios se contraían con disgusto. Oh: cuánto desprecio á esos hombres, amante real, marido venal, criados con júbilo, criados con librea, á todos, exceptuando á uno solo que admiro á mi pesar, y á otro que amo con pasión.

En seguida entró en la estancia donde se hallaba el hermoso enfermo. En el momento de aproximarse á él la duquesa, Ascanio abrió los ojos.

—No es nada, dijo el doctor á la señora de Etampes, este jóven ha recibido una herida en el hombro, y la fatiga, alguna emoción del alma, quizás también el hambre, han causado un desmayo momentáneo, que como veis, ha disipado completamente este cordial. Ya se ha repuesto y soportará bien el ser trasladado á su casa en la litera.

—Basta, doctor, dijo la duquesa dando una bolsa á su médico, el cual la saludó profundamente y salió.

—Dónde estoy? dijo Ascanio, que vuelto en si procuraba coordinar sus ideas.

—Estás á mi lado, en mi casa, Ascanio, dijo la duquesa.

—En vuestra casa, señora? Ah! sois vos la señora duquesa de Etampes? Y dónde está Benvenuto? Dónde está mi maestro?

—No os mováis, Ascanio; vuestro maestro está en seguridad, tranquilizao: á estas horas está comiendo pacíficamente en su casa.

—Pero por qué me ha dejado aquí?

—Perdisteis el conocimiento, y os ha confiado á mis cuidados.

—Y me asegurais, señora, que no corre ningún peligro, que ha salido de aquí sin daño?

—Os répito, os afirmo, Ascanio, que jamás ha estado menos expuesto que en este momento. Ingrato! le vigilo, le cuido, yo duquesa de Etampes, con la temura de una hermana, y no me habla más que de su maestro!

—Oh! señora, perdonadme; os doy las más expresivas gracias! dijo Ascanio.

—Ya era tiempo! dijo la duquesa meneando su linda cabeza con suave sonrisa.

Y entonces la duquesa de Etampes se puso á hablar, acompañando cada palabra con una entonación tierna, dando á las frases más sencillas las intenciones más delicadas, haciendo cada pregunta con una especie de avidez y al mismo tiempo de respeto, escuchando cada respuesta como si su destino dependiese de ella. Estuvo humilde, tierna, acariciadora como una gata, lista

y atenta á todo, así como una buena actriz en escena, volviendo dulcemente á Ascanio al tono si de él se separaba y atribuyéndole todo el mérito de las ideas que había preparado y necesariamente desenvuelto; aparentando dudar de si y oyéndole á él como un oráculo; desplegando todo ese talento cultivado y encantador que, como hemos dicho, le había valido el sobrenombre de la mas bella de las instruidas y la mas instruida de las bellas. En fin, hizo de esta conversacion la mas dulce de las lisonjas y la mas hábil de las seducciones; en seguida, como el joven por tercera ó cuarta vez hiciese ademán de retirarse.

—Me hablais, Ascanio, dijo deteniéndole de nuevo, con tanta eloquencia y entusiasmo de vuestro bello arte de platería, que es para mí como una revelación, y que veré en lo sucesivo un pensamiento donde no vea mas que un adorno. Luego, segun vos, ¿vuestro Benvenuto es el maestro de este arte?

—Señora, ha sobrepujado al divino Miguel Angel.

—Estoy quejosa de vos. Vais á disminuir el rencor que le tengo por su mal proceder conmigo.

—Oh! no hagáis caso de su rudeza, señora. Esa losquedad oculta el alma mas ardiente y mas generosa; pero Benvenuto tiene al mismo tiempo el carácter mas impaciente y mas fogoso. Ha creido que de intento le hacíais esperar y este insulto.....

—Decid mas bien esta malicia, interrumpió la duquesa remedando la confusión de un niño mimado. La verdad es que no estaba todavía vestida cuando llegó vuestro maestro y he alargado solamente un poco mi tocado. He hecho muy mal, muy mal! Ya veis que hago mi confesión. No sabia que estabais con él, añadió con vivacidad.

—Si, señora, pero Cellini, que no es muy penetrante sin duda, y á quien ademas han engañado, cree que vos, bien puedo decirlo á vos tan bondadosa y tan buena, cree que sois mal intencionada y terrible, y ha tomado una puerilidad por una ofensa.

—Crees eso? contestó la duquesa sin poder ocultar enteramente una sonrisa burlona.

—Oh! perdonadle, señora; si os conociese, creedme, es noble y generoso, os pediría de rodillas perdón de su error.

—Pero callad! Pretendeis ahora que le ame? No quiero hacer las paces con él, ya os lo dije, y para principiar voy á suscitarle un rival.

—Será difícil, señora.

—No, Ascanio, porque este rival sois vos, es su discípulo. Permitidme si quiera que no tribute sino un homenaje indirecto á ese gran génio que me aborrece. Y cuando el mismo Cellini alaba vuestra gracia de invención, os negaréis á poner esta poesía á mi servicio? Y puesto que no participais de las prevenciones de vuestro maestro contra mí persona, no me lo probareis contribuyendo á embellecerla?

—Señora, todo lo que puedo, y todo lo que soy está á vuestras órdenes. Sois tan bondadosa conmigo, os habeis informado ahora mismo con tanto interés de mi pasado, de mis esperanzas, que me consagro á vuestro servicio con toda la efusión de mi alma.

—Niño! nada he hecho todavía, y hasta ahora no os pido mas que un poce de vuestra habilidad. Vamos, habeis visto en sueños alguna prodigiosa joya? yo tengo perlas magníficas; ¿en qué lluvia maravillosa deseais transformármelas, mi mago gentil? esperad; quereis que os diga una idea que se me ocurre? ahora mismo, al veros recostado en esta antecámara, pálido y la cabeza caida, me imaginaba ver un hermoso lirio cuyo tallo inclina el viento. Pues bien! hacedme un lirio de perlas y de plata que llevaré en mi corpiño, dijo la encantadora poniendo la mano sobre su corazón.

—Oh! señora, tanta bondad.....

—Ascanio, quereis mostrarme agradecido por esta bondad, como decís? Prometedme que me tomareis por confidente, por amiga, que nada me ocultareis de vuestras acciones, de vuestros proyectos, de vuestros pesares, si, de vuestros pesares, porque veo que estais triste. Prometedme venir á buscarme cuando necesiteis ayuda y consejos.

—Pero esa es una nueva gracia que me otorgais, y no un testimonio de gratitud que me pedís.

—En fin, me lo prometeis

—Ay! ayer todavía os lo hubiera prometido, señora! ayer todavía hubiera podido comprometerme á apelar á vuestra generosidad si tuviese necesidad de ella : hoy ya no está en el poder de nadie servirme.

—Quién sabe?

—Lo sé yo, señora, lo sé.

—Ah! conozco que padecéis, Ascanio.

—Ascanio movió tristemente la cabeza.

—Sois reservado con una amiga, Ascanio; no debéis obrar así, continuó la duquesa cogiendo la mano del joven y apretándola dulcemente.

—Mi maestro debe estar con cuidado, señora, y temo ser importuno. Me hallo enteramente repuesto y me permitireis que me retire.

—Qué prisa tenéis por dejarme! Esperad al menos que os preparen una litera. No resistais, es la órden del médico y la mia también.

Ana llamó á un criado y le dió las órdenes necesarias; en seguida dijo á Isabel que le trajera sus perlas y algunos de sus brillantes, los cuales entregó á Ascanio.

—Ahora os devuelvo la libertad, dijo ; pero cuando esteis restablecido, mi delirio será la primera cosa de que os ocupais, no es verdad? Entretanto os suplico que lo estudieis, y cuando hayáis acabado vuestro dibujo, venid á escenármelo.

—Así lo haré, señora duquesa.

— Y no quereis que yo piense en serviros, y cuando haccis lo que deseas, que no haga por mi parte lo que podeis apetecer! Vamos, Ascanio, qué deseais? Porque en vuestra edad por mas que comprima uno su corazon, vuelva los ojos y cierre los labios, siempre se desea alguna cosa. Sin duda tengo para vos tan poco poder y valimiento que os desdais de tomarme por confidente?

— Sí, señora, respondió Ascanio, que tenéis todo el poder que merecéis; pero ningún poder humano podrá valermee en la situacion en que me hallo.

— En fin, Ascanio, lo exijo, dijo la duquesa de Etampes, pero templando en seguida con graciosa coquetería su voz y su rostro, añadió: os lo suplico.

— Ay! Ay! señora, exclamó Ascanio, cuyo dolor no podia contener ya en su pecho; ay! puesto que me hablais con tanta bondad, puesto que mi partida va á ocultaros mi vergüenza y mis lagrimas, voy, no como lo hubiera hecho ayer, á dirigir una súplica á la duquesa, sino á hacer una confianza á la muger. Ayer os hubiera dicho: amo á Colombia y soy feliz!.... Hoy os diré: Colombia no me ama, y no me queda mas que morir. Adios, señora, compadeedme!

— Ascanio besó precipitadamente la mano de la duquesa muda é immóvil, y huyó.

— Una rival, dijo Ana como despertando de un sueño; pero ella no le ama, y él me amará porque así lo quiero! Oh! si, juro que me amará y que mataré á Benvenuto.

BIBLIOTECA GRATIS
DE LA
PROBABILIDAD.

Escarrio 2º tomo

WILCO ANARCHY

1990

RECORDED BY

WILCO

ASCANIO

NOVELA

POR ALEJANDRO DUMAS,

TRADUCIDA DEL FRANCES.

OTOMO II.



MADRID.—1853.

Imprenta de la ESPAÑA, calle del Factor, núm. 9, cuarto principal.

II.

EL DOLOR ES EL FONDO DE LA EXISTENCIA HUMANA.

Bien se nos puede dispensar la misantropia de este epígrafe, porque á la verdad no tendrá el presente capítulo, fuerza es confesarlo, otra unidad como la vida que la del dolor. La comparacion no es nueva como diría, echándola de gracioso, un personaje de sainete, pero es consoladora, sirviéndonos de escusa para con el lector, á quien vamos á conducir, como Virjilio condujo á Dante, de tristeza en tristeza. Esto sea dicho sin ofender al lector ni á Virjilio.

A la altura á que nos hallamos, respecto de nuestros personajes, comenzando por Benvenuto y acabando por Jacobo Aubry, todos se entregan á dolorosas ideas que arrastran su imaginacion como la corriente de un río que se fuera creciendo poco á poco.

Tenemos á Cellini en su casa muy inquieto sobre la suerte de Ascanio. De vuelta ya en el gran Nesle, no se acordaba ni pensaba remotamente en la cólera de la de Etampes; solo le preocupaba su querido enfermo, y así no tuvo límites su alegría cuando se abrió la puerta para que pasase una litera de la que saltó ligero Ascanio, para apretar la mano á su maestro, y asegurarse de que estaba tan bueno como en las primeras horas de la mañana. Esto no obstante, no evitó que la frente de Benvenuto se fuera poniendo mas sombría á las primeras palabras del aprendiz, y que le escuchase con una expresión singular de disgusto, mientras decía:

—Tengo, maestro, que haceros presente un agravio que reparar, y estoy persuadido que me lo agradecereis mas bien que otra cosa. Es el caso que os habeis engañado respecto de la señora de Etampes y que la juzgais mal; no le anima hacia vos ningun sentimiento de odio, ni os desprecia, sino que por el contrario os estima, os honra y os admira y es preceiso convenir en que la habeis tratado con aspereza siendo mujer y duquesa. Si, maestro, la señora de Etampes no es solamente bella como una diosa, sino que es buena como un ángel, modesta, entusiasta y sencilla, de corazon generoso y cultivado talento. En lo que habeis creido ver esta mañana un ultraje insolente, no habia mas que malicia infantil, y yo os suplico por vos que no quereis ser injusto, antes que por lo que á mi toca, que por cierto no ha dejado de acogerme y cuidarme con graciosa ternura, que no insistais en ese injurioso menoscenso. Yo garantizo que os costara trabajo hacerla olvidar...

Pero meneais la cabeza, maestro, y no mecontestais. ¿Os habeis ofendido acaso?

—Escucha, hijo mio, respondio gravemente Benvenuto; te he repetido frecuentemente que, segun mis creencias, no existe en el mundo mas que una cosa eternamente bella, eternamente grande y seculada, que es el arte, el arte divino. No es esto decir no crea que para algunas almas tiernas, no sea el amor tambien un sentimiento profundo y que pueda por si solo hacer una vida feliz; pero esto es raro. ¿Qué es el amor ordinariamente? El capricho de un dia, una asociacion tierna en que se engafia reciprocamiente y con frecuencia de buena fe. Yo me rio del amor, bien lo sabes Ascanio, y me burlo de sus pretensiones y de su lenguaje. Yo me digo á mi mismo: Aquella me gusta; hablando con verdad, reune los encantos, las dulzuras y los celos de una pasion formal; pero sus heridas no son mortales. Comedia ó tragedia, no queda en la mente despues de cierto tiempo mas que un recuerdo como el de una representacion teatral. Y sin embargo, las mujeres son encantadoras; pero en mi sentir no merecen ni comprenden mas que estas fantasias. Concederias mas, es negocio de tontos ó imprudencia de locos. Mira un ejemplo: Scozzone, si pudiese penetrar su mirada en mi corazon, se aterraria. Yo la dejo á su libertad y está alegre; canta, rie y es feliz; añade á esto Ascanio que en las alianzas convenientes, se desarrolla un germen de permanencia que las hacen suficientes y agradables para un artista, porque reúnen el culto de la forma y la adoracion de la belleza pura. Esto es, por lo que considerado concienzudamente, hace que yo no la calumnie y que ella este contenta y ria; pero escucha, Ascanio, hay tambien otros amores que no dan que retr

sino que por el contrario hacen temblar; mareas terribles, insensatos, imposibles, y que son un sueño.

—Dios mío! decía para sí Ascanio, habrá penetrado algo de mi loca pasión por Colombia!

—Estos, continuó Cellini, no proporcionan ni el placer ni la felicidad, y sin embargo se apoderan de nuestro ser con violencia; son vampiros que chupan lentamente toda nuestra existencia, que devoran poco a poco el alma, y que nos aprietan entre sus garras sin poder nunca desasirnos. Ascanio, Ascanio, temelos. Son quimeras con las que nada puede ganarse, pero a las que sin saber por qué entregamos cuerpo y alma y a las que se abandona la vida casi con alegría.

—Eso es justamente! lo sabe todo! decía para sí Ascanio.

—Hijo mío! prosiguió Benvenuto; si aun es tiempo, quiebra esos lazos que te aprisionan para siempre, conservaras el recuerdo, pero al menos procura no envenenarte la vida.

—Y quién os ha dicho que la amaba yo? preguntó el aprendiz.

—Si tu no la amas, ¡quieralo Dios! dijo Benvenuto, que creyó que Ascanio negaba cuando no hacía mas que interrogarle; pero está en guarda porque yo he conocido esta mañana que ella te ama.

—¿Esta mañana? ¿De quién habláis? ¿Qué queréis decir?

—Que de quién hablo? De la señora de Etampes.

—¡De la de Etampes! repuso el aprendiz con la mayor admiración. Vaya, maestro, os engañais, eso es imposible. Decid que habeis conocido que la señora de Etampes me ama?

—Ascanio, tengo cuarenta años, he vivido mucho y conozco algo de corazón humano. En las miradas que te dirigía aquella mujer, en las miradas con que ha sabido presentarse para mí, juro que te ama, y al notar el ardor y entusiasmo con que tú ahora mismo la defendías, temía no la amases tú también. Entonces, querido Ascanio, estabas perdido; bastante fuerte para ahogar en ti mismo ese amor cuando te abandonara, te encontrarías entonces sin una ilusión, sin una creencia, sin una esperanza, y no tendrías otro recurso que amar a tu vez como te habían amado, con un amor empapado, fatal, que propagaría a otros corazones la enfermedad y los estragos que había ocasionado en el tuyo.

—Maestro, dijo Ascanio, ignoro si la señora de Etampes me ama, pero os aseguro que yo lo amo a tan elevada dama.

Benvenuto solo se tranquilizó un poco, no del todo, por el aire de sinceridad de Ascanio, porque pensaba que a sí mismo se podía engañar;

pero no le habló mas acerca de este asunto y solo en los siguientes días miraba frecuentemente con tristeza á su aprendiz.

Sin embargo, es menester confesar que no estaba demasiado inquieto respecto á Ascanio, sino que él mismo parecía atormentado por alguna preocupación personal; había perdido su alegría franca y sus chanzas que prodigaba en otro tiempo. Permanecía encerrado siempre por la mañana en su habitación que caía encima de la fundición, y había mandado expresamente no le interrumpiera nadie por motivo alguno. El resto del día lo pasaba trabajando con su ardor acostumbrado, en su gigantesca estatua de Marte, pero sin hablar con su ordinaria efusión. Sobre todo, delante de Ascanio era cuando se mostraba mas sombrío y como avergonzado. Parecía huir la presencia de su querido discípulo como si fuera un acreedor ó un juez. En fin, no era difícil conocer que algún gran dolor ó alguna pasión terrible se había apoderado de su vigorosa alma y la mortificaba.

No por esto era mas feliz Ascanio; estaba persuadido, como lo había dicho á la señora de Etampes, de que no le amaba Colombia. El conde de Orbec, á quien solo conocía de nombre, era para su celosa imaginación un joven y elegante caballero, y la hija de Estourville, su dichosa prometida, que no había jamás pensado ni un minuto en el oscuro artista. Aun así casi hubiera conservado la vaga y fugitiva esperanza que no abandona jamás á ningún amorooso corazón, pero él mismo la había cerrado las puertas con la revelación que había hecho á la señora de Etampes, efectivamente ella le amaba. La poderosa señora en otro caso, tenía en su mano los medios de impedir el enlace de Colombia, pero ahora procuraría con todas sus fuerzas el apresurarlo, porque perseguiría con todo su odio á la pobre joven. Si, Benvenuto tenía razón: el amor de esta mujer era en efecto formidable y mortal; pero el de Colombia debía ser ese sublime y celeste sentimiento de que le había anteriormente hablado su maestro, y esta felicidad la consideraba con dolor reservada para otro.

Ascanio era víctima de la desesperación; había creído en la amistad de la señora de Etampes y esta engañosa amistad era un amor peligroso; esperaba en el amor de Colombia y este ilusorio amor, no era mas que una indiferente amistad. Casi se sentía á punto de declarar el odio mas profundo á estas dos mujeres, que tan mal correspondían á sus ilusiones, amando cada una como él hubiera querido ser amado de la otra.

Abismado en el mas cruel abatimiento, no pensaba en el lirio que la había encargado la de Etampes, y tampoco su celoso despecho le permitió volver al pequeño Nesle, no obstante las súplicas y las reconvenencias

de Ruperta, quien le hacia mil preguntas, á las que no contestaba. Alguna vez, sin embargo, se arrepentia de las resoluciones que habia adoptado desde el primer dia, crueles seguramente para él solo. Queria ver á Colombia y pedirle cuenta, pero no sabia de qué, como no fuera de sus extravagantes visiones. En fin, pensaba así en sus momentos de delirio: yo la veré, la confesaré esta vez mi amor como un crimen, y ella será tan buena que me consolará como á un desgraciado. ¡Pero cómo volver después de mi ausencia, cómo justificarla á sus ojos?

Ascanio, entregado á sus dolorosas reflexiones, dejaba consumirse el tiempo sin atreverse á adoptar partido alguno.

Colombia esperó á Ascanio con susto y alegría al dia siguiente de aquel en que la señorita Petra arrancó al aprendiz su terrible revelacion; pero en vano contó las horas y los minutos, y en vano Petra estuvo esperándole siempre alerta. Ascanio, que vuelto en sí de su desmayo á tiempo aun para poder aprovecharse del gracioso permiso de Colombia, no vino acompañado de Ruperta á dar los cuatro golpes convenidos á la puerta del pequeño Nesle. ¿Qué quería decir esto?

Esto quiere decir que Ascanio está peor, quizás espirando, y sobre todo, demasiado indisposto para venir; esto era al menos lo que pensaba Colombia, y pasó toda la noche arrodillada ante la imagen del Señor, llorando y rezando, y cuando concluyó su oración observó que lloraba aun. Esto la causó temor. Aquella ansiedad que la mortificaba tanto; fué para su alma una revelación. En efecto, no le faltaba motivo de qué asustarse, porque en menos de un mes Ascanio se había hecho dueño de sus pensamientos al extremo de hacerle olvidar á Dios, á su padre y á su propia desgracia, porque de nada de esto se trataba. Ascanio estaba enfermo á dos pasos de ella y quizás se moría sin que pudiese ella verle. Así que este no era seguramente el momento de razonar, sino el de llorar, llorar siempre. Cuando viera que su existencia no peligraba, entonces reflexionaría.

A la mañana siguiente ya era otra cosa. Petra acechó el momento en que Ruperta salía y se precipitó á su encuentro para acudir mas bien á la provisión de noticias que á la de víveres. Pero como Ascanio no estaba gravemente enfermo, y solamente había rehusado el ir al pequeño Nesle, sin querer responder á las vivas interrogaciones de Ruperta y se encerraba en el mas obstinado silencio, quedaron reducidas por entonces las dos comadres á las mas oscuras conjeturas. En efecto, era para ellas una cosa incomprendible.

En cuanto lo supo Colombia no vaciló en lo que debía pensar, en for-

mar su juicio y decir al punto: todo lo sabe; la habrán informado de que debó de ser dentro de tres meses la mujer del conde de Orbec, y no querrá verme mas.

Su primer impulso fué agradarse de la cólera de su amante y sonreír; explique quien quiera esta secreta alegría, nosotros solo somos historiadores; pero reflexionando despues, acusaba á Ascanio de haber podido pensar no le causase desesperacion el enlace á que la destinaban.

—Me desprecia, decia. Estas disposiciones de indignacion y de ternura eran muy peligrosas, porque desarrollaban su corazon ignorante de si mismo. Colomba decia que se alegraba de no ver mas á Ascanio, pero interiormente le aguardaba para justificarse.

La joven tormentaba su timorata conciencia y sufria en su desconocido amor. Mas no era este solo amor el que Ascanio desconocia, sino que existia otro mas poderoso, mas impaciente aun por mostrarse, y que soñaba sordidamente en la felicidad de su posesion, como el odio sueña en la venganza.

La señora de Etampes no creia ni podia persuadirse que fuera muy profunda la pasion de Ascanio hacia Colomba. Es un niño, decia, que no sabe lo que desea, que se ha enamorado de la primera muchacha bonita que se ha presentado á sus ojos y que se ha irritado ofendiendo su orgullo, con los obstáculos que le oponen los desdenes y la vanidad de una tonuela de pocos años. ¡Oh! cuando conozca lo que es un amor verdadero, un amor ardiente y tenaz, cuando sepa que yo, la duquesa de Etampes, que gobierna el reino á su capricho, le amo!... Será preciso hacérselo conocer, es necesario que lo sepa.

El vizconde de Marmagne y el preboste de Paris padecian con sus odios, como Aua y Colomba con su amor. Detestaban mortalmente á Benvenuto, y de los dos, sobre todo Marmagne. El artista le había hecho humillar y ser despreciado de una mujer; Benvenuto le ponía en el caso de ser valiente, porque antes de la escena del palacio de Etampes, hubiera podido el vizconde mandar á sus esbirros que la asesinasen en la calle; pero ahora no tenia otro medio que el de ir á asaltarle en su misma casa, y Marmagne á esta sola idea se estremecia de miedo; pero tampoco pardona jamás el cobarde al que una vez arranca la máscara con que se cubre.

Asi es que á ninguno faltaban sus grandes motivos de disgusto, y todos padecian. Scozzone misma, tan aturdida, tan jovial y tan loca siempre, no reia ni cantaba ya, y frecuentemente enrojecia sus ojos el llanto. Benvenuto no la amaba, Benvenuto la miraba con trialdad y muchas veces se mostraba con ella hasta brusco. La pobre Scozzone alimentó siempre una idea fija que se

había convertido ahora en monomania: pretendía casarse con Benvenuto. La primera vez que vino á su casa creyendo servirle de juguete y se vio tratada con el miramiento debido á una mujer, y no como una mujer cualquiera, se halló la pobre niña sorprendida por este respeto y deferencia inesperado, y sintió un reconocimiento profundo hacia su bienhechor y un orgullo disculpable al verse tan noblemente apreciada.

Después, que no por mandato de Cellini, sino por su súplica, consintió gozosa en servirle de modelo y que se vio tantas veces reproducida, y tantas veces admirada en bronce, en plata y en oro, se habla sencillamente atribuyendo la mitad de los triunfos del artista, pues que antes de todo, los elogios prodigados á sus bellas formas la pertenecían mejor á ella que á su maestro. Sus mejillas se coloraban sin mucho esfuerzo, cuando alguien hacia presente á Benvenuto su admiración sobre la precisión de las líneas y contornos de tal o cual figura; y se persuadía con satisfacción que era indispensable á la gran fama de su amante y que constituía una parte de su gloria como de su corazón.

¡Pobre niña! ignoraba que por el contrario no había sido nunca ella para el artista, esa alma secreta, esa oculta divinidad que todo genio invoca y le hace creador; sino porque Benvenuto parecía copiar sus actitudes y su gracia, creía de buena fe que le debía todo, y poco á poco se había ingredido hasta persuadirse que después de haber elevado á la mujer pública al rango de querida suya, la arrancaría aun de esta posición para hacerla su legítima mujer.

Como no sabía disimular, había confesado claramente sus pretensiones, y Cellini, después de escucharla con gravedad, la contestó:

—Ya veremos.

Pero el hecho es que hubiera preferido verse encerrado en el castillo de Santangel, aunque hubiera arriesgado romperse por segunda vez una pierna al escaparse, no porque despreciase á su querida Scozzone á quien amaba tiernamente, y hasta con celosos trasportes, segun le hemos visto, pero él adoraba ante todo el arte, y su verdadera y legítima señora era sin rival la escultura; después, una vez casado, ¡no se vería el esposo obligado alguna vez á alterar su alegría? ¡No se distraería del cincel el padre de familia! Además, que si hubiera de desposarse con todas sus modelos, sería por lo menos cien veces bigamo.

—Cuando cese de amar y de modelar á Scozzone, decía para sí Benvenuto, no dejaré de encontrar algún buen muchacho con la mirada demasiado corta para ver en lo pasado y escudriñar el porvenir, y que no mirará más que una mujer bonita y un considerable dote que la daré. De esta suerte satisfaré ese afán que se ha apoderado de Scozzone por añadir

honradamente á su nombre el de un esposo, porque Benvenuto estaba convencido de que sobre todo, lo que queria Scozzone era marido, y que le importaba poco fuese este el que quisiera.

Pensando así, dejó á la ambiciosa niña gozarse tanto como quisiera en sus quiméricos sueños, pero desde su instalacion en el gran Nesle, no queria fueran mas adelante las ilusiones; conociendo Scozzone que no era tan necesaria á la vida y á las tareas de Cellini como habia pensado, no procuraba disipar con su alegría la tristeza que cubria su frente; Benvenuto habia empezado á modelar en cera una estatua para la cual no le servia de modelo. Y sobre todo, ¡qué horrible pensamiento! la pobre joven habia ensayado coquetear con Ascanio delante de Cellini sin que este ~~un~~ ciese en lo mas minimo el ceño, ni diese la menor muestra de inquietud ni de celos. ¡Seria, pues, llegado el momento de dar el ultimo adios á tantas bellas ilusiones, á sus mágicos sueños, y no ser mas que una pobre muchacha humillada como antes?

Por lo que hace á Pagolo, si alguna curiosidad nos inspira sondear las tinieblas de su alma, podriamos decir que nunca habia estado mas sombrío ni mas taciturno, que en esta misma época, hacia ya algunos dias.

Se creerá á lo menos que el estudiante Santiago Aubry, nuestro antiguo conocimiento, habria escapado con su carácter jovial á este contagio de incertidumbre y sufrimiento, pues nada de eso: tambien le cabia su parte de dolor.

Simona, despues de haberle esperado largo tiempo el domingo, dia del sitio de Nesle, habia regresado furiosa al domicilio cónyugal, y no habia querido bajo ningun pretesto recibirla; este, para vengarse, habia retirado su confianza al marido de la caprichosa, pero este astre, tan feroz como todos, no habia manifestado á esta noticia otro sentimiento que la mas viva satisfaccion, porque si bien es verdad que Santiago Aubry rompia pronto sus vestidos (menos los bolsillos) y que los usaba con prodigalidad, tambien es menester añadir que profesaba por principio económico el no pagarios nunca. Asi es que cuando cesó la influencia de Simona para contrabalancear la entera ausencia del dinero, conoció el egoista maestro que el honor de vestir á Santiago Aubry no compensaba la perdida que sufria vistiéndole gratis.

De esta suerte nuestro pobre amigo se encontró al mismo tiempo abrumado con su viudez, y con el deslucimiento esterior de sus vestidos; pero por fortuna, como hemos podido conocer, no era hombre que se dejase fácilmente dominar por la melancolia. No tardó mucho en encon-

trar una encantadora, aunque diminuta consolacion llamada Gervasia, pero Gervasia era un promontorio erizado de ciertos principios que consideraba él fuera de propósito; rehuia siempre las cuestiones difíciles y la hacia condenarse en discurrir y estudiar los medios de fijar la coquetería de la niña.

Carecía tambien casi del todo de los medios indispensables para beber y comer; y esto debia apurarle tanto mas, cuanto que el que le suministraba lo necesario para satisfacer estas necesidades imperiosas, era primo de su infame maestro sastre, y no queria darle nada á crédito.

Todos los personajes que hemos citado en estas páginas, mantenian en su interior la alarma, desde el mismo rey, demasiado inquieto por saber si Carlos V querria pasar por Francia, hasta las señoras Petra y Ruperta, demasiado deseconsoladas por no tener ocasion de tomar el hilo nuevamente acerca de sus medicinas y comentarios, y si el lector, como el Júpiter de la antigüedad escuchaba las penas y los votos de los mortales, tiene la paciencia de escuchar los que nuestros personajes expresaban, da seguro que asi oiria decir á cada uno:

Santiago Aubry.—¡Si no se me riera Gervasia en mis barbas!

Scozzone.—¡Si recobrase Benvenuto un solo momento de celos!

Pagolo.—¡Si aborreciese Scozzone al maestro!

Marmegna.—¡Si tuviese la fortuna de sorprender á Cellini solo!

Señora de Etamps.—¡Si Ascanio solamente supiese que yo le amo!

Colomba.—¡Si yo lograse verle el tiempo necesario para justificarme! ¡un solo minuto!

Ascanio.—¡Si ella se justificase!

Benvenuto.—¡Si me atreviese yo al menos á confesar mi tortura á Ascanio!

Todos.—¡Ahi! ¡ah! ¡ah!

II.

LA ALEGRIA NO ES MAS QUE UN DOLOR QUE VARIAS DE LUGAR.

Todos estos deseos tan vivamente expresados, debían cumplirse ó resolverse antes de acabar la semana. Solamente que su buen éxito debía producir á los que los habían formado, otros mas fatales y mas tristes que aníes.

—Esa es la ley general: toda alegría contiene en si un germen de desgracia.

Gervasio ya no se reia en las barbas de Santiago Aubry; cambio, si se recuerda, ardientemente deseado por el estudiante, porque en efecto; Santiago Aubry había encontrado el dorado lazo que debía encadenar la ligereza de la joven niña; este lazo no fuó otra cosa que una linda sortija cincelada por Benvenuto mismo, y representando dos manos cogidas respectivamente la una á la otra.

Bueno será saber que desde el dia del combate, Santiago Aubry se había tomado el mayor interés y la mas grande amistad por la franca y soberana energía del artista florentino. No le interrumpía cuando él hablaba, ¡cosa singular! Le consideraba y escuchaba con un respeto que sus maestros y catedráticos no habían podido jamás obtener durante sus explicaciones. Admiraba sus obras con un entusiasmo, sino muy inteligente, al menos muy sincero y ardoroso. Por otra parte su lealtad, su valor y su buen humor habían agradado á Cellini. El jugaba á la pelota con bastante fuerza y destreza para defendarse con el artista aunque perdiese,

y pódian competir en la mesa con la sola diferencia de una botella que le sacara de ventaja Benvenuto. Así es que el platero y él habían venido á ser los mejores amigos del mundo, y Cellini, generoso porque conocía su inagotable riqueza, le obligó un dia á admitir esta pequeña sortija tan admirablemente cincelada, que á falta de matróna que tentara á Eva, bastaría ella sola para arrojar la discordia en las bodas de Thetis y de Pele.

A la mañana siguiente del dia en que la sortija pasó de mano de Santiago Aubry á las de Gervasia, recobró esta su aire serio y formalidad, y esperó el estudiante poseer su corazón.

¡Pobre tonto! ella era quien poseía el suyo.

Según su deseo, Scotzone consiguió tambien despertar en el corazón de Benvenuto una chispa de celos. Hé aquí cómo:

Una tarde en que se habían estrellado sin éxito alguno y ante la imposible gravedad del maestro sus grácias y coqueterías, dijo revestida de un aire sentimental y con acento solemne:

—Sabeis Benvenuto que no parece os preocupa mucho vuestro compromiso conmigo?

—¿Qué compromisos, querida mía? respondió Benvenuto con el acento de una persona que no encuentra explicación satisfactoria á la reconciliación que se le hacia.

—No me habeis prometido cien veces casaros conmigo?

—No me acuerdo, dijo Benvenuto.

—No os acordais!

—No, y me parece que he contestado que ya veremos.

—Y bien, ¿aun no lo habeis pensado?

—Sí.

—¿Y qué habeis pensado?

—Que soy demasiado joven aun para ser otra cosa que tu amante, Scotzone, y que mas tarde lo veremos mejor.

—Y yo, señor, no soy tan simple que me satisfaga una promesa tan tonta y que me haga estaros esperando siempre.

—Haz lo que mejor te parezca, y si tienes tanta prisa, cambia de lente.

—Pero en qué consiste vuestra decidida aversion al matrimonio, en qué alteraría vuestra existencia actual? Marials dichosa es una pobre muchacha que os ama, y hé aqui todo.

—¿Qué en qué cambiarla mi vida, Scotzone? dijo gravemente Cellini, y vez esta burla, cuya pálida luz ilumina débilmente el vasto apósteno

en que estamos ahora? Pues bien, pongo el apagador sobre su pablio, y ya ves, de pronto nos encontramos en la mayor oscuridad. Pues bien; el matrimonio es este apagador: enciende, enciende Scozzone la luz, que yo detesto las tinieblas.

—Comprendo, exclamó con volubilidad Scozzone, saltándose las lágrimas; teneis un nombre demasiado ilustre para concederlo á una joven hija de la nada, que os ha entregado su alma, su vida, todo lo que podia daros, que está dispuesta á sacrificarse por vos, que no respira mas que por vos y que solo á vos ama.

—Todo eso lo conozco, Scozzone, y te aseguro que mi reconocimiento es tan grande como no podria serlo el de ninguno otro hombre.

—Que ha aceptado gustoasima y amenizado cuanto le era posible vuestra soledad, que conociendo vuestro carácter celoso no ha parado jamás su vista en los arrogantes escuadrones de los arqueros y de los sargentos de armas, y que ha cerrado siempre el oido á las dulces y seductoras galanterías, que no ha cesado de escuchar hasta aqui mismo.

—¡Hasta aqui mismo! interrumpió Benvenuto.

—Sí, sí; aqui mismo, ¡estais?

—Scozzone, exclamó Benvenuto, yo creo que no será ninguno de mis compaheros el que se haya atrevido á ultrajar á su maestro hasta ese punto.

—Y se casaria contigo si yo quisiera, prosiguió Scozzone, que atribuia á una recrudescencia del amor el movimiento de cólera de Cellini.

—¡Habla, Scozzone! ¡quién es el insolente!.... yo creo que no será Ascanio.

—Hay uno que me ha dicho mas de cien veces: Catalina, el maestro abusa de vuestra bondad, no se casará nunca con vos, con vos tan buena y tan linda, es demasiado orgulloso para apreciar esto. ¡Oh! si él os amase como yo os amo, ó si vos me amáseis como le amais á él!

¡El nombre, el nombre del traidor! exclamó furioso Benvenuto.

—Pero yo, no solo no le he escuchado, continuó Scozzone mas animada, sino que por el contrario, eran inútiles todas sus dulces palabras y le amenazaba con deciroslo todo si continuaba de esa manera. Yo no amaba mas que á vos, pero mi nuevo adorador, no solo era digno de todo por sus elegantes discursos, sino que tambien por sus dulces ojos. Si, recobrad ese aire indiferente que mostrais, fingid no creerme, pero no por eso sin embargo es menos cierto.

—Yo no te creo, Scozzone, dijo Benvenuto, que conocio que para saber el nombre de su rival le era menester emplear otros medios enter-

mente distintos de los que hasta entonces había puesto en juego.

—¿Cómo, vos no me creeis? exclamó Scozzone alterada.

—No.

—Con que segun eso creéis que miento?

—Preciso, qué te equivocas.

—Pues qué, no soy digna del amor de nadie?

—Yo no digo eso.

—Pero vos lo pensáis así?

Benvenuto se sonrió porque conoció que había encontrado el medio de hacer hablar á Catalina.

—Pues es la verdad, á pesar de todo, repuso Scozzone, el que no me falta quien me ame.

Benvenuto hizo un nuevo ademan de duda.

—Y me ama mas que vos me habeis amado jamás, mas que sois capáz de amarme nunca; ¿entendeis, entendéis bien?

Benvenuto soltó una carcajada.

—Me alegraría mucho, dijo, de saber quién es ese bello Medoro.

—No se llama Medoro, respondió Catalina.

—¿Cómo se llama, pues, Amadis?

—No se llama Amadis, no. Se llama.....

—Galaor?

—Se llama Pagolo, pues que tanta es vuestra curiosidad por saberlo.

—Ah! ¡ah! es mi Pagolo, murmuró Cellini.

—Si, es mi Pagolo, repuso Scozzone ofendida del tono desdeñoso con que Cellini pronunció el nombre de su rival; es un gallardo jóven de buena familia, honrado, de mucho juicio, religioso, y que hará un excelente marido.

—Esa es tu opinión, Scozzone.

—Sí, esa es mi opinión.

—¡Y no le has dado nunca ninguna esperanza!

—Ni aun siquiera le escuchaba. ¡Oh! qué tonta he sido, pero de hoy en adelante.....

—Tienes razón, Scozzone, es necesario escucharle y contestarle.

—¿Cómo? ¿Qué queréis decir?

—Digo que es necesario escucharle cuando te hable de amor; lo demás es de mi cuenta.

—Pero.....

—Nada; está tranquila, que yo tengo un proyecto.

—Enhorabuena, pero yo espero que no querais castigar trágicamente á ese pobre diablo que parecia confesar sus pecados cuando me decia: yo os amo. Darle un chasco si quereis, pero sobre todo, no con vuestra espada. Yo os demando para él indulto.

—No pases cuidado, mi venganza te satisfará, porque ha de redundar en provecho tuyo.

—¿Cómo?

—Sí, ella satisfará uno de tus mas ardientes deseos.

—¿Qué quereis decir? Benvenuto, esplicaos.

—Eso es mi secreto.

—¡Oh! si viéseis el gesto tan compungido que pone cuando quiere mostrar su ternura, repuso la aturdida niña incapaz de permanecer triste cinco minutos seguidos. ¡Con que os interesa que se galantee á vuestra Zumbrina! Bien, ¡pero amais todavía un poco á la pobre Scozzone!

—Sí, mas no dejes de obedecerme exactamente con respecto á Pagolo y de seguir al pie de la letra mis instrucciones.

—No tengais cuidado, yo sé representar la comedia tan bien como otra cualquiera. No tardaré en decirme: Y bien, Catalina, ¿vos siempre la misma, siempre cruel? Yo responderé: ¡Qué! ¡todavía eso, señor Pagolof! Pero ya comprendéis, con un tono dulce y bastante animador, y cuando él vea que no me muestro tan severa, creerá haber triunfado y ser el vencedor del mundo. Y vos ¡qué lehareis, Benvenuto! ¿Cuándo empezará vuestra venganza? ¡Será larga, divertida, reiremos mucho!

—Reiremos, respondió Benvenuto.

—¿Y me amareis siempre?

Benvenuto besó su frente; es decir, la dió la mejor de las respuestas, atendido que respondia á todo y no decía nada.

La pobre Scozzone no dudaba que este beso era el principio de su venganza.

El vizconde de Marmagne, segun sus deseos, encontró solo á Benvenuto; hé aqui cómo sucedió la cosa:

Excitado por la cólera del preboste, aguijado por el recuerdo de los desprecios de la señora de Etampes, y sobre todo, impulsado por su sordida avaricia, determinó el vizconde con sus dos esbirros atacar al león en su madriguera; escogió para esta expedicion el dia de San Eloy, dia de fiesta del gremio de plateros y momento en que el taller debía estar desierto. Caminaba por las calles con la cabeza erguida y el corazón latente, y sus dos ayudantes marchando á diez pasos detrás.

Hé aqui, exclamó una voz, un arrogante jóven señor que va de con-

quita amosos, con graciosa apostura para su dama y sus dos espadas-chinas para el marido.

Marmagne se volvió creyendo que alguno de sus amigos le dirigía la palabra, pero solo vió á un desconocido que llevaba el mismo camino que él y en quien no había reparado, distraído en su preocupación.

—Apuesto que he dicho la verdad, mi buen caballero, continuó el desconocido pasando del monólogo al diálogo; yo arriesgaría mi bolsillo contra el vuestro sin saber lo que hay en él, porque esto me es igual, que vos pareceis en buen estado de fortuna. ¡Oh! no quiero que me digáis nada, la discreción en los amores es un deber. En cuanto á mi nombre, yo me llamo Santiago Aubry, mi oficio estudiante, y voy ahora mismo á una cita de mi amada Gervasia Philipot, que es una linda chica, pero aquí para entre nosotros, aunque virtuosa hasta la ferocidad, ha sin embargo naufragado ante una sortija; verdad es que esa sortija era una joya de un mérito particular, de un trabajo maravilloso; en fin, ¡cincelada por Benvenuto Cellini, nada menos que eso!

Hasta aquí el vizconde de Marmagne apenas había fijado la atención en la confidencia de aquel impertinente charlatán, ni aun se había dignado contestarle; pero al oír pronunciar el nombre de Benvenuto se despertó toda su atención.

—¡Una cinceladura de Benvenuto Cellini! ¡Diablo! ese es un regalo demasiado grande para un estudiante.

—¡Oh! ya comprendereis, querido barón; sois barón, conde ó vizconde?

Vizconde, dijo Marmagne mordiéndose los labios por la impertinente familiaridad que se tomaba el estudiante, pero deseando al mismo tiempo saber si le podría informar de algo de lo que le interesaba.

—Ya comprendereis muy bien, mi querido vizconde, que no la habré comprado yo. No, porque aunque aficionado á las artes, no empleo mi dinero en esas vagatelas; el mismo Benvenuto es quien me la ha regalado en agradecimiento de haberle ayudado á dar un golpe de mano el domingo último para echar del gran Nesle al preboste.

—Con que segun eso, sois el amigo de Cellini? preguntó Marmagne.

—Su mas íntimo, vizconde, tengo orgullo en decirlo; somos amigos de corazón; vos lo comprenderéis sin duda también, ¿es verdad, querido?

—Sí.

—Pues acús bien dicho; es un genio sublime. Perdonad si os digo así, querido, cosa es mi manera de hablar; aunque yo obstante, yo sepa que

soy noble tambien , á lo menos asi lo decia mi madre á mi padre cada vez que la pegaba. Pues como os decia , yo soy el admirador, el confidente, el hermano del gran Benvenuto Cellini, y por consecuencia, amigo de sus amigos y enemigo de sus enemigos, porque no le faltan tampoco al sublime platero. Desde luego son sus enemigos, la señora de Etampes, el preboste de Paris , un viejo marrullero y tambien un cierto Marmagne, especie de espatula con patas, que vos conocereis quizá, y que quiere , segun dicen, apoderarse del gran Nesle ; ¡pero pardiez que será bien recibido!

—¿Con que Benvenuto no ignora sus pretensiones? preguntó Marmagne que comenzaba á interesarse de la conversacion del estudiante.

—No, y todo lo tiene previsto; pero..... callad, es menester que no se sepa , á fin de que ese Marmagne reciba el castigo que merece.

—¿Con que , segun eso , Benvenuto está siempre á la defensiva? repuso el vizconde.

—A la defensiva? Yo lo creo; Benvenuto lo está siempre; infinitas veces han intentado asesinarle en su pais, y á Dios gracias, ha salido siempre bien.

—¿Y qué entendéis vos por estar á la defensiva ó estar precavido?

—Oh! no digo por eso que tenga una guarnicion como esa maula vieja de preboste: por el contrario , él estará ahora mismo solo, segun la hora que es , porque sus compafieros habrán ido á pasear y á divertirse á Vanves. Yo debia ahora ir á hacerle la partida á la pelota , pero desdichadamente Gervasia se ha encontrado en competencia con el gran platero, y como es natural , y como vos comprendereis muy bien , he dado la preferencia á Gervasia.

—En ese caso , yo voy á reemplazaros , dijo Marmagne.

—Y bien , si vais , hareis una accion meritoria ; id mi querido vizconde y decid de mi parte á mi amigo Benvenuto que iré esta tarde á hacerle mi visita. Ya sabeis ; tres golpes fuertes , esta es la señal , porque ha adoptado esta precaucion á causa de que ese galabardo de Marmagne , á quien supone dispuesto á jugarle alguna mala pasada..... conoceis vos á ese vizconde de Marmagne?

—No.

—¡Ah! lo siento, porque me darias las señas de ese personaje.

—Para qué?

—A fin de que si le encontraba, proponerle una partida de palos , porque sin saber por qué y sin haberle visto nunca , ¡cómo creceréis que le abomino particularmente. ¡Oh! si yo me le topara , os prometo que le habria de sacudir el polvo; pero perdonad, ya estamos en los Agustinos , y tengo por fuerza

que abandonaros.— Ah! á propósito, ;cómo os llamais, querido mio?

El vizconde se marchaba como si no hubiese entendido la pregunta.

—;Ah! ;ah! dijo Santiago Aubry , mirando como se alejaba; parece, querido vizconde , que deseamos guardar el incógnito , hé ahí un rasgo de caballerosidad particular; pero como vos querais , mi querido vizconde, como gusteis.

Y Santiago Aubry , con las manos en los bolsillos, cantoneándose como de costumbre, silbando y dándose toda la pedantesca importancia que acostumbraba , echó por la calle de Battoir , al cabo de la cual vivia Gervaisa.

Por lo que hace al conde de Marmagne, siguió su camino hacia el gran Nesle, y en efecto , como lo había dicho Aubry estaba solo Benvenuto : Ascanio había ido á soñar no sé dónde , Catalina visitaba una de sus amigas con la señora Ruperta , y los compañeros celebraban el dia de San Eloy en Vanves.

El maestro estaba en el jardin trabajando en modelar en barro su gigantea estatua de Marte, cuya colossal cabeza sobresalía de los techos del gran Nesle, y podia ver el Louvre, cuando Juanillo que estaba este dia de guardia á la puerta, engañadopor la manera de llamar de Marmagne y creyéndole amigo, le introdujo con sus dos esbirros.

Si no trabajaba Benvenuto como el Ticiano, con la coraza puesta, lo hacia por lo menos como Salvador Rosa, con la espada ceñida y la escopeta al lado; de manera que Marmagne conoció que no había adelantado gran cosa con sorprender á Cellini solo, pues que había sorprendido á un hombre armado: he aquí todo.

Á pesar de esto, el vizconde procuró disfrazar ahora con su descaro y atrevimiento su anterior poltroneria; pero Cellini le preguntó con aquel tono imperioso que no admitía dilacion alguna en la respuesta, que con qué intencion se presentaba en su casa.

—Nadatengo que ver con vos dijo; yo me llamo el vizcon de de Marmagne, soy secretario del rey y ved aquí una órden de S. M., añadió enseñando un papel que tenia en la mano, y que levantaba por encima de su cabeza, que me concede la posesion de una parte del gran Nesle; y vengo á tomar mis disposiciones para arreglar á mi gusto la porcion que me pertenece, y que habitaré de hoy en adelante.

Hablando de esta suerte se dirigía Marmagne hacia la puerta del castillo, siempre acompañado de sus dos espadachines; pero Benvenuto echó mano á su escopeta que, como sabemos, la tenia cerca, y de un salto se puso en lo mas alto del vestíbulo e interpuso entre la puerta y el vizconde.

—Alto allá! exclamó con voz aterradora; y estendiendo el brazo hacia Marmagne, añadió: Si das un paso mas, sois muerto.

El vizconde tuvo por conveniente detenerse, aunque despues de los preliminares que habian mediado, parecia debia verificarce un encarnizado combate; pero hay hombres que tienen el don de ser formidables. No se sabe qué terror emana de su mirada, de su gesto, de su postura, que espanta como la mirada del leon; sus movimientos nos asustan; aun desde lejos parece que experimentamos los efectos de su fuerza, y sacuden el suelo con sus pies, aprietan los puños, fruncen el ceño, se hinchan sus narices y los mas determinados á su presencia vacilan y titubean. Una bestia salvaje, una fiera cuando se le va á arrebatar sus hijuelos, enreseta sus pelos y exhala gruñidos para que se la tiemble. Los hombres de quien hablamos son unos peligros latentes. Los hombres esforzados reconocensu superioridad, y no obstante su secreta emocion, van derechamente á ellós; pero los débiles, los timidos ó cobardes tiemblan y retroceden á su vista.

Así es que para Marmagne, que como se ha podido adivinar no era ningun valiente, tenia Benvenuto toda la apariencia de un grande peligro, y cuando sus oídos escucharon la formidable voz del platero, y vió dirigirse á su persona su ademan de emperador, comprendió que la espada, la escopeta y el puñal de que iba armado, iban á ser los instrumentos de su muerte y la de sus esbirros. Ademas de que Juanillo, aunque chiquitito, se había armado de una pica para ayudar á su amo, conociendo el peligro que corría.

Observando todo esto, conoció Marmagne que había errado el golpe, y que seria muy dichoso si conseguia salir sano y salvo del mal lanés en que se había empeñado.

—No hay que incomodarse! muy bien! señor platero. Todo lo que nosotros deseábamos saber, era si estábais ó no dispuesto á obedecer los ordenes de S. M.; pero despreciais sus órdenes, rehusais cumplimentarlas! sea en buena hora! Nosotros nos dirigiremos á quien sepa hacerlas ejecutar; pero no espereis tener el honor de medir vuestras fuerzas con las nuestras. Buenas tardes.

—Muy buenas os las dé Dios! dijo Benvenuto riendo á carcajada. Juap, acompaña á estos señores.

Vergonzosamente salieron del gran Nesle el vizconde y los dos esbirros, intimidados por un hombre, y guiados por un niño.

En este desenlace triste, fué en lo que se estrelló el deseo del vizconde. ¡Si halláse yo á Benvenuto solo!

Como se llevó mas grande chasco en el éxito de sus votos que Santiago Aubry y Scozzone, porque al menos estos no descubrían aun la ironía de

destino, -estaba furioso nuestro bueno y esforzado vizconde.—Tiene razon la señora de Etampes, se decía para si, y no tendré otro recurso que valerme de sus consejos: es preciso romper mi espada y aguzar el puñal; este diablo de hombre es ciertamente como le pintan: inflexible en sus resoluciones y poco aficionado á transijir. Si, en sus ojos he leido clara y distintamente que me hubiera matado si doy un paso adelante, mas todo juego perdido dá su revancha. Tenéos firme, maestro Benvenuto, tenéos firme!

Dijo esto último dirigiéndose á sus acompañantes, gente experimentada y que no querian mas que ganar ~~happadamente~~ sus honorarios, matando ó haciéndose matar, y que al retirarse lo habian hecho por obedecer á las órdenes de su amo. Los esbirros le prometian ser mas afortunados en una emboscada; pero como pretendia Marmagne que su presencia habia desgraciado el golpe intentado aquel dia, les dijo para poner su honor á cubierto, que no les acompañaria, y que ellos solos se compondrian como pudieran. Esto era precisamente lo que deseaba.

En seguida y despues de recomendarles el sigilo, se fué á casa del preboste de París y le anuncio que definitivamente habia resuelto como medios mas seguro para disipar toda sospecha, dilatar el castigo de Benvenuto hasta el dia en que encargado de alguna obra preciosa, ó que condujese dinero se internase, como no tardaria en suceder, en alguna calle apartada y solitaria.

De esta manera crecian que habia sido Benvenuto asesinado por robale.

Ahora nos resta conocer hasta qué punto fueron satisfechos los votos de la señora de Etampes, de Ascanio y de Cellini.

III.

UNA CORTE.

En este tiempo había concluido Ascanio el dibujo de su lirio, y sea por curiosidad ó por una fuerza singular y desconocida que atrae á los desgraciados hacia el objeto de su desventura, se encaminó hacia el palacio de Etampes. Eran las dos de la tarde, justamente el momento en que la duquesa brillaba como una reina rodeada de su corte; pero las mismas órdenes que había en el Louvre respecto á Cellini, se habían repetido en el palacio de Etampes para Ascanio.

Así que se presentó el jóven le introdujeron en una antesala mientras iban á prevenir á la duquesa. Esta se estremeció de alegría al pensar que Ascanio podía considerarla en todo el esplendor de su soberanía, y dió algunas órdenes en voz baja á Isabel, que fué la encargada del mensaje.

En su consecuencia volvió inmediatamente donde se hallaba Ascanio y tomándole de la mano, sin decir palabra, le siguió por una galería, levantó un gran pabellón y le empujó dulcemente hacia adelante. Ascanio se encontró sin saber como en el salón de recibo de la duquesa, detrás del sillón de la soberana, que adivinando ya su presencia mas por la secreta emoción que experimentó que por el leve ruido que izo la colgadura al rozar su espalda, fué á separarla de suerte que en la posición que ocupaba Ascanio casi selló sus labios en la linda mano.

Estaba, como hemos dicho, la bella duquesa rodeada de una verdadera

corte. Estaba á su derecha sentado el duque de Medinasidonia, embajador de Carlos V y el señor de Montbrion, ayo ó preceptor de Carlos de Orleans; á su izquierda el hijo segundo del rey, y los demás señores y grandes personajes se mantenian formando un estenso círculo. Entre los principales magnates del reino, generales, diplomáticos, magistrados, grandes y artistas, se hallaban tambien algunos jefes del partido protestante, á quienes en secreto favorecia la señora de Etampes; pero todos eran señores de la corte del rey, convertidos en cortesanos de la favorita, y ofrecian en aquella reja sala un movimiento de brillantez que deslumbraba á primera vista.

La conversacion giraba en este instante, amenizada con mil chistes y alusiones graciosas, sobre Diana de Poitier la querida del Delfin, y mortal enemiga de la de Etampes; solamente Ana no tomaba parte en esta guerra de retruécanos y maliciosas agudezas, sino de vez en cuando por algunas palabras ó frases rápidas lanzadas como al acaso; «vamos, señores, vamos, no murmurar de Diana demasiado, porque se ofenderia Endymion; ademas esa pobre Diana se casará el dia de mi nacimiento;» pero aparte de estas chispas con que animaba el asunto que en general se discutia, solo hablaba á media voz con sus dos vecinos, pero de una manera bastante perceptible para hacerse oir de Ascanio, humilde y perdido entre tantos ilustres caballeros.

—Si, de Montbrion, decia confidencialmente la bella duquesa á su vecino de la izquierda, es menester que hagamos de vuestro educando un principe admirable: ese es el verdadero rey del porvenir; ahí tiene, mis ambiciones se cifran todas en pro de este querido niño, y trabajo en este mismo momento por crearle una soberania independiente. Enrique II, pobre señor, será aqui [para entre nosotros sin duda alguna el rey de Francia; pero nuestro rey será un rey francés, abandonaremos á su heredero, á Diana y á Paris; pero llevaremos con nosotros, con nuestro Carlos el genio de la Francia. Donde yo vaya, allí estará la corte, mudaré de sol; pero tendremos á los grandes pintores como el Primalice, á los sublimes poetas como Clemente Marot que se rebulle allí bajo en un rincon sin hablar palabra, lo que prueba evidentemente que desea recitar nos alguna composicion. Todos esos que nos acompañan tienen mas vanidad que interés, están mas descosos de gloria que de dinero. No será el que posea mas grandes riquezas; pero si el que prodigará sus mas sinceros elogios, y el que los merezca, será siempre grande, atendido á que conseguirá alcanzar una buena reputacion, particularmente entre las gentes del pueblo en que brille su ingenio.

■ El Delfin solo ama los torpeos. ¡Y bien! se reservará para sí la gloria de

las latas y de las espadas, y nuestra será la de las plumas y los pinceles. ¡Oh! estad tranquilo señor de Montbrion, que jamás me dejaré envolver por Diana, reina en expectativa. Que espere pacientemente su reinado del tiempo y de la casualidad; yo entretanto me habré hecho el mío dos veces. ¡Y que me decís del ducado de Milán! No estaréis allí muy apartado de vuestros amigos de Génova; porque yo conozco que las nuevas doctrinas de Alemania no os son indiferentes. Ya hablaremos de esto y os diré cosas que os sorprenderán, tanto más cuanto que Diana se ha hecho la protectora de los católicos; ella proteje, y yo protesto; es muy sencillo.

En seguida, con un ademán imperioso y una mirada penetrante, terminó sus conferencias, acabadas de decir estas palabras, que dejaron aturdido al ayto de Carlos de Orleans. Quiso contestarle, pero la duquesa se había dirigido al duque de Medinasidonia.

Ya hemos diebo que Ascanio estaba en posición de oír todo.

—Y bien, señor embajador, dijo la señora de Etampes; ¿se decide por fin el emperador á atravesar por Francia? No tiene otro recurso á decir verdad, se primo Enrique VIII arrebataría sin escrupulo su persona en los mares, y si escapaba á los ingleses, caería en manos de los turcos; por tierra, los príncipes protestantes se opondrían á su paso; ¡con que qué recurso le queda! Es menester cruzar la Francia y sería muy cruel sacrificio renunciar á castigar la rebelión de los gantenses, sus queridos compatriotas, porque nuestro gran emperador Carlos, es hijo de Gante. Hemos podido observar el poco respeto que ha guardado en cierta ocasión á la magestad real, y estos son los recuerdos que le hacen hoy tímido y circunspecto, señor de Medina. ¡Oh! nosotros le conocemos muy bien, teme que el rey de Francia vengue al prisionero de España y que pague al prisionero de París el resto de la deuda contraída por el cautivo del Escorial; pero puede tranquilizarse; si aun no ha comprendido nuestra caballeresca lealtad, habrá oido hablar de ella y espero....

—Sin duda, señora duquesa, dijo el embajador; conocemos la lealtad del rey Francico I, obrando por sí, pero tememos...

El duque se detuvo:

—Si, teméis á sus consejeros, no es verdad? repuso la duquesa. Si, si, ¡oh! Yo sé bien que un consejo expresado por los seductores labios de una linda boca, que un consejo que adquiriese una forma graciosa y galante, no dejaría de influir en el ánimo del rey. A vos os toca conjurar esto, y tomar vuestras medidas; sin embargo, á pesar de todo, debéis tener plenos poderes ó en su defecto algún papel firmado en blanco en el que se podrán poner muchas cosas en pocas palabras; sabemos muy bien como se hacen

—27—

estas negociaciones, habíais estudiado la diplomacia y había pensado pre-
tender del rey que hiciese á mi embajador tambien, estendido á mi natural
inclinación hacia los asuntos de Estado. Si, yo conozco que será penoso á
Carlos V permitir la ocupación de una parte de su imperio, por desempeñar
su persona ó por asegurar su inviolabilidad. Por otra parte, la Flandes es
una de las mas bellas flores de su corona, es la herencia entera de su abue-
la paterna, María de Borgoña, y es muy duro renunciar á ella por un rasgo
de pluma, cuando despues de haber hecho de este patrimonio un gran du-
cado, podria muy bien con el tiempo convertirlo en una pequeña monar-
quía; pero ¿de que estoy hablando? ¡Dios mio! yo que tengo tanto horror á
la política, porque dicen que pone feas á las mujeres. Es verdad que de
tiempo en tiempo dejo deslizarse sin parar la atención algunas palabras so-
bre los negocios de Estado; pero si S. M. insiste en examinar mas á fondo
mis ideas, le suplico mudar de asunto en sus conversaciones y hasta algunas
veces, tomo el partido de huir de su lado, y dejarle solo entregado á sus
reflexiones. Yo sé que me direis siendo un hábil diplomático y conociendo
á los hombres, que soy precisamente estas palabras lanzadas al acaso, las
que germinan en las imaginaciones del temple de la del rey, y que estas
palabras que se creen disipadas por el viento tienen casi siempre mas in-
fluencia que un largo y razonado discurso. Esto es muy posible, señor du-
que de Medina, pero yo no soy mas que una pobre mujer, que no se ocupa
mas que de prendidos y vagatelas; vos como es natural entendéis mil veces
más que yo de todas estas cosas graves, mas tambien el león puede necesi-
tar alguna vez de la débil hormiga, y la barquilla salvar la tripulacion de un
gran buque. En fin, no estamos muy distantes de entendernos, señor du-
que, porque no se trata mas que de entenderse.

—Si quisierais vos, señora, dijo el embajador, sería cosa resuelta.

—Quien da hoy recibe mañana, continuó la duquesa sin responder di-
rectamente; siempre me escitará mi instinto de mujer á aconsejar á Fran-
cisco I acciones grandes y generosas; pero muchas veces el instinto trastorna
el criterio á la razon. Es menester pensar tambien en el interés bien en-
tendido de la Francia; mas yo confío en vos, señor de Medina; os pe-
diré consejo, y calculado todo, creo que el emperador podrá aventurarse
bajo la garantía y la fé de la palabra del rey.

—Ah! si vos estuvieseis por nosotros, no titubearíamos.

—Señor Clemente Marot, dijo la duquesa interrumpiendo bruscamente
la conversación y fingiendo no haber oido la exclamación del embajador;
señor Clemente Marot, ¿no tieneis por casualidad hay algun lindo medi-
gal q sigua, soñito que leernos?

—Señora, dijo el poeta, sonetos y madrigales son para vos flores de cielo, que se marchitan al sol de vuestros bellos ojos; solo una décima se me ha ocurrido improvisada al contemplaros.

—De veras! pues bien, ya os escuchamos. ¡Ah! bien venido, señor preboste, perdonadme si no he reparado en vos desde luego; ¡me traéis algunas noticias de vuestro yerno futuro, nuestro amigo el conde de Orbec!

—Sí, señora, respondió de Estourville, me ha dicho que vendría al instante, y espero que le veamos dentro de poco.

Un casi ahogado suspiro hizo estremecer á la señora de Etampes, pero sin volverse hacia el que lo había lanzado.

—Será bien venido para todos. Y bien, vizconde de Marmagne, continuó la duquesa; ¿habéis hallado la funda de vuestro puñal?

—No, señora, pero no estoy lejos de ello, porque sé dónde y cómo la encontraré.

—Buen éxito entonces, señor vizconde. Cuando gusteis, maestro Clemente, todos nosotros somos orejas para escucharos.

—Es sobre el ducado de Etampes, dijo Clemente Marot.

El poeta leyó su décima, que era un juguete gracioso de palabras, y cuyo pensamiento; dedicado al elogio de la de Etampes, consistía principalmente en suponer que Júpiter había situado en Francia, personalizado en la duquesa, uno de los bellísimos y celebrados valles de Tessalia.

Terminada su lectura, la señora de Etampes aplaudió con las manos y con su sonrisa, y todos los demás aplaudieron también.

—Vamos, dijo ella, veo que al mismo tiempo que á mí, Júpiter ha transportado Pindaro á Francia.

—Diciendo así, se levantó la duquesa y todo el mundo se levantó; tenía razon esta mujer en creerse la verdadera reina, porque también con un ademán de reina despidió á sus cortesanos, y como á una reina la saludaron todos retirándose.

—Quedad aquí, dijo á media voz á Ascanio.

Ascanio obedeció.

Mas cuando todos se habían retirado, no fué la reina desdeltosa y altanera, sino la mujer humilde y apasionada la que se dirigió al jóven.

Nacido Ascanio en la oscuridad, educado lejos del mundo, en la claustral mansión del estudio de su maestro, huésped inesperado de los palacios, á donde rara vez había seguido á Cellini, estaba aturdido y deslumbrado por esa brillantez, ese movimiento y esa conversación ligera, galante y peculiar de los salones. Había sentido su cabeza alguna cosa

parecida á un vértigo, cuando oyó hablar á la señora de Etampes tan sencillamente, ó mas bien, con tanta coquetería, de proyectos graves, y decidir en una frase familiar los destinos de los reyes y las fortunas de los reinos. Esta mujer, como otra segunda Providencia, acababa de dar en cierta manera á cada uno su parte de dolores y de alegría, y con la misma mano que había aliviado de cadenas, había derribado coronas. Esta caprichosa soberana de las mas elevadas cosas de la tierra, tan fiera y orgullosa con sus nobles aduladores, se dirigía á él, no solamente con la mirada de una mujer que ama, sino tambien con el aire suplicante de la esclava que teme y sin saber por qué ni cómo. Ascanio, de simple espectador, vióse convertido en el personaje principal del drama.

Ya había la duquesa calculado y conducido hábilmente este efecto. Ascanio conocía el imperio que esta mujer ejercía á su pesar, no sobre su corazón, pero si sobre su pensamiento, y á pesar de ser tan niño, se armó de frialdad y severidad para ocultar su turbación. Quizás entre él y la duquesa había visto deslizarse como una sombra, á su casta Colomba con su lanza túnica y frente angelical.

IV.

AMOR, PASIÓN,

Señora, dijo Ascanio á la duquesa, no sé si recordareis haberme encargado un lirio; mandásteis os trajera el dibujo tan pronto como le acabase. Esta mañana le he concluido y vedlo aquí, señora.

—Tiempo tenemos, Ascanio, dijo la duquesa con una sonrisa y una voz de sirena, de ocuparnos de eso. Sentáos. Y bien, mi bizarro joven, ¡vuestra herida?

—Me hallo de ella completamente restablecido, señora, contestó Ascanio.

—Restablecido de la espalda, ¡pero de aquí? dijo la duquesa señalando con su mano el corazón del joven, con un ademan lleno de gracia y ternura.

—Os ruego, señora, olvidéis todas esas locuras con que ha debido de importunar á vuestra señoría.

—¡Dios mío! ¡por qué mostrais ese aire tan severo! ¡Qué es lo que oscurece vuestra frente? ¡Os fastidaban todos esos hombres, verdad, Ascanio? ¡Pues á mí también! Yo los odio y los aborrezco, pero les temo. ¡Oh! qué pesado se me hacia el tiempo que tardaba en estar sola con vos, pero ya habeis visto como los he despedido á todos prontamente.

—Teneis razón, señora; yo me encontraba en medio de tan noble compañía como extraído de mi centro; yo, pobre y humilde artista, venido aquí simplemente para mostraros este lirio.

—Enhorabuena, Ascanio, continuó la duquesa meciendo su cabeza; pero vos os mostrais bien frío y bien sombrío con una amiga: el otro dia habeis estado tan espansivo y tan confiado, ¿de qué proviene este cambio, Ascanio? Sin duda de algun discurso de vuestro maestro que no puede verme; ¡qué os dice de mi Ascanio? Vamos, sed franco, ¿habéis hablado de mí con él, es verdad? Os habrá dicho que era peligroso fiarso de mí, que la amistad que yo os mostraba oculta algun lazo que os tendía, os habrá dicho, responded, que yo os detestaba quizás?

—Me ha dicho que vos me amais, señora, respondió Ascanio mirando fijamente á la duquesa.

La señora de Etampes permaneció un instante como sorprendida bajo el peso de mil ideas y pensamientos contradictorios que luchaban en el interior de su alma; sin duda deseaba que conociese Ascanio su amor, pero hubiera querido tiempo para prepararle, y destruir poco á poco, sin parecer interesada, su pasión por Colombia. Mas ya descubierta la emboscada, sólo podía vencer mostrándose abiertamente en batalla campal. Así que sin vacilar un punto, adoptó este partido.

—¡Y bien, si! dijo ella, yo te amo ¡es esto un crimen? ¡Es siquiera una falta suficiente para condenarme á su amor ó á su odio? Jamás hubieseis sabido que te amaba, porque ¡á qué fin conducía el decirselo, cuando tú amas á otra? pero ya que este hombre te lo ha revelado todo, ya que te ha mostrado mi corazón, me alegró, ha hecho bien, Ascanio. Repara, considera despacio mi amor, y verás una adoración tan profunda que te conmoverá, y entretanto á tu vez, ¿entiendes bien, Ascanio? es menester que tú me ames.

La de Etampes, naturalmente superior y fuerte, desdeñosa por penetración y ambiciosa por aburrimiento, había hasta aquí tenido muchos amantes, pero no un amor. Había seducido al rey, sorprendido al almirante Brion, fascinado al conde de Longuebal, pero en todas estas intrigas la vanidad había sustituido á los pensamientos del corazón, hasta que llegó un día en que encontró ese amor joven y verdadero, tierno y profundo. tantas veces llamado y siempre oculto; pero esta vez otra mujer se le disputaba. ¡Ah! ¡tanto peor para ella! ignoraba con qué implacable pasión tenía que luchar; toda la resolución, toda la violencia de su alma debía imprimirla Ana en su ternura; esta mujer no sabía aun qué fatalidad debía temer de la duquesa de Etampes como rival, de la duquesa de Etampes qué quería á su Ascanio para ella sola, y que con una mirada, una palabra ó un gesto podría romper todo lo que se encontraba entre ella y él. Esto así, la suerte estaba arrojada, y la ambición y la belleza de la favo-

rita del rey , solo pedía emplearse en su amor hacia Ascanio , y en sus celos contra Colomba.

¡Pobre Colomba! que en este momento estaría tal vez llorando , y arrodillada en su oratorio.

Ascanio en presencia de un amor tan franco y tan formidable , se sentía al mismo tiempo fascinado y lleno de susto y de confusión. Benvenuto le había dicho , y Ascanio lo comprendía ahora , que no se trataba aquí ya de un capricho , y no le faltaba la fuerza que lucha , sino la experiencia que engaña y somete. Tenía apenas veinte años , y era demasiado cándido para fingir ; se imaginó , pobre niño , que el recuerdo evocado de Colomba , que el nombre de la sencilla joven , pronunciado solamente , le sería un arma ofensiva y defensiva , un arco y un escudo , sin pensar que así clavaba más profundamente el dardo en el corazón de la señora de Etampes , que quizás hubiera abandonado un amor sin rivalidad y sin lucha.

—Vamos , Ascanio , repuso con mas calma la duquesa , observando el silencio del joven y asombrada quizás de sus mismas palabras ; olvidemos por hoy el amor que os ha revelado una palabra imprudente y pronunciada fuera de propósito ; no pensemos mas que en vos solo. ¡Oh! ya os estimo mas por vos mismo que por mí , os lo juro.

—Yo deseo iluminar el sendero de vuestra vida como habeis hecho con la mia. Sois huérfano , tenedme á mí por madre. Habeis escuchado lo que hace un instante decia yo á Montbrion y á Medina , y creeríais que era yo sola la ambiciosa , pero no es así ; mi ambición conspira solo en vuestro provecho. ¡Desde cuándo creeis que he pensado en el proyecto de crear para un hijo de Francia un ducado independiente en el corazón de la Italia? Desde que os vi , desde que os amo. Si yo soy allí bajo la reina , ¿quién será el verdadero rey? Vos y solo vos. Por vos trocaré de lugar , de imperio y de reino. ¡Ah! vos aun no me conocéis , ni sabeis qué clase de mujer soy! Ya lo veis , os digo puramente la verdad , os descubro mis proyectos. Ahora es preciso que me descubrais vuestros secretos ; hacedme , Ascanio vuestra confidente , decidme cuáles son vuestros deseos para que los realice yo ; cuáles vuestras pasiones y las vereis al punto satisfechas.

—Mi deber y mi deseo , señora , es el de ser tan sincero y tan leal con vos , como vos lo sois conmigo ; debo confesaros francamente la verdad , como vos me la habeis dicho antes á mí. Yo no pido ni ambiciono otra cosa que el amor de Colomba.

—Pero si ella no te ama ; me has dicho tú mismo.

El otro día es verdad que desesperaba ; pero hoy quién sabe... Asca —

pio bajó los ojos y el tono de voz. Me amais vos, señora, demasiado, añadió.

La duquesa permaneció un instante como aterrada ante esta terrible verdad, adivinada por el instinto de la pasión. Hubo un momento de silencio, pero bastó también solo un momento para que se recobrara la duquesa.

—No hablemos más por hoy de los asuntos del corazón, dijo la duquesa, ya os lo he suplicado antes y reitero de nuevo mi ruego. Conozco muy bien que el amor no es todo lo que constituye la felicidad de los hombres; veamos, por ejemplo: ¿no habéis nunca ambicionado los honores, la riqueza, la gloria?

—¡Oh! sí, sí; un mes hace que me abrumen ardientemente esos deseos, respondió Ascanio arrastrado á su pesar por la corriente de una idea, constante.

Aquí hubo una nueva pausa.

—¿Amais el suelo de Italia? continuó Ana con esfuerzo.

—Sí, señora, mucho; respondió Ascanio. Allí, señora, es tan dulce el eco de la conversación bajo las enramadas bóvedas de los naranjos, respirando los perfumes del azahar, y considerando como la blanca brisa acaricia y presta desconocidos y nuevos encantos á las más seductoras bellezas.

—¡Oh! llevarte allí conmigo, conmigo sola! ¡Ser toda para tí como tú lo serás para mí! ¡Dios mío, Dios mío! exclamó la duquesa arrebatada ella misma por el impulso de su amor; pero de pronto, temiendo la desesperación de Ascanio, se repuso y continuó: Creo, dijo, que ante todo amais las artes.

—¡Ante todo yo amo! ¡Amar! dijo Ascanio. ¡Oh! no soy yo, no, es mi maestro Cellini quien dá vida á sus creaciones; el sublime artista, el grande, el admirable es él; yo soy un pobre aprendiz, le he seguido á Francia, no por ganar riquezas, no por adquirir gloria, sino porque le amaba, porque me era imposible separarme de él, y porque en esa época él era el todo para mí. Yo no tengo voluntad personal, carezco de fuerza de independencia, y me he hecho platero por agradarle, y porque lo deseaba, y soy cincelador porque él era entusiasta de las cinceladuras finas y delicadas.

—¡Pues bien! dijo la duquesa, escucha: vivir en Italia casi rey, proteger á los artistas, á Cellini el primero, prodigarles el bronce, la plata y el oro que cincelar, fundir y modelar, amar y ser amado sobre todo; ¡esto, decid, Ascanio, no es un bello ideal?

—Señora, ese es el paralelo al falso con Colombia, á quien amo y de quien soy amado.

—¡Aun Colombia, siempre Colomba! exclamó la duquesa. ¡Pues, que siempre aparece obstinadamente en nuestra conversación y en nuestras almas, pues que Colombia está aquí siempre con nosotros; sin cesar, delante de tus ojos, y sin cesar, en tu corazón, hablamos de ella y de mí francamente y sin hipocresía: tú sabes muy bien que ella no te ama.

—¡Oh! no, yo no lo sé, señora.

—Pero ella se casa con otro, exclamó la duquesa.

—Su padre quizás la obligue, respondió Ascanio.

—¡Su padre! ¡y crees tú que si me amases como tú la amas, crees, si yo estuviera en su lugar, que existiría en el mundo una fuerza, una voluntad, un poder que nos separara al uno del otro! ¡Oh! yo lo abandonaría todo, me escaparía, huiría contigo haciéndote guarda de mi honor, y entregándote mi amor y mi existencia! ¡No, no, yo te digo que ella no te ama, y si quieres que aun te diga alguna cosa más, me atrevería á jurar que tú no la amas á ella tampoco!

—¡No amar yo á Colombia! ¡Señora me parece que habéis dicho que yo no la amaba!

—No, tu no la amas, te engañas á tí mismo. A tu edad se toma por amor la necesidad de amar; si tú me hubieses visto la primera, sería á mí quien amases. ¡Oh! cuando pienso que tú podías amarme! pero no no; vale más que tú me escogas. Yo no conozco á esa Colombia, pero ella será bella, pura, será todo lo que tú quieras, pero las mujeres en esa edad no saben amar. No es ciertamente Colombia la que te diría lo que yo acabo de decirte, y que tú desdeñas; tendría ella demasiada vanidad, demasiada reserva y demasiada vergüenza quizás; pero yo, mi amor es sincero y habla ardientemente, tú me desprecias porque hallas en mí que olvido mi carácter de mujer, porque no soy disimulada. Algun dia cuando conozcas mejor el mundo cuando hayas penetrado profundamente en el curso de la vida y te encuentres tan solo en el sendero de los dolores, entonces te arrepentirás de tu injusticia y me admirarás, pero yo no quiero ser admirada, Ascanio, que yo ser amada, lo repito, y si te amase menos podría ser falsa, hábil, coqueta, pero yo te amo demasiado para seducirte. Yo quiero recibir tu corazón, poseerlo, pero no 'arrebatarlo. ¿A qué te conducirá tu amor hacia esa niña? responde; serías desgraciado toda tu vida, mientras que yo puedo servir de grande utilidad. Yo he padecido extraordinariamente, y desde luego Dios quizás permita que el exceso de mi sufrimiento sea en descuento tuyo; ade-

mis, mi riqueza, mi poder, mi experiencia, todo lo pongo á tus pies. Con-
tagrará mi vida á la tuya, y te alejaré de toda suerte de errores y de cof-
rapciones; para llegar á la fortuna y hasta á la gloria, es muy frecuente que
un artista tenga que arrastrarse como un reptil, y tú nada tendrás que temer de todo esto conmigo; te elevaré sin cesar; yo seré tu escabel, y á mi
lado serás siempre el sublime, el noble, el puro Ascanio.

—Y Colombia, Colombia, señora! ¿no es tambien ella una perla inma-
culada?

—Creeme, hijo mio, respondió la duquesa pasando de la exaltacion á la
melancolia; tu casta, tu inocente Colombia, te haria sobrellevar una existen-
cia árida y monótona. Sois ambos demasiado divinos, y Dios no ha creado
los ángeles para unir los unos á los otros, sino para hacer mejores á los
malos.

Dijo la duquesa todo esto con un acento tan elocuente, con una voz tan
plenamente sincera, que se sintió Ascanio, á su pesar, dominado por un sen-
timiento de ternura.

—¡Ah! señora, le dijo; bien persuadido estoy de vuestro amor, que me
commueve tiernamente; pero aun es mejor amar!

—¡Oh! ¡cuán verdad es eso! cuán verdad es lo que dices! mas amo yo tus
desdene, que las mas dulces palabras del rey. ¡Oh! ahora amo por la pri-
mera vez, si, por la primera vez, yo te lo juro.

—Con que ¿no amais al rey, señora?

—No; yo soy su dama, pero sin que por eso sea mi amante.

—Pero él os ama aun!

—¡Dios mio! respondió Ana mirando fijamente á Ascacio, y apretanto sus
manos entre las suyas, ¿seré yo tan dichosa que te inspirara celos, temencias
que el rey te hiciese sombra? pues escucha: yo he sido hasta ahora para ti
la duquesa rica, noble y poderosa, ofreciéndote arrebatar coronas y derribar
tronos, pero atiende; preferirías tú la muger pobre, sencilla, solitaria, fue-
ra del mundo, vestida con una simple túnica blanca, y adornada con una
flor de los campos en sus cabellos? ¿preferirías mejor esto Ascanio? Pues
bien, abandonaremos á París, el mundo y la corte. Partiremos, nos refugia-
remos en un rincon de tu Italia, bajo la sombra de los altos pitos de Ro-
ma, ó en las inmediaciones del magnifico golfo napolitano. Mirame, pronta
estoy á todo. Oh! Ascanio, Ascanio! ¿no es cierto que lisonjeará tu orgu-
llo, el que te sacrificie un amante investido de la púrpura sugrada?

—Señora, dijo Ascanio que á su pesar sentia propagarse en su corazon
el fuego de tan ionensa pasion; señora, mi alma es muy activa y exi-
gente y no podéis darme lo pasado.

—¡Lo pasado! ¡Oh! ¿hé aquí lo que sois los hombres, crueles siempre! Lo pasado! ¿debe responder siempre de su pasado una débil y desventurada mujer, cuando con casi siempre los acontecimientos y las cosas mas extraordinarias, las que nos arrebatan nuestro pasado? Supon por un instante que arrastrado por una tempestad te envolviese un torbellino y te condujera hacia Italia; cuando regresaras despues de un año, de dos ó de tres, deseando á tu Colombia, á quien amas tanto hoy, y que obedeciendo á sus parientes, se hubiese casado con el conde de Orbec, ¿dudarías de su virtud? ¿La castigarias por haber obedecido á uno de los mandamientos de Dios? Y si ella no conservase recuerdo alguno, supon que no te conorries y abrumada de fastidio y de dolores, olvidándose un instante de Dios, deseas tener alguna idea de ese paraíso, cuya puerta se le había cerrado y que se llama del amor; que amase aun otro ser que á su marido, á quien ella no podia amar; si en un momento de delirio concebiese su alma á otra alma, ¿seria á tus ojos una mujer perdida, deshonrada en tu corazon? ¡Hé ahí una mujer que no podria abrir su esperanza á la felicidad, porque no tendría su pasado que derte en cambio de tu corazon! ¡Oh! ¡te lo repito, eso es injusto, es cruel!

—Señora....

—¿Quién te ha dicho que no es esa mi historia? Escucha lo que yo te digo, cree lo que te afirmo; repito que he sufrido extraordinariamente, y á esta mujer que tanto ha padecido la perdona Dios, y tú no la perdonas porque no comprendes como él, que es mas grande, mas sublime, alzarse del abismo donde se ha precipitado un alma, que pasar por su orilla con el condal de la felicidad en los ojos. ¡Oh, Ascanio, Ascanio! te habia creido mejor que los demás porque eras mas niño y mas bello....

—¡Oh señora!

—Tiéndeme la mano Ascanio y de un salto me lanzaré del fondo de esta silla para alzarme hasta tu corazon. Si tú lo deseas así, romperé mañana mismo con el rey, con la corte y con el mundo. ¡Oh! yo soy valiente en amor, y no porque quiera parecer mas grande de lo que soy, porque no es tan grande el sacrificio, no; creeme. Las lisonjas de todos esos hombres no valen una de tus miradas; pero si tú me creyeses, querido niño, dejármelas reservaré mi autoridad y continuaré mis proyectos sobre ti y para ti. Yo te haria grande, y yo otro; los hombres pasais por el amor para llegar á la gloria, sois ambiciosos tarde ó temprano, pero los sois por fin. En cuanto al amor del rey, no te inquiete, yo te inclinaré sobre alguna otra á quien otorgará su corazon, reservándome solo su dominio. Con que así Ascanio, escojed; poderoso por mí y conmigo, ó yo humilde para tí y contigo. Eres

un momento, ya lo has visto, ocupaba yo esa silla y los mas grandes y mas poderosos señores de la corte estaban á mis pies; ahora siéntate en mi lugar, yo lo quiero, siéntate que yo soy ahora quien se postra á los tuyos. ¡Oh! que bien estoy así, Ascanio, y cuán feliz; cuán dichosa soy solo con verte y con mirarte! Palideces Ascanio, ¡Oh! si solamente quisieras decirme que me amarías algun dia, mas tarde, mucho mas tarde!

—¡Señora, señoral! exclamó Ascanio ocultando su cabeza entre las manos cerrando á la vez sus ojos y sus oídos; tal era su convencimiento de que la mirada y el acento de la sirena lo fascinaban.

—No me llames, señora, no me llames tampoco Ana, dijo la duquesa separando las manos: del joven pero sin soltarlas de las suyas: llámame Luisa que es mi nombre también, pero un nombre que nadie me ha dado, un nombre que será tuyo solo. ¡Luisa Luisa!.... Ascanio, ¿no te parece que es muy dulce este nombre?

—Yo sé otro mas dulce ana dijo Ascanio.

—¡Oh! ten cuenta Ascanio, esc'amo herida la leona, quo si tú me haces pidecer deniasiado, puedo llegar el dia en que te odio tanto como te amo!

—¡Dios mio, señora! respondió el joven sacudiendo su cabeza, como si quisiéra librarse de un peso enorme, ó de una fuerza superior que le opri-mia; vos sois, señora, quien confundis mi razon y trastornais mi alma! ¡estoy delirando, ó qué pesadilla tan horrible se ha apoderado de mí? perdonad, si mis labios han pronunciado palabras duras que puedan ofenderos; quería despertarime á mi mismo del sueño que me fatigaba. Os veo ahora aquí á mis pies, vos señora, hermosa, adorada, vos reina! no es posible que existan tentaciones como estas, sino para la perdicion de las almas; si, vos lo habeis dicho, queréis salir del abismo, pero en lugar de conseguirlo, pre-tendeis atraerme á mí á él, y en lugar de remontaros conmigo, queréis precipitarme con vos. ¡Ah! no pongais mi debilidad á tamaña prueba!

—Aqui no hay prueba, ni tentacion, ni sueño: solo hay para nosotros una realidad positiva y esplendorosa; ¡yo te amo, Ascanio, yote amo!

—Vos me amais, pero algun dia os arrepentiriais de ese amor, ó me echa-ríais en cara lo que habíais hecho en mi beneficio, ó lo que hubiera dejado de hacer yo en el vuestro.

—¡Ah! tú no me conoces, exclamó la duquesa; ¡tan débil me crees para arrepentirme! pues bien; ¡quieres una prueba, necesitas una garantía?

Y diciendo asi se dirijó vivamente Ana hacia una mesa en que había papel y tintero, y arrebatando una pluma, escribió apresuradamente algunas palabras.

—Toma, dijo ella, duda aun si te atreves.

Yote amo, Ascaniol sigueme donde yo vaya ó déjame seguirte donde tú quieras.

ANA D^r HELLY.

—Oh esto no puede ser; esto no puede ser, señora, mi amor seria para vos una vergüenza.

—¡Una vergüenza! exclamó la duquesa, ¿de qué habia de avergonzarme tengo demasiado orgullo para eso, y el orgullo en mí es una virtud.

—¡Ah! yo conozco otra mas dulce y mas santa; dijo invocando en su imaginacion por un esfuerzo desesperado el recuerdo de Colomba.

El golpe produjo su entero efecto; la duquesa se puso de pies, temblando de rabia y de indignacion.

—Sois un niño preocupado y cruel, Ascanio; dijo con acesto entrecortado; deseaba ahorraros penas y tormentos, pero ahora veo que solo el dolor puede enseñaros el camino de la vida; ya vendreis á mi encuentro, Ascanio, herido y desgarrado, y entonces sabreis lo que vale vuestra Colomba, y lo que valgo yo: contad desde luego con mi perdón, porque os amo, pero de aquí á entonces pasarán cosas terribles, adios, ya nos veremos,

Acabando de decir estas palabras salió toda alterada de odio y de amor, pero olvidando que dejaba en manos de Ascanio las dos líneas que había escrito en un momento de delirio.

▼.

AMOR SONADO.

Cuando Ascanio perdió de vista á la señora de Etampes, se disipó la fascinadora influencia que difundía esta mujer, y vió claro en su rededor. Solo se acordaba de una cosa que había dicho: era factible que Colombia le amase y ser digno de su amor, cuando toda una duquesa de Etampes le amaba. Desde este momento no le pertenecía ya su existencia, de mucho le habría servido su instinto, suministrándole estas ideas, pero al inspirárselas, para que las prosifriesen sus labios, le había engañado. Si el carácter sencillo y recto del jóven hubiese aprendido el arte de la disimulación ó hubiese tratado de ensayarlo, no tendría que luchar con los inconvenientes que necesariamente había de hallar á cada paso, porque diciéndolo había prevenido á la alta y formidable duquesa, é iba á estallar una guerra tanto mas terrible cuanto que solo á Colombia amenazaba.

Sin embargo, no dejó de ser de gran provecho para Ascanio la escena arrebatada y peligrosa que tuvo con Ana, porque le inspiró un no sé qué de confianza y de exaltación inespllicable. Embargada su imaginación y embebido su espíritu del espectáculo á que había asistido, y como admirado de sus propios esfuerzos, se miraba así mismo revestido de una actividad y de una audacia que no poseía antes, así que resolvió decididamente saber á qué debía atenerse sobre sus esperanzas, y sondear el alma de Colombia. Si esta amaba al conde de Orbec, ¿con qué objeto sostener una lucha

contra la señora de Etampes? Entonces bien podría entregarse á ella para que dispusiera á su gusto de una existencia rebelde, desolada y perdida. Sería ambicioso, llegaría á hacerse sombrío y hasta malvado; pero ¿qué importaba? Sobre todo ya era indispensable no vacilar un instante mas, y penetrar con paso firme en el londo de su destino. En el último caso, el empeño de la señora de Etampes le respondía del porvenir.

Sugeríase Ascanio, esta decisión regresando por lo largo del Quai, y mirando al sol que se ocultaba por detrás de la ennegrecida torre de Nesle. Cuando llegó á su casa, cojío sin titubear algunas de las lindas bagatelas que trabajaban sus manos, y fué resueltamente hacia la puerta del pequeño Nesle, en la que sacudió cuatro golpes.

Por fortuna Petra se hallaba cerca, y sobrecojida de admiración y de curiosidad se dirigió precipitadamente á abrir la puerta, y cuando distinguió al aprendiz creyó deber mirarle con alguna frialdad.

—Ah! sois vos, señor Ascanio, dijo, ¿qué queréis, qué se os ofrece?

—Quería, mi buena Petra, enseñar ahora mismo estas joyas á la señorita Colombia. ¡Está en el jardín!

—Sí, en su alameda; pero esperadme.

Ascanio que no había olvidado el camino, se dirigió rápidamente sin pensar en la buena de la dueña.

—Vamos á lo que conviene, se dijo ella misma, deteniéndose para entreverse á profundas reflexiones; yó creo que lo mejor es dejarlos solos, y dejar á Colombia libre en la elección de sus joyas y regalos. Y como es probable, no les pese que no esté yo delante, no dejará Colombia de separar alguna cosilla para mí. Yo me apareceré cuando haya terminado sus ajustes, y entonces ciertamente que no estaría en el orden, ni sería justo rehusar cualquier fineza. Con que así, quedémonos para no escitar embarazo en el bello corazón de la sensible niña.

Ya se puede conocer que la honrada señora respetaba mucho los puntos que conciernen á la delicadeza. Ascanio distinguió á Colombia algo mudada, pero más bella, porque la palidez y melancolía que mostraba en su semblante prestaba nuevos encantos á su figura ideal. Parecía un ser de otra esfera distinta de los que pueblan la faz de la tierra, y admirándola más entusiasmado que nunca, recayó en las modestas aprensiones que el amor de la señora de Etampes había despipado un momentito. ¡Cómo figurarse qué ésta celeste criatura hubiese de amarle!

Delante estaban el trono del otro los dos admirables niños que se amaban hacia tanto tiempo, sin atreverse á confíarselo mutuamente y que tanto habían sufrido. Ahora debían sin duda en este encuentro, salvar en un instinto

el espacio que cada uno de los dos en sus sueños imaginarios habían recorrido. Se les presentaba la mas oportuna ocasión de explicarse, de deshagar su corazón, y de que brillasen en un primer traspunte de alegría, todos sus sentimientos tan penosamente reprimidos hasta aquí.

Pero los dos eran demasiado tímidos para esto, y no obstante la emoción que experimentaban y que sus miradas traídamente descubrían, no os incidió sus angelicas almas en el punto que con ansia buscaban, sino después de un grande rodeo y pesados circunloquios.

Colomba ruborizada y silenciosa, se levantó súbitamente de su asiento, impulsada por un movimiento rápido e involuntario. Pálido Ascanio, apoyaba su mano trémula en su corazón como si quisiera sujetarla y contener los saltos y latidos que le daba. Los dos á la vez se hablaron para decirse:—Os ruego señorita que me dispenseis el que aprovechando vuestro permiso venga á mostráros algunas bagatelas; al mismo tiempo que ella exclamaba.—Con gusto veo que os hallais enteramente restablecido, señor Ascanio.

Aunque misticamente se interrumpieron sus acentos, no estorbó esto para que sus dulces voces fuesen escuchadas claras y distintas del otro la de cada uno, porque Ascanio alentado por la sonrisa que naturalmente este incidente produjo en los labios de la niña, respondió con un poco mas de seguridad.

—Según eso, habeis tenido la bondad de acordaros alguna vez de que me hallaba herido?

—¡Oh! si; y á Petra y á mí, repuso Colombia, nos ha causado admiración y aun inquietud, el no veros en tantos días.

—No quería venir.....

—¿Por qué?

En este momento decisivo Ascanio tuvo que apoyarse contra un árbol y reuniendo todas sus fuerzas y todo su valor, dijo con voz palpitante:

—No tengo ya inconveniente en confessároslo, yo os amaba.

—¿Y ahora?

Esta exclamación escapada á Colombia hubiera disipado todas las dudas de otro mas hábil que Ascanio; pero para él solamente sirvieron á reanimar algun tanto sus esperanzas.

—Ahora, ¡ah! continuó; he medido la distancia que nos separa, y sé que sola la dichosa prometida de un noble conde.

—¡Dichosa! interrumpió Colombia sonriendo amargamente.

—¡Cómo! no amais al conde, ¡gran Dios! ¡Oh! hablad, ¿es porque no es digno de vos?

—Es rico, poderoso, de mas elevada alcurnia que yo; pero ¿le conoceis?

—No, y temo conocerle. Desde luego, [no se por qué, he concebido la idea de que sería un gallardo y arrogante jóven que os agradase.

—Tiene mas edad que mi padre y me asusta, dijo Colomba, ocultando la cara entre sus manos y con un gesto de repulsion que no fué dueña de contener.

Ascanio, loco de alegría, cayó de rodillas á sus pies, juntas las manos, pálido y con los ojos medio cerrados; una mirada sublime brillaba bajo sus párpados y una sonrisa bella como la esperanza divina, dilataba sus descoloridos labios.

—¿Qué teneis, Ascanio? dijo Colomba asustada.

—¡Qué tengo! exclamó el jóven recobrando en el exceso de su alegría la audacia que le había robado el dolor, ;qué tengo! ;yo te amo, Colomba!

—;Ascanio, Ascanio! murmuró Colomba con acento de reconvención y de ternura.

Pero demas se habian comprendido ya, sus corazones se adelantaban á sus palabras y antes que se apercibiesen, sus labios se habian confundido en una inocente y candorosa pasion.

—;Amigo mio! dijo Colomba rechazando dulcemente á Ascanio: se miraron como en éxtasis: los dos ángeles se reconocian.

En la vida humana no se repiten dos veces estos momentos.

—Con que asi, repuso Ascanio, ;no amais al conde de Orbec, me amais á mi?

—Amigo mio, dijo Colomba con su acento grave y dulce á la vez, hasta aqui solo mi padre me ha besado la frente, y esto bien rara vez; ¡ab! soy una ignorante niña, que nada sabe de la vida, pero he sentido en el estremecimiento que vuestro beso me ha causado que es mi deber no pertenecer en adelante mas que á vos ó al cielo. Si yo fuera de otro, estoy segura que cometaria un crimen; vuestros labios me han consagrado á ser vuestra prometida y esposa, y aunque mi padre me dijese que no, yo solamente creeria á la voz de Dios, que escucho decirme que si. Hé aquí mi mano que os pertenece desde ahora.

—;Ángeles del paraíso! escuchadla y protejednos, exclamó Ascanio.

El éxtasis no se pinta ni se cuenta y los que lo hayan experimentado hasta saben que es imposible expresar friamente las palabras, las miradas y las contracciones de las manos de dos seres puros y jóvenes cuando se aman. Sus almas tiernas se confunden como se confunden en uno solo dos arrollos cristalinos sin variar de naturaleza y de color; Ascanio no manchó

con la sombra de ningun pensamiento ruin ni villano la casta frente de su bien amaba; Colomba se apoyaba, confiada, en el hombro de su prometido; la virgen Maria los hubiera mirado desde su trono, sin que hubiese tenido que volver sus ojos á otro lado.

Cuando se comienza á amar, se procura cifrar en el amor toda la existencia entera; presente, pasado y porvenir: asi que desde el momento que se hablaron con confianza, se refirieron Colomba y Ascanio, todos sus dolores, sus incertidumbres y las esperanzas de los últimos dias, y era una relacion en extremo graciosa y original. Cada uno podia referir la historia del otro. Los dos habian padecido, y refiriéndose ahora sus cuitas, sonreian; pero hablaron del porvenir y entonces no podian menos que mostrarse serios y pensativos. ¿Qué les reservaba Dios para mañana? Segun las leyes divinas, el uno habia nacido para el otro, pero segun las conciencias, su enlace debia ser desigual y monstruoso. ¿Qué hacer? ¿Cómo persuadir al conde de Orbec á que abandonase su proyectada alianza, y cómo convencer á todo un preboste de Paris á que otorgara la mano de su hija á un pobre artista?

—Ah! amigo mio, dijo Colomba; os prometo no pertenecer mas que á vos ó al cielo; pero creo que seré de este último.

—No, dijo Ascanio, serás mia. Dos pobres criaturas débiles, como nosotros, no podian solos trastornar el orden de las cosas; pero yo hablaré á mi querido maestro, á Benvenuto Cellini, que es poderoso, Colomba, y que mira las cosas desde otra esfera mas elevada que en la que nosotros nos ajitamos. ¡Oh! él coaduce los sucesos de la tierra, con la misma firme voluntad, con que Dios debe mandar en el cielo, y todo lo que desea se realiza. Conseguirá sin duda alguna que seas mia, yo no sé como lo hará, pero estoy persuadido de que será asi. Desea siempre hallar obstáculos que vencer, y se lo confiará á Francisco I que convencerá á tu padre. Benvenuto salva los abismos, y la única cosa que él no podría conseguir, la has hecho tú sin necesidad de su auxilio; me amas y esto basta. Lo demás es bien sencillo, lo creo fácil querida mia, y ahora es cuando mas que nunca creo en los milagros.

—Ascanio mio, teneis esperanzas y me las haceis á mi concebir tambien. ¿Os parece que por mi parte seria conveniente que intentase algo, que diese algun paso que pudiera favorecer nuestros proyectos? Yo sé de alguna persona cuya influencia es poderosissima en el ánimo de mi padre. ¿Quereis que escriba á la señora de Etampes?

—A la señora de Etampes; exclamó Ascanio. ¡Dios mio! yo olvidaba....

Entonces Ascanio refirió sencillamente y sin fatuidad el cómo habia co-

nocido á la duquesa, su amor, y cómo en aquel mismo dia, y ~~en~~ ^{antes} de decidirse á ver á Colomba, se había declarado la enemiga mortal del ~~que~~ ^{que} que amaba; pero ¿qué importaba? ¡Todo esto no quería decir mas sino que sería mas atrevida y mas difícil la empresa que abrazaría Benvenuto y que tendría un adversario mas que vencer y que aterrizar.

—Amigo mío, dijo Colomba, vos tenéis confianza en vuestro maestro y yo la tengo en vos. Hablad á Cellini lo mas pronto posible, y que decida él nuestra suerte.

—Mañana mismo se lo confiaré todo. ¡Me ama tanto! me comprenderá al instanté; ¡pero qué tienes, mi Colomba! ¡estás ahora triste!

Cada frase de la relación de Ascanio, había hecho sentir á la pobre niña toda la extensión de su cariño, porque hería su alma con la emponzoñada aguja de los celos, y más de una vez había apretado convulsivamente á Ascanio la mano que mantenía entre las suyas.

—Ascanio, la señora de Etampes es hermosa y amada de un gran rey. ¡No ha sembrado en vuestro espíritu ninguna impresión! ¡Bios mío!

—A ti solo amo, Colomba.

—Esperadme, dijo ésta.

Al cabo de un instante volvió con un lirio blanco en la mano.

—Escucha, le dijo, cuando trabajas en el lirio de oro y ricas piedras de esa mujer, dirige alguna mirada hacia este tan sencillo de los jardines de Colomba. Y con tanta coquetería como hubiera podido emplear la misma señora de Etampes, depositó sobre la flor un beso y se la dió á su amante.

En este momento la buena Petra apareció por un extremo de la alameda.

—Adios, dijo precipitadamente Colomba con un ademán fugitivo, lleno de gracia, y poniendo su mano sobre los labios de Ascanio.

La dueña se acercó á ellos.

—Y qué hija mía, dijo á Colomba, ¡habéis reprendido á nuestro director y escogido adorables boutons?

—Tomad, señora Petra, dijo Ascanio, depositando en manos de la dueña la caja que había traído, pero que ni siquiera habían abierto; la señorita Colomba y yo hemos resuelto que vos misma escojáis el que mas os agrade, y que mañana volveré por los demás.

Después de esto se retiró dándole el corazón saltos de alegría y dirigiendo á Colomba una última mirada que expresaba mejor que las palabras todo cuanto tenía que decirle. Y Colomba por su parte quedó inmóvil, con las manos cruzadas sobre el pecho como si temiera se escapase la dicha que experimentaba, mientras que Petra consideraba con admiración los lindos dijes que Ascanio le había traído.

“ ¡Ah! terriblemente despertada de sus dulces sueños se vio la pobre niña.

Una mujer se presentó acompañada de dos de los criados del preboste.

—El señor conde de Orbec, dijo esta mujer, que vendrá pasado mañana, me manda hoy para que venga á ponerme á vuestras órdenes, señorita. Estoy al corriente de las últimas novedades de la moda, y de las mas elegantes maneras de vestir, y monseñores el conde y el preboste, me han encomendado haceros, señorita, un soberbio traje de brocado; la señora duquesa de Etampes quiere presentároslo á la reina el dia mismo de la partida de S. M. á San German, es decir, dentro de cuatro días.

Ya puede adivinarse sin mucha violencia qué dolorosa impresión produciría esta doble noticia en el ánimo de Colomba, despues de la escena que había tenido con Ascanio.

VI.

AMOR IDEADO.

Ascanio determinó confiar su secreto y depositar su destino en manos del maestro, al amanecer del siguiente dia; así es que se dirigió hacia la fundicion en que todas las mañanas Cellini trabajaba; pero en el momento en que iba á llamar á la puerta del cuarto sintió la voz de Scozzone, y pensando que tal vez estaría modelándola, se retiró discretamente para volver mas tarde. Para entretenér un poco el tiempo, empezó á pasearse por el jardín del grau Nasle, reflexionando lo que había de decir á Cellini y lo que probablemente Celini le contestaría.

Mientras, Scozzone no servía de modelo á su amo como pensaba Ascanio, ni había puesto ella hasta entonces con gran pesadumbre de su curiosidad, ni nadie, el pié en aquel cuarto, porque Benvenuto no sufria que se le interrumpiese, por lo que se incomodó terriblemente cuando al volver la cabeza, vió tras de sí á Catalina abriendo mas que nunca sus grandes ojos. Poco halló que satisfacer por entonces su indiscreto deseo de curiosear; algunos dibujos en las paredes, una cortina verde delante de la ventana, el bosquejo de una estatua de Hebe y una colección de útiles de escultura, constituyan todo el mueblaje del aposento.

—¿Qué te se ofrece, lagartija? ¿Qué vienes á hacer aquí? Por vida de mi anima, que me perseguirás hasta el infierno, exclamó Benvenuto al ver á Catalina,

—Ahí maestro, dijo Scovzone con la mas dulce inflexión de su voz, os aseguro que no soy lagartija, aunque el he de confesar la verdad, os seguiría si fuera menor con muy buena voluntad hasta el Infierno, pero yo vengo ahora aquí, porque es el único sitio en que se os puede hablar en secreto.

—Pues bien, despacha; ¿qué tienes que decirme?

—¡Oh dios mio! Benvenuto, dijo Scovzone fijando la vista en la estatua; ¡qué figura tan admirable! Esa es Hebe, no creia yo que estaba tan adelantada; qué buena es!

—No vale nada, dijo Benvenuto.

—Oh si, es bellísima, ya concibo por qué no habeis querido que sirviera yo de natural; pero ¿á quién habeis tenido de modelo? continuó Scovzone con inquietud. No he visto salir ni entrar á ninguna mujer.

—No hables de eso, y di lo que quieras, que no creo seguramente habrás venido aquí para hablar de escultura.

—Es verdad que no; quería hablaros de lo relativo á Pagolo. Os he obedecido, Benvenuto, y ayer tarde, aprovechando el vuestra ausencia, me ha entretenido hablándome de su amor, y yo con arreglo á vuestras instrucciones, le he escuchado.

—¡Ah, mira qué traidor! ¡Y qué te decía!

—Era cosa de morirse de risa, y yo hubiera dado la posesion del mundo porque le hubieseis oido. Advertir que para que nadie pudiera sospechar, continuaba el hipocritilla trabajando en el broche de oro que le habeis encargado, y el chirrido de la lima que tenía en la mano, no era lo que menos contribuia á dar un tono mas patético á sus discursos. Querida Catalina, me decía: muero de amor por vos; ¿cuándo os apiadareis de mi martirio? Yo no os pido mas que una palabra; una sola palabra! Considerad á lo que por vos me espongo; si no acabaše este broche sospecharia el maestro alguna cosa; y si tal llegase á acontecer, me mataria sin misericordia; mas yo todo lo aventuro por vuestros lindos ojuelos. ¡Qué diablo! esta maldita obra no adelanta. Y últimamente, Catalina, ¿de qué os sirve amar á Benvenuto? no os mitra con agrado; siempre está para con vos indiferente, mientras que yoos amaré con entusiasmo y con prudencia á la vez. Nadie se apercibirá de ello; jamás os comprometeré, asegurando desde ahora una discrecion á toda prueba. Escuchad, añadió animándose cada vez mas con mi silencio; he discurrido un asilo seguro y profundamente oculto, donde podremos vernos sin temor. —Ah! ah! jamás adivinariais, Benvenuto, el rincon que ese cazarro había escogido; no hay como esas frentes oscuras y esos que no miran nunca derecho á la cara, para descubrir escondites. ¡Dónde creéis que quería alo-

Jar nuestros amores? En la cabeza de nuestra grande estatua de Marte. Allí dice que se puede subir con el auxilio de una escalera, y me asegura que hay un lindo aposento que todos ignoran, y desde el cual se disfruta de una vista admirable del campo.

—La idea es peregrina, en efecto, dijo Benvenuto sonriendo; ¿y qué has contestado, Scozzone?

—Me eché á reir sin poder contenerme, lo que desanimó á Pagolo al extremo de salir de donde estábamos, echándose en cara que carecía de sentimientos; que deseaba su muerte, y qué sé yo qué más; pero en decirme todo esto al compás de los golpes del martillo y de la lima no tardó ni media hora, porque también parece inspirado en estas ocasiones.

—¿Y tú, qué le has contestado, Seozzone?

—¿Qué le he contestado? Cuando vos llamabais á la puerta y que él ponía sobre la mesa su broche terminado ya, le he cogido gravemente la mano, y le he dicho: «¡Pagolo, ya sois buena allaja!» Lo que ha producido que le encontráseis vos tan estúpido.

—Has hecho mal; eso es una tontería, Scozzone: es preciso no desanimarle.

—Me digisteis que le escuchara y le he escuchado, á no ser que penseis que es cosa muy fácil escuchar sin mas ni mas á los muchachos guapos! Y si algún dia sucede una desgracia?

—Es que tú, no solamente debes escucharle, hija mia, sino que es también indispensable que le contestes, porque así conviene á mi plan. Le babbas desde luego, ya sin enfado, despues con indulgencia, y mas tarde con amabilidad. Y cuando hayas llegado á esta altura, yo te diré lo que debes hacer.

—Pero eso pudiera conducirnos mas lejos; ¿entendéis? Yo quisiera que vos esturiéseis delante.

—Tranquilizate, Seozzone; yo apareceré en el momento critico. Ahora vete, querida mia, y déjame trabajar.

Salió Catalina en efecto, saltando y celebrando el chasco que iba Cellini á dar á Pagolo, á pesar de que ni una palabra adivinaba de lo que debia suceder.

Mientras, Benvenuto, cuando se halló solo, no se puso á trabajar como había dicho, sino que corrió precipitadamente á la ventana que daba obscuramente al jardín del pequeño Neste, y permanecía allí en contemplacion, cuando un fuerte golpe que dieron en la puerta, lo sacó de su éxtasis.

—¡Cien rayos! exclamó furioso; ¿quién será ahora? ¡no podian dejarme en paz con mil diablos?

—Dipensad, maestro mio, esclamó la voz de Ascanio; si estais ocupado, me retiraré.

—¡Ah! ¡eres tú mi Ascanio? No, tú seguramente no me estorbas nunca. ¿Qué ocurre, ó qué me quieres?

Benvenuto se apresuró diciendo esto á abrir él mismo la pueria á su querido discípulo.

—Interrumpo vuestra soledad y vuestros trabajos, dijo Ascanio.

—No Ascanio, tu puedes venir cuando te de gana, no me interrumpe jamás tu presencia.

—Maestro, es que ahora tenia que confiaros un secreto y que pediros un favor.

—Habla. ¿Quieres dinero? ¿necesitas de mi brazo, de mi pensamiento?

—Puede que de todo eso reunido necesite.

—Tanto mejor! estoy á tu disposicion, ya lo sabes Ascanio. Yo tambien tengo que hacerte una confession, si, una confession porque sin ser á mi parecer culpable tendré yo remordimientos hasta que me hayas tú absuelto. Pero habla primero.

—Pues bien maestro!... pero Dios mio, ¿qué es lo que teneis aquí buscado? esclamó Ascanio interrumpiéndose.

Acababa de fijar la atencion en la comenzada estatua de Hebe y de recopocer en ella la imagen de Colombia.

—Esta es Hebe, repuso Benvenuto con vanidad y descubriendo en sus ojos el genio de la inspiracion, esa diosa de la juventud. ¿Te parece hermosa, Ascanio?

—¡Oh! ¡bellissima, admirable! pero esas facciones las conozco yo, no es una ilusion, no....

—¡Calle, no seas indiscreto! ya que tus labios han comenzado á descorrer el velo, será preciso que yo termine arrancándolo, aunque tu confidencia quede para despues de la mía. Siéntate Ascanio, vas á leer en mi corazon como en un libro abierto. Dices tu que necesitarás de mia auxilio, y yo ahora necesito del tuyo, porque me bastará el que tú lo sepas todo, que no ignores nada, para aliviarne de un gran peso.

Ascanio se sentó y estaba mas pálido que el criminal á quien van á leer su sentencia de muerte.

—Eres florentino, Ascanio, y no tengo que preguntarte si sabes la historia de Dante Alighieri. Vió un dia pasar por la calle á una niña llamada Beatriz y la amó. Murió esta niña y sin embargo la amaba siempre porque era su alma, era su amor, y las almas no mueren nunca, solamente se ciñen á la cabecera una corona de estrellas y se alzan al paraíso. El Dante despues se

dedicó á profundizar las pasiones, á sondar los secretos de la poesía y de la filosofía, y cuando purificado por los padecimientos del corazón y la mortificación de las ideas llegó á las puertas del cielo, donde Virgilio, es decir, la sabiduría, debía abandonarlo, no se detuvo por falta de guía, pues allí encontró en el umbral mismo á Beatriz que le esperaba, es decir á su amor.

Yo tengo también Ascanio, mi Beatriz, difunta como la otra, y como la otra adorada; pero esto era un secreto entre Dios, ella y yo. Soy débil con las tentaciones, pero en las pasiones impuras que durante mi existencia me han exaltado, ha quedado intacta e indeleble mi adoración. Había colocado muy elevada la antorcha de mi amor, para que la apagase el aire pestilente del mundo. Se arroja el hombre inconsideradamente en el laberinto de los placeres, pero el artista permanece fiel á sus misteriosos lazos, y si yo he hecho alguna cosa bien, Ascanio, si la inerte materia, plata ó greda, sabe adquirir bajo mis dedos forma y vida, si alguna vez he acertado yo á imprimir la hermosura en el mármol y expresión en el bronce, es porque mi deslumbradora inspirada visión, hace veinte años que me aconseja, me sostiene y me ilumina.

Yo no sé decirte, Ascanio, si hay quizás diferencia entre el poeta y el platero, entre el cincelador de ideas y el cincelador del oro. Dante meditaba; yo necesito contemplar; el nombre de María á él le bastaba, y yo tengo que mirar el rostro de la madona. Sus creaciones se adivinan, las manos se tocan. Hé aquí por qué mi Beatriz no era bastante, ó mejor, era demasiado para mí, simple escultor, llenaba los vacíos de mi fantasía, pero tenía precisión de buscar la forma. La angélica mujer que brillaba sobre mi vida, había sido bella sin duda, bella sobre todo para el corazón, pero no realizaba ese tipo de la belleza eterna que yo me ideaba. Me veía obligado á perderme en investigaciones y en inventar.

Ahora bien, Ascanio, ¿crees que si este ideal del escultor estuviese presente á mis ojos, viviendo sobre la tierra, le hubiera dado lugar en mis adoraciones, hubiese sido ingrato é infiel á mi ideal de poeta? ¿crees que mi celeste aparición no me sostendría ya, y que tendría celos el espíritu de la mujer? ¿Lo crees tú? A tí solo te hago esta pregunta, Ascanio, y tú sabrás en su día por qué lo hago á tí antes que á otro, por qué tembló saber tu contestación como si fuera los labios de mi Beatriz quien la profiriiese.

—Maestro, dijo grave y tristemente Ascanio, soy demasiado joven para que mi imaginación se remonte á tan elevadas ideas, pero en el fondo de mi corazón pienso que sois uno de esos hombres escogidos por Dios, que le

conduce con su mano, y que no es la casualidad quien aglomera las cosas
en la senda de vuestra vida, sino el mismo Dios con su poderosa voluntad.

—¿Es esa tu creencia, Ascanio? Tú eras de opinión que el ángel terrestre, la realización de mis halagüeños deseos, sería determinada por el Señor, y que el otro ángel divino no se irritaría de mi abandono? Pues bien, entonces ya puedo con libertad revelarte que he encontrado la imagen de mis sueños, que existe real y verdadera, que la contemplo, y que casi estoy delante de ella. Sí, Ascanio, el modelo de la más cabal hermosura, de la más grande pureza, ese tipo de la perfección insipida a que aspiramos nosotros los artistas, se halla cerca de mí, respira y puebla a cada momento contemplarlo. ¡Ab! todo lo que hasta aquí mis manos han trabajado no vale nada comparado con lo que serían mis obras sucesivas. Esta Hebe que tú consideras como muy bella y que es ciertamente mi obra perfecta, aun no me satisface; mi animada inspiración se mantiene al lado de su modelo, y me parece este cien veces más sublime; pero yo lo conseguiré! ¡lo conseguiré! Ascanio, mis creaciones, en lestaas que todas se le parecen, se alzan ya radiantes de magestad en mi cabeza, y las veo, me las figuro esculpidas, y no estará lejano el dia en que se desprendan del seno que las vela. Ahora, Ascanio, ¿quieres que te muestre el hermoso genio de mi inspiración? porque no debe estar muy apartado de nosotros. Todas las mañanas, mira, a la hora en que el sol se eleva a las inmensas alturas, se muestra allí abajo.

Mira.

Benvenuto al mismo tiempo separó el pabellón de la ventana con la mano, y señaló al jardín del pequeño Neste.

Colomba con la cabeza inclinada y apoyándola en su mano, paseaba muy despacio y pensativa por la trondosa y lozana alameda de su elección.

—¡Qué hermosa! ¡no es cierto? dijo Benvenuto contemplándola estasiado y con el inextinguible fuego de su entusiasmo. Fidias y el venerable Miguel Ángel no han creado jamás nada tan puro, ni los antiguos maestros han llegado a expresar la gracia y juventud de esa preciosa cabeza. ¡Qué hermosa es!

—Oh! si, ¡hermosa! murmuró Ascanio que sin poder sostenerse y sin fuerza ni voluntad propia, tuvo que buscar una silla en que apoyarse.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Benvenuto contemplaba con alegría, y Ascanio media lo profundo de sus penas.

—Pero últimamente, maestro, se aventuró el aprendiz a preguntar con soberbiojimiento, ¿a dónde os-con lucirá esa pasión de artista? ¿Qué pretendéis hacer?

—Ascanio, repuso Collini, la que no existe ya no ha sido ni podía ser más;

ahora pertenece á Dios. El solo me la ha mostrado para contemplarla, pero no ha dotado mi corazon sin duda para ella del amor humano. ¡Cosa singular! no me ha hecho sentir lo que era para mi, sino despues de haberla arrebatado al mundo, y no es en mi existencia mas que un recuerdo dulce, una imagen vaga, apenas percibida cuando disipada como una celeste aparicion; pero si tu me has comprendido, Colombia, reasumis todos los momentos de mi vida, es dueña de mi alma y yo me atrevo á llamarla y aun á decirme: ¡ella será mia!

—¿Cómo! vuestra la hija del preboste de Paris? dijo Ascanio con voz trémula.

—Y aun cuando fuese heredera de un reino, Ascanio, dijo sonriendo, ignoras que nada á mi vo'untad seo pone? ¿te acuerdas haberme visto retroceder ante los mas grandes obstáculos? Yo siempre he conseguido todo aquello que he deseado y nunca he deseado tan ardientemente como ahora. No te diré cómo sucederá; ignoro de qué medios me he de valer para conseguir el logro de mis fines, pero es indispensable que sea mi esposa, ¿que te parece?

—¡Vuestra esposa! ¡Vos casaros con Colombia!

—Me dirijiré, continuó Benvenuto á mi gran soberano, le poblaré si quiere el Louvre y Chambord de estatuas, cubriré de lindos juguetes y de candelabros las mesas de sus palacios, y cuando por premio de todo esto le pida tan solo me conceda la posesion de la mano de Colombia, no será Francisco I capaz de rehusármelo. ¡Oh! así lo espero, Ascanio. Iré á verle cuando se halle rodeado de su corte y dentro de tres días que marchará á San German, vendrás conmigo á entregarle el salero de plata que está ya concluido, y los bosquejos de una puerta para Fontaineblau. Todos seguramente lo admirarán porque es muy bello, pero él lo admirará mejor que los demás. ¡Pues bien! estas sorpresas las renovaré todas las semanas, porque nunca me he sentido con una fuerza mas fecunda y mas creadora. Día y noche germinan en mi cabeza mil pensamientos nuevos, originales; este amor, Ascanio, á la vez me ha rejuvenecido y multiplicado mis ideas. Y cuando Francisco I considere sus deseos realizados tan pronto como concebidos, ¡ah! entonces me hará grande, rico, y el preboste de Paris, preboste y todo como es, se honrará con mi alianza; pero ciertamente que casi estoy loco, ¡Ascanio! Estas ideas me sacan de quicio, no soy dueño de mí mismo, me trastornan. ¡Ella mia! ¡Sueño celestial! ¡Comprendes, Ascanio? ¡mia Colombia! Abrázame hijo mio, porque desde que todo te lo he confesado, me atrevo á considerar mis esperanzas y siento mas tranquilo mi corazon, y como lejimada mi alegría. Lo que te he dicho, te comprenderte

te tambien algun dia; pero mientras tanto creo que te amo mas desde que en tu seno he depositado mi secreto, qué venturoso soy de que me comprendas, abrázame, Ascanio, abrázame.

—Pero no pensais, maestro, que ella no os amará quizás?

—Oh! ¡calla Ascanio, no digas eso! ese pensamiento me ha puesto á punto de envidiar tu belleza y tu juventud; pero lo que antes dijiste de los previsores designios del Señor, me tranquiliza. Ella me espera; y á quién ha de amar? ¡á alguna necio y presumido cortesano, indigno de ella? Desde luego qué sea el que quiera el hombre que la destinen, yo soy tan caballero como el que mas, y poseo tambien los privilegios del génio.

—El conde de Orbuc dicen que es su futuro.

—Tanto mejor. ¡El conde de Orbuc? le conozco. Es el tesorero del rey; el que me entrega el oro ó la plata necesarios para mis trabajos, ó las cantidades que me asigna la bondad de su magestad. El conde de Orbuc, un viejo miserable, regañon y gastado, eso no importa nada, y casi no hay gloria ninguna en plantar á semejante rival. ¡Bah! es á mi á quien ama ella y no por mi persona, sino por ella misma; porque yo mismo seré el espejo de su hermosura, y porque se verá comprendida, adorada é inmortalizada. Sia titubear he dicho: «Yo lo quiero,» y cada vez que prenuncio estas dos palabras, lo contemplo realizado, porque no hay humanopoder que se sostenga en lucha con mis pasiones. Marcharé siempre, como siempre lo he proclamado, recto al fin que me propongo, con la inflexibilidad del destino. Que será mia te he dicho, y si fuese preciso trastornar el reino, ó si algun rival se opusiera, ¡mil centellas! tú me conoces, Ascanio, ya podia ver lo que hacia; esta mano que oprime ahora la tuya habia de darle la muerte. ¡Pero Dios mio! Ascanio, perdona, soy un egoista porque he olvidado que tú tambien tienes un secreto que confiarne, un servicio que reclamar de mí. Nunca te abandonaré, hijomío, siempre para ti seré el mismo, pero habla, ya puedes comenzar. Para ti tambien puedo lo quequiero.

—Os engañais, maestro, hay cosas que solo pueden enccomendarse á la infinita soberanía de Dios, y estoy convencido de que con él solo debo de contar para el alivio de mis penas. Así pues, guardaré mi secreto entre mi debilidad y su poder.

Ascanio salió acabado de pronunciar estas palabras, y Cellini apenas había cerrado la puerta, cuando descorrió la cortina verde, y acercando á la ventana su cabellote, continuó modelando su Hebe con el corazon saltandole de alegría por entonces, y con la seguridad en el porvenir.

VII.

EL MERCADER DE SU HONRA.

En el dia en que debia ser Colombia presentada á la reina; y nos hallamos en una de las soberbias salas del Louvre, donde estaba reunido lo mas selecto de la corte. Despues de misa debian partir para San German, y solo se esperaba al rey y á la reina para pasar á la capilla, y como no fueran algunas damas que estaban sentadas, permanecian todos de pie ó paseando muy entretenidos en conversacion. Los ricos trajes de brocado y de seda, se rozaban; se treparon las espadas, y las miradas tiernas ó desdiferidas, de amor ó de odio, se cruzaban por todas partes expresando los ocultos afectos de pasion ó de amistad; aquello parecia una barahonda, una confusion aturdidora, un torbellino esplendoroso. Aquella variedad de vestidos dispuestos con la elegancia de la moda posterior; los rostros de las damas, flor de la juventud y belleza de hermosura de su época, y la graciosa variedad de los colores que usaban. Los pajes de sus vestidos á la española ó á la italiana, con una mano apoyada en la cadera y la espada al lado, todo este conjunto ofrecia un cuadro cuya brillantez, animacion y magnificencia sobrepujaba á cuanto se pudiera describir, porque no se obtendria mas que una copia débil y pálida.

Diad un soplo de vida á todos esos caballeros galantes, restituid la existencia á todas esas damas vivarachas y elegantes de Brantome, y del Hepburn, poseiendo en sus labios aquel lenguaje oportuno, pronto, instruido, perspicaz y bilingüemente frances del siglo diez y seis, y tenedles una idea

de esta seductora corte, si recordais sobre todo las palabras que con tanta frecuencia repetia Francisco I: «Una corte sin damas es un año sin primavera, ó una primavera sin flores.» Así que la corte de este rey puede decirse que era una eterna primavera en que se ostentaban las mas bellas y mas nobles flores de la tierra.

Pasado el aturdimiento que producia el golpe primero de vista, repuestos los ojos de su turbacion, y penetrando la mirada por entre los animados grupos, era fácil percibir que se dividian en dos campos aquella muchedumbre: uno cuyo distintivo era el color de la lila, á cuya cabeza estaba la de Etampes, y el otro que comandaba, digámoslo así, Diana de Poitiers, distinguida con el azul. Los encubiertos partidarios de la reforma perteneccian al primero, y los católicos al segundo. En este último sobresalio como primer término del cuadro, la figura escuálida é insignificante del delfin y en las filas del otro se ostentaba la esbelteza de la persona de Carlos de Orleans, rubio, alegre, jugueton y segundo hijo del rey. Entretejed estas oposiciones politicas y religiosas, de mujeres celosas, de artistas rivales, y se obtendrá un conjunto de odios bastante considerable para explicar la multitud de miradas desdenosas y ademanes amenazadores que no podrian ocultar á la consideracion del observador, las cortesanas disimulaciones.

Estaban sentadas en los dos opuestos extremos de la sala las dos rivales, Diana y la de Etampes, y sin embargo de la distancia, no pasaban cinco minutos sin que llegase á los oidos de la una, las graciosas oportunidades que de los labios de la otra se desprendian y la consiguiente contestacion concebida con agudeza y trasportada por los mismos correos y el mismo camino.

Por entre aquella turba de señores vestidos de terciopelo y de seda, se paseaba aun indiferente, grave y envuelto en su largo ropaje de doctor, Enrique Estienne, adicto de corazon al partido de la reforma, mientras que á dos pasos de él, y no menos absorto y olvidado de lo que le rodeaba, se mantenia de pie Pedro Strozzi, pálido, melancólico, refugiado de Florencia, y que apoyado contra una columna consideraba en su alma á la patria ausente donde no debia entrar mas que como prisionero, y en la que solo habia de hallar reposo encerrado en la tumba. Este noble refugiado italiano, pariente por linea femenina de los Médicis, se mantenía profundamente adicto al partido católico.

Despues se distinguian conversando acerca de los graves negocios de Estado, y deteniéndose á cada momento uno frente del otro como para dar mas peso á su conversacion, el viejo Montmorency, á quien el rey acababa de concederle el cargo de condestable, vacante desde la desgracia de

Borbon, y el canciller Poyet, orgulloso con haber establecido el impuesto de la renta de loterías, y haber autorizado el decreto de Villers-Cotterets (1).

Sin confundirse con ninguno de los grupos y sin tomar parte en las conversaciones, se veía espiar, escuchar puesto en observación y sonreir mostrando dos hileras de blancos dientes al fraile benedictino Francisco Rabelais, mientras que Triboulet, el bufón favorito de su magestad, rodaba sin peligro su joroba y sus calumnias aprovechándose de su estatura de Zarzorro, por entre las piernas de los cortesanos.

Tambien estaba allí Clemente Marot, elegantemente vestido con un uniforme nuevo de ayuda de cámara del rey, y parecía tan impaciente como el dia de su recepcion en el palacio de Etampes, porque de seguro no debia faltarle en su bolsillo para pasarlo como improvisado, algun soneto huérfano ó alguna decimilla recientemente compuesta. En efecto, ¡ah! la inspiracion no se compra; viene de arriba y no se la domina; pero una idea seductora le sugirió el nombre de Diana, la resistió; pero la musa no es una amada; es una querida.

Sus versos se desprendian por si solos, las rimas se combinaban entre si como por arte de magia, y esta malaventurada décima le atormentaba mas que cuanto nosotros pudiéramos decir. Era partidario de la señora de Etampes y de Margarita de Navarra; se inclinaba sin género de duda al partido protestante, y quizá se esforzaba por componer un epigrama á Diana cuando le ocurrió este desgraciado madrigal en su obsequio; pero en fin, compuesto ya, ¡cómo resistir á la tentación de recitar aquel selecto producto de su imaginacion en obsequio de un católico, no obstante su amor por la causa protestante y cómo, á lo menos, resistir al deseo de confiarlos en voz baja á algun literato amigo!

Esto fué lo que hizo el desgraciado Marot; pero el indiscreto cardenal de Tournon, en cuyo seno depositó sus versos, los halló tan bellos y sonoros, que se lo dijo al duque de Lorraine, el que inmediatamente habló de ellos á Diana. Motivó esto entre los del partido azul un cuchicheo que pro-

(1) En la pequeña villa de Villers-Cotterets, perteneciente al departamento de la Aisne, donde poseia Francisco I un castillo, fué donde se firmó el famoso decreto prescribiendo que para los actos de las Cortes soberanas no se empleara el idioma latín, sino que en adelante fueran redactados en el idioma nacional. Este castillo existe, aunque sin sombra ya de su esplendor antiguo, y sobre todo, con un uso muy diferente de su primitivo. Fué comenzada su edificación por Francisco I que ocupó sus salamandras, y terminado por Enrique II que grabó sus blasones y los de Catalina de Médicis.

dujo que Marot fuose instado vivamente á hacerlos. Viendo los lila's á Marot penetrar por entre la multitud para llegarse á Diana, se acercaron tambien circuyendo al poeta, y la misma duquesa de Etampes se levantó de su asiento para ver, como ella misma decia, si el ingenioso Marot, que tanta imaginacion tenia, la empleaba para elogiar dignamente á Diana.

En el momento en que iba Marot á comenzar á leer, despues de haber hecho una genuflexion de cortesia á Diana de Poitiers, que le contestó con una sonrisa benévolas, dirijó un poco en su derredor y ligaramente la vista, y percibió á la señora de Etampes que sonreia tambien; pero la sonrisa de una era graciosa y la de la otra terrible. Así que, nuestro pobre poeta, li-zonjeado por una parte, y aterrado de otra, leyó con voz trémula y acento incierto su composicion.

Apenas acabó Marot de pronunciar la ultima sílaba de su gracioso madrigal, cuando prorumpieron en estrepitosos aplausos los azules, mientras que los lila's guardaron un silencio sepulcral, y Clemente, animado con la aprobacion, é irritado por la censura, fué atrevidamente á presentar su composicion á Diana de Poitiers.

—A la hermosa Diana; dijo á media voz, é inclinándose; ¡comprendeis, señora! á la hermosa, á la bella por excelencia y sin comparacion.

Diana le mostró su agradecimiento por una de sus mas tiernas miradas.

—Bien pueden dedicarse versos á una bella despues de haberlos hecho á la mas hermosa; dijo á manera de escusa pasando cerca de la señora de Etampes: ya os accordais:—De Francia la mas bella.

Ana, respondió con una mirada fulminante.

Dos grupos de nuestros conocimientos se mantenian apartados de este incidente: era el uno Ascanio con Benvenuto, que tenia la debilidad de preferir la *Divina comedia* á los conceptos, y el otro se componia del conde de Orbec, del vizconde de Marmagne, de Estourville y de Colombia que había suplicado á su padre no confundirse con aquella multitud que veia por primera vez y que solo le causaba disgusto. Por galanteria, el conde de Orbec, no se apartaba un punto de la joven que iba su padre á presentar á la reina despues de la misa.

Colombia y Ascanio, aunque turbados, se habian visto, y se dirigian de cuando en cuando furtivas miradas. Los dos puros y timidos niños, educados en la soledad que forma los grandes corazones, se encontraban allí como perdidos y desterrados entre aquella multitud elegante y corrompida, sin poder acercarse ni comprenderse mas que por su mirada.

No se habian vuelto á ver desde el dia de su mutua confesion, porque

Ascanio había en vano intentado penetrar diez veces en el paquettito Neale. La nueva doméstica que entró para servir á Colombia por orden del conde de Orcbec, se había presentado siempre á sus llamamientos á la puerta, en vez de la señora Petra, y le había despedido bruscamente. Ascanio carecía de la suficiente determinación y de la suficiente riqueza para atreverse á ganar á esta mujer, además de que no podía llevar á su amada más que noticias tristes, que desgraciadamente sabría demasiado pronto. Eran éstas la confesión del amor de su maestro hacia Colombia y la necesidad indispensable, no solo de pasar sin su apoyo, sino también quizás de tener que luchar con él mismo.

En cuanto á abrazar un partido, sentía Ascanio, como lo había dicho á Celini, que Dios solo podía salvarle; de manera, que reducido á sus únicos recursos, había resuelto cándidamente si conseguia interesar en su favor á la señora de Etampes. Cuando falla una esperanza sobre la que contábamos, nos impulsa á lanzarnos en pos de los mas desesperados socorros.

La poderosísima energía de Benvenuto, hacia a Ascanio, no solamente desesperar, sino lanzarse á inquirir medios qué se volverían en contra suya, porque era demasiado joven y confiado, é iba á invocar lo que creía haber visto de grandeza, generosidad y ternura en la duquesa para tratar de interesar en sus penas, la piedad de aquella de quien era amado. Ademas de que si esta última y frágil rama escapaba de sus manos, ¿qué había de hacer?, pobre, niño, solo y débil, sino dejar prolongar su ausencia y esperar? Hé aquí explicado por qué había acompañado á Benvenuto á la corte.

La duquesa de Etampes se había vuelto á sentar, y el joven aprendiz, introduciéndose por entre los cortesanos, llegó por detrás de ella hasta su silla.

—¡Ah! ¡Sois vos, Ascanio! dijo con frialdad.

—Sí, señora duquesa; he venido acompañando á mi maestro Benvenuto; y si me ha tomado la libertad de llegar hasta vos, es porque habiendo dejado en vuestro palacio el otro dia el dibujo del lirio que habeis tenido la bondad de encargarme, deseo saber si os agrada.

—Si tal en verdad, me ha parecido muy bello, dijo la de Etampes con mas dulzura, y á mis amigos á quien le he enseñado, lo mismo; particularmente al de Guisa, que me ha preguntado tan solo si la ejecucion será tan perfecta como el dibujo; y ahora os pregunto si bastarán mis piedras para vuestra obra.

—Si señora; lo espero asi á lo menos, solo quisiéra colocar en el pistillo un diamante grueso que se mecería como una gota de rocío; pero como tendría que ser de grueso tamaño, y por consiguiente de gran valor,

seria quizá dar demasiada importancia á un trabajo confiado á un artista tan humilde como yo.

—¡Oh! Bien podemos hacer ese sacrificio, Ascanio.

—Es, señora, que un diamante de ese tamaño valdría quizás doscientos mil escudos.

—No importa; pero, añadió la duquesa á media voz, hacedme un favor, Ascanio.

—Estoy señora á vuestras órdenes.

—Yendo ahora poco á escuchar las majaderías de ese Marot, he visto en la otra extremidad de la sala al conde de Orbec: llegaos á él, y decidle que deseo hablarle.

—Qué, señora! dijo Ascanio palideciendo al oír el nombre del conde.

—¿No decíais que estábais á mis órdenes? repuso con altivez la señora de Etampes. Contad con que si os comisiono para que lo llameis, es porque estais interesado en la entrevista que quiero tener con él, y podria daros qué pensar, si es que los enamorados reflexionan alguna vez.

—Obedezco, señora; dijo Ascanio temblando. ¡Disgustar á aquella de quien aguardaba esperanza!

—Bien; pero cuidad de hablar en italiano al conde; tengo para ello mis razones, y venios con él.

Ascanio, por no disgustar de nuevo á su formidable enemiga, y apartándose de seguida, preguntó á un jóven caballero de lazos-lilas si había visto el conde de Orbec, y dónde se hallaba.

—Miradle, le contestó; es aquel señor anciano que allí habla con el preboste de Paris al lado de aquella jóven encantadora.

La jóven era Colomba, á quien admiraban con curiosidad todos los galancetes. El viejo que le habían mostrado á Ascanio, le pareció tan repugnante como puede un rival desechar; pero despues de concedido un instante á su exámen, se acercó á él, y con grande admiración de Colomba le instó en italiano á que le siguiera donde estaba la señora de Etampes. El conde se disculpó por abandonar á su prometida y su padre, y fué á tomar órdenes de la duquesa seguido de Ascanio, el que sin embargo no lo hizo sin tranquilizar antes por una eloquente mirada de inteligencia á la pobre Colomba, sobresaltada de aquel extraño mensaje, y, mas qué todo, considerando al mensajero.

—Ah! Muy buenos días, conde; dijo la señora de Etampes al distinguir al de Orbec: tengo mucho gusto de veros, porque tengo que comunicaros cosas de importancia; señores: añadió dirigiéndose á los que la rodeaban; aún tendremos que esperar un cuarto de hora largo á SS. MM., y si lo per-

mis, deseaba aprovecharlo para hablar á mi amigo el conde de Orbec.

Todos los señores de la corte de la duquesa, se apresuraron con su aviso á alejarse discretamente, no bien proferida aquella despedida tan franca, y la dejaron sola con el tesorero del rey junto á uno de los huecos de una ventana, tan grandes antes como las salas de las casas de nuestros días. Ascanio iba á imitar el ejemplo de los demás, pero se detuvo á una seña de la duquesa.

—¿Quién es ese joven? pregunta el conde.

—Un paje italiano que no entiende una palabra de francés; así que, podéis hablar sin recelo, y como si estuviéramos solos.

—Pues bien, señora, repuso el de Orbec; he obedecido, y espero ciegamente vuestras órdenes. Me indicásteis el deseo de ver á mi futura hoy, y de que se presentará á la reina, y Colomba está aquí ya con su padre; pero ahora no concibo la causa del honor que me dispensais, y me atrevo á suplicaros que me informéis.

—Bien, sí; sois el mas fiel de mis amigos, Orbec, y felizmente puedo recompensar vuestra adhesión, porque me resta algo que hacer por vos, y aun así no sé si alcanzará á lo que mereceis; pero yo haré cuanto me sea posible. Ese cargo de tesorero del rey que desempeñais, no es mas que la base sobre que se ha de cimentar vuestra fortuna y elevación, conde.

—Señora! exclamó el de Orbec, haciendo una profunda inclinación.

—Voy á hablaros confranqueza; pero ante todo, debo daros la enhorabuena, porque he visto á vuestra Colomba y me ha parecido encantadora, si bien algun tanto cortadita, lo que le añade un atractivo mas; pero aquí para los dos, he procurado investigar, porque os conozco, qué miras son las que llevais, vos, hombre grave, prudente y medianamente positivo, en este enlace, á mas de poseer la belleza de vuestra futura, y no las adivino: yo me pregunto qué objeto llevará, porque indispensablemente hay algo mas que todo esto, porque no sois vos hombre que camina á ciegas y en busca de casualidades.

—Las cosas de este mundo, señora, conducen todas á un fin; el padre es un viejo avaro, y debe su hija heredar sus escudos.

—Pues qué edad tendrá?

—Eh; unos cincuenta y cinco ó cincuenta y seis años.

—Y vos, conde?

—Casi la misma con corta diferencia; pero él es hombre gastado.

—Ahora empiezo á comprender y á conocer; bien me pensaba yo que os escitaba otra cosa que un sentimiento vulgar, y que no eran las gracias de esa niña las que os habían seducido.

—Ciento, señora; no era eso solo á la verdad en lo que había pensado; lo mismo hubiera si lo siendo fea; pero es bonita, y tanto mejor.

—Oh! por ello me felicito, conde, que de otra suerte lo sentiría.

—Y ahora que conocéis mis proyectos, señora, ¿os dignareis decirme...?

—En vuestra elevacion pensaba, interrumpió la duquesa; quisiera veres en la plaza que ocupa ese Poyet que detesto, añadió la duquesa dirigiendo una iracunda mirada sobre el canciller, que continuaba paseándose con el condestable.

—¡Qué señora! ¡Una de las mas importantes dignidades del reino!

—Y qué, ¿no sois, conde, un hombre eminent? Pero mi poder es tan perecedero como que reino al borde de un abismo. ¡Ah! tenéis, en este momento soy víctima de una mortal inquietud! Es ahora la dama del rey la mujer de un nadie, de un tal Feron, y si esa mujer es ambiciosa, nos pierdes. Yo hubiera debid tomá la iniciativa acerca de este capricho de Francisco I. ¡Ah! No habré yo nunca otra duquesa de Brissac como la que di a S. M.: una mujer dulce y timida; una niña. Eternamente la lloraré: no era peligrosa, y no hablaba al rey mas que de mis perfecciones. ¡Pobre Marial! Habia aceptado todos los cargos de mi posición, dejándome todas las prerrogativas, pero esa Feroneta, como la llaman, pondrá todo su consejo en distraer á Francisco I. He agotado todo mi arsenal de seducciones, y me encuentro reducida á sostenerme en mis últimas trincheras, la costumbre.

—¿Cómo, señora?

—Si; desgraciadamente solo ocupo un lugar en su imaginacion; pero su alma me ha desertado, y necesito, como podeis comprender, de una aliada; pero ¿dónde hallar una amiga sinceramente adicta y fiel? ¡Ah! Yo la recompensaría con todos los honores y riquezas que ambitionara; buscádmela, conde de Orbec, que no conocéis en el carácter de nuestro soberano, hasta qué punto el rey y el hombre se intimidan, y hasta qué extremo puede conducirle. Si fuésemos dos siquiera, pero no dos rivales, sino dos amigas que guardáramos la una el Francisco y la otra el Francisco I, entonces la Francia sería nuestra, y ¡en qué momentos! cuando Carlos V viene á arrojarse en nuestras mismas redes, cuando podriamos hacer de él lo que quisieramos, y aprovecharnos en todo caso de su imprudencia para labrarnos un magnifico porvenir. Ya os explicaré mi pensamiento y mis intentos, Orbec. Esa Diana que os agrada tanto, no nos adelantaría un solo dia á nuestra fortuna, y el canciller de Francia padría llegar á.... Mas aquí está el rey.

Tal era la táctica de la señora de Etampes; explicaba rara vez sus ideas por entero, y dejaba siempre qué adivinar; sembraba en los espíritus resop-

luciones y proyectos, y dejaba que lo demás lo hiciese la avaricia, la ambición y la perversidad; sabía hacer de suerte que se viera interrumpida con oportunidad.

Arte sublime que nunca estará demasiadamente recomendado á los poetas y á gran número de amantes.

—También el conde de Orbec, ávido de honores y distinciones, hombre sagaz y corrompido, comprendía perfectamente á la duquesa, porque más de una vez mientras la entrevista, se dirijeron las miradas de Anahácia Colombia. La recta y generosa naturaleza de Ascanio no lo permitía sondear hasta el fondo aquel misterio de iniquidad y de infamia; mas sin embargo presentía, aunque vagamente, que esta conversación ocultaba un peligro terrible para su amada, por lo que consideraba con espanto á la señora de Etampes.

Un lugier anunció al rey y á la reina, y al punto todos los señores pusieronse de pie.

—¡Dios os guarde, señores! dijo Francisco I al penetrar en el salón. Hoy tengo que participaré mi corte una grande noticia. Nuestro querido y buen hermano el emperador Carlos V, se halla caminando para Francia, si es que no está en ella ya. Es indispensable que nos preparemos para mostrarle una acogida digna de su nombre, y no me parece que estoy precisado a recordar á mi hermano nobleza á lo que esta grande hospitalidad le obliga. En los campos del Draps de Oro hemos mostrado que sabemos cómo debe recibirse á los reyes. De hoy á menos de un mes estará Carlos en el Louvre.

—Y yo, señores, dijo la reina Eleonor con su voz dulce, os doy las gracias con anticipación por la acogida que os merecerá mi real hermano.

Todos contestaron á esto con las exclamaciones de ¡viva el rey! ¡viva la reina! ¡viva el emperador!

En este momento se rebullía una cosa que pasaba tropeteando en las piernas de los cortesanos: este era Triboulet.

—Señor, dijo el bufón, ¡me permitís dedicar á V. M. un libro que acabo de hacer imprimir?

—Con mucho gusto, bufón, respondió el rey; pero es preciso antes saber cuál es su título, y que sepa su contenido.

—Señor, tendrá por título mi obra el *Almanak de los locos*, y contendrá una lista de los más célebres dementes que han existido en la tierra. En cuanto á su contenido, os bastará saber que en la primera página está inscrito el nombre del rey de los locos del pasado y porvenir.

—¿Y quién es ese ilustre cofrade, que me das por primo y que escojiste para monarca? preguntó Francisco I.

—Carlos V, señor; respondió Triboulet.

—¿Cómo, Carlos V? exclamó el rey.

—El mismo.

—¿Y por qué Carlos V?

—Porque solo él en el mundo, habiéndolo tenido prisionero en Madrid, es tan loco que venga á cruzar por vuestro reino.

—Pero ¡y si pasa sin accidente por medio de él? replicó Francisco I.

—Entonces, respondió Triboulet, yo prometo borrar su nombre para escribir otro en su lugar.

—¿Y cuál será ese?

—El vuestro, señor; porque dejándole pasar, sois más loco que él.

El rey prorumpió en una fuerte carcajada, y los cortesanos se sonrieron también; solo la pobre Eleonor palideció.

—Pues bien, dijo Francisco; escribe en vez del nombre del emperador el mío, porque le he dado mi palabra de caballero, y la sostendré. En cuanto á la dedicatoria, la acepto, y éste es el precio del primer ejemplar.

Diciendo así, sacó de su pecho un bolsillo que arrojó á Triboulet, el que lo recibió en su boca y marchó, andando á cuatro pies, y gruñendo como un perro que lleva un hueso entre sus dientes, y teme que se lo arrebaten.

—Señora, dijo á la reina el preboste de París adelantándose con Colomba; si V. M. me permite, aprovecharé este momento de regocijo para presentar á mi hija Colomba, á quien ha tenido V. M. la dignación de nombrar su camarista.

La bondadosa reina, dirigió algunas palabras fecicitando á la pobre niña que se hallaba confusa, mientras tanto que el rey la consideraba con admiración.

—Fé de caballero! señor preboste, dijo Francisco I sonriendo; sabéis que es un crimen de alta traición habernos privado hasta ahora de una persona tan escogida y que tanto lustre debe añadir á la corona de hermosuras que circunda á nuestra reina! Si tamaña falta dejó impune, agradecédselo á la muda intercesión de sus ojos candorosos.

En seguida saludó graciosamente el rey á la encantadora niña, y se dirigió á la corte acompañado de su corte.

—Señora, dijo el duque de Medina Sidonia á la de Etampes ofreciéndola la mano; dejaremos si os agrada pasar la multitud quedándose más detrás, y porque también deseaba deciros dos palabras que importa queden en secreto.

—Como gustéis, señor embajador, respondió la duquesa; pero no os alejéis, conde, dijo al de Orbec; porque el señor de Medina podrá sin reboso

dadir lo que quiera aunque sea delante de mi mejor amigo, que es otra yo misma, y delante de este jóven que no habla mas que italiano.

—Su discrecion debe tanto como á mi importaros, señora, y estando vos segura... pero ya estamos solos, y voy en derechura á mi objeto sin rodeos ni reticencias. Ya veis que S. M. sagrada ha decidido cruzar por Francia, y que probablemente en ella habrá puesto el pié á estas horas; no ignora que tiene que caminar entre las filas de dos odios enemigos irreconciliables, y cuenta solo con la caballerosidad del rey: vos misma, señora, le habeis acensejado esta confianza; y debo de convenir en que mejor que tal ó cual ministro, teneis mas influencia y ejerceis mas imperio sobre el ánimo de Francisco I, para hacer de su palabra á vuestro agrado ó cou vuestro consejo, bueno ó malo, un lazo ó una garantía, sin embargo de que, ¿qué objeto llevariais en ser nuestra enemiga? Semejante enemistad no redundaría en provecho vuestro ni del Estado.

—Acabab; porque creo no me habeis aún dicho todo.

—No por cierto, señora; Carlos V es el sucesor digno de Carlo Magno, y lo que de él pudiera exigir un aliado desleal como venganza, desea ofrecerlo como presente, y no dejar sin recompensa ni la hospitalidad ni el consejo.

—Muy bien; eso será obrar con grandeza y prudencia.

—Siempre ha deseado estraordinariamente el rey Francisco I la posesion del ducado de Milan; y ahora esta provincia, manantial fecundo de eternas disensiones entre Francia y España, consentiria en cederla Carlos V, mediante un tributo anual moderado.

—Comprendo, interrumpió la dupuesa; el crédito del emperador está bastante lastimado: lo sé bien; el milanesado se halla asijido por veinte géneros de guerras, y nose me oculta que no desagradiaria á S. M. sagrada traspasar el crédito de un deudor pobre á otro opulento. Rehuso, señor de Medina, porque conoceis que proposicion semejante no es aceptable.

—Pero señora, hay entabladas negociaciones con el rey á quien ha parecido muy seductora esta nueva investidura, mostrándose sumamente complacido.

—Ya lo sé; pero yo no accedo. Si podeis pasar sin mí, tanto mejor para vos.

—Señora, el emperador se holgaria singularmente de teneros propicia, y todo lo que deseáseis...

—Mi influencia no es mercancía que se vende y se compra, señor embajador.

—¡Oh! señora, yo no digo eso.

—Escuchad: me asegurais que vuestro amo desea mi apoyo, y aquí para entre nosotros no hace mal. Pues bien: para obtenerlo, exijo menos de lo que ofrece. Hé aquí lo que debe hacer: Prometerá á Francisco I la investidura del ducado de Milan, y así que se vea fuera de los dominios de Francia, olvidará su promesa acordándose de la infracción del tratado de Madrid.

—Pero, eso equivale á declarar la guerra.

—Escuchad; señor de Medina: S. M. se desesperará y le amenazará en efecto, y entonces Carlos consentiría en otro género de transacción, declarando Estado independiente el Milanesado, y concediéndole libre de tributos á Carlos II hijo de Orleans: de esta suerte el emperador no engrandecerá á un rival, y esta ventaja es más poderosa que la percepción de algunos escudos; creo que nada tendréis que oponer á monseñor, y por lo que toca á satisfacer lo que personalmente pudiera yo desechar, como decis hace poco, si conviene con mis designios, S. M. sagrada dejará caer á mis ojos y en nuestra primera entrevista una joya ó un dije más ó menos brillante que recojeré yo, y que si merece la pena, guardaré en recuerdo de la gloriosa alianza verificada entre el sucesor de los Césares, rey de España y de las Indias, y la duquesa de Etampes.

La duquesa se inclinó al oido de Ascanio que se hallaba asustado contan misteriosos y sombrios proyectos, al punto que el duque se inquietaba, y que el conde de Orbe se mostraba encantado.

—Todo por ti, Ascanio; dijo el aprendiz. Por conquistar tu corazón, perderé la Francia. Y bien, señor embajador, ¿qué respondeis?

—Solo el emperador mismo, señora, puedo decidir en asunto de tanta gravedad; pero todo me induce á creer que aceptará una negociación que me asusta casi tanto como ventajosa me parece á nuestros intereses.

—En el fondo también protejo los míos; esto podrá tranquilizaros algo tanto, y convenceros de por qué me comprometo á obligar al rey que lo acepte. Nosotras las mujeres tenemos también nuestra política, quizás más profunda que la vuestra; pero puedo en tanto aseguraros que mis proyectos nada tienen de peligrosos para los españoles, y si reflexionais, no hallareis en qué pudieran serlo. Mas entretanto que espero la resolución de Carlos V, señor de Medina, estad persuadido que no desperdiciaré ocasión de incitar con todo ahínco á S. M. á retenerlo prisionero.

—¡Y qué, señora! ¡Es justo de esa manera comenzar los preliminares de nuestra próxima alianza?

—Vamos, señor embajador. ¡Cómo un hombre de Estado, tan eminentemente como vos sois, no conoce que lo esencial es alejar de mí toda sospecha de seducción, y que abrazar abiertamente vuestra causa sería perderla! Así

no espero que nunca me puedan vender ni denunciar. Dejadme se ~~á~~ vais
tra enemigo, señor duque, y hablaremos luego los dos. ¡Qué os importa! ¡No
sabeis vos lo que valen y se hace de las palabras! Si Carlota V rehusa mi
alianza; ¡Dios mio! diré al rey: «Señor: fiades en mis audaces instintos de
mujer. No debéis retroceder ante el deseo de tomar justas e indispensables
represalias.» Y si acepta el emperador, diré: «Señor: creed en mi habilidad
femenil: es necesario resignarse á una útil negociación.»

—Ah, señora! dijo el duque de Medina haciendo una cortesía: ¡qué fatal
idad es que seais una reina, porque hubierais hecho un hábil y consultado
embajador!

A este tiempo, se despidió el duque de la señora de Etampes, alejándose
encantado del inesperado giro que había tomado la negociación.

—Ahora toca hablar á vos sin reticencias, conde; dijo la duquesa de Or-
bec, cuando quedaron solos con Ascanio. Ya sabeis tres cosas: la primera,
que importa principalmente á mis amigos y á mí misma, es que mi poder
se consolide en este momento y al abrigo de todo contratiempo: la segun-
da, que una vez terminada á nuestro placer esta crisis, nada tendremos ya
que temer del porvenir; que á Francisco I le heredará Carlos de Orleans,
y que el duque de Milan que me deberá su fortuna y engrandecimiento,
se mostrará mas reconocido que el rey de Francia que me ha elevado á lo
que soy; la tercera es que, la hermosura de nuestra Colombia, ha llamado
profundamente la atención del monarca; y yo, ahora conde, me dirijo al
hombre superior que aprecia en lo que valen las preocupaciones vulgares.
En este instante teneis en la mano vuestra suerte: ¡queréis que el tesorero
de Orbec reemplace al canciller Poyet? O para que lo comprendais mejor,
en términos mas positivos, ¡queréis que Colombia de Orbec suceda á María
de Brissac?

Ascanio se estremeció horrorosamente produciendo un movimiento que
no spercibió el de Orbec, que cambió una mirada odiosamente maliciosa
toda penetrante de la de Etampes.

—Sí: yo quisiera ser canciller; respondió sencillamente.

—Bueno; pues entonces estamos como yo llamas desear; ¡pero el pre-
boste!

—Eh! repuso el conde: ya encontrareis algún buen destino que sea mas
bien lucrativo que honorífico, y todo lo cojeré junto cuando se muera ese
avaro y gozoso viejo.

Ascanio, no pudo contenerse mas tiempo.

—Señora... exclamó con voz entera y adelantándose hacia la duquesa:

No pudo continuar, ni tampoco tuvo el conde tiempo para mostrarse

admirado de semejante esclamacion, porque en aquel instante abrieron con estrépito las dos hojas de la puerta, para hacer paso á la corte que comenzaba á salir por ella.

La señora de Etampes cejó violentamente la mano de Ascanio, y se lanzó bruscamente, haciéndole retirar con ella, y diciéndole al oido con voz entrecortada, pero vibrante:

—¡Y bien, jóven! ¿Ves tú ahora cómo se hace á una mujer concubina de un rey, y adonde á nuestro pesar muchas veces nos lanza la vida y los sucesos?

Callóse despues de decir esto, é interrumpieron estas palabras graves el buen humor, y las oportunidades festivas del rey y de los cortesanos.

Francisco estaba gozosisimo. Carlos V iba á llegar y habria grandes recibimientos, fiestas, sorpresas, y un magnifico papel en que ostentar su lujo y esplendidez. El mundo entero fijaria su mirada sobre Paris y sobre el rey, atento solo al drama interesante en quo Francisco I jugaria como protagonista conduciendo los hilos de su artificiosa intriga, y en esto pensaba con una alegría infantil. Tal era su carácter, que le hacia examinar las cosas por la parte brillante mejor que por la de su gravedad, y lo que le impulsaba á considerar las batallas como torneos y la realza un arte. Fecundo conjunto de ideas aventureras, estrañas y poéticas, consiguió Francisco I de su reinado constituirlo en una representacion teatral que tenia al mundo por localidades para el espectáculo.

—Este dia, en vispera de tener en su mano los medios de sacrificar á un rival el mas poderoso de Europa, se hallaba inspirado de una clemencia y de una amenidad mas sublimes que nunca.

Así que, animado Triboulet por la bondad que su semblante manifestaba, se lanzó rodando por entre los pies de todos hasta los del monarca.

—¡Oh señor, señor! esclamó lamentablemente el bufón; vengo á despedirme de vuestra magestad; es menester que os resigneis á perderme; tambien lloro yo esta separacion. ¿Qué será ahora de V. M. sin su pobre Triboulet que tanto queria?

—¿Cómo! ¡Me vas á abandonar ahora, loco, en el momento que no habrá mas que un bufón para dos reyes?

—Sí señor: en el mismo instante en que habrá dos reyes para un solo bufón.

—Pero yo no entiendo eso, Triboulet; te quedarás porque yo lo mando.

—Ah! Sí; pero participad vuestro real decreto al señor de Vieilleville, á quien he dicho lo que de su mujer dice todo el mundo, y por una cosa tan sencilla ha jurado arrancarme las orejas primero y luego el alma... y que si

tengo tantas alas, añadió el impio, á quien haría bien V. M. en sacar la lengua por tamaña blasfemia...

—¡Va, va! interrumpió el rey; tranquilízate, loquillo; bien sabe el que te haya de quitar la vida que lo mandaría ahorcar un cuarto de hora despues.

—Oh señor! Si os es igual...

—Y bien, ¿qué?

—Que le hiciérais ahorcar un cuarto de hora antes. Así lo quisiera yo mejor.

Todos se echaron á reir, y el rey mas que todos. Despues, siguiendo andando, fijó su atencion el monarca sobre la persona de Pedro Strozzi, el desterrado ilustre.

—Señor Pedro Strozzi, le dijo; me parece que hace mucho tiempo, demasiado, que nos pedisteis la concesion de la carta de naturalizacion, y me avergüenza el que despues de haber combatido tan valerosamente con nosotros en el Piamonte por los franceses, y aun en Francia mismo, no pertenezcas aun á nuestra patria por el valor, cuando la vuestra os repudia por el nacimiento. Esta tarde, señor Pedro, os spediré las cartas de naturalizacion mi secretario le Mazon. No me lo agradezcáis, porque creo un deber imprescindible os halle Carlos V hecho un francés, por mi honor y por el vuestro...—¡Ah! ¿Estais aquí vos, Cellini? Pues algo me traereis; porque nunca venis con las manos vacias: ¿qué es eso de debajo del brazo? Pero aguardad un momento: que no se dirá, á fe de caballero, que hay quien me adelante en magnificencia. Señor Antonio le Mazon, al mismo tiempo que las del grande Strozzi, spedireis la carta de naturaleza para mi amigo Benvenuto, y la remitireis libre de todo gasto á su domicilio: un platero no gana quinientos ducados con tanta facilidad como un Strozzi.

—Señor, dijo Benvenuto; doy á V. M. las mas rendidas gracias, y le suplico dispense mi ignorancia; pero, ¿qué son cartas de naturalizacion?

—¿Qué? dijo gravemente Antonio Mazon, mientras que el rey como un loco se reía de la candidez de la pregunta; no sabeis, maestro Benvenuto, que es el mas alto honor que puede S. M. dispensar á un extranjero, pues que con ella le concede los derechos de francés?

—Ya comienzo á entender, señor, y por ello os doy las mas rendidas gracias; pero dispensadme de eso; de corazon soy adicto á vuestra magestad: ¡á qué necesito yo cartas!

—Para qué las necesitais? Sirven, dijo Francisco I, cuyo festivo humor iba creciendo, mi Benvenuto, porque mientras no seais francés, no podia hacerte yo señor del gran Nesle. Le Mazon, añadirá á las cartas de naturaleza la definitiva donacion en tu favor del castillo. ¡Comprendes ahora,

Benvenuto, para la que necesitas y sirven las cartas de naturalización?

—Si señor; y ¡gracias, gracias mil veces! Podría decirte que nuestros corazones se comprenden sin hablarse, porque la gracia que hay me otorga en vale tanto como allanar el camino de un inmenso favor, que quizá algun dia me atreveré a demandaros, y que, por decirlo así, será el término de la partida.

—Ya sabes lo que te he prometido; tráeme mi Júpiter, y pide lo que quieras.

—Si V. M. tiene tan buena memoria, no dudo que cumpliré su magnífica palabra; y si puede realizarse un voto que formará en cierta manera la felicidad de mi vida, y que ya, por un real y sublime instinto, te haceis mucho mas fácil.

—Será como deseas, mi gran platero, pero en tanto no nos enseñas lo que tienes aun en tus manos?

—Señor, es un salero de plata del mismo gusto y estilo que el vaso y la palangana.

—Euseñamelo pronto, Benvenuto.

El rey examinó atenta y silenciosamente como siempre, la maravillosa obra que le presentaba Cellini.

—¡Qué inadvertencia! exclamó, ¡que contrasentido!

—¡Cómo! exclamó tambien Benvenuto, extraordinariamente alarmado, ¡no satisface á V. M.?

—¡Eh! sin duda que no, señor mío. Porque expresais una idea tan bella en plata! En oro debiais haberlo ejecutado, Cellini, por eso me desagrada, pero otra vez la empezareis.

—¡Ah! señor dijo melancólicamente Benvenuto, no sea V. M. tan ambicioso para mis obras. Yo creo que la riqueza de la materia es muchas veces quien hace se pierdan los tesoros del pensamiento, y yo soy celoso conservador de los míos. Vale mas para una gloria eterna trabsajar el barro que el oro, y nuestros nombres no sobreviven ni se trasmiten á los plateros de las edades sucesivas, porque son, señor, crueles muchas veces las necesidades de los hombres y los hombres siempre avariciosos y estípidos, y quién sabe si tal obra que salida de mi mano no vacilaria V. M. en ofrecer por ella diez mil ducados, me la fundirá otra por diez escudos que pueda valer la plata.

—Vamos, y crees tú que el rey de Francia haya de poner jamás en poder de usureros y como hipotecas los saleros de su mesa?

—Señor, el emperador de Constantinopla empeñó á los venecianos la corona de espinas de Nuestro Señora.

—Pero un rey de Francia la desempeñó.

—Si, no lo ignoro; pero siempre es menester pensar en los peligros, en las revoluciones, en los destierros. He nacido en un país de donde han sido los Médicis echados y vueltos á llamar tres veces, y no se cuentan tantos reyes que como V. M. se hayan conquistado una gloria que no puedan fácilmente arrancársela y con ella su bien y su felicidad.

—No importa Benvenuto, no importa, quiero el salero de oro; y mi tesorero os contará hoy mismo mil escudos de peso antiguo con ese objeto. ¡Me oís conde de Orbec? hoy mismo, porque no quiero que Cellini pierda un solo minuto. Adios, Benvenuto, continuó el rey, pensad en mi Júpiter. Adios señores, pensad en Carlos V.

Mientras que Francisco I bajó la escalera para reunirse con la reina que estaba ya en el coche y debía acompañar él á caballo, se verificaron diversos movimientos que no debemos omitir.

Benvenuto se acercó al conde de Orbec y le dijo:—Procurad tener pronto ese oro á mi disposición, señor tesorero; deseo obedecer las órdenes de S. M. y voy ahora mismo á buscar un talego y dentro de media hora si os place estaré en vuestra casa. El conde se inclinó en prueba de asentimiento, y Cellini salió solo, después de haber buscado por todas partes con la vista y en vano á su Ascanio.

Al mismo tiempo Marmagne hablaba á media voz al preboste que se mantenía siempre con su hija del brazo.

—He aquí una ocasión soberbia, decía, voy al momento á prevenir á mi gente; encargad vos al conde de Orbec que entretenga el mas tiempo posible á Benvenuto.

Dicho esto desapareció y Estourville se dirigió hacia Orbec, hablóle algunas palabras al oído, añadiendo en tono de voz mas elevado:

—Mientras tanto, conde, acompañaré á mi hija á casa.

—Bien, y no dejéis de comunicarme el resultado de todo.

Se separaron y el preboste tomó en efecto con lentitud, acompañando á su hija, el camino del pequeño Nesle y seguidos á gran distancia por Ascanio que no los había perdido de vista ni un minuto, y que consideraba de lejos y con ternura la marcha de Colombia.

Mientras el rey ponía el pié en el estribo para montar un soberbio alazán su favorito, que era regalo de Enrique VIII, dijo:

—Vamos hoy á dar un gran paseo, y puesto á caballo saludó á todos graciosamente con la mano y partió al galope.

Todos los cortesanos se fueron retirando unos, otros quedaban conver-
sando; pero no se puede explicar que les pasaba á todos que parecía mur-
muraban poseidos de cierto aire de incomprendibilidad: el poeta Marot mas
preocupado que nunca entró en el pabellón de Navarra.

VIII.

CUATRO ESPECIES DE ASESINOS.

Benvenuto repasó el Sena sin perder tiempo, y entró en su casa, de donde tomó, no un talego, como dijo al conde de Orbec, sino un esportillo pequeño que le había regalado en Florencia una de sus primas que era religiosa, y como deseaba terminar este negocio en aquel mismo día y eran ya las dos de la tarde, sin aguardar á Ascanio, á quien había perdido de vista, ni á ningun otro de los de su obrador que habian ido á comer, se dirigió á la calle de Froidmentea, donde vivia el conde de Orbec, y por mas que fijó su atencion durante todo el camino en lo que le rodeaba, no vió nada que pudiera causarle el menor recelo ni inquietud.

Una vez ya en casa del conde de Orbec, le insinuó este que no podia entregarle el oro al instante porque era indispensable llenar ciertas formalidades, llamar á un notario y firmar con su autorizacion algun dscumento. Todo esto se lo manifestó con mil protestas y cumplidos, porque sabia que Cellini naturalmente no era hombre de mucha paciencia: mas supo con tal arte lejítimar la dilacion, y con tan persuasivas formas, que no tuvo protesto para irritarse Benvenuto, que en el fondo creia verdaderos estos inconvenientes.

Cellini entonces quiso aprovechar este tiempo para avisar á alguno de sus obreros que le acompañaran de regreso á su casa, y le ayudáran á conducir su oro, y no bien expresó este deseo, cuando el de Orbec se apresuró

é enviar al efecto uno de sus criados; en seguida estableció conversación sobre las tareas del artista, sobre el favor que le dispensaba el rey, y sobre todo aquello que podía ser capaz de inspirar paciencia á Benvenuto, tanto menos desconfiado en aquella ocasión, cuanto que no tenía motivo alguno para temer nada del conde. Era verdad que alimentaba la idea y la esperanza de sustituirle con respecto á Colombia, pero nadie absolutamente mas que Ascanio conocía su secreto; así que siguió de buen humor la conversación al tesorero.

Fué preciso después emplear algún tiempo para escoger el oro de la época que el rey había designado, y el notario se hizo esperar bastante y tardó no poco también en estender el documento de resguardo, en términos que cuando Benvenuto salió de casa del tesorero que le despidió muy cortesmente, empezaba la noche á teñir sus sombras, é informándose del criado si habían llegado alguno de sus oficiales, contestó que no, pero que si gustaba conducirla el mismo el dinero al señor platero. Esto despertó en cierto modo su desconfianza, y le hizo concebir alguna sospecha, por lo que rehusó el ofrecimiento aparentando quedar por ello reconocido.

En seguida depositó su oro en el esportillo, pasó por sus dos asas el brazo, quedando bien guardado, porque solo lo consiguió con alguna dificultad, pero en cambio podía así también conducirlo más cómodamente que en un talego. Llevaba bajo su vestido una cota de malla excelente, que le preservaba hasta los brazos, una espada corta al lado y un puñal en el cinto; así es, que considerado todo, no vaciló en emprender su camino con peso ligero, pero seguro. Le pareció que al salir de la casa hablaban entre sí los criados, y que salían con alguna precipitación; pero á lo menos habían efectuado no llevar el mismo camino.

Hoy día que para ir del Louvre al Instituto se pasa por el puente de las Artes, es muy corta la distancia que tendría que andar Benvenuto; pero en la época de su vida era un verdadero viuje, porque tenía que subir hasta el Chatelet, atravesar el puente de los Molineros, cruzar la Cité por la calle de san Bartolomé, y bajar por la orilla desierta del río hasta el gran Neste. Tampoco tiene nada de extraño que caminara Benvenuto con alguna precaución, porque sin ser precisamente en su época, bastante abundante de raterillos y ladronzuelos, llevaba consigo una suma de dinero considerable para escitar la codicia ajena, además de que si el lector quiere cosa nostra adelantarse cien pasos del punto que de su camino había llegado el artista, se convencerá de que no carecía de fundamento cualquier género de inquietud que le asaltase.

Desde el momento que empezó á oscurecer, se habían apostado cuatro

hombres de muy mala traza y embozados en grandes capas, en el Quai de los Agustinos, que por un lado, el de la orilla del río, solo tenía unas débiles tapias, y que en aquel momento era un verdadero desierto. Durante su estación estos hombres no vieron pasar más que al preboste que regresaba de acompañar á Colomba á su casa, y á quien saludaron con el respeto debido á las autoridades.

Hablaban entre ellos y á media voz, con el sombrero calado hasta los ojos, en una rinconada que formaba la puerta de la iglesia: dos de ellos conocemos ya, pues que eran los espadachines empleados al servicio del conde de Marmagne en la malhadada expedición del gran Nesle, y se llamaban Ferranti y Fracasso. Sus dos otros camaradas que ganaban el pan de su vida con la misma honrosa profesión, se llamaban Prócope y Maledento, y á fin de que la posteridad no se dispute después de tres mil años, como, del antiguo Homero, la patria de estos valerosos capitanes, no debemos dejar de añadir que Maledento era picardo, Prócope bohemio, y que sus dos amigos habían abierto sus ojos por primera vez bajo el hermoso cielo de Italia; por lo qua respecta á sus cualidades distintivas en tiempo de paz podemos afirmar que Prócope era jurista, Ferranti un tonto y pedante, Fracasso un visionario, y Maledento un imbécil.

Por lo demás, en combate, cada uno de ellos, eran, preciso es hacerles justicia, una fiera, un demonio.

Ahora será justo tambien enterarse de la edificante y amistosa conversación que mantenian entre sí, y podremos conocer qué clase de hombres eran, y cuáles los peligros que amenazaban á nuestro amigo Benvenuto.

—A lo menos, Fracasso, decia Ferranti, no nos veremos hoy en la necesidad de participar de la vergüenza del vizconde, y nuestras pobres espadas podrán salir de la vaina sin que nos grite el cobarde: ¡En retirada! y no obligues á huir.

—Sí; pero, replicó Fracasso, pues que nos reserva todo el peligro del combate, lo que le agradezco yo, debería tambien dejarnos por entero, el beneficio, porque ¿con qué derecho se reserva ese miserable diablo su parte de quinientos escudos de oro? No se me oculta que los quinientos escudos restantes constituyen una bonita prima en la especulación; ciento veinte y cinco para cada uno de nosotros es una recompensa honrosa en los calamitosos tiempos que alcanzamos, porque al fin yo me he visto en el duro trance de tener que matar á un hombre por dos escudos.

—¡Por dos escudos! Virgen santa, exclamó Maledento: esa es profliguir

el oficio, no digáis semejante cosa cuando estéis á mi lado, porque podrían confundirnos al uno con el otro, querido mío.

—¡Qué quieres, Maledento! dijo Frecasso con melancolia; hay en la vida tráncas fatales y momentos en que se holgaría uno de matar á un hombre por un pedazo de pan; pero volvamos á nuestro objeto. Me parece, amigos míos, que doscientos cincuenta escudos valen mejor la pena que ciento veinte y cinco, y esto nos ajenciaríamos si después de matar á nuestro héroe nos negamos á dar cuenta á ese ladronazo de Marmagne.

—Hermano, repuso gravemente Prócope, olvidais que sería eso faltar á nuestro trato y sería perder un buen parroquiano; yo opino por guardar en todo lealtad. Nosotros fielmente y hasta el último entregaremos al vizconde los quinientos escudos; pero distingamos, cuando él se los haya embolsado, y nos haya reconocido por gente honrada, no veo dificultad en caer sobre él y arrebatárselos.

—¡Bien pensado! dijo doctoralmente Ferranti; siempre Prócope ha reunido la probidad mas esquisita á la mas viva imaginación.

—Eso no es mas sino porque he hecho algún estudio del derecho, contestó modestamente Prócope.

—Pero, continuó Ferranti con el tono pedante que le era habitual, nos embrollamos con nuestros mismos intentos. *Recite á el ter minun omus.* Que duerma por ahora tranquilo el vizconde, que ya le llegará la vez, ahora por el momento lo que debemos tratar es del artista florentino: para mayor seguridad nos encomiendan á cuatro el encargo de despacharle; en rigor uno solo de nosotros podía muy á gusto conseguirlo y embolsarse la suma, pero la capitalización es una plaga social y vale mas que se reparta el beneficio entre varios amigos. Debemos por el momento pensar solamente en darle el pasaporte para la otra vida con la mayor comodidad posible y lo mas presto y en regla que sea dable, porque como hemos observado Frecasso y yo, no es un hombre comun. Resignémonos pues para mayor seguridad á acometerle á la vez los cuatro, porque no puede ya tardar el llegar. Atención, serenidad, seguridad en los golpes, buen ojo y mucho cuidado con parar y defenderte de los que á estilo de su escuela italiana nos aire.

—Ya sabemos lo que es, Ferranti, dijo Maledento con aire desdichoso una cuchillada ó estocada. Penetré yo una vez de noche para asuntos personales en uno de los castillos de los Borbones, y me sorprendió la luz del dia antes de terminarlos completamente; en tal situación y precisado á ocultarme hasta la siguiente, me resolví á ello y nada me pareció mas aparente que el arsenal del castillo: era aquello un laberinto de armaduras y

trofeos, cascos, corazas, brazales, escarcelas, tarjas y escudos. Yo levanté la viga que sostenía una de estas armaduras y me metí dentro de ella, manteniéndome de pie con la visera calada e inmóvil sobre el pedestal.

—Eso es muy bueno, interrumpió Ferranti, continúa Maledento, porque ¿de qué manera se puede emplear mejor el tiempo que se gasta en una emboscada, que en la relación de algunos otros hechos de guerra? continúa.

—Pues señor, yo no sabía, prosiguió Maledento, que aquella maldita armadura servía á los hijos del castellano para ejercitarse en el manejo de las armas, y así es que no tardaron en presentarse dos jóvenes gallardos como de veinte años de edad, que descolgaron cada uno una espada y una lanza que comenzaron á esgrimir con todo el empuje de su fuerza sobre mi concha. ¡Pues bien! amigos míos, podeis creer, por más difícil que os parezca, que ni un solo ay me arrancaron los repetidos golpes que sobre mí descargaron de lanza y sable; yo siempre firme y derecho como si fuera una estatua clavada por su base. Por fortuna ninguno de los dos mancebos eran de hércoleas fuerzas; el malaudrio del padre les exhortaba sin cesar á apuntar bien al blanco de la coraza; pero san Maledento, mi patron, á quien yo con fervor santo invocabo, me libró de los golpes. Ultimamente el diablo del padre, para enseñar á sus hijitos cómo se arrancaba una visera, tomó una lanza y al primer golpe me dejó descubierto el rostro pálido y desencajado. Creí que había sonado mi hora postrera.

—¡Pobre amigo! dijo melancólicamente Fracasso.

—¡Bah! aquello no valió nada; figuráos que, como os iba contando, al verme tan pálido, creyeron era yo el fantasma de su bisabuelo, y tanto, que el padre y los hijos huyeron á cual mejor podía como si los llevase el diablo. Ahora, ¿qué queríais que hiciera? salí de mi escondite e hice otro tanto, pero para el caso es igual; porque aquellance os probará si soy fuerte, casi impenetrable.

—Sí; pero lo esencial de nuestro oficio, amigo Maledento, dijo Prócope, no es saber recibir bien los golpes, sino darlos. Lo sublime es contemplar como cae la víctima sin lanzar un gemido. Allí tienes: en uno de mis pasos por Flandes, quería desembarazarse uno de mis parroquianos de cuatro de sus íntimos amigos que viajaban juntos. Quiso proporcionarme tres adjuntos, tres camaradas para que fuéramos número igual; pero yo le dije que me encargaba del asunto por mi cuenta. Convinimos en que me arreglase como quisiera, y que, contal de entregar cuatro cadáveres, tendría por entero la recompensa. Yo conocía el camino que seguían, y los esperé en una posada por don le precisamente tenían que pasar.

Había sido el posadero en otros tiempos de nuestro oficio, y lo había

abandonado para hacerse posadero, lo que le proporcionaba el medio de que acabasen los viajeros mas pronto con las molestias del camino, sin tener nada que temer; pero tenía muy buenos sentimientos, de manera que me costó mucho trabajo que participase de mis intenciones e intereses, mediante un décimo de prima. Convenidos así, esperamos á los cuatro caballeros, que no tardaron en parecer por un recodo que hacia el camino, y charon pie á tierra delante de la posada, preparándose para restaurar sus debilitados estómagos y dar pienso á sus cabalgaduras.

El posadero les dijo entonces que su caballeriza era demasiado pequeña, y que á no entrar el uno despues del otro, no podrían moverse y se estorbarian. El primero que penetró tardaba tanto en salir, que impaciente el segundo quiso entrar á enterarse de lo que hacia. Este no tardó menos en aparecer; y cansado el tercero de esperar, se metió tambien á su vez; pero como al cabo de algun tiempo se mostrase el cuarto admirado de la lentitud de todos, exclamó mi posadero:

—¡Ah! ya sé lo que es esto: como la caballeriza es tan sumamente pequeña, habrán salido por la puerta de detrás al patio, y estarán dando agua. Esta explicacion, tan sencilla al parecer, animó al último que restaba á reunirse con sus compañeros y conmigo, porque ya adivinareis qué estaba yo en la caballeriza; pero como ya no podia ocasionar inconveniente, permití á este último el desahogo de exhalar un quejido, para que no se fuera con el desconsuelo de dar un adios al mundo.

Ferranti, en el derecho romano, no podia decirle de esto *trucidatio per divisionem necis*; pero ¡calla! añadió Prócope; nuestro hombre no debe venir tan despacio: es necesario precaver si le han dado algún aviso, porque la noche ha cerrado ya.

—*Suad enque cedentia sidera somnos;* añadió Fracasso. Y á propósito de precavernos ahora de Benvenuto por esta completa oscuridad en que nos hallamos, se me acuerda un lance que me ha sucedido á mi mismo, y me ocurrió en mis expediciones por las orillas del Rhin. He sido siempre aficionado á aquel país á un mismo tiempo pintoresco y melancólico. El Rhin es el río de las imaginaciones fantásticas: yo soñaba contemplándolo, y ahora sabreis el objeto de mis sueños:

—Se trataba de sacar de las penalidades de la vida humana á un señor llamado Schreckenstein, de quien conservo buena memoria; pero la cosa no se presentaba tan fácil, porque no salía nunca sino bien acompañado. Hé aquí el plan que me propuse:

Me vestí exactamente como él; y una noche muy oscura, la esperé con resolución y á tutropa. Cuando distingui la negra mesa que se dibujaba en

la noche solitaria del grupo en que venia, me arrojé desesperado sobre Schreckenstein, que marchaba algun trecho delante y separado de sus criados; pero yo tuve la habilidad y fortuna de arrobarle su sombrero de plumas y de cambiar de posicion con él, á fin de ocupar el lugar que naturalmente debia conservar. En este estado, le aturdí de un golpe que le descargué con el pomo de mi espada, y me puse á gritar en medio de la confusión, del ruido de las armas y de los gritos de los demás: ¡Socorro, socorro! —¡A los ladrones! Así que, los acompañantes de Schreckenstein, cayeron furiosos sobre su amo, y lo dejaron allí mismo muerto, mientras que yo me escurria por entre la espesura del monte; de manera, que el desventurado señor tuvo el consuelo á lo menos de que dijeron había muerto á manos de sus criados ó amigos.

—Atrevidillo fué el golpe, repuso Ferranti, pero si vuelvo yo los ojos y considero mi disipada juventud, podríá quizá hallar una empresa mas audaz. Yo me las tenía que haber como tú, Fracasso, con un goso de partida siempre bien montado y escoltado. Pasaba esto en un bosque de los Abruzzes: fui á apostarme en un sitio por donde el hombre debia pasar, y me subí á una encina que cubría el camino y me entregué al sueño sobre una de sus ramas para esperarlo. El sol sacudía sus cabellos de oro para mostrarse radiante sobre el horizonte, y ya sus primeros rayos comenzaban á penetrar por entre las hojas como dorados y larguísimos hilos; circulaba libre y juguetona la brisa de la mañana y murmuraba débilmente, interrumpida solo por el cantar de los pajarillos, cuando de repente...

—¡Calla! interrumpió Prócope; ¡siento pasos! ¡atención! ¡es nuestro hombre!

—¡Mejor murmuró Malcedento echando en su derredor una mirada furtiva; ¡todo ya es desierto y silencioso! ¡ánimo, el negocio es nuestro! ...

Quedaron mudos e inmóviles y sin que se distinguieran sus atezadas y terribles figuras entre las sombras crepusculares, pero si se veían sus ojos brillantes, sus manos trémulas blandiendo sus espaldones, y su posición de espantosa cautela; de esta manera constituian un grupo que solo el pincel de Salvador Rosa podría con éxito reproducir.

Era en efecto Benvenuto el que se adelantaba con paso rápido, y que, como sabemos había concebido alguna sospecha, sondeaba prudentemente la oscuridad con su mirada penetrante. Pero acostumbrado ya á escondriarse en mayores tinieblas, vió desde veinte pasos salir de la emboscada á los cuatro bandidos, y antes de que se arrojasean sobre él, tuvo tiempo para ocultar su esportillo bajo de su capa, y de desenvainar su espada; luego, con la serenidad que jamás le abandonaba, tomó la precaución de pegarse

al muro de la iglesia, y tan pronto como pensó y ejecutó todo esto, se vió con tres de los asaltadores por delante.

Le atacaron vivamente, y no había medio ni de huir ni de gritar, porque era del todo inútil; el castillo distaba aún mas de ciento cincuenta pasos; pero como el artista no hacia su aprendizaje en las armas, recibió á los bandidos con vigor y serenidad.

Mientras se defendía, como su imaginación estaba enteramente libre, cruzó por su mente una idea rápida como un rayo: evidentemente aquella emboscada iba dirigida á él, y lo ocurrió, que si conseguía deslumbrar á sus asesinos engañándoles, se salvaria. Así que, bajo el amenazador acero de sus espadas, se puso á reír del empeño que mostraban.

—¡Ah! ¡Qué pretendéis de mí, amigos míos? ¡Estais locos? ¡Qué vais á ganar de un pobre militar como yo? ¡Es mi capa la que queréis, ó es mi espada la que así os tienta? Espera tú, mala sangre, guarda tus orejas. Si quieres la hoja de mi espada, decía dirigiéndose al que mas lo sostenía el ataque, es preciso conquistarla; pero para ladrones tan aguerridos como vosotros, me pareceis teneis muy malas narices.

Diciendo así los hostigaba él mismo haciendoles retroceder delante de sí, aunque sin abandonar la pared mas que uno ó dos pasos para volver junto á ella, sacudiendo estocadas y cuchilladas, y descubriendose muchas veces á fin de que si habían sido informados por los criados del conde de Orbec, que había visto salir al mismo tiempo que él y que le habían visto contar su oro, imaginasean que no lo llevaba consigo. En efecto; la seguridad de sus palabras y la destreza con que manejaba la espada, sin embargo de los mil escudos de oro que llevaba colgando del brazo, comenzaron á sembrar la duda en la imaginación de los espadachines.

—¡Ah! ¡Será posible que realmente nos engañemos, Ferranti? dijo Fracasso.

—Ya me lo temo. Me parece que es mas pequeño que Benvenuto; y si es, no lleva á lo menos los escudos y nos engaña ese condenado vizconde.

—Yo oro! Esclamó Benvenuto esgrimiendo su acero cada vez con mas agilidad y destreza; yo no tengo mas oro que un puñado de cobre mugriento; pero si tanto lo ambicionais, os aseguro pagareis mas caro mi cobre que el oro de otro.

—Al diablo! dijo Prócope; ciertamente que es un militar. ¡Pues qué, un platero habia de jugar las armas con tanta maestría? Seguid vosotros si queréis, que yo no me mato por la gloria.

Y comenzó á retirarse Prócope, mientras que el ataque de los otros se

debilitaba cada vez mas, con la duda y la falta de su compañero. Así que, Benvenuto aprovechó este momento en que se veía menos hostigado para dirigirse á su casa, rompiendo por entre sus dos enemigos; pero sin cesar de batirse y de mantenerlos á raya. El experimentado jabalí arrastraba con él los perros hacia su escarbadero.

—Vamos, vamos, seguid contigo, mis valientes amigos, decía Benvenuto; me acompañareis hasta la entrada del Pre-aux-Clercs, á la casa encapada donde vive mi muchacha, y su padre vende vino; porque el camino no está muy seguro, y no me vendrá mal llevar escolta.

Así que dijo estas palabras renunció Fracasso á la persecución, y se fué á renair á Prócope.

—¡Somos locos! ¡Ferranti! dijo Maledento: seguramente que no es este Benvenuto.

—Si, si! Al contrario, es él; es él en persona; exclamó Ferranti que acababa de ver el esportillo del oro bajo del brazo de Benvenuto, descubierto por un movimiento; brusco que lo había dejado caer la capa.

Pero ya era tarde. Su casa no distaba ya mas de cincuenta pasos del lugar de la escena, y con su voz extraordinaria comenzó á gritar interrumpliendo el silencio de la noche: «A mí del palacio de Nesle! ¡Socorro! ¡Socorro!» Apenas Fracasso tuvo tiempo de volver sobre sus pasos, y Prócope de correr de mas lejos, y Ferranti de redoblar su esfuerzo con Maledento, cuando los oficiales que con cuidado aguardaban ya á su maestro, abrieron la puerta al primer grito, y se lanzaron veloces á la calle el enorme Herman, el diminuto Juanillo, Simon el zurdo y Santiago Aubry, armados de picas.

Al distinguirlos huyeron los espadachines.

Esperad un poco, queridos: gritaba Benvenuto á los que huían; ¡no queréis escoltarme un poco mas! ¡Oh! ¡Qué malandrines, que no han conseguido á un hombre solo arrebatar mil escudos que le estorbaban para defenderse!

En efecto, los ladrones solo habian hecho á su enemigo un ligero arañazo en la mano, y se salvaron huyendo vergonzosamente, y uno de ellos, que era Fracasso, exhalando dolorosos alharidos. Este pobre diablo en los últimos golpes le había saltado Benvenuto un ojo, cuyo accidente le dejó tuerlo para el resto de sus dias, lo que oscureció algo mas las tintas melancólicas que formaba el carácter esencial de su pensativa fisonomía.

—Basta ya, hijos míos; dijo Benvenuto á sus compañeros, disipado el ruido de los pasos de los ladrones: ahora es menester que pensemos en venir bien para celebrar el feliz desenlace de esta emboscada. Venid todos

á beber á mi salud mis queridos salvadores; pero ¿no ha venido Ascanio?
¿Dónde está Ascanio?

En efecto, ya sabemos que Ascanio se había perdido de la compañía del maestro al salir del Louvre.

— Yo sé dónde está; dijo Juanillo.

— Dónde hijo mío? preguntó Benvenuto.

— Por lo último del jardín, hace más de media hora que se pasea; y cuando el estudiante y yo nos hemos acercado á hablar con él, nos suplicó que le dejásemos solo.

— ¡Eh estrallo! dijo Benvenuto; ¿cómo no me ha oido gritar? ¿Por qué no ha acudido con todos vosotros? No me espereis á cenar, hacedme vosotros solos, añadió dirigiéndose á sus compañeros; y tú, qué traes, Scozzone?

— Oh Dios mío! ¡que me han dicho habían querido asesinaros, maestro!

— Sí, sí; algo hay de eso.

— ¡Jesus! exclamó Scozzone.

— No ha sido nada, mi buena amiga, no ha sido nada; repitió Benvenuto para tranquilizar á la pobre Catalina, que estaba pálida como la muerte. Por ahora has de tratar de sacar para estos buenos muchachos del mejor vino que haya en la bodega. Dá las llaves de ella á Ruperta, y escogeles tú misma.

— Pero no saldréis otra vez! dijo Scozzone.

— No, tranquilitate; voy á buscar á Ascanio, que está en el jardín, porque tengo que hablar con él precisamente de asuntos graves y de importancia.

Los compañeros del artista y Scozzone regresaron otra vez al taller, y Benvenuto se encaminó hacia la puerta del jardín.

Comenzaba con sus rayos la luna á dissipar las nieblas de la noche, y á su luz distinguió á Ascanio, pero no paséandose, sino escalando el muro del pequeño Nesle: había enganchado una escala en lo alto de la tapia, y pegando á ella, subió hasta montar su estrecho caballete, y en seguida, pasando del otro lado la misma escala, desapareció de su vista.

Benvenuto pasó por sus ojos la mano como un hombre que no se atreve á creer lo que vé; pero adoptando rápidamente su resolución, se tiró deteñido á la fundicion, subió á su cuarto reservado de estudio, y desde la ventana, de un salto calculado, se lanzó sobre el muro del pequeño Nesle, y con la ayuda de una parra que estendía sus ramas por la pared, se dejó caer sin hacer ruido en el jardín de Colombia: por la mañana había llovido, y la blandura de la tierra embotaba el rumor de sus pasos. Para proceder con celeridad y sin perder tiempo, escuchó el oido contra el suelo por espe-

cio de algunos minutos, pero sin resultado alguno. Ultimamente le pareció percibir algún ruido muy lejano, y guiándose por él comenzó á marchar con mucho tiento y parándose á cada instante. No tardó mucho en percibir mas distintos algunos sonidos de voz que le indicaron la dirección en que se propagaban, hasta que por último en la segunda alameda que cruzaba el jardín, reconoció ó mas bien adivinó que se hallaba Colomba, vestida de una túnica blanca y sentada al lado de Ascanio en el consabido banco que conocemos ya. Los dos jóvenes conversaban á media voz, pero su diálogo era animado y rápido.

Al abrigo de la espesura de un grupo de árboles, se acercó Benvenuto y escuchó.

IX.

ENSUEÑOS DE UNA NOCHE DE OTOÑO.

Era una apacible y clara noche del otoño. La luna había disipado casi todas las nubes que empañaban su trasparencia, y las que aún restaban, deslizándose iban unas tras las otras, y desaparecían descubriendo el bello azul del cielo sembrado de relumbrantes estrellas. Alrededor del grupo que hablaba y escuchaba, todo yacia en el mayor silencio y tranquilidad; pero en el alma de cada uno de ellos todo era turbación e inquietud.

—Mi Colombia, decía Ascanio, mientras que Benvenuto de pie y detrás de él, pálido y con el frío de la muerte creía no escuchar aquellas palabras con los oídos, sino con el corazón; ¡adorada mía! ¿quién me ha arrojado á turbar la calma de vuestro destino? Cuando os entereis en toda su estension de la desventura y fatalidad que os amenaza, maldecireis sea yo el mensajero de tan crueles nuevas.

—Os equivocais, amigo mío, repuso Colombia: sea lo que quiera lo que tengais que decirme, yo os bendeciré, porque os miro como venido de parte de Dios. Jamás escuché el acento de mi madre, pero creo que la hubiese escuchado como os escucho á vos. Hablad, Ascanio; y si tenéis cosas terribles que comunicarme, el que sea vuestra voz la que me lo diga, me consolará algun tanto.

—Llamad á vuestra ayuda todo vuestro valor y vuestras fuerzas, dijo Ascanio.

Y en seguida comenzó á referirle la entrevista que á su presencia ha-

biantenido la señora de Etampes y el conde de Orbec; la espuso toda la traicion del complot concebido contra el interés del reino y los proyectos para mancillar el honor de la pobre niña; continuó el suplicio de esplicar á aquella alma candida y asombrada de tanta iniquidad, el infame convenio del tesorero, é hizo comprender á la joven, con palabras que exaltaban su imaginacion, los crueles resingamientos de odio y de ignominia que había inspirado á la favorita su amor herido. Todo lo que Colomba pudo claramente concebir, es que su amante se hallaba poseido de terror y disgusto, y ella, cual yedra solitaria que no tiene otro asilo que el desterrado peñasco á que se adheria, temblaba y se estremecia como él.

—Amigo mio, dijo ella: es menester enterar á mi padre de este horrible designio contrami honor. Mi padre no se ofenderá de nuestro amor, porque os debe la vida, y mi padre os escuchará. ¡Oh! no lo dudéis: él arrancará mi destino de las manos del conde de Orbec.

—¡Ah! exclamó Ascanio por toda respuesta.

—¡Oh amigo mio! dijo Colomba que comprendió la expresion de desconfianza que envolvía la exclamacion de su amante; ¿suponeis á mi padre en tan odiosa complicidad? ¡Cuán terrible sería esto, Ascanio! Pero no, no; mi padre no sabe nada, estoy segura, nada sospecha, y cuando siempre me ha mostrado tanta ternura, ¿pretendería con su propia mano el lanzarme en la vergüenza y la desventura?

—Perdonad, Colomba, repuso Ascanio; pero vuestro padre no está acostumbrado á divisar la vergüenza en la opulencia; un título pudiera deslumbrarle quizá hasta el punto de ocultarle su propia deshonra, y en su orgullo de cortesano pudiera creerlos mas dichosa manceba de un rey que esposa de un artista. Yo no debo ocultaros nada, Colomba: el conde de Orbec decía á la señora de Etampes que respondía de vuestro padre.

—¿Es posible, Dios mio? exclamó la joven. ¡Se han visto alguna vez padres que vendan á sus hijos?

—En todos los tiempos y en todos los países se ha visto eso, ángel mio; y sobre todo, en este país y en este tiempo. No creais al mundo imagen de vuestra alma, y á la sociedad de vuestra virtud. Si, si, Colomba: los mas ilustres nombres de la Francia han entregado su pudor al libertinaje real, la juventud y la belleza de sus espocas y de sus hijas; eso es cosa muy comun de la corte; y si vuestro padre quisiera de tal proceder justificarse, no le faltarían ejemplos notables. Yo imploro tu perdón, amada mia, de haber desgarrado tan bruscamente tu alma casta y santa, con el contacto de la asquerosa realidad; pero es preciso, es indispensable, mostrarte el abismo que abren á tus mismas plantas.

—¡Ascanio! ¡Ascanio! exclamó Colombia ocultando su cabeza tras la espalda del artista, y apoyada con la mano en su hombro. Qué, ¡tambien mi padre habia de contribuir á tejer la tela de mi desventura! ¡Oh! ¡No me lo digas! ¡no quiero pensarlo! ¡me avergüenzo! ¡Y dónde refugiarme entonces? ¡En vuestros brazos, Ascanio? ¡Sí; vos sereis mi salvador! ¡Habéis hablado á vuestro maestro, á ese Benvenuto tan noble, tan bueno, tan grando, á ese que me habeis dicho, y que amo solo porque vos le amais!

—No le amo: no le amo ya, Colombia; exclamó.

—¡Y por qué? murmuró la joven.

—Porque os ama él; porque en vez de un amigo con cuya protección pensábamos contar, es un rival; un enemigo mas á quien tenemos que combatir; un enemigo; ¡entiendes? un enemigo el mas terrible de todos. Escucha:

Entonces Ascanio refirió á Colombia como en el momento en que iba á confiárselo todo, le había revelado su amor ideal, y como el cincelador favorito de Francisco I, gracias á la caballeresca palabra del rey, á cuya fá se faltaba nunca, pensaba obtener la realizacion de sus proyectos despues de terminada la fuente de Júpiter. Sus proyectos, como sabemos, eran pedir la mano de Colombia.

—¡Cómo, Dios mio! ¡conque no nos queda mas amparo que el de nosotros mismos? dijo Colombia clavando sus bellos ojos en el cielo, y erizando sus manos sobre el pecho. Cada aliado se nos convierte en enemigo, y cada puerto se nos trae en escollo. ¡Estais seguro de que llegue nuestro abandono á este extremo?

—¡Oh! demasiado seguro desgraciadamente; dijo el jóven. Tan peligroso es para nosotros mi maestro como tu padre, Colombia. Si: el mismo, abandonó Ascanio juntando las manos; Benvenuto, mi amigo, mi maestro, mi protector, mi padre, mi Dios, que á pesar de todos estos títulos, casi me veo precisado á odiarle. Y sin embargo, bien considerado, ¿por qué? ¡Yo os lo pregunto, Colombia! Porque ha participado del ascendiente á que debe humillarse toda imaginacion viva y ardiente que os contempla; porque os ama él como yo os amo. Su delito es el mío; solamente, Colombia, que vos me amais, y con eso absolveis mi crimen. ¡Qué hacer, Dios mío! ¡Ah! dos dias hace que sin cesar me pregunto lo mismo, y no sé si comenzar á ediarle, ó si le quiero como siempre. El os ama, es cierto; pero tanto me ama tambien á mí, que mi alma vacila y tembla en esta confusión como un rosal bañido por la tempestad. ¡Qué hará él! ¡Oh! desde luego quiero informarla de los designios del conde de Orbec, que espero sabré casarlo.

Pero despues de todo, cuando nos encontrarnos cara á cara como enemigos; cuando le diga que su querido discípulo es su rival, Colombe, su poderosa voluntad ciega como el destino, olvidará á Ascanio para pensar solo en Colombe; apartará sus ojos del hombre que proteje para fijarlos en la mujer que ama, porque yo tambien siento que entre él y yo no vacilaria. Tengo la conviccion de que sin remordimientos sacrificaria lo pasado de mi corazon por el porvenir, la tierra al cielo. ¿Por qué hacernos ilusiones? Es hombre; y pensar que sacrificue su amor, es un rasgo superior á la perfeccion humana.

Lucharemos; si, lucharemos uno contra otro; pero ¡cómo resistirás yo, débil y abandonado! ¡Oh Colombe! Si llego un dia á aborrecer al hombre que por tanto tiempo he amado, no le deseo ni aun en este caso, os lo aseguro, que experimente el suplicio en que me puso el otro dia declarándome su amor á vos.

Mientras Benvenuto, inmóvil detrás de un árbol como una estatua, sentía deslizarse por su frente gotas de frío sudor, y se crispaban los dedos de su mano que apretaba convulsivamente contra su corazon,

—¡Pobre Ascanio, amigo querido! contestó Colombe; mucho habeis padecido, y mucho que sufrir os resta aún; pero esperemos con calma el porvenir; no nos exajeremos nuestras penas, que no está perdido todo. Para resistir nuestra desventura, para conjurar el destino, somos tres contando con Dios; preferiríais, Ascanio, verme en brazos de Benvenuto, que esposa del conde de Orbec; ¡no es verdad? ¡Pero aún os lisonjearia mas fuese esposa del Señor antes que de Benvenuto! Pues bien: si no soy vuestra, no seré tampoco mas que de Dios; ¡qué decis de esto, Ascanio! ¡os parece bien? Vuestra esposa en este mundo, ó vuestra futura en el otro; esta es mi promesa, Ascanio, y podeis tranquilizaros, que la sostendré.

—¡Gracias, ángel mío, gracias! dijo Ascanio. Olvidemos este mundo integrado que nos rodea, y concentremos nuestra existencia á este bosquecillo que nos proteje y nos escucha; pero nunca me habeis dicho aun que me amais. ¡Ah! y yo podria pensar que sois mía por carecer en este trance de otro recurso.

—¡Calla, Ascanio, calla! dijo Colombe; ¡tú desconoces que trato de santificar mi dicha haciendo un deber? Yo te amo, Ascanio; mi vida es la tuya.

No pudo resistir mas tiempo de pié Benvenuto, y debilitadas sus rodillas cayó en el suelo, y apoyando su cabecera en un árbol fijaba sus ojos en el inmenso espacio, mientras que el oido atento escuchabá á los dos jóvenes con toda su alma.

—¡Mi Colombe, repetía Ascanio; yo te amo; y no sé qué oculto instinto me

dice que seremos felices, y que Dios no abandonará al hermoso ángel que desterró á la tierra. ¡Oh Dios mío! no puedo acordarme subyugado de esta atmósfera de inocencia y de felicidad que te rodea, del círculo de penas que me asaltarán cuando nos separemos!

—Es menester pensar en mañana, dijo la joven; ayudémonos nosotros, que Dios no nos abandonará; no creo será prudente ni leal que ignore nuestro amor vuestro maestro; se espondría quizá á peligros graves combatiendo á la señora de Etampes y al conde de Orbec. Esto no sería justo; es menester advertirle de todo, Ascanio.

—Os obedeceré, Colomba; porque una palabra vuestra, ya lo conocéis, es para mí una orden. También mi alma dice que tenéis razón siempre; pero semejante confesión será un terrible golpe, juzgando por mi corazón el suyo; también es posible, y hasta probable, que el cariño que me tenía se convierta en odio, y que me arroje de su lado; y cómo resistir entonces, yo, extranjero, sin apoyo, sin asilo y contra poderosos enemigos, como son la duquesa de Etampes y el tesorero del rey? ¿quién me ayudará á desatar los nudos de esta horrible trahilla? ¿quién ha de querer aliarse conmigo en esta lucha desigual? ¿quién me tenderá una mano?

—¡Yo! exclamó una voz grave y profunda detrás de los dos jóvenes.

—¡Benvenuto! exclamó el aprendiz sin haberle mirado aun siquiera.

Colomba lanzó un grito y se levantó precipitadamente, mientras que Ascanio le consideraba, indeciso entre su cólera y su amistad.

—Sí, soy yo; el mismo Benvenuto Cellini á quien vos no amais, señorita, y á quien tampoco Ascanio ama ya; pero sin embargo, quiere salvaros á ambos.

—¿Cómo! exclamó Ascanio.

—Digo, que es necesario os senteis á mi lado, porque tenemos mucho que hablar. De nada tenéis que informarme, porque ni una sola palabra de vuestra conversación he perdido; perdonadme el haber sorprendido por casualidad vuestro secreto, pero ya conocéis os conviene no le ignorarase yo. He escuchado terribles cosas, y cosas buenas también; Ascanio ha tenido razón algunas veces, y otras no; es evidente que le hubiera disputado vuestra posesión: mas puesto que vos le amais, todo está dicho: sed dichosos; vos no podeis amarme á mí; pero al menos, conquistaré de vos la ternura de una hija, haciéndoos suya.

—Mucho padecéis, señor; dijo Colomba juntando sus manos.

—¡Oh! gracias; dijo Benvenuto interrumpiéndose y arrasados de lágrimas sus ojos. Ya veis lo que padezco, y este ingrato no lo conoce; pero nada escapa á la penetración de las mujeres. Si; no quiero mentir, padezco mu-

cho; porque es muy sencillo, os pierdo; pero, al mismo tiempo, me considero feliz en poderme consagrar á vuestro servicio: me lo debereis todo, y esto me consuela. Tú te engañabas, Ascanio: mi Beatriz está celosa, y no quiere rival; tú serás, Ascanio, el que acabe mi estatua de Hebe. ¡Adios, mi bello sueño! ¡el último!

Benviuento, cuando hablaba, hacia el mayor esfuerzo para decir aquellas palabras expresadas con acento trémulo y entrecortado. Colomba se le acercó cariñosamente, y alergándole con gracia su mano, que estrechaba el artista entre las suyas, le dijo dulcemente:

—Llorad, amigo mio, llorad.

—Si, decís bien; contestó Cellini brotando de sus ojos el llanto.

Quedó algun tiempo asi de pie, llorando sin proferir palabra y víctima de la mas grande contraccion nerviosa; pero su privilegiada naturaleza se aliviaba con el llanto que vertía y que tanto tiempo había reprimido. Ascanio y Colomba consideraban con respeto su pena.

—Escepto el dia en que te herí, excepto el momento en que vi correr tu sangre, no he vertido una lágrima hace veinte años; dijo recobrándose un poco; ¡pero tambien el golpe ha sido terrible! y en prueba de ello, que hace un momento, detrás de estos árboles, me acometió la idea de suicidarme con mi puñal; pero me detuvo el escuchar que me necesitabais. De esa manera habeis salvado mi vida, ademas de que es mas justo que améis á Ascanio. Tiene veinte años mas que yo que consagrar á vuestra felicidad, y pues que él es mi hijo, siendo vosotros dos dichosos, lo seré yo tambien. Benviuento sabrá triunfar de si mismo como de sus enemigos, y pues que el destino de las criaturas es el padecer, germinará de cada una de mis lágrimas una estatua como de cada una de las de Dante producia un canto sublime. Yalo veis, Colomba, de nuevo me atrincheró en mi antiguo amor, en mi escultura querida: esta por lo menos no me abandonará jamás. ¡Cuánto bien me habeis hecho con hacerme llorar! toda la pena que sobrecoja mi corazon se ha disipado con el agua que se desprendia de mis ojos. Solo me resta una tristeza que me hará bondadoso y de la que me distraerá el placer de salvaros.

Ascanio cojío una de las manos de su maestro y la apretó entre las suyas. Colomba al mismo tiempo imprimió sus labios en la otra y Benviuento respiró con satisfaccion meciendo su cabeza.

—Con que vamos, dijo sonriendo, no me atormentéis mas, hijos mios; no volvamos hablar de esto jamás; ya para en adelante, Colomba, séte yo vuestro amigo y nada mas; no, me engaño, seré algo mas, seré yo vuestro padre. Lo demás es una quimera, y ahora solo debe ocuparnos lo que ha-

mos de hacer para desviáros de los peligros que os amenazan; he escuchado vuestros proyectos y vuestros planes; pero sois demasiado jóvenes los dos y ambos ignoráis lo que es la vida. Cándidamente y desarmados os ofrecéis á los golpes de la suerte, y aspiráis vencer con vuestra bondad y sonrisas la maldad, la ambición y todas las mas infames pasiones. ¡Eso es pensar una locura! es preciso en esta ocasión mostrarse fuerte, astuto, é inflexible, y yo por fin estoy acostumbrado á esto; pero vosotros, queridos míos, nacidos para la dicha y la ventura, ¡oh! no paseis cuidado, yo veré porque se cumpla vuestro destino.

La desesperación, Ascanio, no sombreará tu blanca frente, ni el dolor, Colombia, alterará los puros contornos de tu divino rostro, yo os levantaré en mis brazos y así cruzareis sin mancharos con su contacto todas las miserias de la vida, hasta que sanos y salvos os vea en el seno de la ventura, pudiendo yo feliz considerarlos porque lo seais vosotros. Ahora solamente es indispensable que en mí depositeis una ciega confianza; yo tengo una manga de tratar las cosas muy brusca y extraña, y que quizás os asustará, Colombia. Tengo alguna semejanza con la artillería que lanza sus proyectiles hasta el término de la carrera que deben alcanzar, sin detenerse por los obstáculos que halla en el camino. Si: yo considero mas bien la pureza de mis intentos que la moralidad de los medios.

Cuando quiero modelar una estatua hermosa, no me apura ni me cuida de si la greda mancha mis dedos. Terminada la obra, me lavo las manos y desaparece todo. Concededme, señorita, entera libertad para conducir mis planes; lance vuestra alma tímida y delicada la responsabilidad de mis actos para con Dios, porque nos conocemos él y yo, y tal cual en este momento está planteada la cuestión, puede ofrecer trances críticos. El conde de Orbec es ambicioso, avaro el preboste, intrigante la duquesa, y todos poderosos; estais vosotros bajo su influencia y hasta dos de estos personajes tienen derechos que aducir, y es muy fácil que tuviésemos que emplear la astucia y la violencia; pero yo haré de suerte que permanezcas lo mismo que Ascanio al abrigo de una lucha tan indigna de vosotros. Veamos, Colombia: ¿os decidís á cerrar los ojos y dejaros conducir? Cuando os diga chaced tal cosa, ¡la hareis! ó quedad ó permaneced. • ¿Estais dispuesta á ejecutar lo que os ordene?

—¿Qué dice Ascanio? preguntó Colombia.

—Colombia, respondió el aprendiz: Benvenuto es bueno y grande; no os ama, y perdona el mal que le hemos causado. Obedezcámösle; yo os lo suplico.

—Mandad lo que gusteis, dijo Colombe; y yo os obedeceré como si fuésis enviado de parte de Dios.

—Bien, hija mia: yo no tendré que exijiros mas que una cosa que os costará alguna violencia; pero despues de la cual se limitará vuestro papel á esperar y á dejaros conducir por la corriente de los sucesos; y para que en mi podais depositar con mas franqueza vuestra confianza, os referiré la historia de mi juventud, cuyo período de mi vida fué mancillado, aunque no padeció alteracion ninguna la pureza del corazon. Todas las historias se parecen, y en el fondo de cada una se aposenta el dolor. Ascanio: voy á referirte cómo se ha mezclado á mi existencia mi Beatriz, el ángel de quien tan largamente me has oido hablar; y sabiendo quién era no te admirará tanto mi resignacion en abandonarte tu Colombe, cuando conozcas que solamente por este sacrificio comienzo á satisfacer al hijo, la deuda de dolor y lágrimas contraida con tu madre. ¡Tu madre era un ser del paraíso, Ascanio! Beatriz quiere decir ventura celestia, y Estefania equivale á coronada.

—Prometido, maestro, me teneis, que me contariais un dia toda esa historia.

—Sí; y creo que ha llegado el momento oportuno de que la sepas, y escuchándola, Colombe, y sin ignora las razones que me excita á amar tanto á mi Ascanio, depositará con mas confianza su suerte en mis manos.

—En seguida, cojiendo la de sus hijos entre las suyas, y bajo la celeste tachumbre sembrada de pálidas estrellas, y en el profundo silencio de una noche calmosa y embalsamada, comenzó Benvenuto con acento grave y sermonioso á decir de esta manera:

X.

ESTEPANIA.

Hace veinte años que tenía solo veinte de edad, también como tú, Ascanio, y que trabajaba en casa de un platero de Florencia que se llamaba Rafael del Moro. Era un buen artista que no carecía de gusto é inteligencia; pero era más aficionado á dormir que á trabajar; con una facilidad admirable le seducían las fiestas y los placeres, y malgastaba más dinero del que poseía. Era muy frecuente me quedara yo solo en el obrador cantando en aquel entonces como hace hoy Scozzone, y acabando algún trabajo comenzado. Todos los haraganes de la ciudad acudían á su casa pidiéndole ocupación, porque tenía fama de no irritarse nunca; así es que con tales elementos, no consiguió adquirirse fortuna; siempre estaba empeñado, y poco á poco llegó á ser el más desacreditado platero de Florencia.

No, me engaño, que aún había otro cofrade más desacreditado; pero no era por su poca formalidad en el pago de sus obligaciones por lo que Segismundo Gaddi estaba en ese estado, sino por su insigne mal gusto y poca inteligencia de su arte y su sórdida avaricia. Como todo lo que se le confiaba salía de sus manos mezquino y tosco, nadie, á menos que no fuese extranjero, entraba en su tienda; lo que hizo que Segismundo se echara á usurero, prestando á los hijos de familia bajo enormes intereses. Este modo de vivir le convenía mejor que el otro, porque Gaddi exigía siempre buenas garantías sin empeñarse nunca en negocio alguno que careciese de es-

e, para él esencial requisito. Mucho mas que esto, como él mismo lo proclamaba, era ademas de prudente en extremo legal y tolerable; y así prestaba á todos, lo mismo á compatriotas que á extraños, á cristianos que á judíos. Lo mismo hubiera prestado á san Pedro hipotecando las llaves del cielo, que á Satanás sobre sus posesiones del infierno.

Casi no tengo ya necesidad de advertir que prestaba á mi pobre Rafael del Moro, que corria cada dia su mañana, y cuya integra probidad sin embargo no había jamás desmentido. Las frecuentes relaciones en materia de negocios, la especie de inhabilidad que ambos sufrían y la vecindad de sus viviendas, había intimizado á los dos plateros. Del Moro le debía el mayor agradecimiento por el dinero que le adelantaba, y Gaddi estimaba profundamente á su acreedor honrado y puntal. Eran en una palabra los mejores amigos del mundo, y Sagismando no hubiera faltado por todas las consideraciones del universo á ninguno de los convites con que le obsequiaba.

Era viudo el Moro y tenía una hija de diez y seis años que se llamaba Estefanía, que considerada artísticamente no era hermosa, pero que cautivaba sin embargo desde el primer momento que se la miraba. En su frente demasiado grande y despejada para mujer, se veía, por decirlo así, soñar las ideas, y sus ojos de un negro brumido cuando los fijaba, de respeto y enternecimiento penetraban; una palidez como la del ámbar estendiéndose por su rostro la daba la apariencia con su triste y encantadora mirada, de una nube teñida por un débil rayo de sol de una mañana de otoño, y me olvidaba de sus cabellos negros como el ébano y dignos de ceñir una corona de reina.

Alguna tanto inclinada su cabeza, se asemejaba á un lirio marchito por el aire de una tempestad, y pudiera con admirable propiedad haber representado la estatua de la melancolía, ó cuando su vista se animaba, erguía la cabeza, se dilataban sus narices y estendia su brazo para comunicar una orden, se la huliera adorado, creyéndola trasunto vivo de nuestro ángel custodio. Mucho parecido tienos de ella, Ascanio, faltándote tan solo cierta expresión resignada de conformidad en las penas para que fuera admirablemente exacto; pero en nadie como en aquella figura esbelta, ligera y elegante, se ha ofrecido mas claramente á mis ojos la imagen de la immortalidad del alma. Su padre, que la respetaba tanto cuanto la quería, acostumbraba á decir que cuando murió su esposa solo había depositado en la tumba su cuerpo, porque su alma se había trasmisido á Estefanía.

En aquella época era yo un joven aturdido, aventurero y fogoso, amando sobre todo mi independencia y mi libertad porque la saña de mi vida se desbordaba de mi alma, lancándose sin aprensión en el laberinto de impasables

querellas y amorfos. Trabajaba yo entonces con pasión, y a pesar de mis batazzadas era el mejor oficial de los del obrador de Rafael, y el único que á la cosa prestaba utilidad; pero lo que hacia de bueno era por instinto ó como si dijéramos, por casualidad. Estudiaba assiduamente las obras de nuestros antepasados, y días enteros me pasé considerando las estatuas de Atenas y de Roma, intentando imitarlas con el lápiz y el cincel, adquiriendo con este estudio la pureza de los contornos y la seguridad de la forma; pero yo imitaba con buen éxito, mas no creaba. Esto, como os he dicho ya, me hizo sin trabajo y sin rival, el más hábil y laborioso de entre mis compañeros, y luego después supe que él mismo alimentaba secretamente el deseo de casarme con su hija; pero yo cuidaba muy poco de pensar en semejante cosa, si fíe mia, porque necesitaba ser independiente, respirar con libertad y así es que me ausentaba días enteros de la casa á donde no obstante volver muerto de cansancio y de fatiga, etaprendía mi trabajo y en pocas horas alcanzaba y así quedaba en tarea á mis compañeros; yo me desafiaba por una palabra cualquiera y me enamoraba de una mirada. ¡Qué tal marido hubiera hecho!

En cambio de mi aturdimiento, sentía al lado de Estefanía una emoción que en nada se parecía á las que experimentaba considerando las muchachas lindas de la Puerta de Prato ó de Borgo Pinti; la respetaba hasta casi infandarme temor y si me hubieran dicho que la amaba un grado mas que el cariño que se tiene á una hermana mayor, hubiera soltado la carcajada. Cuando regresaba de alguna de mis excursiones, no me atrevía á acercármela á pesar de que mas demostraba tristeza que severidad, y cuando al contrario me entretendía en casa algún lacerable impulso de ceder por el trabajo, buscaba la soledad de Estefanía y me agraciaba escuchar su voz y considerar su mirada; el efecto que yo la temía simbolizaba un no se sabe de gravedad y orgullo que no me podía explicar, pero que me cautivaba; muchas veces interrumpía el estribito de mi alegría una idea que me la representaba y que me hacía pregunthérme á mi mismo, de qué provenía aquella inquietud; otras muchas cuando tiraba de mi espada ó del pañuelo, invocaba su nombre como el de mi santo tutelar, y observé que fuera casualidad ó lo que quisiera, siempre que lo hacia me apartaba de mis penitencias sin una mirada ni un arrastro quejumbra; todo todo este cariño, sentimiento hacia aquella hermosa, tierna e inocente criatura, se suscitaba en el fondo de mi corazón como en un santuario en donde jamás mi pluma penetraba.

Por lo que respecta á Ella, es cierto que todo lo que se mostraba de digna y fina para con mis pernosos compañeros lo desquitaba en bondad y en inteligencia para contigo. Venía alguna vez á sentarse en el borde del

la de su padre, y de curado en curando se hicieron le celera pero mira el estado de lo que trabajaba, y detenia sus ojos para mirarme. Lisonjeaban; amor propio y me llenaba de orgullo esta preferencia; pero si algun compañero del obrador por adularme groseramente se atrevia á decir que estaba la trija del maestro enamorada de mi, le contestaba poseido de tal rabia é indignacion, que no le quedaba deseo de repetirlo.

Un accidente que sobrevino á Estefania, trivial en su principio, me demostró hasta qué punto insensiblemente se había posecionado de mi alma. Un dia que estaba en el obrador fué á tomar una cosa, no recuerdo qué, de una de las mesas, y sin duda no retiró tan presto como debia su blanca y delicada mano, porque un maldito oficial, borracho creo yo, le cojio con unas fieras dos dedos de ella. La pobre nifia lanzó un grito, pero al instante mismo se echó á reir para tranquilizarse y (como apesadumbrada de haberse quejado). Sin embargo, tenia la mano ensangrentada y malo habia pasado el desdichado que cometió la tórpaza si no me conviviera la bondad conformidad de Estefania.

Seguramente Gaddi, que estaba delante, dijo que en la vecindad conocía a un cirujano, corrió en su busca, y cuando llegó vendó en efecto la herida de Estefania y continuó viiniendo todos los días á verla; pero era tan desconfiado y tan ignorante aquél mal sanguinador, que dejó se hiciese una llaga y coméntzase la gangrena; declarando despues doctoralmente que a pesar de sus esfuerzos perdería la mano derecha segun todas las probabilidades.

Se hallaba Rafael del Moro en muy critica situación ya, respecto de sus intereses, para consultar otro médico; pero así que escuché la sentencia del imbécil doctor, no vacile un punto, subí á mi cuarto, cojí el bolsillo que contenia todos mis ahorros y me fui de seguida á casa de Giacomo Rastelli de Perouse, cirujano del Papa y el mas grande operador de toda Italia. A fuerza de mis vivas instancias y por otra parte como la recompensa que yo te ofrecía era bastante considerable, acudió inmediatamente, diciendo: ¡OH! ¡lo que son los enamorados!.... Y despues de examinar detenidamente la herida, aseguró qué antes de catorce ó quince dias so valdría Estefania de su mano derecha como de la otra: me daban impulsos de abrazar á aquél hombre, que con solo tocar por si mismo los delicados dedos de la joven y colocar las vendas de otra manera, sintió alivio; pero algunos dias despues fué preciso extraer la carne de los huesos.

Esto era ya mas serio; me suplicó asistiese á la operacion para inspirarla valor, cuando carecía yo de él y sentia harto diminuto mi corazón en el pecho. Giacomo se valia de grandes instrumentos que hacen padecer hor-

riblemente á Estefanía y lanzaba gemidos que resonaban en mi alma de una manera angustiosa. Mis sienes estaban bañadas de un sudor glacial.

Ultimamente aquel suplicio era superior á mis fuerzas: los grandes instrumentos que atormentaban sus dedos atormentaban tambien mi corazon, y sin poder resistir mas supliqué á Giacomo suspendiese la operacion y me esperase un medio cuarto de hora.

Bajé al obrador y allí, como inspirado por un buen génio, fabrique un instrumento muy sutil de acero y mas cortante que una navaja de afeitar, y con el auxilio de esta nueva herramienta, comenzó el cirujano á operar tan fácilmente que no sufría la paciente casi dolor alguno. En cinco minutos estuvo acabado todo, y quince dias despues me dió á besar la mano que yo le había conservado segun decia ella misma; pero seria imposible describir las desgarradoras emociones que experimenté viendo sufrir á mi pobre Resignacion como yo la llamaba, porque era en efecto la resignacion la situacion natural de su alma. Estefanía no era feliz, el desorden y la imprecision de su padro la aflijian: su único consuelo era la religion, y como todos los desgraciados, era piadosa. Frecuentemente, cuando entraba yo en una iglesia, porque siempre he amado á Dios, veia en un rincón el mas retirado, á Estefanía llorosa y rezando.

En todas las situaciones apuradas en que se veia, que eran muy, frecuentes por la indolencia y disipacion de su padre, recurria á mí con una confianza y una franqueza que me encantaba. Me decia la pobre nijia con la sencillez de los corazones generosos; «Benvenuto, yo quisiera suplicaros que trabajaseis juntodo lo posible esta noche para acabar este relicario, alfajetero ó cualquiera otra obra, porque nos hace falta dinero..»

Poco despues adquiri la costumbre de someter á su critica todas las obras que acababa, y me aconsejaba con una superioridad singular. La soledad y las penas habian elevado y engrandecido sus pensamientos á un punto que es dificil presumir; sus palabras, á la vez naturales y profundas, me hicieron adivinar mas de un secreto de mi arte y abrieron á mi espíritu nuevas perspectivas.

Me acordare mientras viva de un dia que le enseñé el modelo de una medalla grabada para un cardenal y que representaba por una parte la cabeza de este prelado, y por la otra á Jesucristo marchando por la mar teniendo una mano á S. Pedro, con esta leyenda: *Quare dubitasti?* ¿Por qué has dudado?

Estefanía se mostró muy complacida del retrato que era muy parecido y bien ejecutado, y despues consideró largo tiempo y en silencio el

—La figura de nuestro Señor es perfectamente bella, dijo, y si representara un Júpiter ó un Apolo nada de ella tendría que decir; pero Jesús es más bello, es divino: esta cara tiene una pureza y precisión de contornos admirable; pero, dónde está la expresión, dónde el alma? Yo admiro aquí al hombre, pero busco el Dios y no le encuentro: pensad que no solo sois un artista sino también un cristiano. Mirad, también mi corazón ha desconfiado frecuentemente y al levantarme de mi abatimiento, he visto á Jesús estirarme una mano y he oido que me decía: ¡por qué has dudado? ¡Ah! Benvenuto, su imagen es más bella que esta y en su celeste figura se retrata al mismo tiempo la tristeza del padre que se afija y la clemencia del rey que perdona. Su frente se oscurecía pero sonreían sus labios; era más grande, más sublime.

—Esperad, Estefanía, le dije yo.

Inmediatamente borré lo que había hecho, y un cuarto de hora después y bajo su inspección, comencé de nuevo la figura de Jesucristo.

—¿Es eso? le pregunté cuando estuvo concluido.

—¡Oh! sí; contestó bañados sus ojos en lágrimas, así es como á mí se me ha aparecido el Salvador del mundo en las horas del dolor. Si, yo le reconozco ahora con su aire misericordioso y lleno de magestad. ¡Pues bien! haced siempre como ahora, antes de tomar la cera meditad el pensamiento: poseíais los medios de dar vida á una materia muerta, conquistad la inspiración, dadla el alma y qué no sean nunca vuestras manos más que fieles vasallos de vuestra imaginación, ¡entendéis!

Este era el consejo de una niña de diez y seis años, consejo en toda su extensión sublime. Cuando quedé yo solo medité lo que me había dicho y conocí que tenía razón; de esa manera sujetó á reglas é inspiró mi instinto. Cuando tenía la forma, procuraba concebir la idea y combinarlas de tal suerte que saliesen ambas cosas confundidas de mis manos, como Minerva de Júpiter armada ya.

¡Ah, Dios mío, que encantadores y sublimes son los recuerdos de la juventud! Esta deliciosa noche que pasamos reunidos me acuerda las que pasábamos juntos Estefanía y yo, uno al lado del otro y sentados juntos en el banco de casa de su padre; ella miraba al cielo y yo la miraba á ella. Veinte años hace de esto ya, y me parece que fué ayer; aprieto ahora mis manos, creo sentir las tuyas y son las vuestras, ¡hijos míos! lo que Dios dispone está bien hecho. ¡Oh! al considerarla tan bella y vestida de blanco, sentía por mi alma difundirse una calma consoladora, y cuando nos separábamos, muchas veces aun no habíamos proferido ni el uno ni el otro una sola palabra, y sin embargo renacían de estas mudas entrevistas toda suerte

de pensamientos buenos y fecundos que me hacian mejor y más grande; pero esto tuvo su fin como todas las felicidades del mundo.

Rafael del Moro estaba casi tocando al último término de la miseria; debía á [su] buen vecino Segismundo Gaddi dos mil ducados, que no sabia como pagarle, y esta idea le desesperaba; quería de su ruina salvar á lo menos á su hija, y consiguió su proyecto de casarla conmigo á un obreiro del taller, sin duda para que me hablase; pero aquel imbécil era uno de los que yo había desmentido cuando me echó en cara brutalmente como una calumnia, la afección fraternal de Estefanía, y fué tan estúpido que no dejó acabar de hablar á Rafael.

—Renunciad á ese proyecto, maestro, le dijo; yo os aseguro que no tendrá buen éxito vuestra proposición.

El platero era orgulloso y pensó que le despreciaba á causa de su pobreza, y no habló mas sobre ello.

Poco tiempo despues Segismundo Gaddi reclamó á su acreedor lo que le adeudaba, y como aun Rafael le exigía un nuevo término, le dijo Segismundo.

—Concededme la mano de vuestra hija que es económica y no carece de talento, y quedámos en paz.

No tuvo límites la alegría de del Moro, porque aunque Gaddi pasiblemente por ser un poco avaro, brusco y celoso, era rico, que es lo que los pobres estiman y envidian mas; mas las riquezas no es el todo de la vida. Cuando Rafael participó esta inesperada proposición á su hija no le contestó nada, y solamente cuando nos levantamos del banco en que habíamos estado, tomando el frésco por la noche me dijo:

—Benventato, Segismundo Gaddi ha pedido á mi padre mi mano y se la ha concedido.

Diciendo estas sencillas palabras me dejó y yo me puse de pie como movido por un resorte; en seguida poseido de un furor estrafalo salí de Florencia y comencé á vagar por el campo como un loco. Toda la noche la pasé corriendo y echándome unas veces sobre la yerba, otras llorando y acorralándome mil pensamientos desesperados y furiosos que turbaron mi ejitado espíritu.

—Yo á mí mismo me decia cuando recobraba algún imperio sobre mi ánimo; ella, ¡Estefanía mujer de Segismundo Gaddi! esta idea que me estremeció la asusta á ella tambien indudablemente; ella me prefiere y lo que me ha dicho es un tácito llamamiento á mi amistad y á mis celos; ¡oh! seguramente yo tengo celos, estoy rabioso, y sin embargo ¡tengo motivos para estarlo! Recapacitemos, seamos justos: Gaddi es sombrío y violento.

¡pero qué mujer habrá de ser feliz conmigo? no soy yo también brutal, inquieto, pendenciero, empeñándome á cada paso en disputas peligrosas y en criminales intrigas; ¡y podría ya enmendarme! No, mientras que circule por mis venas tan agitada mi sangre, siempre estaré con la mano sobre el puñal y el pie fuera de casa.

¡Pobre Estefanía! A mi lado vertería lagrimas, sin cesar, la haría padeecer, y pálida y afligida llegaría á aborrecerla, y mi odio sería una reconvencion siempre viva y palpable, después no podría vivir, sucumbirla y yo soy el que la habría asesinado. No, yo lo conozco, no es mi misión gozar de las puras y tranquilas alegrías del padre de familia, necesito libertad, necesito el espacio, la creacion entera, las tempestades del alma antes y mejor que la paz y monotonía de la dicha; ¡pero será menos desgraciada con ese Segismundo Gáddi! ¡Estábamos tan bien!

Además que bien conoce Estefanía que la suerte ni la imaginación de un artista no se acomoda fácilmente á los vínculos duros y estrechos de las imprescindibles necesidades de una casa; tendría qué dar mi último adios á mis studios de gloria, abdicar el porvenir de mi nombre y renunciar al arte que vive y se desarrolla con la libertad. ¡Qué es un artista aprisionado en un rincón del hogar doméstico? Decidme, Dante Alighieri, ó mi maestro Miguel Angel; ¡cómo reiríais viendo á vuestro discípulo meter los hijos en sus brazos á pedir perdón á su mujer! Es preciso ser para uno milán valiente, y generoso para Estefanía; quedeme yo solo y triste en mi sueño y mi destino!

¡Ya lo veis, hijos míos, no soy yo ahora mejor que entonces! En mi determinación había algo de egoísmo, pero también mucho de viva y sincera ternura á Estefanía, de modo que patetica tenia mi delirio tazon.

A la siguiente mañana me presenté en el taller con bastante serenidad, y Estefanía no mostraba la menor inquietud; solo estaba más pálida que de costumbre: así pasó un mes hasta que otra noche me dijo al separarnos.

—Dentro de ocho días seré la mujer de Segismundo Gáddi, y como no se retiró ésta vez como la primera acabadas de pronunciar estas palabras, tuve ocasión de considerarla. Permanecía de pie, triste, con una mano sobre el corazón y como agobiada con el peso de sus penas. Su bella sonrisa era amarga y casi escitaba el llanto: ella también me miraba á mí, pero sin expresar sus ojos reconvencion de ninguna especie. Mi angel me decía adios, pensando debía abandonar la tierra; después de estar por espacio de un minuto muda e inmóvil, entró en su casa.

Yo no debía verla más en el mundo.

Esta vez también salí fuera de la ciudad sin que nada cubriera mi es-

beza, y corriendo como un insensato, pero no regresé al dia siguiente ni el otro, continué mi camino hasta llegar á Roma.

Viví cinco años en Roma donde comencé á granjearme alguna reputación, me conquisté la amistad del Papa y tuve desafios, amores y triunfos artísticos; pero no estaba satisfecho, me faltaba una cosa, y en medio de las tempestades de esta ajitada vida no pasaban veinte y cuatro horas sin que mis ojos se volviesen alguna vez en dirección de Florencia, y no se cerraban una vez tampoco para dormir que no soñase que Estefanía estaba á la puerta de su casa, de pie, al lado de su padre y mirándome á mí.

Al cabo de este tiempo recibí una carta cerrada con lacre negro, y tantas veces la he leido que la sé de memoria como si estuviera escrita en mi corazón.

Escuchadla.

«Benvenuto, voy á presentarme ante el tribunal de Dios y ya es tiempo de que sepais que os amaba.

»En esto consistia mi felicidad, os conocia tanto como vos mismo; presentia la poderosa fuerza que os move y que os haria grande algun dia. Vuestro génio, que había yo leido en vuestra ancha frente, en vuestras miradas penetrantes, y en vuestros ademanes apasionados imponia á lo que llevaria vuestro nombre graves deberes. La felicidad tenia para mí la solemnidad de una mision: no hubiera sido solo vuestra mujer, Benvenuto, hubiera sido tambien vuestra amiga, vuestra hermana, vuestra madre. Sabia que vuestra noble existencia pertenece á todos, y no hubiera tomado mas que el derecho de consolaros en vuestras horas de tédio, y desvanecer vuestras dudas. Hubierais permanecido libre, amigo siempre y en todo.

»Ay! yo me había habituado hacia mucho tiempo á vuestras dolorosas ausencias, á todas las exigencias de vuestra fogosidad, á todos los caprichos de vuestra alma, amante de tempestades. Toda poderosa naturaleza, tiene poderosas necesidades. Cuanto mas el águila se ha cernido, mas necesita reposar sobre la tierra. Pero cuanto hubieseis sido arrancado á los pensamientos febriles del sueño de vuestro génio, hubiera vuelto á ballar al despertar á mi sublime Benvenuto, á aquel que yo amo, á aquel que me hubiera pertenecido á mi sola! No hubiera dirijí-lo una reconvención á las horas del olvido, porque nada habrian tenido de injurioso para mí. Por lo demás, sabiendo que erais celoso como todo noble corazón, celoso como el Dios de la Escritura, hubiera permanecido, cuando no hubieseis estado á mi lado, lejos de las miradas, en la soledad que amo, esperándoos y rogando por vos.

»Esta hubiera sido mi vida.

»Cuando vi que me abandonabais, sometida á la voluntad de Dios y á la vuestra, corrí los ojos, y puse mi destino en manos del deber; mi padre quiso que contrajera un matrimonio que le librase del deshonor; y le obedecí. Mi marido ha sido duro, severo, implacable; no le ha satisfecho mi docilidad; exigía un amor superior á mis fuerzas y me castigaba brutalmente por mis pesares involuntarios. Me resigné sin embargo, y creo poder decir que he sido una esposa digna y pura, pero sumida siempre en la tristeza, Benvenuto. Dios sin embargo me ha recompensado en este mundo dándome un hijo. Durante cuatro años, los besos de este hijo querido me han impedido sentir los ultrajes, los golpes, y en fin la pobreza, porque por querer mi marido ganar demasiado se arruinó y ha muerto el mes pasado á consecuencia de esta ruina. ¡Dios le perdone como yo tambien le perdono!

»Tambien yo voy á morir, hoy dentro de una hora, victima de mis padecimientos, y os lego á mi hijo, Benvenuto.

»Tal vez asi convenga. Quién sabe si mi debilidad de mujer hubiera bastado al desempeño de los deberes que me hubiera impuesto á vuestro lado. Mi Ascanio será un compañero mas fuerte y mas resignado de vuestra vida; os amará mejor si no mas. No estoy celosa de él.

»Por otro lado, haced por mi hijo lo que yo hubiera hecho por vos.

»Adios, amigo mio, os amaba y os amo, os lo repito sin vergüenza y sin remordimientos en las puertas mismas de la eternidad; porque este amor era santo. Adios, sed grande, yo voy á ser feliz, y levantad alguna vez los ojos al cielo para que os vea

»vuestra Estefana.»

Ahora, Colombia, Ascanio ¡tendreis confianza en mi, y hareis lo que voy á aconsejaros!

Ambos jóvenes respondieron con un solo grito.



XI.

VISITAS DOMICILIARIAS.

Al dia siguiente al en que fué contada esta historia á la luz de las estrelas, en los jardines del pequeño Nesle, el obrador de Benvenuto presentaba desde por la mañana su aspecto acostumbrado: el maestro trabajaba en el salero de oro, cuya primera materia había defendido tan valerosamente de las manos de los cuatro temerarios que habían querido quitársela, y su vida por añadidura.

Ascanio ciocelaba el lirio de madama de Etampes; Jacobo Aubry, mulleramente recostado en una silla, dirijía mil preguntas á Cellini que no le contestaba y que ponía al escolar amante en la necesidad de responderse á si mismo. Pagolo miraba al solayo á Cataling que trabajaba en alguna labor propia de suseto. Hermann y los demás obreros limaban, golpeaban, soldaban, cincelaban, y la canción de Scozzone alegraba esta calma de la actividad.

El pequeño Nesle estaba lejos tambien de estar tranquilo. Colombe había desaparecido.

Todo era en él rumor y gritería, y no había una sola persona del palacio que en aquella sazon no estuviese dedicada á buscar y llamar á la desaparecida joven. La señora Petra daba gritos desaforados, y el preboste, á quien habían ido á buscar aceleradamente, procuraba cojer en medio de los

Imponentes de aquella buena mujer algun indicio por donde pudiera
recorrer la huellas de la ausente, y probablemente de la fujitiva.

—Veamos, señora Petra! ¿Con que decís que ayer por la tarde algunos
instantes despues de haber yo salido la visteis por la ultima vez? pregunta-
ba el preboste.

—Ay! si señor. ¡Jesus Dios mio! ¡qué aventura! La pobre niña parecia
algo triste, ella fué á desembarazarse de todos sus hermosos dijes de corte;
se puso despues un simple vestido blanco; santos del paraíso, tened piedad
de mi! y despues me dijo: señora Petra, la noche está hermosa, voy á dar
paseo por mi alcameda; serian entonces las siete de la noche. La señora que
está presente, dijo Petra señalando á Pulcherie, la doncella que le habian
dado por compañera ó mas bien por superiora, la señora que está presente,
según su costumbre, habia ya entrado en su cuarto sin duda para preparar
esos hermosos adorpos que ella hace tan bien, y yo me habia retirado á coser
á la sala baja. No sé cuanto tiempo permaneci allí trabajando; es posible
que á lo largo mis pobres ojos fatigados se cerrasen á pesar mio, y que
entonces perdiese un poco el conocimiento.

—Según vuestra costumbre, interrumpió ásperamente Pulcherie.

—Siempre resulta, replicó la señora Petra sin dignarse responder á esta
mezquina calumnia, que hacia las diez dejé mi sillón y fui á buscar á Colom-
ba en el jardín: llamé y no habia nadie, creí entonces que se habria retira-
do á su cuarto, y se habria acostado sin quererme llamar por no incom-
plicarme, como le habia sucedido mil veces á la pobre niña. ¡Dios misericor-
dioso! quién lo hubiera pensado?...; Ah! señor preboste, bien puedo
aseguraros que no ha seguido á un amante, sino á un raptor; porque la ha-
bia educado en los principios....

—Y esta mañana, dijo impacientemente el preboste, esta mañana?

—Esta mañana, cuando vi que no bajaba, Virgen santa socorrednos!

—Al diablo vuestras letanías, exclamó Estourville. Contad pues, simpre-
mente y sin todas esas jeremiadas; ¡esta mañana?....

—Ah! señor preboste! no podeis impedirme que llore hasta que parez-
ca. Esta mañana, señor, inquieta por no verla (era tan madrugadora) fui á
llamar á su puerta para despertarla, y como no respondió, abri. No habia
nadie! La cama no estaba ni aun desecha, señor, entonces grité, llamé
perdi la cabeza, y ¡no quereis que llore!

—Señora Petra, dijo severamente el preboste, ¡habiais introducido aquí
A alguno durante mi ausencia?

—¡Jesus! ¡Dios mio, que decís! ¡Introducir yo á nadie! exclamó con mil
demonstraciones de asombro el aya, cuya conciencia era muy delicada sobre

este particular. ¡Pues qué, no me lo habíais prohibido, señor? ¡Desde cuando me he tomado la libertad de infringir vuestras órdenes! ¡Introducir á nadie aquí? ¡Si buena soy yo para eso!

—Por ejemplo, ese Benvenuto que ha tenido la osadía de decir que le parecía muy hermosa mi hija, ¿no ha intentado ganaros?

—Mas fácil le hubiera sido intentar escalar la luna. Si tal hubiese hecho, yo hubiera sabido recibirlle.

—De ese modo ¡jamás habréis admitido en el pequeño Nesle á un joven?

—Un joven, santo Dios! ¡un joven! ¡Por qué no al diablo?

—¿Quién es entonces, dijo Pulcheris, ese gallardo mancebo que ha venido á llamar diez veces á la puerta desde que estoy aquí, y á quien diez veces he dado con la puerta en los hocicos?

—Un gallardo mancebo! estáis trascordada, amiga, como no sea el conde de Orbec. ¡Ah! es verdad, ya caigo: sin duda es Ascanio de quien habláis. Ya sabeis, señor, quien es Ascanio: ese muchacho que os salvó la vida. Si, en efecto, le había dado á componer las hebillas de plata de mis zapatos. ¡Pero creéis que ese aprendiz!.... Vaya, vaya, amiga mía, estáis delirando. Además que digan estas paredes y estos suelos si le han visto aquí.

—Basta, interrumpió severamente el preboste. Si habeis burlado mi confianza, señora Petra, os juro que me la pagareis! Voy á casa de Benvenuto: Dios sabe como me recibirá ese patán, pero es preciso.

Benvenuto, contra lo que esperaba el preboste, lo recibió muy bien. Al ver su sangre fría y su amabilidad, Estourville no se atrevió ni aun á hablarle de sus sospechas; pero dijo que habiéndose asustado sin saber de qué la vispera su hija Colomba, en su terror pánico huyó como loca; que tal vez sia que el mismo Benvenuto lo supiese, habría buscado un refugio en el gran Nesle, ó bien que al atreverarlo para ir á otra parte, tal vez se habría desmayado. En una palabra, mintió lo mas torpemente del mundo.

Cellini aceptó sin embargo todos estos cuentos y todos estos pretestos con politica; en fin llevó su delicadeza hasta el punto de aparentar que no se apercibia de nada; hizo mas, compadeció al preboste con toda su alma, asegurándole que tendría á gran dicha volver su hija á un padre que siempre se había rodeado de una ternura y de un amor verdaderamente pater-

nal. En su concepto la fujitiva había obrado muy mal, y no podía volver tan pronto a gozar de una protección tan dulce y tan completa. Por lo demás, como prueba del sincero interés que se tomaba por Estourville, se ponía á su disposicion para secundarle en todas sus investigaciones, no solo en el gran Nesle, sino en cualquiera otra parte.

El preboste, medio convencido y tanto mas agradecido á aquellos elogios, quanto que conocía en el fondo de su conciencia lo poco que los merecía, principio, seguido de Benvenuto, una investigación escrupulosa en su antigua propiedad del gran Nesle, cuyos rincones todos y escondites conocía perfectamente. Así es que no hubo puerta que no empujase, armario que no abriese, baul que no registrase con la vista, como por descuido. Visitado el palacio en todos sus escondrijos y rincones, pasó al jardín, recorrió el arsenal, la fundición, las cuevas, la caballeriza, examinándolo todo severamente.

Durante esta pesquisa, siel Benvenuto á su palabra, le ayudó lo mejor que pudo, presentándole sucesivamente todas las llaves, indicando tal corredor ó tal gabinete que el señor de Estourville olvidaba. En fin le aconsejó, temiendo que la fujitiva se pasara de una sala á otra furtivamente, que dejára uno de sus criados en cada sitio de los que iba registrando.

Después de haber escudriñado por todas partes, al cabo de dos horas de pesquisas inútiles, seguro Estourville de no haber omitido nada, y confundido por la astucia de Benvenuto, salió del gran Nesle dando á aquél mil gracias y pidiéndole mil perdones.

—Cuando gustéis volver, dijo el platero, y principiar de nuevo vuestras investigaciones, mi casa está abierta para vos á todas horas como cuando os pertenecía: además, ese es vuestro derecho, señor; ¡no hemos firmado un tratado por medio del cual nos obligamos á vivir como buenos vecinos!

El preboste repitió su acción de gracias á Benvenuto, y como no sabía de qué modo devolverle sus obsequiosas atenciones, elojió mucho al salir esa gigantesca estatua de Marte que, como hemos dicho, estaba ejecutando el artista. Benvenuto le hizo dar la vuelta, y llamó su atención sobre sus admirables proporciones; en efecto tenía mas de sesenta pies de alto, y en su base mas de veinte pasos de circunferencia.

Deseconsolado por demás se retiró Estourville, porque estaba convencido que cuando no había hallado á su hija en el gran Nesle, era prueba de que había buscado un asilo en la ciudad. Pero en aquella época era ya la ciudad bastante grande para dar que hacer al mismo jefe de la policía. Además, ¿había sido robada, ó se había escapado? Era víctima de una violencia extraña, ó había cedido á su propio movimiento? Incertidumbre era ésta que ninguna circunstancia podía fijar. Esperó entonces que en el primer caso lograría escaparse, y que en el segundo volvería por sí misma. Aguardó, pues, con bastante paciencia, aunque interpelando veinte veces al día á la señora Petra, que no hacía mas que invocar á todos los santos de la corte celestial, poniéndoles por testigos de que no había recibido á nadie, y en

la realidad, lo mismo que Estourville, no había concebido sospecha alguna contra Ascanio.

Aquel dia y el siguiente se pasaron sin novedad. El preboste puso entonces á todos sus agentes en movimiento, lo que había descuidado hacer hasta entonces para no dar demasiada publicidad á aquel acontecimiento, en el que tan interesada estaba su reputación. Verdad es que se contentó con darles las señas, pero sin decirles el nombre, y que las pesquisas de la policía se hicieron bajo otro pretexto que el que verdaderamente las cubría; pero aunque no se perdonó fuente ninguna secreta de informaciones, todas sus diligencias fueron infructuosas.

Ciertamente no había sido para con su hija un padre afectuoso y tierno, pero si no se desesperaba, estaba despechado, porque su orgullo sufría á falta de su corazón: pensaba con indignación en el magnífico partido que la muy necia iba tal vez á perder, y lleno de cólera, en la murmuración y en los sarcasmos con que la corte acorralaría su mala aventura.

Al fin tuvo que franquear esta desgracia al esposo futuro de Colombe, el qual se apesadumbró del mismo modo que un comerciante á quien anuncian que sus mercancías han sufrido una avería. 'El buen conde era muy filósofo, y prometió á su amigo que si él laica no se divulgaba demasiado, llevaría á cabo su casamiento; luego como era hombre que sabía aprovechar las ocasiones, no se descuidó en deslizar algunas palabras de los proyectos de madama de Etampes acerca de Colombe.

El preboste quedó desalumbrado con el honor á que hubiera podido ser llamado; redobló su pena y maldijo á la ingratitud que despreciaba tan noble y hermoso destino.

Perdonamos á nuestros lectores la conversación que este confidante del conde de Orbec promovió entre los dos viejos cortesanos; contentémosnos con decir que el dolor y la esperanza tomaron en ella un carácter extraordinariamente sensible. Y como no hay cosa que más aproxime á los hombres que la desgracia, el suegro y el yerro se separaron más unidos que nunca, y sin poder decidirse todavía á renunciar al brillante porvenir que habían esbozado.

Habían convenido en callar esta ocurrencia á todo el mundo; pero la duquesa de Etampes era una amiga demasiado fielna y una cómplice demasiado interesada para que no la hicieran partícipe del secreto.

En efecto, no pudieron hacer cosa mejor, porque la duquesa tomó la cosa mucho mas á pechos que el padre y el marido; y además, como ya sabe el lector, ninguna mejor que ella podía informar al preboste y dirigir sus pesquisas, porque enterada del amor de Ascanio á Colombe, la ha-

bis obligada, por decirlo así, a concursar á toda su conspiracion. Quidó el Jérsei, viendo comprometido el honor de la que amaba, se había decidido á un acto de desesperacion; pero el mismo Ascanio le había dicho que Colomba no le amaba, y no amándole no había podido entregarse á semejantes proyectos. Ademas la duquesa de Etampes conocia bastante el carácter del Jérsei de quien habia impeditado al principio, para saber que jamás tendría el atrevimiento de desafiar el desprecio y la resistencia de su amada; y sin embargo, á pesar de todos estos razonamientos, y aunque todas las probabilidades le manifestasen que Ascanio no era culpable, su instinto de mujer celosa le decia que en el palacio de Neale debían buscar á Colomba y que ante todas cosas debian apoderarse de Ascanio.

Pero la duquesa no podia decir á sus amigos en qué fundaba esta suspicion, porque hubiera tenido entonces que confesarles que amaba á Ascanio y que en la imprudencia de su pasion, habia confiado a este joven todos sus designios sobre Colomba. Contentóse, pues, con asegurarles que se engañaría mucho si Bentenuto no era el culpable, Ascanio, el cómplice y el gran Neale el asilo. Por mas que el preboste juró y perjuró que todo lo había visto, visitado y recorrido, la duquesa no desistió, porque temia para esto sus razones, y tanto se aserró en su opinion que logró despertar sospechas y dudas en el ánimo de Estourville, que no obstante estaba seguro de haber buscado bien á su hijo.

—Ademas, añadió la duquesa, yo misma llamaré á Ascanio, le veré, le preguntaré, ested tranquilo.

—Oh señora! sola demasiado buena, dijo el preboste.

—Y vos demasiado necio, murmuró la duquesa entre dientes, y los despidió en seguida.

Dijo esto entonces á meditar los medios de hacer venir al joven artista; pero aun no se había fijado en ninguno, cuando anunciaron á Ascanio, que se anticipaba á los deseos de la duquesa. Entró serena y tranquila.

Le de Etampes le dirigió una mirada tan penetrante que se hubiera dicho que queria leer hasta en el fondo de su corazon; pero Ascanio no dió muestras de apercibirse de semejante mirada.

—Señora, dijo inclinando la cabeza, vengo á suavizar vuestro lirio casi apagado, pues solo le falta la geta de rocio de doscientos mil escudos que me habeis prometido proporcionarme.

—Está bien, y tu Colomba? dijo la duquesa por toda respuesta.

—Si es de la señorita de Estourville de quien queréis hablar, señora, contestó gravemente Ascanio, os suplico encarecidamente que no pronunciéis mas su nombre delante de mi. Si, señora, me sirve á pedirnos hu-

más á instantáneamente que no volvamos á tocar este asunto.

Nada contestó la duquesa devorada por los celos, pero fijó una mirada eloquente y terrible en su interlocutor.

—Cualquiera que sea el sentimiento que me anima y aunque incurra en vuestra desgracia, señora, me atreveré á negarme en lo sucesivo á continuar con vos toda conversación sobre este particular. Me he jurado á mí mismo que todo cuanto pudiese tener relación con este recuerdo quedará sepultado en mi corazón.

—Con que me he engañado, dijo interiormente la duquesa, y ninguna participación tiene Ascanio en ese acontecimiento? ¡Habrá seguido esa niña de grado ó por fuerza á algún otro raptor, y perdida para los proyectos de mi ambición, servirá con su fuga á los intereses de mi amor?

Después de hacer estas reflexiones para sí misma, añadió en voz alta:

—Ascanio, me pedís que no os hable más de él; pero al menos me permitireis que os hable de mí. Ya veis que no insisto sobre vuestra petición, pero ¡quién sabe si este segundo asunto de conversación no os será más desagradable que el primero! quien sabe....

—Perdonadme si os interrumpo, señora, dijo el joven; pero la bondad con que queréis concederme la gracia que os pido, me anima á pediros otra. Aunque de familia noble, no soy más que un pobre muchacho oscuro, educado en la sombra de una platería, y desde ese claustro artístico me he visto de repente transportado á una esfera brillante, mezclado en el destino de los imperios; teniendo, débil como soy, á poderosos señores por enemigos desconocidos, á su rey por rival; y qué rey, señora! Francisco I., es decir, uno de los más poderosos príncipes de la cristianidad. De repente me ha visto al lado de los hombres más ilustres por su nacimiento y por su destino; he amado sin esperanza y me han amado sin recompensa. ¡Y quién me amaba, gran Dios! Vos, una de las más bellas, una de las más nobles damas de la tierra! Todo esto me ha turbado, señora; todo esto me ha aturdido y enonado. Si, me he asustado como un enano que se despierte entre gigantes; no discurso ya con acierto, me encuentro como perdido entre todos esos odios terribles, entre todos esos amores implacables, entre todas esas ambiciones gloriosas. Señora, dejadme respirar; permitid al naufrago volver en sí, al convaleciente recobrar sus fuerzas; espero que el tiempo restituirá la calma y el orden á mi alma y á mi vida. Dadme tiempo, señora, dadme tiempo, y por compasión no veais hoy en mí sino al artista que viene á preguntaros si su lirio merece vuestra aprobación.

La duquesa fijó en Ascanio una mirada llena de duda y de asombro; no había concebido que aquel joven, que aquel niño, pudiese hablar en ese tono

á la vez poético, grave y severo: así es que se sintió moralmente arrastrada á obedecerle y no hablando mas que de su lirio, prodigó á Ascanio elogios y consejos, prometiéndole que haría todo lo posible para enviarlo pronto el gran diamante que completaría su obra. Ascanio le dió las gracias y se despidió de ella con las mayores muestras de gratitud y de respeto.

—¿Es este joven Ascanio? se preguntó la duquesa de Etampes luego que él partió: me parece que ha envejecido diez años. ¿Quién la dí esa gravidad casi imponente? ¿Es el dolor? ¿Es la felicidad? ¿Es en fin sincera, ó acaso sedada por ese maldito Benvenuto? Representa como artista consumado un papel superior, ¿ó se deja llevar de su propia naturaleza?

Ana no se contuvo. El singular vértigo que acometía poco á poco á los que luchaban con Benvenuto Cellini principiaba á apoderarse de ella á pesar del vigor de su espíritu. Apostó criados que espían á Ascanio y lo siguieron en cada una de sus raras salidas; pero esto no produjo descubrimiento alguno. En fin, madama de Etampes llamó al preboste y á Orbec y les aconsejó que intentasen de improviso otra pesquisa en el palacio de Nesle.

Estos obedecieron, pero aunque sorprendido en medio de su trabajo, Benvenuto recibió á los dos esta vez todavía mejor que había recibido la primera al preboste solo. Hubiérase dicho, al verle tan desembarazado y tan político, que nada tenía de injurioso para él la presencia de estos dos personajes. Contó amistosamente al conde de Orbec cómo habían querido matinarle en el momento en que pocos días antes, salía de su casa cargado de oro; el mismo dia, dijo llamando la atención del conde sobre esta circunstancia, en que desapareció la señorita de Esteourville. Ofrecióse esta vez como la anterior á acompañar á los visitadores en el registro de su casa y ayudar al preboste á recobrar sus derechos de padre, cuyos deberes sacerdotales comprendía tan bien, y añadió que tenía á gran dicha el hallarse en casa para cumplimentar á sus huéspedes, pues en aquel mismo dia, dentro de dos horas, iba á partir para Romorantin, designado por la benevolencia de Francisco I, para una reunión de artistas que debían anticiparse al emperador.

En efecto, los sucesos políticos habían marchado tan aceleradamente como los de nuestra humilde historia. Carlos V. animado por la promesa pública de su rival y por el compromiso secreto de madama de Etampes, hallábase á pocas jornadas de París. Habiase nombrado una diputación para ir á recibirle, y efectivamente Orbec y el preboste habían hallado á Cellini en traje de camino.

—Si dejá á París con todo el acompañamiento, dijo Orbec en voz baja

al preboste, no es él, según todas las probabilidades, quien ha robado a Colombia, y en ese caso nada tenemos que hacer aquí.

—Ya os lo había dicho antes de venir, respondió el preboste.

Sin embargo, quisieron ir hasta el fin y principiaron de nuevo su pesquisa con minucioso cuidado. Benvenuto los acompañó y aun los dirigió al principio; pero como viese que se alargaba mucho su visita domiciliaria, les pidió permiso para dejarlos continuar solos, y puesto que tenía que partir dentro de media hora, para ir a dar algunas órdenes a sus obreros pues quería pillar a su vuelta acabados todos los preparativos de la fundición de su Júpiter.

Benvenuto volvió efectivamente al obrador, distribuyó el trabajo entre sus aprendices, les encargó que obedeciesen a Ascanio como a él mismo, dijó en voz baja algunas palabras italianaas al oido de este, despidiélos de todos y se dispuso a partir. Un caballo ensillado le esperaba en el patio.

En este momento Soczzone se dirigió a Benvenuto y le llamó a parte.

—Sabeis, le dijo gravemente, que vuestra sustancia me deja en una posición muy difícil!

—¿Por qué?

—Porque Pagolo me ama cada vez más.

—De veras?

—Y no cesá de hablarme de su amor.

—Y tú, qué respondes?

—Toma! segun vuestras órdenes le digo que es menester esperar, y que mi vez puede arreglarse todo.

—Muy bien.

—¿Cómo, muy bien! Pero sé sabéis, Benvenuto, que él convierte en sustancia todo lo que yo te digo, y quis estos ser verdaderos compromisos que volváisgo con ese jóven! Quince días hace que me prescribisteis la regla de conducta que había de observar; ¿no es verdad?

—Creo que sí, no me acordó muy bien.

—Yo sí, que tengo mejor memoria. Pues bien, durante los cinco primeros días le contesté con reflexiones amistosas; él debía tratar de vencerme y no acertó más. En los cinco días siguientes le escuché en silencio y esta era mi respuesta muy comprometida, pero tal era vuestra orden y la he obedecido; en fin, en los cinco días últimos me he visto reducido a hablarle de más debajo para con vos, y ayer cuando yo pensaba en explicarle que estos generoso, pensaba él en pedirte una confesión.

—Entonces siendo así, ya es diferente dijo Benvenuto.

• —¡Gracias námo! dijo Soczzone, agraciad á Dios que me das la razón!

—Sí, ahora escucha, hija mía. Durante los tres primeros días de mi ausencia, le dejarás creer que le amas; y en los tres días subsiguientes te harás la confesión de este amor.

—¿Cómo! ¡y sois vos quien me dice eso, Benvenuto! exclamó Scozzone, ofendida de la demasiada confianza que el maestro hacia de ella.

—No te apures. ¿Qué tienes que reconciliarte, si soy yo quién te autorizo para ello?

—Dios mío! dijo Scozzone, nada, ya lo sé: pero colocada siempre así entre vuestra indiferencia y su amor, Dios sabe si acabaré por amarle de veras.

—¡Bah! ¡en seis días! ¡No te sientes con fuerzas para permanecer indiferente seis días?

—Si tal, os los concedo, pero no vayais á estar fuera siete días.

—No temas, hija mía, volveré á tiempo. Adios, Scozzone.

—Adios, maestro, dijo Catalina saltando, sonriendo y llorando, todo á un tiempo.

En tanto que Benvenuto Cellini dirijía á Catalina estas últimas instrucciones, entraron Orbec y el preboste.

Cuando quedaron solos y dueños de sus movimientos, habíanse entregado á sus investigaciones, con una especie de frenesí; esploraron los graneros, registraron las cuevas, sondearon todas las paredes, removieron todos los muebles; apostaron en diferentes puntos de la casa á sus criados, intrépidos como acreedores y pacientudos como cazadores: cien veces volvieron atrás, veinte examinaron una misma cosa, y acababa su expedición, se volvieron al obrador cansados y mohinos sin haber descubierto nada.

—Y bien, señores, les dijo Benvenuto á tiempo de montar á caballo, ¿no habeis encontrado nada, no es así? ¡Tanto peor! ¡tanto peor! Concibo el dolor que semejante suceso debe causar á dos corazones tan sensibles como los vuestros; pero á pesar de todo el interés que tomo en vuestros pesares y de todo el deseo que tengo de ayudaros en vuestras investigaciones, necesito marchar ahora mismo. Adios, señores, si necesitais entrar en el gran Nesi durante mi ausencia, disponed de él como de vuestra casa; he dado las órdenes convenientes para que esté siempre á vuestra disposición. La única cosa que me consuela dejándoos en esa inquietud es la esperanza que llevo de que á mí regreso sabré que vos, señor preboste, habeis hallado á vuestra querida hija, y vos, señor de Orbec, á vuestra hermosa desposada. Adios, señores, hasta la vuelta; y dirigiéndose á sus aprendices que se habían agrupado en el patio para despedirlo, á excepción de Ascanio que sin duda quiso evitar la presencia de su rival,

—Adios, hijos, les dijo; si durante mi ausencia, quiere el señor preboste visitar por tercera vez este palacio, recibidle como á su antiguo dueño.

A estas palabras Juanillo abrió la puerta, y Benvenuto metiendo espuelas á su caballo partió al galope.

—Ya veis cuán simples somos, amigo, dijo el conde de Orbec al preboste; quien ha robado á una doncella, no marcha á Romarantin con la corte.

VII.

CARLOS V EN FONTAINBLEAU.

No sin graves perplejidades y horribles angustias puso Carlos V el pie en tierra de Francia, donde el aire y el suelo le eran, por decirlo así, enemigos. La Europa esperaba por parte de Francisco I terribles represalias desde el instante en que su rival viniere él mismo á ponerse entre sus manos. Pero la audacia de Carlos, de este gran jugador de imperios, no le había permitido retroceder, y una vez sondeado y preparado hábilmente su terreno, pasó denodadamente los Pirineos.

Contaba en efecto en la corte de Francia amigos desinteresados, y creía poder fiarce de tres garantías, la ambición de la duquesa de Etampes, la jactancia del condestable de Montmorency, y la caballerosidad del rey.

Ya hemos visto cómo y por qué motivo quería servirle la duquesa. En cuanto al condestable, era otra cosa. El escollo de los hombres de Estado de todos los países y de todos los tiempos, es la cuestión de las alianzas. Fundada solamente la política con respecto á este punto y á otros muchos sobre cojeturas como la medicina, se engañan con mucha frecuencia, y estudiando los síntomas de las asturidades entre los pueblos, y aventurando remedios para los rencores de las naciones. Así es que para el condestable, la alianza española había llegado á ser una monomanía. Se había obstinado en creer que en ella consistía la salvación de la Francia, y contal de satisfacer á Carlos V el condestable de Montmorency se cuidaba muy poco de

agradar o desagradar á sus demás aliados, los turcos y los protestantes, y desperdiciar las mejores ocasiones, como la que daba á Francisco I la Flandes.

Algo parecido á esto vemos hoy, y podríamos citar tal cual ministro tan encaprichado con la alianza inglesa en el año de 1843, como en el de 1559 lo estaba el condestable con la alianza española.

El rey tenía en Montmorency una confianza ciega, porque en las últimas hostilidades contra el emperador había mostrado una resolución inaudita y puesto raya al enemigo; verdad es que esto había sido á costa de la tumba de una provincia y devstando la décima parte de la Francia. Pero lo que sobre todo imponía al rey era la orgullosa rudeza de su ministro, y su inflexible obstinación, que á un espíritu superficial podía parecer hábil e integra firmeza.

Carlos V podía, pues, con toda seguridad, contar con la sistemática amistad del condestable, pero aun mucho más con la generosidad de su rival. Francisco I en efecto, llevaba tanta grandeza hasta la tontería. «Mi reino había dicho, no tiene peso como un puente, y yo no vendo mi hospitalidad.» Y el astuto Carlos V sabía que pedía descansar en la palabra del rey caballero.

«Sí, señores,» cuando el emperador entró en el territorio francés, no pudo ser dueño de sus impresiones y sus dudas; halló en la frontera á los dos hijos del rey, que habían salido á su encuentro, y por todo su tránsito le abrumaban de obsequios y honores. Pero el cauteloso monarca temblaba pensando que todas estas bellas apariencias de cordialidad, ocultaban tal vez un lazo. «Decididamente se duerme mal, decía, en país extranjero.» En las fiestas que se le hacían se presentaba con el semblante alterado, y como pensativo, y á medida que penetraba en el interior del país, poníase más triste y más sombrío.

Siempre que entraba en alguna ciudad, preguntábase á sí mismo en medio de las arrengas y bajo los arcos de triunfo, si aquella ciudad era la que iba á servirle de prisión; en seguida añadía: «No es esta ni ninguna otra, en particular, la Francia toda entera es mi calabozo, todos estos cortesanos son mis carceleros... Y de hora en hora crecía su ansiedad, y su incertidumbre.

Un dia vendo de paseo á caballo, Carlos de Orleans, travieso y valiente, como un hijo de la Francia, salió con mucha vivencia á la grupa del caballo del emperador, y abrazándolo por medio del cuerpo exclamó con alegría infantil: «de esta noche soy rey prisionero.» Carlos V se puso pálido como un difunto y estuvo á punto de desmayarse.

En Chatellerault el pobre cautivo imaginario encontró á Francisco I que le recibió fraternalmente y que al dia siguiente en Romorantin le presentó toda su corte, la valerosa y galante nobleza, gloria del país; á los artistas y literatos, gloria del rey. El emperador mostraba á todos rostro allagado, pero interiormente temblaba y se reconvenía por su imprudencia.

De vez en cuando, como para hacer ensayos de su libertad, salía al despuntar el dia del palacio donde lo habían hospedado, y veía con placer que ademas de los honores que le tributaban, no estoraban sus movimientos, pero sabía que no era vigilado de lejos. Muchas veces, como por capricho, alteraba el orden establecido para su ruta, y cambiaba el itinerario prescripto, con gran desesperación de Francisco I, porque estas humildades frustraban sus ceremoniosos preparativos.

Cuando estuvo á dos jornadas de París, se acordó con terror de lo que Madrid había sido para el rey de Francia. Para un emperador la capital debía haber parecido la prisión mas honrosa y al mismo tiempo mas segura. Se detuvo, pues, y suplicó al rey que le llevase inmediatamente á ese Fontainebleau de que tanto había oido hablar. Esto trastornaba todos los planes de Francisco I; pero era demasiado hospitalario para dar a entender su desagrado, y se apresuró a mandar á Fontainebleau á la reina y á todas las damas.

La presencia de su hermana Leonor y la confianza que tenía en la lealtad de su esposo, calmaron un poco la inquietud del emperador. Sin embargo, por mas tranquilo que estuviese momentáneamente Carlos V, no debía jamás hallarse muy bien al lado de Francisco I: este era el espejo de lo pasado; Carlos V, era el tipo del porvenir. El soberano de los tiempos modernos no comprendía bastante al héroe de la edad media; era imposible establecer la simpatía entre el último de los caballeros y el primero de los diplomáticos.

Verdad es, que en el rigor Luis XI, podría revindicar este título; pero á juicio nuestro Luis XI fué menos el diplomático que engaña que el avaro que acumula.

El dia de la llegada del emperador, se dispuso una cacería en el bosque de Fontainebleau. La caza era uno de los grandes placeres de Francisco I; y esta no podía menos de ser una molestia para Carlos V. Sin embargo, Carlos V aprovechó con avidez esta nueva ocasión de ver si no estaba prisionero; dejó pasar la caza, se echó á un lado y anduvo hasta que llegó á extraviarse; pero al verse solo en medio de aquel bosque, libre como el aire que pasaba por entre las ramas y libre como los pájaros que cruzaban por el aire, se tranquilizó casi enteramente y recobró un poco de buen

humor. Sin embargo, un resto de inquietud apareció todavía en su rostro cuando al volver al sitio de la reunión vió a Francisco I venir a él, animado por el ardor de la caza y llevando todavía en la mano el venabio ensangrentado con que acababa de herir al jabalí. El guerrero de Marignan y de Pavía se dejaba ver hasta en los placeres del rey.

—¡Ea, pues, mi buen hermano, alegría! dijo Francisco I a Carlos V apretándose amistosamente de su brazo, cuando ambos soberanos echaron pie a tierra en la puerta del palacio; y llevándolo a la galería de Diana resplandeciente toda de pinturas del Rosso y del Primático. ¡Qué diantre! Estais pensativo y mohino como yo lo estaba en Madrid. Pero convenid, mi querido hermano, en que yo tenía alguna razón para estarlo, porque era vuestro prisionero, mientras que vos sois mi huésped, estais libre y en vísperas de un triunfo. Regocijáos, pues, con nosotros; si no de estas fiestas, demasiado fútiles sin duda para un gran político como vos, al menos pensando en que vais a castigar a todos esos gordos bebedores de cerveza flamencos que quieren renovar las comunidades.... O mas bien, olvidad a los rebeldes y no penseis sino en divertiros con los amigos. ¡No os agrada mi corte?

—Es admirable, hermano mio, dijo Carlos V, y os la envídeo. También yo tengo una corte, ya la habeis visto, pero corte grave y severa, tétrica asamblea de hombres de Estado y de generales, como Lannoy, Pescara, Antonio de Leiva. Pero vos tenéis ademas de vuestros guerreros y vuestros negociantes, ademas de vuestros Montmorency y vuestros Dubellay, ademas de vuestros cablos, ademas de Budé, Cholina, Dughatot y Lascareil, a vuestros poetas y a vuestros artistas: Marot, Juan Goujon, Primático, Bonvenuto, y sobre todo mujeres adorables como Margarita de Navarra, Diana de Poitiers, Catalina de Médicis y tantas otras, de modo que principio a creer verdaderamente, mi querido hermano, que trocaría gustoso mis jininas de oro por vuestros campos de flores.

—Oh! entre todas esas flores, no habeis visto todavía la mas bella, dijo jocundamente Francisco I al hermano de Leonor.

—No, y quisiera admirar a esa maravilla, dijo el emperador, que en la alusión del rey había reconocido a la de Etampes; pero desde ahora creo que con razon dicen que el mas hermoso reino del mundo es el vuestro.

—Pero vos tenéis el mas hermoso condado, la Flandes, y el mas hermoso ducado, Milan.

—El mas pasado renunciasteis al uno, dijo el emperador sonriendo, y os lo agradecíeis, pero codiciate el otro, ¿es verdad? añadió el emperador burlón.

—
—Por Diós, primo, dijo Francisco I, no hablaremos hoy de cosas serias. Confieso que después de los placeres de la guerra, no hay cosa que menos me guste turbar que los placeres de una fiesta.

—La verdad es, contestó Carlos V con el gesto de un avaro que comprende la necesidad en que está de pagar una deuda, la verdad es que, me gusta mucho el ducado milanesa y que me costará el alma dárselo.

—Decid más bien devolvérmelo, hermano, hablaréis con más exactitud y será menor vuestra pena. Pero no se trata de esto ahora: sino de desenternos: hablaremos de ese ducado más tarde.

—Regalo ó restitución, dado ó vuelto, dijo el emperador, no por eso dejareis de tener uno de los mas hermosos dominios del mundo; porque está resuelto que lo habeis de poseer, y yo cumpliré mis compromisos con vos, como cumplís los vuestros conmigo.

—¡Oh Dios mío! exclamó Francisco I principiando á impacientarse al ver la chalinaçion de Carlos V en hablar de asuntos serios, ¡qué echais de menos, hermano mío! ¿No sois rey de las Españas, emperador de Alemania, conde de Flandes, y señor por el influjo ó por la espada, de toda la Italia, desde el pie de los Alpes hasta el extremo de las Calabrias?

—Pero vos poseis la Francia, dijo Carlos V suspirando.

—I vos tenéis las Indias y sus tesoros, tenía el Perú y sus minas.

—Pero vos tenéis la Francia.

—Vos tenéis un imperio tan vasto que el sol no se pone jamás en él.

—Pero vos teníais la Francia.... ¿Qué diría V. M. si yo cebase el ojo á este diamante de los reinos tan amorosamente como V. M. codicia á Milán, la perla de los ducados?

—Escuchad, hermano, dijo gravemente Francisco I; sobre estas cuestiones capitales tengo mas bien instintos que ideas; pero así como en vuestro país se dice: «no toqueis á la reina»; os digo yo: «no toqueis á la Francia».

—Pues qué, dijo Carlos V, ¡no somos primos y aliados!

—Indudablemente, respondió Francisco I, y espero que nada alterará enlo sucesivo este parentesco y esta alianza.

—Tambien yo lo espero, dijo el emperador. Pero, continuó con su sonrisa ambiciosa y su mirada hipócrita, ¿puedo yo responder del porvenir, y estorbar, por ejemplo, que mi hijo Felipe riña con vuestro hijo Enrique?

—La riña no será peligrosa para nosotros, respondió Francisco I, si es Tiberio quien sucede á Augusto.

—¿Qué importa el nombre del señor? dijo Carlos V exaltándose. El imperio será siempre el imperio, y la Roma de los Césares hubiera sido

siempre Roma aún cuando los Césares lo habiesen sido sobre el hombre.

—Si; pero el imperio de Carlos V. no es el Imperio de Octavio, hermano, dijo Francisco I que principiaba a picarse. París es una hermosa ciudad; pero no un Action; ademas Octavio era rico, y a pesar de vuestros tesoros de la India y vuestras minas del Perú, es público y notorio que están exhuastos las arcas de vuestro erario. Ningún bando quiere ya prestar ni al frasco ni al catorce; vuestras tropas en sueldo han sido obligadas a huir de Roma para vivir, y ahora que Roma está saqueada; se refugian

—Y vos, hermano, dijo Carlos V; habeis enseñado los dominios franceses y os veis procedido a contemplar a Lutero para que os presten dinero los príncipes de Alemania:

—Sí; contad, añadió Francisco I; que vuestras cortes no son tan dolidas como el Senado, mientras que yo puedo vantajosamente de haber puesto siempre a los reyes fuera de tutela.

—Tened cuidado de que vuestros parlamentos no vuelvan a poneros en tutela el dia menos pensados.

La discusión se iba animando, cada vez se calentaban más los dos hermanos, y ya principiaba a entenderse de nuevo el antiguo odio que tanto largo tiempo los había tenido separados; Francisco I iba a elogiar la hospitalidad, y Carlos V la prudencia, cuando el rey de Francia se acordó de que aquel se hallaba en su casa.

—Qué diablos! ¿Lo estás viendo hermano! exclamó de repente riendo, poco falta para que regañemos. Bidi os decir que no debímos hablar de cosas serias, y qué era preciso dejar la discusion a nuestros ministros, y reservar solamente para nosotros la buena amistad. Vamos, vamos, convengamos de una vez para siempre que poseeréis siempre la ciudad de Francia, y no volvamos a hablar sobre el particular.

—Y menos sobre el ducado de Milán; hermano mío, contestó Carlos apercibiéndose de la imprudencia que había cometido, porque el duende de Milán es vuestro. Os lo he prometido, y os romveré mi promesa.

Hechas estas reciprocas protestas de amistad, se abrió la puerta de la galería y apareció la duquesa de Etampes. El rey salió a recibirla, y estrechó con ella dándole la mano delante del emperador, que al verla por la primera vez, y sabiendo lo que había pasado entre ella y el de Medina, la examinó de pies a cabeza con una mirada escudriñadora.

—Hermano mío, dijo sonriendo el rey, ¿veis a esta hermosa dama?

—No solamente la veo, dijo Carlos V, sino que la admiro.

—Bueno bien, ¿no sabeis lo que queréis?

—Si es una de mis Españas, se la daré.

el cuadro, por hermoso, no es eso: cuando vienes tú a París, ven con el libro una
20 vez, *Entonces quisieras*, que yo te diré en qué el mundo es de hoy.

—Quiera que os detenga en París hasta que rompais el tratado de Madrid
y ratifiques con hechos la palabra que sombra de dar me,
—El consejo es bueno, es menester seguramente, respondió el emperador
haciendo una profunda reverencia a la duquesa, tanto para ceñir la pa-
25 gina respuesta que aquellas palabras habían hecho asombrar su rostro,
como por cumplir con un acto de cortesía.

—No hace tiempo para decir mas, y Francisco F. no pudo ver el efecto
que habían producido las palabras que el noble preferido llevaba y que
Carlos V vestía siempre dispuesto a recibir solemnemente, porque la puerta de
20 su oficina de abajo y toda la corte se espació por la galería.
Y así,

En el espacio de media hora que precedió a la comida, y durante la
30 cual se mezcló y confundió toda esa multitud混 de personas elegantes,
muy autorizadas y corruptas, se papirofrió con cierta diferencia la escena
que ya hemos referido al hablar de la recepcion del León. Hallábamos
allí los mismos hombres y las mismas mujeres, los mismos estatutos y
35 los mismos tacayos. Encuentramos las riendas de amor en la de bolo
según costumbre, y como de costumbre tambien se prodigaron las caras
y las galanterías, en la amistad y caridad sup obediencia, etc., etc.

Al ver Carlos V vestir al de Montmorency, a quien con justicia llamaba
40 como su mas seguro aliado, salió á su encuentro y se retiró á un rincón
para hablar con él y con el duque de Medina, su aliado.

—Yo firmaré todo lo que querais, constable, decidió el emperador que
conocía la fidelidad del viejo soldado: prepararme un acto de cesión del du-
50 quedo de Medina y os juro que aunque sea tufo de los mas hermosos florones
de mi corona, firmaré su renuncia plena y completa.

Una escritura eschamó el constable rechazando encéjalmente una
55 pretención que implicaba desconfianza. ¡una escritura, señor! ¡qué dice
V. M? Nada de escritura, señor, nada de escritura. ¡Ha necesitado V. M.
para venir a Francia de ninguna escritura! Creo acaso que no debemos de
60 tener confianza en V. M. cuando V. M. la ha tenido en nosotros?

—Y tenéis razones, Montmorency, respondió el emperador alargándole la
65 mano, tenéis razones. —Y el constable tomó la mano del emperador, y la
soltó, soltó la mano.

—El constable se retiró. Pobre tanto! dijo el emperador, es un topo en política, Medina, y tiene
70 que de ella a ciegas.

—Pero el rey señor? preguntó Medina. —Pero yo soy un pobre presidente
75 que el rey está demasiado envainado con su granafe, para no estar se-

guro de la nuestra. El nos dejará locamente partis, Medina, y nosotros le haremos prudentemente esperar. Hacer esperar, continuó Carlos V., no es faltar á una promesa, es solo aplazarla.

—Pero la duquesa de Etampes? añadió Medina.

—En cuanto á esta, veremos, dijo el emperador secando y metiendo incesantemente una sortija magnífica que llevaba en el dedo pulgar de la mano izquierda, y que estaba adornada con un soberbio diamante. ¡Ah! necesitaría una buena entrevista con ella.

Durante estas rápidas palabras que se hablaron en voz baja el emperador y su ministro, la duquesa hacia despiadada burla de Marmagne en presencia de Estourville, y esto á propósito de sus hazañas nocturnas.

—Era gente vuestra? señor de Marmagne, decía la duquesa, de quien Benvenuto refiere esta prodigiosa historia: atacado por cuatro bandidos y no teniendo mas que un brazo para defenderse, ha obligado á estos señores á que lo escolten hasta su casa. ¡Erais, vizconde, uno de esos valientes tan políticos y atrevidos?

—Señora, respondió el pobre Marmagne avergonzado y confundido, eso no ha pasado precisamente así, y Benvenuto refiere el lance demasiado favorable para él.

—Sí, sí, no dudo que bordará y adornará algo sus pernombres, pero el fondo es cierto, vizconde, el fondo es cierto, y en semejante materia el fondo es todo.

—Señora, replicó Marmagne, prometo que tomaré venganza, y que esta vez seré más alertado.

—Pasito, señor vizconde, no es una venganza la que podrás ya tomar sino una nueva partida la que debes emprender; pues me parece que Cellini os ha ganado las dos primeras puestas.

—Si, gracias á mi ausencia, balbucoé Marmagne cada vez más embarrado, porque mis hombres han aprovechado para huir, la circunstancia de no hallarme yo allí. ¡Infames!

—Os aconsejo, Marmagne, dijo el preboste, que sobre este punto os consideréis vencido, porque con Cellini jamás seréis afortunado....

—En este caso me parece que podemos consolarnos mutuamente, mi querido preboste, le respondió Marmagne; porque si se agregan los hechos averiguados á los rumores misteriosos que corren, la toma del gran Nestor á la desaparición de una de sus moradoras, poca felicidad pueda haberlos proporcionado ese Cellini. Verdad es que á falta de la vuestra, mi querido preboste, dicen que se ocupa activamente de la de vuestra familia.

—Señor de Marmagne, exclamó con violencia el preboste furioso al saber

que su mala aveniura paternal principiaba ya á andar en lenguas de la fama, señor de Marmagne, luego me explicareis lo que quereis decir con esas palabras.

—¡Ah! señores, señores, exclamó la duquesa, os suplico que no olvidéis que estoy aquí. Todos habeis obrado mal. Señor preboste, no son los que saben buscar tan malos que deben reconvenir á los que saben tan mal. Señor de Marmagne, en las derrotas es preciso unirse contra el enemigo comun y no darle la satisfaccion de ver todavía á los vencidos degollarse entre sí. Pasemos al comedor. Vuestra mano, señor de Marmagne. Ahora bien, puesto que los hombres y sus fuerzas se estrellan en Cellini, veremos si lo italiana tan invencible las astucias de una mujer. Siempre he sido de opinion de que los aliados no sirven mas que de estorbo, y he preferido siempre hacer la guerra sola. Los peligros son mayores, lo sé, pero al menos no hay que distribuir los honores de la victoria con nadie;

—Habrése visto mayor insolencia! dijo Marmagne, mirad al miserable cincelador con qué familiaridad habla á nuestro gran rey.

—¡Qué estais diciendo, vizconde! no es un miserable cincelador, sino un noble, todo lo mas noble que puede ser un hombre, dijo la duquesa riendo. ¡Conocéis muchos entré nuestras mas antiguas familias, que desciendan de un leal teniente de Julio César, y que tengan las tres flores de lis y el lambel de la casa de Anjou en sus armas! No es el rey quien engrandece al cincelador hablándose, señores, sino por el contrario el cincelador quien honra al rey dirigiéndole la palabra.

En efecto, Francisco I y Cellini hablaban en aquel momento con la familiaridad á que los grandes de la tierra habian habituado al artista elejido del cielo.

—Y bien, Benvenuto, decia el rey, ¿cómo vá nuestro Júpiter?

—Preparo su fundicion, señor, respondió Benvenuto.

—Y cuándo se ejecutará esa gran obra?

—Tan pronto como regrese á París, señor.

—Tomad vuestros mejores fundidores, Cellini, nada perdonéis para que se haga bien. Si necesitais dinero, ya sabeis que podeis contar conmigo.

—Sé que sois el mas grande, el mas noble y el mas generoso de los reyes de la tierra, respondió Benvenuto; pero gracias al sueldo que me dí S. M., soy rico. En cuanto á la operacion por que tanto os interesaís, señor, si me lo permitís, de nadie me valdré sino de mi mano para prepararla y ejecutarla. Desconfío de todos vuestros fundidores de Francia, no porque carecan de habilidad, sino porque temo que por espíritu de nacionalidad no quieran emplear esta habilidad en el servicio de un artista ultramontano.

tado. Y os lo confieso, señor, / soy demasiada importancia al que vos
me di de tal Júpiter para permitir que otro que no sea yo ponga manos
en él.

—Bravo, Cellini, bravo, dijo el rey, ésto es hablar como verdadero artista.

—Ademas, añadió Benvenuto, quiero tener el derecho de reclamar la
promesa que V. M. me ha hecho.

—Es justo; si estamos contentos, / dábemnos condescendencia un día. No sólo
hemos olvidado por otra parte, si lo olvidáremos una vez más comprendiendo
de su presencia de testigos... ¡No os verdad! Montmorency y los cardenales
Borja y sus otros condenables y nuestro caballero don Pedro como si hubiera
palabra, el rey oyó mi voz y me escuchó, y en seguida me dio el triste encargo.

—¡Oh! es que V. M. no puede adivinar de qué precio ha sido para mí esta
palabra dada el día en que me la diste.

—Bien, será cumplida, hermano, será cumplida. Pero la sala se abre, / a
la mesa señores, a la mesa.

Y Francisco I aproximándose á Carlos V se puso con el emperador á la
cabecera de la comilira, que formaban los ilustres invitados. Como las dos
hojas de la puerta estaban abiertas de par en par, entraron á un mismo
tiempo ambos soberanos y se colocaron el uno en frente del otro. Carlos
V entre Leonor y la duquesa de Etampes, y Francisco I entre Catalina de
Médicis y Margarita de Navarra.

La comida fué alegre, y las viandas esquisitas; Francisco I en su esfera
de placeres, de fiestas y de representaciones se divertía como un rey y
reia como un rústico, con todos los cuentos que le refería Margarita de Na-
varra; Carlos V por su parte abrumaba á la duquesa de Etampes con cum-
plimientos y atenciones; todos los demás hablaban de artes y de política. En
los postres, como de costumbre, se presentaron los pajes con los lave-ma-
ños, y entonces la duquesa de Etampes cojío el jarro y la palangana de oro
destinada á Carlos V de las manos del paje que la llevaba, como hizo Mar-
garita de Navarra para Francisco I, y echando el agua que contenía el
jarro en la palangana, hincó una rodilla en tierra segun la etiqueta espa-
ñola y presentó la palangana al emperador. Este mojó en ella la punta de
los dedos, y contemplando á su hermosa y noble sirvienta, dejó caer sor-
riendo en el fondo de la palangana la sortija preciosa de que ya hemos ha-
blado.

V. M. pidió una sortija, dijo Ana subiendo á su cama una lámpara.

des en el agua, y tomando delicadamente la joya que presentó a Carlos V.

—Guardad esa sortija, señora, respondió en voz baja el emperador: se halla en manos demasiado bellas y demasiado nobles para que la vuelva á tomar; en seguida añadió bajando mucho mas la voz: es un anticipo á buena cuenta sobre el ducado de Milán.

—La duquesa se sonrió y calló. La china había caido á sus pies, solamente que la china valía un millón.

En el momento de pasar del comedor al salón, y del salón á la sala de baile, la duquesa de Etampes detuvo á Benvenuto Cellini á quien la multitud había llevado cerca de ella. III V

—Señor Cellini, dijo la duquesa, entregándole la sortija, prenda de alianza entre ella y el emperador, tomad este diamante y haced el favor de entregármelo á vuestro discípulo ^{discípulo} ~~discípulo~~ para que corone con él mi lirio: es la gota de rocío que le he prometido.

—Y verdaderamente ha caído de los dedos de la Aurora, señora, respondió el artista con sonrisa burlona y galantería afectada.

En seguida examinando la sortija tembló de alegría, porque reconoció el diamante que había montado en otro tiempo para el papa Clemente VII y que había llevado él mismo de parte del soberano Pontífice al sublimo emperador.

Para que Carlos V se deshiciera de semejante alhaja, y sobre todo en favor de una mujer, era necesario que existiera alguna connivencia oculta, algún tratado secreto, alguna alianza oscura entre la duquesa de Etampes y el emperador.

Mientras que Carlos V continúa pasando en Fontainebleau sus días, y sobre todo sus noches, en las alternativas de angustia y de confianza que hemos procurado describir, mientras que engaña, intriga, penetra, mins, promete, se retracta, vuelve á prometer, dirijamos una mirada al gran Nesle, y veamos si pasa algo nuevo entre aquellos de sus moradores que han quedado en él.

VIII.

EL FRAILE ENCANTADO.

Toda la colonia estaba en revolucion. El fraile encantado, ese antiguo huésped fantástico del convento sobre cuyas ruinas se había edificado el palacio de Amaury, hacia tres ó cuatro días que había vuelto á aparecer. La señora Petra le había visto paseándose por la noche en los jardines del gran Nesle, con su largo hábito blanco y marchando con un paso que no dejaba ninguna huella en el suelo, ni producía ningún ruido en el aire.

Cómo la señora Petra que habitaba el pequeño Nesle había visto á la fantasmas pasearse á las tres de la mañana por el jardín del gran Nesle? Esto es lo que no podemos decir sino cometiendo una grande indiscrecion; pero ante todo somos historiadores, y nuestros lectores tienen derecho á conocer los pormenores mas secretos de la vida de los personajes que hemos puesto en escena, sobre todo cuando estos pormenores deben arrojar una luz tan viva en la continuacion de nuestra historia.

Con la desaparicion de Colombia, con la retirada de Pulcherie que había llegado á ser ya inútil, y con la marcha del preboste, habiase quedado la señora Petra dueña absoluta del pequeño Nesle; porque como ya hemos dicho, el jardinero Rimbaut, lo mismo que sus auxiliares, habian sido solamente ajustados de dia, por razones de economia, al servicio del señor de Estourville. La señora Petra se hallaba, pues, reina absoluta del pequeño Nesle, pero al mismo tiempo reina solitaria; de suerte que se aburria de dia y se moria de miedo por la noche.

Dante insegundiscurrió que si meazó tendría remedio su desgracia, pues sus relaciones amistosas con la señora Roperta le abrían las puertas de la gran Nesle. Pidió permiso para visitar frecuentemente á sus vecinas, y le fué concedido este permiso cordialmente. Pero visitando á las vecinas la señora Petra, se hallaba naturalmente en contacto con los vecinos. La señora Petra era mujer de treinta y seis años, de los cuales ella se quitaba siete. Gordita, robusta, fresca todavía y amable, su entrada debía dar golpes en el obrador donde forjaban, cortaban, limaban, cincelaban diez ó doce aprendices, muchachos de humor, aficionados al juego los domingos, al vino los domingos y demás días festivos, y al bello sexo siempre. Así es que tres de ellos al cabo de tres ó cuatro días estaban heridos del mismo rayo. Eran estos Juanillo, Simon el zurdo y Hermann el alemán.

En cuanto á Ascanio, Aubry y Pagolo, se habían librado del encuentro, comprometidos como estaban en otra parte.

El resto de los aprendices podían muy bien haber sentido algunas chispas de este fuego griego (¹), pero sin duda se dieron cuenta á sí mismo de su posición inferior, y derramaron, antes que llegáramos á hacer un incendio, el agua de su humildad sobre estas primeras centellas.

Juanillo amaba á la manera de querubín, es decir, que ante todo, estaba enamorado del amor. La señora Petra, como se comprende bien, era una mujer demasiado positiva para corresponder á semejante fuego fétuo.

Simon el zurdo, ofrecía un porvenir mas clerto, y prometía una llama mas durable. Pero la señora Petra era persona demasiado supersticiosa. Tenía para si que la mano derecha era la mano necesaria, útil y familiar del hombre, y que la mano izquierda solo había sido creada para mirar obrar á su compañera; pero en Simon sucedía todo lo contrario, la mano izquierda, obraba sin cesar, y la mano derecha descansaba eternamente, sobre todo desde que el heróico pariente del sacristán de padres agustinos había sido herido en la mano derecha en el altío del palacio.

La señora Petra había obligado á Simon á hacer la señal de la cruz con la mano izquierda, y pensó que se vería precisado á firmar su contrato de matrimonio con la mano izquierda. Quedó, pues, convencida que una señal de la cruz ejecutada con la mano izquierda era mas bien para perder que para salvar una alma, así como se persuadió que un contrato de matrimonio firmado con la mano izquierda no podía hacer otra cosa que dos

an

(¹) Fuego griego, o gregubeo, como escribían los autores antiguos, era un misterio incendiario para los usos de la guerra, cuya composición hoy se ignora. (Nota del traductor.)

desgraciados. La señora Petra sin decir nada acerca de las causas de su des-
pugnacía, recibió las primeras declaraciones de Simon el zurdo, de modo
que lo que fuese poda esperarla para el porvenir.

—Quedaba Hermann. ¡Oh! Hermann era otra cosa.

Hermann no era un pica verde como Juanaillo, ni un bájado como Simon el zurdo; Hermann tenía en toda su persona cierto candor y cierta brizna
que albergaba el corazón de la señora Petra. Además Hermann, en la
vez de tener la mano izquierda en la derecha, y la mano derecha en la izq-
quierda, se servía tan encaramada de una y otra, que parecía tener des-
eados deseadas. Era también un hombre magnífico, según todas las ideas
vulgares; Hermann, como ya he visto dicho, tenía cinco pies y diez pulga-
das. Hermann, según hemos visto, era de una fuerza hercúlea, y la mujer
es naturalmente un ser tan débil que estima en el más alto grado en el otro
sexo la fuerza que falta al suyo. La señora Petra había, pues, fijado su
atención en Hermann.

Pero como ya se sabe, Hermann era de una candidez estremada, y de
aquí resultó que las primeras baterías de la señora Petra, es decir, los arru-
macos, los frunciimientos de boca y los guijos de sus ojos se estrellaron
completamente contra la natural timidez del honrado aleman. Este se con-
tentaba con mirar á la señora Petra con sus grandes ojos; pero como los
ciegos del Evangelio, oculos habebat et non videbat, ó si veia, era todo el
conjunto de la digna aya, sin reparar en nada los pormenores. La señora
Petra propuso entonces algunos paseos, ora por el pueblo de los Agusti-
nos, ora por los jardines del grande y pequeño Nesió, y en todos ellos cogió
á Hermann por su caballero, lo que hacia á este muy feliz interior-
mente. Su gordo corazón turesco daba cinco ó seis pulsaciones mas por
minuto cuando la señora Petra se apoyaba en su brazo; pero ésta fuese que
experimentase alguna dificultad en pronunciar la lengua francesa, ora que
tuviese mayor placer en oír hablar al objeto de sus secretos pensamientos,
raras veces sacaba de él la señora Petra otra cosa que estas dos frases ca-
racmentales: «buenos días, señorita, y adios señorita», las cuales Hermann
pronunciaba generalmente en muy mal francés y en dos horas de
distancia la una de la otra, la primera al tomar el brazo de la señora Petra
y la otra al dejarlo. Y aunque este título de señorita fuese inmensa lisonja
para la señorita Petra, y á pesar de que no dejó de ser muy agradable ha-
blar dos horas enteras con el objeto amado sin temor de ser interrumpido,
la señora Petra hubiera deseado que su monólogo lo hubiese sido al me-
nos por algunas interjecciones que pudiesen darle alguna idea estadística
de los progresos que hacia en el corazón de su mudo acompañante.

Pero no porque estos progresos no se expresasen por medio de la palabra o por no recordarle por medio de la memoria, eran menos reales; el suerte ya sabía en el corazón del hermano alemán y alzado todos los días con la presencia de la señora Petra se convertía en un verdadero volcán. Hermann principiaba a conocer si su la preferencia que le concedía la señora Petra, y se guardaba más que un poco de oportunitad para declararse. La señora Petra comprendió esta preferencia. Una noche, al despedirse de él en la puerta del pequeño Nestle, le creyó hacer una verdadera obra de caridad apretándole la mano. Hermann trasportado de alegría contestó a la demostración con otra igual; pero con gran asombro suyo, la señora Petra lanzó un grito formidable. Hermann en su delirio, no había medido su presión. Creyó que cuanto más fuerte apretase, más exacta daría la idea de la violencia de su amor, y por poco pulveriza la mano de la pobre aya.

Al grito que este lapso, Hermann se quedó estupefacto; pero la señora Petra temiendo desanimarle en el momento en que acababa de arriesgar su primera tentativa, se esforzó por sonreir y despegando sus dudosamente empalmados—no es nada, dijo, no es nada, mi querido Hermann, no es nada, absolutamente nada.

—Mil perdones, señorita Petra, dijo el alemán, pero os amo demasiado, y os he apretado como os amo. Mil perdones.

—No hay de qué, señor Hermann, no hay de qué. Vuestro amor es honesto y del cual ninguna mujer puede avergonzarse.

—O Dios mío! ya lo creo, dijo Hermann, que mi amor es honrado; solamente que no me atrevo á hablaros todavía, pe. o puesto que he soltado la palabra, si, os amo, os amo, os amo muchísimo, señorita Petra.

—Y yo, señor Hermann, dijo esté libiendo mal artimicos, creo poder deciros, porque supongo que sois un hombre de bien, incapaz de comprometer á una pobre mujer, que.... ¡Dios mío! ¿cómo lo dire?

—Oh! ¡decidlo! decidlo; exclamó Hermann.

—Pues bien, digo que... Oh! hago mal en confesárselo!

—No, no haces mal, decidipelo.

—Pues bien! os confieso que no soy indiferente á vuestra pasión.

—Santo Dios! exclamó el alemán en el colmo de la alegría.

—¡Oh! Dios mío! Dios mío, ¿qué hacéis señor Hermann? murmuró la señora Petra, ¿qué quereis, qué hacéis, qué quereis?

—Quiero un besito, quiero dos, quiero tres, quiero besaros siempre! exclamó Hermann pasando de la alegría al delirio, y del temor á la temeridad.

El fuego había prendido la pólvora; el volcán verificaba su erupción; creyendo la buena señora Petra atizar la llama, había causado el incendio; como Semele había querido ver á Júpiter en toda su gloria y en todo su poder; pero como Semele fuó devorada por el rayo que el dios mismo no pudo contener.

Hermann había entrado en el pequeño Nesle como Brean de Boisguilbert había entrado en casa de Ledi Rowna, y salió de él como Romeo salió de casa de Julieta.

Una noche después de haber dado un paseo la Julieta del pequeño Nesle acompañó á su Romeo hasta los umbráles del grande, y al volverse sola, y pasando por delante de la puerta del jardín vió á la blanca aparición de que hemos hablado, y que, segun el parecer de la digna aya, no podía ser otra que la de la fantasme. Es inútil decir que la señora Petra entró muerta de miedo y se parapetó en su cuarto.

A la siguiente mañana todos los operarios de Cellini sabían la ocurrencia de la vision nocturna; pero la señora Petra refirió el hecho sencillamente juzgando inútil detenerse sobre los pormenores. Se le había aparecido la fantasma, y nada mas. Por mas que la preguntaban no pudieron averiguar de ella otra cosa.

En todo el dia no se habló en el gran Nesle de otro asunto sino de la fantasma. Los unos creían en su aparicion y los otros se burlaban de ella; de estos últimos era Ascacio que se encariñó en grito de los incrédulos.

El partido de los incrédulos se componía de Juanillo, de Simon el zurdo, de Aubry y de Ascacio.

El partido de los creyentes se componía, de la señora Ruperta, de Scozzone, de Pagolo y de Hermann.

Por la noche se reunieron en el segundo patio del pequeño Nesle, pues interrogada por la mañana la señora Petra sobre el origen de la fantasma, había pedido por plazo todo el dia para coordinar sus ideas y cuando llegó la noche declaró que estaba dispuesta á contar esta terrible leyenda. La señora Petra conocía que una historia de aparecidos pierde todo su efecto contada á la luz del sol, mientras que por el contrario, el efecto de la narración se aumenta en la oscuridad.

Componíase su auditorio de Hermann, que estaba sentado á su derecha; de la señora Ruperta, que estaba sentada á su izquierda; de Pagolo y Scozzone que se habían sentado al lado el uno del otro y de Aubry que se había acostado sobre la yerba, entre sus dos amigos Juanillo y Simon el zurdo. En cuanto á Ascacio había declarado que despreciaba de tal modo

todos esos cuentos ridículos y necios, de la buena mujer, que no quería ni aun oírlos.

—Conque nos vais á referir, señorita Petra, la historia de la fantasma? dijo Hermann después de un momento de silencio; durante el cual cada uno se acomodó lo mejor que pudo para escuchar.

—Si, dijo la señora Petra, si, pero debo advertiros que es una terrible historia que tal vez no convendría contar á estas horas. Pero como todos nosotros somos personas piadosas, aunque haya entre nosotros algunos incrédulos, y como además el señor Hermann tiene tales fuerzas que puede poner en fuga al mismo Satanás si se presentase, voy á contáros esta historia.

—Perdon, perdon, señorita Petra, pero si Satanás viene, os digo que es menester no contar con mígo, yo me batiré con los hombres cuanto quieran, pero no con el diablo.

—No importa! yo me batiré con él si viene, señora Petra, dijo Aubry, contad, pues, vuestra historia y no tengais miedo.

—Y hay un carbonero en vuestra historia, señorita Petra, dijo Hermann.

—Un carbonero? preguntó el aya, no, señor Hermann,

—Oh! bien, tanto mejor.

—Por qué decís un carbonero?

—Porque en las historias de Alemania hay siempre un carbonero. Pero no importa, contad vuestra historia que debe ser muy linda.

—Sabed, pues, dijo la señora Petra, que había antiguamente sobre el sitio mismo donde nos hallamos y antes que el palacio de Nesi se construyese, una comunidad de frailes, compuesta de los hombres mas hermosos que han podido verse y de los cuales el mas pequeño era de la estatura del señor Hermann.

—Caspita! que comunidad! exclamó Jacobo Aubry.

—Quereis callar, hablador, dijo Scezzono.

—Si, callad, hablador, repitió Hermann.

—Ya me callo, ya me callo, dijo el escolar, proseguid señora Petra.

—El prior llamado Enguerrand, continuó la narradora, era principalmente muy buen mozo. Todos tenían barbas negras y lucentes, y ojos negros y brillantes, pero el prior tenía la barba mucho mas negra y los ojos mas brillantes que los demás; además de esto, los dignos hermanos eran de una piedad y de una austeridad sin ejemplo, y poseían una voz tan armoniosa y tan dulce que acudían las jentes de muchas leguas á la redonda nada mas que para oírles cantar las vísperas. Al menos así es como me lo han contado.

—Pobres frailes! dijo Ruperta.

—Esto es muy interesante , dijo Jacobo Aubry.

—Es milagroso , dijo Hermann.

—Un dia , continuó la señora Petra , lisonjeada con las muestras de aprobacion que daban á su relato , trajeron al prior un hermoso jóven que pedia entrar como novicio en el convento; no tenia barba todavía . pero tenia grandes ojos negros como el ébano y largos cabellos obscuros y brillantes como el azabache , de suerte que lo admitieron sin dificultad. El hermoso jóven dijo que se llamaba Antonio , y suplicó al prior que lo agregase á su servicio , en lo cual consintió Enguerrand sin dificultad. Os hablaba de voces buenas , pues sabed que Antonio la tenia fresca y melodiosa como la de un ángel , en términos que cuando cantó al domingo siguiente , todos los que le oyeron quedaron encantados , y sia embargo esta voz tenia cierta cosa que os turbaba al mismo tiempo que os encantaba , un timbre que despertaba en el corazon ideas mas mundanas que celestiales , pero eran tan puros todos los religiosos , que solamente las personas de fuera experimentaron esta singular emocion. Y Enguerrand que hasta entonces nada habia experimentado parecido á lo que hemos dicho , quedó de tal modo encantado de la voz de Antonio , que le encargó que cantase solo en lo sucesivo las respuestas de las antífonas alternativamente con el órgano.

La conducta del jóven novicio era ademas ejemplar y servia al prior con un celo y un ardor increible. Lo único que podian reprenderle eran sus eternas distracciones; por todas partes y siempre seguia al prior con la vista: Enguerrand le decia:

—Qué estais mirando , Antonio?

—Os estoy mirando á vos, padre , respondia el jóven.

—Mirad á vuestro libro de oraciones, Antonio... que mirais ahora?

—A vos , padre.

—Antonio, mirad á la imagen de la Virgen... que estais mirando todavia?

—A vos , padre.

—Mirad, Antonio, al crucifijo que adoramos.

Ademas de todo esto, Enguerrand principiaba á notar, al hacer su examen de conciencia, que desde la recepcion de Antonio en la comunidad , era mas asaltado que antes por los malos pensamientos. Jamás habia pecado antes mas de siete veces por dia, lo que, como todos saben, es la cuenta de los santos; y aun muchas veces por mas que escudriñaba su conducta del dia, no podia hallar en ella ¡cosa inaudita! mas que cinco ó seis pecados: pero ahora el total de sus faltas cotidianas ascendia á diez ó doce y aun algunas veces á quince. Procuraba recuperar lo perdido al siguiente dia; el santo varon oraba, ayunaba, se confundia. Pero ay! trabajo perdido ! cuanto mas hacia , mas aumentaba la suma , en términos que pronto

llegó á la veintena. El pobre Enguerrand no sabía ya que hacer, conocía que se condenaba á pesar suyo, y observaba (observación que á otro hubiera consolado, pero que á él espantaba más) que sus más virtuosos monjes estaban sometidos á la misma influencia, influencia extraña, inaudita, incomprensible, desconocida: la confesión de estos religiosos que antes duraba quince minutos, media hora, una hora todo lo más, prolongábase ya hasta dos horas enteras. Esto les obligó á retardar la hora de cenar.

En este entretanto, un gran rumor que corría hacia un mes en el país, llegó al fin hasta el convento. El señor de un castillo inmediato había perdido á su hija Antonia. Antonia había desaparecido una noche, absolutamente lo mismo como ha desaparecido mi pobre Colomba, con la única diferencia de que estoy segura de que mi Colomba es un ángel, mientras que parece que esta Antonia estaba poseída del demonio. El pobre señor había buscado por montes y por valles á la fujitiva, del mismo modo que el preboste ha buscado á Colomba, ya no quedaba más que el convento por registrar, y sabiendo que el espíritu malo, para mejor librarse de las pesquisas, tiene muchas veces la malicia de ocultarse en los monasterios, mandó á pedir por medio de un limosnero á Enguerrand permiso para visitar el suyo. El prior se lo concedió con la mejor voluntad del mundo, por que creyó que tal vez, merced á esta visita, iba él mismo á descubrir alguna cosa de ese poder mágico, que pesaba hacia un mes sobre él y sobre sus compañeros. Todas las investigaciones fueron inútiles, y el castellano iba á retirarse más desesperado que nunca, cuando al dirigirse todos los frailes á la capilla para rezar el oficio de la tarde, pasaron por delante de él y de Enguerrand. El castellano los miraba maquinalmente cuando al pasar el último lanzó un grito diciendo: »Dios del cielo! esta es Antonia! esta es mi hija!« Antonia, por que ella era en efecto, se quedó pálida como un lirio.

—Qué haceis aquí con estos hábitos sagrados? continuó el castellano.

—Lo que hago aquí, padre mío, dijo Antonia, es que estoy enamorada de Enguerrand.

—Sal de este convento ahora mismo, desgraciada, exclamó el castellano.

—No saldré de él sino muerta, respondió Antonia.

Y diciendo esto, á pesar de los gritos del castellano, se lanzó en la capilla detrás de los monjes y se sentó en su silla acostumbrada. El prior sobre todo había quedado como petrificado. El castellano furioso quería seguir á su hija, pero Enguerrand le suplicó que no profanase el lugar santo con semejantes escándalos, y que esperase que concluyera el oficio. El padre consintió en ello y siguió á Enguerrand á la capilla.

Estaban en las antifonas, y semejante á la voz de Dios, el órgano proclamaba majestuosamente. Un canto admirable, pero irónico, amargo y terrible, respondió á los sonidos del sublime instrumento: era el canto de An-

tonia y todos los corazones temblaron. El órgano volvió á resonar tranquilo, grave, imponente, y parecía querer sofocar con su magnificencia celeste el agudo clamor que le insultaba desde abajo. Pero como si aceptase el desafío, los acentos de Antonia se elevaron á su vez mas desolados, mas implos que nunca. Todos esperaban aturdidos lo que iba á resultar de este formidable diálogo, de este cambio de blasfemias y de oraciones ; de esta lucha extraña entre Dios y Satanás, cuando en medio de un silencio pavroso, la música celestial estalló como un trueno al fin del versículo blasfemador, y derramó sobre todas las cabezas inclinadas, excepto una sola, los torrentes de su cólera. Fué aquello algo parecido á la voz atronadora que oirán los pecadores el dia del juicio final. Antonia, no por eso dejó de llorar todavía; pero su canto no fué esta vez más que un grito agudo, horroso, penetrante, parecido á una risa de condenado, y cayó pálida y tiesa sobre el pavimento de la capilla. Cuando la levantaron estaba muerta.

—Jesus Maria! exclamó la señora Ruperta.

—Pobre Antonia, dijo candorosamente Hermann.

—Embustera, murmuró Aubry.

En cuanto á los demás guardaron silencio, lo que probaba que hasta sobre los incrédulos había tenido poder la terrible relación de la señora Petra; solamente Scozzone se enjugó una lágrima y Pagolo hizo la señal de la cruz.

—Cuando el prior, continuó la señora Petra, vió al enviado del diablo, así pulverizado por la cólera de Dios, creyó verse libre para siempre de los lazos del tentador ; pero contaba sin su huésped, como puede decirse ahora mas que nunca, puesto que había tenido la imprudencia de dar hospitalidad á un poseído del demonio. Así es que á la noche siguiente apenas se había dormido, fué despertado por un ruido de cadenas; abrió los ojos, los volvió instintivamente hacia la puerta, vió á esta jirar sola sobre sus goznes, y al mismo tiempo un fantasma, vestido con el hábito blanco de los novicios, se aproximó á su cama, le cojío por el brazo y le gritó: «yo soy Antonia! Antonia que te ama! y Dios me ha dado poder sobre ti por que has pecado, sino de obra, al menos de pensamiento.» Y todas las noches, al dar las doce se presentaba la terrible aparición implacable y fiel á su palabra, hasta que al fin Enguerrand tomó el partido de hacer una peregrinación á la Tierra Santa, y murió por gracia especial de Dios, en el momento que acababa de arrodillarse delante del santo sepulcro.

Pero Antonia no estaba satisfecha. Se dirigió entonces á todos los frailes en general, y como había pocos que no hubiesen también pecado como el pobre prior, continuó visitándolos todas las noches y despertándolos brutalmente gritando con voz formidable: «yo soy Antonia! yo soy Antonia que te ama.»

Este es el origen del fraile encantado.

Cuando vayais de noche pór la calle, y se os acerque un capuchon gris ó blanco, apresuraos á entrar en vuestra casa; por que este es el fraile que busca una presa.

Destruido el convento para edificar en su lugar el castillo , creyeron libertarse de la fantasma ; pero parece que ella tiene querencia al sitio. En diferentes épocas ha vuelto á aparecer. Y he aquí, Dios nos perdone , que el condenado vuelve á presentarse.

—Dios nos libre de su malignidad!

—Amen! dijo la señora Ruperta persignándose.

—Amen! dijo Hermann temblando.

—Amen! dijo Aubry riendo.

Y cada uno de los asistentes repitió Amen! en un tono correspondiente á la impresion que habia experimentado.



XIV.

LO QUE SE VE DE NOCHE DESDE LA COPA DE UN ALAMO.

Al dia siguiente , que era el mismo en que toda la corte debia volver de Fontainebleau, la señora Ruperta declaró al mismo auditorio , que tambien ella tenia que hacer una grande revelacion.

Como es fácil de inferir , á tan interesante noticia, todo el mundo se reunió á la misma hora y en el mismo sitio ; lo que pudieron hacer con tanta mas libertad cuanto que Benvenuto habia escrito á Ascanio que se quedase dos ó tres dias mas para hacer preparar la sala donde pensaba colocar á su Júpiter , el cual debia fundirse tan pronto como regresara.

El preboste por su parte no habia hecho mas que presentarse en el gran Nesle para preguntar si habia alguna noticia del paradero de Colomba; pero como le contestase la señora Petra que todo continuaba en el mismo estado, se habia vuelto inmediatamente al Chatelet.

Los moradores del pequeño y del grande Nesle, gozaban, pues , de entera libertad, puesto que los dueños estaban ausentes.

En cuanto á Aubry aunque debia tener aquella noche con Gervasia una entrevista, la curiosidad pudo mas que el amor, ó mas bien esperaba que la relacion de Ruperta, menos larga que la de la señora Petra acabaria á tiempo para poder oír á la vez la narracion y llegar á la hora designada á su cita.

Ha aquí lo que Ruperta tenía que contar:

La relación de la señora Petra la había hecho tal impresión que cuando entró en su cuarto tembló de pies á cabeza temiendo que apesar de los santos relicarios que cubrían la cabeza de su cama, viniera á visitarle la fantasma de Antonio.

Ruperta atrancó bien su puerta, pero esta era una débil precaución, porque la buena dueña estaba demasiado al corriente de las costumbres de los fantasmas para saber que los espíritus no conocen pueras cerradas; sin embargo hubiera querido fortificar también la ventana que daba al jardín del gran Nasie, pero el propietario primitivo había olvidado poner en ella contra-ventanas, y el propietario actual había juzgado inútil gravarse con este gasto. Ordinariamente tenía cortinas, pero esta vez para que nada saliera al derecho, las cortinas estaban en poder de la labandera. La ventana, pues, no estaba defendida, sino por un simple vidrio transparente como el aire que impedía entrar.

Al entrar Ruperta en su cuarto, miró debajo de su cama, registró todos sus armarios, y no dejó el menor rincón sin visitar. Sabía que el diablo no necesita grande espacio cuando quiere meter su cola, sus uñas y sus cuernos, y que Asmodeo, permaneció no sé cuantos años acurrucado en una botella. El cuarto estaba enteramente solo, y no había en él la menor huella de fantasma.

Ruperta se acostó, pues, algo más tranquila, pero sin embargo dejó ardiendo su lámpara. Apenas se halló en la cama dirigió la vista á la ventana y delante de ella vió una sombra gigantesca que se dibujaba en la oscuridad, y la interceptaba la luz de las estrellas; en cuanto á la luna, no había cuestión porque entraba en su último cuarto.

La buena Ruperta tembló de miedo, y ya estaba á punto de gritar ó llamar, cuando se acordó de la estatua colosal de Marte, que se elevaba precisamente delante de su ventana. Inmediatamente volvió á dirigir sus ojos, que había cerrado, hacia el lado de la falsa aparición y reconoció perfectamente todos los contornos del Dios de la guerra. Esto tranquilizó momentáneamente á Ruperta, que tomó la resolución positiva de dormirse.

Pero el sueño, este tesoro del pobre, que tan frecuentemente le envídialo rico, no está á las órdenes de nadie. Dios le abre de noche las puertas del cielo, y caprichoso como es, visita al que bien le parece, desdenando á quien le llama, y llamando á las puertas de quien no lo espera. Ruperta lo invocó largo tiempo sin ser oída.

En fin hacía media noche la fatiga la rindió, poco á poco sus sentidos se embolaron; sus pensamientos, en general tan mal encadenados los unos con los otros, rompieron el hilo imperceptible que los sujetaba, y

se esparcieron como las cuentas de un rosario. Su corazón solo, agitado por el temor, continuó latiendo; al fin se durmió también, y solo la fam para quedó despierta:

Peró como toda cosa humana, la lámpara tuvo su fin dos horas después que Ruperta había cerrado los ojos con el sueño del justo. La lámpara, so pretesto de que no tenía mas aceite, principió á debilitarse; después chisporroteó, después despidió una gran luz, después en fin murió.

Precisamente en este momento Ruperta tenía un sueño terrible; se fiaba que al volver por la noche de casa de la señora Petra, había sido perseguida por la fantasma, pero felizmente Ruperta había hallado, contra la costumbre de las personas que sueñan, sus piernas de quince años; y corrió tanto, que la fantasma aunque parecía deslizarse y no marchar por la tierra, no pudo alcanzarla, sino hasta el momento en que aquella le dió con la puerta en la cara. Ruperta la había entonces oido, siempre en su sueño por supuesto, quejarse y llamar á la puerta, pero como se deja conocer no se dió prisa para ir á abrirla; encendió su lámpara, subió los escalones de cuatro en cuatro, entró en su habitación, se metió en la cama y apagó la luz.

Pero en el momento mismo de apagarla, distinguió la cabeza de la fantasma detrás de su vidriera; habiése trepado como un lagarto por la pared, y trataba de entrar por la ventana. Ruperta oía en sueños las uñas de la fantasma que rechinaban arañando lo vidrios.

Ya se comprande que no hay letargo que resista á semejante sueño. Ruperta, pues, despertó con los cabellos herizados y toda bañada en sudor frío.—Abrió sus ojos espantados y los dirigió á pesar suyo á la ventana.—Entonces lanzó un grito terrible, porque he aquí lo que vió:

Vió la cabeza de Marte colosal arrojando fuego por los ojos? por la nariz, por la boca y por los oídos. Al principio creyó que estaba todavía dormida y que todo aquello era la continuación de su sueño; pero para asegurarse de que estaba bien despierta se pellizcó hasta hacerse sangre, hizo la señal de la cruz, rezó mentalmente tres *pater noster* y dos *ave-Marias* y la monstruosa aparición no desapareció.

Ruperta tuvo valor para alargar el brazo, cojer el palo de su escoba y golpear con toda su fuerza en el techo. Hermann dormía en el piso que había encima de ella, y esperaba que el vigoroso alemán despertado por este llamamiento acudiese á su socorro. Pero por más que llamó Ruperta, Hermann no dió ninguna señal de existencia.

Entonces cambió de dirección, y en lugar de llamar en el techo para despertar á Hermann, llamó en el pavimento para despertar á Pegolo.

Pagolo dormia debajo del cuarto de Ruperta, como Hermann dormia encima, pero Pagolo estaba tan sordo como Hermann, y por mas que llamó Ruperta, nada se movió.

Entonces abandonó la linea vertical por la horizontal. Ascanio era su vecino, y llamó con el palo de su escoba en el tabique de separacion.

Pero todo permaneció mudo en el cuarto de Ascanio, como todo habia permanecido mudo en los de Pagolo y Hermann. Era, pues, evidente, que ninguno de los tres compañeros se hallaba en su dormitorio. Por un momento creyó Ruperta que la fantasma se los había llevado á todos tres.

Pero como semejante idea nada tenia de satisfactoria, Ruperta cada vez mas espantada, y segura de que nadie podía venir á su socorro, tomó el partido de ocultar la cabeza debajo de las sábanas y esperar. Esperó una hora, hora y media, dos horas tal vez; pero como no oyó ningun ruido, volvió á recobrar algun aliento, separó dulcemente su sabana, asomó primero un ojo y despues los dos. La vision había desaparecido. La cabeza de Marte se había apagado y todo había vuelto á entrar en las tinieblas.

Por mucho que pudieran tranquilizarle este silencio y esta oscuridad, ya se comprende que Ruperta estaría reñida con el sueño para todo el resto de la noche. La pobre mujer, permaneció con el oido en acecho y los ojos abiertos hasta el momento en que los primeros rayos del sol penetrando por los vidrios, le anunciaron que había pasado la hora de las fantasmas.

Hé aqui lo que refirió Ruperta, y en honor de la narradora debemos decir, que su relacion hizo mas efecto que la de la víspera; la impresion fué profunda, sobre todo en Hermann, y la señora Petra, en Pagolo y Scozzone. Los dos hombres se excusaron de no haber oido á Ruperta, pero con una voz tan trémula y de una manera tan embarazada, que Aubry soltó una carcajada. En cuanto á la señora Petra y Scozzone no desplegaron sus láblos. Solamente ponianse alternativamente tan coloradas y tan pálidas, que si habiera habido luz y hubiera podido seguirse en su rostro el reflejo de lo que pasaba en sus almas, se hubiera podido creer en menos de diez segundos que iban á morirse, primero de un arrebato de sangre, y despues casi al mismo tiempo fallecer de inanicion.

—Segun eso, señora Petra, dijo Scozzone que fué la primera en reponerse, asegurais que habeis visto á la fastasma pasearse por el jardín del gran Nesle.

—Conio os estoy viendo ahora, hija mia, respondió la señora Petra.

—Y vos, Ruperta, habeis visto echar fuego á la cabeza de Marte?

—Todavia la veo.

—Sin duda el maldito aparecido, añadió la señora Petra, habrá elejido la cabeza de la estatua para su domicilio, y como despues de todo, es menester que una fantasma se pasee como una persona natural, á ciertas ho-

res, baja, va, viene, y cuando está cansada se vuelve á trepar á su cabeza. Los ídolos y los espíritus se entienden como ladrones en feria; todos son habitantes del infierno, así es que ese horrible falso dios Marte, dà buena hospitalidad á esa espantosa fantasía.

—Lo creéis así, señora Petra? preguntó el candoroso alemán.

—Estoy segura de ello, señor Hermann, estoy muy segura.

—Pardiez! esto heriza los cabellos! murmuró Hermann temblando.

—Luego creéis en aparecidos, Hermanna? dijo Aubry.

—Si creo.

Aubry se encojío de hombros, pero al encojercerse de hombros, resolvió profundizar el misterio. Esto era la cosa mas fácil del mundo para él, que entraba y salía tan familiarmente como si hubiera sido de la casa. Resolvió, pues, ir á ver á Gervasia al siguiente dia, y quedarse aquella noche en el gran Nesle hasta las diez: á esta hora se despediría de todo el mundo, aparentaría salir, se quedaría dentro, se treparía á un álamo, y desde allí oculto entre las ramas conocería al fantasma. Todo pasó como el escocjar había proyectado. Dejó el obrador sin ser acompañado como de costumbre, abrió y cerró el portón con gran ruido para hacer creer que había salido, y despues dirigiéndose rápidamente al pie del álamo se encaramó á la primera rama, se hizo hasta ella á fuerza de puños y en un instante estuvo en la copa del árbol, hallándose precisamente enfrente de la cabeza de la estatua, y dominando á la vez el grande y el pequeño Nesle, en cuyos jardines y patio nada podía pasar sin que él lo viese.

Mientras Aubry se establecía en su atalaya, había gran fiesta en el Louvre; cuyas ventanas todas relumbraban. Carlos V se había decidido al fin á dejar á Fontainebleau y arriesgarse á ir á la capital, y como ya hemos dicho, los dos soberanos habían entrado aquella misma noche en París.

Una fiesta espléndida esperaba todavía al Emperador; había cena, juego y baile. Góndolas alumbradas con farolitos de colores se deslizaban sobre el Sena llenas de músicos, y se detenían armoniosamente enfrente de aquel famoso balcón desde donde treinta años mas tarde, Carlos IX debía disparar sobre su pueblo, mientras que bajeles empavesados de flores, pasaban de un lado á otro del río á los invitados que venían del arrabal de S. German al Louvre, ó que volvían al arrabal de S. German.

En el número de estos invitados hallábase como era natural el vizconde de Marmagne.

Como ya hemos dicho, el vizconde de Marmagne, buen mozo, rubio, é insulso, tenía la pretension de ser hombre de fortuna en empresas amoro-sas; así que había creído observar que una linda condesita, cuyo marido se hallaba precisamente á la sazon en el ejército de Saboya, le había mirado de cierta manera; entonces bailó con ella y creyó apercibirse de que la ma-

no de la bailarina no era insensible á la presion de la suya. En una palabra, al ver salir á la señora de sus pensamientos, se imaginó por una rápida ojeada que ella le dirigió al separarse de él, que como Galatea, si huía hacia los sauceos era con la esperanza de ser hasta allí perseguida. Marmagne, pues, sin encomendarse á Dios ni al diablo se había puesto á perseguir á la dama, y como vivía en la parte alta de la calle Hautefouille había pasado del Louvre á la torre de Nesle, y seguía por la calle de S. Andres para salir á la de los Padres Agustinos, cuando oyó marchar detrás de él.

Era cerca de la una de la madrugada. La luna, como hemos dicho, entraba en su último cuarto, de suerte que la noche estaba bastante oscura. Ademas el número de las raras cualidades morales de que la naturaleza había dotado á Marmagne, no era el valor el que hacia el principal papel. Principió, pues, á inquietarse por aquel ruido de pasos que parecía ser el eco de los tuyos y envolviéndose lo mas herméticamente que pudo en su capa y llevando instintivamente la mano al pomo de su espada apresuró su marcha.

Pero esta celeridad de nada le sirvió, por que los pasos que seguían los tuyos, no solo seguían con la misma uniformidad sino que parecían avanzar cada vez mas. De suerte que al tiempo de volver el pórtico de los Agustinos conoció que iba á ser alcanzado indudablemente por su compañero de camino, si despues de haber pasado del paso simple al paso acelerado no pasaba del paso acelerado al paso gimnástico. Iba á decidirse á este partido extremo, cuando al ruido de los pasos se mezcló el ruido de una voz.

—Par diez, buen hidalgo! decia ésta voz, haceis bien en apresurar el paso, el sitio no es bueno, sobre todo á estas horas, pues ya sabréis sin duda que aquí fue acometido mi digno amigo Benvenuto, el sublime artista que está á estas horas en Fontainebleau, y que no sospecha siquiera de lo que pasa en su casa; pero como nosotros llevamos el mismo camino segun parece, podemos marchar al mismo paso, y si encontrásemos algunos ladrones tendrán que mirarse mucho antes de acometernos: os ofrezco, pues, la seguridad de mi compañía, si queréis concederme el honor de la vuestra.

En las primeras palabras que había pronunciado nuestro escolar reconoció Marmagne una voz amiga; despues al oir el nombre de Benvenuto, Cedimi se acordó del hablador que ya en otra ocasión le había dado tan étiles informes acerca del interior del gran Nesle: paróse, pues, porque la compañía de Aubry le ofrecía una doble ventaja. En primer lugar le servía de escolta, y despues escoltándolo podía darle acerca de su enemigo alguna nueva noticia que su odio pudiera aprovechar. Acejío, pues, esta vez al estudiante con el mayor agrado del mundo.

—Buenas noches, mi jóven amigo, dijo Marmagne en contestacion á las palabras de franca amistad que Aubry acababa de dirijirle en la oscuridad. Que deciais de ese querido Benvenuto que yo esperaba encontrar en el Louvre, y que se ha quedado como un cazarro en Fontainebleau?

—Ah, pardiez! qué fortuna! exclamó Aubry, como, sois vos, mi querido vizconde... de...! Os habeis olvidado de decirme vuestro nombre, ó yo le he olvidado? Venis del Louvre? parece que estaba muy hermoso y muy animado y no faltarían aventurillas amorosas? Navegamos con viento en popa, no es verdad? Oh! sois terrible en las conquistas de amor.

—Cásپita, dijo Marmagne con aire fátu, sois brujo, amigo mio: si, vengo del Louvre donde el rey me ha dicho cosas muy graciosas, y donde estaria todavía, si una encantadora condesita, no me hubiese hecho señas que preferia la soledad á toda esa grande bataola. Y vos de donde venis?

—De donde vengo? dijo Aubry prorrumpiendo en una carcajada. Pardiez! vos me haceis pensar en ello; amigo mio, vengo de ver cosas muy graciosas, pobre Benvenuto! Oh! seguramente no merecia eso.

—Y qué le ha sucedido á nuestro buen amigo?

—En primer lugar, si venis del Louvre, es menester que sepais que yo vengo del gran Nesle, donde he pasado dos horas encaramado en una rama ni mas ni menos que un papagallo.

—Diablo! la posicion no era muy cómoda.

—No importa, no importa; no me arrepiento del calambre que allí he tenido porque he visto cosas, amigo mio, mirad, solo de pensarlo me muero de risa.

Y Aubry se puso en efecto á reirse con unas carcajadas tan joviales y tan francas, que aunque Marmagne no sabia todavía de que se trataba, no pudo menos de hacer coro. Pero como ignoraba la causa de la alegría del estudiante, el vizconde cesó naturalmente de reir el primero.

—Ahora, mi jóven amigo, ahora que arrastrado por vuestro buen humor me ha reido de tan buena gana, dijo Marmagne, no podria saber el motivo de vuestra estremada alegría? Ya sabeis que yo soy de los partidarios de Benvenuto, aunque no os haya visto jamás en su casa, en atencion á que mis ocupaciones me dejan muy poco tiempo que poder consagrар al mundo, y que este poco tiempo, debo confesarlo, prefiiero dedicarlo á mis queridas, mas bien que á mis amigos. Pero no es menos cierto que todo lo que interesa á él me interesa á mí. Mi buen Benvenuto! decidme, decidme lo que pasa en el gran Nesle en su ausencia. Os juro que me interesa esto mas de lo que pudiera explicaros.

—Lo que pasa? dijo Aubry, no; esto es un secreto.

—Un secreto para mí? dijo Marmagne. Un secreto para mí que amo á Benvenuto tan cordialmente, y que esta misma noche he subido de punto

los elogios que le tributaba Francisco I? Ah! haceis muy mal, añadió Marmagne con aire picado.

—Si estuviese seguro de que no habíais de hablar á nadie, mi querido... como diablo os llamas, mi querido amigo? os contarla eso, porque os confieso, que tengo tanta prisa por decir mi historia, como la tienen las cañas del rey Midas para contar la suya.

—Hablad, pues, entouces, hablad, repitió Marmagne.

—No lo direis á nadie?

—A nadie, os lo juro.

—Palabra de honor?

—Palabra de caballero.

—Imajinaos pues... pero en primer lugar mi querido... mi querido amigo, conocéis la historia del fraile encantado?

—Sí, ha oido hablar de ella. Un fantasma que segun aseguran aparece en el gran Nesle.

—Precisamente. Pues bien, si sabéis eso, puedo deciros lo demás. Imajinaos que la señora Petra...

—El aya de Colomba?

—Precisamente. Vamos, vamos, se conoce que sois de los amigos de la casa. Imajinaos pues, que la señora Petra, en un paseo nocturno que daba por su salud, creyó ver pasearse tambien al fraile encantado, por los jardines del gran Nesle, mientras que al mismo tiempo la señora Ruperta... conocéis á la señora Ruperta?

—La vieja criada de Cellini?

—Precisamente. Mientras la señora Ruperta, en uno de sus insomnios había visto centellear á los ojos, nariz y boca de la gran estatua del dios Marte que habeis visto en el jardín del gran Nesle...

—Sí; una verdadera obra maestra! dijo Marmagne.

—Obra maestra, así es la verdad. Cellini no hace otras. Quedó, pues, convenido entre estas dos respectables personas (hablo de la señora Petra y de la señora Ruperta), que estas dos apariciones tenían una misma causa, y que el demonio, que se paseaba por las noches con hábitos de fraile por el jardín, subía al canto del gallo á la cabeza del dios Marte, digno asilo de un condenado como él, y allí era quemado con tan terribles llamas que salía el fuego por los ojos, por la nariz y por los oídos de la estatua.

—Qué diablo de cuento es ese, mi querido amigo? dijo Marmagne, no sabiendo si el estudiante se burlaba ó hablaba seriamente.

—Un cuento de aparecidos, no es otra cosa.

—Y un muchacho de talento como vos, dijo Marmagne puede creer en semejantes necesidades?

—No, no creo en ellas, dijo Aubry, y por lo mismo he querido pasar

la noche sobre un álamo para poner la cosa en claro, y ver quien era el verdadero demonio que ponía toda la casa en revolucion. He aparentado salir; pero en lugar de cerrar la puerta del gran Nesle detras de mí, la cerré delante, me deslicé en la oscuridad sin ser visto de nadie, llegué al álamo, y cinco minutos despues estaba encaramado en medio de sus ramas precisamente á la altura de la cabeza del dios Marte. A que no adivinais lo que vi?

—Cómo queréis que lo adivine? dijo Marmagne.

—Es verdad, seria preciso ser hechicero para adivinar semejantes cosas. He visto en primer lugar abrirse la puerta grande, la puerta de la grada, sabeis cuál es?

—Sí, sí, la conozco.

—Vi abrirse la puerta y si un hombre asomar las narices para ver si había alguien en el patio. Este hombre, era Hermann el gordo aleman.

—Sí, Hermann, el gordo aleman, replicó Marmagne.

—Cuando se aseguró bien que el patio estaba solitario, y despues de haber mirado á todos lados, escopio sobre el árbol, donde como podeis figuraros estaba lejos de suponerme salió del todo, cerró la puerta, bajó los cinco ó seis escalones de la grada y se dirigió en derechura al patio del pequeño Nesle donde llamó tres veces. A esta señal salió una mujer del gran Nesle y vino á abrir la puerta. Esta mujer era la señora Petra, nuestra amiga, la cual segun parece, gusta de pasear á la luz de las estrellas, en compañía de nuestro Goliat.

—Bah! de veras! pobre preboste!

—Esperad, esperad un poco, no es esto todo. Yo los seguí con la vista al entrar en el pequeño Nesle, cuando de repente oigo á mi izquierda rechinar las vidrieras de una ventana. Me volví, se abrió la ventana, y vi á Pagolo, ese picaro de Pagolo! quien hubiera creido esto en él, con sus rezos, sus paternostres, y sus avemarias. Y vi á Pagolo que despues de haber mirado con las mismas precauciones que Hermann, pasó la balaustrada, se dejó deslizar por el caelon, y de balcon en balcon llegó hasta la ventana... adivinais de qué cuarto vizconde?

—Qué sé yo! la ventana del cuarto de la señora Ruperta.

—Qué! nada menos que de Scozzone; de Scozzone, el modelo tan querido de Benvenuto: morena encantadora á fé mia! Habeis visto picardia igual vizconde?

—En efecto, es muy gracioso! dijo Marmagne, y es eso todo lo que habeis visto?

—Esperad, esperad, amigo mio, os guardo lo mejor para lo ultimo, el buen plato para la buena boca; tened un poco de paciencia, no hemos llegado á ello, pero llegaremos, estad tranquilo.

—Ya escuchó, dijo Marmagne, os aseguro que no he oido en mi vida cosa mas divertida.

—Esperad, esperad un poco! Miraba, pues, á mi Pagolo que corría del balcón á balcón, con riesgo de desnucarse, cuando oí otro ruido que venia casi desde el pie del árbol sobre el cual estaba encaramado. Dirigi entonces mi vista de arriba abajo y vi á Ascanio que salía á paso de lobo de la fundicion.

—Ascanio, el querido discípulo de Benvenuto?

—El mismo, amigo mío, una especie de monaguillo á quien podía darse el pan eucaristico sin confession. Si, si, fiaos luego de las apariencias.

—Y con qué objeto salía Ascanio?

—Hé ahí la pregunta que yo me dirigí al principio; pero bien pronto no tuve necesidad de preguntarme; porque Áscanio, despues de haberse asegurado, como Hermann y Pagolo, que nadie podía verle, sacó de la fundicion una larga escala que fué á apoyar contra los dos hombres del dios Marte, y por la cual subió. Como la escala estaba precisamente del lado opuesto á donde yo me hallaba, le perdí de vista en medio de su ascension y en el mismo momento en que yo le buscaba, vi de repente inflamarse los ojos de la estatua.

—Qué decís? exclamó Marmagne.

—La verdad pura, amigo mío; y confieso que si hubiera sucedido esto sin conocer ya los antecedentes que acabo de contar, quizás no hubiera estado tan sereno. Pero había visto desaparecer á Ascanio y sospeché que él era quien había causado aquella luz.

—Pero qué iba á hacer Ascanio á esa hora en la cabeza del dios Marte.

—Ah! hé ahí precisamente lo que yo me preguntaba; y como nadie podía responderme, resolví descubrir la cosa por mí mismo. Abri cuanto pude los ojos y llegué á descubrir por entre los de la estatua, un espíritu vestido todo de blanco, una fantasma de mujer, á cuyos pies Ascanio se arrodilló como delante de una Madona. Desgraciadamente la Madona me volvió la espalda, y no pude ver su rostro, pero vi su cuello. Oh! que cue. No tan lindo tienen las fantasmas, mi querido vizconde, figuraos un cuello de cisne blanco como la nieve. Así que no es extraño que Ascanio la contemplase con adoracion: impío! con una adoracion que me convenció, que la fantasma era ni mas ni menos una mujer. Qué decís á esto, amigo mío? No es mala ocurrencia ocultar á su querida en la cabeza de la estatua!

—Si, si, es original, dijo Marmagne riendo y reflexionando á la vez; muy original en efecto. Y no sospechais quién puede ser esa mujer?

—A sé mia, no tengo ninguna idea de quien pueda ser. Y vos?

—Tampoco yo. Y qué hicisteis despues de haber visto todo esto?

—Yo! me eché á reir de tal modo que me faltó el equilibrio, y si no me

hubiera detenido en una rama me rompo la cabeza. Pero como nada tenia que ver y como á consecuencia de mi caida habia descendido hasta la mitad del árbol, lo acabe de bajar, me dirigi á la puerta sin ruido y me volvi á mi casa riéndome todavia á mis solas, cuando os he encontrado, y me habeis obligado á que os cuente todo. Ahora dadme un consejo. Veamos, vos que sois de los amigos de Benvenuto, qué es menester que haga yo respecto dc él? En cuanto á la señora Petra esto no le importa, la buena mujer es mayor de edad y por consecuencia dueña de su voluntad; pero en cuanto á Scozzone y á la Venus que se hospeda en la cabeza del dios Marte, ya es otra cosa.

—Y quereis que os dé mi parecer sobre lo que debeis hacer?

—Si, os confieso..... que no sé qué hacer, mi querido..... mi querido.... siempre olvido vuestro nombre.

—Mi parecer es que debeis guardar silencio, tanto peor para las personas que son tan necias que se dejan engañar. Ahora, mi querido Aubry, os doy gracias por vuestra buena compañía y vuestra amable conversacion, pero estamos en la calle de Hautefeuille, y confianza por confianza, aqui es donde vive mi objeto:

—Adios, mi tierno, mi querido, mi escelente amigo, dijo Aubry apretando la mano del vizconde, vuestro consejo es prudente y lo seguiré. Quedaos con Dios, y Cupido os de ventura en lides de amor.

Los dos compañeros se separaron entonces, Marmagne subiendo por la calle Hautefeuille y Aubry tomando la de Poupee para dirijirse á la de la Harpe, en cuyo extremo habia fijado su domicilio.

El vizconde habia mentido al malhadado escolar afirmando que no tenia ninguna sospecha de lo que podia ser el demonio-hembra qu adoraba Ascanio de rodillas. Su primera idea fué que el habitante del dios Marte no era otra que Colomba, y cuanto mas reflexionó en esta idea, mas se afirmó en su creencia. Pero como Marmagne aborrecia igualmente al preboste, á Orbec y á Benvenuto Cellini, hallóse situado en una falsa posicion respecto á su odio, porque no podia molestar á los unos, sin dar gusto á los otros. En efecto, si guardaba silencio, Orbec y el preboste quedaban en su misma embarazosa situacion, pero tambien servia á los intereses de Benvenuto: si por el contrario denunciaba el rapto, perjudicaba á Benvenuto, pero el preboste y Orbec hallarian el uno á su hija y el otro á su desposada. Resolvió, pues, meditar bien el asunto para tomar el partido que mas ventajoso le pareciese.

No fué larga la indecision de Marmagne: sabia, aunque sin conocer el verdadero motivo, el interés que la duquesa de Etampes tomaba en el casamiento de Orbec con Colomba, y creyó que esta revelacion le acreditaria de perspicaz á los ojos de la duquesa, ya que no podia hacer valer

Jos títulos de valiente. Resolvió, pues, presentarse á la mañana siguiente en casa de la de Etampes y contárselo todo; y tomada esta resolución, la ejecutó puntualmente.

Por una de esas casualidades felices que favorecen algunas veces á las malas acciones, todos los cortesanos estaban en el Louvre con Francisco I y el emperador: y al levantarse aquella mañana la duquesa de Etampes no tuvo á su lado sino á sus dos fieles amigos, es decir, al preboste y al conde de Orbec, cuando anunciaron el vizconde de Marmagne.

Este saludó respetuosamente á la duquesa, la cual no respondió á este saludo, sino con una de esas sonrisas que solo á ella pertenecían, y en las que sabía confundir á la vez el orgullo, la protección y el desden. Pero Marmagne no se turmó por esta sonrisa, que conocía muy bien, por haberla visto asomar á los labios de la duquesa, no solamente con respecto á él, sino también con respecto á otros muchos. Por lo demás, sabía el medio de transformar con una sola palabra esa sonrisa de desprecio en una sonrisa llena de amabilidad.

—Y bien, señor de Estourville, dijo volviéndose hacia el preboste, ha vuelto el hijo pródigo?

—Todavía os chaceais, vizconde! exclamó Estourville con gesto amenazador y montado en cólera.

—Oh! no os enfadeis, mi digno amigo, no os enfadeis, respondió Marmagne. Os digo esto porque si no habeis encontrado todavía á la paloma escapada, yo sé donde ha hecho su nido.

—Vos? exclamó la duquesa con la expresión de la más encantadora amistad, y donde está? pronto! pronto! decidlo, os lo suplico, mi querido Marmagne.

—En la cabeza de la estatua de Marte, que Benvenuto ha modelado en el jardín del gran Nesle.

MARTE Y VENUS.

El lector, lo mismo que Marmagne, ha adivinado sin duda la verdad, pese a lo extraña que parezca á primera vista. La cabeza del coloso servia de asilo á Colombia. Marte hospedaba á Venus, como habia dicho Aubry. Por segunda vez hacia intervenir Benvenuto su obra en su vida, llamaba al artista en auxilio del hombre, y ademas de su pensamiento y su genio, ponia su suerte en sus estatuas. Ya en otra ocasion, como hemos visto, habia sepultado en ellas los proyectos de evasion, y ahora ocultaba la libertad de Colombia y la felicidad de Ascanio.

Pero en el punto á que hemos llegado, es necesario que volvamos un poco atrás para mayor claridad.

Cuando Cellini acabó la historia de Estefania, un momento de silencio sucedió á su relacion; Benvenuto con sus recuerdos, terribles á veces, estrepitosos siempre, entre las sombrías tempestades que habian atravesado su existencia; veia pasar por el fondo la melancólica y serena figura de Estefania muerta á los veinte años; Ascanio, con la cabeza inclinada, trataba de recordar las facciones pálidas de la mujer que encorvada sobre su cuna, le había despertado muchas veces siendo niño, dejando caer sus lágrimas sobre su rostro sonrojado. En cuanto á Colombia, contemplaba con enternecimiento á ese Benvenuto á quien otra mujer joven y pura como

ella, había amado tanto; pareciale entonces su voz casi tan dulce como la de Ascanio, y entre estos dos hombres que tanto la amaban, sentiasi intuitivamente tan segura, como un niño podia estarlo sobre las rodillas de su madre.

—Y bien! preguntó Benvenuto, despues de una pausa de algunos segundos, Colomba se fiará del hombre á quien Estefanía ha confiado á Ascanio?

—Vos sois mi padre, y él mi hermano, respondió Colomba con graciosa modestia alargándoles las dos manos, y me abandono ciegamente á vosotros dos para que me guardéis para mi esposo.

—Gracias, dijo Ascanio, gracias, amada mia, porque creéis en él.

—Con que prometeis obedecermie en todo, Colomba? añadió Benvenuto.

—En todo, dijo Colomba.

—Pues bien! escuehad hijos míos. Siempre he estado convencido de que el hombre puede todo lo que quiere; pero con la condicion, de tener por ayuda á Dios en el cielo y al tiempo en la tierra. Para salvaros del conde de Orbec y de la infamia, y para entregarlos á mi Ascanio, necesito tiempo, Colomba, y dentro de algunos días vais á ser la mujer del conde. Lo que importa, pues, ahora y antes de todo, es el retardar esa union impia, no es verdad? Colomba, hermana mia, niña mia, hija mia! hay momentos en esta triste vida en que es necesaria una falta para evitar un crimen. Tendreis valor y firmeza? Vuestro amor, que tiene tanta pureza y abnegacion, tendrá tambien un poco de valor? responded.

—Ascanio responderá por mí, dijo Colomba sonriendo y volviéndose hacia el joven. A él toca disponer de mí.

—No tengais cuidado, maestro, Colomba tendrá valor, respondió Ascanio.

—En ese caso, Colomba, segura como estais de nuestra lealtad y de vuestra inocencia, ¿tendreis resolucion para abandonar esta casa y seguirnos?

Ascanio hizo un movimiento de sorpresa, Colomba guardó silencio por un minuto contemplando á Cellini y Ascanio, despues se levantó y dijo sencillamente:

—A donde es menester ir?

—Colombá! Colombá! exclamó Benvenuto enternecido con tanta confianza, sois una criatura noble y santa. Ya nos hemos salvado, pero no hay que perder un momento. Esta hora es suprema, Dios nos la concede, aprovechémonos de ella; dadme la mano, Colomba y venid.

La joven bajó su velo como para ocultar su propio rubor á si misma, despues siguió al maestro y Ascanio. La puerta de comunicacion entre el pequeño y gran Neste estaba cerrada, pero como tenía la llave por dentro, Benvenuto la abrió sin ruido.

Al llegar á esta puerta se paró Columba.

—Esperad un poco, dije con voz conmovida.

Y en el umbral de aquella casa que abandonaba, por que ya no la ofrecia un asilo bastante Santo, Colomba se arrodilló y oró. Su plegaria quedó entre ella y el Señor, pero sin duda pidió á Dios perdón por lo que iba á hacer. En seguida se levantó tranquila y fuerte y marchó conducida por Cellini: Ascanio, turbado el corazon, los seguía en silencio, contemplando con amor su vestido blanco que huia en la sombra. Así atravesaron el jardín del gran Nesle; los cantos y las risas de los obreros que cenaban, porque como ya recordará el lector, había fiesta en el castillo, llegaban indiferentes y alegres hasta nuestros amigos, inquietos y temblando como sucede comunmente en los instantes supremos de la vida.

Al llegar al pie de la estatua, Benvenuto dejó á Columba un momento, se dirigió á la fundición y volvió á aparecer cargado de una larga escala que apoyó contra el coloso. La lona celeste veladora, alumbraba toda esta escena con su pálida luz; el maestro, después de haber asegurado la escala, incó una rodilla en tierra delante de Colomba. El más tierno respeto dulcificaba su poderosa mirada.

—Hija mia, dijo á la joven, rodéame con tus brazos y asegúrate bien. Colomba obedeció sin decir palabra, y Benvenuto levantó á la joven como hubiera hecho con una pluma.

—Deja el hermano al padre, dijo Ascanio, que se aproximaba á llevar allá arriba á su hija muy amada.

Y el vigoroso artista principió á subir la escala con su preciosa carga tan fácilmente como sino hubiera llevado mas que un pájaro. Al traves de su velo, Colomba apoyando su cabeza encantadora en el hombro del maestro, miraba la varonil y agradable fisonomía de su salvador y sentiase penetrada para con él de una confianza enteramente filial, que la pobre niña ; ay ; no había experimentado hasta entonces. En cuanto á Cellini, tal era la poderosa voluntad de este hombre de hierro, sostenia en sus brazos á aquella por quien dos horas antes hubiera espuestu su vida, sin que su mano temblase, sin que su corazon latiese mas vivo, sin que ninguno de sus músculos de acero se doblasen. Había mandado á su corazon que estuviese tranquilo y su corazon había obedecido.

Cuando llegó al cuello de la estatua abrió una puertecita, entró en la cabeza de Marte y depositó en ella á Colomba.

El interior de esta cabeza colossal de una estatua que tenia cerca de sesenta pies de altura, formaba un pequeño aposento redondo que podía tener ocho pies de diametro y diez pies de altura; el aire y la luz penetraban allí por las aberturas de los ojos, de la nariz, de la boca y de los oídos. Este camarín había sido ejecutado por Cellini: cuando trabajaba en la

cabeza, cenerraba en ella los instrumentos de que se servia diariamente á fin de ahorrarse el trabajo de subirlos y bajarlos cinco ó seis veces al dia; frecuentemente tambien llevaba su desayuno consigo y lo colocaba sobre una mesa que habia en medio de este singular comedor, de manera que no abandonaba su andamia por el armuerzo. Esta ionovacion que le era tan cómoda le incitó á adoptar otras, además de la mesa, metió en la cabeza de la estatua una especie de cama pequeña, y ya últimamente no solo se desayunaba en la cabeza de su Marte, sino tambien dormia en ella su siesta. Así que nada tiene de particular que se le ocurriese la idea de trasportar á Colomba al escondite mas seguro evidentemente de todos cuantos podian ofrecerte.

—Aqui es necesario que os quedeis, Colomba, dijo Benvenuto, y debeis hija mia, resignaros á no bajar sino denoche. Aguardad en este asilo bajo la mirada de Dios y bajo la guarda de nuestra amistad el resultado de mis esfuerzos. Espero que Júpiter, añadió sonriendose y aludiéndo á la promesa del rey, acabará lo que Marte ha principiado. Vos no me comprendeis; pero yo sé lo que quiero decir. Nosotros tenemos á vuestra disposicion el Olimpo, y vos el paraíso. ¡Qué cosa no alcanzaremos! Vamos sonreios un poco, sino por el presente al menos por el porvenir. Os digo formalmente que es menester aguardar. Esperad pues, con confianza; sino en mi al almenos en Dios. Yo he estado en una prision mas dura que la vuestra, creedme, y mi esperanza me hacia olvidar mi cautiverio.—Desde ahora hasta el dia del triunfo, Colomba, no me volveréis á ver mas.

Vuestro hermano Ascanio, de quien menos sospechan y que de consiguiente está menos vijiado que yo, vendrá á veros y velará sobre vos; él es équien yo encargo que transforme este cuarto de artista en celda de religiosa. En el momento, pues, de separarme de vos, retened bien mis palabras: vos habeis hecho, confiada y animosa niña, todo lo que tenéis que hacer; todo lo demás queda á mi cuidado: no tenemos ya que hacer otra cosa sino dejar obrar á la Providencia; oíd bien Colomba, lo que voy á deciros. Suceda lo que quiera, en cualquiera situacion desesperada en que os parezca hallaros ó esteis realmente, aun cuando al pie de los altares no tengais ya que hacer otra cosa sino decir el terrible si, que os unirá para siempre con el conde de Orbec, no dudeis de vuestro amigo, Colomba; no dudeis de vuestro padre, hija mia: contad con Dios y con nosotros. ¿Tendréis esta fe y esta firmeza? Decid, la tendréis?

—Sí, dijo la joven con voz tranquila.

—Está bien, respondió Cellini, adios, os dejo en vuestra soledad; cuando todo el mundo duerma vendrá Ascanio á traeros todo lo que os haga falta, adios Colomba.

Benvenuto alargó la mano á Colomba; pero esta le presentó su frente

como acostumbraba á hacer con su padre. Cellini tembló, pero pasando su mano por delante de sus ojos, y dominando á la vez los pensamientos que bullían en su cabeza y las pasiones que fermentaban en su corazón, depositó sobre aquella frente pura el mas paternal de los besos, murmurando á media voz:

—Adios, querida hija de Estefanía.

Y descendió rápidamente para unirse con Ascanio que le esperaba, y ambos se dirigieron tranquilamente á donde estaban los obreros que ya no comían, pero que continuaban bebiendo.

Una nueva vida, extraña, inaudita principió entonces para Colomba, pero resignóse á ella como á la existencia de una reina.

He aquí como fué amueblado el aposento áereo.

Como ya hemos dicho, tenía una cama y una mesa; Ascanio añadió á estos muebles una silla, un espejo de Venecia, una biblioteca compuesta de libros devotos que designó la misma Colomba, un crucifijo, maravilla del arte por su cincelado; y por ultimo un jarro de plata, obra también del maestro, y cuyas flores renovaban todas las noches.

Esto era todo lo que podía contener el camarín que enterraba tanta inocencia y gracia.

Colomba dormía comúnmente de dia: Ascanio se lo había aconsejado así, temiendo que un movimiento involuntario la descubriese; se desataba con la luz de las estrellas y el canto de los ruiseñores, arrodillándose sobre su lecho delante de su crucifijo, permanecía largo tiempo absorta en una ferviente plegaria, en seguida arreglaba su tocado y peinaba sus hermosos y largos cabellos. Entonces se apoyaba una escala contra la estatua y Ascanio venía á llamar á la puerecita. Si Colomba había acabado su tocado abría á su amigo que permanecía á su lado hasta media noche, en cuya hora si el tiempo estaba bueno, bajaba Colomba, Ascanio entraba en el gran Nesle y dormía algunas horas mientras que Colomba daba su paseo nocturno. Al cabo de dos horas, la blanca aparición se volvía á su escondite donde esperaba el dia respirando las flores que acababa de coger para perfumar su dulce nido y oyendo cantar los ruiseñores del pequeño Nesle y á los gallos del Pre-aux-Clers.

Un poco antes del alba volvía Ascanio á ver á su amada y le traía sus provisiones del dia, bábilmente hurtadas á la señora Ruperto, gracias á la complicidad de Cellini. Entonces principiaban dulces y sabrosas pláticas, recuerdos de amantes, proyectos de esposos. Algunas veces también Ascanio permanecía en silenciosa contemplación delante de su ídolo, y Colomba le dejaba mirar sonriéndole. Frecuentemente al separarse, no habían pronunciado una sola palabra; pero precisamente entonces, era cuando mas habían hablado. Cada uno de ellos no tenía dentro de su corazón

todo lo que el otro hubiera podido decirle, mas lo que el corazon no dice y Dios lee?

El dolor y la soledad en la juventud tienen de bueno que haciendo el alma mejor y mas grande, la conservan tambien fresca y pura. Colombia, la virgen orgullosa y digna, era al mismo tiempo una niña alegre y loca; pues los dos jóvenes amantes tenian ademas de los días en que meditaban, días en que reían, y días en que jugaban como niños, y cosa admirable, no eran estos días ó mas bien estas noches, porque como ya se sabe, los dos jóvenes habian invertido el orden de la naturaleza, no eran estos días los que pasaban mas pronto. El amor, como toda cosa radiante, necesita sombra para brillar mejor.

Jamás una palabra de Ascanio asustó a la timida y pura niña que le llamaba su hermano. Estaban solos, se amaban, pero precisamente porque estaban solos, sentian mejor la presencia de Dios, cuyo cielo veian desde mas cerca, y precisamente porque se amaban, respetaban su amor como una divinidad.

Cuando la aurora principiaba á dorar débilmente los techos de las casas, Colombia con gran sentimiento despedia á su amigo, pero como Julietta despedia á Romeo llamándole diez veces, siempre sucedia que el uno ó la otra habian olvidado alguna cosa importante: sin embargo, era necesario partir al fin, y Colombia hasta el momento en que, hacia el medio dia, entregaba su corazon á Dios y se dormia con el sueño de los ángeles, quedaba sola para meditar escuchando á la vez los pensamientos que murmuraban en su corazon, y los pajaritos que se despertaban cantando bajo los tilos de su antiguo jardin. Es inútil decir que al retirarse Ascanio se llevaba la escalera.

Para estos pajaritos desmenuzaba todas las mañanas migas de pan á la entrada de la boca de la estatua; los picaruelos atrevidos venian á buscar este pan y se volaban en seguida, pero poco á poco se fueron domesticando. Los pájaros comprenden á las almas de los jóvenes aladas como ellos. Permanecian, pues, largo tiempo y pagaban con sus cantos la comida que les daba Colombia. Venia entre ellos un jilguero atrevido que se aventuró á entrar en el camarín y se habituó á venir á comer en la mano de la joven por las mañanas y las tardes. Despues, cuando las noches principiaban á refrescar, en una de ellas se dejó prender por la joven prisionera, que lo colocó en su seno, donde durmió hasta el amanecer apesar de la visita de Ascanio y del paseo de Colombia. El cautivo voluntario no dejó por eso de volver al siguiente dia y todas las demas tardes. Al rayar el alba se ponía á cantar. Colombia entonces lo cojía, lo daba á besar á Ascanio y le devolvía la libertad.

De este modo pasaba la existencia de Colombia en la cabeza de la estatua.

Dos sucesos solos turbaron su curso apacible; estos dos sucesos fueron las dos visitas domiciliarias del preboste. Una vez despertó Colomba sobresaltada al oír la voz de su padre; no era un sueño: allí estaba, en el jardín, debajo de ella, y Benvenuto le decía:

—Preguntáis quien es este coloso, señor de Estourville? Es la estatua de Marte que S. M. el rey Francisco I ha tenido la bondad de encargarme para Fontaineblau. Un juguetillo de sesenta pies, como veis, nada más.

—Es muy grandiosa y muy hermosa, respondió Estourville; pero pasemos adelante, no es esto lo que vengo á buscar.

—Sería demasiado fácil de hallar.

Y pasaron.

Colomba arrodillada con los brazos estendidos, tuvo intención de gritar á su padre: padre mío, padre mío, aquí estoy! el anciano buscaba á su hija, la lloraba tal vez; pero el pensamiento del conde de Orbec, y los proyectos odiosos de la duquesa de Elamps, y el recuerdo de la conversación que había oido Ascanio, la obligaron á guardar silencio. Así es, que no volvió á tener semejante intención en la segunda visita cuando la voz del odioso conde se mezcló á la del preboste.

Hé aquí una admirable estatua construida como una casa, decía Orbec parado al pie del coloso. Si resiste el invierno, las golondrinas podrán hacer en ella su nido en la primavera.

En la misma mañana de este dia, en que la sola voz de su desposado causó tan gran terror á Colomba, Ascanio la había entregado una carta de Cellini.

«Hija mía, decía Benvenuto, tengo necesidad de partir, pero estad tranquila, pues lo dejo todo preparado para vuestra libertad y vuestra dicha. Una palabra del rey me garantiza el resultado, y ya sabeis que el rey no falta nunca á su palabra. Hoy mismo va á ausentarse también vuestro padre. No desespereis. Ahora he tenido todo el tiempo que necesitaba. Vuelvo á repetiroslo, hija mía, aunque estuvieseis arrodillada delante del altar, y dispuesta á pronunciar las palabras que ligan para siempre, dejad obrar á la fatalidad; la Providencia intervendrá á tiempo.—Adios.

*Vuestro padre,
BENVENTO CELLINI.*

Esta carta que llenó de alegría á Colomba, reanimando sus esperanzas, tuvo el desgraciado efecto de inspirar á los amantes una seguridad peligrosa. La juventud no conoce los sentimientos moderados. De la de-

esperacion salta á la excesiva esperanza; para ella está siempre el cielo ó preñado de tempestades ó resplandeciente de azul. Dblemente tranquilizados con la ausencia del preboste y con la carta de Cellini, descuidaron desde entonces las precauciones, y dieron mas al amor, y menos á la prudencia. Colombia no velaba ya con tanto cui lado sobre sus movimientos y fué descubierta por Petra, que afortunadamente no vió en ella sino al fraile encantado. Ascanio encendia la lámpara sin correr las cortinas y la luz fué percibida pór la señora Ruperta. La relacion de las dos comadres despertó la curiosidad de Aubry, y el indiscreto escolar, semejante al Horacio de la *Escuela de las mujeres*, fué á revelarlo todo, precisamente al que mas debia ocultarse. Ya se conoce el resultado de esta confianza.

Volvamos al palacio de Etampes.

Cuando preguntaron á Marmagne como había logrado este precioso descubrimiento, nada quiso decir y se hizo el misterioso. La verdad era demasiado sencilla y dejaba poca felicidad á su penetracion, así que prefirió dar á entender que á fuerza de astucia y de estratagemas había llegado á obtener los magnificos resultados de que se admiraban. La duquesa, como ya hemos dicho, estaba radiante de alegría. Iba, venia, interrogaba al vizconde; donde se hallaba en fin la rebeldie niña que había causado tantas alarmas? La duquesa queria ir en persona al palacio de Nesle para asegurarse de la felicidad de sus amigos. Ademas, despues de lo que habia sucedido, despues de la fuga ó mas bien rapto de Colombia, no se la podia ya dejar en el pequeño Nesle. La duquesa se encargaría de ella; la llevaria al palacio de Etampes; la guardaria mejor que lo habian hecho la dueña y el esposo, ella la guardaria como una rival, y como se conoce, Colombia estaría bien guardada.

La duquesa hizo aproximar su litera.

—La cosa ha quedado casi en el secreto, dijo madama de Etampes al preboste. Vos, Orbec, no sois honbre que formeis escrupulo por una escapatoria de niña, no es verdad? Así que no veo nada que pueda impedir la realizacion del casamiento y nuestros proyectos.

—Oh! señora, dijo inclinándose Estourville lleno de satisfaccion.

—Con las mismas condiciones, no es verdad duquesa? dijo Orbec.

—Sin duda, con las mismas condiciones, mi querido conde. En cuanto á Benvenuto, continuó la duquesa, culpable ó cómplice de un rapto infame, estad tranquilo, mi querido vizconde, os vengaremos de él, vengandonos.

—Pero me han dicho, señora, añadió Marmagne, que el rey en su entusiasmo artistico habia contraido con él para en caso en que la fundicion de su Júpiter mereciera su aprobacion tales compromisos, que no tendria que hacer mas que desechar una cosa para verla inmediatamente cumplida.

—Estad tranquilo, aqui es donde le aguardo, respondió la duquesa. Pa-

ra ese dia le preparo una sorpresa que él no espera. Descansad pues en mí y dejadme obrar.

Esto es lo mejor que había que hacer; largo tiempo hacia que la duquesa no se había mostrado tan activa y tan encantadora. Su alegría brillaba á pesar suyo. Pidió al preboste que mandase á buscar inmediatamente á sus soldados; y pronto el preboste, Orbec y Marmagne precedidos de aquellos, llegaron á la puerta del palacio de Nesle, seguidos á cierta distancia por la duquesa de Etampes, que toda trémula de impaciencia y con la cabeza sin cesar fuera de su litera, esperaba en la calle.

Era la hora en que estaban comiendo los trabajadores y Ascanio, Panolo, Juanillo y las mujeres se hallaban solas en aquel momento en el ran Nesle. No esperaban á Benvenuto sino hasta el siguiente dia por la tarde ó hasta la mañana del subsiguiente. Ascanio, que recibió á los visitadores, pensó que volvían para hacer un tercer registro, y como había recibido sobre este particular órdenes muy terminantes del maestro, no opuso ninguna resistencia, y recibió por el contrario á los visitadores con la mayor politica.

El preboste, sus amigos y sus jentes se dirigieron en derechura á la fundicion.

—Abridnos esta puerta, dijo Estourville á Ascanio.

El corazon del jóven se oprimió con no sé qué terrible presentimiento; sin embargo podía equivocarse, y como la menor vacilacion podía inspirar sospechas entregó sin resistencia la llave al preboste.

—Cojed esa gran escala, dijo el preboste á sus soldados.

Los soldados obedecieron, y guiados por Estourville se dirigieron á la estatua. Al llegar á ella, el mismo preboste apoyó la escala y se dispuso á subir; pero Ascanio pálido de coraje y de terror puso el pie sobre el primer peldaño.

—Qué pretendéis, señores, exclamó; esta estatua es la obra maestra de Cellini, y su custodia me está confiada: el primero que se atreva á poner la mano en ella, sea para lo que quiera, os prevengo que es hombre muerto.

Y sacó de su cintura un puñal pequeño y afilado, pero tan perfectamente templado que la hoja atravesaba de un solo golpe un escudo de oro.

El preboste hizo una señal y sus soldados se precipitaron sobre Ascanio, este hizo una resistencia desesperada é hirió á dos hombres; pero nada podía solo contra ocho, sin contar el preboste, Marmagne y Orbec. Tuvo que ceder al número, fué derribado, atado y se le puso una mordaza, mientras el preboste subía la escalera seguido por dos de sus soldados, para evitar una sorpresa.

Colomba lo había visto y oido todo; su padre la encontró desmayada, pues la pobre niña al ver caer á Ascanio creyó que estaba muerto.

Sobrecojido al verla, de cólera mas bien que de sentimiento, el preboste cargó bruscamente á Colomba sobre sus robustos hombros y bajó. En seguida se dirigieron todos á la calle arrastrando los soldados á Ascanio á quien Orbec miraba con atención. Pagolo vió pasar á su compañero y no se movió. Juanillo había desaparecido. Scozzone, sola, no comprendiendo nada de lo que pasaba, trató de empujar la puerta gritando:

—Que significa esta violencia, señores? por qué arrastráis así á Ascanio? quién es esta mujer?

Pero en ese momento se levantó el velo que cubría el rostro de Colomba y Scozzone reconoció al modelo de la estatua de Hebe.

Entonces se paró pálida de envidia, y dejó pasar sin decir una palabra mas, al preboste, á sus amigos, á sus soldados, y á los que ellos conducían.

—Que significa esto, y porque habeis maltratado á este joven? dijo la duquesa de Etampes; viendo á Ascanio atado, pálido, y todo ensangrentado; desatadle, desataidle.

—Señora, dijo el preboste, este joven nos ha opuesto una resistencia desesperada, ha herido á dos de mis hombres, es cómplice indudablemente de su maestro, y me parece urgente conducirlo á lugar seguro.

—Ademas, dijo Orbec, á media voz á la duquesa, se parece tanto al paje italiano que he visto en vuestra casa y que ha asistido á toda nuestra conversación, que si no tuviese otro vestido, y no hablase la lengua que me habeis asegurado que no entiendin, á fé mia, señora duquesa, juraría que era él.

—Teneis razon, señor preboste, dijo vivamente la duquesa de Etampes derogando la orden que había dado para dar libertad á Ascanio, teneis razon, ese joven puede ser peligroso, aseguradle.

—Al Chatelet prisionero! dijo el preboste.

Y nosotros, dijo la duquesa, á cuyo lado habían colocado á Colomba que continuaba desmayada, nosotros, señores, al palacio de Etampes.

Un instante despues se oyó el galope de un caballo.

Era Juanillo que corría á toda brida para anunciar á Cellini lo que acababa de pasar en el palacio de Nesle.

En cuanto á Ascanio, entró en el Chatelet sin haber visto á la duquesa, y sin saber la parte que acababa de tomar en el suceso que destruía todas sus esperanzas.

LAS DOS RIVALES.

La duquesa de Etampes que desde que había oido hablar de Colombia deseaba tanto conocerla, vió al fin cumplidos sus deseos, puesto que se hallaba en su presencia la pobre niña desmayada. Así es, que durante todo el camino la celosa duquesa no cesó de mirarla. Sus ojos encendidos de cólera, al verla tan bella, analizaba cada una de sus facciones y contaba una á una todas las perfecciones de la pálida joven que se hallaba ya en su poder y bajo su mano. Estaban, pues, enfrente una de otras dos mujeres que aspiraban á un mismo amor y que se disputaban un mismo corazón. La una vengativa y poderosa, la otra débil pero amada, la una con su brillo, la otra con su juventud, la una con su pasión, la otra con su inocencia: Ambas separadas por tantos obstáculos se encontraban y se rozaban al fin, ajando el vestido de terciopelo de la duquesa el sencillo vestido blanqueo de Colombia.

Aunque Colombia estaba desmayada, Ana no estaba menos pálida que ella. Sin duda aquella muda contemplación desesperaba su orgullo y destruía sus esperanzas; porque mientras que balbuceaba como á pesar suyo «no me habían engañado, es hermosa, muy hermosa!» su mano que tenía asida la de Colombia la apretó tan convulsivamente que la joven saliendo de su desmayo por la fuerza del dolor, volvió en si y abrió sus grandes ojos diciendo:

—Ah señora! me haceis daño.

Tan pronto como la duquesa vió abrirse los ojos de Colomba soltó su mano.

Pero la percepción del dolor que había experimentado la joven, había en cierto modo precedido al recobro de sus facultades intelectuales. Despues de haber lanzado este grito mas bien que pronunciado estas palabras, permaneció todavia algunos segundos contemplando á la duquesa con admiracion y no pudiendo conseguir coordinar sus ideas. En fin, despues de un instante de exámen; ¡Quién sois vos, señora! dijo, ¡y á donde me llevais así? En seguida retrocediendo de repente;—Ay! exclamó, sois la duquesa de Etampes. ¡ya me acuerdo, ya me acuerdo!

—Callad, replicó Ana imperiosamente, callad, ahora mismo nos quedaremos solas y podeis admiraros y gritar cuanto queráis.

Estas palabras fueron acompañadas de una mirada dura y altanera; pero el sentimiento de su propia dignidad, y no esta mirada, impuso silencio á Colomba. Encerróse, pues, hasta que llegaron al palacio de Etampes en un silencio absoluto, y cuando llegaron á él, á una señal de la duquesa la siguió á su oratorio.

Cuando las dos rivales se hallaron solas, se miraron mutuamente de pies á cabeza sin decir una palabra durante uno ó dos minutos; pero con dos expresiones de rostro muy diferentes. Colomba estaba tranquila, porque la sostenia su esperanza en la Providencia y su confianza en Benvenuto. Ana estaba furiosa con su tranquilidad, pero este furor aunque expresado por el trastorno de sus facciones, no estallaba todavia, porque contaba con su omnipotente voluntad y su poder para dominar y vencer aquella débil criatura.

Ella fué la primera que rompió el silencio.

—Ea, mi joven amiga, le dijo con un tono que á pesar de la dulzura de las palabras, no dejaba duda sobre la amargura del pensamiento, al fin habeis vuelto á la autoridad paterna. Yo me alegro de esto, pero ante todo permitidme que alabe como deblo vuestra valor, si, porque es preciso confesar que sois mas atrevida que lo que pudiera crecerse en vuestra edad.

—Es que tengo á Dios en mi favor, señora, respondió Colomba candorosamente.

—¿ De qué Dios hablais, señorita?

Ah! del Dios Marte sin duda, respondió la duquesa de Etampes con una de esas guñadas que con tanta frecuencia usaba en la corte.

—Yo no conozco mas que un solo Dios, señora, el Dios bueno, protector, eterno, el Dios que recomienda la caridad en la fortuna y la humildad en la grandeza. Desgraciados aquéllos que no conozcan al Dios de que yo hablo, porque tampoco él los conocerá á ellos algún dia.

—Bien, señorita, bien! dijo la duquesa.—La situación es buenísima para predicar moral, y os felicitaría por ello sino creyese mas bien que quereis escuchar vuestra impudicicia con vuestra impudencia.

—Seguramente, señora, respondió Colombia sin ninguna acritud, pero encojéndose casi imperceptiblemente de hombros, no trato de excusarme delante de vos, ignorando todavía en virtud de que derecho me acusáis. Cuando me pregunte mi padre le contestaré con respeto y dolor. Sime dirige reconvenencias, trataré de justificarme, pero hasta entonces, señora duquesa, permitid que me calle.

—Comprendo, mi voz os importuna, y preferiríais, no es verdad, quedarnos sola con vuestro pensamiento, para pensar con libertad en el que amais?

—Ningun ruido, por importuno que sea, puede impedirme que piense en él, señora, sobre todo cuando es desgraciado.

—Luego os atreveis á confesar que le amais?

—Esa es la diferencia que hay entre nosotras, señora: vos le amais sin atreveros á confesarlo.

—La imprudente se propone insultarme, exclamó la duquesa de Etampes,

—Ay! no, no os insulto, os respondo solamente porque me obligáis á responderos. Dejadme sola con mi pensamiento y yo os dejaré sola con vuestros proyectes.

—Pues bien! puesto que me obligas á ello, niña, puesto que te crees bastante fuerte para luchar conmigo, puesto que confiesas tu amor, yo confesaré el mio, pero al mismo tiempo que mi amor confesaré mi odio. Si, amo á Ascanio, y te aborrezco. Despues de todo, por qué injir contigo? la única á quien puedo decirlo todo, porque es la única á quien no creerán nada de lo que diga? Si, amo á Ascanio.

—Entonces os compadezco, señora, respondió dulcemente Colombia, porque Ascanio me ama.

—Si, es verdad, Ascanio te ama, pero por medio de la seducción, si puedo, por medio de una mentira, si es menester; y hasta por medio de un crimen, si es necesario, te robaré ese amor; lo entiendes? Yo soy Ana de Heilly, duquesa de Etampes.

—Ascanio amará, señora, á la que le ame mejor.

—Oh! exclamó la duquesa exasperada con tanta confianza, no puedo creerse que su amor sea único en el mundo y que ningun otro pueda comparársele.

—No digo eso, señora. Puesto que yo amo, tambien puede amar otro corazon del mismo modo, solamente dudo que ese corazon sea el vuestro.

—Y que harias tú por él? separamos, tú que te envaneces de ese amor

con el cual no podría competir el mío; que le has sacrificado hasta ahora? la oscuridad de tu vida, el tedio de la soledad?

—No señora, sino mi tranquilidad.

—A quién le has preferido? al ridículo amor del conde de Orlec?

—No señora, sino á mi obediencia filial.

—Qué tienes tú que darle, puedes hacerle rico, poderoso, temible.

—No, señora, pero espero hacerle feliz.

—Oh! yo, dijo la duquesa de Etampes, yo hago mucho más que tú: yo te inmolo la ternura de un rey y pongo á su disposición riquezas, títulos y honores.

—Si, es verdad, dijo Colomba sonriendo, vuestro amor le da todo lo que no es amor.

—Basta de injuriosas comparaciones! exclamó con violencia la duquesa, que conocía perder palmo á palmo el terreno.

Entonces hubo un momento de silencio que Colomba sostuvo sin turbación, mientras que la duquesa de Etampes no disimulaba la suya sino con el auxilio de una cólera visible. Sin embargo, sus facciones recobraron poco á poco una expresión más dulce y volvió á ese combate que su orgullo no podía empeñar sino por medio de un triunfo.

—Vamos, Colomba, dijo con tono casi afectuoso, si te dijeran: «sacrifica tu vida por él», que harías tú?

—La daria sin vacilar.

—Yo también! exclamó la duquesa con un acento que probaba sino la sinceridad del sacrificio la violencia del amor. Pero sacrificarás vuestra honor como vuestra vida?

—Si por mi honor entendéis mi reputación, sí; si por mi honor entendéis mi virtud, no.

—Cómo, no sois suya, no es él vuestro amante?

—Es mi desposado, señora, y nada más.

—Oh! ella no le ama, contestó la duquesa! lo pospone al honor, una palabra!

—Y si os dijesen, señora, replicó Colomba irritada á pesar de su dulzura, si os dijesen abdicación por él á tus títulos, á tu grandeza, inmólale al rey, no en secreto, porque esto sería demasiado fácil, sino públicamente, si os dijesen: Ana de Heilly, deja por su oscuro taller de cincelador tu palacio, tus riquezas y tus cortesanos?

—Por su interés mismo me negaría, contestó la duquesa como si le hubiera sido imposible mentir ante la mirada penetrante y profunda de su rival.

—Os negaríais?

—Sí.

—Ah! ella no le ama! exclamó Colombia, ella le pospone á los honores, quimeras!

—Pero cuando os digo que para él solo quiero conservar mi rango! contestó la duquesa exasperada por el nuevo triunfo de su rival, cuando os digo que quiero conservar mis honores para que él participe de ellos! Todos los hombres aman esto tarde ó temprano.

Si, respondió Colombia, sonriendo, pero Ascanio no es uno de todos esos hombres.

—Callad, exclamó segunda vez Ana furiosa y golpeando el suelo con el pie. La astuta y poderosa duquesa no había podido vencer á aquella frágil niña que creía aterrizar solo con levantar la voz. A sus interrogatorios furiosos ó irónicos, Colombia había contestado siempre con una calma y una modestia que desconcertaban á su rival. La duquesa conocía demasiado que el ciego impulso de su odio la perdía, y cambió de táctica, á decir verdad no había contado con tanta hermosura y con tanto talento, y de consiguiente, no pudiendo vencer á su rival por los medios que al principio había adoptado, resolvió veneerla por medio de la sorpresa.

Por su parte Colombia, como ya hemos visto, no se intimidó ante la doble explosión de cólera escapada á la duquesa de Etampes, y encerróse solamente en un silencio frío y lleno de dignidad. Pero la duquesa, en virtud del nuevo plan que acababa de adoptar, se aproximó á ella con sonrisa encantadora, y le tomó afectuosamente la mano.

—Perdóname, hija mía, le dijo, creo que me he excedido, pero no me aborrezcáis por eso: tenéis tantas ventajas sobre mí que es muy natural que esté celosa. Ay! sin duda os pareceré como á las demás una muger mala! pero en rigor, mi destino es el malo, no yo. Perdóname; no porque ambas amemos á Ascanio debemos aborrecernos. Ademas vos á quien él ama únicamente, estais en la obligación de ser indulgente. Seamos hermanas, queréis? hablemos con el corazón abierto, y yo procuraré borrar de vuestro espíritu la desagradable impresión que mi cólera insensata haya podido dejar en él.

—Señora, exclamó Colombia con cautela y retirando su mano por un movimiento de repulsión instintivo; hablad os escuchó.

—Oh! respondió la duquesa de Etampes con aire jovial y como si comprendiese perfectamente la desconfianza de la joven, estad tranquila, no os pido vuestra amistad sin ofreceros una garantía. Para que sepáis bien quién soy, para que conozcais como yo misma me conozco, os diré en dos palabras mi vida. Mi corazón no se parece á mi historia, ay! y frecuentemente nos calumian, á nosotras pobres mujeres, á quienes el vulgo llama grandes señoras. Ay! la envidia hace mal en murmurar de nosotras en

vez de compadecernos. Y sino vos misma, hija mia, como me juzgais? sed franca; como una mujer perdida, no es verdad?

Colomba hizo un movimiento que indicaba la repugnancia que experimentaba en contestar á semejante pregunta.

—Pero si me han perdido, continuó la duquesa de Etampes, es culpa mia? Vos que habeis sido feliz, Colomba, no desprecieis demasiado á las que han sufrido; vos que habeis vivido hasta ahora en una casta soledad, no sepais jamás lo que es ser educada para la ambicion; por que á las infelices destinadas á este tormento como á las victimas á quienes adornan de flores, no se le enseña mas que el lado brillante de la vida. No se trata de amar, se trata solo de agradar. Asi es como desde mi juventud, mis pensamientos no debian dirigirse sino á seducir al rey; esa hermosura que Dios dà á la mujer para que la cambie por un amor verdadero, me han obligado á que la cambie por un título de un encanto, han hecho un lazo.

Pues bien! decidme, Colomba, que quereis que llegue á ser una pobre niña cajida en la edad en que ignora todavia lo que es el bien y el mal y á quien dicen: el bien es el mal, el mal es el bien? Pero Dios; me perdonará, porque no he tenido á mi lado una persona que me enseñase el verdadero camino. ¿Qué quereis que hiciera, aislada, débil y sin apoyo? La astucia y el engaño han sido desde entonces toda mi existencia. Sin embargo, no he nacido para este papel horroroso, y la prueba es, de que he amado á Ascanio y de que al conocer que le amaba me he sentido feliz y avergonzada á la vez. Ahora decidme, querida y pura niña, me comprendeis.

—Sí, respondió injeramente Colomba, engañada por esta falsa buena fe que mentía con la apariencia de la verdad.

—En ese caso os compadeceréis de mi, exclamó la duquesa; me dejareis amar á Ascanio desde lejos, sola, sin esperanza; de este modo no seré vuestra rival, puesto que él no me amará, y entonces en cambio, yo que conozco este mundo, sus astacias, sus lazos, sus engaños; exemplazare á la madre que habeis perdido, os guiaré y os salvaré. Ya veis que podéis flaros de mí; puesto que sabéis mi vida. Una niña en cuyo corazón han hecho germinar pasiones de mujer, he ahí todo mi pasado. Mi presente ya lo veis, es la vergüenza de ser públicamente la querida de un rey. Mi porvenir, es mi amor á Ascanio; no el suyo, porque como vos misma habeis dicho y yo me había dicho á mi misma frecuentemente; Ascanio no me amará jamás; pero precisamente porque este amor permanecerá puro me purificará á mi. Ahora os toca hablar, sed franca y decidme todo. Contadme vuestra historia, querida niña.

—Mi historia, señora, es muy corta, y sobre todo muy sencilla, respondió Colomba. Ella se resume en tres amores. He amado, amo y amaré: á Dios, á mi padre y á Ascanio; solamente que en lo pasado, mi amor para Ascanio, era un sueño, en lo presente es un dolor, en el porvenir es una esperanza.

—Muy bien, dijo la duquesa comprimiendo los celos en su corazón y las lágrimas en los ojos; pero no seas franca á medias, Colomba. Qué vais á hacer ahora? como luchareis vos, pobre niña, contra dos voluntades tan poderosas como las de vuestro padre y del conde de Orbec, sin contar que el rey os ha visto y os ama?

—¡Oh Dios mío! murmuró Colomba.

—Pero como esa pasión era la obra de la duquesa de Etampes vuestra rival, Ana de Heilly vuestra amiga, os librará de ella. No nos ocupemos pues del rey, pero queda vuestro padre y queda el conde; no es tan fácil vencer su ambición como el amor furioso de Francisco I.

—Oh! no seas buena á medias, esclamó Colomba, salvadme de ambos como me salvais del rey.

—No sé mas que un medio, dijo la duquesa de Etampes afectando meditar.

—Cuál? preguntó Colomba.

—Pero tal vez os asuste y no te sigas.

—Si no se necesita mas que ánimo, hablad.

—Venid aquí y escuchad, dijo la duquesa trayendo afectuosamente á Colomba hacia una banqueta que había al lado de su sillón y pasándose la mano al rededor del talle; sobre todo no os asustéis á las primeras palabras que voy á deciros.

—¿Luego es muy espantoso lo que vais á decirme? preguntó Colomba.

—Sois de una virtud rija y sin tacha, querida niña, pero vivibos ¡ay! en un tiempo y en un mundo en que esta inocencia encantadora solamente es un peligro mas; porque os entrega sin defensa á vuestros enemigos, á quienes no podeis combatir con las armas de que ellos se sirven para atacaros. Pues bien! haced un esfuerzo sobre vos misma, descended de las alturas de vuestro sueño y coloquaos al nivel de la realidad. Decidáis ahora mismo que sacrificiarais á Ascanio vuestra reputación. No os pido tanto, inmoladle solamente la apariencia de la fidelidad de su amor. Quereis luchar sola y débil contra vuestro destino; pensar, vos, hija de noble, en contraer un matrimonio con un aprendiz de platero, es una locura. Creed en los consejos de una antigua sincera; no los desprecies, dejadlos conducir, permaneced con vuestro corazón la desposada pura, la esposa de Ascanio, y dad vuestra mano al conde de Orbec; que llevais su nombre,

e sto es lo que exijen sus proyectos ambiciosos; pero siendo la condesa de Orbec, frustrarais fácilmente sus proyecto infames, porque no tendriais que hacer mas que alzar la voz y quejaros. Ahora, quien se atreverá á sacar la razon en vuestra lucha? Nadie, yo misma no puedo ayudaros contra la autoridad legítima de un padre; mientras que si se tratara solamente de contrariar los cálculos de vuestro marido, me vereis poner manos á la obra. Reflexionad en esto. Para ser de veras independiente, es preciso que en la apariencia abandonéis vuestra libertad; y entonces esconded con el pensamiento de que Ascanio es vuestro esposo legítimo y que una union con otro cualquiera no es mas que un sacrilegio, hareis lo que os dicte vuestro corazon, y callará vuestra conciencia; y el mundo, ante cuyos ojos se han salvado las apariencias, os dará la razon.

—Señora! señora! exclamó Colomba levantándose y procurando desasirse de la princesa que quería detenerla por un brazo; no sé si os comprendo bien, pero me parece que me aconsejais una infamia!

—Qué decís? exclamó la condesa.

—Digo que la virtud no es tan sutil señora, digo que vuestros sofismas me avergüenzan por vos, digo que bjo la aparente amistad con que se oculta vuestro odio, veo el lazo que me tendéis. Quereis deshonrarme á los ojos de Ascanio, no es verdad? porque sabéis que Ascanio no amará jamás ó dejará de amar á la mujer que desprecia?

—Pues bien! sí! dijo la duquesa estallando de cólera, por que estoy al fin cansada de llevar la máscara. ¡Ah! dices que no quieres caer en el lazo que te tiendo! pues bien, caerás en el abismo á que te arrastro. Escucha lo que voy á decirte. Quieras ó no, te casarás con el conde de Orbec.

—En ese caso, la violencia de que seré víctima, me excusará, y cediendo, si es que cedo, no habré profanado la religión de mi corazon.

—Según eso piensas luchar?

—Por todos los medios que estén á mi alcance, y os advierto que diré: No, hasta el fin. Aunque pongais mi mano en la mano de ese hombre: dire: No; si me arrastráis al altar, diré: No, si me obligáis á arrodillarme delante del sacerdote, diré, No.

—Que importa! Ascanio creerá que has aceptado voluntariamente el casamiento que habrás contraído por la fuerza.

—Es qué espero no contrerlo, señora.

—Con que cuentas para librarte de él?

—Con Dios en el cielo y con un hombre en este mundo.

—Pero ese hombre está preso!

—Ese hombre está libre, señora.

—Quien es, pues, ese hombre?

—Benvenuto Cellini.

La duquesa rechinó los dientes al oír pronunciar el nombre de aquel á quien tenía por su mas mortal enemigo. Pero en el momento en que iba á repetir este nombre acompañándolo de alguna imprecación terrible, un page abrió la mantilla y anunció al rey.

La duquesa de Etampes se lanzó fuera de la habitacion, y con la sonrisa en los labios salió á recibir á Francisco I., á quien condujo á su aposento, haciendo señas á sus eriados que vigilasen á Colombia.



XVII.

BENVENUTO APURADO.

Una hora despues del encarcelamiento de Ascanio y el rescate de Colomba, Benvenuto Cellini caminaba al paso de su caballo por la calle de los Agustinos: acababa de separarse del rey y de su corte, á quienes habia divertido mucho durante todo el camino con mil cuentos que él sabia adobar con la relacion de sus propias aventuras; pero cuando se vió solo volvió á caer en su meditacion habitual: el hablador frívolo había sido reemplazado por el pensador profundo. Mientras que su mano dejaba flotar la brida, su frente inclinada meditaba. Pensaba en la fundicion de Júpiter de que dependia con su gloria de artista la felicidad de su querido Ascanio: el bronce fermentaba en su cerebro antes de hervir en el horno. Sin embargo esteriormente estaba tranquilo.

Cuando llegó delante de la puerta del palacio del Gran Nesi se paró un minuto admirado de no oír el ruido de los martillos, el negro cas-

tillo estaba mudo, como si nadie lo hablase; en seguida el maestro llamó sin que nadie le respondiese; en fin al tercer golpe vino á abrir Seozzone.

—Ah! sois vos, maestro! exclamó al ver á Benvenuto Cellini. Ay! que no hubieseis venido dos horas antes.

—Pues que ha sucedido? preguntó Cellini.

—El preboste, el conde de Orbec y la duquesa de Etampes han venido.

—Y qué?

—Han hecho una pesquisa.

—Y bien?

—Han encontrado á Colomba en la cabeza del dios Marte.

—Imposible!

—La duquesa de Etampes se ha llevado á su casa á Colomba y el preboste ha hecho conducir á Ascanio al Chatelet.

—Ah! hemos sido vendidos! exclamó Benvenuto golpeando su frente coa la mano y la tierra coa su pie! En seguida, como en todas las cosas el primer movimiento de este hombre de energía era la venganza, dejó á su caballo ir solo á la cuadra, y lanzándose dentro del taller:

—Aquí todos! todos!

Un instante despues se hallaban reunidos todos los operarios. Cada uno de ellos tuvo que sufrir un interrogatorio en regla, aunque ignorando completamente no solo el lugar del retiro de Colomba, sino el medio de que se habían valido sus enemigos para descubrirla: no hubo uno solo de ellos, contando á Pagolo sobre quien habían recaido en un principio las sospechas de Benvenuto, que no se disculpase de una manera que no dejaba la menor duda sobre su inocencia. Es inútil decir que estas sospechas no se habían fijado un instante en el honrado Hermann, y apenas habían alcanzado á Simon el Zurdo.

Viendo que por este lado nada tenía que vengar ni saber, Benvenuto tomó inmediatamente su partido coa la rapidez de resolucion que le era habitual, y despues de haberse asegurado de que su espada estaba en buen estado y que su puñal salía facilmente de la vaina, mandó á todos que se mantuviesen en su puesto á fin de que pudiera hallar á cada uno en caso de necesidad. Salió del taller, bajó rapidamente las gradas y se lanzó á la calle.

Esta vez su rostro, su andar y todos sus movimientos revelaban la mas viva agitacion. En efecto; mil pensamientos, mil proyectos, mil dolores se chocaban y mezclaban en su cabeza. Faltábale Ascanio en el momento en que le era mas necesario; por que para la fundicion de su Júpiter necesitaba todo sus aprendices y á su cabeza el mas inteligente de todos.

Colombia había sido sustraída, y en medio de lo los sus enemigos podía perder su valor. Esa serena y sublime confianza que servía á la pobre niña como de una muralla contra los malos pensamientos y los designios perversos, iba tal vez á alterarse y abandonarla entre tantas emboscadas y amenazas.

Además, en medio de todo esto, un recuerdo bullía en el fondo de su pensamiento; acordábase de que un dia, al indicar á Ascanio la posibilidad de alguna cruel venganza por parte de la duquesa de Etampes le había contestado este sonriendo: «ella no se atreverá á perderme, por que con una sola palabra puedo perderla.» Benvenuto entonces había querido conocer este secreto, pero el jóven le había contestado: «hoy, maestro, esto sería una traición. Esperad el dia en que no sea mas que una defensa.»

Benvenuto había comprendido esta delicadeza y había esperado. Ahora era preciso que viese á Ascanio, y al logro de este objeto debía dirigir todos sus esfuerzos.

En Benvenuto, la resolucion seguía inmediatamente al deseo. Apenas se había dicho que era preciso ver á Ascanio, cuando llamó á la puerta del Chatelet. Abrióse el postigüillo, y uno de los soldados del preboste preguntó á Cellini quien era. Otro hombre permanecía detrás de aquél en la sombra.

—Me llamo Benvenuto Cellini, respondió el platero.

—Qué queréis? replicó el soldado.

—Quiero ver á un preso encerrado en esta prisión.

—Cómo se llama?

—Ascanio.

—Ascanio está incomunicado y no puede ver á nadie.

—Y por qué está incomunicado Ascanio?

—Por que está acusado de un crimen que merece pena de muerte.

—Esa es una razon mas para que lo vea.

—Teneis una singular lógica, señor Cellini, dijo con tono chocarrero la voz del hombre oculto en la sombra, la cual no tiene valor ninguno en el Chatelet.

—Quién se ríe euahdo yo pregunto? quién se burla, cuando yo suplico? exclamó Benvenuto.

—Yo, dijo la voz; yo Rovert de Estourville, preboste de Paris. A cada uno le llega su vez, señor Cellini. Toda lucha se compone de partida y rebancha. Habeis ganado la primera puesta, y á mi me toca la segunda. Vos me habeis cogido ilegalmente mi palacio y yo os tomo legalmente vuestro aprendiz. Vos no habeis querido devolverme el uno, yo os aseguro que no os volveré el otro. Pero sois valiente y emprendedor, teneis

un ejército de operarios que os quiere, ea, mi conquistador de ciudadelas ea! mi escalador de murallas! ea, mi derribador de puertas, venid á tomad el Chatelet, os aguardo.

A estas palabras se cerró el postigüillo.

Benvenuto lanzó un rujido y se dirigió hacia la puerta maciza, pero á pesar del esfuerzo reunido de sus pies y de sus manos la puerta no se movió siquiera.

—Llamad, llamad, amigo mio, gritó el preboste desde adentro, no lograreis mas que hacer ruido, y si haccis demasiado guardaos de la ronda, guardaos de mis arqueros! Mirad que el Chatelet no es como el palacio de Nesle, pertenece al rey, y veremos si sois en Francia mas que el rey.

Benvenuto buscó con la vista á su alrededor y vió una piedra enorme que dos hombres de fuerza ordinaria apenas hubieran podido levantar; pero él se la echó á cuestas con la misma facilidad que un niño hubiera hecho con un guijarro común.

Apenas había dado algunos pasos cuando reflexionó que derribada la puerta hallaría la guardia interior, y que esta vía de hecho podría causarle á él mismo la prisión en el momento en que la libertad de Ascanio dependía de la suya. Dejó, pues, caer la piedra que por el efecto de su propio peso se introdujo algunas pulgadas en tierra. Sin duda el preboste le miraba por alguna abertura invisible por que Benvenuto oyó una segunda circunajada. Alejóse entonces aceleradamente para no ceder al deseo de romperse la cabeza contra esta puerta, y marchó en derechura al palacio de Etampes.

No se había perdido todo, pues no pudiendo ver á Ascanio veía por lo menos á Colombia. Quizás Ascanio en una expansión de amor había confiado á su amada, el secreto que no había querido revelar á su maestro.

Todo se presentó bien al principio; la puerta del palacio estaba abierta, atravesó el patio y entró en la antecámara, donde se hallaba de pie un gran lacayo con librea, especie de coloso, de cuatro pies de ancho y seis de alto.

—Quién sois? preguntó al artista mirándole de pies á cabeza.

En cualquiera otra circunstancia, Benvenuto hubiera contestado á esta mirada insolente con alguna de las violencias que le eran habituales, pero se contuvo al considerar que se trataba de ver á Colombia y de salvar á Ascanio.

—Yo soy Benvenuto Cellini, el platero florentino, respondió.

—Qué quereis?

—Ver á la señorita Colombia.

—La señorita Colombia no está visible.

—Y por qué no está visible?

—Porque su padre, el señor de Estourville preboste de Paris, la ha entregado á la señora duquesa de Etampes para que la vijile.

—Pero yo soy un amigo.

—Una razon mas para que seais sospechosos.

—Os digo que necesito verla, dijo Benvenuto que principiaba á amontárselo.

—Y yo os digo que no la vereis, respondió el lacayo.

—Y la duquesa de Etampes tampoco está visible?

—Lo mismo que la señorita Colombia.

—Ni aun para mí que soy su platero?

—Para vos menos que para cualquiera otro.

—Entonces es decir que hay consigna para que no se me deje entrar? exclamó Benvenuto.

—Precisamente, exclamó el lacayo, habeis dado en el item.

—Sabes tú que soy un hombre muy singular, dijo á su vez Benvenuto Cellini con esa risa terrible que precedia ordinariamente á sus explosiones de cólera, y que donde no quieren dejarme entrar, precisamente es allí donde yo entro!

—Y cómo lo haceis? decidme, me alegraría saber de que medio os valeis para entrar á la fuerza.

—Cuando hay una puerla y un pillo delante como tú por ejemplo.

—En ese caso, qué hacéis? dijo el lacayo.

—En ese caso, dijo Benvenuto juntando el efecto á la palabra, derribe al tunante y rompo la puerta.

Al mismo tiempo Benvenuto de un puñetazo hizo rodar al lacayo á cuatro pasos de distancia, y de un puntapié abrió la puerta.

—Socorro! gritó el lacayo, socorro! pero este grito era inútil; al pasar Benvenuto de el vestíbulo á la antecámara se halló enfrente de seis lacayos que parecían colocados allí para esperarle. Adivinó que la duquesa de Etampes había sabido su regreso y que había tomado todas sus precauciones.

En cualquiera otra ocasión, y armado como estaba de su puñal y su espada, Benvenuto se hubiera arrejado sobre toda aquella chusma que probablemente no lo hubiera pasado muy bien, pero este acto de violencia en el palacio de la querida del rey podía tener consecuencias terribles. Por segunda vez, contra su costumbre, la razon pudo mas que la cólera y seguro por lo menos de poder llegar hasta el rey, á quien, como ya hemos dicho, podía ver á todas horas, soltó su espada que tenía ya medio desen vainada, se volvió atrás y parándose á cada movimiento como un león quo-

se hale en retirada; atravesó lentamente el vestíbulo, después del vestíbulo el patio y en seguida se encaminó hacia el Louvre. Esta vez Benvenuto volvió á tomar su aire tranquilo y su andar mesurado, pero esta calma no era más que aparente, gruesas gotas de sudor surcaban su frente y una profunda cólera se re incontraba en él, la cual le hacía sufrir tanto más, cuanto más enérgicamente trataba de dominarse. Nada en efecto más antipático en esta violenta naturaleza que la dilación inerte, que el obstáculo mezquino de una puerta cerrada, que la negativa grosera de un lacayo insolente. Esos hombres fuertes á quienes el pensamiento obedece, jamás se desesperan más que cuando chocan inútilmente con una resistencia material; diez años de su vida hubiera dado Benvenuto para que un hombre le hubiese dado con el codo, y marchando levantaba de vez en cuando la cabeza, y fijando su mirada terrible en los que pasaban cerca de él parecía decirles:—Vamos á ver, hay entre vosotros algún desgraciado que esté cansado de vivir? en ese caso diríjase á mí, yo soy el hombre que busca.

Un cuarto de hora después, Benvenuto entraba en el Louvre y se detenia en la sala de los pajes pidiendo hablar inmediatamente á S. M. Quería contar todo á Francisco I, hacer un llamamiento á la nobleza de sus sentimientos, y ya que no obtuviese permiso para librár á Ascanio, solicitar por lo menos el de verle; en todo el camino no había hecho más que pensar en lo que debía decir al rey y como no dejaba de presumir de globo en su boca, quedó desde luego satisfecho del discursito que había preparado. En efecto, todo ese movimiento, esas terribles noticias que había sabido repentinamente, esos ultrajes sufridos, esos obstáculos que no había podido vencer, todo esto había encendido la sangre en las venas del frascible artista, sus sienes zumbaban, su corazón latía con fuerza y sus manos temblaban. El mismo ignoraba que excitación ardiente redoblabá la energía de su cuerpo y de su alma: un día de vida se concentraba á veces en un minuto.

En esta disposición se había dirigido Benvenuto á un paje pidiendo entrar á ver al rey.

—El rey no está visible, contestó el paje.

—No me conocéis? replicó asombrado Benvenuto.

—Sí tal, perfectamente.

—Yo me llamo Benvenuto Cellini, y S. M. está siempre visible para mí.

—Precisamente porque os llamas Benvenuto Cellini, respondió el paje, no podeis entrar.

Benvenuto se quedó estupefacto.

—Ah! sois vos! continuó el jóven dirigiéndose á un cortesano que habia

Llegado al mismo tiempo que el artista, sois vos, señor de Termes! entrad, entrad, conde de La Fayé, entrad, marqués de los Prados.

—Y yo, y yo? exclamó Benvenuto pálido de cólera.

—Vos! el rey al entrar, hará diez minutos, dijo: si se presenta ese insolente florentino, que sepa que no quiero verle, y que le aconsejen que sea dócil si no quiere tener ocasión de comparar el Chatelet con el fuerte de Santo Angelo.

—Paciencia, no me abandones! balbuceó Benvenuto con voz sorda, porque, vive Dios! que no estoy habituado á que los reyes me hagan esperar. El Vaticano valía tanto como el Louvre, y Leon X como Francisco I, y sin embargo yo no aguardaba á la puerta del Vaticano, ni á la puerta de Leon X: pero ya comprendo; eso es, si, el rey estaba en casa de la duquesa de Etampes, el rey viene de casa de su querida, y esta le habrá prevenido contra mí. Si, eso es, tengamos paciencia, por Ascanio y por Colombo!

Pero á pesar de esta buena resolución de vestirse de paciencia, Benvenuto se vió obligado á apoyarse contra una columna: su corazón le hinchaba y sus piernas flaqueaban. Esta última afrenta no le hería solamente en su orgullo sino también en su amistad. Su alma estaba toda llena de amargura y desesperación, y sus lábios apretados, su mirada sombría, sus manos crispadas revelaban la violencia de su dolor.

Sin embargo, al cabo de un minuto volvió en si, separó con un movimiento de cabeza sus cabellos que caían sobre su frente y salió con paso firme y decidido. Todos los que se hallaban presentes le miraron alejarse con una especie de respeto.

Si Benvenuto aparecía tranquilo, lo debía al poder inaudito que poseía sobre sí mismo, porque por lo demás hallábese realmente más turbado y azorado que un ciervo acosado por los perros. Anduvo algun tiempo por la calle sin saber á donde iba, sin ver otra cosa que una nube, sin oír más que el zumbido de su sangre en sus oídos, preguntándose vagamente á sí mismo, como un ébrio; si dormía ó velaba. Esta era la tercera vez que le daban con las puertas en el rostro en el espacio de una hora; á él, á Benvenuto Cellini, al favorito de los papas y de los reyes, á aquel ante quien se abrían las puertas de par en par cuando se oía el ruido de sus pasos. Y sin embargo, á pesar de esta triple afrenta, no podía dejarse llevar de su cólera; era preciso que ocultase su rubor y que disimulase su vergüenza hasta que hubiese salvado á Colombo y á Ascanio. La multitud que pasaba por su lado indiferente, pacífica ó distraída, parecía que leía en su frente la triple injuria que acababa de soportar. Quizás fué este el único momento de su vida en que esta grande alma humillada dudó de si misma.

Sin embargo, al cabo de un cuarto de hora poco mas ó menos de esta fuga ciega, errante, desordenada, volvió en si mismo y levantó la cabeza, cesó su abatimiento, y la fiebre volvió á apoderarse de él.

—Vamos, esc'amo en voz alta, pues tanto le dominaba su pensamiento y tanto el alma devoraba el cuerpo, vamos! por mas que abaten al hombre, no humillarán al artista. Vamos, escultor! que se arrepientan de su accion admirando tu obra, vamos, Júpiter! prueba que eres todavía no solamente el rey de los dioses, sino el dueño de los hombres.

Y al concluir Benvenuto de pronunciar estas palabras, arrastrado, por decirlo así por un impulso mas fuerte que él, se encaminó hacia las Torrecillas, antigua residencia real que habitaba á la sazon el viejo condestable Montmorency.

Preciso fué que el impaciente Benvenuto aguardase su turno durante una hora, antes de penetrar hasta donde se hallaba el ministro soldado de Francisco I, á quien asediaba una multitud de cortesanos y de pretendientes; en fin fué introducido á la presencia del condestable.

Montmorency era un hombre alto, apenas encorvado por la edad, amonjado, de mirada viva y de pocas palabras; gruñía eternamente y jamás se le había visto de buen humor, pues hubiera considerado como humillación el ser sorprendido riendo. Cómo este viejo gruñón había agradado al amable y liberal príncipe que entonces gobernaba la Francia, es lo que no puede explicarse sino por la ley de los contrastes. Francisco I poseía el secreto de despachar contentos á los que el condestable rechazaba, y este por el contrario tenía la habilidad de poner furiosos á los que el rey contentaba. De jenio mediano por lo demás, inspiraba confianza al rey por su inflexibilidad militar y su gravedad dictatorial.

Cuando entró Benvenuto; paseábase segun su costumbre, por su cuarto. Con un movimiento de cabeza saludó á Cellini, y parándose en seguida de repente y fijando en él su mirada penetrante:

—Quién sois? le dijo.

—Benvenuto Cellini.

—Vuestra profesion?

—Platero del rey, respondió el artista admirado de que su primera respuesta no le hubiese ahorrado la segunda pregunta.

—Ah! si, es verdad, resfusñó el condestable, os conozco! y bien que queréis? que os encargue alguna obra? Si habeis contado para esto con migo, habeis perdido vuestro tiempo. Aseguro á sé de quien soy que no comprendo nada de esa manía de las artes quo se propaga hoy por todas partes. No parece sino una epidemia que ha atacado á todos menos á mi.

No, no es de mi devoción la escultura; lo entendéis, maestro platero: podeis pues dirigiros á otra persona, y buenas tardes. Benvenuto hizo un movimiento. No os desanimeis por esto, continuó el condestable, no os faltarán cortesanos que quieran remediar al rey é ignorantes que la echen de conocedores. Por lo que á mi hice, escuchad bien lo que voy á deciros: me va bien con mi oficio, que es ir á la guerra, y prefiero cien veces una aldeana que cada diez meses me para un muchacho, es decir un soldado, á un mal estatuario que pierde su tiempo en componerme una cáfila de hombres de bronce, que no son buenos sino para hacer subir el precio de los cañones.

—Monseñor! dijo Benvenuto, que había escuchado toda esa larga herejía con una paciencia que á él mismo lo admiraba, monseñor! yo no venía hablar de cosas de artes, sido de cosas de honor.

—Ah! en ese caso, ya es otra cosa. ¿Qué deseais de mí? Hablad pronto.

—Os acordáis, monseñor, que una vez dijo S. M. en vuestra presencia que el dia en que le llevase la estatua de Júpiter, vaciada en bronce, me concedería la gracia que le pidiese y que os encargaba á vos, mon señor, y al canciller Poyet que le recordase esta leal promesa en el caso de que fu olvidase?

—Me acuerdo, por qué lo decis?

—Porque se acerca el momento, monseñor, en que os suplicaré que recordéis al rey su promesa. Lo haréis?

Y es eso lo que venís á pedirme; exclamó el condestable, y para suplicarme que haga lo que debo me molestais!

—Monseñor!

—Sois un impertinente, señor platero. Sabed que el condestable Montmorency no necesita que se le advierta que debe ser un hombre de bien. El rey me ha dicho que tenga memoria, por si á él le falta; precaucion que, sin ofenderle, debia tomar mas frecuentemente, y la tendré aunque esta memoria lo sea importuna. Adios, señor Cellini, y pasemos á otros.

Y el condestable volvió la espalda á Benvenuto é hizo señal que podía entrar otro pretendiente.

Benvenuto saludó al condestable, cuya brusca franqueza no le desagradaba, y siempre animado por la misma fiebre, siempre empujado por el mismo pensamiento ardiente se presentó en casa del canciller Poyet, que vivía no lejos de allí, en la puerta de San Antonio.

El canciller Poyet formaba con Montmorency, siempre tosco, siempre armado de pies á cabeza, la oposición moral y física mas completa. Era

político, fino, cauteleso, hundido entre almohadones, perdido en cierto modo entre el armiño, y no dejando ver mas que un cráneo calvo y encanecido, ojos vivos y pequeños, lábios menudos y una mano blanca. Tenía quizás tanta honradez como el condestable, pero menos severidad.

En esta otra casa esperó media hora: pero Benvenuto no era ya conocido y se iba acostumbrando á esperar.

—Monseñor, dijo, cuando al fin fué introducido, vengo á recordaros una palabra que el rey me ha dado en vuestra presencia, y de la cual os ha hecho no solamente testigo sino fiador.

Sé lo que queréis decir, señor Benvenuto., interrumpió Poyet, y estoy dispuesto si queréis á recordar á S. M. su promesa delante de vos, pero debo preveniros que judicialmente hablando, no tenéis ningun derecho, en atención á que un compromiso contratado sin formalidad ninguna y abandonado á vuestra discrecion no es válido absolutamente delante de los tribunales y jamás equivaldría á un título; resulta de aquí que si el rey satisface á vuestra demanda será solamente por pura gracia y á fuer de caballero.

—Así es como yo lo entiendo, monseñor, dijo Benvenuto, y solo os suplico que desempeñéis en su debido tiempo la comision que el rey os ha confiado, dejando lo demás á la benevolencia de S. M.

—En hora buena! dijo Poyet, y dentro de estos límites no dudéis, mi querido Cellini, que seré todo vuestro.

Benvenuto, pues, se separó mas tranquilo del canceller, pero con la sangre siempre encendida y las manos siempre calenturientas. El pensamiento, exaltado por tantas injurias, cólera e impaciencia, obligado á reprimirse tanto tiempo, rompia al fin su estrecha prisión. El espacio y el tiempo no existía ya para el espíritu que inundaba, y mientras Benvenuto volvía aceleradamente á su casa, entreveía en una especie de delirio luminoso á Estefanía, la casa del Moro, el castillo de Santo Angelo y el jardín de Colombia. Al mismo tiempo sentía dentro de él fuerzas mas que humanas y le parecía que vivía fuera de este mundo. Acometido de esta excitacion extraña entró en el palacio de Nesle.

Todos sus aprendices le esperaban como lo había mandado.

—A la fundicion de Júpiter, hijos mios, á la fundicion! gritó desde el umbral de la puerta, y se lanzó dentro del obrador.

—Buenos días, maestro dijo Aubry que había entrado cantando alegramente detrás de Benvenuto Cellini; no me habíais visto; ni oido! Hace cinco minutos que sigo vuestros pasos llamándolo, pero examinabais tan

de prisa que me habeis dejado sin aliento. ¿Pero qué teneis todos aquí? Estais tristes como jueces.

—A la fundicion, continuó Benvenuto sin responder á Aubry, á quien sin embargo había visto de reojo. A la fundicion; en ella tengo todas mis esperanzas que Dios mediante veré al fin realizadas. Oh! amigo mío, continuó hablando en frases cortadas, dirigiéndose tan pronto á Aubry como á los demás aprendices, ¡ah, mi querido Aubry! que triste nueva me esperaba á la vuelta, y como se han aprovechado de mi ausencia!

—Qué teneis, maestro? exclamó Aubry verdaderamente inquieto con la agitacion de Cellini y con la profunda tristeza de los aprendices.

—Sobre todo, hijos míos, traed leña; ya sabeis que en seis meses he hecho muy buena provision de ella. Qué tengo, mi buen Aubry? Que he de tener sino que mi Ascanio está preso en el Chatelet, que Colomba, la hija del preboste á quien él amaba, como sabeis muy bien, esa encantadora criatura está en manos de la duquesa de Etampes, su enemiga; la han hallado en la estatua de Marter donde yo la había ocultado. Pero nosotros la salvaremos. Qué es eso? A donde vas, Hermann, no es en la cueva donde está la leña, sino en el corral.

—Ascanio preso! exclamó Aubry, Colomba en poder de sus enemigos!

—Si, si, algún infame espía habrá acechado á los pobres muchachos, y habrá revelado un secreto que os había ocultado á vos mismo mi querido Aubry. Pero como llegue á descubrir á ese infame espía... A la fundicion, hijos míos, á la fundicion! No es ésto todo; el rey no quiere ya verme, á mí, á quien él llamaba su amigo. Creed luego en la amistad de los hombres! Verdad es que los reyes no son hombres: son solamente reyes. De modo que he ido inútilmente al Louvre; no me han permitido que le vea, ni le diga una palabra. Ahí mi estatua te hablará por mí! Disponed el molde, amigos míos, y no perdámos un minuto. Esa fiugur que insulta á la pobre Colomba! ese infame preboste que se burla de mí! ese carcelero que atormenta á Ascanio! Oh! que terribles visiones he tenido hoy, mi querido Aubry.

Ticx años de mi vida daría al que pudiese penetrar hasta donde está Ascanio, borrarle y traerme el secreto con que dominaría á esta soberbia duquesa, por que Ascanio sabe un secreto que tiene ese poder. lo entendéis Aubry! y no ha querido revelármelo! tanta ha sido su delicadeza! pero no importa; nada temas Estefanía, nada temas por tu hijo, yo le defenderé hasta el último aliento de mi vida y le salvaré! Sí, le salvaré! Ah! dónde está el traidor que nos ha vendido para ahogarle con mis propias manos! Que viva solamente tres días, Estefanía, pues me parece que el

fuego que me abrasa vá á devorar mi vida. Oh! si muriese sin poder acabar mi Júpiter? A la fundicion, hijos, á la fundicion.

A las primeras palabras de Benvenuto Cellini, quedóse Aubry enteramente inmutado, por que sospechaba que él era la causa de todo. Despues, á medida que Benvenuto hablaba, esta sospecha se cambió en certidumbre; entonces debió indudablemente ocurrirle un proyecto, por que desapareció en silencio, mientras Cellini todavía calealuriente y agitado corrió á la fundicion, seguido de sus operarios, gritando como un loco:

—A la fundicion! hijos mios, á la fundicion!

XVIII.

DE LAS DIFICULTADES QUE EXPERIMENTA UN HOMBRE DE BIEN PARA IR A LA CARCEL.

El pobre Aubry había salido desesperado del gran Nesle: no podía ya dudar que era él quien involuntariamente había descubierto el secreto de Ascanio. Pero quien era el que le había vendido á él mismo? No sería ciertamente ese buen señor, cuyo nombre ignoraba. Bah! ni remotamente un noble! Indudablemente fué ese truhan de Heuriet, á no ser que fuese Robin, ó Charlot, ó Guillermo! á decir verdad el pobre Aubry se perdía en sus conjeturas: el hecho es que había confiado el suceso á una docena de amigos íntimos entre los cuales no era fácil hallar al culpable; pero no importa! el primero, el primero, el verdadero, el único traidor era él, Aubry; el espía infame á quien acusaba Benvenuto, era él. En lugar de encerrar bajo tres llaves en su corazón el secreto sorprendido á un amigo, había ido á sembrarlo en veinte sitiós, y por su lengua maldita había causado la pérdida de Ascanio, de un hermano. Aubry se arrancaba los cabellos, se daba sendos puñetazos, se llenaba de injurias á cada mas tremendas y no hallaba invectivas bastante irritantes para calificar como merecía su odiosa conducta.

Sus remordimientos llegaron á ser tan punzantes y le arrojaron en tal desesperación, que por la primera vez de su vida tal vez, Aubry se puso á reflexionar. Despues de todo aun cuando se quedara calvo á fuerza de discurrir, con esto solo no había de librar á Ascanio: de consiguiente era

preciso reparar el mal á toda costa en lugar de perder el tiempo en desesperarse.

El honrado Aubry había retenido estas palabras de Benvenuto: «Diez años de mi vida daría al que pudiera penetrar hasta donde está Ascanio, hablarle y traerme el secreto con que domaría á esa soberbia duquesa» y como hemos dicho, se había puesto, contra su costumbre á reflexionar. El resultado de estas reflexiones fué que era preciso penetrar en el Chatelet. Una vez dentro, le sería fácil ver á Ascanio.

Pero como quiera que Benvenuto no había podido entrar en la prisión como visita, y no teniendo Aubry la presunción de alcanzar lo que su maestro no había logrado, se convenció de que sería inútil entrar en el Chatelet como no fuese en calidad de preso. Entraría, pues, con este título, y despues, cuando hubiese visto á Ascanio, cuando este se lo hubiese confiado todo, cuando nada más tuviese que hacer en el Chatelet, saldría de él y se presentaría á Benvenuto Cellini, rico con el secreto salvador, no para reclamar los diez años de su vida que había ofrecido, sino para confesarle su crimen y pedirle su perdón.

Encantado con la riqueza de su imaginación y orgulloso con la extensión de su desinterés, se encaminó al Chatelet.

—Veamos, decía para si Aubry, marchando con paso deliberado hacia la prisión, objeto de su deseo; veamos ante todas cosas, para no cometer nuevas torpezas, cual es nuestra verdadera situación; procuremos ponernos al corriente de ella, lo que no creo muy fácil, puesto que toda esa historia me parece tan embrollada como la madeja de hilo de Gervasia, cuando me la dá para que se la tenga y yo quiero abrazarla. Vamos por partes, recordemos una á una todas las cosas. Ascanio amaba á Colomba, la hija del preboste; bien. Como el preboste quería casarla con el conde de Orbec, Ascanio la robó, muy bien: despues de robada no sabiendo que hacer de la preciosa niña, la ocultó en la cabeza del dios Marte, *optime*. El escondite, pardiez! era maravilloso, y solo faltaba que un animal... en fin pasemos. Entonces, parece que ú consecuencia de mis nacimientos el preboste atrapó á su hija y prendió á Ascanio. Oh! soy dos veces bruto! Si, pero aquí es donde la madeja se enmaraña. ¿Qué papel representa en todo esto la duquesa de Etampes? Ella detesta á Colomba á quien todo el mundo ama. Por qué? Ah! ya sé. Ciertas chanzas de camaradas, la turbación de Ascanio cuando se habla de la duquesa: madama de Etampes está enamorada de Ascanio y como es natural abomina á su rival. Aubry, amigo mío, confiesa que eres un miserable, pero también un mozo de penetración. Ah! si; pero ahora ¿cómo Ascanio tiene en su mano el medio de perder á la duquesa?; Cómo es que el rey anda dag-

zando en toda esta sarracina con una tal Estefanía! ¿Per qué Benvenuto invoca á cada instante á Júpiter, cuya invocación es algo pagana para un católico? El diantre me lleve si entiendo nada de todo esto. Pero no es absolutamente necesario que comprenda: lo esencial es conseguir que me encierren en ese calabozo. En seguida combinaré lo demás.

Diciendo esto llegó Aubry al término de su camino y dió un fuerte aldabazo en la puerta del Chatelet. Abrióse el postigo, y una voz bronca le preguntó que quería: esta voz era la del carcelero.

—Quiero un calabozo de vuestra cárcel, respondió Aubry con voz sombría.

—Un calabozo! repitió el carcelero admirado.

—Si, un calabozo, el mas negro y el mas profundo, y aun así será mejor que el que merezco.

—Y por qué?

—Por que soy un gran criminal.

—Y que crimen habeis cometido.

—Ah! en efecto, ¿qué crimen he cometido? se preguntó Aubry, que no había pensado en inventar un crimen conveniente; después como, á pesar de los cumplimientos que se había dirigido un momento antes, la viveza de la imaginación no era su lado brillante, ¿qué crimen? repitió.

—Si, ¿qué crimen? volvió á preguntar el carcelero.

—Adivinad, dijo Aubry. Después añadió en voz baja. Este moro debe entender mas que yo en materia de crímenes, me presentará una lista y escogeré.

—Habeis asesinado? preguntó el carcelero.

—Pardiez! exclamó el escolar cuya conciencia se horrorizaba con la idea de pasar por un asesino; decid, quién pensais que soy yo?

—Habeis robado? continuó el carcelero.

—Robado! Dios me asista!

—Entonces que habeis hecho? es lámó el carcelero impaciente; no basta declararse criminal, es monester decir que crimen se ha cometido.

—Pero cuando os digo que soy un mafioso, un miserable! cuando os digo que merezco la rueda, que merezco el patibulo!

—El crimen! el crimen! preguntó lleno de impaciencia el carcelero.

—El crimen! Si, voy á decirlo, he vendido á la amistad.

—Eso no es crimen, dijo el carcelero.—Buenas tardes.—Y cerró la puerta.

—No es un crimen! no es un crimen! Pues qué es?

Y Aubry agarró con ambas manos el aldabón y principió á llamar con todas sus fuerzas.

—Quién está llamando todavía de ese modo? interrumpió en el interior del Chatelet la voz de una tercera persona.

—Es un loco que quiere entrar en el Chatelet, dijo el carcelero.

—Entonces, si es un loco, su tío no está en el Chatelet sino en el hospital.

En el hospital, exclamó Aubry huyendo á carrera abierta; en el hospital! ¡caspita! allí, no tengo que hacer nada! en el Chatelet es donde quiero entray no en el hospital. Ademas en el hospital solamente entran los mendigos, y no las personas que como yo, tienen treinta sueldos parisies en sus bolsillos.

En el hospital! pero en donde ha visto ese miserable carcelero que vender á su amigo no es un crimen! Segun eso para tener el honor de ser admitido en la cárcel, es menester haber asesinado ó robado. Pero estoy pensando... por que no habré seducido á alguna muchacha? Esto no es deshonroso. Si, pero á quién?... á Gervasia? y á pesar de su aflictiva situación el escolar se echó á reir á carcajadas. Y despues de todo, esto no ha sucedido, pero hubiera podido suceder. Ea! ea! ya he hallado mi criuén, he seducido á Gervasia; y Aubry se dirijó hacia la casa de la joven costurera, subió aceleradamente los sesenta escalones que conducian á su aposento, y de un brinco se plantó en medio de la sala donde su encantadora niña planchaba á la sazon sus tocas.

—Ay! exclamó Gervasia lanzando un grito agudo, me habeis asustado.

—Gervasia, mi querida Gervasia, exclamó Aubry acercándose á su amada con los brazos abiertos, es preciso que me salves la vida.

—Poco á poco, dijo Gervasia sirviéndose de su plancha como de un escudo; qué quereis, señor perdido? hace tres días que no se os vé el pelo.

—Es verdad he hecho mal, Gervasia, soy un desgraciado. Pero la prueba de que te amo es que acudo á ti en mi desesperacion. Te lo repito, Gervasia, es menester que me salves la vida.

—Si, comprendo: os habreis embriagado en alguna taberna donde habreis tenido alguna riña, vendrán persiguiendoos, querrán llevaros á la cárcel y venís á pedir hospitalidad á la pobre Gervasia. Id á la cárcel, caballero, id á la cárcel y dejadme tranquila.

—He ahí precisamente lo que yo deseo, Gervasita mia, ir á la cárcel, pero esos indignos no quieren encerrarme en ella.

—Oh Dios mio! Aubry, dijo la joven con un movimiento de tierna compasion; estás loco?

—Eso dicen, que estoy loco, y por eso quieren enviarne al hospital, siendo así que donde quiero ir es al Chatelet.

—Quieres tú ir al Chatelet, y por que.... Aubry? mira que el Chatelet es una horrorosa prision. Dicen que el infeliz que entra en ella, no vé el dia de salir.

—Sin embargo, es menester que yo entre en el Chatelet, es preciso

- que entre, esclamó el estudiante, no hay mas que este medio de salvarle.
- De salvar á quién?
- A Ascanio.
- Quien es Ascanio, ese hermoso jóven discípulo de vuestro amigo Benvenuto?
- El mismo, Gervasia. Está en el Chatelet y está por mi culpa.
- Gran Dios!
- De modo que es preciso que le vea, dijo Aubry, es preciso que le vea, dijo Aubry, es preciso que le salve.
- Y por que está en el Chatelet?
- Por que amaba á la hija del preboste y la ha seducido.
- Pobre jóven! con que meten en la cárcel por eso?
- Si, Gervasia. El la tenía oculta y yo he descubierto el escondite como un bestia, como un miserable, como un infame, y no contento con haberlo descubierto qué piensas tú que he hecho? se lo he contado á todo el mundo.
- Menos á mí! esclamó Gervasia.
- No te lo he contado, Gervasia?
- Ni una palabra me habeis dicho, solamente sois hablador para los demás, cuando venís aquí es para abrazarme, para beber ó para dormir; jamás para hablar; y tened entendido señor mío, que una mujer gusta de hablar?
- Y bien, que hacemos en este momento Gervasita mia, sino hablar?
- Sí, porque teneis necesidad de mí.
- Verdad es que puedes prestarme un gran servicio.
- Y cual?
- Puedes decir que te he seducido.
- Y quien lo duda? ya se vé que si me habeis seducido,
- Yo! esclamó Aubry admirado, yo, Gervasia, te he seducido?
- Ay! si, seducido, caballero, me habeis seducido indignamente con vuestras bellas palabras y vuestras falsas promesas.
- Con mis bellas palabras y mis falsas promesas?
- Sí, no me deciais que era la muchacha mas linda del barrio de San German de los Prados?
- Y te lo digo todavía.
- ¡No deciais que si no os amaba os ibais á morir de amor?
- He dicho eso? es gracioso, no me acuerdo.
- Mientras que si por el contrario os amaba os casaríais con mígo.
- Gervasia, yo no he dicho eso jamás.
- Lo habeis dicho, si señor.
- Jamás, jamás, jamás, Gervasia. Mi padre me ha obligado á hacer un juramento como Aníbal.

—Qué juramento?

—El de morir soltero como él.

—Oh! exclamó Gervasia llorando á las lágrimas en auxilio de sus palabras, con esa maravillosa facilidad que las mujeres tienen para llorar; ay! así son todos, las promesas no les cuestan nada, y después, cuando la pobre muchacha está seducida no se acuerdan ya de lo que prometieron. Así que juro yo también que esta será la última vez que me dejaré engañar.

—Y harás bien, Gervasia, dijo el estudiante.

—Cuando una piensa, exclamó la costurera, que hay leyes para los ladrones, y no ha de haber una contra los malos hombres que pierden á las pobres muchachas!

—Las hay, Gervasia, dijo Aubry.

—Les hay: repitió Gervasia.

—Sin duda, puesto que han enviado á ese pobre Ascanio al Chatelet por haber seducido á Colombe.

—Y han hecho muy bien, contestó Gervasia, á quien la pérdida de su honor jamás se había presentado de una manera tan sensible como desde que se convenció de que Aubry estaba decidido á no darla su nombre en recompensa. Si han hecho muy bien, y me alegraría que estuvieseis con él en el Chatelet.

—Pues si precisamente eso mismo es lo que yo deseo, exclamó el estudiante, y como ya te he dicho, Gervasia mía, cuento contigo para esto.

—Contais conmigo?

—Sí.

—Os burlais ingrato!

—No me burlo, Gervasia.

—Digo que si tuvieseis valor...

—Valor! para qué?

—Para acusarme delante del juez.

—De qué?

—De haberte seducido; pero jamás te atreverás.

—¿Cómo que no me atreveré? exclamó Gervasia enfadada; ¿no me atreveré á decir la verdad?

—Piensa en que es preciso hacer juramento, Gervasia.

—Y lo haré.

—Jurarás que te he seducido?

—Sí, sí, cien veces sí.

—Entonces todo va bien, dijo el estudiante contento. Pero mira que un juramento es una cosa grave.

—Si, lo sé, pero quiero jurar ahora mismo y os enviaré al Chatelet

—Bueno!

—Y allí vereis á vuestro Ascanio.

—Magnífico

—Y ambos tendréis tiempo do arrepentiros juntos.

—Eso es todo lo que yo pido.

—Donde está el correjidor?

—En el palacio de justicia.

—Voy allá.

—Vamos juntos, Gervasia.

—Si juntos, de esta manera recaerá mas pronto el castigo.

—Agárrate de mi brazo Gervaria, dijo el escolar.

—Venid, caballero, dijo la costurera.

Y ambos se encaminaron hacia el palacio de justicia, al mismo paso con que acostumbraban ir á paseo los domingos al cerro de Montmartre.

Sin embargo á medida que avanzaban hacia el templo de Temis, como Aubry llamaba poéticamente al monumento en cuestión, Gervasia aflojaba sensiblemente el paso: cuando llegó al pie de la escalera, le cosió algún trabajo subirla; en fin á la puerta del corregidor las piernas le flaqueron y el estudiante sintió todo el peso de su cuerpo en su brazo.

—Que es eso, Gervasia, ? te falta el valor?

—No, dijo Gervasia, pero un corregidor es cosa que intimida.

—Es un hombre como todos los demás.

—Sí, pero será preciso contarle las cosas....

—Bueno! se las contarás

—Pero será menester jurar.

—Jurarás.

—Aubry, preguntó Gervasia, estás tu seguro de haberme seducido?

—Pardiez! no he de estar seguro? dijo Aubry; además no me lo repetías tú ahora mismo?

—Sí, es verdad, pero es singular, me parece que no veo aquí ya las cosas del mismo modo que las veía hace poco.

—Vamos, dijo Aubry, ya sabía yo que te faltaría el valor.

—Aubry, amigo mío, dijo Gervasia, llevame á casa.

—Gervasia, Gervasia, dijo el estudiante, no es eso lo que me has prometido.

—Aubry, no te haré mas reconvenções, no te hablaré ya de nada. Te he amado porque me agradabas y nada más.

—Al fin ha sucedido lo que temía, dijo el estudiante, pero ya es demasiado tarde.

- ¿Cómo? demasiado tarde?
- Habas venido aquí para acusarme, y me acusarás.
- Jamás, Aubry, jamás! tú no me has seducido, yo he sido la coqueta.
- Vamos, bien, exclamó el escolar,
- Además, añadió Gervasia bajando los ojos, yo no he sido seducida mas que una vez.
- ¿Cómo que una vez?
- Si, la primera vez que he amado.
- ¡Y me habeis hecho creer quo no habeis amado jamás!
- Aubry, llévame á casa.
- Oh! no, dijo Aubry exasperado tanto por la negativa de Gervasia, como por el motivo en que la apoyaba: no! no! no! y llamó á la puerta del juez.
- ¡Qué haceis! exclamó Gervasia.
- Ya lo ves: llamar.
- Entrad! gritó una voz gangosa.
- No quiero entrar, dijo Gervasia haciendo todos sus esfuerzos para desprenderse del brazo del escolar, no entraré.
- Entrad! repitió segunda vez la misma voz, pero con un acento más pronunciado
- Aubry, mira que voy á gritar, á llamar, dijo Gervasia.
- Entrad, digo, repitió tercera vez la voz mas próxima, y al mismo tiempo se abrió la puerta.
- ¿Qué queréis, dijo un hombre alto, flaco, vestido de negro, cuya presencia sola hizo temblar á Gervasia de pies á cabeza.
- Es esta señorita, dijo Aubry, que viene á quejarse de un mal caballero que la ha seducido.
- Y empujó á Gervasia en el aposento negro, sucio, asqueroso, que servía de vestíbulo al gabinete del correjidor. Al mismo tiempo como por un resorte se cerró la puerta.
- Gervasia lanzó un débil grito semi-asustada y semi-sorprendida y fué á sentarse, ó mas bien á caer, sobre un escabel apoyado en la pared.
- En cuanto á Aubry, temeroso de que la joven no le llamase ó corriese detrás de él, se escapó por los corredores conocidos soñamente de los escolares y litigantes; hasta el patio de la santa capilla, desde donde con mas tranquilidad pudo encaminarse hacia el puente de san Miguel, por el cual infaliblemente había de pasar Gervasia.
- Media hora despues la vió venir;
- Y bien! le dijo correido á su encuentro, ¿que ha pasado?
- Ay! dijo Gervasia, me habeis hecho mentir, pero espero que Dios me lo perdonará en gracia de la intencion.

—Sobre mi conciencia vá, dijo Aubry, sepámos que ha pasado?

—Yo misma no lo sé, dijo Gervasia, estaba tan avergonzada que apenas recuerdo lo que he dicho. Todo lo que sé es que el señor correjidor me ha preguntado, y qué á sus preguntas he contestado unas veces si y otras no, pero no estoy muy segura de haber contestado lo que debía.

—Pobrecilla! exclamó Aubry, á que se ha acusado de habermie seducido?

—Oh! no, dijo Gervasia, no creo que haya dicho eso.

Y tienen mis señas para que puedan prendeme? preguntó el escolar.

—Si, balbuceó Gervasia, se las he dado.

—Bien, muy bien; ahora esperemos á que Dios haga lo demás.

Y después de haber conducido á su casa y consolado lo mejor que pudo á Gervasia, por la falsa deposicion que había dado á la fuerza, Aubry se retiró lleno de fé en la providencia.

En efecto, sea que la Providencia se hubiese mezclado en esto, sea que la casualidad lo hubiese hecho todo, Aubry fué citado al dia siguiente á comparecer ante el corregidor en aquel mismo dia.

Esta citacion colmaba los deseos de Aubry, y sin embargo, ¡tan respetable es la justicia! sintió, al leer esta citacion, cierto temblor en todo su cuerpo. Pero, digámoslo de una vez, la certidumbre de volver á ver á Ascanio, el deseo de salvar al amigo que había perdido, ahuyentaron de él el temor y la debilidad.

La citacion fijaba la hora de las doce, y todavía no eran mas que las nueve de la mañana; corrió á casa de Gervasia á quien halló tan ajitada como la vispera.

—Qué hay? preguntó esto.

—Qué hay? repitió Aubry con aire de triunfo y enseñando el papel abierto de geroglíficos que tenía en la mano; mira.

Para qué hora?

—Para las doce. Esto es todo lo que he pedido leer.

—Entonces no sabeis de que sois acusado?

—Presumo que de haberte seducido.

—No olvidareis que vos fuisteis quien lo exigió.

—Qué he de olvidar! Estoy dispuesto á firmar que tú te negabas completamente á ello.

—En ese caso, no os quejaréis por que os he obedecido.

—Todo lo contrario, te vivire eternamente agradecido.

—Suceda lo que quiera?

—Suceda lo que quiera.

—Ademas, si he dicho todo eso, ha sido por que me habeis obligado:

—Quién lo duda!

—Y si en mi turbacion hubiese dicho alguna cosa que no queria decir me perdonareis?

—No solamente te perdonaré, divina Gervasia mia, sino que te perdono desde ahora.

—Ah! dijo Gervasia suspirando, con esas palabras me habeis perdido! Se vé, pues, que decididamente Gervasia había sido seducida.

Hasta los doce menos cuarto no se acordó Aubry de que estaba citado para las doce. Se despidió de Gervasia, y como la distancia era larga, el deseo de ser puntual á la cita, dió alas á sus pies. Las doce sonaban cuando llamaba á la puerta del correjidor.

—Entrad, gritó la misma voz gangosa.

No fué necesario repetir esta invitacion, y Aubry se presentó al hombre negro con la sonrisa en los labios, la cabeza erguida y la gorra sobre la oreja.

—Cómo os llamais? preguntó el hombre negro.

—Aubry, respondió el estudiante.

—Qué sois?

—Estudiante de la Basoquia.

—Qué haceis?

—Seducir á las muchachas.

—Bien! ayer se ha presentado una queja contra vos... por...

—Por Gervasia Popinot.

—Está bien; sentaos, y esperad vuestro turno.

Aubry se sentó como le mandaban y aguardó.

Cinco ó seis personas diferentes en fisonomia, edad y sexo esperaban como él, naturalmente fueron antes que él despachadas, sin mas diferencia que las mas salian solas, y estas eran aquellas contra quienes no había cargos suficientes, y las otras salian acompañadas ó de un exento ó de dos guardias del prebostazgo. Aubry ambicionaba la suerte de estas últimas por que eran conducidas al Chatelet, en donde tantos deseos tenía de entrar.

En fin llamaron á Aubry, estudiante.

Este se levantó al punto y entró en el gabinete del correjidor con un aire tan jovial y tan alegre como si se tratase de alguna fiesta.

Dos hombres había en el gabinete del correjidor, el uno mas alto, mas negro, mas seco y mas amojamado que el de la antecámara, lo que Aubry hubiera juzgado imposible cinco minutos antes: este era el escribano; el otro gordo, rechoncho, redondo, de ojos vivarachos, de fisonomia jovial y boca risueña, era el correjidor.

La sonrisa de Aubry y la suya se cruzaron, y el estudiante estuvo tentado á dar un apretón de mano al juez; tanta era la simpatía que experimentaba por este honrado magistrado.

—Me pareceis guapo muchacho, dijo el magistrado mirando atentamente al escolar, tomad una silla y sentaos.

Aubry tomó una silla, se sentó, cruzó una pierna sobre la otra y se moció alegremente.

—Ea, señor escribano, dijo el correjidor frotándose las manos, veamos la deposicion de la querellante.

El escribano se levantó, y gracias á su larga estatura, llegó describiendo una semi-curva al otro lado de la mesa, donde entre multitud de papeles, cojío el legajo relativo á Aubry.

—Aquí está, dijo el escribano.

—Veamos, quién se queja? preguntó el correjido.

—Gervasia Popinot, dijo el escribano,

—Esa es, dijo el escolar meneando la cabeza de arriba abajo, esa misma es.

—Menor, continuó el escribano, de edad de diez y nueve años.

—Oh! oh! menor! exclamó Aubry.

—Así aparece en su declaracion.

—Pobre Gervasia! murmuró Aubry; tenía razon en decir que estaba tan turbada que no sabia lo que contestaba; ella me ha confesado á mí que tiene veinte y dos años. En fin sea lo que ella quiera; diez y nueve!

—Segun eso, dijo el correjidor, sois acusado de haber seducido á una joven menor. Ja! ja! ja!

—Ja! ja! ja! prorrumpió Aubry participando de la risa del juez.

—Con circunstancias agravantes, continuó el escribano, mezclando su voz gañidora á las dos joviales del magistrado y del escolar.

—Con circunstancias agravantes, repitió el juez.

—Diablo! exclamó Aubry, quisiera conocer las circunstancias agravantes.

—Como la demandante permaneciese insensible por espacio de seis meses á todas las súplicas y á todas las seducciones del acusado.

—Por espacio de seis meses! repitió Aubry, perdonad, señor escribano, creo que hay una equivocacion.

—Por espacio de seis meses, señor; así está escrito, contestó el hombre negro con un tono que no admitía réplica.

—Adelante, si, seis meses, respondió Aubry; efectivamente tenía Gervasia mucha razon en decir...

—El sopradijo Aubry, desesperado por su indiferencia la amenazó...

—Oh! oh! exclamó Aubry.

— Oh! oh! repitió el juez.

— Pero, continuó el escribano, la supradicha Gervasia Popinot manifestó tanta presencia de ánimo y tanta resigaacion que el atrevido pidió perdón en gracia de su arrepentimiento.

— Ah! ah! murmuró Aubry.

— Ah! ah! repitió el juez.

— Pobre Gervasia! continuó el estudiante hablando consigo mismo y encojéndose de hombros; dónde tenía la cabeza?

— Pero, añadió el escribano, este arrepentimiento era fingido; desgraciadamente la querellante, á causa de su inocencia y de su candor, se dejó engañar por esto arrepentimiento, y una noche que cometió la imprudencia de aceptar una cena que le ofreció el acusado, el supradicho Aubry, mezcló en su agua...

— En su agua! interrumpió el escolar.

— La querellanta, ha declarado no beber jamás vino, continuó el escribano. El supradicho Aubry, mezcló en su agua una bebida embriagadora.

— Decidme, señor escribano, exclamó el escolar, que diablos estáis leyendo.

— La deposicion de ~~la~~ demandante.

— Imposible! contestó Aubry.

— ¿Está así escrito? preguntó el correjidor.

— Así está escrito, contestó el escribano.

— Continudad.

— En resumiendas cuentas, dijo hablando consigo Aubry, cuanto mas culpable sea, mas seguró estaré de ir á ver á Ascanio en el Chatelet. Pase lo de la embriaguez: Continudad, señor escribano.

— Con que confesais? preguntó el juez.

— Confieso, dijo el escolar.

— ¡Ah picarillo! exclamó el juez riendo y frotándose las manos.

— De modo, continuó el escribano, que la pobre Gervasia, habiendo perdido su razon, acabó por confessar á su seductor que la amaba.

— Ah! exclamó Aubry.

— ¡Afortunado truhán! murmuró el juez, cuyos ojos brillaban.

— Pero, exclamó Aubry, os advierto que no hay una palabra de verdad en todo esto.

— Negáis?

— Completamente.

— Escribid, dijo el magistrado, que el acusado afirma no ser culpable de ninguna de las faltas que se le imputan.

—Aguardad, aguardad un instante! exclamó el estudiante al pensar que si negaba su culpabilidad, no se vería en la cárcel.

—Con qué no negais completamente? preguntó el juez.

—Confieso que hay alguna verdad, no en la forma, sino en el fondo..

—Oh! puesto que habeis confesado lo del brebaje embriagador, dijo el juez, bien podeis confesar las consecuencias.

—Es verdad, dijo Aubry, puesto que he confesado lo del brebaje embriagador, confieso, señor escribano, confieso.... Pero en efecto, continuó en voz baja, Gervasia tenía razon en decir....

—Pero no es esto todo, interrumpió el escribano.

—¡Cómo no es eso todo!

—El crimen cometido por el acusado en la persona de la joven Gervasia tuvo consecuencias sensibles. La desgraciada Gervasia conoció que era madre.

—Oh! esta vez no puedo callar; eso es demasiado, exclamó Aubry.

—Negais la paternidad? preguntó el juez.

—No solamente niego la paternidad, sino la paternidad.

—Escribid, dijo el juez, que toda vez que el acusado niega solamente la paternidad, sino la paternidad, será menester hacer una informacion sobre este punto.

—Un instante, un instante, exclamó Aubry, conociendo que si Gervasia era convencida de falsedad sobre un solo punto, toda la andamiaada de la acusación vendría abajo; un instante, ¿ha dicho Gervasia todo eso que acaba de leer el señor escribano?

—Lo ha dicho palabra por palabra, respondió el escribano.

—Entonces, si ella lo ha dicho, continuó Aubry, si ella lo ha dicho... entonces!

—Entonces, qué? preguntó el juez.

—Entonces, deberá ser así.

—Escribid que el acusado confiesa todos los cargos de la acusación.

—El escribano escribió.

—Pardiez! se dijo el escolar, si Ascanio merece ocho dias del Chatelet por haber cortejado pura y lisamente á Colomba, yo que he engañado á Gervasia, yo que la he embriagado, yo que la he seducido, bien puedo contar con tres meses de cárcel por lo menos. Cáspita! y que bien ha desempeñado su papel la niña! Puedo apostárselas en résolucion con Juana de Arc.

—Segun eso, interrumpió el juez, confesais todos los crímenes de que sois acusado.

—Los confieso, señor, respondió Aubry sin vacilar, los confieso, esos y

otros mas si quereis. Soy un gran criminal, señor juez, no me perdoneis.

—Habrás visto picaro mas descarado ; murmuró el juez con el tono con que un tío de comedia habla á su sobrino, habrá visto picaro mas descarado !

Entonces bajó su gorda y redonda cabeza sobre su pecho y se puso á reflexionar profundamente, y despues de alguno minutos de meditacion:

—En atencion, dijo levantando la cabeza y el indice de la mano derecha, en atencion, escribid, señor escribano, en atencion á que el llamado Aubry, estudiante teólogo de la Basoquia, ha declarado haber seducido á la joven soltera Gervasia Popinot, con bellas promesas y falsas protestas de amor, condenamos al dicho Aubry á veinte sueldos parisies de multa, á que cuide de la criatura, si es hijo varon y á los gastos.

—Y la cárcel? exclamó Aubry.

—Cómo! la cárcel ! preguntó el juez.

—Sí, la cárcel. Pues que, no me condenais á la cárcel?

—No.

—¿No mandais que me lleven al Chatelet, como á Ascanio?

—¿Quién es ese Ascanio?

—Ascanio es un discípulo del maestro Benvenuto Cellini.

—¿Qué ha hecho ese discípulo!

—Ha seducido á una joven.

—Y quién es esa joven ?

—La señorita Colombe de Estourville, hija del preboste de París.

—Y qué tenemos con eso?

—¿Qué tenemos con eso? digo que es una injusticia, puesto que ambos hemos cometido el mismo crimen, hacer ninguna diferencia en el castigo. Cómo! le enviais á la cárcel á él, y á mí me condenais á veinte sueldos parisies de multa ? No hay ya justicia en este mundo ?

—Al contrario, respondió el juez, porque hay justicia, y justicia bien entendida, se ha decidido esto así:

—Cómo?

—Hay diferencia de honor á honor : el de una señorita noble se estima con la prisión, el de una costurera vale veinte sueldos parisies. Si queríais ir al Chatelet, debíais haberlos dirigido á una duquesa, y entonces ya estaríais preso.

—Pero esto es infame! inmoral! abominable! exclamó el escolar.

—Amigo mio, dijo el juez, pagad vuestra multa, y marchad con Dios.

—Ni pago la multa, ni me voy.

—Entonces llamaré á dos esbirros y os llevarán á la cárcel hasta que pagueis.

—Eso es lo que yo quiero.

—El juez llamó á dos esbirros

—Conducid á este perillan á los *Grands-Carmes*.

—A los *Grands-Carmes!* esclamó Aubry, por que no al Chatelet?

—Porque el Chatelet no es prisión para deudas, lo entendéis, amigo? porque el Chatelet es fortaleza real, y es menester haber cometido un crimen muy grande para entrar en él. Al Chatelet! si, ya vereis que Chatelet voy á daros.

—Un instante, un instante, dijo Aubry, un instante!

—Que quereis?

—Si no voy al Chatelet, quiero pagar.

—Entonces, si pagais, nada hay que decir. Marchaos, señores guardias, marchaos, porque este jóven vá á pagar.

—Los dos guardias salieron, y Aubry sacó de su bolsillo veinte sueldos parisies que colocó sobre el bufete del juez.

—Mirad si es eso, dijo el correjidor.

El escribano se levantó, y para cumplir la orden dada, se arqueó abarcando con el círculo que describia su cuerpo que parecía poseer el privilegio de alargarse hasta lo infinito, su mesa y los papeles que estaban encima; en esta actividad, los pies en tierra y ambas manos sobre el bufete del juez, parecía un arco iris, salvo sea el color.

—Está cabal la cuenta, dijo.

—Entonces retiráos, jóven, dijo el juez, y dejad paso á otros; la justicia no puede ocuparse solamente de vos; retiráos.

Aubry conoció que ya nada tenía que hacer allí y se retiró desesperado.



XIX.

EN QUE AUBRY SE ELEVA A LAS PROPORCIONES EPICAS.

Qué dirá Gervasia! decía á sus solas el estudiante saliendo del palacio de Justicia y siguiendo maquinalmente el puente de los Molinos que conducía casi en frente del Chatelet; que dirá Gervasia cuando sepa que su honor ha sido apreciado en veinte sueldos parisies! Dirá que he sido indiscreto, que he hecho revelaciones y me arrancará los ojos. Pero que miro allí?

Lo que veia el escolar era un paje de ese señor tan amable á quien acostumbraba á confiar sus secretos y miraba como su mas tierno amigo. El muchacho estaba recostado en el pretil del río y se divertía en jugar con unas chinás, tirándolas por lo alto y parándolas en la mano.

—Ahu! pardiez, dijo el escolar, este encuentro me viene de molde. Mi amigo, cuyo nombre ignoro, y que me parece se halla bien quisto en la corte, tal vez tendrá influencia para hacer que me metan en la cárcel; la Providencia sin duda me depara á su paje para decirme donde podrá hallarle, supuesto que no sé su nombre, ni donde vive.

Y para aprovecharse de lo que él consideraba como un beneficio de la Providencia, Aubry se dirigió hacia el jóven paje, quien al reconocerle también, dejó sucesivamente caer sus tres chinás en la misma mano y cruzando su pierna derecha sobre su pierna izquierda, esperó al estudiant-

te con ese aire truhanesco que es el carácter particular de la corporación á que tenía el honor de pertenecer.

—Buenos días, señor paje! exclamó Aubry desde donde creyó que el joven podía oírle.

—Buenos días, señor estudiante, respondió el muchacho: qué haceis por aquí?

—Sí, es preciso, deciroslo, buscaba una cosa que creo haber hallado, puesto que os encuentro á vos, buscaba la casa de mi excelente amigo, el conde...el baron...el vizconde la casa de vuestro amo.

—Con que deseais verle? preguntó el paje.

—Ahora mismo, si es posible.

—Pues vais á ser servido al instante, porque ha entrado á ver al preboste.

—En el Chatelet?

—Sí, y va á salir de él.

—Dichoso él que entra en el Chatelet cuando quiere; pero no es extraño atendidas las relaciones que median entre el señor Roberto de Estourville y mi amigo el vizconde.... el conde... el baron...

—El Vizconde

—Mi amigo el vizconde... de... decidme, pues, continuó Aubry, deseando aprovechar aquella circunstancia para conocer al fin el nombre de su amigo; el vizconde de...

—El vizconde de Mar...

—Ah! exclamó el estudiante viendo al que esperaba aparecer en la puerta y sin dejar acabar el paje. Ah! querido vizconde, ¡cuánto me alegra veros! os estaba esperando.

—Buenos días, dijo Marmagne evidentemente disgustado de aquel encuentro, buenos días, querido. Quisiera poder detenerme para hablar con vos, pero desgraciadamente tengo mucha prisa. Así, pues, quedaos con Dios.

—Un instante! un instante! exclamó Aubry asiendose del brazo de su compañero; un instante! no os ireis de ese modo, cáspita! porque tengo que pediros un servicio inmenso.

—Vos! cual?

—Sí, yo; y la ley del cielo manda que se ayuden los amigos.

—Amigos?

—Quién lo duda! no sois mi amigo? porque ¿qué es lo que constituye la amistad? la confianza; es así que tengo mucha confianza de vos, puesto que os refiero todos mis secretos, y hasta los agenos, Ingo soy vuestro amigo.

—¿Habéis tenido ocasión de arrepentiros?

—Jamás, respecto de vos al menos; pero no así respecto de otros. Hay en París un hombre á quien busco, y á quien con el auxilio de Dios hallaré algún dia.

—Querido, interrumpió Marmagne, que sospechó desde luego quien era el hombre que buscaba Aubry, os he dicho que tengo mucha prisa.

—No importa, esperad un poco, pues ya os he dicho que podeis prestarme un gran servicio.

—En ese caso, hablad pronto.

—Estais bien quisto en la corte, no es verdad?

—Así lo dicen mis amigos.

—Entonces gozareis de crédito.

—Mis enemigos pueden haberlo conocido.

—Pues bien, mi querido conde, mi querido barón, mi querido....

—Vizconde.

—Haced que me encierren en el Chatelet.

—En qué calidad?

—En calidad de preso nada mas.

—En calidad de preso? singular ambición, afé mia!

—Qué quereis, no tengo otra.

—Y con qué objeto quereis entrar en el Chatelet? preguntó Marmagne, que sospechaba que este deseo del estudiante ocultaba algun nuevo secreto de que podía sacar partido,

—A otro que no fueseis vos, no lo diría; mi buen amigo, respondió Aubry, porque he aprendido á mi costa, ó mas bien á la del pobre Ascanio, que es menester saber callar. Pero á vos es otra cosa. Ya sabeis que no tengo secreto para vos.

—En ese caso hablad pronto.

Harcis que me encierren en el Chatelet, si os lo digo?

—Al instante.

—Pues bien, amigo mio; imaginaos que he tenido la imprudencia de confiar á otros, ademas de vos que había visto una eneantadora muchacha en la cabeza del dios Marte.

—Y qué mas.

—Qué mas? Los calaveras han divulgado esta historia, tanto y tan bien que ha llegado á los oídos del preboste, y como este hacia algunos días que había perdido á su hija, sospechó que ella sería la que había elegido ese retiro. Así que previno al conde de Orbec y á la duquesa de Etampes; é inmediatamente pasaron á hacer una visita domiciliaria en el palacio de Neste, mientras que Benvenuto Cellini estaba en Fontainebleau. Lleváronse á Colombia y encerraron á Ascanio en la cárcel.

—Bah!

—Como os lo digo, amigo mío; y parece que el que ha dirigido todo esto es un tal vizconde de Marmagne.

—Pero todavía, no me habeis dicho, interrumpió el vizconde que acada momento temía oír su nombre en los labios del escolar, todavía no me habeis dicho que cosa os obliga á entrar en el Chatelet.

—No comprendéis?

—No.

—Ascanio está preso.

—Sí.

—Está en el Chatelet.

—Bien.

—Pero lo que ellos no saben, lo que nadie sabe, excepto la duquesa de Etampes, Benvenuto y yo, es que Ascanio posee cierta carta, cierto secreto que puede perder á la duquesa. Comprendéis ahora?

—Sí, comienzo á comprender.

—Pues bien, mi querido vizconde, continuó Aubry aristocratizándose mas y mas, quiero entrar en el Chatelet, penetrar hasta donde está Ascanio, cojer su carta ó recibir su secreto, salir de la cárcel, ir en busca de Benvenuto, y combinar con él algún medio de hacer triunfar la virtud de Columba y el amor de Ascanio, mal que les pese á los Marmagne, á los Orbec, al preboste, á la duquesa de Etampes y á todo la trinca.

—Eso es muy ingenioso, dijo Marmagne. Gracias por vuestra confianza, mi querido escolar; os aseguro que no tendréis porque arrepentiros.

—Me prometeis vuestra protección?

—Para qué?

—Para entrar en el Chatelet como os he dicho.

—Contad conmigo.

—Ahora mismo?

—Esperadme aquí.

—Dónde estoy?

—En el mismo sitio.

—Y á dónde vais?

—A buscar la órden para prenderos.

—Oh amigo mío, mi querido barón! mi querido conde, pero seré preciso que me deis vuestro nombre y vuestras señas para en el caso en que tenga necesidad de vos.

—Inútil, pues he de volver.

—Sí, volved pronto, y si os encontrais al paso á ese condenado de Marmagne decidle....

- Qué? preguntó el vizconde.
—Decidle que he hecho un juramento.
—Cuál?
—Que no morirá sino á mis manos.
—Adios, exclamó el vizconde, adios, esperadme aquí.
—Hasta la vista; os espero. Ah! sois un amigo verdero, un hombre de quien puedo flarde y así me alegraría saber.....
—Adios, señor estudiante, dijo el paje que había permanecido aparte durante esta conversación y se puso en camino para seguir á su amo.
—Adios, jentil paje, dijo Aubry; pero antes de marchar hacedme un favor.
—Cuál?
—Quién es ese noble señor á quien tenéis el honor de servir?
—Ese con quien acabais de hablar por espacio de un cuarto de hora?
—Si.
—Y á quien llamais vuestro amigo?
—Si.
—No sabéis como se llama?
—No.
—Es....
—Un señor muy conocido, no es verdad?
—Sin duda.
—Influyente?
—Con el rey y con la duquesa de Etampes él es quien lo hace todo. •
—Ah!.....y decís que se llama?.....
—Se llama el vizconde.....pero vedle que se vuelve y me llama, perdonad.....
—El vizconde de....
—El vizconde de Marmagne.
—Marmagne! exclamó Aubry, el vizconde de Marmagne? ese joven señor es el vizconde de Marmagne?
—El mismo.
—Marmagne, el amigo del preboste, de Orbec y de la duquesa de Etampes?
—En persona.
—Y el enemigo de Benvenuto Cellini?
—Precisamente.
—Ah! exclamó Aubry, viendo como á la luz de un relámpago todo lo pasado, ah! ya comprendo, Marmagne! Marmagne!
—Entonces como el estudiante se hallaba sin armas, por un movimiento

rápido como el pensamiento echó mano á la espada corta del pajecillo, la sacó de la vaina y se lanzó en persecución de Marmagne gritando: —detente!

Al primer grito se volvió Marmagne, y viendo correr á Aubry detrás de él espada en mano, sospechó que al fin había sido descubierto. No había mas que dos medios, huir ó esperarle. Pero aunque Marmagne no era todo lo valiente que necesitaba para esperar, no era bastante cobarde para huir, escojío pues un término medio, y se lanzó en una casa cuya puerta estaba abierta, pensando cerrarla, pero desgraciadamente para él estaba sujetá á la pared por una cadena que no pudo desatar, de suerte quo Aubry que le seguía á alguna distancia llegó al zaguan antes que el tuviese tiempo de subir la escalera.

—Ah Marmagne! vizconde maldito! espia endemoniado, ladron de secretos, ha! eres tú, al fin te conozco, ya estas en mi poder! En guardia, miserable, en guardia!

—Caballero, respondió Marmagne, afectando un tono de gran señor, pensais que el vizconde Marmagne concederá el honor al estudiante Aubry de medir su espada con la suya?

—Si el vizconde de Marmagne no concede al estudiante Aubry el honor de cruzar su espada con la suya, el estudiante Aubry tendrá el honor de atrabesar con su espada el cuerpo del vizconde de Marmagne.

Y para no dejar ninguna duda á quien esta amenaza iba dirigida, Aubry puso la punta de su espada en el pecho del vizconde y al través de su jubón le hizo sentir ligeramente el acero.

—Asesino! gritó Marmagne! auxilio; socorro!

—Oh! grita cuanto quieras, respondió Aubry, antes que lleguen habrás cesado de gritar. Lo mejor que puedes hacer, vizconde es defenderte, así que creeme, ponte en guardia, vizconde, en guardia!

—Pues bien, ya que lo quieres así, exclamó el vizconde, espera un poco y verás.

Marmagne, como ya habrá conocido el lector, no era naturalmente valiente, pero como todos los señores de aquel tiempo caballeresco, había recibido una educación militar. Además era reputado como inteligente en la esgrima. Verdad es que esta reputación tenía mas bien por resultado ahorrar á Marmagne los malos lances en que podía empeñarse, que concluir bien los que ya había contraído. No es menos cierto que al verse vigorosamente apremiado por Aubry, desenvainó su espada y se puso inmediatamente en guardia, segun todas las reglas del arte.

Pero si Marmagne era de una habilidad reconocida entre los señores de la corte, Aubry era de una destreza incontestable entre los estudiantes.

tes de la universidad y los teólogos de la Basoquia. De aquí resultó que desde luego ambos adversarios conocieron que no eran legos en el arte; solamente quedaba en favor de Marmagne una gran ventaja. La espada del paje, que había cogido Aubry era seis pulgadas más corta que la del vizconde, y aunque esto no era un grande inconveniente para la defensa, era una grave inferioridad para el ataque.

En efecto, Marmagne que llevaba al estudiante seis pulgadas de estatuta, y armado adeinas con una espada de medio pie más largo que la suya, no tenía que hacer más que presentarle la punta del acero en el rostro para tenerle constantemente á roya, mientras que por su parte Aubry por más que atacase y por más fintas que hiciese, Marmagne sin tener necesidad de dar un paso atrás y con solo aproximar su pierna derecha á su pierna izquierda se encontraba fuera de tiro. De aquí resultó que por dos ó tres veces, á pesar de la vivacidad del reparo, la larga espada del vizconde casi tocó el pecho del estudiante, mientras que este no había hecho más que dar estocadas al aire.

Aubry conocía que era perdido si continuaba de este modo, y para quitar á su adversario toda idea del plan que acababa de adoptar, continuó atacándole y dando quites por medio de reparos y fintas ordinarias ganando insensiblemente terreno, y después cuando se creyó bastante cerca se descubrió como por torpeza. Marmagne viendo un claro avanzó cuanto pudo, pero prevenido Aubry volvió á un reparo de primera y aprovechando el momento en que la espada de su adversario se encontraba levantada dos pulgadas encima de su cabeza, se deslizó por debajo del acero, brincando y tendiéndose á la vez con tanta habilidad y tan vigorosamente que la daga del paje desapareció hasta la empuñadura en el pecho del vizconde.

Marmagne lanzó uno de esos gritos agudos que anuncian la gravedad de una herida; después bajando la mano, se puso pálido, dejó escapar su espada y cayó de espaldas.

Precisamente en este momento acudió una patrulla atraída por los gritos de Marmagne, por las señas del paje y por la vista del gentío que se había reunido delante de la puerta, y como Aubry tenía todavía en la mano su espada ensangrentada fué preso.

Aubry quiso al principio oponer alguna resistencia, pero como el jefe de la patrulla gritase en voz alta: desarmad á ese tunante y conducidle al Chatelet, entregó su espada y siguió á los guardias hacia la prisión tan ambicionada por él; admirando los decretos de la Providencia que le concedía á la vez las dos cosas que mas deseaba, vengarse de Marmagne y ver á Ascanio. Esta vez no hubo dificultad ninguna en recibírle en la for-

taleza real; solamente que como en aquel momento parece que estaba llena de inquilinos , hubo una larga discusion entre el portero de golpe y el inspector para saber donde colocarian al recien venido. Al fin estas dos honradas personas se convinieron sobre este punto , en virtud de lo cual el portero hizo señas á Aubry que le siguiese , le hizo bajar treinta y dos escalones, abrio una puerta, lo empujo en un calabozo muy oscuro y cerro en seguida la puerta.

XX.

DE LAS DIFICULTADES QUE EXPERIMENTA UN HOMBRE DE BIEN PARA SALIR DE LA CARCEL.

El estudiante permaneció un momento alurdido por su repentina transición de la luz á la oscuridad. ¿Dónde estaba? no lo sabia, ¿se hallaba cerca ó lejos de Ascanio? En el corredor que acababa de atravesar había solamente observado ademas de la puerta que se había abierto para él, otras dos; pero había conseguido su primer objeto puesto que se hallaba bajo el mismo lecho que su amigo.

Sin embargo, como no podía permanecer eternamente en el mismo sitio, y en el otro extremo del calabozo, es decir, á quince pasos poco mas ó menos delante de él percibiese una ligera luz que penetraba por una claraboya, alargó la pierna con precaucion con la instintiva intención de llegar al sitio alumbrado; pero al segundo paso que dió, pareció hundirse de repente el suelo bajo sus pies, bajó rápidamente tres ó cuatro escalones, y sin duda cediendo al impulso dado, se hubiera roto la cabeza contra la pared si sus pies no se hubieran enredado en un obstáculo que le hizo caer. De aqui resultó que Aubry se libertó de algunas contusiones.

El obstáculo que sin querer había prestado este servicio al estudiante, lanzó un profundo jemido.

—Perdonad, dijo Aubry, levantándose y quitándose politicamente su gorra, perdonad, pues parece que he marchado sobre alguno ó sobre alguna cosa; falta de atencion que no hubiera cometido, si hubiera visto mas claro.

—Habéis marchado, dijo una voz, sobre lo que fué sesenta años un hombre, y sobre lo que va á ser un cadáver por toda una eternidad.

—Entonces, dijo Aubry, mi sentimiento es mayor por haberlos incomodo-

dado en ocasion en que os ocupabais sin duda , como debe hacerlo o todo buen cristiano, de arreglar vuestras cuentas con Dios.

—Mis cuentas están arregladas , señor estudiante; he pecado como un hombre, pero he sufrido como un mártir; y espero que Dios al pesar mis culpas y mis dolores, hallará que la suma de los dolores es mucho mayor que la de las culpas.

—Sea asi, dijo Aubry , y esto es lo que os deseo con todo mi corazon: Pero sino os incomodo demasiado , quisiera que me dijéseis , mi querido compañero: digo, mi querido, por que presumo que no me guardareis ningun rencor por el pequeno accidente al cual deb la fortuna de conoceros; quisiera que me dijéseis repito , como habeis sabido que era estudiante.

—Lo he conocido por vuestro traje, y sobre todo por el tintero que llevais pendiente de vuestra cintura, en el mismo sitio en que un hidalgo lleva su puñal.

—Como habeis podido ver mi traje y mi tintero, mi querido compañero, cuando si mal no me acuerdo me habeis dicho que os estabais muriendo?

—Espero haber llegado al término de mis males; si, espero dormirme hoy sobre la tierra para despertarme mañana en el cielo.

—No me opongo en manera alguna á ello, respondió Aubry ; pero no me permitireis que os diga que la situacion en que os hallais en este momento no es la mas á propósito para chancearse.

—Y quien os ha dicho que me chanceo? balbuceó el moribundo lanzando un profundo suspiro.

—Cómo! decis que me habeis conocido en mi traje y en mi tintero que llevo en la cintura y por mas que abro los ojos no veo mis propias manos!

—Bien puede suceder, respondió el preso ; pero cuando hayais estado quince años como yo en un calabozo, vuestros ojos verán en las tinieblas tan bien como antes veian á cielo raso.

—Que el diablo me los arranke antes que hacer semejante aprendizaje! exclamó el estudiante. Quince años! habeis estado quince años preso!

—Quince ó diez y seis años, quizas mas, quizas menos; por que hace mucho tiempo que he cesado de contar los dias y de medir el tiempo.

—Sin duda habreis cometido algun crimen atroz, exclamó el estudiante, para haber sido castigado tan cruelmente?

—Estoy inocente, respondió el preso.

—Inocente! exclamó Aubry espantado. Por Dios! querido compañero, hablemos claros, ya os he dicho que no era ocasion de chancearse.

—Y es he contestado que no me chanceaba.

—Pero lo es mucho menos de mentir; porque al fin la chanza es un sim-

ple juego de la imaginación que no ofende al cielo, ni á la tierra, mientras que la mentira es un pecado mortal que compromete el alma.

—Jamas he mentido.

—Estais inocente, y hace quince años que os hallais preso?

—Quince años mas ó menos, ya os lo he dicho.

—Cásptal! exclamó Aubry, y yo que tambien estoy inocente?

—En ese caso, Dios os proteja! respondió el moribundo

—Cómo que Dios me proteja!

—Si, por que el criminal puede tener la esperanza de que le perdonen, el inocente jamas!

—Lo que decís, amigo mio, está lleno de filosofía, pero no es muy satisfactorio.

—Digo la verdad.

—Pero sepamos al fin, replicó Aubry, sepamos que pecadillo habeis cometido; bien podeis confíarmelo.

Y Aubry, que efectivamente principiaba á distinguir los objetos en la oscuridad, tomó un escabel, y lo coloco cerca del lecho del moribundo, escojiendo un ángulo de la pared, á fin de poder recostarse, como en un sillón.

—Ah! ah! guardais silencio, querido amigo, no tenéis confianza en mí! Ya comprendo; quince años de calabozo han debido haceros desconfiado. Pues bien, sabed que, me llamó Jaime Aubry, tengo veinte y dos años, soy estudiante, segun habeis visto, al menos así decís; tenía mis motivos para querer entrar en el Chatelet, hace diez minutos que estoy en él; he tenido el honor de conocerlos; he aquí mi vida entera: ahora ya me conoceis como yo me conozco; hablad vos tambien, ya os escucho.

—Yo, dijo el preso, soy Esteban Raimundo.

—Esteban Raimundo, murmu, ó el estudiante, no conozco este nombre.

—En primer lugar, dijo el que acababa de darse á conocer, erais muy niño cuando pliego á Dios hacerme desaparecer de la superficie de la tierra, y en segundo lugar como he hecho poco ruido en ella, nadie ha notado mi ausencia.

—Pero que haciais, que erais!

—Era el confidente del condestable de Borbon.

—Oh! oh! y habeis vendido al estado como él! entonces ya no me maravillo....

—No; me he opuesto á vender á mi amo, y nada mas.

—Vamos por partes; como sucedió eso?

—Hallábame en Paris en el palacio del condestable, cuando este habitaba su palacio de Borbon el Archambant. Un dia vino á buscarme el capi-

tan de sus guardias y me entregó una carta de Monseñor, en la que me mandaba entregase al punto al mensajero un paquetito cerrado que hallaría en la alcoba del duque, en la cabecera de su cama y dentro de un estantito. Conduje al capitán á la alcoba, me diríji hacia la cabecera de la cama abri el estante, el paquete estaba allí, y lo entregué al mensajero, que partió inmediatamente. Una hora despues vinieron algunos soldados del Louvre conducidos por un oficial y me mandaron tambien que les abriera la alcoba del duque y les enseñase un armario que debia haber á la cabecera de su cama. Obedeci, abrieron el armario, pero buscaron inútilmente, lo quo buscaban era el paquete que acababa de llevarse el mensajero del duque.

—Cáspita! cáspita! murmuró Aubry, que principiaba á interesarse vivamente por la situación de su compañero de infortunio.

—El oficial me dirijó amenazas terribles, á las cuales solo contesté que ignoraba lo que venia á buscar, por que si hubiera dicho que acababa de entregar el paquete al mensajero del duque, hubieran corrido tras él y tal vez lo hubieran atrapado.

—Diablo! interrumpió Aubry, anduvisteis listo y obrásteis como criado bueno y leal.

—Entonces el oficial me dejó bajo la custodia de dos soldados, y acompañado de otros dos se volvió al Louvre. Al cabo de media hora vino con la orden para conducirme al castillo de *Pierre-en-Scise* en Lion; me cargaron de grillos y esposas, me metieron en un coche y colocaron un soldado á mi derecha y otro á mi izquierda. Cinco dias despues me hallaba encerrado en una prision, que debo confesar, distaba mucho de ser tan oscura y tan mala como esta; pero que importa? murmuró el moribundo, una prision es siempre una prision y yo concluído por habituarme á esta como á las demás.

—Hum! dijo Aubry, esto prueba que sois filósofo.

—Tres dias y tres noches transcurrieron, continuó Esteban Raimundo; en fin, en la cuarta noche me despertó un ligero ruido; abrí los ojos; mi puerta jiraba sobre sus goznes, una mujer velada entró acompañada del carcelero, este puso una bujía sobre la mesa, y á una señal de mi visitadora nocturna, salió humildemente; entonces ella se aproximó á mi lecho se levantó el velo, y yo lancé un grito.

—Pues quien era ella? preguntó Aubry aproximándose vivamente al narrador.

—Era Luisa de Saboya, la duquesa de Angulema en persona, la regenta de Francia, la madre del rey.

—Ah! ah! exclamó Aubry; y qué venia á buscar al calabozo de un pobre diablo como vos?

—Venia á buscar ese paquete cerrado que yo había entregado al mensajero del duque, y el cual contenía las cartas de amor que había cometido la imprudencia de escribir al mismo á quien á la sazon perseguía.

—Que diablura! murmuró entre dientes Aubry, esta historia se parece á la de la duquesa de Etampes y Ascanio.

—Ay! todas las historias de las princesas locas y enamoradas se asemejan! respondió el preso, que parecía tener tan fino el oido como perspicaz la vista; desgraciados solamente los pequeños que se mezclan en ellas!

—Aguardad un poco! profeta de desgracias, esclamó Aubry, que diablos estais diciendo! Yo tambien, yo tambien me hallo mezclado en una historia de princesa loca y enamorada.

—Pues si es así, bien podeis despediros de la luz del dia y de la vida.

—Id al diablo con vuestras predicciones del otro mundo! Que tengo yo que ver en todo eso! No soy yo de quien la princesa está enamorada, sino de Ascanio.

—Y era yo por ventura de quien la otra princesa estaba enamorada? repitió el preso, era yo, cuya existencia hasta entonces habían ignorado? No; y sin embargo me hallaba colocado entre un amor estéril y una venganza secunda, y fui destrozado con el choque de ambos.

—Diablo! esclamó Aubry, pero volvamos á la princesa, pues precisamente porque esa historia me hace temblar por mí mismo, me interesa infinito.

—Las cartas, pues, eran lo que ella buscaba, como ya os he dicho, y en cambio de estas cartas me prometía favores, dignidades, títulos, y por verlas hubiera arrancado de nuevo cuatrocientos mil escudos á otro Semblancay, aunque este hubiera tenido que pagar su complacencia con el cadalso.

Yo le respondí que no tenía semejantes cartas que no las conocía, que no sabía lo que quería decir.

Entonces á las ofertas sucedieron las amenazas; pero no podía ser más intimidado que seducido, porque había dicho la verdad: esas cartas no estaban en mi poder, las había entregado al mensajero de mi noble amo.

La princesa salió furiosa y en mas de un año no volvi á oír hablar de nada; pero al cabo de este tiempo volvió y se renovó la misma escena.

Entonces fui yo quien la rogué, la supliqué y la insté para que me dejara salir. Yo la pedí este beneficio en nombre de mi mujer y de mis hijos; pero todo fué inútil. Debia entregar las cartas ó morir en la prisión.

Un dia hallé una lima dentro de mi pan.

Mi noble amo se había acordado sin duda de mí á pesar de hallarse ausente desterrado y fugitivo. No pudiendo salvarme ni por medio de su-

plicas, ni con la fuerza, envió á Francia uno de sus criados que consiguió del carecelero que me entregase esta lima diciéndome quien me la enviaba.

Limé uno de los hierros de mi ventana. Hice una cuerda de mis sábanas; me descolgué; pero al llegar á la punta, en vano busqué la tierra con los dedos de mis pies: me dejé caer invocando el nombre de Dios y me rompi una pierna al caer: una rota me encontró desmayado.

Entonces me trasladaron al castillo de *Châlons-Sur-Saône*, donde permanecidos años poco mas ó menos, al cabo de los cuales mi perseguidora volvió á presentarse en mi prisión. Las cartas eran las que la llevaban nuevamente á mi calabozo, si bien esta vez vino acompañada de un hombre; mandó darme tormento, pero inútil cruedad, nada consiguió, porque nada podía conseguir. Yo no sabía nada sino que había entregado estas cartas la mensajero del duque.

Un dia en el fondo del cántaro que contenía mi agua hallé un saco lleno de oro: mi noble amo había vuelto á acordarse de su pobre criado.

Soborné á uno de los porteros, ó mas bien el malvado finjí dejarse sobornoar: á media noche, vino á abrirme la puerta de mi calabozo.

—Salí, le seguí por los corredores; ya respiraba el aire de los vivientes ya me creía libre; pero de pronto unos cuantos soldados se arrojaron sobre nosotros y nos maniataron á los dos. Mi guía había aparentado dejar de enternecer por mis súplicas, á fin de atrapar el oro que había visto en mis manos, y despues me vendió para ganar la recompensa prometida á los delatores.

Fui trasladado entonces al Chatelet, y encerrado en este calabozo.

Aquí por la última vez se me apareció Luisa de Saboya, seguida del verdugo.

La vista de la muerte no obtuvo mas resultado que las promesas, las amenazas y el tormento. Me ataron las manos, pasaron una cuerda por una argolla y me echaron un lazo al cuello con esta misma cuerda. Di la misma respuesta de siempre añadiendo que mi enemiga colmaba todos mis deseos concediéndome la muerte, desesperado como estaba de esta vida de cautiverio.

Sin duda este mismo desprecio de la vida, fué parte para que mi mortal enemiga desistiera de su infame proyecto, pues salió, y el verdugo detrás de ella.

Desde entonces no la he vuelto á ver. Qué ha sido de mi noble duque? Que se ha hecho la cruel duquesa? Lo ignoro, porque desde ese tiempo, hará tal vez ya quince años, no he hablado una palabra con un solo ser vivo.

—Los dos han muerto; respondió Aubrey.

—Han muerto los dos; mi noble duque ha muerto! Si todavía no era muy viejo apenas tendría cincuenta y dos años, como es que ha muerto?

—Murió en el sitio de Roma, y probablemente.... Aubry iba a añadir; á manos de uno de mis amigos; pero se contuvo, pensando que esta circunstancia podría resfriar la amistad entre él y el viejo. Aubry en esta ocasión fué prudente.

—Probablemente?... repitió el preso.

—A manos de un platero llamado Benvenuto Cellini.

—Hace veinte años hubiera maldecido al asesino; hoy digo con toda la sinceridad de mi alma. «Bendito sea el asesino! Y han dado á mi noble duque una sepultura digna de él!»

—Ya lo creo; le han erijido un sepulcro en la catedral de Gaeta, cuyo sepulcro tiene un epitafio que dice: que comparado con el que aquí yace, Alejandro Magno no era mas que un bellaco y Cesáro un guiloso.

—Y la otra?

—Quién es la otra.

—Mi perseguidora.

—También ha muerto, hará nueve años.

Si, ella era! una noche vi en mi calabozo una sombra arrodillada que me suplicaba. Yo no pude contener un grito y la sombra desapareció. Era ella que venía á pedirme perdón.

—Según eso, crecís que al tiempo de morir habrá perdonado?

—Así lo espero por la salvación de su alma.

—Pero en ese caso debieron poneros en libertad.

—Ella tal vez lo mandaría; pero soy tan poca cosa, que en medio de esa gran catástrofe se habrán olvidado de mí.

—También vos la perdonareis en vuestro postre momento.

—Levantadme, jóven, quiero orar por los dos.

—Y el moribundo, incorporado por Aubry, confundió en la misma plegaría á su protector y á su perseguidora, al que nunca desmintió su afecto y á la que jamás olvidó su odio, al condestable y á la rejenta.

El preso tenía razón. Los ojos de Aubry principiaban á habituarse á las tinieblas, puesto que ya distinguían en la oscuridad la figura del moribundo. Era este un anciano descarnado y consumido por los padecimientos, de barba blanca, y espaciosa frente; una de esas cabezas que ideó el Dominiquino al ejecutar su Confesión de San Gerónimo.

Luego que acabó de orar, lanzó un suspiro y volvió á caer: estaba desmayado.

Aubry creyó que estaba muerto. Sin embargo, corrió al cántaro echó un poco de agua en el hueco de la mano y roció con ella el rostro venerable del anciano, que volvió en si.

—Has hecho bien en socorrermee, jóven, dijo el anciano, y he aquí tu recompensa.

—Que es eso? preguntó Aubry.

—Un puñal, respondió el moribundo.

—Un puñal? y como se halla esta arma en vuestras manos?

—Oye.

Un dia al traerme el carcelero mi pan y mi agua puso su linterna sobre el escabel que por casualidad estaba cerca de la pared. En esta pared sobresalía una piedra, en la que había grabadas con un cuchillo unas letras; que no tuve tiempo de leer; pero escarbé en la tierra con mis manos, la deseoé de modo que formé una especie de pasta, y estampé en ella estas letras *ulter*.

Qué queria decir esta palabra, *vengador*? Volví á la piedra procuré arrancarla: se movia como un diente en su encia. A fuerza de paciencia, repitiendo veinte veces los mismos esfuerzos, logré arrancarla de la pared. Al punto introduje la mano en la excavacion que había dejado y hallé este puñal.

Entonces volvió á punzarme el deseo de la libertad que casi había abandonado; resolví abrirme paso con este puñal en cualquier calabozo inmediato, y allí, con el auxilio del que lo habitase combinar un plan de evasión. Ademas, aun cuando nada de esto surtiese efecto, ahuyetear la tierra, escarbar la pared, era una ocupacion, cuando esteis como yo veinte años en un calabozo, jóven, vereis que terrible enemigo es el tiempo.

Aubry tembló de pies á cabeza.

—Y habeis puesto vuestro proyecto en ejecucion? preguntó este.

—Si, y con mas facilidad que pensaba. Despues de doce ó quince años que estoy aqui, no sospecharán sin duda que pueda evadirme; ademas, tal vez no sepan ó no se acuerden ya de que estoy aqui. Me guardan como guardan esa cadena que pende de esa argolla. El condestable y la rejenta han muerto, ellos solos se acordaban de mí; quien sabrá ahora, aquí mismo, que nombre pronuncio al pronunciar el nombre de Esteban Raimundo? Nadie.

Aubry sintió correr por su frente un sudor frío pensando en el olvido de que era víctima el infeliz anciano.

—Y que mas? preguntó, y que mas?

—Que mas? dijo el anciano, mas de un año hace que mino el suelo, y he logrado hacer por debajo de la pared un agujero por el cual puede pasar un hombre.

—Pero que habeis hecho de la tierra que sacábais de ese agujero?

—La he sembrado como arena en mi calabozo y la he confundido con el suelo á fuerza de caminar por encima.

—Y donde está ese agujero?

—Debajo de mi lecho. Hace quince años que á nadie le ha ocurrido la idea de cambiarle de sitio. El carcelero solo baja á mi calabozo una vez al dia. Luego que se marchaba el carcelero, cerraba las puertas y cesaba el ruido de sus pasos, entonces retiraba yo mi cama y ponía manos á la obra, despues cuando llegaba la hora de la visita volvía á colocar mi cama en el mismo sitio y me acostaba en ella. Antes de ayer me acosté para no levantarme mas; se habian agotado mis fuerzas: hoy siento agotada mi vida. Bien venido seas, jóven, tú me ayudarás á morir, y yo en recompensa, te dejare por mi heredero.

—Vuestro heredero! dijo Aubry admirado.

—Si; te dejaré este puñal. Te sonries? Qué herencia mas preciosa puede dejarte un preso? Este puñal es tal vez la libertad.

—Teneis razon, dijo Aubry, y os doy gracias por el beneficio. Pero hasta donde llega, ese agujero que habeis hecho.

—Todavia no habia llegado al otro lado, sin embargo estaba muy cerca. Ayer, oí en el calabozo inmediato ruido de voces.

—Diablo! exclamó Aubry, y creeis....

—Creo que con pocas horas de trabajo acabareis mi obra.

—Gracias, dijo Aubry, gracias!

—Ahora, quisiera tener á mi lado un sacerdote, dijo el moribundo.

—Aguardad padre mio, dijo Aubry, aguardad; es imposible que nieguen semejante petición á un moribundo.

—Aubry corrió á la puerta sin tropezar esta vez, porque sus ojos se habituaban á la oscuridad, y llamó con pies y manos.

Bajó un calabocero.

—Qué alboroto es ese? preguntó, ¿por qué armais ruido? qué quereis?

—El anciano que está con migo se muere, dijo Aubry, y pide un sacerdote.

—Hum!... resfusñó el calabocero. No sé en que consiste que á todos estos guapos les dá por pedir sacerdotes. Estú bien, ahora iran á buscar uno.

Efectivamente, diez minutos despues, entró el sacerdote con el santo Viático, precedido de dos sacristanes, de los cuales uno llevaba la cruz y el otro la campanilla.

Solemne espectáculo, fué el que presentó la confesión de este mártir que no tenía que confesar sino crímenes ajenos, y que en lugar de pedir perdón para si lo imploraba para sus enemigos.

A pesar de su despreocupacion, Aubry se arrodilló y se acordó de sus oraciones de niño, que creia haber olvidado.

Cuando el preso acabó su confesión, el sacerdote fué quien se inclinó delante de él y le pidió su bendición.

El anciano se sonrió con la sonrisa de los elegidos del Señor, alargó una mano por encima de la cabeza del sacerdote, estendió la otra hacia Aubry, lanzó un profundo suspiro y cayó de espaldas.

Este suspiro era el último.

El sacerdote salió como había venido, acompañado de los monaguillos, y el calabozo, un momento alumbrado con la trémula luz de los cirios, volvió á quedar sumerido en su habitual oscuridad, hallándose entonces Aubry solo con el difunto.

Compañía muy triste y lugubre por cierto era esta, principalmente por las reflexiones que sujería. Ese hombre, que estaba tendido allí, había entrado inocente en la cárcel, veinte años había permanecido en ella, y no salía de su encierro sino porque la muerte, ese gran libertador, había venido á buscarle.

Así es que el alegre escolar parecía enteramente otro: por la primera vez se hallaba en frente de un pensamiento supremo y sombrío; por la primera vez sondeaba con la vista las abrasadoras vicisitudes de la vida y la tranquila sublimidad de la muerte.

Además, una idea egoista se despertó en el fondo de su corazón: pensaba en que él también estaba inocente como ese hombre, pero arrastrado como ese hombre, en el torbellino de esas pasiones reales, que rompen, devoran y anonadan una existencia. Ascanio y él podían desaparecer también como había desaparecido Esteban Raimundo. Quién pensaría en ellos?

Gervasio tal vez.

Benvenuto Cellini indudablemente.

Pero la primera nada podía hacer sino llorar; en cuanto al segundo, al pedir á grandes gritos esa carta que poseía Ascanio, confesaba él mismo su impotencia.

Y por toda probabilidad de salvación, por única esperanza le quedaba la herencia del anciano difunto: un viejo puñal que ya había burlado las esperanzas de sus dos primeros dueños.

Aubry había ocultado en su pecho este puñal, y llevó á él convulsivamente la mano para asegurarse de que lo tenía allí todavía.

En este momento volvió á abrirse la puerta; venían á llevarse el cadáver.

—Cuándo me traís de comer? preguntó Aubry, tengo hambre.

—Dentro de dos horas, respondió el carcelero.

Y el estudiante quedó solo en su calabozo.

XXI.

UN ROBO HONESTO.

Aubry pasó estas dos horas sentado en su escabel sin moverse, tanto reposo había dado á su cuerpo su activo pensamiento.

A la hora indicada, bajó el carcelero, renovó el agua, mudó el pan; esto era lo que en el idioma del Chatelat se llamaba una comida.

El estudiante recordó lo qué le había dicho el moribundo, esto es, que la puerta de la prisión no se abría sino cada veinte y cuatro horas; sin embargo permaneció todavía largo tiempo sentado en el mismo sitio y sin hacer un solo movimiento, temiendo que el acontecimiento de aquel día alterase algo las costumbres de la prisión.

Pronto vió gracias á su respiradero, que se acercaba la noche. Bien puede decirse que fué un día muy ocupado el que acababa de transcurrir: por la mañana el interrogatorio del juez; al media dia, el duelo con Marmagne; á la una la prisión; á las tres la muerte del preso, y en aquél momento sus primeras tentativas de evasión.

Un hombre no cuenta muchos días semejantes en su vida.

Aubry se levantó lentamente, dirigióse á la puerta para escuchar si alguien venía; en seguida para que no viesen en su jubón la huella de la

tierra y da la pared se desnudó de esta parte de su vestido, separó la cama y halló el agujero de que le había hablado su compañero.

Deslizóse como un lagarto por esta estrecha galería, que tendría ocho pies de profundidad y la cual pasando por debajo de la pared subía hasta el otro lado.

Al primer golpe que dió Aubry con su puñal conoció efectivamente por el sonido que hacia el suelo, que pronto iba á lograr su objeto, esto es, abrirse una salida en un lugar cualquiera. ¿A dónde daría esta salida? Era preciso ser adivino para saberlo. Pero no por eso continuó con menos actividad su trabajo haciendo el menor ruido posible. De vez en cuando solamente salía de su agujero como un minero para sembrar por el aposento la tierra que hubiera podido embarazar su galería, y después deslizábase nuevamente por ella y volvía á su tarea.

Mientras Aubry trabajaba, Ascanio pensaba tristemente [en Colomqa]

Tambien él, segun ya hemos dicho, había sido conducido al Chatelet, tambien él, como Aubry había sido arrojado en un calabozo. Sin embargo, bien fuese casualidad ó recomendación de la duquesa, este calabozo estaba algo menos desnudo, y por consiguiente algo mas habitable que el del estudiante.

Pero qué importaba á Ascanio un poco mas ó menos de comodidad! Su calabozo era siempre un calabozo y su cantiverio una separación. Faltaba Colomba, es decir, mas que la luz, mas que la libertad, mas que la vida. Si Colomba estuviese con él en el calabozo, el calabozo sería para él un lugar de delicias, un palacio encantador. Quó diferencia entre las horas de tedio que ahora pasaba, y las deliciosas noches que había disfrutado últimamente al lado de su amada! ;Qué dulce y que agradable había sido para él este último período de su vida! Durante el dia pensando en su amada, por las noches á su lado, jamás pensó que pudiera cesar esta felicidad. Así es que muchas veces en medio de la embriaguez de su dicha la ferrea mano de la duda le había oprimido el corazón. Entonces Ascanio, como un hombre á quien un peligro amenaza, pero que no sabe cuando se desplomará sobre él este peligro, se había apresurado á separar de su mente todos los temores del porvenir para aperar todas las delicias del presente.

Y en la actualidad se hallaba en un calabozo, solo, lejos de Colomba, tal vez encerrada tambien como él, tal vez presa en algún convento de donde no podría salir, sino para pasar á la capilla donde la esperaría el marido que querían darle á la fuerza.

Dos pasiones terribles velaban á la puerta de la prisión de los dos amantes: el amor de la duquesa de Etampes en el umbral de la de As-

canio, la ambicion del conde de Orbec en el umbral de la de Colombia. Así es que cuando Ascanio se vió solo en su calabozo quedó sumerjido en una profunda tristeza y en el mayor abatimiento; porque era una de esas naturalezas tiernas que necesitan apoyarse en una organización robusta; era una de esas flores débiles y graciosas que se encorvan al mas ligero soplo del huracán, y que no vuelven á levantarse sino á los rayos bivitantes del sol.

Encerrado en una prisión, el primer cuidado de Benvenuto hubiera sido esplorar las puertas, rejistar las paredes, hacer resonar el suelo para asegurarse si las unas ó las otras no ofrecían á su viva y belicosa inteligencia algun medio de salvación. Ascanio se sentó sobre su cama, dejó caer su cabeza sobre su pecho y balbuceó el nombre de Colombia, no ocurriéndole la idea de que pudiese evadirse de un calabozo, cerrado con tres rejas de hierro y rodeado de paredes de seis pies de espesor.

Sin embargo, como ya hemos dicho, este calabozo era algo mas habitable que el de Aubry, puesto que había en él una cama, una mesa, dos sillas y una estera vieja, ademas sobre un poyo de piedra ardía una lámpara. Este calabozo, sin duda era de los privilegiados.

Había tambien una gran mejora en el sistema alimenticio: en vez del pan y del agua que llevaban cada veinte y cuatro horas á nuestro escolar, Ascanio tenía dos comidas; ventaja que estaba compensada con el desagrado de ver dos veces á su calabocero: y aun estas comidas, preciso es decirlo, en honor de la filantrópica administración del Chatelet, no eran del todo execrables.

Ascanio se ocupó poco de este pormenor; era una de esas organizaciones delicadas, femeninas, que parece vivir de perfumes y de rocío, siempre sumerjido en sus reflexiones, comió un poco de pan, bebió algunas gotas de vino y continuó pensando en Colombia y en Benvenuto Cellini: en Colombia por que era el objeto de todo su amor; en Cellini por que cifraba en él todas sus esperanzas.

En efecto, hasta este momento Ascanio jamás se había ocupado de ninguno de los cuidados y de los detalles de la existencia; Benvenuto vivía por los dos; Ascanio se contentaba con respirar, idear alguna hermosa obra del arte y amar á Colombia. Era como el fruto que brota en un árbol vigoroso y que recibe de este árbol toda su savia.

Y todavía ahora, á pesar de lo afflictivo de su situación, si en el momento en que lo habían preso y conducido al Chatelet, hubiera podido ver á Benvenuto Cellini, y si este hubiera podido decirle apretándole la mano: tranquilízate, Ascanio, yo velo por tí y por Colombia, hubiera sido tan grande su confianza en el maestro, que sostenido en esta sola promesa hu-

biera esperado sin inquietud el momento en que su prisión se abriese, seguro de que esta prisión debía abrirse á pesar de las puertas y las rejas que la aseguraban.

Pero no había visto á Benvenuto. Este ignoraba que su discípulo querido, que el hijo de su Estefanía estuviese preso: se necesitaba un dia para ir á buscarle á Fontainebleau, suponiendo que alguno tuviese la idea de hacerlo; otro dia para volver á París, y en dos días los enemigos de los dos amantes podían tomar la delantera á su defensor.

Así Ascanio pasó todo el resto del día y de la noche que siguió á su prisión sin dormir, tan pronto paseándose, tan pronto sentándose como echándose sobre su cama, en la cual por una atención particular, que probaba hasta que punto había sido recomendado el preso, habían puesto sábanas limpias. Durante todo este dia y toda esta noche, y durante toda la mañana del siguiente dia, nada le aconteció de nuevo, ni tuvo mas visita que la cuotidiana del calabocero que le llevaba sus comidas.

Hacia las dos de la tarde, al menos esta hora fué la que calculó el preso, le pareció oír hablar muy cerca de él: era un murmullo sordo, indescriptible, en el cual era imposible distinguir nada, pero causado evidentemente por palabras humanas. Ascanio se puso á escuchar y dirigióse al lado de donde venía el ruido que era uno de los ángulos de su calabozo. Aplicó silenciosamente su oido á la pared y al suelo y le pareció que el ruido provenía de bajo de tierra.

Ascanio temía vecinos que evidentemente no estaban separados de él sino por medio de una pared estrecha, ó por una tabla delgada.

Al cabo de dos horas poco mas ó menos, cesó este rumor y todo volvió á quedar en el mas profundo silencio. Pero á la noche volvió á oírse el mismo ruido, si bien esta vez había cambiado de naturaleza. No era ya el que forman dos personas hablando, sino el sonido de golpes sordos y apresurados como los que dá un picapedrero. Por lo demás este ruido venía del mismo sitio, no se interrumpía un segundo y cada vez se aproximaba mas.

Por mucho que ocupasen á Ascanio sus propias ideas no pudo menester fijar su atención en este ruido, y permaneció con los ojos fijos en el sitio de donde venía el ruido. Era lo menos las doce de la noche; pero á pesar de su insomnio de la víspera, Ascanio no pensó siquiera en dormir.

El ruido continuaba, y como la hora no era la mas aproposito para un trabajo ordinario, era indudable que este ruido era producido por algún preso que trabajaba en su evasión. Ascanio se sonrió tristemente al considerar que aun cuando llegase hasta él el desgraciado que tal vez por un instante pudiera creerse en libertad, no haría mas que cambiar de prisión.

En fin, el ruido se aproximó de tal modo que Ascanio corrió á su lámpara, la cojío y volvió con ella al sitio de donde parecía salir aquél; casi al mismo instante se levantó el suelo en el ángulo mas distante del calabozo, dando en seguida paso á una cabeza humana.

Ascanio lanzó un grito de sorpresa y de alegría, al cual respondió otro grito no menos acentuado. Esta cabeza era la de Aubry. Un instante después, gracias al auxilio que Ascanio dió al que venia á visitarle de una manera tan extraña y tan inesperada, los dos amigos se hallaban tiernamente abrazados.

Íntil es decir que las primeras preguntas y las primeras respuestas fueron algo incoherentes; pero en fin, á fuerza de hablar sin concierto, lograron poner un poco de orden en su espíritu y dar un poco de claridad á los acontecimientos. Además Ascanio casi nada tenía que decir, antes por el contrario todo ó mucho que saber.

Entonces Aubry le refirió todo lo que había pasado: como él había vuelto al palacio de Nesle al mismo tiempo que Benvenuto, como habían sabido casi juntos la noticia de la prisión de Ascanio, y el rescate de Colombia; como Benvenuto había corrido á su obrador como un loco gritando; á la fundición! á la fundición! y él al Chatelet. Entonces se separaron, y el estudiante no supo ya nada mas de cuanto había pasado desde aquel momento en el palacio de Nesle.

Pero á la ilada común, sucedió la odisea particular. Aubry contó á Ascanio su desaliento al ver que no querían encerrarle en la cárcel, su visita á Gervasia, la demanda de esta ante el correjidor, su interrogatorio terrible, que no había tenido otro resultado que esa multa de veinte sueldos parisies, tan humillante para el honor de Gervasia; en fin, su encuentro con Marmagne en ocasión en que principiaba á desconfiar de verse en la cárcel; y por último, todo lo que había sucedido desde entonces hasta el momento en que, no sabiendo en qué calabozo iba á entrar al dividir su cabeza la bóveda de tierra que le quedaba por horadar, había distinguido á la luz de la lámpara á su amigo Ascanio. Entonces los dos amigos se abrazaron nuevamente y con mayor efusión que al principio.

—Y ahora, dijo Aubry, escúchame Ascanio, pues no debemos perder tiempo.

—Está bien, dijo Ascanio, pero ante todas cosas háblame de Colombia, ¿dónde está Colombia?

—Colombia! no sé nada de ella: creo que está en casa de la duquesa de Etampes.

—En casa de la duquesa de Etampes! en casa de su rival.

En ese caso es cierto lo que dicen del amor de la duquesa por ti?

Ascanio se ruborizó y balbuceó algunas palabras ininteligibles.

—Oh! no es menester abergonzarse por eso, exclamó Aubry. Cúspita! una duquesa, y una duquesa que es la querida del rey! no soy yo aquien la suerte depara tan grande dicha. Pero volvamos á nuestro asunto.

—Sí, dijo Ascanio, volvamos á Colomba.

—Bah! no se trata de Colomba sino de una carta.

—Qué carta?

—Una carta que la duquesa de Etampes te á escrito.

—¿Y quién te ha dicho que poseia una carta de la duquesa de Etampes?

—Benvenuto Cellini.

—¿Por que te ha dicho eso?

—Porque necesita esa carta; porque me he comprometido á llevársela, por que todo quanto he hecho ha sido para obtener esta carta.

—Pero ¿qué quiere hacer de esta carta Benvenuto? preguntó Ascanio.

—No lo sé ni me importa. El me dijo; necesito esa carta, y yo le contesté: bueno yo la tendré, he hecho porque me encierran en la cárcel para obtenerla; aquí me tienes, dámela y yo me encargo de hacer que llegue á manos de Benvenuto. Pero diablo! qué tienes?

Esta pregunta era motivada por el ceño que notó Aubry en la fisonomía de Ascanio.

—No tengo nada, mi pobre Aubry, sino que has perdido tu trabajo.

—Como es eso! exclamó Aubry. Pues qué, ¿no conservas ya en tu poder esa carta?

—Sí, aquí está, dijo Ascanio metiendo la mano en el bolsillo de su jubón.

—Ah! me alegra. En ese caso dámela y la llevaré á Benvenuto.

—Jamás me desprenderé de esta carta, Aubry.

—Y por qué?

—Porque ignoro el uso que quiere hacer de ella Benvenuto.

—Quiere servirse de ella para darte la libertad.

—Y para perder á la duquesa de Etampes tal vez, Aubry, no quiero que ninguna mujer se pierda por mi causa.

—Y si esa mujer quiere perderte? Esa mujer te detesta; no, me equivoco, esa mujer te adora.

—Y quiere que en pago de ese amor...

—Pero si es lo mismo que si te aborreciese; puesto que tú no la amas; además ella es la causadora de todo.

—Cómo! la causadora de todo?

—Sí, ella ha sido la que ha tenido la culpa de que te prendan, y por ella también han sacado á Colomba de su retiro.

—Quién te lo ha dicho?

—Nadie, pero quién quieras tú que sea?

—No puede haber sido el preboste, el conde de Orbec, Marmagne á quien tú mismo confiesas le has dicho todo?

—Ascanio! Ascanio! exclamó Aubry desconsolado, tú te pierdes!

—Quiero mejor perderme que cometer una acción villana, Aubry.

—No creo que cometas ninguna acción villana, puesto que Benvenuto es el que se encarga de facilitarte tu libertad.

—Escucha, Aubry, dijo Ascanio, y no te enfades por lo que voy á decirte; si Benvenuto estuviese en tu lugar, si él me dijese: La duquesa de Etampes, tu enemiga, ha sido quien ha causado tu prisión, quien ha robado á Colombe, quien la tiene en su poder, quien quiere forzar su voluntad; yo no puedo salvar á Colombe sino con el auxilio de esta carta; le haría jurar que no se la mostrase al rey, y entonces se la daría. Pero Benvenuto no está aquí, yo no tengo ninguna certidumbre de que la persecución que sufro venga de parte de la duquesa. Esta carta estaría mal en tus manos Aubry; perdóname, pero tú mismo confiesas que eres un franco calavera.

—Te aseguro, Ascanio, que el día que acabo de pasar, me ha envejecido diez años.

—Si, pero puedes perder esta carta, y aun con la mejor intención del mundo, hacer de ella algún uso imprudente; así que, Aubry, no insistas en pedirme esta carta, por que estoy resuelto á no entregártela.

—Pero, amigo mío, exclamó Aubry, ten presente que el mismo Benvenuto ha dicho que solo esta carta puede salvarte.

—Benvenuto me salvará sin ella, Aubry; Benvenuto cuenta con la palabra del rey que le otorgará una gracia el día en que quede fundido su Júpiter. Así es que cuando tu has creído que Benvenuto se había vuelto loco por que gritaba: «A la fundición! á la fundición!» entonces Benvenuto principiaba á salvarme.

—Pero si sale mal la fundición? dijo Aubry.

—No hay peligro, contestó Ascanio sonriendo.

—Sin embargo, esta desgracia sucede á los más hábiles fundidores de Francia.

—Los más hábiles fundidores de Francia no son más que aprendices comparados con Benvenuto.

—Pero cuánto tiempo durará esa fundición?

—Tres días.

—Y para presentar la estatua al rey, cuánto tiempo será necesario?

—Otros tres días.

—Seis ó siete entre todos, segun veo. Y si de aqui á seis ó siete dias obliga la duquesa de Etampes á Colombia á que se case con el conde de Orbec?

—La duquesa de Etampes no tiene derecho alguno sobre Colombia, y Colombia sabrá resistir.

—Si, pero el preboste tiene derechos sobre Colombia, por que al fin es su padre, y el rey Francisco puede alegarlos tambien, como su soberano, y si el preboste ó el rey lo manda?

Ascanio no pudo menos de inmutarse ante tan terrible reflexion.

—Si, cuando Benvenuto llegue á pedir tu libertad, Colombia es ya la mujer de otro, di, que harás de tu libertad?

Ascanio se pasó una mano por la frente para enjugar el sudor de que estaba bañada, mientras que la otra buscaba en su bolsillo la carta salvadora; pero cuando Aubry creía que iba á ceder, movió la cabeza como si tratase de ahuyentar toda irresolucion:

—No! dijo, no! A Benvenuto solo! Hablemos de otra cosa.

Y pronunció estas palabras con un tono que indicaba que al menos en aquel momento era completamente inútil insistir.

—Entonces, dijo Aubry pareciendo tomar interiormente una resolucion importante, entonces, amigo, si hemos de hablar de otra cosa, podemos dejarla para mañana, por que temo que nos encuentren juntos. Ademas te confieso que fatigado con mis tribulaciones del dia de hoy y mi trabajo de la noche, necesito mas de reposo que de hablar. Quédate, pues, con Dios, que yo me vuelvo á mi calabozo, y cuando desees verme, me llamarás. Entre tanto eubre con esa estera el agujero que acabo de hacer, á fin de que no corten nuestra comunicacion. Adios, Ascanio; la noche es buena consejera y espero hallarte mañana mas razonable.

Y pronunciando estas palabras, sin querer escuchar las observaciones de Ascanio que procuraba detenerle, metió primero la cabeza en su pasadizo subterraneo, y arrastrándose como un reptil llegó á su calabozo. Ascanio, ejecutando el consejo que le había dado su amigo, apenas desaparecieron los pies del estudiante, tendió la estera sobre el horadado rincon de su encierro, desapareciendo de este modo enteramente la vía de comunicacion que acababa de establecerse entre los dos catabozos.

En seguida tiró su jubón sobre una de las sillas, que con la mesa y la lámpara componian todo su ajuar, y se acostó en su cama: á pesar de la zozobra que las reflexiones de su amigo le habían infundido, se quedó pronto dormido, por que la fatiga del cuerpo era superior á los tormentos del alma.

Pero Aubry, en lugar de seguir el ejemplo de Ascanio, aunque tenía

tanta ó mas necesidad de sueño que él, contentóse con sentarse en su escañal y se puso á reflexionar profundamente, lo que, como ya sabe el lector, era tan opuesto á su costumbre, que era indudable que meditaba algún gran golpe.

La inmovilidad del estudiante duró un cuarto de hora, poco mas ó menos, despues de lo cual se levantó lentamente, y con el paso de un hombre ya resuelto, se dirijó á su abertura, deslizándose por ella de nuevo, pero con tantas precauciones y observando esta vez un silencio tan profundo, que cuando llegó al otro lado y levantó la estera con su cabeza, observó con alegría que la operacion que acababa de ejecutar no había despertado á su amigo.

Esto era todo lo que deseaba el estudiante; así es que con precauciones mayores aun que las que hasta entonces había tomado, salió lentamente de su galeria subterránea, se aproximó con eliento la respiracion, á la silla donde estaba el jubón de Ascanio, y sin separar la vista de éste, y con el oido atento, sacó del bolsillo la preciosa carta tan ambicionada por Cellini, y puso dentro del sobre un billete de Gervasia que dobló exactamente de la misma manera que lo estaba la carta de la duquesa, calculando que mientras Ascanio no la abriese, creería siempre que era la misma de la bella Ana de Heilly la que aquella cubierta encerraba.

En seguida se volvió á la estera con el mismo silencio, la levantó, se deslizó de nuevo por la abertura y desapareció como las fantasmas que se hunden por los escotillones de un teatro. Aubry no pudo retirarse mas oportunamente, por que apenas había entrado en su calabozo, oyó la puerta de el de Ascanio jirar sobre sus goznes, y la voz de su amigo que gritaba con el acento de un hombre que se despierta sobresaltado:

—Quien vá allá?

—Yo, respondió una voz dulce; nada temais, es una amiga.

Ascanio, medio vestido, como ya hemos dicho se levantó al acento de esta voz que creía reconocer, y á la luz de su lámpara vió á una mujer velada. Esta mujer se aproximó lentamente á él y levantó su velo. No se había engañado: esta mujer era la duquesa de Etampes.

XXII.

EN QUE SE PRUEBA QUE LA CARTA DE UNA COSTURERA CUANDO SE QUEMA FORMA TANTA LLAMA Y CENIZA COMO LA CARTA DE UNA DUQUESA.

Habia en la animada fisonomia de la hermosa Ana de Heilly cierta mezcla de compasion y de tristeza que enterneció á Ascanio, y le confirmó, aun antes que la duquesa desplegara los lábios, en la idea de que no tenía la menor parte de culpabilidad en la catástrofe de que él y Colomba acababan de ser víctimas.

—Vos, aquí, Ascanio, dijo con voz meliodosa; vos á quien yo queria dar palacios, encerrado en un cálabozo!

—Ah! señora, exclamó el joven, es cierto que sois absolutamente estirada á la persecucion que sufrimos?

—Habéis sospechado de mí un solo instante, Ascanio? dijo la duquesa. Entonces tenéis razon para aborrecerme, y yo no debo hacer mas que lamentarme en silencio, por ser tan mal conocido de aquel á quien yo tan bien conozco.

—No, señora, no, dijo Ascanio; me han dicho que erais vos quien lo había dirijido todo, pero no he querido creerlo.

—Bien, Ascanio. Sé que no me amais, pero al menos no sois injusto conmigo. Teneis razon, Ascanio; no solamente no he dirijido, sino que lo ig-

noraba todo: el preboste ha sido, Estourville, quien habiendo sabido todo, no sé como, se lo dijo todo al rey y obtuvo la orden para prender y apoderarse de Colombia.

—Y Colombia está en casa de su padre? preguntó vivamente Ascanio.

—No, dijo la duquesa, Colombia está en la mia.

—En vuestra casa, señora! exclamó Ascanio. Por qué está en vuestra casa?

—Es muy hermosa, Ascanio, dijo la duquesa con marcada repugnancia; y ahora comprendo por que la preferis á todas las mujeres del mundo, aunque la mas amante de estas mujeres os ofreciese el mas rico de los ducados.

—Es verdad, amo á Colombia, señora, dijo Ascanio, y ya sabeis que todos prefieren el amor, este bien del cielo, á todos los bienes de la tierra.

—Si, Ascanio, si, vos la amais sobre todas las cosas. Por un momento creí que vuestra pasion hacia ella noseria mas que amor vulgar; pero me he engañado, si, ahora lo conozco, añadió lanzando un suspiro. Separaros por mas tiempo al uno del otro, seria oponerse á la voluntad de Dios.

—Ah señora! exclamó Ascanio, juntando las manos, Dios os ha dado el poder de reunirnos. Sed grande y generosa hasta el fin, señora, y haced la felicidad de dos jóvenes que os amarán y bendecirán toda su vida.

—Pues bien! si, dijo la duquesa, estoy vencida, Ascanio, si, estoy dispuesta á protejeros, á defenderos; ¡pero, ay! tal vez sea ya demasiado tarde.

—Demasiado tarde! ¿qué quereis decir? exclamó Ascanio.

—Tal vez á estas horas, Ascanio, yo misma esté perdida.

—Perdida! ¡y por qué, señora?

—Por haberlos amado.

—¡Por haberme amado! ¡Perdida vos por mi causa?

Si, ¡cuán imprudente soy! si, perdida por vuestra causa; perdida por haberlos escrito.

—¿Qué decís? no os comprendo, señora.

—No comprendeis que el preboste, escudado con la orden del rey ha mandado hacer una pesquisa general en el palacio de Nesle? ¡No comprendeis tampoco que esta pesquisa, que tiene por objeto buscar todas las pruebas de vuestro amor á Colombia, se ejercerá principalmente en vuestra habitacion

—Y qué importa? dijo Ascanio.

—¡Qué importa! continuó la duquesa, si en vuestro aposento hallan esa carta que os escribí en un momento de delirio, si conocen que esa carta es mia, si la llevan al rey á quien he engañado y á cuyo amor renunciaba

por el vuestro, ¡no conocéis que en ese mismo momento caerá mi poder, no comprendéis que entonces nada podré hacer ni por vos ni por Colom-
ba, no comprendéis en fin que seré perdida!

—¡Oh! exclamó Ascanio; tranquilizao, señora, no correis ningun peli-
gro, esa carta no está en mi aposento, la conservo aquí en mi poder, pues
nunca me he separado de ella.

La duquesa respiró, y su fisonomía pasó de la expresión de la ansiedad
á la de la alegría.

—¡Jamás os habeis separado de ella, Ascanio! exclamó á su vez, ¡ja-
más os habeis separado de ella! ¡Y á qué sentimiento, decid, debo el que
no os hayais separado de esa carta venturosa?

—A la prudencia, señora, contestó Ascanio.

—¡A la prudencia! Es decir que me engañaba, Dios mío, si, yo me eu-
gañaba. Y sin embargo debiera haber estado convencida de que no me
amaba. ¡A la prudencia! Pues bien, en ese caso, añadió haciendo un es-
fuerzo sobre sí misma, puesto que no tengo que agradecerlos mas que
vuestra prudencia, ¿creéis, Ascanio, que obráis muy prudentemente con-
servando en vuestro poder una carta de que pueden apoderarse, puesto
que no es difícil que vengan á registrar también vuestra prisión y aun
vuestra misma persona, imposibilitando de este modo protegeros á vos y
á Colomba á la única persona que puede salvaros?

—Señora, dijo Ascanio con su voz dulce y con esa especie de melancolia
que sienten siempre los corazones puros cuando se ven obligados á du-
dar, ignoro si la intención de salvarnos á Colomba y á mí está en el fondo
de vuestro corazón como en nuestros labios, ignoro si el deseo solo de
apoderaros de esa carta, que como habeis dicho, puede perderos, os ha
conducido hasta aquí; ignoro en fin si cuando la tengais en vuestro poder
no os convertireis de protectora en enemiga; pero lo que sé, señora, es,
que esa carta es vuestra, que os pertenece, y que desde el momento en
que habeis venido á reclamarla no tengo ya derecho para retenerla.

Ascanio se levantó, se dirigió á la silla sobre la cual estaba su jubón,
registró los bolsillos, y sacando de ellos una carta cuyo sobre reconoció la
duquesa al primer golpe de vista.

—Tomad, señora, dijo, este papel tandeseado por vos, y que sin poder
serme útil puede seros tan perjudicial; tomadlo y rompedlo; he hecho lo
que debo, ahora hareis lo que querais.

—¡Ah! tenéis un corazón verdaderamente noble y generoso, Ascanio,
exclamó la duquesa arrebatada por ese primer movimiento que á veces se
halla hasta en el fondo de las almas mas corrompidas.

—Viene gente, señora; ¡no os descuidéis! exclamó Ascanio.

—Teneis razon, contestó la duquesa. Y al ruido de los pasos que efectivamente se acercaban alargó vivamente la mano hacia la lámpara, apilando el papel á la llama que un instante lo devoró. Sin embargo, la duquesa no lo soltó hasta que el fuego estuvo á punto de quemar sus dedos, y la carta casi enteramente consumida bajó dando vueltas; cuando tocó el suelo estaba completamente reducida á cenizas, sobre las cuales puso el pie la duquesa.

En este momento se presentó el preboste en la puerta.

—Me han dicho que estábais aqui, señora, dijo con aire inquieto, mirando alternativamente á Ascanio y á la duquesa, y me he apresurado á bajar para ponerme á vuestra disposicion. ¿Podemos seros útiles en alguna cosa, yo ó alguno de los que están bajo mis órdenes?

—No, señor, dijo la duquesa, no pudiendo disimular el sentimiento de profunda alegría que salía de su corazon al rostro, no, pero no por eso os agradezco menos vuestra buena voluntad. He venido solamente para interrogar á este jóven que habeis mandado prender, y para asegurarme si verdaderamente era tan culpable como dicen.

—Y cuál ha sido el resultado de ese exámen? preguntó el preboste con un tono que revelaba cierta ironia.

—Que Ascano es menos culpable de lo que yo pensaba. Así es que os encargo, señor, que tomeis el mayor interés por él, y que le proporcioneis si es posible, un alojamiento mas cómodo que este.

—Desde mañana pensaremos en esto, señora, pues ya sabeis que para mi vuestros deseos son órdenes. ¿Teneis algo mas que mandarme, y queréis continuar vuestro interrogatorio?

—No señor, respondió Ana, sé todo lo que deseaba saber.

A estas palabras la duquesa salió del calabozo, dirigiendo á Ascano una mirada llena de gratitud y de pasion.

El preboste la siguió y la puerta se cerró en seguida.

¡Pardiez! dijo Aubry que no había perdido una palabra de la conversacion de la duquesa y de Ascano, ¡pardiez! todavia hay tiempo.

En efecto, el primer cuidado de Marmagne al volver en si, fué mandar decir á la duquesa que acaba de recibir una herida que podria ser mortal, pero que antes de morir queria revelar un secreto de la mas alta importancia para ella. La duquesa no esperó segundo recado, corrió inmediatamente á donde estaba Marmagne, y esta le dijo entonces que habia sido atacado y herido por un estudiante llamado Aubry, que queria entrar en el Chatelet para ver á Ascano y pedirle cierta carta que deseaba obtener Cellini.

Estas palabras bastaron para que lo comprendiese todo la duquesa.

la cual maldiciendo la pasion que esta vez la habia hecho salir de los limites de su prudencia ordinaria, corrio al Chatelet, á pesar de no ser mas que las dos de la madrugada, mandó que la al riesen el calabozo del preso, y allí pasó entre ella y Ascanio la escena que acabamos de contar, y la qual tuvo, segun creia la duquesa, el resultado favorable que ella apetecia.

Segun habia dicho Aubry aun ara tiempo.

Pero solo estaba hecho la mitad del trabajo y seguramente quedaba por hacer la mas dificil. El estudiante tenia en su poder la carta que tan á pique habia estado de ser anonadada para siempre; pero no era en las manos de Aubry donde esta carta podia tener su valor, sino en las de Cellini.

Ademas Aubry estaba preso, y muy preso, y segun le habia dicho su predecesor, no salia con facilidad del Chatelet el que tenia la desgracia de entrar en él. Debemos, pues, confesar frankamente que Aubry se veia en el mayor embarazo del mundo sin saber qué haria de su riqueza.

Tratar de huir por medio de la violencia era imposible. Armado de su puñal, bien podia Aubry matar al calabocero que le traia su comida, apoderarse de sus llaves y disfrazarse con sus vestidos. Pero ademas de que este medio extremo repugnaba á su carácter, no le ofrecia la suficiente seguridad. Habia diez probabilidades contra una, de que seria reconocido, registrado, despojado de su preciosa carta y vuelto á su calabozo.

Tratar de huir por medio de la destreza era menos seguro todavia. El calabozo se hallaba á ocho ó diez pies bajo tierra, barras de hierro enormes cruzaban la lumbrera por donde penetraba el único rayo de luz que bajaba al calabozo. Se necesitaban meses enteros para quitar una de estas barras, y aun despues de quitada ¿dónde se hallaria el fugitivo? En algun patio cuyas paredes no podria saltar y en donde insatiablemente lo hallarian al siguiente dia.

Que daba el soborno; pero gracias al fallo dado por el corregidor y que señalaba á Gervasia veinte sueldos parisicos por la perdida de su honor, el preso no poseia mas dinero que la suma de diez sueldos parisicos, suma insuficiente para seducir al poor calabocero de la peor prisión, y que no podia ofrecerse decentemente á un llavero de una fortaleza real.

Tenemos, pues, el sentimiento de decir que Aubry se hallaba sumerido en la situacion mas cruel y embarazosa del mundo: de vez en cuando parecia sin embargo, que se presentaba á su mente una idea de salvacion, pero sin duda esta idea arrastraba consigo muchos graves inconvenientes; porque Aubry sencilla el ceño con frecuencia y lanzaba suspiros que probaban que el pobre muchacho sufria una lucha interior de las mas violentas.

tas. Esta lucha fué tan violenta y prolongada que Aubry no pensó en dormir toda la noche, y pasó el tiempo paseándose de arriba abajo, sentándose y levantándose á cada instante. Era la primera vez que le acontecía velar para reflexionar. Aubry jamás había velado sino como bebedor, como jugador ó como enamorado. Al despuntar el día sin embargo, la lucha pareció mitigada, sin duda por la victoria de una de las fuerzas opuestas, por que Aubry lanzó un suspiro mucho mas lamentable que ninguno de los que hasta entonces había lanzado, y se arrojó sobre su cama como un hombre completamente abatido.

Apenas se había acostado cuando oyó pasos en la escalera, la llave sonó en la cerradura, rechinaron los cerrojos, la puerta giró sobre sus goznes y dos hombres de justicia se presentaron en el umbral: el uno era el correjidor, y el otro el escribano. El desagrado de la visita fué templado por el placer que tuvo Aubry en ver á dos antiguos conocidos.

—Ah, ah! amigo, dijo el correjidor conociendo á Aubry, al fin habeis logrado venir al Chatelet; sois el mismo demonio, seducis á las jóvenes y daís estocadas á los nobles! Oh! esta vez será otra cosa, porque la vida de un noble vale mas que el honor de una costurera, y no pagarcis la que habeis hecho con veinte sueldos parisies.

Por formidables que fuesen las palabras del juez, el tono con que las había pronunciado tranquilizaba un poco al preso, porque su rostro jovial parecía inspirarle la confianza de que nada fatal podría venirle de su parte, verdad es que no se podía decir lo mismo de su escribano, que á cada amenaza que hacia el correjidor meneaba la cabeza en señal de aprobación. Esta era la segunda vez que Aubry veía juntos á estos dos hombres, y cualquiera que fuese la preocupación que le inspirasen la precaria situación en que se hallaba, no pudo menos de hacer interiormente las reflexiones mas filosóficas sobre el capricho de la suerte, que había reunido á dos individuos tan opuestos en físico y en carácter.

Principió el interrogatorio; Aubry no ocultó nada, declaró que habiendo reconocido en el vizconde de Marmagne un noble que le habían hecho traicion varias veces, se había apoderado de la espada de su paje y le había desafiado. Marmagne había aceptado el desafío, el vizconde y el estudiante se habían dado unas cuantas cuchilladas, en una de las cuales cayó el vizconde. Nada mas sabía.

—No sabeis mas, no sabeis nada mas! murmuró el juez diciendo el interrogatorio al escribano. Cáspita! como sino hubiera bastante con eso! vuestra causa no puede ser mas sencilla, puesto que el vizconde de Marmagne es uno de los grandes favoritos de la duquesa de Etampes.

¡Diablo! exclamó el estudiante que principiaba á inquietarse.

Decid, señor juez, ¿es tan mala la causa como decís?

—Peor todavía, mi querido amigo, mucho peor, puesto que no tengo la costumbre de intimidar á mis clientes. Pero os lo prevengo para que si tenéis algunas disposiciones que tomar....

—Disposiciones que tomar! exclamó el estudiante. Pues qué, señor juez, creéis que mi vida está en peligro?

—Quién lo duda, dijo el juez. Con que atacais en medio de una calle á un caballero, le forzais á que se bata, le pasais con vuestra espada y preguntais todavía si corre peligro vuestra vida? Si, amigo mío, sí, y muy grande.

—Pero estos desafíos ocurren todos los días y no veo por eso que se persiga á los culpables.

—Si, cuando los culpables son nobles, amigo mío, cuando á dos nobles place cortarse la cabeza, es un derecho de su condición, y el rey nada tiene que ver en ello; pero si algún día les ocurre la idea á los plebeyos de batirse con los nobles, como son más numerosos que estos, no quedaría pronto ningún noble, lo que sería una lástima.

—Y cuántos días creéis que durará mi proceso?

—Cinco ó seis días, poco más ó menos.

—Cómo! exclamó el estudiante. Cinco ó seis días nada más!

—Sin duda, el hecho es claro, hay un hombre que se muere, confesará que le habéis matado, la justicia está satisfecha; sin embargo añadió el juez dando á su rostro un carácter más profundo de benevolencia, si queréis dos ó tres días más.

—Con mucho gusto.

—Pues bien, alargaremos los escritos y ganaremos tiempo. En el fondo sois buen muchacho y quiero hacer algo por vos.

—Y ahora, dijo el juez levantándose, tenéis algo más que pedirme?

—Podría ver á un sacerdote?

—Por qué no, tenéis derecho á pedirlo.

—Entonces, señor juez, haced que me envíen uno.

—Voy ahora mismo á cumplir vuestro encargo, amigo mío.

—Os lo agradezco mucho.

—Señor estudiante, dijo entonces el escribano á media voz, y aproximándose al preso, queréis concederme una gracia?

—Con mucho gusto, dijo Aubry, cuál?

—Teneis por ventura amigos, parientes ó quienes pensáis dejar todo lo que poseéis?

—Amigos, no tengo más que uno y se halla preso como yo. Parientes;

no tengo mas que primos y primas muy lejanos. Así que hablad, señor es
cribano, hablad.

—Señor, yo soy un pobre padre de familia que tengo cinco hijos.

—Y qué?

—Jamás hé podido prosperar en mi oficio, á pesar de que lo desempeño
con escrupulo y probidad. Todos mis compañeros ganan mas que yo.

—Y por qué?

—Por que? voy á deciroslo.

—Decidlo.

—Por que tienen fortuna.

—Ah!

—Pero por qué tienen fortuna?

—Esto es lo que yo os pregunto, señor escribano.

—Y esto es lo que yo voy á deciros, señor estudiante.

—Me hareis un favor.

—Tienen fortuna.... el escribano bajó mucho mas la voz.—Tienen for-
tuna, porque tienen la cuerda del ahorcado en su bolsillo, comprendeis?

—No.

—Sois torpe para comprender. No vais á hacer testamento?

—Testamento yo, por qué?

—Toma? para que no haya pleito entre vuestros herederos. Pues bien,
decid en ese testamento que autorizais á Marcos Bonifacio Grimoineau, es-
cribano del correjimiento, para reclamar del verdugo un cabito de vuestra
cuerda.

—Ah! exclamó Aubry con voz ahogada: ya comprendo.

—Y concedeis mi petición.

—Por que no?

—Joven! reflexionad bien lo que acabais de prometerme. Muchos han
dado la misma palabra que vos; pero los unos han muerto intestados, y los
otros han escrito mal mi nombre, Marcos Bonifacio Grimoineau, de suerte
que ha habido equivocación y embrollos, otros en fin que eran criminales.
si, muy criminales, os lo digo bajo mi palabra de honor; han sido absueltos
y han ido á dejarse ahorcar en otra parte; de modo que perdi todas las es-
peranzas cuando caisteis en nuestras manos.

—Está bien, señor escribano, está bien, dijo Aubry; esta vez podeis estar
tranquilo, por que si me ahorcan, no vereis burladas vuestras esperanzas.

—Os ahorcarán, señor, os ahorcarán, no hay que dudar.

—Vamos? Grimoineau, dijo el juez.

—Vamos, señor juez, vamos. Con qué me marcho descuidado, señor
estudiante?

- Marchaos descuidado.
 - Palabra de honor?
 - Palabra de plebeyo!
 - Esta vez al menos haré negocio, dijo el escribano al marcharse: voy á anunciar esta buena noticia á mi mujer y á mis hijos.
- Y siguió al correjidor que le reprendió amablemente por haberle hecho esperar.

que se ve que una verdadera amistad es capaz de llevar el desinteres hasta el matrimonio.

XXIII.

EN QUE SE VE QUE UNA VERRADERA AMISTAD ES CAPAZ DE LLEVAR EL DESINTERES HASTA EL MATRIMONIO.

Cuando quedó solo Aubry, volvió á sus reflexiones mucho mas profundas que antes, y preciso es convenir que su conferencia con el corredor prestaba amplia materia á la meditacion. Sin embargo, apresúremos á decir que el que hubiera podido leer en su espíritu, habría visto que la situación de Ascanio y de Colomba, situación que dependía de la carta que tenía entre las manos, ocupaba el primer lugar en sus pensamientos, y que antes de pensar en su persona, de la cual esperaba ocuparse mas tarde, pensaba en ellos.

Media hora haría que estaba meditando, cuando volvió á abrirse la puerta de su calabozo, y el calabocero se presentó en el umbral.

—Sois vos quien ha pedido un sacerdote? preguntó gruñendo.

—Sí, yo soy, dijo Aubry.

—El diablo me lleve si sé lo que tienen todos que hacer con un fraile, dijo entre dientes el carcelero; pero lo que sé es que no pueden dejar cinco minutos á un pobre hombre tranquilo. Vamos, padre, entrad, continuó dejando paso al sacerdote, y despachad pronto.

En seguida cerró la puerta sin cesar de resfusñar , y dejando dentro del culabozo al sacerdote con el preso.

—Sois vos quien me ha mandado llamar, hijo mio? preguntó el sacerdote.

—Sí, padre mio, respondió el estudiante.

—Quereis confesaros?

—No, todavia no, deseo solamente hablaros de un simple caso de conciencia.

—Hablad, hijo mio , respondió el sacerdote sentándose en el escabel, y ojalá que mis débiles luces puedan guiaros.

—Precisamente os he hecho venir para que me deis un consejo.

Ya os escucho.

—Padre mio, dijo Aubry, yo soy un gran pecador.

—Ay! exclamó el sacerdote, dichoso al menos el que lo reconoce.

—Pero no es esto todo; no solamente soy un gran pecador; como os decía, sino que he hecho caer á los demás en el pecado.

—¿ Y puede repararse el daño que habeis causado ?

—Creo que si, padre mio, creo que si. La que he arrastrado contigo al abismo era una joven inocente.

—Segun eso la habeis seducido ? preguntó el sacerdote.

—Seducido, sí, padre mio, así es la verdad.

—¿ Quereis reparar vuestra falta ?

—Al menos esa es mi intención.

—No hay mas que un medio de repararla.

—Bien lo sé, y por eso he estado tanto tiempo indeciso. Si hubiera habido dos medios habría escogido el otro.

—Luego deseais casaros con ella ?

—Esperad un poco, no, no quiero mentir; no, padre mio no lo deseo; me resigno solamente.

—Mejor seria un sentimiento mas puro, mas desinteresado.

—Qué quereis, padre mio, hay personas que han nacido para ser casadas, y otras para permanecer solteras. El celibato era mi vocacion, y os confieso, que solo puede obligarme á renunciar á ella la circunstancia en que me allo....

—Pues bien! hijo mio, cuanto antes mejor.

—¿ Y cuándo podría verificarse ese cuanto antes? preguntó Aubry.

—Tómala! dijo el sacerdote, como es un casamiento *in extremis*, se obtendrán todas las dispensas necesarias, y pienso que pasado mañana...

—Bien! sea pasado mañana, dijo el estudiante lanzando un suspiro.

—Y ella, la joven scdubida?

—Qué?

- Consentirá?
- En qué?
- En casarse con vos.
- Pardiez! si consentirá, con el mayor placer del mundo. No se le hacen proposiciones de esta especie todos los días.
- Entonces no habrá ningún impedimento?
- Ninguno.
- Y vuestras padres?
- Están ausentes.
- Y los suyos?
- Son desconocidos.
- Su nombre?
- Gervasia Popinot.
- Quereis que la lleve esta noticia?
- Si quereis tomaros esta molestia, os viviré reconocido.
- Hoy mismo se lo diré.
- Decidme, padre mío, ¿podrías llevarla de mi parte una carta?
- No, hijo mío, nosotros los que estamos consagrados al servicio de los presos, hemos hecho el juramento de no llevar ningún mensaje [de su parte] á nadie sino hasta después que mueren. Cuando llegue este momento, todo lo que gustéis.
- Gracias, sería inútil, contentémonos, pues, con el casamiento, murmuró Aubry.
- No tiene nada más que decirme?
- Nada sino que en caso de que se dude de la verdad de lo que digo, y opusieran alguna dificultad en acceder á mis deseos, en apoyo de lo que os he manifestado, encontrarán en poder del señor corregidor una demanda de la espresada Gervasia Popinot, la cual probaría al tribunal que nada digo que no sea la exacta verdad.
- Dejad á mi cuidado allanar todas las dificultades, respondió el sacerdote, que había creído observar que en la acción que Aubry se proponía llevar á cabo no procedía por entusiasmo, sino que cedia á una necesidad, y de aquí á dos días....
- De aquí á dos días?
- Habréis vuelto el honor á quien se lo habeis quitado.
- Ay! murmuró el estudiante lanzando un profundo suspiro.
- Bien, hijo mío, bien, dijo el sacerdote; cuanto más nos cuesta un sacrificio, más grato es á los ojos de Dios.
- Si es así, respondió el escolar, Dios me debe estar muy agradecido: id, padre mío, id!

En efecto, no sin gran repugnancia había tomado Aubry semejante resolucion; segun había dicho á Gervasia, había heredado la antipatia paterna al matrimonio, y nada menos que la amistad de Ascanio fué necesaria, ayudada de la idea de que él era quien lo había perdido, corroborado todo con los mas bellos ejemplos de heróico desinterés que la antigüedad había podido suministrare, para elevar esta amistad al grado de abnegacion á que había llegado.

Pero, dirá tal vez el lector ¿qué hay de comun entre el casamiento de Gervasia y de Aubry con la felicidad de Ascanio y de Colomba, y porque era necesario este casamiento para salvar á su amigo?

Aquí podria decirse al lector que carece de penetracion. Verdad es que él por su parte podría contestar que no está obligado á tenerla.

Tómese, pues el lector el trabajo de leer el fin de este capítulo, trabajo que hubiera podido ahorrarse si hubiese sido mas perspicaz.

Despues que marchó el sacerdote, imposibilitando Aubry de retroceder un paso en su empresa, pareció mas tranquilo; es propio de las resoluciones, aun las mas terribles, producir la calma despues de tomadas. El espíritu [que ha luchado descansa, el corazon que ha combatido se adormece.

Aubry, pues, permaneció en su reposo y en su letargo, hasta el momento en que despues de haber oido ruido en el calabozo de Ascanio creyó que este ruido causado por la entrada del calabocero que le llevaba su desayuno, era una garantía de tranquilidad para muchas horas. En su consecuencia dejó trascurrir algunos minutos, despues de los cuales, seguro ya de que ningun ruido turvaba el silencio, se metió en su galeria subterránea, salvó como de costumbre la distancia, y levantó la estera con su cabeza.

El calabozo de Ascanio yacia en la oscuridad mas profunda.

Aubry llamó á media voz, pero nadie lo contestó. El calabozo estaba enteramente solitario.

El primer sentimiento de Aubry fué un sentimiento de alegría, Ascanio estaba libre, y si Ascanio estaba libre no tenia necesidad de él... Pero casi al mismo tiempo se acordó del encargo que había oido la víspera, hecho por la duquesa de Etampes para que trasladasen á Ascanio á una prision mas cómoda. El ruido que acababa de oir el estudiante era producido por la mudanza de su amigo.

Deslumbradora fué la esperanza que había concebido Aubry, pero rápida como un relámpago.

Dejó caer otra vez la estera y se volvió á su calabozo. Tenia ya que renunciar á todo consuelo, hasta de á ver su amigo por quien se sacrificaba.

No le quedaba, pues, mas recurso que reflexionar, pero Aubry había ya reflexionado tanto tiempo, y sus reflexiones habían tenido tan doloroso resultado, que prefirió dormir. Arrojóse, pues sobre la cama, y á pesar del estado afeítivo de su alma no tardó en dormirse profundamente.

Sonó que había sido condenado á muerte y ahorcado; pero, como por una mala intención del verdugo, la cuerda había sido mal encebada, la ahorcadura quedó incompleta, de consiguiente fué enterrado vivo. Y en su sueño el infeliz Aubry comenzaba á devorarse los brazos, cuando el escribano que no se había olvidado de su cargo de cuerda, vino á reeojerla, abrió la sepultura donde estaba enterrado Aubry y le volvió á un tiempo la vida y la libertad.

Ay! esto no era mas que un sueño, y cuando el estudiante se despertó, su vida estaba muy comprometida y su libertad enteramente perdida.

La tarde, la noche y el dia se pasaron sin que Aubry recibiese otra visita que la de su carcelero, de quien no pudo obtener una sola palabra de contestación á las varia preguntas que le dirijí.

En la mitad de la noche, y cuando Aubry estaba en su primer sueño, oyó jirar la puerta sobre sus goznes y se despertó sobresaltado. Por muy dormidos que se hallen los presos, el ruido de una puerta que se abre les despierta siempre.

El escolar se incorporó en la cama.

—Levantaos y vestios, dijo la bronca voz del carcelero, mientras que Aubry veía brillar detrás de él á la luz de la antorcha que llevaba, las alabardas de dos guardias del prebostazgo.

La segunda intimación era inútil, porque no habiendo en la cama de Aubry ni sábanas ni manta, se acostaba siempre vestido.

—A donde me queréis llevar? preguntó Aubry casi medio dormido todavía.

—Sois muy curioso, dijo el carcelero.

—Sin embargo quisiera saber..., replicó el estudiante.

—Vainos, vainos, pocos discursos y seguidme.

El preso conoció que era inútil toda resistencia, y obedeció.

El carcelero marchó delante, seguiale Aubry, y detrás de este los dos guardias escoltándole.

Aubry miraba á su rededor con una inquietud que no podía disimular temiendo sin duda una ejecución nocturna; sin embargo, una cosa lo tranquilizaba, y era el no ver ni sacerdote ni verdugo.

Al cabo de diez minutos se halló Aubry en la primera sala á donde lo habían conducido cuando entró en el Chatelet, pero allí, en lugar de llevárselo á la puerta, cosa que Aubry había tenido la debilidad de esperar

por un instante, pues con tanta facilidad nos hacemos ilusiones en nuestras desgracias, su guia abrió una puerta oculta en un rincón y penetró en un corredor interior: este corredor daba á un patio.

Al llegar á este patio, al hallarse al aire libre y al ver la bóveda del cielo, Aubry sintió una emoción difícil de describir y respiraba con ansia aquel aire de vida que no sabía cuando volvería á respirar.

Después, cuando vió en el otro lado del patio las ventanas ojivas de una capilla del siglo IV, comenzó á adivinar de qué se trataba.

Nuestra veracidad de narrador nos obliga á decir que casi le faltaron las fuerzas al sospechar á donde era conducido. Sin embargo, el recuerdo de Ascanio y de Colomba se presentó á la vez á su espíritu, y la grandeza de la buena acción que iba á ejecutar le sostuvo en su apurado trance. Avanzó, pues, con paso firme hacia la iglesia, y al llegar á su umbral todo le fué explicado.

El sacerdote estaba en el altar; en el presbiterio le esperaba una mujer: era Gervasia.

En medio de la capilla halló al gobernador del Chatelet.

—Habéis solicitado restituir, antes de morir, el honor á la joven á quien habíais seducido, dijo el gobernador, y como es justa la petición, se os ha concedido.

Una nube pasó por los ojos del estudiante; pero llevó la mano á la carta de la duquesa de Etampes, y recobró valor.

—Oh! mi querido Aubry, exclamó Gervasia corriendo á arrojarse en los brazos del estudiante; ¡oh! ¡quién me hubiera dicho que esta hora que yo deseaba sonaría en semejante circunstancia!

—Quéquieres, mi querida Gervasia! exclamó el escolar recibiendo á Gervasia en sus brazos; Dios sabe á quienes debe castigar y á quienes premiar: sometámonos á la voluntad de Dios!

Después añadió en voz baja y deslizándose en la mano la carta de la duquesa de Etampes:—Para Benvenuto, á él solo.

—Hum! murmuró el gobernador acercándose vivamente á los dos esposos, ¿qué es eso?

—Nada; digo á Gervasia que la amo.

—Como, segun todas las apariencias, no tendrá probablemente tiempo para conocer lo contrario, las protestas son inútiles; acercaos al altar y despachad pronto.

Aubry y Gervasia se dirijieron sin pronunciar una palabra hacia el sacerdote que los esperaba. Al llegar enfrente de él ambos se arrodillaron, y principió la misa.

Aubry hubiera querido hablar algunas palabras con Gervasia, que por

su parte se consumia por no poder manifestar su gratitud á Aubry; pero dos guardias colocados cerca de ellos vigilaban sus gestos y espiaban sus palabras. No fué poca fortuna, que en un momento de compasion sin duda, los hubiese dejado el goberdador darse el abrazo, á merced del cual habia pasado la carta de las manos de Aubry á las de Gervasia. Perdido este momento, la vigilancia ejercida sobre los dos esposos, hubiera hecho inútil el sacrificio del pobre estudiante.

Indudablemente el sacerdote habia recibido sus instrucciones, porque abrevió mucho su discurso. Quizás tambien reflexionaba que era inútil hacer grandes recomendaciones conyugales y paternas á un hombre que iba á ser ahorcado dentro de dos ó tres días.

Terminado el discurso, dada la bendicion, dicha la misa, Aubry y Gervasia creyeron que les concederian por lo menos en momento de conferencia; pero nada menos que eso; á pesar de las súplicas de Gervasia, que materialmente se deshacia en lágrimas, los guardias separaron cruelmente á los dos nuevos esposos.

Tuvieron no obstante tiempo para dirigirse una mirada. La de Aubry queria decir: no olvides mi encargo.

La de Gervasia contestaba: pierde cuidado, lo haré *esta noche misma* ó mañana por la mañana lo mas tarde.

En seguida fueron los esposos conducidos por opuestos lados. Gervasia fué acompañada galantemente hasta la puerta de la calle, y Aubry custodiado políticamente hasta su calabozo.

Al entrar en él lanzó un suspiro mas profundo que ninguno de los que había lanzado desde su entrada en la prisión: estaba casado!

De este modo Aubry, nuevo Curcio, se precipitó, impelido por su abnegacion, en la sima del himeneo.

XXIV.

LA FUNDICION.

Ahora con el permiso de nuestros lectores, dejemos un instante el Chatellet para volver al palacio de Nesle.

A los gritos de Benvenuto, sus operarios habian acudido y le habian seguido á la fundicion.

Todos le conocian en el trabajo; pero jamás habian visto un ardor semejante en su rostro, ni llama igual en sus ojos, cualquiera que hubiera podido vaciarlo á él mismo en aquel momento como él iba á vaciar á su Júpiter, hubiera dotado al mundo con la estatua mas hermosa que hubiera podido hacerse del genio del arte.

Todo estaba preparado, el modelo de cera, cubierto con una capa de tierra, esperaba rodeado de hierro y en el hornillo, la hora de la vida. La leña tambien estaba dispuesta; Benvenuto aplicó á ella la llama por cuatro puntos diferentes, y como era de abeto muy seca, el fuego prendió rápidamente todas las partes del horno, y pronto el molde pudo formar el centro de una inmensa hoguera. Entonces la cera principió á salir por los cañoncillos, mientras que por su parte cocía el molde; al mismo tiempo los

operarios abrían una gran zanja cerca del horno en que el metal debía entrar en fusión, porque Benvenuto no quería perder un solo instante, y tan luego como se cociera el molde, quería proceder á la fundición.

Día y medio estuvo destilando cera el molde; día y medio, mientras que los operarios se relevaban alternativamente para descansar, Benvenuto veló, dando vueltas al rededor del horno, alimentando el fuego, animando á los trabajadores. En fin, conoció que toda la cera estaba destilada y el molde perfectamente cocido; esta era la segunda parte de su obra; la última era la fundición del bronce y el vaciado de la estatua.

Al llegar á esta parte del trabajo, los operarios que no comprendían aquella fuerza sobrehumana, y aquel furioso ardor de Benvenuto, quisieron obligarle á que descansara algunas horas; pero estas eran algunas horas aumentadas al cautiverio de Ascanio y á las persecuciones de Colonia; y Benvenuto se opuso. Parecía que era del mismo metal que ese bronce de que iba á hacer un dios.

Cuando estuvo abierta la zanja, ciñó el molde con esceletas cuerdas y con el auxilio de cabestrantes preparados al efecto, lo levantó con todo el cuidado posible, lo transportó por encima de la zanja y lo bajó á ella lentamente hasta que estuviese á la altura del horno; entonces echó al rededor del molde la tierra estraida del foso apisonándola por capas y colocando en ella á medida que se elevaba, los tubos de tierra cocida destinados á servir de cañoncillos. Todos estos preparativos ocuparon el resto del día. Llegó la noche, hacia cuarenta y ocho horas que Benvenuto no había dormido ni se había acostado ni aun sentado. Los trabajadores le suplicaban, Scozzne le reñía; pero Benvenuto no quería atender á nada; una fuerza mágica parecía sostenerle, y no contestaba á las súplicas y á las reprensiones, sino designando á cada operario la tarea que debía ejecutar con la voz breve y dura con que un general de ejército manda la maniobra á sus soldados.

Benvenuto quería principiar la fundición inmediatamente; el enérgico artista que había visto constantemente ceder ante él todos los obstáculos, ensayaba entonces su poder imperativo sobre si mismo; abrumado de fatiga, devorado de inquietud, abrasado por la fiebre, mandaba á su cuerpo obrar y este cuerpo de hierro obedecía, mientras que sus compañeros se veían obligados á retirarse los unos detrás de los otros, como en una batalla vemos á los soldados heridos dejar sus filas para retirarse al hospital de sangre.

El horno de fundición estaba preparado; Benvenuto había hecho que se llenara de barras de bronce y de cobre colocadas simétricamente las unas sobre las otras á fin de que el calor pudiera hacerse lugar entre ellas y la

fusion se verificase mas rápidamente y completamente. Aquí encendió el fuego como en el primer hornillo, ó inmediatamente como la leña era de abeto, la resina que destilaba unida á la combustibilidad de la madera formó tal llama que elevándose mas alta de lo que se creía, llegó hasta el techo de la fundición, que como no era mas que de madera, ardió al momento. Al ver, y sobre todo al sentir el calor de este incendio, todos los operarios á excepción de Hermann se alejaron; pero Hermann y Benvenuto bastaban para hacer frente á todo. Cada uno de ellos tomó un hacha y se puso á derribar los pilares de madera que sostienen el cobertizo. Un instante después el techo enteramente inflamado cayó. Entonces con los gatos, Benvenuto y Hermann empujaron los fragmentos ardiente al hornillo, y aumentándose el calor principió el metal á fundirse. Pero al llegar á este punto Benvenuto Cellini sintió agotadas sus fuerzas. Hacía cerca de sesenta horas que no había dormido, veinte y cuatro que no había comido, y en todo este tiempo había sido el alma del movimiento, el eje de toda aquella fatiga. Una fiebre terrible se apoderó de él. En una atmósfera tan ardiente que nadie podía resistir, temblaban sus miembros y castañeteaban sus dientes como si se hallara en medio de las nieves de la Laponia. Los operarios se aperecieron de su estado y se acercaron á él; Benvenuto quiso resistir todavía y negar su derrota, por que para este hombre ceder, aunque fuese ante lo imposible, era una vergüenza; pero en fin le fué preciso confesar que se sentía muy malo. Felizmente la fusión llegaba á su término, lo mas difícil estaba hecho, lo demás era una obra mecánica fácil de ejecutar. Llamó á Pagolo: Pagolo no estaba allí. Sin embargo, á los gritos de los operarios que repetían su nombre en coro, se presentó Pagolo diciendo que venía de orar por el feliz resultado de la fundición.

Este no es tiempo de orar, exclamó Benvenuto, y el Señor ha dicho: quien trabaja ora. Este es el momento de trabajar, Pagolo. Escucha, conozco que me muero; pero muera ó no es preciso que mi Júpiter viva. Pagolo, amigo mío, á ti confío la dirección del vecindario, seguro de que si túquieres lo harás todo tan bien como yo. Pagolo, tu oíres inteligente, el metal estará pronto dispuesto, tu no puedes engañarte respecto á su grado de coección, cuando esté rojo, harás echar un pedrero á Hermann y otro á Simon el Zurdo. Ah, Dios mío! que es lo que yo digo? si, después darán un golpe en los dos tapones de los hornos. Entonces el metal correrá y si me he muerto direis al rey que me ha prometido en mi nombre, y que esta gracia... es... Oh! Dios mío! ya no me acuerdo de ella; qué quería pedir al rey? Ah! si... Ascanio... señor de Nestlé... Colombia la hija del preboste... Orbec... la duquesa de Etamps... ah! me vuelvo loco...

Y Benvenuto no pudiendo sostenerse en pie cayó en los brazos de Her-

mann, que lo trasladó como un niño á su cuarto mientras que Pagolo encargado de la dirección de los trabajos daba disposiciones para que estos continuasen.

Benvenuto decía bien, estaba loco, ó mas bien un delirio terrible se había apoderado de él. Scozzone, que sin duda rezaba tambien como Pagolo, acudió para socorrerle; pero Benvenuto no cesaba de gritar: estoy muerto! —voy á morir.—Ascanio! Ascanio! que será de Ascanio?

En efecto mil visiones delirantes pasaban en su cabeza: Ascanio, Colombara, Estefanía, todo esto crecía á sus ojos como espectros y se desvanecía como sombras. Despues, en medio de todo esto, pasaban ensangrentados Pompeyo el platero, á quien había matado de una puñalada, y el maestro de postas de Siena, á quien había matado de un arrebuzazo. Pasado y presente se confundían en su cabeza. Tan pronto era Clemente VII que retenía á Ascanio en prisión, tan pronto era Cómodo I que quería obligar á Colombara á casarse con Orbec. Despues se dirigió á la duquesa Eleonor, creyendo dirigirse á la duquesa de Etampes suplicándola y amenazándola á un tiempo. Despues se reia de la pobre Scozzone que lloraba, y le decía que tuviese cuidado no se rompiera Pagolo la cabeza corriendo por las cornisas como un gato. Despues por ultimo á estos momentos de agitación insensata, sucedían intervalos de postración completa, durante los cuales se hubiera dicho que iba á morir.

Esta agonía duraba hacia tres horas. Benvenuto estaba en uno de estos momentos de letargo que hemos dicho, cuando de repente entró Pagolo en su cuarto, pálido y gritando:

—¡Jesus y la Virgen nos valgan! maestro; ahora todo está perdido y no podemos alcanzar otro socorro que el del cielo.

A pesar de hallarse desmayado y moribundo Benvenuto, estas palabras como un punzón agudo penetraron hasta lo mas profundo de su corazón. El velo que cubría su olejencia se desgarró, y como Lázaro levantándose á la voz de Cristo, se incorporó en su cama gritando:

—Quién ha dicho aquí que todo estaba perdido cuando Benvenuto vive todavía.

—Ay! yo, maestro, yo, dijo Pagolo.

—¡Embustero, infame! exclamó Benvenuto, bien sabía que me engañabas sin cesar, pero no tengas cuidado, Jesus y la Virgen á quienes ahora mismo invocabas están aquí para sostener á los hombres de buena voluntad y para castigar á los traidores...

En este momento se oyó la voz de los operarios que se lamentaban gritando: ¡Benvenuto! Benvenuto!

—Aqui está, aqui está! respondió el artista lanzándose fuera de su apo-

sento pálido, pero lleno de fuerza y de razon, ¡aqui está! y desgraciados aquellos que no hayan cumplido su deber.

En dos brincos se plantó Benvenuto en la fundicion y halló á todos sus aprendices, á quienes había dejado tan llenos de ardor, estupefactos y abatidos; el mismo Hermann parecia morir de cansancio, el coloso vacilaba y se veia obligado á apoyarse en uno de los pilares del cobertizo que habia quedado de pie.

—Escuchadme todos, esclamó Benvenuto con voz terrible y cayendo en medio de ellos como un rayo; todavia no sé lo que ha sucedido, pero aseguro de antemano que tiene remedio: obedeced, pues, ahora que presencio los trabajos, pero obedeced pasivamente sin decir una palabra, sin hacer un gesto, porque el primero que vacile lo mato.

Esto lo digo para los malos.

Para los buenos no diré mas que una palabra: la libertad, la felicidad de Ascanio. Vuestro companero á quien tanto amais, depende del resultado de nuestra empresa. ¡Vamos!

A estas palabras se aproximó Cellini al horno para juzgar del suceso con sus propios ojos.

Habia faltado la leña y el metal se habia enfriado, de modo que se habia vuelto una torta como se dice en términos técnicos.

Benvenuto conoció al momento que todo era remediable; sin duda Paolo habia descuidado su vigilancia, y durante este tiempo habia disminuido el calor del horno; era preciso volver á la llama todo su calor y al metal toda su licuacion.

—¡Leña! esclamó Benvenuto, ¡leña! buscadia por todas partes donde pueda haberla, corred á las panaderias y pagadla si es necesario al precio que os pidan: traed hasta la última viruta que haya en casa. Derriba las puertas del pequeño Nesle, Hermann, si la señora Petra no quiere abrirte-las; todo es de buena presa, y obrad como si estuviéramos en pais enemigo: ¡leña! leña!

Y para dar primero el ejemplo, Benvenuto cogió una hacha y principió á dar golpes en los dos maderos que quedaban todavia de pié y que muy pronto vinieron abajo con el resto del techo, que Benvenuto arrojó inmediatamente en el horno; al mismo tiempo los operarios venian de todos lados cargados de madera.

—¡Bien! bien! ahora, esclamó Benvenuto, ¿estais dispuestos á obedecerme?

—Si, si, gritaron todos; ¡si! en todo lo que nos mandeis y mientras nos quede un soplo de vida.

—Entonces escoged la encina y no arrojeis mas que de esta leña en el

hornó; la encina forma un fuego mas vivo y por consiguiente el remedio será mas pronto,

Inmediatamente la encina llovió por haces en el horno; hasta que Benvenuto tuvo que gritar: basta.

La energía de esta alma había pasado á todas las demás: sus órdenes sus signos, sus gestos. todo era comprendido y ejecutado al punto. Solo Pagolo de vez en cuando murmuraba entre dientes:

—Quereis intentar cosas imposibles, maestro, y esto es tentar á Dios.

A lo que Ceilini contestaba con una mirada que quería decir: está tranquilo, no se ha acabado todo para nosotros.

Sin embargo, á pesar de las predicciones siniestras de Pagolo, el metal principió á entrar de nuevo en fusión, y para apresurar esta fusión, Benvenuto arrojaba de vez en cuando en el horno algunas libras de plomo, removiendo plomo, cobre y bronce con una larga barra de hierro, de suerte, que para servirme de sus propias expresiones, este cadáver de metal principió á revivir. A la vista de este progreso, Benvenuto, alegre, no sentía ya la fiebre ni debilidad, porque él también resucitaba.

En fin, se vió al metal hervir y subir. Inmediatamente Benvenuto abrió el orificio del molde y mandó que quitasen los tapones del horno, lo que fué ejecutado al punto; pero como si esta obra gigantesca debiera ser hasta el fin un combate de titanes, quitados los tapones, Benvenuto vió no solamente que el metal no corría con la rapidez suficiente, sino tambien que no habría tal vez bastante. Entonces ocurriéndosele una de esas ideas supremas que solo los artistas conciben.

—La mitad de vosotros, dijo, quedese aquí, para echar leña en el horno, y seguidme los demás.

En efecto, seguido de cinco operarios se lanzó fuera del palacio de Nesi; un instante despues aparecieron todos cargados de bajilla de plata y de estanjo, de rielas, de jarros medio concluidos; Benvenuto dió el ejemplo y cada uno echó la preciosa carga en el horno, que lo devoró todo en el mismo instante, bronce, plomo, plata, cinceladuras maravillosas, con la misma indiferencia que hubiera devorado al mismo artista, si el artista tambien se hubiese precipitado en él.

Pero gracias á este aumento de materias fusibles, el bronce llegó á liquidarse enteramente, y como si se hubiese arrepentido de su vacilacion de un instante, principió á correr á canales llenos. Hubo entonces un momento de angustiosa expectativa que casi se convirtió en terror, cuando Benvenuto observó que todo el bronce destilado no llegaba hasta el orificio del molde, sondeó entonces con una larga pértega, y conoció que aun cuando el metal no había llegado al orificio, había pasado la cabez de Júpiter.

Entonces se arrodilló y dió gracias á Dios; estaba terminada la obra que debia salvar á Ascanio y á Colombia; y solo faltaba que Dios coronase los esfuerzos y los sacrificios del artista.

Esto es lo que Benvenuto no podria saber sino hasta el dia siguiente.

La noche, como era de suponer, fué una noche de angustia, y á pesar de hallarse tan cansado Benvenuto, apenas disfrutó algunos momentos de sueño y aun este sueño estaba muy lejos de ser el verdadero descanso. Apenas el artista había cerrado los ojos, cuando los objetos reales fueron reemplazados por los objetos imaginarios. Veia á su Júpiter, al señor de los cielos, al rey de la beldad olímpica, torcido como su hijo Vulcano. No comprendia nada en su sueño: dependia la falta del molde ó de la fundicion? ¿Se habia él engañado en la obra ó era el destino que se burlaba del artista? Despues á esta vista su pecho se hinchaba y sus sienes latian ardientemente, y despertó con el corazon palpitante y la frente bañada en sudor. Durante algun tiempo dudó todavia no pudiendo en la confusión de su espíritu, separar la verdad de la mentira. Despues en fin, reflexionó que su Júpiter estaba todavia oculto en su molde como la criatura en el seno de su madre. Recordó todas las precauciones que había tomado, y protestó á Dios que queria hacer no solamente una buena obra, sino una buena accion. Despues mas tranquilo volvió á quedarse dormido bajo el peso de esta fatiga incessante, que parecia no deber ya abandonarle, para caer en un segundo sueño tan insensato y tan terrible como el primero.

Vino el dia, y con él ahuyentó Benvenuto todos los restos del sueño; en un instante se levantó y vistió: un segundo despues se hallaba en la fundicion.

El bronce estaba todavia mas caliente de lo que convenia para ponerlo al aire; pero Benvenuto tenia tanta prisa por ver lo que debia temer ó esperar en lo sucesivo, que no tuvo paciencia para aguardar y comenzó á descubrir la cabeza. Cuando puso la mano sobre el molde, se quedó tan pálido que parecia iba á morirse.

—Estais todavia enfermo, maestro? dijo una voz, en cuyo acento conoció Benvenuto ser la de Hermann. Deberiais quedarnos en cama.

Te equivocas, Hermann, amigo mio, dijo Benvenuto admirado de ver á Hermann levantado tan temprano, porque en mi cama me moria. Pero, ¿cómo es que te has levantado á este hora?

—Estaba paseando, dijo Hermann ruborizado, me gusta mucho pasear. ¿Quereis que os ayude, maestro?

—No, no, exclamó Benvenuto: no quiero que nadie mas que yo toque á este molde. Aguarda! aguarda!

Y comenzó á descubrir lentamente la parte superior de la estatua. Por una milagrosa casualidad, había habido el metal puramente necesario. Si Benvenuto no hubiese hecho mano en su apurado trance de toda la plata que tenía en su fábrica y no la hubiese arrojado en el horno, se hubiera desgraciado la fundición y no hubiera alcanzado el bronce para la cabeza, pero por fortuna apareció esta maravillosamente vaciada.

Entonces se animó Benvenuto para descubrir sucesivamente las demás partes del cuerpo. Poco á poco el molde cayó como una corteza, hasta que Júpiter libre de los pies á la cabeza de su traba, apareció magestuoso como convenía al rey del Olimpo. En ninguna parte el bronce había cumplido los deseos del artista, y cuando cayó el último jiron de arcilla, todos los operarios prorrumpieron en un grito unánime de admiración, pues habían venido sucesivamente y en silencio á agruparse detrás de Cellini que demasiado entregado á los pensamientos que le sujería tan feliz resultado, no había reparado en ellos.

Pero á este grito volvió Benvenuto la cabeza y con sonrisa orgullosa:
— Ah dijó, veremos ahora si el rey de Francia se atreve á negar la primera gracia que le pide el hombre que ha hecho semejante estatua.

En seguida, como si se hubiese arrepentido de este primer movimiento de orgullo, que no obstante estaba todo entero en su naturaleza, se arrodilló, y juntando las manos dirigió en voz alta una acción de gracias al Señor.

Al concluir su oración, llegó Scozzone aceleradamente, diciendo á Benvenuto que madama Aubry quería hablarle en secreto y entregarle en propia mano una carta de su marido.

Benvenuto hizo repetir dos veces el nombre á Scozzone, porque ignoraba que el estudiante tuviese muger lejítima. Pero no por eso acudió menos diligente á la invitación que le hacían, dejando á todos sus compañeros orgullosos y envancidos con la gloria de su maestro.

Sin embargo, examinando Pagolo la obra desde mas cerca observó que había una incorrección en el talón del dios, sin duda porque algún accidente cualquiera habría impedido correr el metal fundido hasta el fondo del molde.

XV.

JUPITER Y EL OLIMPO.

El mismo dia en que Benvenuto había descubierto su estatua, mandó decir á Francisco I, que su Júpiter estaba fundido, preguntándole que dia se servia señalar para que el rey del Olimpo se presentase al rey de Francia.

Francisco I contestó á Benvenuto, que debiendo salir de caza con el emperador el jueves siguiente para Fontainebleau, podía trasladar en ese dia su estatua á la gran galería del palacio.

La respuesta era seca y probaba que la duquesa de Etampes había prebenido fuertemente al rey contra su artista favorito.

Pero á esta respuesta, ora fuese estimulado por el orgullo humano, por confianza en Dios, Benvenuto se contentó con decir sonriendo:

—Está bien.

En la mañana del lunes, Benvenuto mandó cargar el Júpiter en un carro y montando á caballo, lo acompañó él mismo sin perderlo de vista un momento, temeroso de que le sucediese alguna desgracia. A las diez de la mañana del jueves la obra y el artifice llegaron á Fontainebleau.

Al ver á Benvenuto, aunque no fuese mas que al paso, cualquiera co-

nocería que abrigaba en su alma un noble orgullo y una alagüeña esperanza. Su conciencia de artista le decia que había hecho una obra maestra, y su corazon de hombre de bien que iba á hacer una buena accion. Hallábase, pues, doblemente alegre y marchaba con la cabeza erguida, como hombre que nada tenía que temer. El rey vería á su Júpiter é indudablemente le parecería hermoso; Montmorency y Poyet le recordarían su palabra; el emperador y toda su corte estarían presentes, y por último Francisco I no podría menos de cumplir su promesa.

La duquesa de Etampes por su parte, con menos dulce alegría, pero con tanta ardiente pasión, urdía sus planes; había triunfado del primer ataque que Benvenuto hubiera querido darle presentándose á ella y al rey, este primer peligro había ya pasado; pero conocía que quedaba otro en la promesa hecha á Benvenuto, y quería á toda costa evitar su cumplimiento. Al efecto se dirigió á Fontainebleau un día antes que Cellini y tomó sus disposiciones con esa profunda habilidad femenina que en ella equivalía casi al genio.

Cellini no debía tardar en experimentarlo.

Apenas pasó el umbral de la galería donde su Júpiter debía ser puesto, conoció inmediatamente todo el plan de intriga de su poderosa enemiga, y por un instante quedó como anonadado.

Esa galería tan resplandeciente con los cuadros del Rosso, suficientes por si solos para separar la atención de cualquiera obra maestra, había sido exornada durante los tres últimos días que acababan de transcurrir, con las estatuas enviadas desde Roma por el Primático, es decir, que las maravillas de la escultura antigua, los tipos consagrados por la admiración de veinte siglos, estaban allí desafiando toda comparación y venciendo de antemano toda rivalidad. Ariadna, Venus, Hércules, Apolo, el mismo Júpiter, el gran Júpiter Olímpico, figuras ideales, sueños del genio, eternidades de bronce, formaban como un concilio sobrehumano al que era una impiedad aproximarse; como un tribunal sublime cuyo fallo debía temer todo artista.

Un Júpiter nuevo deslizarse al lado del otro en este Olimpo! Benvenuto arrojando el guante á este Fidias! Había en esto cierta especie de profanación y de blasfemia, que, por muy satisfecho que estuviese Benvenuto de su propio mérito, no pudo menos de hacerle retroceder tres pasos, lleno de religioso respeto.

Agregúese á esto que las inmortales estatuas habían tomado, como era su derecho, los mejores sitios, y solamente quedaban para el pobre Júpiter de Cellini rincones oscuros, á los cuales nadie llegaba sino después de haber pasado bajo la mira fija e imponente de los antiguos dioses.

Benvenuto con la cabeza inclinada y parado en el umbral de aquella galería, la abarcaba toda con una mirada á la vez triste y asombrada.

—Señor Le-Mason, dijo al secretario del rey que le acompañaba, quieto y debó llevarme inmediatamente á mi Júpiter, el discípulo no se atreverá á competir con los maestros, ni el niño tratará de luchar con los antepasados: mi orgullo y mi modestia me lo prohíben.

—Benvenuto, respondió el secretario del rey, creed á un amigo sincero, si haceis eso, os perleis. Os lo digo en confianza, precisamente esperan de vos ese desaliento que será reputado como una confesión de impotencia. Por más que yo quisiera escusaros delante del rey, S. M. que está impaciente por ver vuestra obra, no querrá atender á ninguna razón, y hostigado por la duquesa de Etampes, os retirará sin remedio su benevolencia. No es con los muertos, Benvenuto, si no con los vivos con quienes vuestra lucha es peligrosa.

—Teneis razón, señor, contestó el artista, y os comprendo. Gracias por haberme recordado que no tengo derecho para demostrar aquí mi amor propio.

—Bien, bien, Benvenuto, pero escuchad otro consejo: la duquesa está hoy demasiado encantadora para no meditar alguna perfidia; mucho temo que el paseo por el bosque á que ha brindado al emperador y al rey, dure hasta la noche!

—Si sucede lo que decís, exclamó Benvenuto poniéndose pálido, estoy perdido; porque mi estatua aparecerá bajo una luz falsa que le quitará la mitad de su valor.

—Tal vez me equivoque, contestó Antonio Le-Mason, y esperemos el resultado.

Cellini comenzó á esperar en efecto con una ansiedad llena de temor. Había colocado á su Júpiter lo menos mal posible, pero no dejaba de conocer que al caer la noche, su estatua presentaría un efecto mediano, y poco después enteramente malo.

El odio de la duquesa había calculado con la misma exactitud que la ciencia del escultor; ella adivinaba, en 1541, un procedimiento de la crítica del siglo XIX.

Benvenuto perdía las esperanzas al ver bajar el sol al horizonte y escuchaba con avidez cualquier ruido que sonase por la parte posterior. Escuchando las personas de la servidumbre, el palacio estaba enteramente desierto.

Al oír Benvenuto las tres de la tarde, no pudo ya dudar de la intención de la de Etampes, y cayó abrumado en un sillón.

Todo estaba perdido: su gloria en primer lugar, esa lucha febril en la

que había estado á punto de sucumbir, que ya había olvidado por que debía conducirle al triunfo, no tendría otro resultado que su vergüenza. Contemplaba con dolor á su estatua, á cuyo alrededor flotaban ya lijeras sombras nocturnas, y cuyas líneas principiaban á aparecer menos puras.

De repente una idea, bajada del cielo sin duda, iluminó su mente, llamó á Juanillo que había llevado consigo y salió precipitadamente, dirigiéndose á casa de un carpintero de la ciudad. Con el auxilio de este hombre y de sus operarios acabó en menos de una hora un zócalo de madera de encina, poco visible, sostenido por cuatro bolitas que jiraban por si mismas como ruedecitas.

Mucho temía que durante su corta ausencia del palacio, regresase la corte; pero á las cinco estaba ya terminado su trabajo, la noche caía y el palacio no había vuelto á ver á sus huéspedes; de consiguiente era ya seguro el triunfo de la duquesa de Etampes.

No tardó tampoco Benvenuto en colocar su estatua con el pedestal sobre el zócalo casi invisible. El Júpiter sostenía con su mano izquierda el globo del mundo, y con su derecha algo elevada por encima de su cabeza, el rayo que parecía querer lanzar: en medio de las llamas del rayo, el artista ocultó una bujía.

Apenas terminó sus preparativos, cuando se oyeron las tocatas que anunciaban la vuelta del rey y del emperador. Benveauto encendió la bujía, colocó á Juanillo detrás de la estatua, y no sin profunda palpitación de corazón aguardó al rey.

Diez minutos después, apareció Francisco I dando la mano á Carlos V.

Seguían el delfín, la delfina, el rey de Navarra, toda la corte en fin; el preboste, su hija y Orbec venían los últimos. Colomba estaba pálida y abatida; pero en cuanto descubrió á Cellini, levantó la cabeza, y una sonrisa llena de sublime confianza asomó á sus labios y animó su semblante.

Cellini la dirigió una mirada que quería decir: No temais, suceda lo que quiera. No desconfiéis; yo velo por vos.

En el momento de abrirse la puerta, Juanillo, á una señal de su maestro, dió un ligero impulso á la estatua, que rodó suavemente sobre su zócalo móvil, y dejando á las antiguas detrás, salió para decirlo así, á recibir al rey, móvil y como animada. Todos los ojos se volvieron inmediatamente hacia este lado. La dulce luz de la bujía, cayendo de arriba abajo, producía un efecto mucho más agradable que la luz del día.

La duquesa de Etampes se mordía los labios.

—Paréceme, señor, dijo, que es demasiada lisonja, y que al rey de la tierra es á quien corresponde ir á recibir al rey del cielo.

El rey se sonrió, pero se conocía que no le desagrataba esta lisonja:

según su costumbre elvidó al artista por la obra y ahorrando la mitad del camino á la estatua, marchó derecho á ella y la examinó largo tiempo en silencio. Carlos V que, sin embargo de que hubiese un dia, en un momento de buen humor, levantado del suelo el pincel del Ticiano, Carlos V, decimos, que era mas profundo político que grande artista, y los cortesanos que no gozaban el derecho de tener una opinion, esperaban escrupulosamente el parecer de Francisco I para hablar.

Hubo un momento de silencio y ansiedad, durante el cual Benvenuto y la duquesa se dirijeron una mirada de odio profundo.

En seguida exclamó el rey repentinamente:

—Esto es magnífico! y confieso que ha sobrepujado mis esperanzas.

Entonces todos prodigaron á la estatua mil elogios, y el emperador el primero.

—Si se ganasen los artistas como las plazas, dijo al rey, os declararía desde luego la guerra para conquistar á este, primo mio.

—Pero con todo eso, interrumpió la duquesa de Elampes furiosa, no venmos siquiera esas bellas estatuas antiguas que están mas lejos, y que tal vez valen algo mas que todas nuestras baratijas modernas.

El rey se acercó entonces á las esculturas antiguas, alumbradas de abajo á arriba por la luz de las antorchas que dejaba toda su parte superior en la oscuridad, produciendo de consiguiente menos efecto que el Júpiter.

—Fidias es sublime, dijo el rey, pero puede haber tambien un Fidias en el siglo de Francisco I y de Carlos V como lo hubo en el siglo de Pericles.

—Oh! sería menester ver eso de dia, dijo Ana visiblemente desesperada, parecer no es ser, un artificio de luz no es el arte. Ademas, qué significa eso velo? Nos ocultará alguna defecio? decidió francamente, Cellini:

El velo de que hablaba la duquesa era un ligero ropaje echado sobre el Júpiter para darle mas magestad.

Benvenuto había permanecido hasta entonces cerca de su estatua, inmóvil, silencioso, y en la apariencia frio como ella; pero á las palabras de la duquesa se sonrió desdenosamente, y con la santa audacia de un artista pagano arrancó el velo con una mano vigorosa.

Benvenuto creía que la duquesa montaría en colera; pero de repente por un poder increíble de voluntad, principió á reir con una amabilidad terrible, y alargando graciosamente la mano á Cellini que estaba estupefacto al ver tan súbita mudanza.

—¡Vamos, conozco que he obrado mal! dijo en voz alta y con el acento de un niño mimado; sois un gran escultor, Cellini; perdonad mi critic a, dadme vuestra mano y seamos ya amigos; quereis?

Despues añadió en voz baja y con estremada volubilidad:

—Pensad en lo que vais á pedir, Cellini, que no sea el casamiento de Colomba y de Ascanio, porque en ese caso os juro que perderé á Ascanio á Colomba y á vos.

—Y si pido otra cosa, dijo Benvenuto con el mismo tono, me secundareis?

—Si, contestó vivamente la duquesa, os lo juro. Cualquiera que sea la cosa que pidais, el rey la concederá.

—No ne cesito pedir el casamiento de Ascanio y de Colomba, dijo entonces Benvenuto, porque vos sois, señora, quien lo pedireis.

La duquesa se sonrió desdénosamente.

—¿Qué estais hablando en secreto? preguntó Francisco I.

—Me recordaba la señora duquesa, respondió Benvenuto, que V. M. me había prometido una gracia si quedaba satisfecho de mi obra.

—Y esa promesa fue hecha delante de mi, señor, dijo el condestable adelantándose, delante de mí y delante del canciller Poyet; y nos encargásteis, á mi cólega y á mí, que os recordásemos...

—Si, condestable, respondió el rey con visible buen humor, si, para el caso en que no me acordase; pero me acuerdo perfectamente, y por lo tanto me es inútil vuestra intervencion, por mas grata que me sea. He prometido á Benvenuto concederle lo que pidiese luego que estaviera fundido su Júpiter. ¿Es eso, condestable? ¿Tengo buena memoria, canciller? Hablad vos ahora, maestro Cellini; estoy á vuestra disposicion, suplicándos sin embargo que penséis menos en vuestro mérito que es immenso, que en nuestro poder que es limitado, no exceptuando mas que nuestra corona y nuestra dama.

—Bien, señor, dijo Cellini, puesto que V. M. se muestra tan propicio para con vuestro indigno servidor, le pediré solamente el indulto de un pobre estudiante que defendiéndose en una riña con el vizconde de Marmagne, le atravesó el cuerpo con su espada.

Todos quedaron sorprendidos de la pequeñez de la petición, principalmente la duquesa, que miró á Benvenuto con aire estupefacto creyendo haber oido mal.

—Pardiez! dijo Francisco I, haceis bien en pedirme que use de mi derecho de indulto; porque he oido decir al mismo canciller, que este delito merecía la última pena.

—Oh! exclamó la duquesa, pensaba, señor, hablaros tambien de ese joven. He tenido noticias de Marmagne que sigue mejor, y el cual me ha mandado á decir, que él fué quien provocó la riña y que el estudiante.... ¿Cómo llamais al estudiante, Benvenuto?

—Aubry, señora duquesa.

—Y que el estudiante, continuó vivamente la de Etampes, no había tenido la menor culpa, así que en lugar de reprender á Benvenuto, concedidle, señor, inmediatamente lo que pide, no se arrepienta de haberos pedido tan poca cosa.

—Pues bien, maestro, dijo Francisco I, que se haga lo que pedís, y como el que dá pronto dá dos veces, segun dice el proverbio, quiero que esta misma tarde se espida la órden para poner en libertad á ese joven. ¿Lo oís, mi querido canciller?

—Sí, señor, y V. M. será obedecido.

—Y vos, maestro Benvenuto, dijo Francisco I, venid á verme el lunes al Louvre, y nos ocuparemos de ciertos pormenores que os atañen, que hace algun tiempo han sido demasiado descuidados por mi tesorero.

—Pero, señor, V. M. sabe que la entrada en el Louvre...

—¡Bien, bien! la persona que había dado la consigna, la levantará. Esta era una medida de guerra y como ya no veo sino amigos, volverá todo al estado de paz.

—Ya que V. M. está hoy propenso á otorgar mercedes, dijo la duquesa, concededme á mí tambien una muy pequeña, aunque no haya hecho á Júpiter.

—No, dijo Benvenuto á media voz, pero habeis hecho muchas veces á Danae.

—¿Y cuál es esa merced? interrumpió Francisco I que no había oido el epigrama de Cellini. Hablad, señora duquesa, y creed que la solemnidad de la ocasión nada añadirá al deseo que tengo de complacerlos.

—En ese caso me atrevo á pedir á V. M. que se sirva conceder al señor Estourville, la gracia de firmar el lunes próximo el contrato de matrimonio de mi joven amiga, la señorita de Estourville con el conde de Orbee.

—Oh! esa no es una gracia que os dispensaré, contestó Francisco I, sino un placer que me preparo á mí mismo, y del cual todavía os quedare deudor.

—Segun eso, señor, ¡queda decidido que esta ceremonia se verificará el lunes! preguntó la duquesa.

—El lunes, dijo el rey.

—La señora duquesa, añadió Benvenuto á media voz, la señora duquesa no sentirá que para semejante solemnidad no esté acabado ese hermoso lirio que había encargado á Ascanio?

—Si lo siento, y mucho, dijo la duquesa, pero no puede ser, puesto que Ascanio está preso.

—Si, pero yo estoy libre, dijo Benvenuto, yo te acabaré y os le entregaré para ese dia.

—¡Oh! si haceis eso, Benvenuto, diré...

—¿Dileís qué, señora?

—Diré que sois un hombre encantador.

Y alargó la mano á Benvenuto, que con el aire mas galante del mundo, y despues de haber pedido con una mirada permiso al rey, depositó en ella un beso.

En este momento se oyó un ligero grito.

—Señor, perdón V. M., dijo el preboste, es mi hija que se ha puesto enferma.

—Pobre niña! murmuró Benvenuto, cree que la he hecho traicion!

CASAMIENTO DE RAZON.

Bonvenuto queria partir aquella misma noche, pero el rey insistió de tal modo que no pudo menos que quedarse en palacio hasta la mañana siguiente.

Ademas con esa rapidez de concepcion y esa prontitud de decision que le eran propias, acababa de resolver para el siguiente dia el desenlace de una intriga comenzada hacia ya largo tiempo. Este era un asunto aislado de que queria desembarazarse completamente antes de entregarse todo á Ascanio y á Colomba.

Quejóse, pues, á cenar aquella noche y aun á almorzar al siguiente dia, y hasta las doce no se despidió del rey y de la duquesa de Etampes, poniéndose en camino seguido de Juanillo.

Ambos llevaban buenas cabalgaduras, pero sin embargo contra su costumbre, Cellini no apresuró á la suya. Era evidente que no queria entrar en Paris sino á una hora determinada. En efecto, á las siete de la noche bajaba por la calle de la Harpe, y en vez de dirigirse directamente al palacio de Nesle, fué á llamar á la puerta de un amigo llamado Guido, médico de Florencia; cuando supo que este médico se hallaba en casa y que podia darle de cenar, mandó á Juanillo que se volviese solo á la fábrica y dijese

que el maestro se había quedado en Fontaineblau y no llegaría hasta el otro dia, y estuviese listo para abrir cuando llamase. Juanillo marchó al punto prometiendo á Cellini cumplir sus instrucciones.

La cena estaba servida, pero antes de sentarse á la mesa Cellini, preguntó á su huesped si conocía á algún notario, hombre honrado y hábil que pudiese venir al momento para estender cierto contrato que le importaba mucho. El médico designó á un yerno suyo é inmediatamente le pasaron recado.

Media hora despues, y cuando acababan de cenar, se presentó el notario. Benvenuto se levantó al punto de la mesa, se encerró con él y le mandó estender un contrato de matrimonio, cuyos nombres solos quedaban en blanco. En seguida, despues de leer y releer juntos el contrato para asegurarse de que no contenía ninguna nulidad, Benvenuto le pagó con largueza sus honorarios, guardó el contrato en su bolsillo, pidió prestada á su amigo otra espada de la misma longitud que la suya, la ocultó debajo de su capa, y cuando era muy de noche se encamino al palacio de Nesle.

Al llegar á la puerta dió un solo golpe, pero aunque apenas hizo ruido se abrió la puerta al momento. Juanillo estaba en su puesto.

Cellini le interrogó; los operarios cenaban y no aguardaban al maestro hasta el siguiente dia. Cellini mandó al muchacho que guardase el silencio mas absoluto acerca de su llegada, se dirigió al aposento de Catalina, del cual conservaba él una llave, y entró quedo, cerró la puerta, ocultóse detrás de un lápiz y esperó.

Un cuarto de hora despues oyó pasos por la escalera. Volvió á abrirse la puerta y entró Scozzone con una lámpara en la mano; en seguida quitó la llave de la parte de afuera, cerró la puerta por dentro, colocó su lámpara sobre la chimenea, y se sentó en un gran sitial, vuelta de modo que Benvenuto podía ver su rostro.

No sin grande admiración de Benvenuto este rostro en otro tiempo tan franco, tan alegre y tan animado, estaba triste y pensativo; porque la pobre Scozzone experimentaba ciertos remordimientos.

Le hemos visto feliz é indiferente; pero entonces Benvenuto la amaba. Mientras ella había conocido este amor ó mas bien ese sentimiento de benevolencia en el corazón de su amante, mientras que en sus sueños había flotado como una nube dorada la esperanza de ser algun dia la esposa del escultor, había mantenido su corazón á la altura de su esperanza, se había purificado de su pasado por el amor, pero desde el momento que conoció que engañada por las apariencias, lo que había creido una pasión en Cellini no era mas que un capricho, había visto desvanecerse una tras

otra todas sus esperanzas; la sonrisa de Benvenuto que había hecho reflorecer aquella alma marchita, se había alejado de ella, y esta alma había perdido otra vez su frescura.

Poco á poco había ido perdiendo su alegría y su pureza de niña; la antigua naturaleza, el tedio habitual, había vuelto á recobrar insensiblemente toda su superioridad. Una pared recientemente pintada conserva sus colores con el sol y los pierde con la lluvia. Scozzone abandonada por Cellini, por alguna amante de conocida, solo había permanecido fiel á Cellini por un resto de orgullo. Largo tiempo hacia que Pagolo la requebraba de amores; Scozzone reveló esta pasión á Cellini, creyendo que despertaría sus celos. Pero ¡ay! se engañó: Cellini en vez de incomodarse se echó á reír, Cellini en lugar de prohibirla que viese á Pagolo le mandó que le recibiese. Desde entonces conoció que estaba enteramente perdida; desde entonces abandonó su vida á la ventura con su antigua indiferencia; la abandonó como una pobre hoja caída y marchita á merced del soplo de los acontecimientos.

Entonces fué cuando Pagolo triunfó de su indiferencia; por que al fin Pagolo era jóven. Pagolo, á excepción de su aire hipócrita, era un excelente muchacho. Pagolo estaba enamorado y repetía sin cesar á Scozzone que la amaba, mientras que Benvenuto había cesado completamente de decírselo. Estas tres palabras: ¡yo te amo! forman el lenguaje del corazón y mas ó menos ardientemente, es menester que el corazón hable siempre este lenguaje con alguno. Así es que en una hora de ociosidad, de despecho, de ilusión tal vez, Scozzone había dicho á Pagolo que le amaba; pero se lo había dicho sin amarlo verdaderamente, se lo había dicho con la imagen de Cellini en el corazón y su nombre en sus labios.

Después también pensó que algún día tal vez cansado de aquella pasión desconocida é infructuosa, el maestro volvería á ella y al encontrarla constante á pesar de sus mismas órdenes, la recompensaría, no por medio del matrimonio, pues la pobre niña había perdido sobre este particular hasta su última ilusión, sino con algún resto de su cariño y de compasión que ella hubiera podido tomar por una resurrección de su antiguo amor.

Todos estos pensamientos entristecían á Scozzone, la hacían pensativa y le causaban remordimientos.

Sin embargo, en medio de su silencio y de su meditación tembló de repente y levantó la cabeza: había oido un ligero ruido en la escalera, y casi al mismo tiempo una llave introducida en la cerradura volvió rápidamente y se abrió la puerta.

—¿Cómo habéis entrado y quien os ha dado esa llave, Pagolo? Esclamó

Scozzone levantándose, no hay mas que dos llaves de esa puerta; la una la tengo yo, y la otra Cellini.

—Ah! mi querida Catalina! dijo Pagolo riendo, sois caprichosa en extremo. Tan pronto abris vuestra puerta á las gentes como la cerrais; y luego cuando uno quiere entrar aqui valiéndose de su fuerza, amenazais con gritar y llamar y pedir socorro. Ya veis que en ese caso es preciso usar de astucia.

—Oh! si, decidme que habeis sustraído esa llave á Cellini sin que él lo advirtiese; decidme que él no sabe que la tieneis, porque si él mismo os la hubiera dado, me moriría de vergüenza y de pesar.

—Tranquilizaos mi hermosa Catalina, dijo Pagolo echando la llave á la puerta y sentándose al lado de la joven á quien obligó á que se sentara también. No, es verdad que Benvenuto no os ama ya, pero Benvenuto es como esos avaros que tienen un tesoro de que ellos no se aprovechan, pero al cual, sin embargo no permiten que los demás se approximen. No, él no me ha dado esta llave; yo mismo la he hecho. Quien puede lo mas puede lo menos; el platero se ha convertido en cerrajero. Ya veis si os amo, Catalina; puesto que mis manos habituadas á hacer florecer las perlas y los diamantes sobre tallos de oro, se han prestado á manejar un innoble pedazo de hierro. Verdad es, picarilla, que este innoble pedazo de hierro era una llave, y que esta llave era la del Paraíso.

Al pronunciar estas palabras Pagolo quiso cojer la mano de Catalina, pero con gran asombro de Cellini que no perdía una palabra ni un gesto de aquella escena, fué rechazado por Scozzone.

—En fin, dijo Pagolo, este capricho va á durar mucho tiempo?

—Escuchad, Pagolo, dijo Catalina con un afecto de tristeza tan profundo que penetró hasta el fondo del corazón de Cellini: escuchad, bien sé que cuando una mujer ha cedido una vez, no tiene ya el derecho de desmentirse; pero si aquel por quien ella ha tenido esta debilidad es un hombre generoso, y si dice á este hombre que ella obraba de buena fe porque había perdido la razón y se había engañado, es deber de este hombre no abusar de este [momento de error. Pues bien yo os digo esto, Pagolo, he cedido á vuestras poniendas instancias, y sin embargo, no os amo, amo á otro, amo á Cellini. Despreciadme, podeis y debeis hacerlo; pero cesad de atormentarme.

—Bueno! dijo Pagolo, bueno! arreglais la cosa maravillosamente; después de haberme hecho esperar tanto tiempo ese favor que me echais en cara, crecís que os absolveré de un compromiso que en definitiva contrajisteis conmigo en plena libertad? No, cuando pienso que todo lo que habéis por Benvenuto, por un hombre que nos dobla la edad, por un hombre

que no os ama, por un hombre que os desprecia, por un hombre en tiⁿ que os trata como á una ramera!

—Basta ! Pagolo, basta ! esclamó Scozzone llena de vergüenza, de celos y de cólera; verdad es que Benvenuto no me ama ya hoy, pero me ha amado en otro tiempo y me estima siempre.

—En ese caso ¿por qué no se ha casado con vos, puesto que os lo había prometido ?

—Prometido ; jamás. No, jamas Benvenuto me ha prometido que yo seria su mujer; porque si lo hubiera prometido, lo abria cumplido. Yo si he deseado serlo, y á fuerza de tener este deseo, he concebido la esperanza ; despues, una vez dentro de mi corazon esta esperanza no he podido contenerla, ha salido fuera, y me he vanagloriado con ella, como de una realidad. No, Pagolo, no, continuó Catalina dejando caer su mano en las del aprendiz con triste sonrisa, no, Benvenuto jamas me ha prometido nada.

—Luego sois una ingrata, Scozzone, esclamó Pagolo apoderándose de la mano de la jóven, é interpretando por una prueba de amor lo que no era mas que una señal de abatimiento ; ya lo veis, me despreciais aunque os prometo todo lo que Benvenuto jamas os ha prometido, mientras que á él que os ha engañado, estoy seguro que si estuviese aquí, le repetiríais esa confesión de que os arrepentís tanto de haberme hecho á mi que os amo !

—Oh ! si estuviese aquí, esclamó Scozzone, si estuviese aquí, Pagolo, os acordariais de haberle engañado por odio, mientras que yo le he engañado por amor, y os confundiríais.

—Y por qué? dijo Pagolo, á quien la distancia en que suponia á Benvenuto tranquilizaba, y por que? Todo hombre no tiene el derecho de hacerse amar de una mujer, cuando esta mujer no pertenece á nadie ? Si estuviese aquí le diría: habeis abandonado, engañado á Catalina, á esa pobre Catalina que tanto os amaba; no estrañeis que desesperada y hallando á un honrado jóven que la ha apreciado en su justo valor, que la ha amado, que la ha prometido lo que jamás habeis querido prometerle, es decir casarse con ella, no estrañeis, repito, que este hombre haya heredado vuestros derechos, y confesad que á él es á quien esta mujer pertenece. Pues bien, Catalina, ¿qué contestaría á esto Cellini ?

—Nada, dijo detras del entusiasmo Pagolo una voz bronca y varonil, absolutamente nada.

Y una mano vigorosa cayendo pesadamente en aquel mismo momento sobre su hombro, heló de repente su eloquencia y lo derribó de espalda en el suelo tan pálido y tan trémulo como temerario había estado un momento antes.

El cuadro era singular : Pagolo de rodillas, descolorido y asustado; Scozzone medio levantada sobre los brazos de su sillón, inmóvil, muda y semejante á la estatua del Asombro; en fin, Benvenuto de pie, con los brazos cruzados, teniendo en la mano izquierda una espada envainada y otra desnuda en la derecha semi-irónico y semi-amenzador.

Hubo un momento de silencio terrible, durante el cual Pagolo y Scozzone permanecieron mudos de espanto ante el terrible ceño del artista.

—Traicion, murmuró Pagolo humillado, traicion!

—Si, traicion por tu parte, malvado, respondió Cellini.

—Y bien, no preguntábais por él, Pagolo aquí está.

—Si, aquí está, dijo el aprendiz avergonzado de ser así tratado delante de la mujer á quien quería agradar; pero él está armado y yo no tengo armas.

—Yo te traigo una, dijo Cellini, retrocediendo un paso y dejando caer la espada que tenía en la mano izquierda, á los pies de Pagolo.

Este miró la espada pero sin hacer el mas leve movimiento.

—Vamos, dijo Cellini, recoje esa espada y levántate; espero.

—Un duelo? murmuró el aprendiz cuyos dientes chocaban de terror! tengo vuestras fuerzas para batirme con vos?

—Pues bien! dijo Cellini pasando su arma de un lado á otro, yo me batiré con la mano izquierda y esto restablecerá el equilibrio.

—Batirme con vos mi bienhechor! con vos á quien todo lo debo! jamás; jamás! exclamó Pagolo.

Una sonrisa de profundo desprecio se dibujó en las facciones de Benvenuto, mientras que Scozzone se separó un poco sin ocultar la expresión de disgusto que aparecía en su rostro.

—Por que no te acordaste de mis beneficios antes de robarme la mujer que había confiado á tu honor y al de Ascanio? dijo Benvenuto: recobras demasiado tarde la memoria. En guardia, Pagolo, en guardia.

—No, no murmuró el cobarde retrocediendo siempre de rodillas.

—Entonces, puesto que te niegas á batirte como un valiente, dijo Benvenuto, voy á castigarte como un culpable.

Y envainando su espada, sacó su puñal y sin que alterase su semblante impasible un sentimiento de cólera ó de compasión, avanzó con paso lento pero directo hacia el aprendiz.

Scozzone se precipitó entre ellos lanzando un grito; pero Benvenuto sin violencia, con un solo ademan, un ademan irresistible como lo sería el de una estatua de bronce que estendiese el brazo, alejó á la pobre niña que fué á caer medio muerta sobre el sillón; Benvenuto continuó su camino hacia Pagolo que retrocedió hasta la pared, donde apoyándose el maestro el puñal sobre la garganta:

Encomienda tu alma á Dios, le dijo; te doy cinco minutos de vida.
Perdon, esclamó Pagolo, con voz abogada; no me matéis. Perdon!

—Cómo! dijo Cellini, me conoces, y conociéndome, has seducido á la mujer que me pertenecía; lo sé todo, todo lo he descubierto, y esperas que te perdone? Te ríes, Pagolo, te ríes?

Y el mismo Benvenuto al pronunciar estas palabras prorrumpió en una carcajada, pero carcajada convulsiva y terrible que hizo temblar al aprendiz hasta la médula de los huesos.

Maestro, maestro! esclamó Pagolo, siniestra la punta del puñal que principiaba á picarle la garganta, no he sido yo, sino ella, la que me ha incitado.

—Traicion, cobardía y calumnia! Yo haré un dia un grupo de estos monstruos, dijo Benvenuto, un grupo cuya vista espante y horrorice. Ella te ha seducido, malvado! Olvidas que he estado aquí y lo he oido todo?

—Oh! Benvenuto, murmuró Catalina juntando las manos; Oh! no es verdad que sabéis que miente al decir eso?

—Si, dijo Benvenuto, si, sé que miente al decir eso, como mentía diciendo que estaba dispuesto á casarse contigo, pero no te apures, pues yo le castigaré por esa doble mentira.

—Si, castigadme, esclamó Pagolo, pero misericordiosamente; castigadme, pero no me matéis!

—Mentiste al decir que ella te había seducido?

—Sí, he mentido; si, yo soy el culpable, yo la amaba como un loco, y ya sabéis, maestro, á qué faltas puede arrastrar el amor.

—Mentiste cuando decías que estabas dispuesto á casarte con ella?

—No, no, maestro, esta vez no mentía.

—Luego amas verdaderamente á Scozzone?

—Oh! sí, la amo, contestó Pagolo, que comprendió que el único medio de aparecer menos culpable á los ojos de Cellini era achacar su crimen á la violencia de su pasión, si, la amo.

—Y repites que no mentías cuando decías que estabas dispuesto á casarte con ella?

—No mentía, maestro.

—Te hubieras casado con ella?

—Sí si os hubiese pertenecido, sí.

—Pues bien, entonces, tómala; yo te la doy.

—Qué decís? Os chaceais?

—No, jamás he hablado con más seriedad, y mírame si dudas de ello.

Pagolo dirigió á hortadillas una mirada á Benvenuto, y vió en cada

una de sus facciones que de un momento á otro el juez podía convertirse en verdugo, así que bajó la cabeza gimiendo.

—Quitate ese anillo de tu dedo, Pagolo, dijo y pásalo al dedo de Catalina.

Pagolo siguió pasivamente la primera parte de la intimación hecha por el maestro. Este hizo señal á Scozzone que se acercase, y Scozzone obedeció:

—Estiende la mano, Scozzone, dijo Benvenuto. Scozzone obedeció.

—Acaba, dijo Cellini.

Pagolo colocó el anillo en el dedo de Scozzone.

—Ahora que los desposorios están terminados, dijo Benvenuto, pasemos al casamiento.

—Al casamiento! murmuró Pagolo, nadie se casa de este modo, se necesita notarios, se necesita un sacerdote.

—Se necesita un contrato, contestó Benvenuto, sacando el que había mandado estender. Aquí tienes este completo, pues solo le faltan los nombres.

Y depositó el contrato sobre una mesa, tomó una pluma, y presentándosela á Pagolo:

—Firma, Pagolo, le dijo, firma.

—Ah! he caido en un lazo, balbuceó el aprendiz.

—¡ Que tienes que decir, replicó Benvenuto, sin subir el diapason de su voz, pero dándole un acento terrible: un lazo ! Y dónde está ese lazo? Soy yo quien te ha obligado á venir al aposento de Scozzone ? Soy yo quien te ha aconsejado que le dijeras que querías casarte con ella ? Pues bien ! casate con ella, Pagolo, y cuando seas su marido, se cambiarán los papeles ; si vengo á su cuarto, te tocará á ti amenazar, y á mí tener miedo.

—Oh ! exclamó Catalina pasando del estremado terror á una alegría loca, y riendo á carcajadas por la ocurrencia del maestro; Oh ! estará gracioso.

Pagolo, algo repuesto de su terror por el giro que había tomado la amenaza de Cellini y por las carcajadas de Scozzone, principiaba á gozar con mas serenidad de las cosas ; creyó, pues, que por medio del terror habían querido comprometerlo á un casamiento que no lo gustaba gran cosa : le pareció que sería concluir demasiado trágicamente la comedia, y se persuadió que con alguna firmeza podría sacar tal vez de ella mejor partido.

—Si, murmuró trasladando á las palabras la alegría de Scozzone, si, convengo en ello, será muy divertido, pero por desgracia eso no sucederá.

—Cómo! no sucederá! exclamó Benvenuto; tan asombrado como quedaría un león al ver que se rebelaba contra él un zorro.

—No, eso no sucederá, repitió Pagolo, prefiero morir, matadme.

Apens prorrumpió estas palabras cuando de un brinco se halló Cellini á su lado, Pagolo vió brillar el puñal, esquivó el cuerpo, pero con tanta rapidez y felicidad que el golpe que le estaba destinado, apenas le alcanzó al hombro y el hierro empujado por la mano vigorosa del artista se hundió dos pulgadas en la ensambladura de la pared.

—Consiento en lo que queráis, Cellini, exclamó Pagolo, perdonadme, consiento y estoy dispuesto á todo, y mientras que el maestro arrancaba con trabajo el puñal que después de haber atravesado la madera de la ensambladura se había incado en la pared, corrió á la mesa donde estaba depositado el contrato, cojío aceleradamente la pluma y firmó. Toda esta escena había pasado con tanta rapidez que Scozzone no había tenido tiempo de mezclarse en ella.

—Gracias, Pagolo, dijo ella enjugando las lágrimas que el sobresalto había agolpado en sus ojos, y reprimiendo al mismo tiempo una ligera sonrisa; gracias, mi querido Pagolo, por el honor que queréis hacermé; pero, puesto que bueno será que nos expliquemos ahora, escuchadme. Pocos momentos hace no queríais casaros conmigo; ahora soy yo la que no quiero casarme con vos. No lo digo por mortificáros, Pagolo, pero no os amo; y deseo quedar como estoy.

—Entonces, dijo Benvenuto con la mayor serenidad, sino quieres casarte con él, Scozzone, morirá.

—Pero, exclamó Catalina, pero, si yo soy la que me opongo...

—Morirá, repitió Benvenuto; no se dirá que un hombre me ha ultrajado y que este hombre queda impune. Estás dispuesto, Pagolo?

—Catalina, exclamó el aprendiz, Catalina, en nombre del cielo, compadeceos de mí! Yo os amo, Catalina, y os amaré siempre. Firmad, Catalina, sed mi mujer, os lo suplico de rodillas.

—Vamos, Scozzone, decidete pronto, dijo Cellini;

—Oh! sois muy severo conmigo, dijo Catalina con tono enojado, confiad que sois muy severo conmigo que os he amado tanto, con migo, que tenía otros proyectos. Pero Dios mió! exclamó de repente la loca niña, pasando nuevamente de la tristeza á la risa, mirad, Cellini, mirad que cara tan compunjida pone ese pobre Pagolo! Oh! dejad ese aire lúgubre Pagolo, ó jamás consentiré en tomaros por marido. Oh! de veras que estais muy feos con esa cara.

—Salvacuidad, paglero, Catalina, dijo Pagolo, después nos reiremos si queréis.

—Pues bien, ya que lo quereis,...

—Si, lo quiero! exclamó Pagolo.

—Sabeis lo que he sido, sabéis lo que soy?

—Si, lo sé.

—No os engaño?

—No.

—No os pesa demasiado?

—No, no!

—Dadme esos cinco, es cosa extraña y no me la esperaba, pero como ha de ser: soy vuestra mujer.

Y cojío la pluma y firmó tambien, como mujer respetuosa debajo de la firma de su marido.

—Gracias, Catalina, gracias, exclamó Pagolo, veras como te hago feliz.

—Y si falta á este juramento, dijo Benvenuto, en cualquier parte donde me halle, escríbeme, Scozzone, y vendré en persona á recordársela.

Al pronunciar estas palabras Cellini, fijando la vista en el aprendiz, envainó lentamente su puñal; enseguida tomando el contrato ya firmado por Scozzone y Pagolo, lo dobló cuidadosamente, lo guardó en su bolsillo y dirigiéndose á Pagolo con esa ironía poderosa que le caracterizaba:

—Y ahora, amigo Págolo, dijo, aunque Scozzone y vos estais bien y legítimamente casados segun los hombres, no lo estais todavía delante de Dios, y hasta mañana la Iglesia no santificará vuestra unión. Hasta entonces vuestra presencia aquí será contraria á todas las leyes divinas y humanas. Buenas noches, Pagolo.

Pagolo quedó pálido como la muerte, pero como Benvenuto le mostrase la puerta con un ademán imperioso, se retiró pero sin volver la espalda.

—No hay nadie sin vos, Cellini, que tenga esas ocurrencias, dijo Catalina riendo como una loca. Escuchad sin embargo, mi pobre Pagolo, le gritó en el momento en que abría la puerta, os dejo salir porque es justo; pero tranquilízaos, Pagolo, os juro por la Virgen Santa que desde que seas mi esposo, cualquiera otro hombre, aunque sea el mismo Benvenuto, no hallará en mí mas que una esposa digna.

Después cerró la puerta.

—Oh! Cellini, dijo alegríamente, tú me das un marido, pero me libras hoy de su presencia; por el pronto ganó esto; bien me debíais esta separación.

XVII

VUELVEN A ROMPERSE LAS HOSTILIDADES.

Tres días después de la escena que acabamos de contar, preparábase otra de distinto género en el Louvre.

—Había llegado el lunes, día designado para la firma del contrato. Eran las once de la mañana. Benvenuto salió del palacio de Nesle; marchó derecho al Louvre, y con turbado corazón, pero con paso firme subió la gran escalera.

En la sala de espera, donde fué primero introducido, halló al preboste y á Orbec que conferenciaban en un rincón con un notario. Colombe, blanca e inmóvil como una estatua, estaba sentada en el otro lado sin ver nada. Indudablemente se habían alejado de ella para que no oyese nada, y la pobre niña con la cabeza inclinada y los ojos arrasados en lágrimas, se había quedado donde estaba sentada.

Cellini pasó por delante de ella y pronunció las siguientes palabras.— Animo aquí estoy.

—Colombe conoció su voz, y levantó la cabeza con un grito de alegría. Pero antes que tuviese tiempo para interrogar á su protector, este ya había entrado en la sala inmediata.

Un ugier abrió una mampara para dar paso al artista, y este entró en el gabinete del rey.

Nada menos que estas palabras de esperanza fueron necesarias para Colombia: la pobre niña se consideraba abandonada y de consiguiente perdida. Estourville la había arrastrado hasta allí medio muerta á pesar de su viva fe en Dios y en Benvenuto; y aun en el momento de partir fué tanto su desconsuelo y desesperación, que olvidando toda idea de orgullo suplicó á la duquesa de Etampes que la dejase entrar en un convento, sometiéndose al sacrificio de renunciar á Ascanio, siempre que la libertaran del conde de Orbec; la duquesa no quería la victoria á medias, y como para lograr su objeto era necesario que Ascanio creyese en la infidelidad de la que amaba, Ana había rechazado duramente las plegarias de la pobre Colombia. Entonces esta se levantó, y acordándose de que Benvenuto le había dicho que tuviese ánimo y serenidad aunque estuviese al pie del altar, con un valor mezclado sin embargo de repentinos desmayos, se había dejado conducir al Louvre, donde el rey debía firmar el contrato á las doce del dia.

Allí, de nuevo, sus fuerzas de un instante habían desaparecido, porque no le quedaban mas que tres probabilidades; ver llegar á Benvenuto, conmover el corazón de Francisco I con sus súplicas, ó morir de dolor.

Benvenuto había venido, Benvenuto le había dicho que esperase y Colombia había vuelto á recobrar todo su valor.

Cellini, al entrar en el gabinete del rey, no halló mas que á la duquesa de Etampes; esto era todo lo que deseaba; y tanto, que si no hubiera estado allí, habría solicitado el favor de verla.

La duquesa se hallaba receosa de su victoria; y sin embargo, quemada ya aquella fatal carta, y quemada por ella misma, estaba convencida de que nada debía temer; pero, tranquilizada sobre su poder, sondeaba con espanto los peligros de su amor. Tal había sido siempre el destino de la duquesa; cuando descansaba de los cuidados de su ambición, era devorada por las fogosas pasiones de su alma. Hinchida de orgullo y de pasión, su sueño había sido hacer á Ascanio grande haciendo felíz, pero la duquesa había conocido que Ascanio, aunque de origen noble, pues los Gaddi, á los cuales perteneccia, eran de los antiguos patricios de Florencia no aspiraba á otra gloria que á la del arte.

Si entreveía alguna cosa en sus esperanzas era alguna forma nueva y correcta de vaso, de jarro ó de estatua; si ambicionaba los diamantes y las perlas, esas riquezas de tierra, era para hacer de ellas, engastándolas en el oro, flores mas bellas que las que el cielo fecunda con su rocío: nada eran para él los títulos y los honores sino dabanaban de su talento; si no coronaban su reputación personal: que haría en la vida activa y agitada de la duquesa este inútil filósofo? A la primera tempestad, esta planta delic-

da sería tronchada con sus flores y con los frutos que prometía. Tal vez por indiferencia se dejaría arrastrar á los proyectos de su ilustre dama, pero sombra pálida y melancólica, no viviría sino por sus recuerdos. Ascendió en fin apariencia á la duquesa de Etampes tal como era, naturaleza esquisita y encantadora, pero con la condición de permanecer siempre en la atmósfera pura y tranquila: era un niño adorable que no debía jamás ser hombre. Podía sacrificarse á los sentimientos, pero nunca á las ideas; nacido para las dulces expansiones de una ternura mutua, sucumbiría alchoque terrible de los acontecimientos y de las luchas. Este era el hombre que necesitaba el amor de la duquesa de Etampes, pero no el que necesitaba su ambición.

Tales eran las reflexiones de la duquesa cuando entró Benvenuto; estas eran las nubes de su pensamiento que oscurecían su frente flotando á su alrededor.

Ambos enemigos se examinaron de pies á cabeza, una misma sonrisa irónica apareció simultáneamente en sus labios, dirigíeronse una misma mirada que indicó á cada uno de ellos que estaban dispuestos á la lucha y que esta sería terrible.

—En hora buena, pensaba Ana: este es un rudo justador que me gustaría vencer, un adversario digno de mí. Pero hoy hay demasiadas probabilidades en contra suya y mi gloria no será grande en vencerlo.

—Decididamente, señora duquesa, dijo Benvenuto, sois una mujer terrible, y mas de una lucha con un hombre me ha dado menos trabajo que la que he emprendido con vos. Así que, estad tranquila; al combatiros con armas corteses os combatiré con todas mis armas.

Hubo un momento de silencio, durante el cual, cada uno de los dos adversarios hacia mentalmente este corto monólogo. La duquesa fue la primera que lo interrumpió.

—Sois muy puntual, maestro Cellini, dijo esta, hasta las doce no debe firmar S. M. el contrato del conde de Orbec, y todavía no son más que las once y cuarto. Permitidme que disculpe á S. M., no es el rey quien se retarda, sino vos quien os adelantais.

—A dicha tengó, señora, haber llegado demasiado temprano, puesto que esta impaciencia me proporciona el honor de esta entrevista con vos, honor que hubiera instantáneamente solicitado, si la casualidad, á la que doy gracias, no se hubiese anticipado á mis deseos.

—Ola, Benvenuto, parece que los reveses os hacen lisongero.

—Los míos, no, señora, sino los de otros.—Siempre he tenido por singular virtud ser el cortesano de la desgracia; y hé aquí la prueba, señora.

A estas palabras sacó Cellini de debajo de su capa el lirio de oro de

Ascaso que él había acabado aquella misma mañana. La duquesa lanzó un grito de sorpresa y de alegría. Jamás había visto una alhaja tan maravillosa, jamás ninguna de esas flores que se hallan en los jardines encantados de las Mil y una Noches había deslumbrado con más razon los ojos de una Hada.

—Ah! exclamó la duquesa alargando la mano hacia la flor, me la habeis prometido, Benvenuto, pero os confieso que ya no contaba con ella.

—Y por qué no contavais con mi palabra? dijo Cellini riendo: me injuriais, señora.

Oh! si vuestra palabra me hubiera prometido una venganza en lugar de una galantería, hubiera estado más cierta de vuestra exactitud.

—Y quién os dice que no es la una y la otra? contestó Benvenuto retirando su mano á fin de continuar siendo el dueño del lirio.

—No os comprendo, dijo la duquesa.

—Os parece que montadas en gotas de rocío, dijo Benvenuto, mostrando á la duquesa el diamante, que temblaba en el fondo del caliz de la flor, y que ella debía, como recordará el lector, á la munificencia corruptora de Carlos V, las arras de cierta venta que debe arrebatar el ducado de Milan á la Francia, harán buen efecto?

—Habíais enigmáticamente, mi querido Cellini, desgraciadamente el rey va á llegar y no tengo tiempo para adivinar vuestros misterios.

—Yo os los explicaré; mi enigma se cifra en un antiguo proverbio: *verba volant, scripta manent*, lo que quiere decir: lo que está escrito, escrito está.

—Pues bien! Sabed que estais muy equivocado, mi querido platero, por que lo que se ha escrito está quemado: no creais, pues, intimidarme como haríais con un niño, y dadme ese lirio que me pertenece.

—Esperad un poco, señora, pues ante todas cosas debo advertiros que, talismán entre mis manos, perderá toda su virtud entre las vuestras. Mi trabajo es mucho más precioso de lo que pensáis. Allí donde el vulgo no vé más que una alhaja, nosotros los artistas ocultamos muchas veces una idea. Quereis que os muestre esta idea, señora?... Nada más fácil, basta apretar este resorte invisible. El tallo, como veis se entreabre, y en el fondo del caliz se encuentra, no un gusano roedor, como en ciertas flores naturales ó en ciertos corazones falsos, sino alguna cosa semejante, peor tal vez, el deshonor de la duquesa de Etampes, escrito de su puño y letra y firmado por ella misma.

Y hablando así Benvenuto había apretado el resorte, abierto el tallo, y saqué el billete de la brillante còrola. Entonces lo desenrólló lentamente y lo mostró abriendo á la duquesa, pálida de cólera y muda de espanto.

—No esperabais esto, no es verdad, señora? añadió Benvenuto con la mayor serenidad volviendo á enroscar la carta y colocándola nuevamente en el lirio. Si conocieseis mis costumbres, señora, os sorprenderíais menos hace un año oculté una escala en una figurita; haré un rincón que oculte á una jóven en una estación; hoy que podía esconder en una flor? un pape; todo lo más, y esto es lo que yo he hecho.

—Pero, exclamó la duquesa, ese billete, ese billete infame lo he quemado con mis propias manos; he visto la llama, y he tocado la ceniza.

—Habéis leido el billete que habeis quemado?

—No! no! qué insensata he sido, no le he leido.

—Es lástima, *por que ahora os convenceríais de que la carta de una costurera puede hacer tanta llama y cenizas como la carta de una duquesa.*

—Según eso, me ha engañado ese infame Ascanio.

—Oh, señora, detenéos; no penséis mal de ese casto y puro niño, que aun cuando os hubiera engañado no hubiera empleado contra vos mas que las armas de que os servis contra él. Oh! no; no, él no os ha engañado; él no rescataría su vida, ni aun la vida de Colombe, por medio de un engaño. No, él mismo ha sido engañado.

—Y por quién? decidme.

—Por un niño, por un estudiante, por el que ha herido á vuestro condiente el vizconde de Marmagne, por un tal Aubry en fin, de quien el vizconde debe haberos hablado.

—Sí, murmuró la duquesa, sí, Marmagne me ha dicho que ese estudiante, qué ese Aubry quería penetrar hasta el calabozo de Ascanio para quitarle esa carta.

—Y entonces fué cuando bajásteis al calabozo de Ascanio, pero los estudiantes son listos como sabéis y el nuestro había tomado la delantera. Mientras que salíais del palacio de Elamps, se deslizaba él en el calabozo de su amigo; y cuando entrásteis en él, entonces él salía.

—Pero no le he visto, no he visto á nadie!

—No siempre mira uno á todas partes; si hubierais pensado en esto hubierais levantado una estera, y debajo de esta estera hubierais visto un agujero que comunicaba con el calabozo inmediato.

—Pero Ascanio, y Ascanio?

—No dormía cuando entrasteis?

—Sí.

—Pues bien, durante su sueño, Aubry á quien él no había querido entregar esa carta, la tomó del bolsillo de su jubón; y puso en él una de sus cartas en lugar de la otra. Engañada por el sobre, habeis creído

quamar un billete de la duquesa de Etampes, cuando quemabais una epístola de la señorita Gervasia Popicot.

—Pero ese Aubry que ha herido á Marmagne, ese villano que ha querido asesinar á un hidalgo, pagará cara su insolencia, está preso y condenado

—Está libre, y á vos mas que á nadie, señora, debe su libertad.

—Cómo?

—Es el pobre preso, cuyo indulto pedisteis al mismo tiempo que yo al rey Francisco I.

—Qué insensata he sido! murmuró la duquesa de Etampes mordiéndose los labios. En seguida después de haber mirado fijamente á Benvenuto: y con que condición, continuó diciendo con voz anhelosa, me devolveis esa carta?

—Creo que ya os lo he dejado adivinar, señora.

—Adivino mal, decidlo vos.

—Pediréis al rey la mano de Colombia para Ascanio.

—Vaya! vaya! replicó Ana riendo, con una risa forzada, conocéis mal á la duquesa de Etampes, señor platero, si habeis creido que mi amor retrocedería delante de una amenaza.

—No habeis reflexionado antes de responder, señora.

—Sin embargo, sostengo mi respuesta.

—Permitidme que me siente sin ceremonia, señora, y que hable un momento con vos, sin rodeos, dijo Benvenuto con esa familiaridad sublime que caracteriza á los hombres superiores. Yo no soy mas que un humilde escultor y vos sois una gran duquesa; pero no llevéis á mal que os diga que á pesar de la distancia que nos separa, estamos hechos uno y otro para comprendernos. No os deis ese tono de reina, por que será inútil. Mi intención no es ofenderos, sino deciros la verdad. Y no es necesario que os revistais de vuestro orgullo, por que vuestro amor propio no está comprometido.

—Sois un hombre singular, dijo Ana riendo á pesar suyo. Habiad, ya os escucho.

—Os decía, señora duquesa, replicó friamente Benvenuto, que á pesar de la diferencia de nuestras fortunas, nuestras posiciones eran casi las mismas, y que podíamos entendernos y tal vez, servirnos. Os habeis alarmado cuando os he propuesto que reuuncieis á Ascanio, y mi proposición os ha parecido imposible ó insensata; y sin embargo, señora, yo os he dado el ejemplo.

—El ejemplo?

—Sí, como vos amais á Ascanio amaba yo á Colombia.

—Vos?

—Yo la amaba como no he amado mas que una vez en mi vida. Hubiera dado por ella mi sangre, mi existencia, mi alma, y sin embargo la he cedido á Ascanio.

—Hé ahí una pasion muy desinteresada, dijo la duquesa con ironia.

—No os burleis de mi dolor, señora, no os rialis de mis angustias; he sufrido mucho; pero ya lo veis; he conocido que esa niña no habia nacido para mí, del mismo modo que Ascanio no ha nacido para vos. Eseuchadme bien, señora: nosotros somos uno y otro, sino os ofende demasiado esta identidad, nosotros somos de esos naturales excepcionales y extraños, que tienen una existencia aparte, sentimientos excepcionales, y que raras veces se avienen con los demas. Ambos servimos, señora, á un soberano y monstruoso ídolo cuyo culto nos ha engrandecido y nuestro corazon nos coloca mas alto que la humanidad. Para vos, señora, la ambicion es todo, para mi el arte. Y como nuestras deidades son celosas, nos domina siempre y en todo. Habeis deseado á Ascanio como una corona. Yo he deseado á Colombia como una Galatea. Vos habeis amado como duquesa, y yo como artista. Vos habeis perseguido y yo he sufrido.

Oh! no creais que os calumnio en mi pensamiento: admiro vuestra energia y simpatizo con vuestra audacia. Piense de esto el vulgo lo que quiera: para vos es grande hazaña desquiciar el mundo para hacer lugar á aquél á quien uno ama. Reconozco aqui una pasion majistral y fuerte, y estoy tambien por los caracteres enteros capaces de esos crímenes heróicos; pero estoy tambien por los caracteres sobrehumanos, por que á mi me gusta intentar todo lo que es superior á la prevision y sale del curso ordinario de las cosas humanas.

Si señora, cuando he amado á Colombia he conocido que mi naturaleza alta y salvaje, cuadraría mal á esa alma pura y angelical. Colombia amaba á Ascanio, á mi inofensivo y querido discípulo; mi alma ruda y poderosa le hubiera causado miedo. Entonces dije con voz alta e imperiosa á mi amor que se callára, y como él resistiese, llamé en mi auxilio á el arte divino, y entre los dos hemos derribado á ese amor rebelde y lo hemos clavado en el suelo. Ademas la escultura, mi verdadera y mi única querida, ha impreso en mi frente su lábio de fuego y me he sentido consolado.

Obrad como yo, señora duquesa, dejad á esos jóvenes entregados á sus amores de ángeles y no los turbeis en su cielo. Nuestro dominio es la tierra y sus dolores, sus combates, sus embriagueces. Buscad contra el dolor un refugio en la ambicion, desbaratad los imperios para distraeros, juzgad con los reyes y los señores del mundo para descansar: esto estará bien hecho, y yo batiré mis palmas y os aplaudiré. Pero no destruyais la

paz y la alegría de esos pobres inocentes que se aman con un amor que proteje el mismo Dios y la Virgen María.

—Quien sois vos en fin, maestro Benvenuto Cellini; yo no os conozco, dijo la duquesa admirada; quien sois vos?

—Un hombre de temple, como vos una mujer de temple, repitió riendo el artista con su ingenuidad acostumbrada; y si vos no me conocéis, ya veis que os llevo una gran ventaja, por que yo, señora, os conozco.

—Tal vez, dijo la duquesa; y me parece que las mujeres de temple aman mejor y mas que los hombres de temple, por que estas miran con usco vuestras abnegaciones sobrehumanas y defienden á sus amantes á todo trance hasta el último momento.

—Luego persistís en no ceder Ascanio á Colomba?

—Persisto en amarle para mí.

—Sea. Pero pues que no queréis ceder buenamente, no olvidéis que tengo buenos puños y podríá hacerlos gritar en poco en la pelea. Habeis hecho todas vuestras reflexiones, no es verdad? Negais decididamente vuestro consentimiento á la union de Ascanio y de Colomba?

—Decididamente, contestó la duquesa.

—Está bien, pongámonos cada uno en nuestro puesto, por que la batalla va á principiar.

En este momento se abrió la puerta y un ujier anunció al rey.

—El rey ha llegado, señora, y os pide que le deje entrar.

—Por supuesto, respondió la duquesa, y mandad que lo dejen entrar.

—Por supuesto, respondió el ujier, y mandó que lo dejen entrar.

—Por supuesto, respondió la duquesa, y mandó que lo dejen entrar.

—Por supuesto, respondió el ujier, y mandó que lo dejen entrar.

—Por supuesto, respondió la duquesa, y mandó que lo dejen entrar.

XVIII.

CASAMIENTO DE AMORES.

FRANCISCO I apareció en efecto, dando la mano á Diana de Poitiers, con la cual salía del aposento de su hijo enfermo. Diana, por cierto instinto de odio, había vagamente presentido que una humillación amenazaba á su rival, y no quería faltar á este dulce espectáculo.

En cuanto al rey, nada sospechaba, nada veía, suponía á la duquesa de Etampes y á Benvenuto enteramente reconciliados y como al entrar los vió juntos, saludó á ambos á la vez con una misma sonrisa y con la misma inclinación de cabeza.

—Buenos días, mi reina de la hermosura, buenos días, mi rey del arte; de qué hablabais juntos? Parece que estais los dos muy animados.

—No es nada, señor, hablábamos de política, dijo Benvenuto.

—Y en qué asunto empleabais vuestra sagacidad? Os suplico que me lo digais.

—En el asunto que ocupa á todos en este momento, señor, continuó el artista.

—Ah! el ducado de Milán.

—Sí, señor.

—Y bien, qué decis de él?

—Eramos de contrario parecer, uno de nosotros decía que el empera-

dor podria negaros el ducado de Milan y dándolo á vuestro hijo Carlos, Jibrase asi de su promesa.

—Y quien de vosotros decia eso?

—Creo que era la duquesa de Etampes.

La duquesa se puso pálida como la muerte.

—Si el emperador hiciese eso, cometiera una infame traicion! dijo Francisco I; pero no lo hará.

—En todo caso, si no lo hace, dijo Diana mezclándose en la conversacion, no será, segun se asegura, por falta de consejo.

—Y quién le ha dado el consejo? exclamó Francisco I, voto á Crispo, quiero saber quien le ha dado el consejo.

—No os incomodeis tanto, señor, contestó Benvenuto; hablábamos de eso, como hablaríamos de otra cosa, y todas estas eran simples conjeturas que aventurábamos en forma de conversacion: la señora duquesa y yo, somos unos pobres políticos, señor. La señora duquesa es demasiado mujer, para que se ocupe de otra cosa que de su tocador, y yo, señor, soy demasiado artista para ocuparme de otra cosa que del arte. No es así, señora duquesa?

—El hecho es, mi querido Cellini, dijo Francisco I, que cada uno de vosotros poseeis dotes que nada os dejan que envidiar á los demás, ni aun el ducado de Milan. La duquesa es reina por su hermosura, y vos sois rey por vuestro jenio.

—Rey, señor?

—Si, rey, y si no teneis como yo tres lises en vuestras armas, teneis una flor en la mano que me parece mas bella que ninguna de las que jamás haya hecho brillar el mas hermoso rayo del sol ó el mas hermoso campo del blasón.

—Este lirio no es mío, señor, es de la señora duquesa de Etampes, que se lo había encargado á mi discípulo Ascanio, y como este no podía acabarlo, conociendo el deseo que tenía la duquesa de ver tan rica joya en sus manos, la he acabado yo, deseando con toda mi alma hacer de ella el simbolo de la paz que nos hemos jurado el otro dia en Fontainebleau, delante de V. M.

—Es una maravilla, dijo el rey alargando la mano para cojerla.

—No es verdad, señor? respondió Benvenuto retirando el lirio sin afectacion, y bien merece que la duquesa de Etampes pague espléndidamente al joven artista que ha hecho esta obra maestra.

—Esa es mi intencion tambien, dijo la duquesa de Etampes, y le reservo una recompensa que puede dar envidia á un rey.

—Pero sabéis, señora, que esa recompensa, por preciosa que sea, no es

la que él ambiciona ? Qué queréis señora ! nosotros los artistas somos caprichosos, frecuentemente lo que daría, como vos decís, envidia á un rey es considerado por nosotros con desden.

—Sin embargo, será preciso, dijo la duquesa en cuyo rostro aparecía el rubor de la cólera, que se contente con la que yo lo reservo, porque ya os he dicho, Benvenuto, solo en el último extremo le concederé otra.

—Y bien ! no me constareis á mi lo que él deseas, dijo Francisco I á Benvenuto, alargando otra vez la mano hacia el hermoso lirio, y si su petición no es imposible procuraremos acceder á ella.

—Mirad la joya con atención, señor, dijo Benvenuto poniendo el tallo de la flor en la mano del rey, examinadla en todos sus detalles. y V. M. verá que todas las recompensas son inferiores al premio que merece semejante obra maestra.

Al pronunciar estas palabras, Benvenuto fijó su mirada penetrante en la duquesa; pero esta ejercía tal poder sobre sí misma que vió sin imitarse pasar el lirio de las manos del artista á las del rey.

—Es verdaderamente milagroso, dijo el rey. Pero donde habeis hallado este magnífico diamante que enciende el cáliz de esta bella flor ?

—No soy yo quien lo ha hallado, señor, respondió Benvenuto con un tono de candor admirable; la señora duquesa ha sido quien lo ha proporcionado á mi discípulo.

—No me acuerdo haberos visto nunca ese diamante, duquesa, dijo el rey, de donde os viene ?

—Probablemente de donde vienen los diamantes, señor, de las minas de Guzarate ó de Golconda.

—Oh ! dijo Benvenuto, es toda una historia la de ese diamante, y si V. M. desea saberla, se la diré. Ese diamante y yo somos antiguos conocidos, pues esta es la tercera vez que pasa por mis manos. Primero lo engasté en la tiara de nuestro santo padre el papa, en la cual hacia un maravilloso efecto; después, por orden de Clemente VII lo monté en un misal que Su Santidad regaló al emperador Carlos V; después, deseando el emperador llevar constantemente consigo, como recurso sin duda para un caso apurado, este diamante que vale más de un millón lo he montado en una sortija. No la ha visto V. M. alguna vez en la mano de vuestro primo el emperador ?

—Si, ya me acuerdo, exclamó el rey; si, el primer día de nuestra entrevista en Fontainebleau, la tenía en el dedo. ¿ Cómo se halla este diamante en vuestro poder, duquesa ?

—Si, decid ! exclamó Diana, cuyos ojos brillaron de alegría decid como un diamante de ese valor ba pasado de las manos del emperador á las vuestras ?

—Si fuerais vos á quien hicieran esta pregunta, replicó la duquesa, la respuesta os sería fácil, señora, suponiendo sín embargo que confeséis ciertas cosas á ninguna persona que no fuere vuestro confesor.

—No contestáis á la pregunta del rey, señora, respondió Diana de Poitiers.

—Sí, repitió Francisco I, como se halla este diamante en vuestro poder?

—Preguntadlo á Benvenuto, dijo la de Etampes dirigiendo su último reto á su enemigo; Benvenuto os lo dirá.

—Habla, pues, dijo el rey, y pronto, porque estoy cansado de esperar.

—Pues bien, señor, dijo Benvenuto, debo confessar que al ver este diamante, me han assaltado como á V. M. extrañas sospechas. Esto era en tiempo en que la duquesa de Etampes y yo éramos enemigos; entonces hubiera dado la mejor de mis estétuas por saber cualquier secretillo que pudiera desconceptuarla á los ojos de V. M.; así es que me puse en aecho y supe....

—Qué has sabido?

Benvenuto dirigió una mirada rápida á la duquesa y vió que sonreía. Esta fuerza de resistencia que había en su carácter le agrado, y en vez de concluir brutalmente la lucha de un golpe, resolvió prolongarla, como hace un atleta seguro de la victoria, pero que habiendo encontrado un adversario digno de él, quiere hacer brillar toda su fuerza y toda su habilidad.

—Has sabido? repitió el rey.

—He sabido que la duquesa lo había comprado al judío Manassés. Si, señor, sabed esto para vuestro gobierno: parece que vuestro primo, el emperador, desde su entrada en Francia ha disipado tanto dinero, que ha tenido que empeñar sus diamantes, y que la duquesa de Etampes recoge con magnificencia real lo que la pobreza imperial no puede conservar.

—Volo al chapiró, lo que me decís me hace gracia! exclamó Francisco I, doblemente lisonjeado en su vanidad de amante y en su envidia de rey. Pero reflexionó un momento: mi bella duquesa, añadió dirigiéndose á la de Etampes, habeis debido arruinarlos para hacer semejante compra, y en verdad que nos corresponde reparar el desorden que debe haber causado á vuestros intereses. Recordadnos que os somos deudor del valor de este diamante, porque es verdaderamente tan hermoso que tengo para mí, que de no veniros de la mano de un emperador, os viene por lo menos de la de un rey.

—Gracias Benvenuto, dijo á media voz la duquesa, y principió á crecer, como decís, que estamos formados para entendernos.

—Qué estais hablando? preguntó el rey.

—Nada, señor, me escuso con la duquesa de esta primera sospecha que ella tiene la bondad de perdonarme, lo que es tanto mas generoso por su

parte cuanto que al lado de esta primera sospecha, este lirio había enjendrado otra.

—Y cuál? preguntó Francisco I, mientras que Diana, devoraba con los ojos á su triunfante rival.

La duquesa vió que aun no había concluido con su infatigable enemigo y una nube de temor paso por su frente, pero, es menester decirlo en su ciego, para desaparecer al punto. Hay mas, aprovechó hasta la preocupación que las palabras de Benvenuto Cellini habían infundido al espíritu de Francisco I para intentar cojer el lirio que el rey tenía todavía en su mano; pero Benvenuto pasó con el mayor disimulo entre ella y el rey.

—Cuál? Oh! lo confieso, dijo sonriendo, esta era tan infamante que temo añadir á la vergüenza de haberla concebido la impudencia de confesarla. Será, pues, menester, lo declaro, una órden expresa de V. M. para que me atreva...

—Atrevéos, Cellini, yo os lo mando, dijo el rey.

—Pues bien, confieso en primer lugar, con mi natural orgullo de artista, dijo Cellini, que me había sorprendido al ver á la duquesa de Etampes encargar al aprendiz un trabajo que el maestro hubiera tenido á dicha y vanagloria ejecutar para ella. Os acordareis, señor, de mi aprendiz Ascanio? Es un gallardo mozo que podría servir de modelo para el Endimion.

—Bien, y que mas? replicó el rey, cuyas cejas se contrajeron en la sospecha que de repente había venido á devorarle el corazón.

Por esta vez era evidente, que á pesar de todo su poder sobre si misma, la duquesa de Etampes estaba en un suplicio. En primer lugar leía en los ojos de Diana de Poitiers una curiosidad pésida, y después no ignoraba que si Francisco I, hubiera perdonado la traición cometida contra el rey, no perdonaría ciertamente la infidelidad contra el amante. No obstante como si no hubiese observado su angustia, Benvenuto prosiguió:

—Pensaba, pues, en la hermosura de mi Ascanio y pensaba,—perdonad, señoras, lo que este pensamiento puede tener de impertinente para las francesas, pero estoy habituado á las costumbres de nuestras princesas italianas, que en amor, es menester confessar son muy débiles mortales, pensaba, pues, que un sentimiento al cual el arte era extraño...

Maestro, dijo Francisco I frunciendo el ceño, pensad en lo que vais á decir.

—Por eso me escusé de antemano de mi temeridad, y pedí que se me permitiera guardar silencio.

—Yo soy testigo, dijo Diana, V. M. le ha mandado hablar, y ahora que ha principiado...

—Todavía es tiempo de callar, dijo la duquesa de Etampes, cuando se sabe que lo que se va á decir es una mentira.

—Yo me callaré, si así os place, señora, contestó Benvenuto, bien sabéis que no tenéis que hacer más que decir una palabra para esto.

—Sí, pero yo quiero que continúe. Teneis razon, Diana, hay cosas que deben ser profundizadas hasta lo último. Decid, Cellini, decid, añadió el rey, abarcando con una misma mirada al escultor y á la duquesa.

—Mis conjecturas iban adelante, cuando un increíble descubrimiento vió á abrirles nuevo campo.

—Qué descubrimiento? exclamaron á la vez el rey y Diana de Poitiers.

—Señor, añadió la duquesa, para escuchar toda esa larga historia, no necesitais tener ese lirio en la mano. V. M. está tan habituado á empuñar un cetro, y á empuñarlo con mano firme, que temo que esa frágil flor se rompa entre sus dedos.

Y al mismo tiempo la duquesa de Etampes, con una de esas sonrisas que solo á ella pertenecían, alargó el brazo para cojer la joya:

—Perdonad, señora duquesa, dijo Cellini; pero como el lirio representa en toda esta historia un papel importante, permítid que para venir la demostración al relato....

—El lirio representa un papel importante en la historia que vais á contar, maestro? exclamó Diana de Poitiers arrancando con un movimiento rápido como el pensamiento la flor de las manos del rey. Entonces la duquesa de Etampes tiene razon, porque, por poco que se aproxime la historia á lo que yo me sospecho, vale mas que este lirio esté en mis manos que en las vuestras, pues con intencion ó sin ella, puede suceder que se rompa en un movimiento que no esté en V. M. reprimir.

La duquesa de Elamps se quedó horrorosamente pálida, por que se juzgó perdida, cojío vivamente la mano de Benvenuto, sus labios se abrieron para hablar; pero arrepentida sin duda, soltó inmediatamente la mano de que acababa de apoderarse, y sus labios se cerraron.

—Decid lo que teneis que decir, no os detengais, Benvenuto, dijo la duquesa montada en cólera, añadiendo despues con voz tan baja que solo el artista pudiese oírla:—Decidlo si os atreveis.

—Sí, hablad, y cuidado con vuestras palabras, dijo el rey.

—Y vos, señora, cuidado con vuestro silencio, dijo Benvenuto.

—Ya escuchamos, dijo Diana no pudiendo contener su impaciencia.

—Pues bien, figuraos, señor; imaginaos, señora, que Ascanio y la duquesa de Etampes han sostenido una correspondencia epistolar.

La duquesa miró en torno suyo, como buscando un arma con que atraer al artista.

—Una correspondencia?

—Sí, una correspondencia, y lo que había en ella de mas maravilloso, es que se hablaba de amor.

—Las pruebas! maestro! Espero que tendreis pruebas? esclamó el rey furioso.

—Las tengo, contestó Benvenuto; ya supondrá V. M. que sin ellas no me hubiera dejado llevar de tales sospechas.

—En ese caso, si las tenéis, dámelas al punto, dijo el rey.

—Cuando digo que las tengo, me equivoco, por que V. M. es quien la tenía ahora mismo.

—Yo? esclamó el rey.

—Y ahora las tiene la señora de Poitiers.

—Yo? esclamó Diana.

—Sí, contestó Benvenuto, que entre la cólera del rey y el odio y el terror de las dos mas poderosas damas del mundo, conservaba toda su serenidad y todo su aplomo. Si, por que las pruebas están en ese lirio.

—En este lirio! esclamó el rey volviendo á tomar la flor de las manos de Diana de Poitiers, y dando vueltas á la joya con una atención que no inspiraba esta vez el amor al arte. En este lirio?

—Si, señor, en ese lirio, contestó Benvenuto. Bien sabeis que están en él, señora, continuó con tono significativo volviéndose hacia la duquesa cárdena de furor.

—Transijamos, dijo esta; Colombia no se casará con el conde de Orbec.

—No basta eso, murmuró Cellini; es menester que Ascanio se case con Colombia.

—Jamás! contestó la duquesa.

Entretanto el rey volvía en sus dedos el lirio fatal con ansiedad y cólera tanto mas dolorosas, cuanto que nose atrevía á expresarlas abiertamente.

—Las pruebas están en este lirio! en este lirio! repetía; pero yo no veo nada en él.

—Porque V. M. no conoce el secreto por medio del cual se abre la flor.

—Tiene un secreto? mostrádámelo, ahora mismo, ó mas bien....

Francisco I hizo un movimiento para romper la flor; las dos mujeres lanzaron un grito; y entonces el rey se contuvo.

—Oh! señor, seria una lástima, esclamó Diana, tan preciosa joya! dámela, y yo respondo que si tiene un secreto, yo daré con él.

Y sus dedos finos y ájiles, dedos de mujer vueltos mas sútiles por el odio, recorrieron todas las asperezas de la joya, escudriñaron todos los huecos, mientras que la duquesa de Etampes, próxima á desmayarse, seguía con torva mirada todas las tentativas infructuosas por un instante. En fin, ora fuese casualidad, ora adivinación de rival, Diana tocó el secreto resorte del tallo.

La flor se abrió.

XIX.

CONTINUAN LAS HOSTILIDADES.

Las dos mujeres lanzaron juntas un mismo grito : la una de alegría y la otra de terror. La duquesa se lanzó para arrancar el lirio de las manos de Diana; pero Benvenuto la detuvo con una mano, mientras que le mostraba con la otra la carta que había sacado de su escondite. En efecto, una mirada rápida lanzada sobre el caliz de la flor, le convenció que estaba vacío.

—Consiento en todo, dijo la duquesa ya vencida y no teniendo fuerzas para sostener semejante lucha.

Lo jurais por los santos Evangelios? dijo Benvenuto.

—Sí.

—Y bien, maestro, dijo el rey impaciente, donde están esas pruebas? Yo no veo aquí más que un vacío hecho con mucha habilidad en la flor, pero no hay nada en este vacío.

—No señor, no hay nada, respondió Benvenuto.

—Sí, pero ha podido haber alguna cosa, dijo Diana.

—Maestro! exclamó el rey montado en cólera, sabéis que podría ser peligroso continuar por más tiempo esta burla, y que otros más fuertes que vos se han arrepentido de haber jugado con mi cólera?

—Mucho sentiría incurrir en ella, señor, contestó Cellini sin desconcertarse; pero nada hay aquí que pueda escitarla; y creo que V. M. no ha y

tomado á mal mis palabras. Me hubiera yo atrevido á hacer tan ligeramente una acusacion tan grave ? La duquesa de Etampes puede mostráros las cartas que contenia ese lirio si queréis verlas. Ellas hablan realmente de amor, pero del amor de mi pobre Ascanio por una noble señorita, amor que al priñer golpe de vista parecerá sin duda loco, imposible, pero imaginándose mi Ascanio, como verdadero artista, que una linda joya no está distante de valer una linda muchacha , se ha dirigido á la duquesa de Etampes como á una providencia y ha hecho de este lirio su mensajero. Y ya sabeis, señor , que la providencia lo puede todo ; creo que no estareis celoso de ella, porque haciendo el bien , os asocia á sus méritos. Hé aquí la esplication del enigma, señor, y si todos los rodeos en que me he entretenido han podido ofender á V. M. perdóneuelos en gracia de la noble familiaridad á la que hasta ahora ha tenido á bien admitirmee.

Este discurso euasi académico, cambió la faz de la escena. A medida que Benvenuto hablaba la frente de Diana se oscurecía , la de la duquesa de Etampes se desarrugaba, y el rey recobraba su sonrisa y su buen humor. Despues cuando Benvenuto había concluido:

—Perdonad, mi bella duquesa , os pido mil perdones , dijo Francisco I, por haber podido sospechar de vos un instante. Decidme que puedo hacer para enmendar mi falta y merecer mi perdon?

—Otorgad á la señora duquesa de Etampes la gracia que os va á pedir como V. M. me ha otorgado ya la que yo le he pedido.

—Hablad por mi, maestro Cellini, puesto que sabéis lo que deseo , dijo la duquesa con mas serenidad de la que Benvenuto hubiera creido.

—Pues bien, señor , puesto que la señora duquesa me encarga que sea su intérprete, sabed que su deseo es ver intervenir vuestra omnipotente autoridad en los amores del pobre Ascanio.

—Si, hé! dijo el rey sonriendo; consiento de buena gana en hacer la felicidad del gallardo aprendiz. Y cómo se llama la novia?

—Colomba de Estourville, señor.

—Colomba de Estourville? exclamó Francisco I.

—Señor, acuérdate V. M. que es la señora duquesa de Etampes la que os pide esta gracia. Vamos, señora, unios á mi, añadió Benvenuto sacando nuevamente de su bolsillo un pico de su carta, por que si callais mas tiempo, S. M. creerá que le pedis esta gracia por pura complacencia hacia mí.

—Es verdad que deseais este casamiento, señora, dijo Francisco I?

—Si, señor, balbuceó la duquesa de Etampes, lo deseo... vivamente.

El adverbio había sido arrancado por una nueva exhibicion de la carta.

—Pero scé yo , replicó Francisco I , si el preboste aceptará por yerno á un jóven sin nombre y sin fortuna?

—En primer lugar, señor, respondió Benvenuto, estoy seguro que el preboste como súbdito fiel, no tendrá más voluntad que la de su rey. Despues Ascanio no carece de nombre. Se llama Gaddo-Gaddi, y uno de sus antepasados ha sido podestá de Florencia. Ciento que es platero; pero en Italia no deshonra el arte. Ademas, aunque no fuese noble por su familia, lo sería de nueva creacion. Ah! no creais que este abandono de mi parte sea un sacrificio. Recompensar á mi Ascanio es recompensarme á mi dos veces. Hágale V. M. señor de Neste, y yo le daré dinero: entonces podrá si quiere, dejar la platería y comprar una compañía de lanceros ó un destino en la corte; yo cubriré todos sus gastos.

—Y nosotros cuidaremos, dijo el rey, de que vuestra generosidad no altere demasiado vuestra bolsa.

—Segun eso, señor... interrumpió Benvenuto.

—Será Ascanio Galdo-Gaddi, señor de Neste, exclamó el rey riéndose á carcajada, pues tan buen humor le había dado la certidumbre de la fidelidad de la duquesa de Etampes.

—Señora, dijo á media voz Cellini, convendréis conmigo en que no podreis dejar en el Chatelot al señor de Neste; esto era bueno para Ascanio.

La duquesa de Etampes llamó á un oficial de los guardias y le dijo en voz baja algunas palabras que terminaban con estas:

—En nombre del rey.

—Qué haceis, señora, preguntó Francisco I.

—Nada, señor, respondió Cellini, la señora duquesa de Etampes envia á buscar al futuro,

—Dónde está?

—Donde la señora duquesa de Etampes (que conocia la bondad del rey, le ha suplicado que espere el beneplácito de V. M.

Un cuarto de hora despues se abrió la puerta de la sala donde esperaban Colomba, el preboste, el conde de Orbes, embajador de España, y casi todos los señores de la corte, á excepcion de Marmagne que continuaba en cama. Un ujier gritó: el rey!

Francisco I, entró dando la mano á Diana de Poitiers y seguido de Benvenuto que sostenia á la duquesa de Etampes y con el otro á Ascanio, tan pálidas el uno como la otra.

▲ La voz dala por el ujier, to los los cortesanos se volvieron y permanecieron un instante estupefactos. Colomba pensó desmayarse.

Este asombro se redobró cuando Francisco I, haciendo pasar al escultor delante de él, dijo en alta voz:

—Maestro Benvenuto, tomad por un instante nuestro puesto y nuestra autoridad; hablad como si fuerais el rey, y que os obedezcan como al rey.

Os advierto, señor, respondió el platero, que para desempeñar bien vuestro papel voy á ser dadivoso.

—En hora buena, Benvenuto, dijo Francisco I riendo, cada una de vuestras dídivas será una satisfaccion para mí.

—Está bien, señor; así quedo en la libertad de hacer lo que me parezca, y voy á alabaros todo lo que pueda. Ola! continuó; no olvideis vosotros todos los que me escuchais, que es el rey quien habla por mi boca. Señores notarios; habeis preparado el contrato en que S. M. se digna poner su firma. Escribid los nombres de los esposos.

Los dos notarios cogieron la pluma y se prepararon á escribir en los contratos, uno de los cuales debia quedar en los archivos del reino y el otro en su escribanía.

—De una parte continuó Benvenuto, la noble y poderosa señorita Colomba de Estourville.

—Colomba de Estourville! repitieron maquinalmente los notarios, mientras que los concurrentes oian con la mayor admiracion.

De la otra continuó Cellini, el muy noble y muy poderoso Ascanio Gaddi, señor de Nesle.

—Ascanio Gaddi! exclamaron al mismo tiempo el preboste y Orbec.

—Un platero! exclamo con dolor el preboste volviéndose al rey.

Ascanio Gaddi, señor de Nesle, repitió Benvenuto sin conmoverse, á quien S. M. concede carta de naturaleza, y la plaza de intendente de los palacios reales.

—Si S. M. lo ordena así, obedeceré, dijo el preboste, sin embargo...

—Ascanio Gaddi, continuó Benvenuto, en consideracion al cual S. M. concede al señor Roberto de Estourville preboste de Paris el título de gentil hombre.

—Señor, estoy dispuesto á firmar, dijo Estourville convencido.

—Dios mio! Dios mio! murmuró Colomba dejándose caer en su silla, no es todo un sueño?

—Y yo exclamó Orbec, y yo?

En cuanto á vos, contestó Cellini continuando sus funciones réjias, en cuanto á vos, conde de Orbec, os perdono la pesquisa que tendría derecho á mandar sobre vuestra conducta; la clemencia es una virtud réjia, lo mismo que la generosidad. No es verdad, señor? pero pasemos á firmar, señores.

—Cuidado que ha representado maravillosamente la majestad, exclamó Francisco I contento como un rey en vacaciones.

En seguida pasó la pluma á Ascanio, que firmó con mano trémula, y que después de haber firmado, entregó la pluma á Colomba, á quien Diana

llena de bondad habia ido á buscar, y sostenia. Las manos de los dos amantes se tocaron y estuvieron á punto de desmayarse. Despues firmó Diana que pasó la pluma á la duquesa de Elampes, la cual la pasó al preboste, el preboste á Orbec y este al embajador de España.

Deabajo de todos estos grandes nombres, Cellini escribió clara y distintamente el suyo. No era sin embargo el que menor sacrificio hacia.

Despues de haber firmado el embajador de España se aproximó á la duquesa:

—Seguimos en nuestros planes, señora? dijo.

—Oh Dios mio! dijo la duquesa, haced lo que querais: qué me importa la Francia! que me importa el mundo!

El duque se inclinó.

—De esa suerte dijo al embajador en el momento en que se volvia á tomar su puesto, su sobrino joven diplomático todavia sin experiencia, de esa suerte, segun las intenciones del emperador, no es el rey Francisco I, sino su hijo quien será duque de Milan.

—No será el uno ni el otro, respondió el embajador.

Durante este tiempo continuaban las firmas. Cuando cada uno hubo escrito su nombre debajo de la felicidad de Ascanio y de Colombia; Benvenuto se aproximó á Francisco I y doblando una rodilla en tierra delante de él:

—Señor, dijo, despues de haber mandado como rey, vengo á suplicar V. M. como humilde y reconocido servidor. V. M. quiere concedermee una ultima gracia?

—Dí, Benvenuto, dí, respondió Francisco I; que se hallaba en disposicion de otorgar cuantas mercedes se le pidieran, y que conocia que este era el acto de la soberania, en que el rey encuentra mas felicidad; dí, veamos, qué deseas?

—Volver á Italia, señor, dijo Benvenuto.

—Qué significa eso exclamó el rey, quereis dejarme cuando os quedan tantas obras maestras que hacer? no quiero.

—Señor respondió Benvenuto, señor, yo volveré; os lo juro; pero dejadme partir; dejadme volver á ver mi pais; necesito de esto por el momento. No digo lo que sufro, continuó bajando la voz y meneando melancolicamente la cabeza; pero sufro muchos dolores que no sabria contar, y el aire solo de la patria puede cicatrizar mi corazon herido. Vos sois un grande, vos sois un gencroso rey á quien amo. Yo volveré señor; pero permidme antes que vaya á curarme allá abajo al sol. Os dejo á Ascanio que es mi pensamiento; á Pagolo que es mi mano, ellos bastarán á vuestros sueños de artista hasta mi vuelta, y cuando haya recibido el beso de las

brisas de Florencia, mi madre, volveré á vos, mi rey, y la muerte solo podrá separarnos.

—Marchaos pues! dijo tristemente Francisco I; conviene que el arte sea libre como las golondrinas; partid.

En seguida el rey alargó á Benvenuto su mano que este besó con toda la efusión de la gratitud.

—Al retirarse Benvenuto, se encontró delante de la duquesa.

—Me aborrecéis todavía, señora? dijo deslizando en las manos de la duquesa el fatal billete que semejante á un talismán mágico, acababa de hacer cosas imposibles.

—No dijo la duquesa llena de alborozo al ver por fin en sus manos el billete deshonroso, no, y sin embargo me habeis combatido por medios....

—Os he amenazado solamente, dijo Benvenuto, creéis que me habiera servido de ellos!

—Dios mío! exclamó la duquesa herida de un rayo de luz, hé ahí lo que tiene el haberlos creído semejante á mí.

Al siguiente dia, Ascanio y Colombia se casaron en la capilla del Louvre, y á pesar de las reglas de la etiqueta los dos esposos, consiguieron que Aubry y su mujer asistiesen á la ceremonia.

Este era un favor muy grande, pero es preciso convenir, que el pobre estudiante lo tenía bien merecido.

XX.

CASAMIENTO DE CONVENIENCIA.

Ocho dias despues, Hermann se casó solemnemente con la señora Petra que le aportó en dote veinte mil libras tornesas y la seguridad de que sería padre.

Apresurémonos á decir qué esta seguridad fué la que decidió al bravo alemán, mucho mas que las veinte mil libras tornesas.

En la misma noche del casamiento de Ascanio y de Colombia, por mas instancias que le hicieron sus dos jóvenes amigos, Benvenuto partió para Florencia,

Durante esta ausencia fué cuando fundió su estatua de Perseo, que todavía forma hoy uno de los adornos de la plaza del antiguo palacio, y que quizás no fué su mas bella obra, sino por que lo ejecutó en su mayor dolor.

FIN DE LA NOVELA.

